Roma nunca debió caer, pero el tiempo y el destino todo lo alcanzan

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

EL FINAL DE LOS DÍAS

LA CAÍDA DE ROMA III
(416 d.C. al 476 d.C.)

Es la hora final para la Roma eterna. Lleva tiempo puesta en jaque por los bárbaros ya instalados dentro de las fronteras del Imperio, formando parte de él, a la vez que socavan su poder hasta marcar sus últimos días. Es la hora en la que personajes tan grandiosos y tan fascinantes como Elia Gala Placidia, Aecio, Genserico o Atila cruzan sus destinos en un torbellino de pasiones, ambiciones, traición, corrupción, codicia, conspiraciones, crímenes, amor, odio, grandeza, miserias, heroísmo, violencia y sangre, que marcaron esta época tan decisiva y clave para Occidente. Todavía nadie era consciente de que Roma se encontraba al borde del abismo y, sin embargo, estaba a punto de desaparecer. Pero todavía era capaz de dar al mundo personajes con la talla suficiente como para forjar la Historia y trascender el paso de los siglos, hasta convertirse en símbolos de una época y referencia para los tiempos que estaban por llegar. Roma, arrastra un largo proceso de decadencia y ya se enfrenta a dificultades gravísimas. Pero si Roma no se hubiese dejado llevar por la ambición, el egoísmo y los intereses personales, Roma hubiese durado 1000 años más.

Esta es la apasionante historia con episodios y personajes, tanto reales como de ficción, que el lector difícilmente olvidará, a través de los cuales podrá conocer y comprender uno de los momentos más emocionantes, oscuros y decisivos de la historia de Occidente.

Marcos López Herrador

El final de los días

La caída de Roma - 03

ePub r1.0
Café mañanero 19-06-2024

Título original: *El final de los días*
Marcos López Herrador, 2022
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román
Corrección: Manuel Ortiz de Galisteo

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 05/2024
ePub base r2.1

Marcos López Herrador

El final de los DÍAS

La caída de Roma - 03

«Solo se puede destruir a una gran nación cuando ella ya se ha destruido interiormente».

EDWARD GIBBON

A Gabriel

CAPÍTULO I

Golpe de mano y rescate

A. D. 436
1189 Ab urbe condita

La fortuna siempre es adversa para aquellos cuya voluntad de sobrevivir ya no encuentra su destino.

Roma vivía sus horas más oscuras. Las sombras no dejaban ver lo cerca que se encontraba un final que debiera resultar evidente hasta para los más ciegos, y que, sin embargo, ni los más agudos observadores de la realidad, los más inteligentes, aquellos que ostentaban el mayor poder y estaban en posición de tener un conocimiento preciso de los acontecimientos, o no querían o no podían siquiera intuir. El Imperio forjado por la ciudad, en cuya fundación le fue profetizada una existencia de doce siglos, que estaban a punto de cumplirse, vivía ahora lo que para ella iba a significar el final de los días.

Hacía solo un año que se había alcanzado un acuerdo con Genserico por el cual se le reconocían los territorios que dominaba en el norte de África, a cambio de que respetara el norte de la provincia protoconsular de Cartago y su capital. En garantía del cumplimiento del correspondiente tratado suscrito, se le exigió que entregara como rehén a su hijo Hunerico, que fue llevado a Roma, a la edad de quince años y al que acompañó su madre, Hiana, esposa del rey vándalo.

Parecía que el Imperio de Occidente había alcanzado un periodo de estabilidad y calma que no se disfrutaba desde hacía años, pero en realidad no eran tiempos propicios a que la paz se mantuviese durante mucho tiempo. Demasiados personajes poderosos tenían sus propios planes y ambiciones que alimentar.

Aquila era el nombre de la liburna que, en medio de las sombras, en absoluto silencio y sin utilizar los remos para no hacer ruido, se dejaba llevar suavemente por una ligera brisa de barlovento, que impulsaba la nave en su aproximación al puerto de Ostia.

La noche era algo fría y una incipiente luna menguante apenas era

capaz de iluminar más allá de su propio reflejo en las olas de un mar en calma. Ni un farol, ni una sola lámpara estaba encendida a bordo. La única luz que podía verse en la lejanía era la correspondiente al faro de la bocana del puerto.

Esta liburna era una de las quince que, junto con otros barcos, había pertenecido a la flota con base en el puerto de Miseno, la Classis Miseniatum, y que había caído en manos de los vándalos cinco años atrás, cuando estos tomaron el puerto de Hippo Regius, en el norte de África, y habían capturado los barcos allí anclados. La liburna era uno de los navíos enviados desde Italia para reforzar a la Classis Mauretanica, con base en el puerto de Cesarea, en una campaña contra la piratería en esos mares, especialmente peligrosa por la actividad de piratas como Arkonio, que finalmente acabó uniéndose al bando de Genserico.

—Pásame la mochila —dijo uno de los que se disponía a abandonar el barco por la amura de estribor, donde esperaba una lancha, que llevaría a tierra al grupo de seis, que se preparaba para bajar a ella.

—¡Silencio! He dicho que ni una palabra, ni un solo ruido —dijo el que parecía estar al mando.

Los seis encapuchados, con las capas recogidas en la cintura para no enredarse al bajar, descendieron hasta la lancha en la que les esperaban dos remeros que serían los encargados de traerla de vuelta.

La liburna había venido protegida por una flota de otros seis barcos de guerra, que habían quedado esperando en alta mar para evitar ser descubiertos. El comienzo del otoño no era precisamente el mejor momento para navegar, y más estando a punto de terminar la temporada, que no abriría el mar a la navegación comercial hasta el final del invierno. Sin embargo, salvo una fuerte lluvia del día anterior, la travesía había sido tranquila y el mar se encontraba en calma.

Algunos de entre los seis que se acomodaron en la barca tomaron a su vez unos remos para hacer que se aproximara a tierra en el menor tiempo posible. Todos se mantuvieron en silencio, tal y como se les había ordenado, aparentemente concentrados en la acción que estaban llevando a cabo. Los remos apenas producían un sordo rumor que se confundía con el oleaje, mientras la barca se desplazaba suavemente y la luz del faro se hacía cada vez más próxima.

Llegaron sin mayor contratiempo a la orilla y arribaron justo en la desembocadura de la fosa de Trajano, el canal mandado construir por este emperador, que remodeló profundamente el puerto. Unía el mar con el río, y comunicaba la dársena principal con su forma hexagonal

al Tíber. Conforme desembarcaron, al pie de la rampa interior que salvaba el desnivel producido por el talud del espigón del puerto, todos comprobaron que la espada corta que llevaban se encontraba bien sujeta y disimulada bajo su sobretúnica y que el puñal seguía oculto en el manto, de modo que además no chocaran con nada metálico para evitar hacer ruido. Uno de ellos dio unos saltitos sobre el lugar en el que se encontraba para confirmar que nada de metal que llevara encima pudiera delatarlo. Todos llevaban consigo un trozo de soga, siendo las armas descritas las únicas que portaban. Se pretendía que aparentaran ser cualquier cosa menos hombres de armas.

La barca que les había traído comenzó su regreso, guiada por los dos remeros que quedaron a bordo, tan sigilosamente como había llegado.

Los seis que habían quedado en tierra se movieron en dirección de la dársena principal, buscando el almacén de la sal, junto al que se encontraba la conocida taberna de Glauco Estrabón, un chipriota superviviente de todos sus naufragios personales, que había recalado en este rincón del mundo, sin que nadie hubiese sabido decir si era para esconderse o para encontrar un lugar desde el que volver a huir. Sin ser nada de fiar, sabía ganarse la confianza de quienes le conocían, como suele ocurrir con todos los que sobreviven a sí mismos.

Los recién llegados se echaron la capucha y se pegaron al muro, siguiendo al que les guiaba, que conocía el puerto de cuando acompañó al príncipe Hunerico en su viaje a Roma para quedar como rehén, en garantía del tratado que su padre acababa de firmar con el Imperio. Los seis avanzaban sigilosamente en la oscuridad.

—¡Alto…! —susurró el que iba en cabeza, moviendo su mano de arriba abajo a la altura de su cinturón, mientras con la otra sacaba la daga que llevaba oculta.

Todos pararon en seco y contuvieron la respiración. Un miembro de la guardia del puerto se acercaba. Iba a descubrirlos nada más doblar la esquina. Otros dos tomaron el puñal para no dar al guardia la mínima oportunidad. En el absoluto silencio de la noche, los que iban en cabeza oyeron cómo el guardia dejaba descansar la lanza en el suelo y apoyaba la punta en el muro. Acto seguido escucharon cómo se ponía a tararear entre dientes una canción, y cómo un chorro líquido impactaba contra la pared y ya en el suelo superaba la esquina para encontrar por donde fluir. Todos se miraron unos a otros conteniendo la sorpresa y alguno la risa. Tras emitir lo que pareció un suspiro de alivio, tomó su lanza y volvió por donde había venido.

Esperaron con la respiración contenida mientras el guardia se alejaba hasta perderse de vista.

—¡Vamos…!

El grupo se puso en marcha nuevamente, siempre pegado a la pared. Cuando llegaron a las inmediaciones de la taberna de Glauco, se detuvieron y uno a uno, en espacio de tiempos irregulares, fueron separándose para entrar de forma que nadie pudiera percibir que venían juntos. El local era un antro escasamente iluminado apenas por algunas lucernas distribuidas de cualquier manera, donde nadie era capaz de fijarse en nadie, y más a esas horas de la noche, en las que quienes allí se encontraban llevaban horas bebiendo y no estaban para poner atención a otra cosa que no fuese el vino que bebían o las abundantes carnes de las mujeres dedicadas a servirles en cualquier sentido.

Cuando todos estuvieron dentro, el dueño de la taberna, advertido por el desconocido que le había contratado, supo identificar a los recién llegados y de forma discreta los fue invitando a pasar al interior.

—Tenéis sobre la mesa algo para comer y un vino que espero que no os disguste —dijo Glauco retirándose.

Los presentes esperaron a que el tabernero saliera de la estancia y cerrara la puerta. El lugar era una alacena o pequeño almacén que parecía estar sin encalar desde que el edificio fue construido. Era un cuarto interior, sin ventanas, apenas alumbrado por una lucerna de seis luces y dos lámparas de aceite sobre la mesa. Uno de los que allí estaba pensó que bastaría con atrancar la puerta por fuera para que todos quedaran apresados y sin posibilidad de escapar.

El que había contratado a Glauco pareció intuir lo que algunos podían pensar.

—Tranquilos, es de fiar —dijo.

Todos le miraron.

—¿Seguro? —preguntó el que estaba al mando.

Pareció que el otro se pensaba la respuesta.

—Bueno, es tan digno de fiar como alguien que ha sido bien pagado… y mejor amenazado, creo.

Hubo un silencio.

—Más te vale que sea así. Y esto debes saber que sí es una amenaza.

El interlocutor tragó saliva y mudó el gesto.

—Estoy convencido de que no nos traicionará —dijo procurando que no se le quebrara la voz al responder.

El que iba al mando prefirió dejarlo estar.

—¿Tienes todo previsto?

—Todo está preparado —fue la respuesta de un hombre aliviado al

ver que se cambiaba de conversación—. Tenéis en la cuadra caballos preparados para que antes del amanecer podáis desplazaros hasta Roma y los dejéis en un establo situado junto al Celio. Está muy cerca del lugar que se me ha dicho. Allí podréis quedaros hasta que anochezca —el que hablaba hizo una pausa para tomar aliento—. De madrugada encontraréis un *lintres* en el Emporium, que os sacará de la ciudad y os conducirá a la desembocadura del Tíber.

—¿Dónde dices que estará?

—En el Emporium, en el puerto fluvial de Roma. Está muy cerca del Aventino.

—Bien —respondió el recién llegado.

Se hizo un silencio.

—Entonces, si me lo permites, yo me retiro. Volveré dentro de unas horas para conduciros hasta Roma.

No recibió más respuesta que un gesto de asentimiento.

—Bueno, me voy y os dejo comer algo y que podáis descansar.

A Roma llegaron al amanecer y pasaron el día escondidos en el falso techo del establo en donde dejaron los caballos, que les habían servido para hacer el trayecto desde el puerto de Ostia.

—Se trata de una de las suntuosas casas del senador Lucio Anicio Probo. Se encuentra junto a los palacios imperiales, pero no en el Palatino, sino aquí en el Celio.

—¿Qué vigilancia tiene?

—En realidad la vigilancia es muy escasa. La verdad es que los dos rehenes que la habitan tienen durante el día bastante libertad de movimiento. Eso sí, siempre están acompañados. De noche, hacen guardia seis soldados de palacio, más acostumbrados a desfilar y figurar que a utilizar las armas. Lo cierto es que no están en actitud de defender la casa, pues nadie espera que los residentes sean atacados. Más bien su misión es vigilar que no intenten escapar aprovechando las ventajas que pueda proporcionar la noche.

—¿Cómo podemos acceder?

—Tres de vosotros podéis entrar saltando la tapia del huerto, que no es muy alta, para neutralizar a los que estén en ese momento en su puesto. Nunca hacen guardia más de tres a la vez. Uno vigila la parte de atrás, otro el atrio, junto a la puerta principal de entrada, y un tercero guarda los dormitorios, en la primera planta. Una vez que lo logréis, uno de los esclavos, que está con nosotros, abrirá la puerta principal a los demás. Entonces podréis acabar con los otros vigilantes que se encontrarán en el puesto de guardia, situado junto a la cocina.

Cuando la noche se cerró y las calles quedaron a oscuras, el grupo se acercó a la casa sin ser visto y, localizada la tapia del huerto, unos

haciendo con las manos la forma de estribo ayudaron a encaramarse al muro y saltarlo a los que tenían que entrar por allí. Procuraron no hacer ruido, pero algo pareció percibir el guardia que custodiaba la parte de atrás de la casa, que se acercó con cierta desgana, pensando que otra vez los gatos andaban enredando. Los tres asaltantes se agazaparon detrás de un seto y, cuando el guardia llegó a su altura, la daga de uno de ello se clavó verticalmente debajo del maxilar inferior de aquel desgraciado y, atravesándole la lengua y el paladar, acabó hincada en su cerebro. Con un movimiento decidido y brusco tiró del puñal sacándolo entre un borbotón de sangre. El guardia estaba muerto, antes de empezar a desmoronarse y caer al suelo con los ojos enormemente abiertos.

Sigilosamente, entraron en la casa y se dirigieron al atrio, ocultándose tras unas columnas del fondo. Allí esperaba Gerón, el esclavo vándalo que, al verlos, hizo un gesto llevándose el dedo índice a los labios, indicando que no hiciesen ruido.

—¿Quién anda ahí? —dijo alzando la voz el guardia que custodiaba la zona de la entrada a la casa.

Gerón se acercó a donde el que había preguntado se hallaba.

—¿Qué haces? —dijo este de no muy buen talante.

—Voy a la cocina. El príncipe me ha pedido que le suba fruta —respondió el esclavo con una seguridad que le sorprendió a él mismo.

—¿Ocurre algo? —preguntó uno de los guardias que no estaba de puesto y se encontraba jugando a los dados con el resto, junto a la cocina.

—Nada…, nada, todo está bien. Es Gerón que va a la cocina —respondió el interpelado.

—Mejor así —dijo el otro guardia—. Vamos muchachos dadme los dados, que me toca. En esta jugada me saldrá Venus. Os voy a desplumar —dijo mientras volvía con los otros.

En ese momento, uno de los asaltantes echó una soga al cuello del soldado que se encontraba en el atrio y apretó con todas sus fuerzas. Instintivamente, el agredido soltó la lanza y se llevó las manos al cuello, tratando desesperadamente de desasirse, sin lograrlo. Gerón anduvo ágil y pudo coger el arma que había quedado en el aire, evitando así que cayera sobre el mármol, haciendo un ruido que seguramente alertaría al resto. Cuando el estrangulado dejó de agitarse, lo arrastraron a un lado para ocultar el cadáver.

Acto seguido, Gerón entreabrió la puerta de entrada y accedieron los que estaban fuera. Los tres recién llegados se dirigieron a la escalera que conducía al piso de arriba, mientras el esclavo sacaba de la cocina una bandeja de fruta y los acompañaba al piso superior. Los

que quedaron en la planta baja tomaron posiciones.

Gerón subió llevando la bandeja con la fruta.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó el guardia que custodiaba los dormitorios.

—Soy yo, Gerón. Llevo algo de fruta al príncipe.

No había llegado a terminar la frase cuando una soga comenzó a estrangular al vigilante. Este forcejeó agitándose violentamente, tratando de asir la soga y luego las manos de quien le atacaba, pero otro de los intrusos le dio un fuerte puñetazo en la cara, de modo que perdió el conocimiento y dejó de resistirse, cayendo como un fardo. El que apretaba la soga mantuvo la presión, ahora sin que el atacado se defendiera, hasta que la vida se le escapó en un último aliento convertido en un sordo gruñido.

—El dormitorio del príncipe es ese —dijo señalando una puerta— y las estancias de la reina son las que están al final del pasillo —dijo, señalando ahora en aquella dirección.

—Ocupaos del chico. Procurad no asustarlo, que no grite y, sobre todo, no le hagáis daño. Yo me ocupo de la reina —dijo el que iba al mando.

Mientras dos de ellos accedían al dormitorio del chico, abriendo la puerta con cuidado, el que daba las órdenes se dirigió al fondo del pasillo y abrió la que Gerón le había señalado. Accedió a una antecámara.

—La puerta del dormitorio está enfrente —dijo el esclavo que le había acompañado, sabedor de que aquello estaría a oscuras y difícilmente se podría orientar nadie en esas condiciones sin conocer la casa.

—Está bien, retírate. Déjame solo.

Abrió con cuidado la puerta que el esclavo le había dicho y entró a la estancia. Muy poco a poco, sus ojos acabaron por acostumbrarse a la oscuridad y vagamente pudo percibir dónde se encontraba la cama. Se aproximó a ella y distinguió el cuerpo de Hiana, sumida en un profundo sueño.

Se inclinó, y lentamente fue acercando su mano a la boca de ella. Cuando la tuvo lo suficientemente cerca, con un movimiento decidido y preciso se la tapó para evitar que pudiese gritar. La mujer se despertó sobresaltada y, al darse cuenta de que estaba siendo atacada, comenzó a revolverse con todas sus fuerzas. No paraba de patear y moverse violentamente, tratando de zafarse de aquella mano férrea que le mantenía la cabeza contra la almohada. Él se le echó encima, tratando de inmovilizarla con el peso de su cuerpo. Al poco, ella se agotó y durante un momento dejó de moverse para tomar aire por la

nariz.

—Tranquila, por favor, no grites. Soy yo —dijo él, aprovechando el momento.

Ella pensaba que iba a ser violada, pero, al escuchar aquella voz en la oscuridad, quedó estupefacta y quieta. Él aflojó su mano de la boca.

—¿Genserico? —preguntó.

Pero fue decirlo y pensar que no podía ser, que era imposible. Así que volvió a removerse y a intentar escapar saliendo de la cama. Él no la dejó. Volvió a atraparla y a cerrarle la boca.

—¡Estate quieta de una vez! —dijo él, apretándola contra sí—. He venido a rescatarte a ti y a nuestro hijo.

Ella cedió y por fin dejó de moverse.

—¡Genserico…! —dijo.

El forcejeo había resultado intenso, la ropa de cama estaba completamente revuelta, ella tenía descolocada la túnica de dormir que se le había subido, dejando al descubierto sus piernas y prácticamente sus pechos. Todo su perfume envolvía a Genserico que se sintió embriagado. Entonces, la besó apasionadamente en los labios, con un frenesí que le llevó a tomarla en aquel momento.

Hunerico, que al principio se había asustado y mucho, hasta el punto de pensar que iba a perder la vida en un atentado, se tranquilizó cuando reconoció a dos de los asaltantes y consiguieron explicarle qué estaba pasando.

Cuando Hiana, que se había vestido a prisa y corriendo con lo más sencillo y la ropa más cómoda que tuvo a mano, entró, acompañada de su marido, en el dormitorio de su hijo, Hunerico se echó en brazos de su progenitor.

—¡Padre…! —exclamó el muchacho.

Genserico apenas le devolvió el abrazo un momento.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder. No hagas ningún ruido.

Todos comenzaron a descender hacia la planta baja, camino del atrio, siguiendo a Gerón, que se puso en cabeza. El esclavo abrió la puerta apenas lo suficiente como para que pudieran deslizarse al exterior, procurando que los goznes no hiciesen ruido. Allí les esperaba un carro dedicado normalmente al transporte de mercancías, donde se fueron agrupando todos, salvo el guerrero que los acompañaba que subió al pescante junto al conductor.

—Tú te vienes con nosotros —dijo Genserico a Gerón.

No tuvo que decírselo dos veces y subió al carro en un salto, pues estaba viendo que iba a acabar pagando con la vida su colaboración, a poco que las autoridades investigaran lo que había pasado. Era un esclavo vándalo, y seguro que se convertía en el principal sospechoso

de haber colaborado con los asaltantes, desde dentro de la casa. Si tal cosa ocurría, como parecía inevitable, sería hombre muerto. Ya en el carro, ayudó a subir a Genserico y a colocar la carga, de modo que, quienes iban en la parte de atrás, quedaran ocultos bajo una lona. El carro se puso en marcha, sin pérdida de tiempo, saliendo de inmediato a la calle donde se encontraba uno de los extremos del Circo Máximo, aquella en la que se situaban los carcer o puestos de salida para las carreras de cuadrigas. Desde allí, siguiendo la vía Ostiense, bordearon el Aventino, dejándolo a la derecha, y llegando enseguida al puerto romano en el Tíber.

Podrían haber ido a pie, dada la cercanía, pero, mientras que sí eran horas de que un carro circulara por las calles de Roma, una mujer, con un muchacho, acompañados de Genserico, cuya cojera no podía disimularse, de ser vistos, habrían llamado la atención.

De los cuatro asaltantes que habían quedado dentro dos se dirigieron a la puerta de la cocina, y otros dos salieron al jardín, a donde daba la puerta exterior del cuarto que se estaba utilizando como cuerpo de guardia, y en donde aquellos tres que quedaban seguían jugando a los dados.

Uno de los que había salido se agazapó tras un murete bajo que, pegado al muro del jardín, bastante más alto que el del huerto, separaba en aquella zona el pórtico de la parte de tierra, dedicada a plantas y flores. El otro se escondió detrás de un seto.

Este último lanzó una pequeña piedra al suelo del atrio junto a la puerta del cuerpo de guardia.

—¿Eh…? —dijo el que iba ganando la partida.

Se levantó y salió a ver qué era ese ruido. Nada más aparecer en el jardín, una daga le atravesó el pecho a la altura del corazón. Su cuerpo se desplomó hacia delante, dejando libre la puerta. El que estaba tras el seto, salió de su escondite y lanzó su daga contra el guardia que estaba a punto de aparecer, atravesándole la garganta. El último guardia desenfundó su espada y fue lo último que hizo, porque desde la cocina y a su espalda, otro de los asaltantes dio un tajo tan certero en su cuello que casi le separa la cabeza con un corte limpio.

Sin perder tiempo, salieron de la casa y se dividieron en dos parejas para acercarse al Tíber a través de las estrechas callejuelas del entorno. A punto de llegar al Emporium, una de las parejas se paró en seco, antes de doblar la última esquina, al escuchar un ruido sospechoso. Esperaron un momento y uno de ellos asomó con cuidado la cabeza para ver de qué se trataba. No era más que un perro rebuscando en la basura.

—¡Vamos! —dijo, doblando la esquina.

—¡Alto! ¿Quién va? —escucharon a unos pasos de ellos.

Quedaron petrificados.

—¿Qué ocurre, guardia? —reaccionó el que estaba más cerca.

—¿Qué hacéis aquí? ¿A dónde vais?

—Buscamos el lupanar de Olfo el cretense —dijo, intentando aparentar que iban bebidos.

Estaba claro que no habían convencido al vigilante y que este se disponía a llamar al refuerzo.

No tuvo oportunidad. La soga de uno de los componentes de la otra pareja, que acababa de llegar, rodeó el cuello del guardia y ahí terminó el incidente. Arrastraron el cuerpo para ocultarlo de la vista y los cuatro se dirigieron al punto en el que debían encontrar el lintres, una barca larga y estrecha, muy apropiada para el trasporte de mercancías en ríos navegables, por su fondo plano y casco redondeado, a la que subieron.

El barquero separó del muelle la embarcación utilizando una pértiga larga con la que la llevó hasta el centro del río. Allí cogió el timón para gobernarla, dejando que se deslizara suavemente, aguas abajo, empujada por la corriente y oculta entre las sombras de la noche.

La liburna que les había traído los llevó a alta mar y allí Genserico, su mujer y su hijo pasaron a la trirreme que hacía las veces de nave insignia. La pequeña flota puso rumbo a África.

Ahora, el rey vándalo se encontraba con las manos libres. Naturalmente, en ningún momento pensaba reconocer que había tenido nada que ver en la desaparición de su hijo Hunerico y de su esposa. Es más, en cuanto tuviera noticias por los canales oficiales, pensaba presentar una queja en los más duros términos y exigir responsabilidades a la corte de Rávena. Ya tenía decidido que ambos deberían desaparecer durante un tiempo, por lo que había ordenado que se les preparase un palacio en Cirta, capital de Numidia, ciudad que había perdido su importancia a causa de los daños causados por los propios vándalos, y que resultaba un lugar discreto a donde apartarlos para que pasasen desapercibidos.

Esto deterioraría las relaciones con el emperador y le permitiría vulnerar el tratado cuando se le antojase, de modo que antes o después, cuando estuviese preparado, pudiera tomar la propia Cartago.

En realidad, el tratado que había firmado, apenas hacía algo más de un año con Roma, no había dejado satisfecho a nadie. A él se le concedía lo que ya era suyo por derecho de conquista, a cambio de quedar legitimado por el propio Imperio en su posesión, lo que había

creado gran disgusto entre jefes vándalos y alanos que le seguían, porque pensaban que era absurdo detenerse y conformarse, cuando bien podían haber tomado Cartago. Tampoco les convencía nada que tuvieran que ceder una parte de los tributos recaudados. Además, casi todos consideraban una humillación haber tenido que entregar al joven Hunerico, en garantía del cumplimiento de ese tratado. Para Gala Placidia y Valentiniano III perder las provincias del norte de África no era algo de lo que precisamente presumir, pero su firma les permitía ganar tiempo, puesto que tenían que atender la defensa de otros territorios, salvaban la zona más rica y productiva desde el punto de vista agrícola y de mayor recaudación de tributos, como era el norte de la provincia protoconsular, y les permitía presentar, frente a los críticos en la corte, el desastre del norte de África como un acuerdo satisfactorio para la defensa de las fronteras y de colaboración militar con un pueblo federado.

Pero Genserico, además, tenía planes a más largo plazo. La toma de Cartago lo pondría en una situación de completa hegemonía en el poder, desde la que sería indiscutible e inatacable. Sería entonces el momento de depurar sus filas, haciendo desaparecer a todos los jefes disidentes, especialmente a aquellos que estaban prestando su apoyo a sus sobrinos, a los hijos del fallecido rey Gunderico, su hermano, sin que se olvidara de la viuda de este. Todos ellos estaban ya sentenciados. Tenía también el firme propósito de crear una estructura de poder en la que quienes ocuparan puestos de relevancia se los debieran exclusivamente a él, para fundar así una dinastía reinante fuerte e incuestionada.

Genserico se encontraba al fin firmemente asentado en el norte de África y dominando la navegación en el Mediterráneo occidental.

¿Cómo era posible? ¿Cómo vándalos y alanos, que no dominaban las técnicas de navegación, habían logrado abandonar Hispania y cruzar el estrecho que separaba dos continentes y además con todo su pueblo? ¿Cómo se había llegado a esto? Hagamos memoria.

CAPÍTULO II

Constancio y Gala Placidia

A. D. 416-422
1169-1175 Ab urbe condita

Hacía tan solo veinte años que el gran Teodosio había unificado todo el Imperio bajo su mando. Parecía que en ese momento se restablecía el poder de la Roma eterna. Ya Diocleciano, un siglo antes, había conseguido sacar al Imperio del marasmo, el gran peligro y la decadencia que había supuesto el periodo de la anarquía militar y las guerras civiles que a punto estuvieron de acabar con todo. La dinastía de Constantino y la valentiniana recuperaron toda la fuerza, poder y grandeza de una historia que el mundo hasta entonces no había conocido más que en los mejores tiempos del Imperio. Sin embargo, todo estuvo a punto de perderse, una vez más, a raíz de la autorización concedida por Valente, emperador de la parte oriental del Imperio, a los visigodos de Alavivo y Fritigerno, que cruzaron el Danubio para instalarse dentro de las fronteras, que tan celosamente habían sido defendidas de los bárbaros durante siglos.

Aquellos godos venían con la intención de asentarse en las tierras que les fuesen concedidas, y dispuestos a prosperar junto con sus familias, integrándose entre quienes generosamente les acogían, tomando el compromiso de aportar soldados para la defensa de Roma y sus fronteras. Venían huyendo horrorizados por la fiereza de los salvajes hunos que pocos años atrás habían aparecido al norte del Meotis y, en poco tiempo, habían masacrado a guerreros tan temibles como los alanos, a sus hermanos greotungos y a su propio pueblo tervingio liderado por Atanarico.

Aquellos godos solo buscaban sobrevivir y dar seguridad a sus familias, proporcionándoles un futuro al servicio del Imperio. Que Valente les autorizara a entrar en él les llenó de gratitud y no deseaban otra cosa que servirle. Sin embargo, la codicia y la falta de visión de mandos corruptos y, en el fondo, la falta de una auténtica voluntad de acogerlos provocaron tales abusos. Aquellas gentes

acabaron por rebelarse y dieron comienzo a una guerra que duró seis años. Las torpezas militares y las nefastas decisiones se encadenaron hasta producir el gran desastre de la batalla de Adrianópolis, en la que se perdió nada menos que dos tercios del ejército romano oriental. No había ocurrido un hecho de semejante gravedad desde la derrota en Cannas en el año 216 a. C., ante Aníbal.

A duras penas, con tesón y gran esfuerzo, Teodosio resultó ser el hombre providencial que consiguió estabilizar y aparentemente superar aquella situación. Sin embargo, el problema ya estaba dentro y, si bien en principio, tras firmar con ellos la paz, los godos colaboraron, finalmente Alarico acabó por poner en jaque al Imperio y a los sucesores del gran emperador, hasta el punto de llegar a saquear Roma, hacía ahora seis años. Los enfrentamientos con este rey debilitaron las fronteras, al tener que retirar de ellas fuerzas que le fueron necesarias a Estilicón para hacerle frente, y en el año 406, aprovechando una inusual helada del Rin, suevos, vándalos y alanos lo cruzaron para asolar la Galia y acabar instalándose en Hispania.

Ahora, los suevos estaban establecidos en el noroeste de Hispania, en el sur se habían situado los vándalos y alanos, en la Galia los visigodos, burgundios y los hunos estaban en la frontera del Danubio. También había partes de la Galia e Hispania controladas por los bagaudas, bandas de rebeldes constituidas por legionarios desertores, colonos evadidos de sus obligaciones fiscales, esclavos huidos, forajidos, o indigentes, que se enfrentaban a la opresión tanto militar como de los grandes terratenientes a cuya explotación querían escapar.

La entrega a Honorio de su hermana Gala Placidia, viuda de Ataúlfo, en manos de los visigodos, desde el saqueo de Roma por Alarico, formó parte de un amplio acuerdo entre Walia y Honorio por el que, a cambio de limpiar Hispania de vándalos y alanos, el pueblo godo sería admitido como *foederati* y se le concederían tierras en Aquitania con sede en Toulouse, al finalizar con éxito su misión. En pago a sus servicios, recibirían seiscientos mil modios de trigo para alimentar a las tropas. Los suevos fueron excluidos del pacto porque mantenían como rehén a una de las hijas del general Constancio.

Prisco Atalo, el que en dos ocasiones había sido proclamado emperador por Alarico, intentó huir por mar y fue apresado por la flota imperial. Llevado a Rávena, Honorio no había olvidado que el ahora preso había pretendido, de haber triunfado como usurpador, mutilarlo y enviarlo desterrado a una solitaria isla, así que supo corresponder y ordenó que se le cortaran dos dedos, uno por cada vez que se había proclamado emperador, y se le confinó de por vida en la

isla de Lípari. Era el broche final a una década de lucha constante contra los visigodos y toda una serie de usurpadores. Ahora, la autoridad de la dinastía teodosiana quedaba restaurada en todo Occidente.

Constancio acabó por imponer su voluntad y consiguió ver a Gala Placidia. Esta se mantenía completamente recluida, sin tener contacto más que con Helpidia, sus servidores más cercanos e imprescindibles y con Lucio Caro.

—Discúlpame, augusta —dijo torpemente un aturrullado Constancio, que, al ver el estado en que se encontraba la joven, se dio cuenta de lo impertinente que había sido su insistencia por verla en persona. Ahora se sentía culpable y abochornado, al comprobar la razón por la que Gala no quería ser vista—. Siento haberte importunado, pero he creído que era mi deber comprobar tu estado de salud. No te volveré a molestar y solo me volverás a ver si me llamas a tu presencia.

—Agradezco tu interés. Puedes retirarte —dijo lacónicamente la augusta a quien desagradaba el personaje y estaba irritada por su insistencia en verla y por haberse visto forzada a ceder.

Constancio hizo una inclinación y salió tan deprisa como pudo de la habitación.

—Así no podemos presentarla ante el emperador —dijo a Marco Lupo.

—Creo que llevas razón. Es necesario que se recupere —respondió este.

A tal extremo habían llegado los abusos cometidos por el ya decapitado Sigerico, tras el asesinato de Ataúlfo, sobre la que había sido la esposa de este.

—Le atenderá mi médico personal y voy a hacer que vengan los mejores médicos y físicos de la región.

Tardó algunas semanas en recuperarse. Todas las magulladuras de su cuerpo desaparecieron y sus pies curaron al fin, aunque no se consiguió que recuperara peso, por lo que, a pesar de todo, seguía presentando un aspecto muy delicado.

Gala Placidia viajó de regreso a Roma rodeada de un gran séquito. Al propio suyo, aquel del que ya disponía en Rávena y que le había acompañado en su deambular durante su aventura con el pueblo godo, se le unió el séquito de Ataúlfo, que la había acatado como patrona y señora. Constancio no se opuso a que conservase el contingente de tropas privadas que la custodiaban.

Fue recibida en Rávena en una ceremonia fría y formal, que pretendía transmitirle el disgusto de Honorio por la conformidad con

que la princesa había seguido los designios de Ataúlfo y su poca resistencia a convertirse en su esposa. Durante meses vivió prácticamente recluida en sus aposentos privados, de los que no salía salvo para asistir a actos oficiales.

—Debes comer, niña. Te estás quedando en los huesos —le decía Helpidia en tono suplicante y preocupado.

Nadie llamaba «niña» a la augusta, ni se habría atrevido a una familiaridad parecida, pero Helpidia era como la madre que no había tenido o, mejor, porque siendo miembro de la corte no tendría la posibilidad de disfrutar de una madre que le diera el cariño y el cuidado que le daba la que había sido su ama de cría y niñera.

—Nadie puede cambiar el pasado, pero tú tienes un futuro que te aguarda y necesitas de todas tus fuerzas para vivirlo —insistía Helpidia, que a duras penas conseguía que probara algunos bocados de la comida que le servían.

Tras la experiencia sufrida, el ánimo de Gala Placidia se vio profundamente alterado. Aquella franca vitalidad que desprendía su mirada y su rostro juvenil lleno de encanto se había trocado en un gesto huraño, colmado de desconfianza. Le embargaba una honda melancolía, de la que le costaba salir, quedando a veces perdida entre su propio silencio, que en raras ocasiones rompía. Lo que había vivido en manos de Sigerico le había roto el alma y, si por ella fuera, se habría abandonado hasta dejarse morir.

Solo los desvelos y los pacientes cuidados de la fiel Helpidia, que a veces conseguía hacerle comer, habían conseguido parar su deterioro físico. La agonía duró meses. Su fiel asistenta dejó de intentar consolarla, en el convencimiento de que con el tiempo lograría salir de aquella sima, y que aquellos lloros, aquellas lágrimas interminables la harían una mujer muchísimo más fuerte, cuando todo hubiese pasado.

El pacto con los visigodos dio resultado en Hispania y los vándalos silingos fueron vencidos por Walia. Para celebrar esta victoria y la definitiva deposición de Prisco Atalo, el Senado autorizó un desfile triunfal. Honorio quiso celebrar el triunfo en Roma el primer día del año 417. Encontró el emperador que ese marco y ese momento eran los adecuados para que Constancio, que había sido elevado al grado de patricio, y que compartía ese año que se iniciaba consulado con el soberano, se casara con Gala Placidia.

La boda tuvo lugar en la *domus* Flavia y se puso mucho cuidado en que tuviera un especial esplendor para que superase en fastos a los habidos en la unión con Ataúlfo.

—No aspiro a que con el tiempo termines por amarme. Ni siquiera sé si mi persona dejará de desagradarte alguna vez. No me engaño con

ello —dijo Constancio en su noche de bodas—. Pero quiero que sepas que pienso cuidarte, pienso velar por tu seguridad y porque tengas cuanto desees y necesites. No encontrarás mayor lealdad que la mía, ni nadie en quien confiar más que en mí.

—«¡Dios mío!» —pensó Gala Placidia— «Está enamorado».

La augusta miró a su marido a los ojos y por un momento tuvo un sentimiento de ternura hacia él.

—Flavio Constancio, soy tu esposa. Deseo que no tengas esos pensamientos negativos. Tendrás siempre mi respeto y sabré cumplir con mis obligaciones para contigo —le dijo.

Era más de lo que Constancio esperaba. A sus sentimientos por ella, sumó el del respeto, al comprobar el sentido que su esposa tenía del cumplimiento del deber.

La princesa, que con anterioridad había experimentado un verdadero sentimiento de rechazo por la persona de Constancio, supo anteponer sus deberes para con la dinastía. Su hermano seguía sin tener hijos, y, por la experiencia sobre sus gustos e inclinaciones, nadie contaba ya con que los tuviera, así que los descendientes de ella asumían la plena legitimidad para sucederle, manteniendo viva tanto la herencia teodosiana como la valentiniana. Así que, supo poner por delante de su voluntad o gusto el bienestar público, que era lo que llevaba aparejada una sucesión pacífica, y la conservación de los intereses dinásticos.

Placidia se rodeó enseguida de una camarilla en la corte de rigurosos seguidores del credo nicénico, que adquirió un relevante protagonismo en la esfera religiosa, consiguiendo que en el año siguiente se prohibiera la participación en el ejército y la administración pública de paganos, herejes y judíos. La intervención de la augusta en asuntos de Estado no se limitó al ámbito religioso, con lo que su posición política se fue afianzando fuertemente.

Con el fin de asegurar la paz en las provincias meridionales, se firmó un nuevo pacto con Walia, en el que a cambio de renunciar a recibir oficialmente un cargo militar y no exigir pagos en oro, los visigodos podrían asentarse como tropas federadas en las provincias de Aquitania inferior, Novepopulania y Narbonense superior, designándose la ciudad de Tolosa como cuartel general. Los visigodos recibieron un tercio de las tierras cultivables de todas las propiedades romanas del valle del Garona, permaneciendo los pastos como zonas comunes.

Con este acuerdo, el estatus de los visigodos pasó de ser considerado como el de una horda de invasores bárbaros, a convertirse en el de soldados del emperador que ofrecían protección a

los terratenientes locales, en defensa del orden romano frente a posibles alzamientos campesinos. Desde el punto de vista demográfico, no podía decirse que alteraran radicalmente la composición de la población, pues los recién asentados no significaban más de un sexto de los pobladores allí establecidos. Los guerreros visigodos eran dirigidos y respondían ante su rey, pero la administración del Estado correspondía a la burocracia imperial.

Antes de que la evacuación de Hispania se hubiese completado, Walia murió y fue sucedido por Teodorico I, cabeza de la casa nobiliaria de los baltos, que se había convertido en la mano derecha del monarca fallecido, y estaba casado con una hija de Alarico.

Partidario de la alianza con Rávena, fue apoyado tanto por Constancio como por Gala Placidia para reforzar el control legítimo de las Galias por parte del Imperio.

Los gritos de dolor se escuchaban en todo el palacio.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó un aterrado Constancio.

—No estorbar —le espetó secamente Helpidia al general.

Gala dio a luz a una niña a la que se le puso por nombre el de Justa Grata Honoria, en honor a sus tías maternas y al emperador reinante.

Su segundo hijo vio la luz el 2 de julio de 419. Era un niño al que llamaron Flavio Plácido Valentiniano. Flavio era un nombre utilizado por todos los autócratas desde Constantino el Grande, Plácido era en honor a su madre Placidia, que actuaba como transmisora de la legitimidad dinástica y Valentiniano, para destacar la herencia soberana de Valentiniano I, que tenía mayor antigüedad que la teodosiana. Resultaba evidente que el niño sería tenido por legítimo heredero de Honorio.

A Constancio le faltó tiempo para tomar a su hijo entre sus brazos.

—Es un niño hermosísimo. Se ve fuerte y robusto —dijo con una sonrisa en sus labios y unos ojos que miraban a su esposa con agradecimiento.

A Gala apenas acababan de adecentarla tras el parto para que su marido pudiera ver a ambos. Se encontraba agotada.

Ella le sonrió.

Teodosio II, hijo de Arcadio, sin embargo, desde Constantinopla, observaba con recelo los acontecimientos que tenían que ver con Gala Placidia, pues deseaba que, a la muerte de su tío, el Imperio de Occidente fuese a parar a sus manos. Por esto, se sintió alarmado cuando Honorio designó a Constancio, padre del recién nacido, como cónsul por tercera vez, honor que, durante los últimos trescientos años, solo se había reservado a los emperadores.

—¿Crees que tu hermano acabará por asociarme al trono? —preguntó Constancio.

—No me cabe la menor duda. El que te haya concedido un excepcional tercer consulado es un mensaje claro hacia todos de que reconoce en nuestro hijo a su heredero natural. Tú eres su padre y estás a la cabeza del ejército. Te asociará al trono —dijo Gala Placidia.

—No parece muy dispuesto a tomar la decisión.

—Ya encontrará el momento adecuado. No quiere molestar a nuestro sobrino Teodosio o, mejor dicho, a Pulqueria, que es la que realmente dispone en aquella corte.

Más de un año tardó Gala Placidia en convencer a su hermano, pero finalmente, el 8 de febrero del 421, Honorio proclamó a Constancio augusto y, en la misma ceremonia, ambos coronaron como augusta a Gala y confirieron a Valentiniano el título de *nobilisimus* que le convertía en el sucesor tanto de su tío, como de su padre ahora en el trono.

El gobierno de Constantinopla se negó a dar respuesta a la comunicación oficial de este evento, lo que significaba que Teodosio II se negaba a reconocer a Constancio y Gala Placidia como augustos y a Valentiniano como *nobilisimus*.

Las relaciones entre ambas cortes se enturbiaron cuando Teodosio II, a instancias de su hermana Pulqueria, verdadero poder en Oriente, decidió casarse con Eudocia, la hija del filósofo ateniense Leoncio, buscando con ello instaurar su propia dinastía. Pero lo que hizo que la situación adquiriera la categoría de *casus belli* fue la decisión de subordinar todas las iglesias de la prefectura de Iliria a la sede de Constantinopla. Hasta ese momento se encontraban adscritas al patriarcado de Roma, actuando el obispo de Tesalónica como vicario de Inocencio I. La situación llegó a tal extremo que Rávena se puso a preparar una campaña contra el Imperio oriental.

Por primera vez en veinte años, Occidente se encontraba libre de contiendas civiles, al haber acabado Honorio con todos los usurpadores, y libre también de la amenaza de los bárbaros. En Hispania la situación había mejorado notablemente tras alcanzarse un pacto con los suevos y los vándalos asdingos para que se mantuvieran en la provincia de Gallaecia, a cambio de permanecer allí como tropas del Imperio. Sin embargo, los asdingos, que se habían visto reforzados por los alanos que habían conseguido escapar de la acción de los godos, intentaron ampliar el área donde efectuaban sus requisas a costa de los suevos. Tuvo que intervenir el *comes* de Hispania, Asterio, que actuó en favor de los suevos, obligando a los vándalos a replegarse hacia Braga, donde muchos de ellos fueron masacrados.

Parecía que la zona quedaba pacificada, pero poco después del regreso de Asterio a Rávena, el usurpador Máximo, que vivía refugiado entre los bárbaros, volvió a vestir la púrpura con el apoyo militar del vándalo Gunderico, que quería con ello presionar a Rávena para obtener un acuerdo favorable, como lo habían conseguido los suevos. Honorio se negó a negociar, y en la primavera del 421 envió un ejército a Hispania al mando del general Flavio Castino Víctor, que había sido nombrado general en jefe en sustitución de Constancio, tras su nombramiento como augusto. Bonifacio, el defensor de Marsella ante Ataúlfo, también se unió a la expedición, al mando de los federados godos puestos al servicio del Imperio por Teodorico I.

La campaña tuvo lugar en la Bética, que se encontraba bajo ocupación de los aliados bárbaros de Máximo, quien se dirigía a Gibraltar con la intención de pasar al norte de África. Detenido el avance vándalo, Máximo fue capturado y enviado de inmediato a Rávena.

—La victoria en Hispania de Castino y Bonifacio me permite volcar todas mis energías en preparar la campaña contra Constantinopla —dijo Constancio a Gala Placidia, a la que comunicaba las buenas nuevas llegadas de la península, que tan convenientes eran a sus intereses.

La relación entre Gala Placidia y su marido era la propia de todo matrimonio de Estado en la que el amor, el gusto o la propia elección no juegan papel alguno. Pero la llegada de sus dos hijos, y el hecho de que sus intereses, precisamente por preservar los derechos dinásticos de los mismos, cada vez eran más coincidentes, habían logrado que su relación resultase al menos tan cordial como fuera posible. Con el trato, el rechazo físico que ella sentía por su marido se había matizado, pues el tiempo todo lo suaviza, y Gala además había llegado al convencimiento de que Constancio era un militar capaz, un hombre inteligente y un administrador eficaz, que era lo que más convenía a sus hijos para asegurar su sucesión al trono.

—Parece como si el destino se empeñara en indicarnos cuál es el camino. En cualquier otro momento, preparar una campaña contra Oriente habría resultado una quimera. Cuando no Alarico, algún usurpador y cuando no, otro usurpador más, o más bárbaros cruzando la frontera. Estoy convencida de que se trata de un designio divino para que nuestro hijo reine en un Imperio unido, como lo hizo su abuelo Teodosio —dijo Gala Placidia con evidente entusiasmo—. Esta vez lo conseguiremos.

—Cuenta con ello. No lo dudes.

—Mi hermano no va a tener descendencia, como ya resulta

evidente, y por lo que se refiere a mi sobrino Teodosio debemos impedir que la tenga. Si lo conseguimos, nuestro hijo Valentiniano lo heredará todo —dijo Gala.

Sin embargo, como no hay cosa humana segura que el azar o el tiempo no pueda tumbar, Constancio contrajo unas fiebres, que, en Rávena, al estar rodeada de pantanos resultaban endémicas, y su estado se agravó en pocos días de tal forma que le sobrevino la muerte el 21 de septiembre. Seis meses había durado su papel como augusto del Imperio occidental asociado a Honorio.

Con la muerte de Constancio, se pudo poner en evidencia hasta qué punto era fuerte el sentimiento de mantener la concordia entre ambas partes del Imperio. Los preparativos para la campaña de Oriente, sin el impulso del augusto desaparecido, se ralentizaron. La facción de altos dignatarios y oficiales del ejército opuestos a la guerra desplegaron toda su influencia sobre Honorio para intentar evitarla. Gala Placidia, que era partidaria de llevar a cabo la campaña, quedó en una situación muy difícil, porque sin el poder de su marido en el ámbito militar, el suyo para conseguir su propósito estaba muy mermado, pues un sector mayoritario dentro de la milicia se oponía a seguir con el proyecto. A su favor tenía al general Bonifacio, *comes Africae*, pero en contra estaba Castino y el ya general Aecio.

Desde el punto de vista militar, el hombre fuerte en el ejército era su comandante en jefe, el recién nombrado Castino, que permanecía en Hispania organizando una nueva campaña contra los vándalos. Su postura fue determinante al ponerse a la cabeza de la facción contraria a la guerra.

En otoño, Honorio dio definitivamente orden de suspender los preparativos bélicos y puso los medios necesarios para reconciliarse con su sobrino Teodosio, con el que acordó compartir consulado para el siguiente año.

La campaña de Castino en Hispania resultó un fracaso. Para vencer a los vándalos, que estaban saqueando la Bética, el general disponía de tropas comitatenses de la Galia y la ayuda de los federados godos que aportaron fuerzas sobre todo de caballería. El general en jefe romano contaba con el general Bonifacio en su Estado Mayor, pero ambos eran enemigos. El *comes* Bonifacio estaba convencido de que Castino era el responsable del aislamiento y la pérdida de poder de su patrona, Gala Placidia, que, desde la muerte de su marido, Constancio, veía disminuir la influencia que tenía sobre su hermano, en favor de la facción de los partidarios de la paz con la parte oriental del Imperio.

Al comienzo de la campaña, Castino logró rodear a los vándalos, cerca de Hispalis, de modo que estuvo a punto de someterlos por

hambre, pero ambicionando obtener en aquella ocasión tanta gloria militar como pudiera, decidió presentarles combate. Bonifacio era contrario a esa táctica por considerarla inútilmente arriesgada, pues para vencer, bastaba mantener el cerco sin asumir mayores riesgos. Sus desavenencias hicieron que Bonifacio finalmente optase por volver a África acompañado de sus tropas, pues tal y como estaban las cosas, llegó a la conclusión de que la situación se estaba volviendo muy peligrosa para su seguridad personal. Castino, para evitar un enfrentamiento entre las tropas de ambos, que no conseguiría otra cosa que destrozar al ejército romano, lo dejó marchar.

A pesar de todo, Castino decidió atacar a los vándalos. Ocurrió entonces que, en mitad de la batalla, un numeroso grupo de godos, entre los que se había corrido el rumor de que Bonifacio había abandonado por estar en desacuerdo con el trato que en Rávena estaba recibiendo Gala Placidia, a la que seguían considerando como su reina, desertaron, y el ejército imperial fue vencido, teniendo que retirarse los supervivientes a Tarraco, capital de la única provincia Hispana realmente dominada por el emperador, en aquel momento. Para lograr huir, y que la derrota no se convirtiera en masacre, tuvieron que dejar todas las pertenencias de valor en el campamento abandonado al saqueo de los vándalos, que, entretenidos en apropiarse del botín, les dieron el tiempo suficiente para realizar una retirada con cierto orden.

A Tarraco llegó Castino en los últimos días del año acuartelando las tropas para pasar el invierno.

La situación en Hispania seguía tan complicada como antes de iniciarse la campaña. Los suevos sometían a tributación en Gallaecia a los ciudadanos romanos; Gunderico, rey vándalo, era el único poder en la Bética, y, a duras penas, el vicario Maurocelo resistía en Emérita, aunque podía darse por perdida la Lusitania ante un contraataque de los vándalos.

Castino, que siempre tenía que culpar a alguien, echaba en cara a Asterio, el *comes* de Hispania, que en su victoria dos años atrás contra Gunderico, en los montes Herbasios, perdiese el tiempo con la captura del usurpador Máximo, que le valió ser elevado al rango de patricio por Honorio como agradecimiento, pero que permitió escapar a los vándalos casi indemnes, entreteniéndose después en perseguir herejías.

No obstante, aunque fuera eso lo que pensaba, era consciente de que, en la corte de Rávena, toda la responsabilidad de la derrota caería sobre sus espaldas. La noticia efectivamente produjo una gran conmoción en el entorno del emperador y, al ver peligrar su posición,

los partidarios de Castino hicieron caer la responsabilidad del desastre sobre Bonifacio, a quien acusaron de traición. Pero no se conformaron con eso, sino que aprovecharon el momento para involucrar en la trama a Gala Placidia que era patrona del *comes* de África.

—Pero ¿cómo se atreve ese canalla a hacerme a mí responsable de su derrota en Hispania? —decía la augusta indignada.

—No se conforma con acusarte de la retirada del *comes* Bonifacio, sino que te culpa de la deserción de los godos —dijo Lucio Caro, que informaba de cuanto ocurría en la corte, que no era otra cosa que un nido de víboras.

—No pienso perdonar a Castino —decía Gala enfurecida—. Le haré pagar sus insidias. No solo viene difundiendo además que obligué a mi marido Constancio a asumir la dignidad imperial, sino que ha cometido la bajeza miserable de acusarme de que, a su muerte, he seducido a mi hermano Honorio y vivo con él incestuosamente para ganar influencia y poder.

La acusación carecía de fundamento, pero no de motivos, porque Honorio sentía una atracción enfermiza por su hermana, que le hacía mantener en público actitudes impropias de un soberano digno de respeto. La acosaba continuamente, la perseguía, la acariciaba y la besaba de una forma que no se correspondía con el amor propio de un hermano. Gala soportaba como podía estos arrebatos, cuidando de no herir a su hermano y de no ofender a su emperador, pero ni su moral ni sus férreas creencias como cristiana permitieron nunca que las pretensiones de su hermano llegaran a más.

Honorio fue incapaz de resistir las presiones de los partidarios de Castino y no depuso al general. Gala Placidia se sintió tan agraviada por esta postura que, con la ayuda de su camarilla, encabezada por Helpidia, Leonteo, su administrador, y Padusia, esposa de Félix, antiguo oficial de Constancio, organizó un golpe palaciego. El objetivo era eliminar a la facción de Castino, pero todo se vino abajo cuando se descubrió el complot y lograron neutralizar a los partidarios armados de Gala, en medio de un baño de sangre.

Castino volvió a Rávena y acusó a Gala de conspirar contra su hermano para arrebatarle el trono en beneficio del pequeño Valentiniano.

Honorio, en el fondo, sabía que nada de eso era cierto, pero desde la muerte de Constancio, ya no tenía la completa seguridad de la lealtad del ejército y temía que el general en jefe pudiera usurpar el poder, si no se seguían sus designios.

El resultado fue que Gala Placidia y su hijo se vieron excluidos de la corte y confinados en su palacio de Roma, desde donde, mediante

correos secretos, logró convencer a su sobrino, el soberano de Oriente, de que ella y sus hijos corrían grave peligro estando cerca de Castino, lo que ponía en riesgo la propia continuidad de la dinastía.

Teodosio II intercedió por su tía para que se le permitiera trasladarse a Constantinopla, cosa a la que Honorio acabó cediendo, no sin antes ser obligado por Castino a emitir un edicto por el que se la acusaba de conspiración con los enemigos del Imperio, condenándola al destierro perpetuo de Roma y de Italia.

CAPÍTULO III

Destierro en Constantinopla

A. D. 423
1176 Ab urbe condita

—Será la basílica de San Juan Bautista. ¿Cuándo tendrás los planos con las modificaciones que te pido? —preguntó Gala Placidia a uno de los arquitectos más importantes de la corte de Constantinopla.

—Inmediatamente, augusta. Me pongo con ello y te presento el proyecto final en los próximos días —dijo el interpelado.

Durante el viaje por mar, realizado a comienzos de primavera, para el que había embarcado con un muy reducido séquito, les sorprendió una horrible tempestad, que a punto estuvo de enviar a pique el barco en el que navegaban. Gala Placidia, viendo que perecían, se puso a orar con toda su fe y con toda la devoción de la que era capaz, encomendándose a San Juan Bautista, ante el que hizo voto de que, si se salvaban, mandaría construir una basílica en su honor en Rávena. El caso es que la tormenta amainó y pudieron llegar a puerto.

Los desterrados se acomodaron en una mansión situada frente al palacio imperial. Se trataba de una de las dos mansiones que, en su momento, Teodosio el Grande había designado como residencia de su hija en la capital del Imperio de Oriente.

—Es como volver a casa —dijo Helpidia en un comentario sin trascendencia.

—Pero ya no lo es —le respondió Gala—. Ahora es de otros, y a ello debemos atenernos.

Gala Placidia era muy consciente de cuál era su situación. Estaba viuda, estaba desterrada y carecía del apoyo de su familia. Tenía que disponer su ánimo para pasar una larga estancia lejos de la corte de Rávena. Tenía también muy claro que debía familiarizarse cuanto antes con el entramado de poder de la corte de Constantinopla, donde la figura principal era Pulqueria, que ejerció la tutela de su hermano mientras fue menor, pero que seguía siendo la voluntad que decidía

sobre los asuntos de Estado. Ella era quien ejercía el verdadero poder.

Su sobrino Teodosio era un joven de veintidós años, que dedicaba todo el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones representativas a estudiar en su magnífica biblioteca, entre tratados de teología, a la que su estricta formación en la ortodoxia nicénica le inclinaba, y tratados sobre ciencias naturales, que tanto le gustaban. A sus espaldas le llamaban el Calígrafo.

No le apetecía despachar con sus generales, a los que veía como hombres violentos, siempre inclinados a la guerra y a la destrucción y muerte del enemigo. Era muy remiso a emprender acciones bélicas, y más remiso aún a firmar sentencias de muerte.

Era evidente que Teodosio carecía de dotes de gobernante, y era por ello por lo que dejaba las cosas relativas a la administración del Imperio en manos de su hermana Pulqueria que, habiendo recibido la misma estricta formación religiosa que su hermano, había decidido hacer voto de virginidad, e inducido a sus hermanas menores, Arcadia y Marina, a hacer lo mismo. Bajo su influencia, la corte se había convertido en una comunidad de ascetas, consagrados a la oración, la penitencia y las obras de caridad.

Buscando preservar la continuidad de la dinastía, Pulqueria había decidido el matrimonio de Teodosio con Elia Eudocia, que no recibió el título de augusta hasta que no quedó demostrada su fecundidad, dando a luz a una pequeña princesa, a la que se puso por nombre Licinia Eudoxia.

Para Lucio Caro Preto, el regreso a Constantinopla significó volver a casa. Durante su ausencia, ni siquiera había mantenido correspondencia con las personas que le importaban, para no ponerlas en un aprieto o crearles problemas, pues no sabía hasta qué punto el recuerdo de su colaboración con Gainas podía seguir vivo, ni cómo de controvertida podría verse su actuación en Occidente. Se alojaba en las dependencias del palacio de Gala Placidia, como jefe de su guardia personal que era. La augusta había conseguido a través de su sobrina Pulqueria que el emperador le amnistiase por su colaboración con Gainas. No podía creer que hubiesen pasado más de veinte años. A él mismo le resultaba difícil de asumir que tuviese ya sesenta y cuatro.

Encontró Constantinopla hermosa como nunca. Le faltó tiempo para desplazarse por toda la ciudad para volver a reencontrarse con aquellos lugares que habían marcado su infancia y su primera juventud, pareciéndole, a veces, que volvía durante un momento a ella. Lo que más le impresionó sin duda fueron las nuevas murallas, cuya construcción se había iniciado diez años antes a instancias de Antemio, el entonces prefecto del pretorio de Oriente, que había

ideado todo un sistema defensivo que se encontraba a medio construir, pero que resultaría inexpugnable una vez terminado. Se trataba de un triple complejo de defensas situado a algo más de dos kilómetros de las antiguas murallas de Constantino, que habían sido ya desbordadas en algunos puntos por las más recientes construcciones urbanas. La nueva obra monumental venía a ampliar el terreno disponible por la urbe, procurándole casi el doble de superficie. Las nuevas defensas constarían de un primer foso exterior de unos veinte metros de ancho, al que seguiría, una franja despejada, donde el enemigo recibiría una lluvia de dardos, venablos y toda clase de armas arrojadizas, de unos quince metros de ancho, y luego una primera muralla exterior con dos metros de espesor y ocho de alto, salpicada con ochenta torres defensivas estratégicamente situadas. En el improbable caso de que el enemigo consiguiera superar la primera muralla, se encontraría con una nueva franja de terreno despejado de unos dieciocho metros de ancho, a los pies de una muralla de nada menos que cinco metros de espesor y trece de alto, defendida por cien torres de unos quince metros de altura. Todas estas defensas se desplegaban a lo largo de seis kilómetros, desde el mar de Mármara al Cuerno de Oro, haciendo inexpugnable la ciudad por tierra. Era opinión de quien sabía del asunto que todavía se tardaría veinticinco años en terminarla, pero lo que ya estaba en pie resultaba impresionante, y muy tranquilizador por lo que aportaba de seguridad a cuantos vivían en Constantinopla.

Lo primero que hizo Lucio, nada más llegar, fue informarse, y supo que Quinto hacía años que había muerto al caerle encima el caballo que montaba. Se le partió la pierna, que no tardó en gangrenarse, con lo que nada pudieron hacer por él los médicos. El negocio de la cría de caballos prosperaba en manos de un liberto judío, que antes había sido esclavo de Lucas, llamado Saúl.

Supo enseguida, pues la familia de Selene estaba muy vinculada con la corte, que hacía seis años que había quedado viuda. Su marido, Cayo Rupilio Póstumo, contrajo unas fiebres, que en principio fueron moderadas, pero que de golpe se convirtieron en violentas, cursando con un sarpullido por todo el cuerpo. De nada sirvieron remedios tan eficaces, según decían los médicos, como el polvo armenio, la leche del ganado de las montañas, o la orina de niño, y Cayo murió en pocos días.

Lucio envió un criado para que entregara una nota en casa de Selene, en la que daba cuenta de su llegada a Constantinopla, y en la que solicitaba realizarle una visita.

Fue recibido en el espléndido jardín de la *domus*, que Lucio ya

conocía, por Selene y por Elia Petrina, esposa de Lucas, que llevaba veintitrés años casado con la que era hija del senador Flavio Petrino, leal a la dinastía teodosiana, ferviente cristiano ortodoxo y uno de los hombres más ricos e influyentes de la corte oriental. El matrimonio había tenido cuatro hijos. Cayo Rupilio Segundo era el hijo mayor. En aquel momento tenía veintidós años y había acompañado a su padre en calidad de tribuno, bajo el mando del general Flavio Ardabur, en la campaña que acababa de finalizar en Persia con una paz favorable a los intereses romanos. Tres eran las hijas de Lucas y Elia: Rupilia, de diecisiete años, María, de quince, y Lucia de doce.

Tras el primer encuentro y hecha la presentación a Lucio, de Elia Petrina y las hijas, esta se las llevó al interior de la casa para dejar solos a Selene y Lucio.

—Dejamos hablar un rato a solas a la abuela y a este viejo amigo de la familia —dijo Elia, dirigiéndose a sus hijas.

No tardaron en quedar solos en el jardín, con la presencia únicamente de algunos esclavos dispuestos a servirles unos pastelillos de miel y vino muy endulzado también con miel.

—Me encanta que me llamen abuela, pero estando tú aquí, mi juventud se me hace tan presente, que me parece imposible serlo —dijo Selene—, cuando en realidad ya me he convertido en una anciana.

—Por favor, no exageres. No puedes quejarte de cómo te ha tratado el tiempo —dijo Lucio entre galante y sincero.

Lo normal era que cualquier mujer de sesenta y cinco años, como Selene tenía, aparentase ser una verdadera anciana, pero la vida la había tratado benignamente. Solo había tenido un único hijo, con lo que su cuerpo no había sufrido los desgastes de múltiples embarazos, y los siempre arriesgados partos. Había tenido una vida cómoda y feliz, un marido que le amó siempre y la trató a la medida de ese amor. Una vida, en fin, en la que no había enfrentado grandes sufrimientos, ni desgastes físicos por la realización de trabajos penosos. De constitución sana, jamás se excedía con la comida, en la que abundaban las frutas y verduras, y en la que la carne que ingería era escasa. No enfermaba nunca, y lo que resultaba milagroso, a su edad, era que mantenía todas las piezas dentales en su boca. Había engordado un poco, lo que hacía que su piel apareciera tersa y sin apenas arrugas. En definitiva, su aspecto era el de una mujer lozana que conservaba su hermosura y atractivo.

Por su parte, Lucio se mantenía en forma. La vida militar hacía que mantuviese su cuerpo musculado y sin un gramo de grasa. No era de mucho comer y bebía moderadamente. Su piel curtida estaba tostada

por el sol, y su cada vez más escaso pelo se disimulaba al llevar la cabeza rapada. Su imagen y modales militares le daban un aire viril que le hacía irresistible a las mujeres.

—A ti tampoco parece que te haya tratado mal el paso del tiempo. Toda una vida en el ejército y no parece que hayas sufrido graves heridas.

—La verdad es que estoy lleno de cicatrices, pero es cierto que he tenido mucha suerte, pues no he sufrido mutilaciones, ni graves heridas en la cara —dijo Lucio.

Tenían tanto que hablar, que la tarde pasó sin que se dieran cuenta.

—Por cierto, no has hecho ningún comentario, ni me has preguntado, pero quiero que sepas que Lucia se llama así por ti —dijo Selene.

—Claro que me ha llamado la atención, pero he preferido ser prudente.

—Lucas te admira y admira profundamente la vida que has llevado. Tiene muy presente cómo ayudaste a mi marido en su momento cuando lo necesitó, sin estar obligado a ello. Tampoco olvida la confianza que manifestaste hacia esta familia, al poner todos tus bienes a su nombre. Es lógico que tenga esa admiración por ti. Por eso quiso que su última hija lleve tu nombre.

Lucio estuvo a punto de emocionarse, por lo que se mantuvo en silencio.

—Sigue sin saber nada, ¿verdad?

—Ni debe saberlo —dijo Selene—. Nada tiene que ganar con saber que es tu hijo, y, a estas alturas más perjudicaría a esta familia que se supiera, que seguir manteniendo eso en silencio.

—Llevas razón.

Lucio se acostumbró a frecuentar la casa de Selene. Le gustaba, no solo conversar con ella, sino disfrutar de la compañía de Elia Petrina y de sus tres hijas, de las que, como abuelo suyo que era, aunque nada pudiera decir, se sentía orgulloso y recibía un afecto que le hacía sentirse en familia, cosa que, por la vida que había llevado, nunca había tenido.

Esa frecuencia se convirtió en costumbre cuando, tras dos años ausentes, Lucas y su hijo regresaron de la campaña persa. Lucio se encontraba como en su casa y los miembros de la familia de Selene le hacían sentirse bienvenido siempre.

Lucas y su hijo Cayo le contaban una y otra vez historias sobre las acciones militares y las aventuras que habían protagonizado en Oriente.

—No sé si os llegaron noticias a la corte de Rávena de la persecución de cristianos que se desató en Persia hace algo más de tres años —dijo Lucas, que como en otras ocasiones, trataba de explicar los pormenores de la campaña que acababa de concluir en Oriente.

—Algo llegó, pero debo de reconocer que salvo a Gala Placidia, algún miembro destacado de la familia de los Anicios y al obispo de Rávena, a pocos más noté interesados en este asunto, que se percibía como lejano —dijo Lucio.

Charlando amablemente en el jardín de la casa de Selene, se encontraban metidos de lleno en la conversación Lucio, Lucas y su hijo Cayo.

—Sabes hasta qué punto es devota Pulqueria, así que llegó un momento en que convenció a Teodosio para que tomase la decisión de atacar Persia, en defensa de esos cristianos perseguidos —continuó Lucas.

—Lo que no entiendo es cómo es que participaste tú en esa campaña, siendo *comes scholae scutariorum prima*, que es el primer cuerpo de los siete de que consta la guardia imperial.

—Bueno, fue decisión de Teodosio. Lo normal hubiese sido que el emperador encabezase el ejército, pero ya debes saber que a nuestro soberano no le gusta nada que tenga que ver con la vida militar, así que, para representarle sobre el terreno, decidió enviar a la sección de la guardia que está bajo mi mando —dijo Lucas.

Lucio no hizo ningún comentario, pero resultó evidente que le sorprendía el planteamiento y la actitud del emperador.

—Flavio Ardabur comandaba las tropas como general en jefe y decidió penetrar en territorio enemigo a través de la Armenia persa y de la Azacena. Salieron al paso las tropas del general persa Narsés, al que vencimos, haciendo que se retirase a la ciudad de Nisibis, lo que nos permitió seguir avanzando hacia el sur, en dirección a la Alta Mesopotamia.

—Y tú Cayo, ¿has luchado como tribuno de tu padre? —preguntó Lucio.

—No, lo he sido en el Estado Mayor del general en jefe.

—Y créeme que ha sabido cumplir con su deber —dijo Lucas, orgulloso de su hijo.

—Continúa, por favor —pidió Lucio.

—Cuando llegamos a Nisibis, le pusimos cerco y sobre el terreno construimos las máquinas necesarias para atacar las defensas de la ciudad. Conseguimos llevar a los defensores al límite, y a punto estuvimos de hacerla caer, pero tuvimos que levantar el cerco, porque supimos que el rey persa Bahram V se acercaba con un ejército dotado

incluso de elefantes. Tuvimos que retirarnos para no quedar entre dos ejércitos enemigos. Lo que hizo el rey persa fue dirigirse a Theodosioplis, en la provincia romana de Mesopotamia, y sitiarla, aunque tuvo que levantar el cerco, al no poder tomar la ciudad, que se le resistió heroicamente. Entonces Ardabur preparó una emboscada, en la que el rey persa llegó a perder a siete de sus mejores generales. Nuestro general Viciano, por su parte, derrotó a una fuerza formada por guerreros sarracenos de las tribus del desierto, que estaban aliados con los persas —contaba Lucas, totalmente entregado a su narración—. La situación llegó a un punto en el que se propuso la celebración de conversaciones de paz, por lo que se desplazó a la región el *magister officiorum* Herón, como funcionario jefe de la administración imperial, con plenos poderes para llevar a cabo las conversaciones. Sobre el terreno, se encontraba Bahram tan solo con su guardia personal, formada por los conocidos diez mil inmortales. Herón envió al campamento persa a Máximo, como embajador, pero los consejeros del rey persa le recomendaron que nos atacara por sorpresa. Lo convencieron y detuvo al enviado a la vez que dio orden de que nuestro campamento fuese atacado. Los inmortales se dividieron en dos grupos. Uno atacó de frente, haciendo salir a los nuestros del campamento, para presentarles batalla, mientras que el otro inició una maniobra de rodeo, para atacar por la retaguardia.

—Una situación comprometida y peligrosa —comentó Lucio.

—Así es, y el desastre habría sido completo si la Divina Providencia no llega a protegernos, porque tuvimos la buena fortuna de que el general Procopio apareciese sobre una colina cercana con sus tropas y desde la altura viera la maniobra que los persas pretendían llevar a cabo, cayendo entonces por la espalda de los que intentaban envolvernos, y una vez que los pusieron en fuga, lanzaron una lluvia de flechas contra el resto, provocándole tal cantidad de muertos, que tuvieron que retirarse.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó interesado Lucio, completamente entregado a escuchar el relato de estos hechos.

—Pues no te lo vas a creer —dijo Lucas, haciendo una pausa—, pero el rey persa se negó a aceptar la derrota, liberó a Máximo de su condición de prisionero y se puso a negociar con él la paz, que desde el principio se buscaba.

—Tienes razón, me parece increíble —apostilló Lucio.

Gala Placidia no tardó en tomar conciencia de lo delicada que era su situación en la corte de Constantinopla. En realidad, se le había admitido porque su cercanía hacía posible que tanto Pulqueria como Teodosio estuvieran más tranquilos al poder controlarla con mayor

eficacia. No se fiaban de ella, pues no dejaban de sospechar que había instigado a su marido para que tomara la púrpura con objeto de asegurar el Imperio para su hijo. Además, la hacían culpable de que Honorio hubiese estado a punto de atacar militarmente al Imperio oriental. Tampoco pasaban por alto la sospecha de una relación incestuosa entre hermanos para influir en Honorio.

El haberse refugiado en Constantinopla la había puesto a salvo a ella y a su hijo de la facción de Castino, pero a la vez la distanciaba de sus partidarios y del conocimiento directo de lo que sucedía en la corte de Rávena, imposibilitando cualquier reacción inmediata.

Todo le pareció perdido, cuando se conoció que el 15 de agosto Honorio había fallecido víctima de una hidropesía, sin haber cumplido aún los treinta y nueve años.

Teodosio quedaba automáticamente investido como único emperador con autoridad sobre la totalidad del Imperio, al ser el heredero de este y quedar como jefe de la dinastía reinante. A partir de ese momento, la legitimidad sucesoria recaía sobre los descendientes de Teodosio II.

En principio, tanto la corte de Rávena como el Senado de Roma aceptaron esta situación de hecho y el emperador no perdió un instante para alcanzar enseguida un acuerdo con Flavio Castino Víctor, a quien se le encomendó la administración de las provincias occidentales y se le designó cónsul para el año siguiente. También se reconoció a Bonifacio como *comes Africae*. De todas formas, a Teodosio II no se le escapaba la peligrosa situación en la que quedaba la dinastía en Occidente, aunque, de momento, pareció que todo se encontraba en orden y bajo control.

—Este acuerdo con Castino nos perjudica gravemente —dijo Bonifacio, *comes Africae*, al general Sebastiano, su yerno.

—Yo diría que más que perjudicarnos, lo que hace es condenarnos —respondió este.

—Llevas razón. Castino es mi enemigo y lo primero que hará será destituirme y mandarme llamar a Rávena. Una vez me tenga a su merced, estoy seguro de que seré ejecutado. No voy a pasar por eso y hacérselo pasar a los míos.

Antes de dar la oportunidad de ser relevado de su puesto y perder el poder sobre el norte de África, y la baza que significaba disponer de sus tributos y grano, Bonifacio se sublevó, negándose a reconocer la autoridad de Castino y proclamándose partidario de Valentiniano, el hijo de Gala Placidia, como heredero legítimo del Imperio occidental.

Con la ayuda de los visigodos federados, que se había traído de Hispania cuando abandonó la campaña contra los vándalos, se hizo

con el control de la región, manteniendo Cartago en su poder, y sometió a Italia a un verdadero bloqueo comercial, a la vez que dejaba de enviar los tributos de la zona.

A mediados de otoño, las autoridades locales ya tenían un serio problema para abastecer la ciudad de Roma y pagar las remuneraciones debidas a los soldados y funcionarios de la administración imperial. Se produjo una crisis muy grave, que indujo a Teodosio II a cometer un inmenso error. Dado que los gastos de la corte de Rávena resultaban de todo punto insostenibles y que se consideró que, al llevarse la administración y la gestión de todo el Imperio desde Constantinopla, la corte de Rávena dejaba de ser necesaria, se tomó la decisión de suprimirla.

El efecto se produjo de forma inmediata. Cundió la alarma entre los dignatarios de palacio que vieron cómo iban a perder sus puestos, estatus, remuneraciones, influencia y riqueza. A los afectados no les quedaba otro camino para mantener sus privilegios que proclamar a un usurpador. En la basílica de San Pedro, durante los funerales de Honorio, el grupo de ministros y altos funcionarios llegaron a un acuerdo para colocar en el trono de Occidente al *primicerius notariorum*, jefe de la oficina de secretarios imperiales, llamado Juan, que fue elevado formalmente a la púrpura el 20 de noviembre, contando con el voto prácticamente unánime de la curia, en la que tenía poderosos aliados, sobre todo dentro de la facción pagana. En la única facción que no encontró apoyo fue entre los Anicios y su extensa clientela que formaban la cabeza del partido legitimista católico.

Fue quizás por esto por lo que, desde el principio, Juan adoptó una política religiosa tolerante, basada en un trato equitativo a las distintas confesiones, volviendo a admitir a paganos, herejes y judíos en la función pública, a la vez que se redujeron privilegios al clero católico.

Era evidente que, aunque Castino no se había significado, estaba detrás de la proclamación de Juan, ya que no había movido un dedo para impedirla, ni se había pronunciado en contra. Muy al contrario, la primera orden que recibió del nuevo emperador fue la de organizar una campaña para terminar con la rebelión de Bonifacio, pues resultaba prioritario recobrar el control del norte de África.

Otra de las figuras relevantes que apoyaron militarmente a Juan fue Aecio, que por entonces era el jefe de la guardia palatina.

El nuevo emperador envió de inmediato una embajada para comunicar su proclamación y pedir el reconocimiento de Teodosio II, pero la embajada fue tan mal recibida, que sus componentes acabaron exiliados en el mar Negro y el emperador oriental se negó a

reconocerlo como colega.

No obstante, la corte de Constantinopla trató de seguir negociando con Juan, hasta que resultó evidente que el intento no conducía a nada. Fue entonces cuando se decidió enviar una expedición militar contra Rávena.

—Los hechos han venido a demostrar que resulta imposible gobernar la parte occidental del Imperio desde Constantinopla —dijo Pulqueria, tratando de analizar la situación con su hermano.

Teodosio II tenía ya veintidós años, pero había crecido siendo augusto desde los siete y se había acostumbrado a que alguien ejerciera siempre la tutela sobre él, lo que le había convertido en un ser muy cómodo, que podía dedicarse a disfrutar de su magnífica biblioteca y a desentenderse por completo de los asuntos de gobierno, que le resultaban tan tediosos. Pulqueria era el verdadero poder en Oriente, pero, aunque las decisiones las tomaba ella, procuraba que el emperador estuviese al tanto de los asuntos más delicados, para mantener al menos la apariencia de que era él quien gobernaba.

—¿Me hablas de que renuncie a mis legítimos derechos sobre Occidente? —preguntó Teodosio.

—Pienso, hermano, que no nos quedan más que dos opciones: o bien reconocemos a Juan como legítimo soberano de Occidente…

—¡Eso nunca! —exclamó con vehemencia el emperador, interrumpiendo a Pulqueria—. No voy a traicionar a la dinastía reconociendo a un extraño.

—Estoy de acuerdo contigo, pero entonces no queda más opción que reemplazar a Juan por nuestro primo Valentiniano.

Teodosio reconoció oficialmente la legitimidad de Constancio, a título póstumo, y la de Gala Placidia y sus hijos. Se restituyó a ella la dignidad de augusta, a Valentiniano el título de *nobilisimus*, y acordó el matrimonio entre el heredero de Occidente y la hija de Teodosio, Licinia Eudoxia, de tan solo dos años. Se pretendía con ello allanar el camino al solio de Rávena a Valentiniano, a la vez que se garantizaba la continuidad de la dinastía.

El momento para atacar Occidente parecía que era el más oportuno, porque la capacidad de defensa de Juan se encontraba notablemente mermada, al haber enviado a Cartago a gran parte del ejército de Italia, al mando del godo Sigisvulto, nombrado nuevo *comes Africae*, para luchar contra Bonifacio. A la vez, la situación se le había complicado en la Galia, donde un grupo de legitimistas encabezados por el prefecto Exuperancio y por Patroclo, obispo de Arelate (Arlés), se habían negado a acatar a Juan. Este envió al *magister militum* Gaudencio, padre de Aecio, para someter a los

rebeldes. La falta de víveres procedentes de África se hacía notar, y los soldados de Arelate se amotinaron y lincharon a Exuperancio, acabando con su vida. Entonces, hasta allí acudió Teodorico con sus hombres para aplastar la revuelta, a pesar de que la ciudad se encontraba fuera de su demarcación. Se enfrentó a las tropas de Gaudencio y no solo las derrotó, sino que acabó con la vida del general romano.

El nuevo augusto de Occidente integró entre los más próximos de su corte a Aecio como *comes domesticorum*, es decir, como gran mayordomo de palacio y jefe de la guardia imperial. Para Juan resultaba extraordinariamente útil el conocimiento que tenía de los godos, de su lengua y sus costumbres por haber sido rehén con Alarico durante tres años. Pero es que, tras esa experiencia, había pasado además otros tres años como rehén con los hunos de Rugila, con quien mantenía estrechos lazos de amistad, y de los que también había aprendido a hablar perfectamente su lengua y a conocer sus costumbres.

Cuando Juan tuvo información de que Constantinopla se preparaba para la guerra, envió a Aecio a Panonia con la misión de reclutar tropas entre los federados hunos allí asentados, que compensaran las escasas fuerzas de las que se disponía en aquel momento.

Gala Placidia se volcó en la preparación de la campaña contra Juan, demostrando con su actuación hasta donde llegaba su capacidad de influencia. Gracias a ella se pudo contar con la colaboración de Bonifacio, confirmado como *comes Africae*, al que se le confió la defensa de la región contra las tropas de Castino. También, gracias a su mediación, se pudo contar con la participación del general alano Ardabur, su hijo Aspar y Candidiano, uno de los fieles de Placidia.

CAPÍTULO IV

Contra Juan, el usurpador de Rávena

A. D. 424-425
1177-1178 Ab urbe condita

La expedición comandada por el godo Sigisvulto al norte de África, para sofocar la rebelión del *comes* Bonifacio se convirtió en un desastre al naufragar la flota antes de tocar tierra.

Aecio cruzó el Adriático e hizo un alto en la ciudad de Salona, donde pasó algún tiempo pertrechándola para su defensa. Después continuó camino hacia Panonia.

—Sabemos que el general Aecio no va a permanecer en Salona —dijo Helión, el *magister officiorum* de Oriente, que, en su calidad de canciller de la corte de Constantinopla, era responsable entre otros del servicio de información imperial—. Nuestros agentes nos informan de que, una vez que deje preparada la ciudad para su defensa, continuará camino hacia Panonia.

—A estas alturas, es evidente que Juan conoce que nos estamos preparando para atacarle —dijo Pulqueria—. Los preparativos que estamos realizando en Tesalónica no los ocultamos, ni podríamos ocultarlos, así que tiene sentido que Salona cuide sus defensas para dificultarnos el acceso a Italia por tierra, a través de la costa del Adriático, pero… ¿Panonia? ¿Qué tiene que hacer Aecio en Panonia? —preguntó la hermana de Teodosio.

—Hasta donde sabemos, el usurpador le ha encomendado que reclute un ejército entre los hunos —dijo Helión.

—Esperábamos que hiciera algo para reponer los soldados perdidos en el naufragio de la escuadra que envió a África, pero lo que menos nos conviene es tener que enfrentarnos a un ejército de hunos.

—Desde luego, esto nos lo pondría difícil —dijo el alto funcionario.

—Tenemos que anticiparnos. Es necesario que aceleres todos los preparativos. La expedición ha de partir cuanto antes.

En esos días, Lucio fue a la casa de Selene, una vez más, para despedirse.

—Parto hacia Tesalónica, con Gala Placidia, su hijo Valentiniano y su séquito —informó Lucio.

—Mi hijo Cayo está ya en aquel puerto —dijo Lucas—. Va como tribuno en el Estado Mayor de Ardabur. En esta ocasión, yo no me muevo de Constantinopla. Las fuerzas que quedan en Oriente no van a ser demasiado numerosas y la prioridad de la guardia es velar por la seguridad de la familia imperial.

—Pensé que, en esta ocasión, Teodosio se desplazaría con el ejército.

—Parece ser que él ha manifestado su voluntad de ir, pero los médicos lo han desaconsejado, rotundamente. Sufre de hidropesía, como su abuelo y parece que este no es buen momento —dijo Lucas—. Sé que vas a estar alejado del campo de operaciones, pero me quedo más tranquilo si te pido que cuides de Cayo.

—Querido Lucas, no tienes ni que pedirlo. Cuidaré de Cayo como si se tratara de mi hijo —dijo Lucio, a quien efectivamente sobraba pedirle tal cosa.

Helión se puso al frente de la organización de la campaña, y exigió al general en jefe Ardabur y a su hijo Aspar que tuvieran definitivamente listo el plan de operaciones, a la vez que se aceleraba la disposición de naves suficientes y su pertrecho. También se ocupó de que el 23 de octubre, en Tesalónica, Valentiniano fuese proclamado césar ante los dignatarios civiles y generales reunidos en la ciudad.

Se pudo repartir entre los soldados el habitual donativo que se les entregaba con motivo de la proclamación de un césar, gracias al oro enviado por Bonifacio desde África.

Ardabur presentó el plan de la campaña ante los principales generales y su Estado Mayor.

—La expedición estará compuesta por varias unidades de caballería al mando del general Aspar. Dos serán las escuadras navales que transporten las tropas de infantería. Una estará bajo mi mando y la otra estará a las órdenes de Candidiano, que tiene la misión de ocupar los principales puertos de la costa del Adriático, desde el estrecho de Otranto hasta Rávena, de forma que tengamos el control de la costa italiana —dijo Ardabur haciendo una pausa en su exposición—. Conseguido esto, en una operación combinada, con tropas que desembarquemos y caballería desplazada por tierra, tomaremos Salona, de modo que podamos proseguir el avance a través de la costa dálmata, para, desde el norte, entrar en la región del Véneto, ya en Italia, y descender hasta Rávena.

—¿Y el césar Valentiniano? —preguntó Lucio, que asistía a la reunión en calidad de jefe de la guardia personal de Gala Placidia y su

hijo.

—El nuevo césar, la augusta Elia Gala Placidia y su séquito viajarán por tierra, a través de la costa dálmata, custodiados por la caballería de Aspar.

La reunión continuó tratando todos los pormenores que venían al caso.

—Parece que el general ha pensado en todo —dijo Cayo a su amigo Marciano, al terminar la reunión.

—Ardabur suele pensar bien las cosas. Le gusta ser muy meticuloso.

Marciano era tribuno, como él, y formaba parte también del Estado Mayor del comandante en jefe. Se habían conocido en la reciente campaña persa y el compañerismo los había llevado a trabar una gran amistad, que crecía con el tiempo. Era algo mayor que Lucas, pues tenía treinta y tres años. Procedente del Ilírico, era hijo también de militar y no conocía otra vida que la castrense.

Se fue cumpliendo el plan previsto conforme la operación se desarrollaba. En principio, los habitantes de Salona se resistieron al avance de las tropas orientales y aguantaron bajo asedio un tiempo, gracias a la previsión que había tenido Aecio, reforzando sus defensas y dotando bien de víveres sus almacenes, pero llegó un momento en que fueron incapaces de seguir soportando el bloqueo y abrieron las puertas de la ciudad a las tropas legitimistas, que establecieron allí sus cuarteles de invierno. Durante ese tiempo se convirtieron en corte del joven césar, ocupando el magnífico palacio que Diocleciano había hecho construir un siglo antes en las afueras de Salona.

Con el comienzo de la primavera del siguiente año, tanto el cuerpo expedicionario terrestre, comandado por Aspar, como el marítimo, a las órdenes de Ardabur, se pusieron en marcha.

El general Aspar, tal y como tenía previsto, cruzó los Alpes Julianos y tomó Aquilea, donde deberían reunirse con las tropas de infantería transportadas por la flota. Sin embargo, una violenta tempestad sorprendió a las naves durante la travesía, enviándolas a pique o arrojándolas contra la costa. El propio Ardabur fue hecho prisionero por las tropas de Juan y conducido a Rávena, donde fue tratado con el debido respeto de su rango, por lo que gozó de una libertad de movimiento, más propia de un invitado que de un prisionero.

—Debemos aprovechar esta libertad que se nos da para ponernos en contacto con cuantos puedan ser leales a la causa de Valentiniano y Gala Placidia —dijo Ardabur.

Se encontraba el general en compañía de Cayo Rupilio y Marciano,

sus dos tribunos que habían caído prisioneros con él y se habían convertido en sus dos más cercanos acompañantes y ayudantes. Ardabur se dio cuenta de la falta de entusiasmo de los dos jóvenes tribunos ante lo que escuchaban.

—¿Qué ocurre? ¿Tenéis alguna pega?

—Haremos lo que nos ordenes —dijo Marciano, tras haberse mirado los dos jóvenes.

—Comprendo que tengáis escrúpulos en actuar para perjudicar a Juan, cuando hemos recibido de él un trato que no se corresponde a la crueldad con que podría actuar, siendo enemigo y habiéndonos capturado en campaña, pero nuestra lealtad la debemos a la dinastía legítima, no a él que es un usurpador. Nos da este trato benigno por propia iniciativa. No hemos suplicado, ni nos hemos comprometido con él. Es más, ¿acaso pensáis que ha decidido tratarnos así por piedad o generosidad? —dijo Ardabur, haciendo una pausa y mirando fijamente a sus dos interlocutores, que se mantuvieron en silencio—. No os equivoquéis. Si actúa de este modo es porque pretende atraernos a su bando, en perjuicio de aquellos a los que servimos y a los que nos debemos. Sé que si nos descubren no habrá piedad y nos darán una muerte terrible, pero esto no nos debe desviar del cumplimiento de nuestro deber. Nuestro ejército, al haber perdido gran parte de la infantería que transportaban las naves naufragadas, va a necesitar ayuda y rápido, porque, si Aecio vuelve con un ejército de hunos, antes de que consigamos nuestro propósito, todo se perderá. Nosotros podemos ayudar desde dentro a que la ciudad caiga y es eso exactamente lo que tenemos que conseguir.

—Haremos lo que nos ordenes —dijo en esta ocasión Cayo Rupilio.

Así que Ardabur aprovechó la libertad de que gozaba para, con la ayuda de sus dos tribunos, ganarse la voluntad de algunos ministros del usurpador y a los oficiales de la guarnición de Rávena, a través de los cuales pudo ponerse en contacto con su hijo, Aspar, para informarle que la ciudad estaba dispuesta a rendirse. Ellos mismos se sorprendieron de la facilidad con la que encontraron apoyo entre los grandes personajes de lo que había sido la corte de Honorio y de las grandes familias cristianas, tan leales a Gala Placidia.

Aspar respondió al llamamiento, pretendiendo no solo liberar a su padre sino anticiparse a Candidiano, que una vez que había cumplido la misión de tomar el control de los puertos del Adriático, se dirigía con sus tropas hacia Rávena.

A finales de mayo, Aspar llegó a las inmediaciones de la capital imperial de Occidente y se encontró con que, además de sus fuertes murallas, la ciudad estaba rodeada de pantanos que la protegían.

Resultaba imperativo encontrar el modo de franquearlos, acercándose a la urbe, sin que el ejército pereciera en el intento, a manos de los defensores. Sin embargo, parecía que eso iba a resultar imposible.

—Vengo, *domine*, con un niño al que creo que merece la pena que le pongas atención —dijo uno de los tribunos de Aspar, que había pedido verle.

—¿Un niño? —dijo sorprendido el general.

—Sí, se trata de un pastorcillo que, si es verdad lo que nos dice, puede resolver nuestros problemas.

Aspar no dejaba de mirar al tribuno con cara de sorpresa.

—Que entre. No se pierde nada escuchando lo que tenga que decir.

El tribuno salió en busca del niño y volvió con él.

—Vamos, dile al general lo que a mí me has contado.

El pequeño guardó silencio. Era evidente que se sentía coartado en presencia del general.

—No te preocupes hijo, habla —dijo Aspar en un tono paternal.

El niño miró al tribuno y siguió sin decir palabra.

—Hace un rato, se nos acercó para pedirnos un trozo de pan. Me ha caído simpático el pequeño y me he ocupado de que se le diera bien de comer, y al darme las gracias, me ha dicho que él conoce un camino secreto para atravesar los pantanos.

Aspar abrió los ojos de par en par y se levantó de golpe de su asiento.

—¿Es eso cierto? —preguntó al pastorcillo.

El niño movió afirmativamente la cabeza.

Aspar no podía creerlo.

—Y ¿por qué quieres ayudarnos? —preguntó.

—Porque cuando mi madre quedó viuda, la augusta Gala Placidia la ayudó con amor cristiano, evitando que muriéramos de hambre —dijo el niño sin levantar la vista del suelo.

—Está bien, llévate al niño y cuida de que no le falte de nada —dijo Aspar—. Y que venga Domicio, terminó.

El tribuno salió con el pequeño pastor y no tardó en presentarse el también tribuno Domicio.

—A tus órdenes, *domine* —dijo.

—Coge a los soldados que necesites y explora el camino que el pequeño pastor que acaba de salir dice conocer. Mira si es verdad, y sobre todo investiga que no sea una trampa y que no corremos el peligro de caer en una emboscada cuando transitemos por él.

Una de las esclavas que prestaban servicio en la cocina, mientras el niño comía lo que le había preparado, sintió tal ternura por él, que comentó que le parecía un ángel. Y así quedó para el sentir popular,

que pasado el tiempo comentaba que Aspar había conseguido atravesar los pantanos guiado por un ángel que se le apareció.

El camino resultó ser seguro y, guiados por el pastor, lograron superar los pantanos que rodeaban Rávena, penetrando en su interior, gracias a la colaboración de todos los que había conseguido poner Ardabur en favor de la causa.

El usurpador Juan fue enviado a Aquilea, una vez hecho prisionero. Ardabur envió un escrito dirigido a Gala Placidia, dando cuenta de la bondad con la que le había tratado como prisionero e informándole de que, gracias a eso, había podido actuar de modo que la ciudad se había entregado, sin mayores pérdidas.

Sin embargo, Gala Placidia actuó sin piedad contra el usurpador.

—Debemos dejar claro desde el principio que no consentiremos esta conducta. Hay que dar ejemplo, de modo que, si en el futuro se le ocurre a alguien la idea de sublevarse contra la dinastía legítima, sepa que lo pagará con su vida —dijo al nuevo prefecto de la ciudad.

La augusta dispuso que se le pasease a lomos de un asno por las calles, no sin antes amputarle la mano derecha. Así fue llevado hasta el circo, donde sufrió las iras del populacho y fue decapitado.

Gala Placidia comunicó a su sobrino Teodosio II la caída de Juan. El emperador de Oriente recibió la noticia estando en el circo de Constantinopla, presenciando unas carreras. Tal fue la alegría del soberano, que no tardó un momento en abandonar el hipódromo para dirigirse a la iglesia de Santa Sofía, donde se recogió en oración hasta que llegó la noche.

Solo unos días después de la caída de Rávena, Aecio cruzó los Alpes Julianos acompañado de un ejército de decenas de miles de hunos. Aspar, que salió a su encuentro para evitar que alcanzase Aquilea, no logró sin embargo dispersar sus fuerzas, lo que comenzó a crear un grave problema político, pues los partidarios que quedaban del desaparecido Juan y la facción del Senado de Roma que lo había apoyado comenzaron a agruparse en torno a la figura del general.

Gala Placidia se dio cuenta de que no era posible dar una solución militar al problema que le pudiera resultar satisfactoria, pero que, en cualquier caso, había que darle una salida, antes de que se convirtiera en irresoluble. Así que decidió enviar una embajada a Aecio con el fin de entablar diálogo con él. Se le prometió perdonarle la vida y retribuir generosamente a sus hombres, si volvían a Panonia.

La propuesta no convenció a Aecio, que pensó que, una vez que resignara el mando de tropas, quedaría a merced de la augusta y acabaría por perder la vida a manos de sus agentes, por lo que puso como condición que se le otorgase el mando del ejército de las Galias.

A Gala Placidia le convenía llegar a un acuerdo y enviarlo a las Galias significaba alejarlo de Italia y de los partidarios de Juan, así que aceptó la propuesta y le encomendó como primera misión liberar Arlés del asedio al que la tenía sometida el rey visigodo Teodorico.

Junto a Aecio se desplazó Amantio, nombrado nuevo prefecto de la Galia, dotado de una constitución imperial por la que se restituían al clero católico los privilegios que le habían sido arrebatados por Juan. Patroclo, obispo de Arlés y vicario pontificio, fue dotado de amplios poderes para actuar contra los obispos pelagianos. Se expulsaron de todas las ciudades a los maniqueos, herejes y astrólogos, y se vetó nuevamente a los judíos y paganos el acceso a los puestos de funcionariado y al ejército.

En las primeras semanas en el poder, Gala Placidia hizo promulgar edictos para imponer tanto en Italia como en el norte de África las mismas directrices.

Todavía en Aquilea, y antes de dirigirse a Roma, la augusta procedió a la renovación de los altos cargos de la corte, el gobierno y el ejército. Promovió, como *magister* de ambas milicias, a Félix, que era marido de Padusia, una de sus damas de honor, otorgándole además el rango de patricio. El general, de aspecto algo grueso y poblada barba, había apoyado a la emperatriz en su disputa con el usurpador Juan. Su esposa, aunque dama de honor, no era del total agrado de Placidia, pues tenía fundadas sospechas de que había colaborado en su momento con el mayordomo Leoncio en las intrigas que le enemistaron con su hermano Honorio, acusación de incesto incluida, que tanto le había desacreditado en la corte de Rávena, y había allanado el camino para su expulsión a Constantinopla.

Bonifacio, que acababa de vencer a Castino cerca de Cartago y lo había cogido prisionero, fue nombrado *comes domesticorum*, jefe de la guardia imperial, cargo que compaginaría con el de comandante del ejército de África. Candidiano fue nombrado *magister equitum*, a las órdenes de Félix. Por su parte, Aecio actuó de forma satisfactoria, demostrando lealtad al nuevo emperador, al liberar Arlés del asedio de los visigodos, antes de que el invierno llegara. Para cubrir los altos cargos del gobierno y la corte se contó con aquellos senadores que se habían significado en el apoyo a Gala Placidia durante la usurpación de Juan. Muchos de los miembros de la familia de los Anicios se vieron beneficiados, pues Anicio Acilio Glabrión Fausto ocupó la prefectura de la ciudad de Roma y Anicio Auquenio Baso fue nombrado *comes rei privatae*, administrador del tesoro privado del emperador, y promovido a prefecto del pretorio de Italia, meses después.

En septiembre, la familia imperial se dirigió a Rávena, donde tenían previsto recibir a Teodosio II, que había decidido viajar a Italia para coronar a Valentiniano, pero las naves de Oriente llegaron sin que a bordo se encontrase su emperador. Una súbita enfermedad le había afectado al llegar a Tesalónica para iniciar el viaje y en esa ciudad tuvo que quedarse siguiendo la opinión de los médicos que le recomendaron descanso. Tampoco volvió Justa Grata Honoria que se había quedado en Constantinopla. En lugar del emperador, dotado de plenos poderes, envió al *magister officiorum* Helión.

Recibido este con todos los honores, se puso en marcha la comitiva imperial camino de Roma, donde el 23 de octubre Valentiniano fue coronado como augusto. Quisieron celebrar en la Ciudad Eterna el comienzo del segundo consulado del emperador, por lo que permanecieron en ella durante los tres meses siguientes.

Toda esta escenificación triunfal pretendía reafirmar la unidad política del Imperio considerado como un todo y, por encima de cualquier cosa, la unidad de la dinastía y su manifiesta voluntad de mantenerse, desde su propia legitimidad, al frente de los destinos de las dos partes, tanto de Constantinopla, como de Rávena. Un legítimo descendiente de la casa de Teodosio había recuperado el trono del imperio de Occidente gracias a una fuerza expedicionaria enviada por el imperio de Oriente. Esta alianza se veía a su vez consolidada por la promesa de matrimonio de Valentiniano III con Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II.

Tras haber pasado toda su vida sometida a las circunstancias, conveniencias, intereses y ambiciones impuestas por otros, tras verse convertida en mero instrumento de la política dinástica, sometiéndose, no solo a los deseos del emperador reinante, sino a las pretensiones de los generales bárbaros, que le habían llevado a vivir las situaciones más humillantes y le habían infligido los sufrimientos más extremos que una mujer pueda vivir, por fin, era libre y protagonista tanto de su propia historia, como de la Historia.

CAPÍTULO V

El difícil éxito de Gala Placidia

A. D. 426-427
1179-1180 Ab urbe condita

Gala Placidia había alcanzado al fin la cúspide del poder. Su hijo, el emperador Valentiniano III, de seis años, no estaba en edad de gobernar y a ella correspondía ejercer la tutela legal y efectiva.

Su sobrino Teodosio II, emperador en Constantinopla, sostenía la legitimidad dinástica en Oriente, como descendiente directo del gran Teodosio, pero ella había transmitido a su hijo, no solo la legitimidad dinástica de la dinastía teodosiana, sino también la legitimidad dinástica de la dinastía valentiniana, cosa que desde siempre pretendió destacar, al poner a su primer hijo varón y posible futuro heredero el nombre de Valentiniano.

Gala era la persona que ejercía el poder real en Occidente. Acomodados en Rávena, en el palacio que había ocupado Honorio, no tardaron en adaptarse a las exigencias de su nueva posición. La emperatriz, título que le correspondía por haber sido esposa de Constancio III, ocupaba el centro de la vida representativa de la corte, como tutora del emperador niño. Ella regía el complicado ceremonial que, como vehículo de glorificación del soberano, servía de perfecto mecanismo de control de la jerarquía palatina, mediante una compleja liturgia palaciega, en la que la reunión de los consejos, las solemnes audiencias, los banquetes oficiales y la celebración de las festividades civiles y religiosas servían de instrumento para regular y canalizar los conflictos de intereses entre las distintas facciones, enfrentadas por obtener una mayor cercanía al poder y una mayor consideración en la voluntad de quien, en nombre de su hijo otorgaba cargos, dignidades y favores, y quien, en nombre del soberano, decidía en última instancia los tratados que debían firmarse y las leyes que se debían promulgar. La corte se convertía así en un nido de intrigas, nunca exentas de peligro y siempre sobradas de ambición.

Este complejo engranaje era bien conocido de la augusta, ya que

había nacido y crecido en ese ambiente. Tenía la inteligencia y la experiencia como para saber desenvolverse en él, asumiendo la enorme responsabilidad de moderar las luchas entre los generales, los altos dignatarios de palacio, las grandes familias senatoriales, los grandes propietarios, los obispos, o los jefes bárbaros al servicio del Imperio. Todo giraba en torno a ella y había desarrollado la suficiente destreza como para apoyarse en cada ocasión en el grupo que más le conviniera para salvaguardar la autoridad y el prestigio de la dinastía y sus intereses. Ella sabía jugar con la ventaja de que las fuerzas que actuaban en la corte, casi siempre enfrentadas entre sí, no podían prescindir del apoyo y la sanción imperial, en la que cualquier poder obtenido se fundamentaba, por lo que todos competían por evidenciar su sumisión para ser del agrado de quien podía otorgarles aquello que buscaban.

Significaba que disponía de todo el poder legítimo, de todo el poder político, pero, siendo mucho, no era todo el poder. Había un ámbito en el que Gala Placidia se sabía dependiente y por tanto vulnerable. Se trataba del poder militar. A lo largo de sus treinta y tres años de vida, había aprendido algunas cosas, que no iba a olvidar. La autoridad de los generales con mando sobre grandes contingentes armados suponía un peligro para el sistema de sucesión dinástica. No pocas veces había sido testigo de cómo un militar, al haber desarrollado una brillante carrera, se sentía elegido por la Providencia para salvar al Imperio y trataba o conseguía apoderarse del trono por la fuerza. Honorio había conseguido conjurar el peligro mediante la vinculación de los generales más destacados a la casa imperial concertando alianzas matrimoniales. Pero esto podía convertirse en un arma de doble filo con el tiempo, pues el militar y sus hijos recibían una legitimidad a través de la esposa, que podía dar pie a que se sintiera tentado a asumir el poder para él y sus descendientes, en perjuicio de la línea dinástica principal. Ejemplo de esto había sido Estilicón en su momento, y por lo que a ella se refería, tal cosa había ocurrido con Ataúlfo y Constancio.

Teniendo esto en cuenta, para proteger los legítimos derechos de su hijo Valentiniano III, de modo que no se topase con rivales dentro de su propia familia, decidió destinar a su hija Honoria, desde niña, a la vida religiosa, tomando ejemplo de la conducta que Pulqueria había seguido con las hermanas del emperador en la corte de Constantinopla. Con esto, conseguía cerrar esta importante vía de acceso de los generales a la dignidad imperial, y reforzar la descendencia de Valentiniano como única vía posible en la sucesión, tanto más, cuando Valentiniano III estaba prometido con Licinia

Eudoxia, hija de Teodosio II, siendo esta unión un sólido enlace dentro de la familia.

Sin embargo, Gala Placidia sabía que con esta política no quedaban cerradas todas las puertas a posibles usurpaciones, por lo que desarrolló una estrategia consciente que consistía en fomentar el enfrentamiento y la rivalidad entre los generales, a través del otorgamiento de privilegios, dignidades, títulos y favores, que los mantuviera ocupados en mostrar su lealtad al monarca para conseguir el favor imperial por encima del rival, en lugar de que dedicaran su tiempo a conspirar en secreto.

El desarrollo de esta política tampoco estaba exento de peligros, dado que los enfrentamientos entre los grandes generales podrían derivar en graves conflictos.

El general en jefe era Flavio Constancio Félix, sobre el que, de hecho, no solo recaía el mando supremo militar, sino la dirección de los asuntos de Estado, según las directrices marcadas por Gala Placidia como representante de este.

En primavera, uno de esos conflictos estalló entre dos de sus principales valedores, Félix y Bonifacio. Este último había llegado a Rávena para rendir cuentas de su actuación en África y tomar posesión de su nuevo cargo como *comes domesticorum*.

Gala debía desplegar una diplomacia exquisita para que Bonifacio se sintiera agasajado y Félix no se sintiera agraviado, pues el primero era su favorito, dado que en todo momento le había mostrado una lealtad inquebrantable, con grave riesgo para sí, rindiéndole servicios impagables y determinantes en la consecución del éxito obtenido. Sabía que el *comes Africae* aspiraba al puesto de Félix, por lo que tenía que cuidar que este no se sintiera agraviado con un trato de favor hacia su rival. En este sentido una audiencia privada concedida a Bonifacio no haría sino despertar los celos de Félix.

—General, he sido designado por la augusta como enlace personal entre ella y tú para que el ceremonial de la corte no sea un obstáculo en la comunicación abierta y franca que en todo momento quiere mantener contigo —dijo Lucio, que se había convertido en uno de los hombres de más plena confianza de Gala Placidia.

—Agradezco la deferencia de la emperatriz hacia mi persona —respondió Bonifacio.

—¿Te encuentras bien acomodado en palacio? ¿Necesitas algo?

—No, gracias, me encuentro perfectamente instalado.

—Me alegro de que así sea. ¿Quieres enviar, a través de mí, algún mensaje a la augusta?

—¿Cuándo podré verla? —preguntó Bonifacio.

—No creo que sea posible antes de la ceremonia de tu nombramiento como *comes domesticorum*.

—Me gustaría hablar antes en privado con ella.

—Tendría que ver si eso es posible, pero lo dudo —dijo Lucio—. Es por eso por lo que me encomienda a mí que haga de enlace, para que le hagas llegar el mensaje que desees.

—No quiero cuestionar las disposiciones de la augusta, pero pensaba que los servicios que tengo prestados en favor de ella y de su hijo me harían acreedor a un trato más cercano —dijo Bonifacio, no sin cierta prevención.

—Todos debemos someternos a la estricta etiqueta de la corte. El hecho de que se me ponga a tu disposición como enlace, debes valorarlo como muestra de la cercanía que estás pidiendo —dijo Lucio, tratando de convencer a su interlocutor.

—No quisiera ofenderte, pero entiende que pueda temer que, a través de un intermediario, mi mensaje quede deformado de modo que me resulte perjudicial. No me gustaría caer en malentendidos con la augusta a la que venero —dijo el *comes*, que no acababa de estar cómodo.

—Puedes confiar en mí. Solo actuaré de buena fe, transmitiendo tus mensajes sin que te veas perjudicado.

Un poco a regañadientes, Bonifacio cedió y, a través de Lucio, le hizo llegar su frustración, al no verse recompensado al nivel que él pensaba y le correspondía en justicia. Siempre había estado apoyando a Gala Placidia con una lealtad inquebrantable, que le había llevado incluso a jugarse la vida, cuando, al ser desterrada a Constantinopla, él se pronunció a su favor y, una vez proclamado el usurpador Juan, se había sublevado en favor de Valentiniano III, poniendo a disposición de la augusta los tributos y los víveres que, procedentes de África, tanto habían contribuido al éxito de su causa. Ahora, veía que el puesto de *magister utriusque militae*; es decir, el de general en jefe del ejército recaía en Félix, y que incluso Aecio, que había luchado en contra, era recompensado, mientras que él recibía el título honorífico de *comes domesticorum* que, si bien ponía de manifiesto ante todos la cercanía y la confianza que la familia imperial depositaba en él, resultaba que, de hecho, era un puesto que no iba a ejercer al vivir en África, lejos de la corte. No, definitivamente no estaba contento.

Gala Placidia era conocedora de todo esto, así que en nada se sorprendió y supo ver que para mantener la lealtad del *comes* no bastaba con cubrirle de honores. Decidió entonces estrechar los vínculos de dependencia personal con Bonifacio y dispuso todo para que, antes de partir de regreso a Cartago, contrajese matrimonio con

Pelagia, dama visigoda de estirpe real, emparentada con Ataúlfo. Para el *comes* el enlace estaba lleno de ventajas, por lo que significaba de cercanía a la augusta, que para los visigodos seguía siendo considerada como su reina, y por el valor que tenía de cara a reafirmar su liderazgo frente al ejército de África compuesto fundamentalmente por visigodos *foederati*.

Bonifacio renunció a la promesa de continencia carnal con la que se había comprometido al enviudar de su anterior esposa y aceptó casarse con la joven protegida de Placidia, previa renuncia a su arrianismo. La boda se celebró en Rávena con toda solemnidad y la augusta despachó a Bonifacio de vuelta a África satisfecho.

Quien no se sentía así era Félix que no dejaba de ver a Bonifacio como un rival que amenazaba sus ambiciones, y a Aecio como otro peligroso rival al que avalaban sus recientes éxitos militares en las Galias, donde estaba obligando a los visigodos a replegarse hacia Aquitania.

Félix decidió empujar a los hunos, aliados de Aecio, hacia el noroeste de Panonia, con la intención de restablecer la administración romana y el sistema de fortificaciones en esta región de la frontera del Danubio, lo que neutralizó durante un tiempo la estela ascendente de Aecio.

Lucio Caro Preto había pedido ser recibido por la augusta. Había tomado una decisión y quería comunicársela.

—¿Estás seguro? —preguntó Gala Placidia, después de escucharle.

—Tan seguro como pueda estar. Lo he meditado profundamente y creo que es el momento, porque es cuando menos me necesitas, o cuando mejor puedes sustituirme según tu conveniencia —dijo Lucio.

—Nunca es un momento oportuno para prescindir de alguien que ha demostrado ser tan leal como tú —dijo la augusta, alagando a su interlocutor—. ¿Cuántos años han sido?

—Desde el saqueo de Roma por Alarico, han sido dieciséis años a tu servicio, augusta.

—Dieciséis años cuidando de mí y de los míos.

—Son ya cincuenta años al servicio del Imperio. Toda mi vida.

—Tengo curiosidad en saber algo que nunca he tenido oportunidad de preguntarte. ¿Es cierto que tú estabas junto a mi tío abuelo, el emperador Valente, en el momento de su muerte, durante la batalla de Adrianópolis?

—Así es. Fui el único superviviente de la granja en la que nos refugiamos —dijo Lucio.

—Dicen por ahí que se trata tan solo de una leyenda —comentó Placidia— y que ese joven superviviente nunca existió.

—Yo fui ese joven.

—Y ¿cómo pudiste ser el único superviviente? —preguntó la augusta.

—El techo de la granja, donde nos refugiamos para intentar proteger al emperador, ardió como consecuencia de las flechas incendiarias lanzadas por los godos y se derrumbó sobre todos los que se encontraban dentro. A mí me habían enviado al sótano para encontrar un posible pasadizo que nos pudiera sacar de allí, propio de algunas de esas construcciones, que tenían prevista una vía para escapar ante posibles ataques de bárbaros. La techumbre se vino abajo justo cuando yo encontré el pasadizo. De todas formas, el emperador estaba ya sin sentido y agonizaba. No iba a sobrevivir.

—¡Qué interesante! —dijo Placidia—. Te pediría que lo pensaras, pero si me dices que ya lo has hecho, veo que la decisión es firme.

—Tengo sesenta y siete años, augusta. No me puedo quejar de cómo me conservo, pero el hecho es que soy un anciano y me gustaría retirarme a Constantinopla, la ciudad que me vio nacer, y en la que espero vivir mis últimos días.

Lucio consiguió el permiso que pedía para retirarse a Oriente. Elia Gala Placidia, en agradecimiento por los servicios prestados, lo elevó al rango de senador y le regaló una inmensa finca de unas ocho mil yugueras, situada a poca distancia de Nicomedia, cerca de Constantinopla, al otro lado del Bósforo.

El general Félix había conseguido neutralizar a su rival Aecio, sacando a sus aliados hunos de Panonia, por lo que pudo centrar todos sus esfuerzos en deteriorar la posición de Bonifacio. No le iba a resultar fácil porque, aunque el *comes* estaba actuando desde su regreso con creciente independencia, su administración no solo era eficaz, sino incorruptible, y sus éxitos militares sobre los *mauros* le habían ganado el favor de la mayor parte de la nobleza provincial. Su posición parecía inatacable. Sin embargo, su política presentaba un punto débil en lo referido a su actitud tolerante en materia religiosa, que no tenía contenta a la influyente jerarquía católica, que admitía que se reclutasen bárbaros, aunque perteneciesen a una secta herética, para defender los intereses y propiedades de los católicos, pero que no toleraba que el clero arriano controlase el entorno de Bonifacio.

El hecho de que su joven esposa se hubiese convertido al catolicismo hizo que el episcopado se mantuviera en silencio, pero elevaron sus protestas a la corte cuando la hija nacida del matrimonio fue bautizada en la herejía arriana.

Félix intentó aprovechar la ocasión para debilitar a su rival, y para lograrlo se alió con Aecio, que se encargó de convencer a Gala

Placidia de que Bonifacio estaba planeando usurpar el trono.

—Resulta evidente que está actuando con total independencia. Se comporta como un tirano en el territorio bajo su jurisdicción —sostenía Aecio.

Gala Placidia le escuchaba de mala gana y con bastante incomodidad, aunque debía reconocer que no le faltaba razón al general. Era cierto que desde su vuelta a África estaba actuando demasiado por su cuenta y muchas veces al margen de las decisiones administrativas de Rávena.

—El *comes* Bonifacio siempre se ha mostrado leal —respondió Gala Placidia, cada vez menos convencida.

—No niego la lealtad mostrada en el pasado, pero hoy por hoy, sería muy conveniente tener en cuenta sus actos, que hablan por sí mismos. Porque resulta muy significativo el hecho de que haya bautizado a su hija según la herejía arriana. Él conoce la trascendencia y el significado que tiene esta acción. ¿Qué pretende? ¿Establecer un vínculo también independiente en lo religioso con las fuerzas visigodas bajo su mando? ¿Qué busca? ¿Acaso que establezcan un vínculo directamente con su persona? Esta actitud no puede tener otro objetivo que usurpar el trono —dijo Aecio con vehemencia y aparentando hablar con toda convicción.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Gala Placidia.

Aecio vio claramente que su plan estaba funcionando.

—Pídele que se presente en Rávena. Permíteme decir que, si llevo razón, se negará a venir.

Terminada la reunión con la augusta, al general le faltó tiempo para escribir en secreto a Bonifacio.

—Te veo preocupado —dijo Pelagia a su marido, al que vio abatido tras leer una carta que acababan de entregarle—. ¿Ocurre algo grave?

—Ten, lee tú misma —dijo Bonifacio extendiendo su mano para entregarle la misiva.

Pelagia comenzó a leer con atención. Lo que estaba ante sus ojos no era nada tranquilizador. Aecio le alertaba de que la madre del emperador conspiraba contra él, y había dispuesto lo necesario para deshacerse de su persona. Para lograrlo, le informaba de que la augusta no tardaría mucho en llamarle a Rávena, sin que hubiese ninguna razón para ello. Una vez estuviese fuera de África, sería eliminado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Tengo que pensarlo despacio.

Efectivamente, no tardaron en presentarse emisarios de la corte

que le llamaban a presencia del emperador. Bonifacio se negó a obedecer.

Esta negativa no hizo sino reforzar los argumentos contrarios al *comes Africae* de Félix y Aecio, quienes consiguieron que fuese declarado como «enemigo del Estado», y se autorizara el empleo de la fuerza para someterle.

Al mando de los *comes* Mavorcio y Galión se dispuso el envío a África de varias unidades del ejército regular romano, y un importante contingente de hunos federados bajo las órdenes del *comes* Sanoaces, que consiguieron cercar a Bonifacio. Sin embargo, surgieron divergencias entre los generales atacantes y Sanoaces decidió pasarse al bando de Bonifacio, promoviendo un motín en el que perecieron Mavorcio y Galión. Poco después el propio Sanoaces pereció, con lo que los efectivos enviados por Rávena pasaron a estar a las órdenes de Bonifacio.

CAPÍTULO VI

Lucha por el poder

A. D. 428
1181 Ab urbe condita

El general en jefe Flavio Constancio Félix comenzó el año, para el que había sido designado cónsul, con su prestigio muy deteriorado como consecuencia del rotundo fracaso obtenido en África por la expedición enviada contra el *comes* Bonifacio.

Decidido a recuperar su fama y buen nombre, para terminar de una vez por todas con Bonifacio, reclutó un poderoso ejército compuesto exclusivamente por federados visigodos al mando de uno de sus propios jefes, Sigisvulto, que antes de partir fue investido como *comes Africae*. De nada le sirvió a Bonifacio pedir ayuda a Agustín, el obispo de Hipona, para que mediara ante Gala Placidia. El prestigioso obispo se negó a prestársela, echándole en cara la desastrosa situación en que había dejado el *limes* de Mauritania Sitifense, Numidia y Bizacena, que habían quedado a merced de los *mauros*, al haber retirado las tropas que tenían encomendada la protección de la zona, para concentrarlas en la costa y hacer frente a las enviadas por Rávena. Otra razón por la que Agustín se negó a intervenir fue por la actitud de tolerancia que Bonifacio había mantenido a favor de los arrianos, que no le perdonaba.

Las tropas de Sigisvulto, que desembarcaron a mediados de la primavera, ocuparon rápidamente la provincia, incluidas las grandes ciudades de Hipona y Cartago. Bonifacio no tuvo otra opción que replegarse hacia el interior de Numidia.

—No voy a darme por vencido —decía Bonifacio a su yerno Sebastiano—. Si he perdido el favor de Gala Placidia, se debe a un complot montado en mi contra. Estoy seguro de que han engañado a la augusta.

—No cabe duda de que Félix es tu peor enemigo —dijo Sebastiano.

—A ese gordo barbudo se le ve venir. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que detrás de todo esto quien se encuentra es Aecio.

—Pero él te avisó para que no fueras a Rávena si eras llamado. Te informó de la trampa que estaba preparada para terminar contigo.

—¿De verdad? ¿De verdad la augusta me llamaba para terminar conmigo? Creo que la carta era la verdadera trampa —dijo Bonifacio.

—No sé qué decirte. De ninguno de los dos puedes fiarte, pero Aecio se ha mantenido neutral en todo el enfrentamiento que sostienes con Félix —argumentó Sebastiano.

—Pues eso es precisamente lo que me hace sospechar de él. Siempre me ha considerado, y con razón, un rival. Si con la carta que me envió pretendía ayudarme, es porque le convenía. Fíjate que, si es él quien está detrás de mi enfrentamiento con Félix, es el único que sale beneficiado. Está ganando, porque, mientras nosotros nos destruimos, él se hace cada vez más fuerte.

—Debo reconocer que tiene mucho sentido lo que dices —dijo Sebastiano.

—No me voy a dejar matar. No pararé hasta desenmascarar al culpable.

—¿Qué vamos a hacer? Con las tropas que nos quedan, apenas si podemos defendernos.

—No hago más que pensar en ello —dijo Bonifacio—. En todo el Imperio no hay más que una fuerza de combate lo suficientemente poderosa como para que su alianza nos pueda resultar útil y sacarnos del atolladero en que nos encontramos.

—¿En quién estás pensando?

—Estoy pensando en los vándalos de Genserico. Estoy convencido de que el nuevo rey, que acaba de suceder a su hermanastro Gunderico, será favorable a considerar la propuesta que le pienso hacer. Por lo que sé, dicen que es un hombre muy inteligente.

—Y ¿por qué piensas que te va a escuchar? —preguntó Sebastiano.

—Porque es un buen militar y sabe que la derrota que su pueblo infligió a Castino hace seis años fue un golpe de suerte que raramente se repetirá. Aecio, tras vencer a Teodorico en Arlés, a los francos y alamanes en el norte, y haber fortificado el *limes* del Rin, controla con firmeza tanto la Galia como Germania. Es cuestión de tiempo que se dirija con el potente ejército que ha formado a dominar definitivamente Hispania. Estoy convencido de que, si le doy una salida a Genserico, este aceptará —acabó de explicar Bonifacio.

En Constantinopla, Lucio Caro Preto no tardó en adaptarse a su nueva vida, licenciado al fin del ejército, después de tantos años, tantas batallas y tantos servicios prestados al Imperio.

En todo este tiempo, había reunido una fortuna considerable con la que podía mantener holgadamente el estatus senatorial que le había

concedido Gala Placidia. La finca que le había regalado se encontraba muy cerca de Nicomedia. Era inmensa, productiva en sus tierras fértiles, donde parecían darse bien los más variados cultivos, y en sus tierras para pastos, ideales para la cría de ganado.

Desde su regreso, había encomendado la administración de su patrimonio a Saúl, el liberto que llevaba también la administración a Selene y a su hijo Lucas. Era un hombre de plena confianza que tuvo que ampliar en no pocos sirvientes el número de empleados administrativos que le servían.

Lucio se había convertido en un hombre muy rico. Nunca fue codicioso ni tuvo ambición por acumular dinero. Había llevado una vida propia de un soldado entregado a su oficio. Nunca había desarrollado vicios, por lo que a lo largo de la vida no había hecho otra cosa que acumular el importe de los botines que le correspondieron. El botín obtenido en el saqueo de Roma, la parte que quiso Alarico que le correspondiera, en pago por haber cumplido con la misión que el rey de los visigodos le había encomendado de proteger el centro monumental y los palacios, constituía por sí mismo una enorme fortuna.

Se estaba apoyando en los consejos del judío Saúl para invertir su riqueza, y en poco tiempo pasó a poseer casi en su totalidad barrios enteros de la capital que le producían unas saneadísimas rentas en alquileres. Mantenía también unas buenas fincas cerca de Barcino, que en su momento le regaló como premio el desaparecido Ataúlfo.

—Quiero hacerte devolución del negocio de cría de caballos que pusiste a mi nombre cuando tuviste que abandonar Constantinopla —dijo Lucas, a poco de llegar Lucio a la capital del Imperio oriental.

—No quiero que me lo devuelvas, querido Lucas.

—Es una situación que no puedo aceptar, ni prolongar ahora que puedes disponer de lo que es tuyo y puedes hacerte cargo.

—No lo quiero. Me parece injusto. El negocio ha prosperado y ha crecido en tus manos y bajo tu cuidado. Vale mucho más de lo que valía, y eso solo se debe a tu esfuerzo y a tu buen juicio. Un negocio es verdaderamente de aquel que lo hace prosperar.

—Te repito que no lo puedo admitir —dijo Lucas, haciendo gala de la dignidad que le caracterizaba.

—Te ruego que me escuches —dijo Lucio conciliador—. Me darás una gran alegría si lo aceptas como un presente. Si así lo haces, significará que nos une una relación especial que está por encima de convencionalismos. Sabes que no tengo familia. Si aceptas este regalo, me harás ver que me permites que te trate como a un hijo, y eso sí será un regalo para mí.

Lucio frecuentaba cada día la casa de Selene y de alguna forma había pasado a ser uno más de la familia. Acabó por hacerse querer por todos. Las chicas lo adoraban y se había ganado el respeto del nieto de Selene que le hacía repetir una y otra vez sus historias de guerras y campañas militares, a lo largo y ancho del Imperio.

—Llevo tiempo detrás de ti para decirte algo, y no encuentro el momento —dijo Lucio a Selene, una tarde en que se encontraban plácidamente charlando en el jardín, como ya se había hecho habitual.

—Me intrigas, Lucio. ¿Qué me tienes que decir que tenga que encontrar una ocasión especial?

—Tiene de especial que no quisiera incomodarte con mi pregunta.

—No creo que tú me preguntes nada que pueda incomodarme —dijo Selene, que cada vez sentía mayor curiosidad.

Lucio remoloneó un poco, evidenciando que le costaba hablar.

—¿Nunca has pensado en casarte, después de quedarte viuda? —dijo al fin.

Ella le miró con los ojos muy abiertos, pues efectivamente no esperaba una pregunta semejante, pero enseguida recompuso el gesto, porque ahora era ella la que no quería que Lucio se sintiese incómodo.

—Claro que no. Enviudé de mi marido Cayo Rupilio siendo ya una mujer mayor. ¿Quién estaría dispuesto a casarse con una anciana?

—Yo —dijo tajante Lucio, que enseguida se dio cuenta de lo torpe de su respuesta—. Bueno, quiero decir que yo no te veo como una anciana.

Ahora sí, el gesto de Selene no podía ser de mayor sorpresa.

—¿Te encuentras bien? Si no te conociese pensaría que has bebido. Creo que esta conversación debe llegar hasta aquí.

—No, espera, por favor. Me ha costado mucho decirte esto y no quiero perder la oportunidad de que sepas lo que pienso —dijo Lucio vehemente, empeñado en no perder la oportunidad—. Crees que sobre lo que nosotros vivimos hace cincuenta años no se puede construir una relación entre dos personas, ya que, a lo largo de este tiempo nos hemos tratado poco. Pero tú sabes, como yo, que la mayor parte de los matrimonios que conocemos se basan en intereses de familia, económicos o sociales, sin que exista la más mínima relación emocional entre los miembros de la pareja. Con nosotros ha ocurrido algo que resulta excepcional. Sí, es cierto que nada se puede construir sobre el amor ya lejano entre dos personas de dieciséis o diecisiete años, que apenas se conocen. En nuestro caso, sin embargo, es el destino el que ha construido lo que nosotros no hubiéramos podido lograr nunca. Tu entrega fue un acto de amor lleno de generosidad, en el momento en que yo me encontraba hundido, víctima de la violación

que había sufrido a manos de Sexto Servio. Había perdido mi dignidad y tú me hiciste el inmenso regalo de recuperar mi autoestima, si bien es cierto que decidí poner tierra de por medio, buscando una nueva vida en el ejército. Tu acto de amor y generosidad me deslumbró hasta el punto de que no he vuelto a sentir nada parecido con una mujer, ni jamás he vuelto a sentir aquella ternura que tú me inspiraste. Nunca he querido comentarte esto, ni aclararlo, pero debo decirte que tu liberación de la esclavitud y la dote que te permitió casarte con quien ha sido tu marido no lo debes a la generosidad de Iria Salonina, como al parecer crees, sino al hecho de que yo, antes de irme, cedí la herencia que había recibido de Cayo Crito Fulmen para que fueses liberada y pudieras disponer de una dote para tu boda —hizo un gesto con la mano Lucio, como pidiendo no ser interrumpido, pues nuevamente la cara de sorpresa de Selene indicaba que quería decir algo—. No me estoy jactando de ello, ni pretendo hacerte ver que tengas una deuda conmigo. Lo que pretendo es explicarte hasta qué punto el destino ha actuado por sí para construir lo mejor de nuestras vidas. Tu acto de generosidad inspiró en mí ese sentimiento de velar por tu bienestar, y gracias a eso, que nunca pediré que me agradezcas, porque fue la respuesta a lo que yo recibí de ti, has podido tener la vida que has llevado. Y, por fin, quiero hablarte de lo más importante: nuestro hijo Lucas. ¿Tú te has dado cuenta de que tu familia es mi familia? Que tu hijo y tus nietos son los míos. Lo que no habríamos sido capaces de crear nosotros, lo ha creado el destino. Esta es mi familia.

Selene estaba estupefacta. Nada dijo.

De momento.

Una liburna ligera remontaba el río Betis lentamente, impulsada por los remeros con una tranquila cadencia. Venía escoltada por una nave de guerra al servicio de los vándalos, que la había interceptado en alta mar, cuando se dirigía a la desembocadura del gran río para remontarlo con destino a la ciudad de Híspalis. Se trataba de una nave romana, procedente del norte de África, que venía con banderas izadas que anunciaban la intención de sus ocupantes, al tratarse de una embajada pacífica, que pedía negociar.

A bordo viajaba Sebastiano, enviado personal del *comes* de África Bonifacio, que pedía entrevistarse con el nuevo rey de vándalos y alanos, Genserico.

El anterior rey, Gunderico, acababa de morir, de forma hasta cierto punto misteriosa, porque se había difundido la idea de que su súbita muerte constituía un castigo divino. La ciudad de Híspalis había sido tomada recientemente y los atacantes habían decidido situar en ella su

capital. Había ocurrido que, en el fragor de la lucha, Gunderico había entrado a caballo con un numeroso grupo de guerreros en la iglesia de San Vicente, que era la catedral católica, mientras se celebraba un oficio religioso, y se produjo una masacre entre los fieles allí reunidos y desarmados. Otro rumor, que se propagaba con toda la discreción del mundo, sostenía que Gunderico había sido asesinado por su hermanastro Genserico. Ambos se odiaban.

—Acaba de atracar en el puerto fluvial una liburna con embajadores enviados desde África por Bonifacio —dijo Akal, que había sido puesto al frente del ejército vándalo por Genserico, al ser proclamado rey—. ¿Quieres que los meta en una mazmorra?

—No. Tráelos a mi presencia de inmediato. Tengo curiosidad por saber qué quiere el *comes Africae*.

Sebastiano y los dos embajadores que le acompañaban fueron recibidos con muy escaso protocolo. Genserico los recibió sentado y en actitud bastante displicente, manteniéndolos en pie ante sí.

El enviado de Bonifacio vio que Genserico era de estatura mediana, ojos claros, pelo rubio y labios finos que daban a su rostro un aspecto de ser un hombre de carácter, dotado de una férrea voluntad y determinación. Sabía que muy joven había quedado cojo a consecuencia de una caída de caballo. Antes de partir, se había informado a fondo y le habían dicho que se trataba de un hombre profundo de espíritu, poco hablador, deseoso de riqueza, inclinado a la ira, que despreciaba el lujo, y muy hábil para atraerse a otros pueblos o sembrar la discordia, provocar el odio y la confrontación, cuando le convenía.

—Noble rey Genserico, el *ilustrisimi comes Africae* Bonifacio te envía sus saludos y sus mejores deseos para ti y para tu pueblo —dijo Sebastiano con una ensayada reverencia.

—Te aseguro que en este momento no tengo el menor interés por el protocolo diplomático y no voy a perder mi tiempo, así que expón aquello que hayas venido a decirme —dijo Genserico.

Sebastiano tuvo que contenerse para no mostrar con su gesto el profundo desprecio que esa actitud le provocaba.

—«Al fin y al cabo no es más que un bárbaro» —pensó el embajador.

—Habla. Te escucho —insistió Genserico.

—Estoy seguro de que conoces el enfrentamiento que existe entre el *comes* Bonifacio y el *magister utriusque militae* de Italia Flavio Constancio Félix, que ha conseguido engañar a la augusta Gala Placidia, haciéndole creer que el *comes Africae* es un traidor. El general en jefe ha enviado un ejército, al que Bonifacio tiene la firme

determinación de derrotar, para poder desenmascararlo. Te ofrece su alianza para vencer a Félix, que también es tu enemigo, pues no hace más que instigar al general Flavio Aecio para que ataque Hispania y acabe contigo y con tu pueblo.

—Y, aparte de su alianza, ¿qué más ofrece Bonifacio?

—Te ofrece un tratado de *foedus* por el que tu pueblo podría asentarse en el norte de África, con el compromiso de defender las fronteras y aportar guerreros para luchar contra los enemigos del Imperio.

Genserico apenas podía creer lo que estaba escuchando, porque hacía tiempo que había decidido trasladar a su pueblo al continente africano. Parecía que esta embajada era una señal del destino.

Desde que los vándalos derrotaron a Castino, se habían movido por la península, sin encontrar oposición. Tres años atrás habían tomado Cartago Nova, apoderándose de toda la flota amarrada a puerto, y con ella en su poder se lanzaron sobre las Baleares y la Mauritania Tingitana. Los vándalos habían aprendido a navegar.

Genserico sabía que Aecio, en la Galia, había liberado Narbona y después Arlés, habiendo vencido a Teodorico. Después había derrotado a francos y alamanes, reforzando las fortificaciones de la frontera del Rin. Aecio no solo era dueño de la Galia y Germania, sino que había demostrado ser un gran general. Era cuestión de tiempo que, mientras sus rivales Félix y Bonifacio se destrozaban, él atacara Hispania para destruir a vándalos y alanos, aumentando así su poder y su prestigio.

Parecía que el embajador que tenía delante lo era de la buena fortuna.

Sin embargo, Genserico creyó conveniente no mostrarse como un negociador fácil.

—He de pensar en lo que me propones. Te comunicaré mi decisión en unos días.

Sebastiano no tuvo que esperar demasiado. Fue llamado a la presencia del rey de vándalos y alanos.

—Esta es mi decisión: acepto la alianza con Bonifacio que se formalizará mediante un tratado de *foedus*, por el que mi pueblo recibirá tierras para asentarse en el norte de África, con el compromiso de contribuir a la defensa del Imperio —dijo Genserico con cierta solemnidad—. Es imprescindible que se me entregue la cantidad necesaria de oro con el que pagar a mis tropas, y que, en los almacenes del puerto de Tingis, se sitúe una cantidad de trigo suficiente como para alimentar a mi pueblo durante el traslado. Bonifacio pondrá a mi disposición cuantos barcos sea posible para

cruzar el Estrecho, en el más breve espacio de tiempo.

Un cristianismo triunfante, desde que Constantino lo legalizó mediante el Edicto de Milán, en el año 313, y desde que Teodosio el Grande lo convirtiera en religión oficial del Estado con el Edicto de Tesalónica del año 380, debería estar asentándose en todas las estructuras sociales y culturales, con la plenitud y la satisfacción que un éxito de tal calibre debería suponer.

Sin embargo, la percepción que de sí mismo tenía el cristianismo primitivo comenzó a cambiar, desde el momento de su legalización, porque la necesidad de definirse a través de sus elementos esenciales agudizó el proceso de los continuos enfrentamientos doctrinales, ocurridos como consecuencia de la aparición de numerosas herejías.

Eran conceptos y situaciones completamente nuevos, que nunca se dieron en la religión tradicional romana, que desconocía la controversia doctrinal, los dogmas o los herejes.

Las nuevas generaciones de cristianos habían construido una imagen mental sobre el cielo y Dios, que no era otra cosa que la proyección espiritual de lo que la corte imperial significaba. Dios habitaba ese cielo, concebido como una excelsa morada, como todopoderoso soberano, único y absoluto, que, como el emperador, estaba rodeado por una inmensa corte de seres espirituales. Tal y como era el emperador, Dios se había convertido en un ser lejano e inalcanzable, que comunicaba su voluntad a los simples mortales, a través de una serie de intermediarios privilegiados, de la misma forma que el soberano comunicaba sus decretos a través de los gobernadores de las provincias.

De esta forma, Cristo se percibía como una especie de prefecto del soberano supremo; es decir, como el más poderoso de estos emisarios divinos, ya que a él se le había asignado el papel de regir el mundo material.

El alma humana, manchada por el pecado, caracterizaba al cristiano de a pie, que estaba tan lejos de reflejar la gloria divina, como el campesino y la majestad imperial. El hombre, para dirigirse a Dios, debe recurrir a intermediarios, a los santos patronos que ocupan un lugar de privilegio en la corte celestial y que, por gozar del favor divino, pueden conseguir la gracia y la misericordia, mediante los sufragios y preces oportunas.

Esta concepción favoreció la difusión de las ideas de Arrio, para quien Jesús era la primera y la más privilegiada criatura de Dios, intermediaria entre el Padre y el mundo. La relación entre padre e hijo fue el objeto de las controversias teológicas que se trataron de solventar en el Concilio de Nicea del año 325, al concluir que las dos

personas gozaban de unidad esencial en la divinidad.

Sin embargo, la polémica no se zanjó, porque emperadores como Constancio II o Valente, en la parte oriental del Imperio, o Valentiniano II y Justina se inclinaron por las posiciones arrianas, frente a lo que empezaba a ser la posición ortodoxa o católica.

El obispo Ulfilas, que evangelizó a los godos, era arriano, y arrianos eran estos, así como suevos, vándalos, alanos, francos y burgundios.

En el mismo año del Edicto de Tesalónica; es decir, en el 380, tuvo lugar el Concilio I de Tesalónica, que no solamente confirmó el símbolo de Nicea, en lo referido al Padre y al Hijo, sino que añadió un canon por el que se proclamaba que el Espíritu Santo era consustancial a ambos. Se definió así el dogma trinitario católico, que fue elevado a la categoría de credo oficial del Estado romano.

Hasta el momento actual, en el que Nestorio había sido nombrado patriarca de Constantinopla, las polémicas en torno a convertir a Cristo en algo más cercano no habían cesado, pues no en vano, el Verbo eterno e inmutable se había hecho carne en la persona de Jesús.

Para Nestorio, Cristo era completamente humano, pues solo así se podía entender que hubiese sufrido la degradación de padecer los sufrimientos de la pasión y muerte en la cruz, mostrando así que era un ser débil, incapaz de ofrecer a los hombres refugio en la adversidad. Afirmó también que la Virgen María no era la madre de Dios, lo que produjo una gran conmoción en Constantinopla. El culto a María había ido ganando adeptos entre el pueblo sencillo, siempre necesitado de reforzar los vínculos que unían a Dios con el hombre, considerando que la mejor intercesora no podía ser más que ella.

Cirilo de Alejandría rechazó por completo este planteamiento y buscó el apoyo del papa Celestino I, contra los planteamientos de Nestorio que gozaba del favor de la corte oriental.

En Constantinopla, la boda entre Lucio Caro Preto y Selene se celebró con una solemnidad y un boato propios de la mejor boda que pudiera imaginarse.

CAPÍTULO VII

Los vándalos en África

A. D. 429-431
1182-1184 Ab urbe condita

Bonifacio cumplió sobradamente con las condiciones impuestas por Genserico entregando el oro y el trigo exigido, además de enviar naves para ayudar al traslado de vándalos y alanos bajo soberanía de su rey.

Una ingente multitud, cuyo número no era inferior a las ochenta mil personas entre guerreros, hombres, mujeres, viejos, niños y esclavos, de origen vándalo, alano y visigodo, así como miembros de la aristocracia hispanorromana que habían colaborado en su momento con el usurpador Máximo, según un reciente censo que el rey había ordenado elaborar, se había concentrado en el entorno de Tarifa para ser embarcada con destino a Tánger. A esa cantidad había que sumar el traslado del ganado, caballos del ejército, mulos, animales de tiro, y toda clase de bienes y bagajes. De toda aquella masa, eran unos veinte mil los hombres que estaban en condiciones de luchar.

Durante seis meses los astilleros trabajaron poniendo en juego cuanta capacidad tenían para construir nuevas naves de todo tipo. Algunas eran poco más que balsas con apenas un timón y vela. Al final se pudo disponer de ochenta naves dignas de ese nombre, procedentes de Cartago Nova, Gades e Híspalis, además de las enviadas como apoyo por Bonifacio, entre birremes, trirremes, liburnas, barcos mercantes, aparte de una innumerable cantidad de pesqueros, balsas y botes que, en junio y durante más de un mes, estuvieron cruzando el Estrecho de un extremo a otro sin descanso, transportando a todo un pueblo.

Aquella masa inmensa se desplazó desde Tánger, dirigiéndose hacia Altava, pasando por Volubilis, para luego descender a la Cesarea de Mauritania. Por el camino fueron dejando una espantosa estela de muerte y destrucción, ya que los que se desplazaban necesitaban saquearlo todo para alimentar a sus guerreros y familias.

Para Gala Placidia, los hechos en África no se desarrollaban de una

manera mínimamente satisfactoria. La campaña planeada por Félix contra Bonifacio se estaba manifestando como un fracaso a cada día que pasaba. Por otro lado, el coste de esta resultaba insoportable.

Nunca estuvo convencida de la deslealtad de Bonifacio, y conforme pasaba el tiempo, más se inclinaba a pensar que su sospecha sobre que había sido manipulada para ponerla en contra del *comes Africae* estaba fundada. Gala seguía apreciando personalmente a Bonifacio. En base a todo esto, decidió iniciar un acercamiento hacia él. Esta estrategia resultó efectiva, porque Sigisvulto se mostraba incapaz de someter a Bonifacio.

Aecio, que se había mantenido alejado de la corte, desde que a comienzos del verano anterior había desarrollado una campaña contra los francos en el noroeste de la Galia, y reorganizado militarmente la provincia y la zona situada entre el Rin y el Mare Britanicus, había vuelto a Rávena para asumir el cargo de segundo comandante del mando central. Gala Placidia, que seguía sin fiarse de él, prefería mantenerlo cerca y de alguna manera manejar esta promoción personal como modo de censura al fracaso que Félix estaba cosechando. Traer a Aecio a la corte significaba estimular la rivalidad entre él y el comandante en jefe. La augusta no se equivocó, porque enseguida se hizo evidente que Aecio se sentía lo suficientemente confiado como para maniobrar contra Félix.

—No imaginas, Darío, hasta qué punto me alegra tu llegada, viniendo como vienes en representación de mi muy venerada augusta Gala Placidia —dijo Bonifacio que había recibido al enviado de Rávena, con todos los honores.

El legado de la corte estaba sorprendido de la acogida que había tenido y que no esperaba. Pensaba que sería recibido como el enviado del enemigo y lo fue como si se tratara de un aliado.

Gala Placidia, que había puesto sus esperanzas en esta mediación, había enviado al *comes* Darío, un muy cercano alto dignatario de la corte, dotado de plenos poderes para negociar con Bonifacio.

—Permíteme que te haga un comentario muy personal. Viendo el recibimiento de que me has hecho objeto, y la actitud que manifiestas hacia nuestra soberana, no comprendo cómo las cosas han llegado al extremo de que estés considerado como un enemigo público y sostengamos una guerra civil en tu contra —dijo Darío en un rapto de sinceridad, poco adecuado a su papel de diplomático.

—Tu presencia en África va a ser definitiva para que todo se aclare, porque, créeme, he sido víctima de la conspiración de mis enemigos, celosos de mi relación con la augusta —dijo Bonifacio.

—Gala Placidia nunca ha estado convencida de tu deslealtad.

Nunca ha perdido totalmente su confianza en ti, ni ha visto mermado el aprecio personal que te tiene. Si estoy en tu presencia, es precisamente para que me expliques tu punto de vista y me des tu versión de lo ocurrido. Todo comenzó con tu negativa a presentarte en Rávena cuando la augusta te requirió para ello. ¿Por qué no acudiste?

—Te voy a evitar explicaciones que no son necesarias cuando dispongo de una prueba tan concluyente como la que te voy a presentar —dijo Bonifacio alargándole un pergamino doblado en varias veces, que tenía preparado sobre una mesa auxiliar, junto a la que hablaban—. Toma y lee.

Darío no daba crédito a lo que estaba leyendo. Bonifacio le había entregado la carta que meses atrás le había enviado Aecio en la que le advertía de los planes de Gala Placidia, que lo llamaría a Rávena para acabar con su vida.

El enviado de la corte regresó a la capital, donde informó a la madre del soberano.

—Te participo, augusta, de la sincera disposición de Bonifacio de renovar su lealtad a tu hijo Valentiniano III, sin ninguna reserva, solicitándote únicamente que le permitas conservar el gobierno militar de África —informó Darío.

Gala Placidia aceptó de inmediato llegar con Bonifacio al acuerdo que proponía, dando toda clase de garantías sobre su cumplimiento. En cuanto a Aecio, nada podía hacer, porque su mando sobre el ejército lo convertía en intocable.

Parecía que la paz volvía a África, pero en el otoño, los vándalos que se dirigían al encuentro de Bonifacio irrumpieron violentamente en Numidia, provocando el terror con sus saqueos y muertes que no perdonaban ni a mujeres, ni a niños o ancianos, ni a sacerdotes, ni a otros ministros de Dios, ni respetaban objetos litúrgicos dedicados al culto, ni las iglesias.

Bonifacio, situado en su cuartel general de Cirta, envió emisarios a Genserico para informarle de que ya no eran necesarios sus servicios, por haber llegado a una solución con Gala Placidia.

Fue Darío también el encargado de negociar con Genserico que en principio se mostró favorable al diálogo. Pero muchos de los jefes vándalos eran de la opinión de que no habían llegado a donde se encontraban para aceptar un acuerdo en el que las condiciones fuesen impuestas por los romanos.

Genserico decidió poner fin a las negociaciones y enfrentarse a Bonifacio en el campo de batalla, derrotándolo, de modo que este tuvo que refugiarse con su ejército en Hippo Regius (Hipona).

Genserico había dividido sus tropas en tres cuerpos. El principal

estaba encabezado por él y fue persiguiendo a Bonifacio hasta Hipona. El segundo se dirigió a Cartago, a través de la calzada que la unía con Cirta. El tercero se dirigió a Teveste para, desde allí, adentrarse en la provincia de Bizacena.

Se produjo un gran éxodo de la mayor parte de los grandes hacendados, miembros de la jerarquía católica, y altos cargos de la administración civil y militar. Todos por cierto miembros de la clase dirigente. Iban seguidos tanto de su clientela como de su servidumbre y buscaban refugio en las grandes ciudades del norte de África como Cartago o Hipona.

La gran masa de la población, lejos de manifestarse hostil ante los invasores, llegó a colaborar con ellos abiertamente. Los pocos señores que se negaron a huir fueron reducidos a la servidumbre, y en muchos casos entregados por sus propios esclavos junto con sus bienes. Sus parientes se vieron obligados a pagar importantes sumas si querían verlos liberados. Esta actitud de la mayoría de la población puso de manifiesto hasta qué punto la recaudación de tributos destinada al mantenimiento de la burocracia, el ejército y la corte, los abusos perpetrados por los soldados y las severas medidas tomadas contra paganos y donatistas habían provocado un profundo rechazo en gran parte de la sociedad hacia el gobierno imperial y sus representantes, tanto civiles y militares, como religiosos. Genserico supo sacar partido de esta situación atrayendo a sus filas a todos estos descontentos.

A finales de mayo del 430, el rey vándalo acampó ante las murallas de Hipona.

En verano, el papa Celestino I reunió un sínodo, que, en respuesta a las enseñanzas de Nestorio, el patriarca de Constantinopla, reafirmó la tradicional advocación de la Virgen María como Madre de Dios. Acto seguido, dio facultades a Cirilo de Alejandría para intervenir como delegado suyo en la cuestión y escribió a Nestorio, conminándole a someterse a la decisión de Cirilo. Este reunió un sínodo en Alejandría, donde se condenó en doce anatemas las enseñanzas de Nestorio.

—Como puedes comprobar, *sacra maiestas*, resulta intolerable la prepotencia del obispo de Roma, al tratar de imponer su criterio en la Iglesia de Oriente —dijo Nestorio, reunido con el emperador.

—No pienso tolerar intromisiones de Roma en lo que deben ser asuntos exclusivamente nuestros. Dime, ¿qué propones?

—Convoca un concilio ecuménico que zanje este asunto.

Teodosio II se mostró de acuerdo.

La ciudad de Hipona había sido fundada por fenicios procedentes de Tiro, mil setecientos años atrás. Habían elegido el lugar por estar

dotado de un magnífico puerto natural, que, en su origen, había facilitado la escala en los viajes entre la ciudad fenicia y Tartessos. Con el tiempo, se convirtió en el puerto comercial más importante del norte de África, después del de Cartago.

A la horda bárbara precedió una interminable columna de refugiados famélicos, sedientos, agotados y cubiertos de polvo que llegaban del sur, y sobre todo del oeste. Todos huían de las devastaciones de los vándalos, a través de la calzada Claudia, que desde Tánger era la gran vía de comunicación de la costa en el norte de África.

—Empiezan a llegar carros con soldados heridos —dijo Posidio al obispo de Hipona.

Posidio había sido obispo de Calama, en Numidia, hasta que la llegada de los bárbaros le obligó a refugiarse en Hipona al amparo de su buen amigo Agustín, con el que tanto había colaborado en su lucha contra los donatistas.

—Vamos a verlos —dijo Agustín.

Ambos se dirigieron hacia la puerta oeste de la ciudad. Por las calles llenas de gente tropezaban continuamente con grupos de refugiados que al identificar sus vestiduras eclesiásticas les iban increpando de diversas formas y con tonos bien distintos.

—¡Dios nos ha abandonado! —decían unos.

—No debéis perder la esperanza, ni desfallecer. Dios nunca abandona a sus hijos. No perdáis la fe, ni sucumbáis a la prueba —repetía una y otra vez Agustín a quien quisiera oírle.

—¡La culpa la tienen los cristianos, nunca debimos abandonar a nuestros dioses! —decían otros.

—Es la falta de unidad la que nos ha traído estos males —decía Agustín.

Cerca ya de la puerta del oeste, se toparon con los primeros carros con soldados heridos.

—Llevadlos a la basílica. Allí les cuidaremos —dijo Agustín a quien parecía estar al mando—. Vete con ellos y ocúpate de todo —dijo a Posidio.

Agustín se dirigió a una de las torres que defendían la puerta de la muralla y desde allí contempló horrorizado la interminable columna de refugiados y heridos. La ciudad no sería capaz de atender a tanta gente, y en esas condiciones. Pero lo que más le horrorizó fue la densa capa de polvo que se veía en el horizonte, parecida a una tormenta de arena, que con toda certeza no estaba provocada por los refugiados, sino por la caballería vándala que llegaba.

El obispo Agustín no vería el final del asedio de su ciudad, pues

moriría en el mes de agosto, convertido en uno de los personajes de mayor prestigio de la Iglesia católica.

Para Gala Placidia, la pérdida del control del norte de África suponía una verdadera calamidad. No era solo que se perdiera la percepción de rentas esenciales para mantener a la corte y al ejército, al estar sometidas estas provincias al expolio de los bárbaros, sino que los emperadores, para el sostenimiento de sus casas, se reservaban grandes fincas a lo largo y ancho del Imperio, y, en el caso del emperador de Occidente, estas fincas estaban concentradas principalmente allí, así que la invasión de Genserico afectaba directamente a la economía personal del emperador. Y no era escaso el patrimonio afectado, porque solo en África, el soberano reinante disponía de no menos de un millón de hectáreas.

A todo esto, en Rávena, la convivencia entre dos generalísimos se hacía cada vez más difícil. Félix era superior de Aecio, dado su rango de patricio, pero no pasaba por sus mejores momentos. Gala Placidia le hacía responsable del desastre militar en África, pues había sido Félix el que más había insistido en enviar un ejército contra Bonifacio, que se había visto obligado a llamar en su ayuda a los vándalos. Por su parte Aecio, que ya era un contrapoder para su superior, aspiraba a sustituirle en la dirección del Estado. Con gran habilidad, estaba consiguiendo imponer poco a poco su voluntad a la corte.

La soberana se daba cuenta de ello y no estaba dispuesta a consentirlo. Una cosa era fomentar la rivalidad entre ellos buscando un equilibrio para que ninguno prevaleciera y otra cosa era permitir que Aecio acaparara todo el poder. De modo que Gala Placidia decidió reconciliarse con Félix.

—La ambición de Aecio no tiene límites. Temo que llegue el momento en que ni el trono sepa respetar —dijo Gala Placidia a su comandante en jefe.

—Si me das licencia y me dejas manos libres, te prometo, augusta, que terminaré con el problema —dijo Félix.

—Haz lo que tengas que hacer.

Félix pensó en atentar contra Aecio. Trabajó en la idea de que, con motivo de una próxima revista militar, en el transcurso de esta, pereciera a manos de las tropas, naturalmente sobornadas con generosidad. El proyecto no era ni especialmente brillante, ni estaba desarrollado con un mínimo de inteligencia, de modo que uno de los clientes de Aecio pudo enterarse de los pormenores del complot e informar del mismo a su patrón.

Aecio aprovechó la enorme popularidad de la que gozaba, no solo entre los soldados, sino entre los mandos de la tropa, para difundir por

los cuarteles el rumor de que Félix estaba preparando un golpe para hacerse con el poder.

Llegado el momento de pasar la revista programada, lo que ocurrió fue que las tropas comenzaron a proferir gritos contra Félix, acusándole de traición. Se produjo tal motín que el comandante en jefe tuvo que buscar refugio en la cercana basílica Ursiana, mientras Aecio, con la excusa de proteger la seguridad de la familia imperial, mantuvo retenida y aislada en palacio a Gala Placidia y a su hijo Valentiniano III. Los amotinados, finalmente, asesinaron en las gradas de la iglesia tanto a Félix, como a su mujer, Padusia, como a Grunito, el diácono de la iglesia que los acogía.

Gala Placidia se negó a perdonar a Aecio la humillación que le había hecho pasar haciéndole poco menos que prisionera en su propio palacio. Tampoco le iba a perdonar el cruento final de Félix y Padusia, por lo que se negó a otorgarle el título de patricio y le ordenó dirigirse a las Galias para socorrer a la ciudad de Arlés, cuyas tierras estaban siendo sometidas a devastación por un grupo de visigodos. Aecio no solo derrotó a los bárbaros, sino que obligó a Teodorico, que estaba detrás de aquella acción, a renovar el último pacto de *foedus*.

Tras este incuestionable éxito, Aecio se dirigió a Retia, donde derrotó a los yutungos, expulsándolos de la provincia. En Nórico, derrotó a las fuerzas bávaras de Vindelico, sobre el que obtuvo una resonante victoria.

Gala Placidia, que le detestaba, no podía hacer nada en su contra y tuvo que honrarlo con su designación como cónsul por la parte occidental del Imperio para el año 432.

La augusta no podía prestarle mayor atención, porque todas sus energías estaban volcadas en el conflicto de África, para el que había solicitado ayuda a su sobrino Teodosio II, que se mostró dispuesto a atender la demanda, no solo por actuar en defensa de la dinastía en Occidente, sino porque de no detenerse a los vándalos en el norte del África occidental, podría ponerse en peligro la integridad de Egipto, cosa que el emperador de Oriente no iba a tolerar.

—Sé que cumplirás con tu deber, pero prométeme que no asumirás riesgos innecesarios —dijo Elia Petrina, esposa de Lucas, a su hijo Cayo que partía con el ejército de Oriente.

—Puedes estar tranquila, madre. No soy un niño.

Toda la familia de Selene y Lucio se encontraba alrededor de Cayo despidiéndole. Formaba parte del Estado Mayor, junto con su buen amigo Marciano, del contingente a las órdenes del general Aspar, al mando de la expedición que Constantinopla enviaba en apoyo de Bonifacio.

—Toma —dijo Lucas a su hijo.

Se quitó del cuello el medallón de plata con la figura de la lechuza que hacía más de cincuenta años Lucio, que la recibió de su padre, le había regalado a Selene, que llevaba años en el cuello de Lucas y que ahora era entregada a Cayo.

—¿Es para mí? Padre —preguntó Cayo.

—Durante años me ha traído buena fortuna, y ahora, quiero que seas tú quien la lleve.

Lucio se emocionó en silencio, pues era el único de los presentes que conocía el verdadero origen del medallón. Pensó que su padre se habría sentido muy orgulloso de su descendencia.

El 5 de junio de 431, lunes de Pentecostés, debía celebrarse la sesión inaugural del concilio ecuménico convocado por Teodosio II, en la ciudad asiática de Éfeso.

Nestorio, junto con dieciséis obispos, y acompañado del *comes domesticorum* Candidiano, fue el primero en presentarse. El obispo de Éfeso, Memnón, mostró desde el principio una actitud hostil hacia el patriarca de Constantinopla. Cirilo se presentó con cincuenta prelados egipcios y una amplísima escolta de monjes. La violencia de los cristianos de Éfeso, excitada por Memnón con la colaboración de los monjes de Cirilo, acabó por intimidar a los sesenta y ocho obispos nestorianos presentes.

Cirilo, ante la tardanza de los legados de la sede romana, y viendo que tampoco acudía el patriarca Juan de Antioquía, inauguró la primera sesión del concilio el 22 de junio, con la asistencia de ciento cincuenta obispos. El *comes* Candidiano protestó y Nestorio declaró la reunión nula, rehusando atender la citación que por tres veces le fue presentada.

La asamblea condenó la doctrina nestoriana y Nestorio fue también condenado por hereje, privándole de su alta dignidad eclesiástica.

El 26 de junio, hizo su entrada en Éfeso Juan de Antioquía, que se negó a aceptar las conclusiones del concilio y reunió a su propia asamblea, que depuso a Cirilo y a Memnón como herejes y excomulgó provisionalmente a los otros obispos hasta que se arrepintiesen, enviando acto seguido, la sentencia firmada por cincuenta prelados y un informe al emperador, las emperatrices, el clero, el Senado y el pueblo de Constantinopla.

Cirilo reaccionó con contundencia. A su asamblea se sumaron los legados pontificios, recién llegados de Roma, y excomulgó a Juan de Antioquía y a sus obispos, reiterando la condena de las doctrinas de Nestorio.

La cristiandad asistía al bochornoso espectáculo de dos concilios

excomulgándose mutuamente.

Candidiano se encontraba desbordado e, incapaz de manejar la situación, apeló al emperador, que, con fecha 29 de junio, promulgó un rescripto por el que anulaba las decisiones de Cirilo, prohibía a los obispos abandonar Éfeso y enviaba un nuevo legado imperial para investigar el caso.

A principios de agosto, se presentó Juan, el *comes sacrarum larguitionum*, como representante del emperador. Nestorio, Cirilo y Memnón fueron depuestos y arrestados.

A finales de septiembre, el emperador clausuró oficialmente los dos concilios y confirmó la deposición de los tres prelados.

Solo la muerte repentina de la princesa Flacila hizo que su madre Eudocia, al interpretar el hecho como un castigo divino por el apoyo prestado a Nestorio, lograra convencer a Teodosio II para restaurar en sus sedes a Cirilo y Memnón.

Cuando la fuerza militar enviada por Constantinopla desembarcó en África, solo tres grandes ciudades escapaban al dominio de los bárbaros: Hipona, en la que se encontraba Bonifacio con sus federados visigodos, Cirta, capital de Numidia, y Cartago, defendida por el procónsul de la diócesis. Al ejército desembarcado se le unieron algunos contingentes enviados desde Italia.

El hambre provocó que Genserico, con sus fuerzas mermadas por la falta de alimentos, tuviera que abandonar el asedio de Hipona, tras catorce meses, en los que no pudo someter a la ciudad por la fuerza de las armas, dirigiéndose, según le pareció a los sitiados, hacia Ad Fratres. Cuando la flota de Oriente llegó al puerto de Hipona para levantar el bloqueo, no encontraron ni rastro de la flota vándala.

Cundió la alegría en la ciudad, al saber que el grueso del ejército oriental, al mando de Aspar, había sido desembarcado en Cartago y venía de camino.

Bonifacio comenzó a prepararlo todo dejando una mínima guarnición para la defensa de Hipona. Pretendía unir lo antes posible sus fuerzas a las de Aspar para juntos enfrentarse a Genserico. Conocedor de las argucias del rey vándalo, aconsejó que la flota no se quedara en puerto. Era conveniente que saliese de él para evitar que los barcos vándalos pudiesen volver y la capturaran en su interior.

Hacía bien el *comes* en no fiarse, porque efectivamente Genserico había preparado un engaño. Simulando huir hacia el oeste, en realidad se dirigió rápidamente hacia el este en busca de Aspar, sobre el que cayó por sorpresa logrando destruir el grueso de sus fuerzas. Inmediatamente se dirigió a Hipona, encontrándose con Bonifacio al que también derrotó.

La flota de Oriente, tras varias noches perdiendo barcos a manos de la flota vándala, acabó por abandonar definitivamente las aguas de Hipona.

Genserico había obtenido una nueva victoria que hizo que Bonifacio se tuviese que replegar a Cartago. El rey vándalo tomó entonces una Hipona parcialmente evacuada por sus habitantes.

—Han sido muchos los prisioneros que han caído en manos de los vándalos —dijo uno de los tribunos que informaba al general Aspar.

Cayo se encontraba junto al general.

—¿Se sabe algo del tribuno Marciano? —preguntó Aspar.

—Sabemos que ha caído prisionero —respondió el tribuno.

—Habrá que avisar a su familia para que preparen el pago del rescate que pidan —dijo el general.

—Con tu permiso, *domine* —dijo Cayo—, en cuanto haya una posibilidad de liberarlo, yo me haré cargo de anticipar el rescate que pidan.

Tras varios días de marcha, bajo el fuego abrasador del sol, propio del verano de la región, la columna de prisioneros llegó a las afueras de Hipona, que había sido tomada sin resistencia, pues apenas había quedado gente para defenderla. Allí se creó un campamento, con una de sus explanadas dedicada a custodiar a los prisioneros. Muchos de ellos habían quedado en el camino, pues los vándalos apenas se habían preocupado de darles algo de agua durante el trayecto.

Lo que quedaba del uniforme de Marciano estaba tan sucio y hecho girones, que apenas podía reconocerse. Entre el resto de los prisioneros, procurando infundir ánimo, dejó pasar los días, bajo ese sol abrasador que parecía querer fundirlo todo.

—Mi rey, Habraxa dice que quiere verte —dijo un soldado de su guardia a Genserico.

—¿Qué querrá esa vieja bruja? —dijo Genserico contrariado—. Déjala pasar —añadió de mala gana, después de pensarlo un poco.

Genserico en realidad no creía en nada, pero no podía evitar ser supersticioso, así que, a pesar de no soportar a la anciana bruja que le pedía audiencia, no se atrevió a negarse a recibirla.

—¿Qué quieres? Habla rápido que no tengo todo el tiempo para atenderte.

—Te conviene escucharme, rey. He detectado un prodigio que te conviene conocer —dijo la anciana.

—Te lo advierto, estoy muy ocupado.

—Ven conmigo. Hay algo que debes ver con tus propios ojos.

Genserico se puso en pie y siguió a la mujer como si fuese su maestra y él un alumno aplicado que no quisiera incomodarla.

—¿Adónde me llevas? —preguntó el rey cuando salieron a la calle en dirección a las murallas.

—Tú sígueme —dijo la vieja.

Llegaron a la muralla que se encontraba junto al campamento, y desde cuyas almenas se veía perfectamente la explanada en la que se encontraban los prisioneros.

—¿Qué ves? —preguntó Habraxa.

—Prisioneros —respondió el rey.

—Fíjate en aquel sentado junto al poste.

—Lo veo —dijo Genserico.

—Ahora mira al cielo. ¿Qué ves?

Al principio, a Genserico nada le llamó la atención, pero no tardó en reparar en la presencia de lo que parecía ser un águila.

—¿Te refieres al águila que sobrevuela la explanada?

—No sobrevuela la explanada. Lleva días que lo sobrevuela a él.

—No digas tonterías, vieja.

—Se ponga donde se ponga, el águila lleva días sobrevolándole.

—Te repito que no digas tonterías. Sobrevuela la explanada.

—No. Genserico, escúchame. Le sobrevuela a él, porque de vez en cuando, el águila desciende y lo marca con su sombra. Ese hombre está elegido por los dioses. Está señalado para ejercer el poder. Ahora está en tus manos y he creído que tú deberías saberlo. Yo ya he cumplido. Ahora haz lo que te dé la gana.

Genserico no dijo nada. Se limitó a lanzar un gruñido y quedarse donde estaba, mirando fijamente al prisionero y al águila. Para su sorpresa no tuvo que esperar demasiado para ver cómo el águila descendía de golpe y volaba a una altura en la que pudo proyectar su sombra sobre Marciano.

Era ese el crítico momento, en el que se encontraba el norte de África, cuando Gala Placidia hizo volver a Rávena a Bonifacio, con la esperanza de eliminar a Aecio.

CAPÍTULO VIII

Aecio, el último romano

A. D. 432-435
1185-1188 Ab urbe condita

—El *magister* Flavio Aspar quiere verte, tribuno Cayo Rupilio —dijo el soldado enviado cuadrándose.

Cayo le acompañó al pretorio. No pudo creer lo que veía, cuando se cuadró en presencia del general.

—Dada la amistad que sé que os une, creo que te doy una alegría, tribuno Rupilio —dijo Aspar.

Apenas aseado y vestido con una sencilla túnica, ante él se encontraba su amigo.

—¡Marciano! ¿Cómo es que estás aquí? ¿Te has escapado?

Ambos se fundieron en un fraternal abrazo.

—Tendréis cosas que hablar, así que podéis retiraros —dijo el general.

Ambos saludaron y salieron de la estancia.

—Pero, cuéntame, ¿cómo es posible? —decía un Cayo eufórico.

—Todavía no me lo puedo creer y tampoco sé muy bien qué ha pasado. Caí prisionero y me llevaron junto a los demás a Hipona. Allí no me quedaba más que esperar a que se pagara un rescate por mí, y, sin embargo, inesperadamente fui llevado a presencia del propio Genserico. Pensé que me interrogarían sobre cuestiones militares, así que me preparé para ser torturado, porque no pensaba decir nada. Sorprendentemente, me cuentan algo así como que los dioses me han elegido no sé muy bien para qué, porque ni el traductor ni Genserico hablaban un latín medianamente inteligible. Sorprendido, comprobé que no tenían ningún interés en sonsacarme información sobre nuestras tropas, planes o movimientos. En lugar de eso, el rey me ofrece que, si juro solemnemente que jamás tomaré las armas contra él o el pueblo vándalo, me pondrían en libertad de inmediato, sin pedir rescate por mí.

Cayo miraba a su amigo Marciano, sin poder creer lo que

escuchaba. Llegó a pensar que le estaba tomando el pelo.

—Querido Marciano, me cuesta creer lo que me cuentas. Espero que no estés riéndote de mí.

—Te estoy hablando en serio. Por cierto, me han contado que ibas a pagar mi rescate —dijo Marciano mirando fijamente a Cayo—. Nunca lo olvidaré.

Tras inaugurar su consulado el primero de enero, Aecio se trasladó a la ribera del Rin, donde sometió a los francos que habían saqueado Tréveris. Era la cuarta vez que la ciudad sufría esa desgracia, en los últimos veinticinco años.

En cuanto abandonó la corte, su posición en ella comenzó a debilitarse. Gala Placidia había hecho venir a Bonifacio desde África, donde la situación se había estabilizado con el asentamiento de Genserico en Hipona y el nombramiento de Aspar como responsable de la región, gobernando en Cartago y protegido por sus robustas defensas. El *comes Africae* vino acompañado de su esposa Pelagia y de su yerno Sebastiano. A Bonifacio se le nombró *magister* de ambas milicias y se le otorgó la dignidad de patricio, que se encontraba vacante desde la muerte de Félix. De esta forma, Bonifacio pasaba a ostentar un rango superior a Aecio. Gala Placidia se inclinaba así en favor de su general favorito y trataba de reparar la injusticia cometida con él, al haberle declarado enemigo del Estado, dejándose llevar por las maquinaciones de Aecio. Bonifacio le había sido siempre leal, especialmente demostrando esa lealtad hacia ella y su hijo Valentiniano, cuando tuvo lugar la usurpación de Juan, momento en el que Aecio se puso de parte del usurpador.

La posición de Gala Placidia se vio enseguida apoyada por una mayoría en el Senado de Roma, gracias a la influencia que en él ejercía la familia de los Cejonios-Decios, que a su vez pertenecía a la camarilla cortesana de los partidarios de Félix, que con su muerte habían quedado sin su cabeza visible, y expuestos a la venganza de Aecio.

El general se sintió injustamente postergado y no quería someterse, por lo que llegó a un tratado de paz con los francos, y, anticipándose a la posibilidad de que Bonifacio cerrase un pacto de *foedus* con el visigodo Teodorico para que le atacase desde el oeste, marchó con sus tropas sobre Italia.

Los dos ejércitos de los dos *magister utriusque militae* de Occidente se enfrentaron por la supremacía, en la provincia de Flaminia et Picenum Annonaria, cerca de la ciudad de Rímini.

Aecio había llegado acompañado de tropas fundamentalmente de caballería de francos y de hunos, junto con algunos infantes alamanes

y godos, así como dos legiones de tropas regulares, no demasiado bien dotadas con restos reunidos de otras unidades. De camino, una vez cruzados los Alpes, había rendido Mediolanum, Ticinum y Placentia, descendiendo a continuación por la vía Emilia.

Las tropas italianas de Bonifacio, que de África solo pudo traer algunos jinetes veteranos, estaban reforzadas por varios miles de godos, reclutados en Panonia, y algunos centenares de burgundios, e infantería enviada desde el sur por Sigisvulto, que había ido a Brindisi para recoger refuerzos procedentes de Dalmacia.

Como el terreno le resultaba favorable, Bonifacio desplegó la infantería en la llanura situada al oeste del río Rubicone, situando a su derecha a toda la caballería regular y a la izquierda a la caballería goda y burgundia.

Aecio plantó su campamento cortando la vía Emilia y atacó en cuanto pudo disponer del despliegue de sus jinetes, lanzando a sus guerreros montados hunos por el centro y su derecha y a los francos por su izquierda. El suelo temblaba bajo los cascos de los caballos cargando al galope con un ruido ensordecedor, como si estuviera descargando con toda su violencia una terrible tormenta. Al principio, los hunos atacaron la infantería de Sebastiano con una nube incesante de flechas, que los soldados que las recibían soportaban sin perder la posición, con una cerrada formación de escudos haciendo de muro, por cuyas rendijas las flechas que se colaban herían sin piedad. Los jinetes francos lanzaron una carga sobre el extremo derecho de la infantería de Bonifacio, en el que algunas unidades más débiles cedieron ante el choque con las lanzas de los jinetes. Bonifacio ordenó que la caballería pesada cargara contra los francos para proteger la zona. El terrible choque, con su estruendo de metal, gritos, relincho de los caballos, logró contener la embestida franca, pero a costa de perder un gran número de infantes atrapados en el lugar. En ese momento, la caballería goda de Bonifacio atacó con todos sus efectivos a los hunos de Aecio, que se habían desviado demasiado hacia el centro para atacar a la infantería que se había desordenado con la carga de los jinetes francos de Aecio. Sorprendidos, los jinetes hunos se quedaron sin espacio para desarrollar su especial forma de combate, procediendo a retirarse para ganar distancia y hacer efectiva su destreza con los arcos. No lo consiguieron y se vieron obligados a entablar una desfavorable lucha cuerpo a cuerpo contra los lanceros godos de Panonia, que eran verdaderos maestros en esta forma de combatir. Las lanzadas hacían estragos en caballos y hombres. Espadas y mazas remataban a los hunos caídos y las jabalinas herían en la espalda a los que pretendían retirarse.

El ejército de Bonifacio estaba ganando la batalla. Su flanco derecho era un informe y caótico matadero, pero en su flanco izquierdo y en el centro los godos habían expulsado al enemigo del campo de batalla.

Tras un tiempo que pareció hacerse eterno, al fin la caballería franca también se retiraba. Los godos se lanzaron entonces sobre el campamento enemigo para saquearlo.

Sebastiano miraba en todos los sentidos tratando de localizar a Bonifacio, sin conseguirlo, a pesar de moverse al galope a lo largo del campo de batalla.

Un jinete, que traía noticias del general en jefe, le dio alcance.

—*Magister* —dijo cuando logró estar a la altura de Sebastiano.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está el general en jefe?

—Vengo a informarte de que el *magister utriusque militum* Bonifacio ha sido herido de gravedad —dijo el jinete azorado.

Aunque Bonifacio había tomado posición en una segunda línea de combate, la carga de la caballería franca, al abrir una brecha en la infantería había penetrado lo suficiente como para alcanzar a la escolta de Bonifacio, que, si bien había conseguido rechazar el ataque, no pudo evitar que el general resultase gravemente herido.

La batalla se había ganado, pero Aecio había logrado escapar y Bonifacio tenía muy pocas posibilidades de recuperarse de las heridas que había recibido. Dos meses pasaron antes de que le sobreviniera la muerte. Durante ese tiempo, Aecio se había retirado a una de sus propiedades a las afueras de Lugdunum, a la espera de novedades.

Gala Placidia para sustituir a Bonifacio tomó la determinación de nombrar como *magister* de ambas milicias, tanto de la caballería, como de la infantería, a Sebastiano, y le encomendó la defensa de Italia.

Cuando Aecio conoció esta decisión, se embarcó con destino al Adriático, desembarcó en Dalmacia y se dirigió a Panonia, donde se puso bajo la protección de Rugila.

A comienzos del siguiente año Aecio se dirigió hacia Italia al mando de un ejército de hunos. Había llegado con Rugila a un acuerdo de amistad y colaboración militar, con estatuto de monarca federado del Imperio, por el que además se reconocía la zona del sudeste de Panonia como tierra para el asentamiento de su pueblo.

No pretendía derrocar a Valentiniano III como legítimo emperador, sino forzar a Gala Placidia para ser repuesto en su cargo de generalísimo de los ejércitos.

La augusta, de acuerdo con Sebastiano, decidió llamar en su ayuda a los federados visigodos, pero Aecio actuó rápidamente y como siempre con osadía, adelantándose a los acontecimientos al caer sobre

Rávena en otoño, antes de que la ayuda solicitada llegase.

—¿Podemos resistir? —preguntó Gala Placidia.

—Podemos intentarlo —respondió el general Sebastiano.

—Se trata de aguantar hasta primavera en la que llegarán nuestros aliados visigodos —dijo la augusta.

—Disponemos de muy buenas defensas y fuerzas suficientes para aguantar el sitio, pero estoy convencido de que Aecio tratará de tomar la ciudad, antes de que los visigodos lleguen, lo que significa que habrá un número de bajas, tan alto, que nos debilitará de cara al futuro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la augusta.

—Quiero ponerte sobre aviso de que, si es así, pase lo que pase, quedaremos a merced o bien de Aecio y sus hunos o bien de nuestros aliados visigodos, a los que no podremos controlar y estarán situados en Italia.

Sebastiano se vio atrapado y huyó, embarcándose rumbo a Constantinopla. Gala Placidia decidió no abandonar Rávena, pero, tras meditarlo, llegó a la conclusión de que resistir solo provocaría una matanza inútil. Por otro lado, iba a necesitar un generalísimo capaz y aceptado por la tropa. Odiaba a Aecio, pero era evidente que el general era el hombre que necesitaba, pues además había demostrado tener capacidad para negociar satisfactoriamente con los bárbaros, especialmente godos y hunos, y, si no, vencerlos. Inició negociaciones con Aecio, que exigió que se le reintegrase en todos sus cargos militares, cosa a la que Gala Placidia, forzada por las circunstancias, accedió.

La augusta quiso que Aecio tuviera un nuevo estatus en la corte y establecer con él otra clase de relación que mejorase la comunicación entre el general y la dinastía, por lo que hizo que se casara con la princesa visigoda Pelagia, reciente viuda de Bonifacio. Con esta unión se buscaba además la reconciliación entre las facciones enfrentadas en las últimas guerras civiles. Como regalo de bodas, el emperador otorgó a Aecio los bienes de Bonifacio.

En este periodo Aspar había logrado contener el avance de Genserico, mediante la utilización de una táctica de defensa flexible, que, si bien preservó Cartago, no había podido impedir que el rey vándalo consolidase su posición en el norte de África. Fue recompensado con el rango de cónsul ordinario de Occidente para el año 434. Siendo grave, la situación en África podía considerarse como estabilizada.

De vuelta a Rávena, estuvo de acuerdo con Gala Placidia en obtener de Genserico una tregua que llevara a un acuerdo con el rey

de vándalos y alanos con el fin de poner paz y orden en las provincias africanas.

Para llevar a cabo las negociaciones, Rávena envió a Hipona una comitiva diplomática encabezada por el legado Trigecio.

Tras una semana de conversaciones con la legación vándala, el jefe de la romana fue requerido a presencia del rey. Trigecio fue introducido en el despacho, en el que el monarca se encontraba en pie. El diplomático romano hizo una breve reverencia en señal de respeto. El rey no pronunció palabra. Sin protocolo alguno, dio la espalda y se dirigió hacia una de las ventanas desde la que se veía el mar. El diplomático lo sabía, pero comprobó que Genserico era cojo. Verdaderamente, aquel gesto de mirada acerada y esa actitud de un hombre que actúa sin contemplaciones le mantenía sin aliento. El silencio se hizo irrespirable.

El negociador vándalo le indicó con un gesto que hablara.

—En nombre del emperador Valentiniano III, vengo a ofrecerte la paz —dijo un Trigecio bastante agobiado.

El rey vándalo permaneció mirando a través de la ventana, sin moverse. El diplomático vándalo hizo una señal con la mano para que siguiera hablando.

—Rávena te propone un tratado de *foedus*, que ponga fin a esta guerra —dijo el romano un poco balbuceante.

—¿Qué gano yo con eso? —dijo al fin Genserico.

La voz del rey era ronca y grave. Hablaba tan bajo que había que poner los cinco sentidos para escucharle. Era una técnica que usaba para dominar al interlocutor, que, mientras ponía toda su atención en tratar de entender lo que el rey decía, no pensaba en nada más.

—Significa que se te reconocerá el derecho a ocupar las tierras como federado romano, a cambio de que defiendas las fronteras y ayudes militarmente al Imperio.

—O sea, que se me da lo que tengo y encima quedo obligado con el emperador —dijo el rey, haciendo sufrir al diplomático.

—Nadie te incomodará en el disfrute de estas tierras, al ser federado de Roma.

—Si en esencia es eso lo que ofreces, seguid negociando —dijo Genserico al diplomático suyo que acompañaba al romano.

El rey, sin volverse, hizo un gesto con la mano para que abandonaran el despacho.

Tras arduas negociaciones, en las que el legado Trigecio puso en juego hasta la última de sus habilidades, se obtuvo un pacto por el que Genserico recibía el estatus de monarca federado, quedando autorizado a establecerse con su ejército en la Mauritania Sitifense,

Numidia y el noroeste de la protoconsular, comprometiéndose a evacuar el resto del territorio africano. El monarca vándalo quedaba también obligado a colaborar en la defensa del territorio frente a las incursiones de los *mauros*. En garantía del cumplimiento del pacto, y sobre todo de que Cartago no sería atacada, se exigió que el rey vándalo enviase a Rávena a su hijo Hunerico, de diez años.

Ninguna de las partes consideraba bueno el acuerdo, pero Genserico logró legitimar su posición, y Gala Placidia conseguía recuperar el control de las regiones más fértiles de África, sus recursos y los tributos allí generados. Desde el punto de vista propagandístico, frente a las facciones contrarias de la aristocracia senatorial y los provinciales africanos, ahora el emperador podía presentar los movimientos de los vándalos como los propios de un contingente de federados bárbaros, y no como una invasión.

Pocos meses después de la firma del tratado, Aecio recibió el título de patricio, refrendando así su posición como el hombre fuerte del Imperio de Occidente, y primero entre todos.

Parecía que se habría una nueva era en la que los grandes y graves problemas vividos hasta la fecha quedaban atrás. La dinastía estaba consolidada en Occidente en la figura de Valentiniano III, que había cumplido dieciséis años, y la regencia de Gala Placidia. La Galia estaba pacificada y bajo control, así como las fronteras del Rin y el Danubio. Italia estaba libre de usurpadores o de la presencia de bárbaros. El norte de África quedaba estabilizado y controlados sus suministros y tributos. Hispania se veía libre de vándalos y alanos, y solo los suevos daban de vez en cuando algún problema en Gallaecia, pero se trataba de un asunto menor. Teodorico I, rey de los visigodos, había restaurado su tratado de *foedus*, y los burgundios habían sido metidos en cintura. Las relaciones entre Gala Placidia y Aecio habían pasado a ser de colaboración. Aecio incluso comenzaba a concebir planes para la recuperación de Britania. El Imperio demostraba una vez más que por graves que fuesen los problemas que le tocaba afrontar, siempre era capaz de superarlos y resurgir. Por todo ello, bien podría pensarse que quedaba abierto un horizonte de esperanza, y que nadie sería capaz de vislumbrar que los siguientes cuarenta y un años no iban a ser testigos del principio del fin, sino del fin mismo.

Lucio Caro Preto, a sus setenta y seis años, era un anciano que, si bien no había perdido su digno porte, manifestaba todos los signos de la edad. Estaba muy delgado. Había perdido por completo el pelo, gran parte de sus dientes y sus problemas de huesos le obligaban a andar ayudado por un bastón. Solía tomar el sol, que tanto bien le hacía, en el jardín, las mañanas templadas, acompañado de una copa

de vino muy aguado y dulce. Los recuerdos venían a su memoria una y otra vez y le parecía mentira que una vida tan intensa como la suya hubiese quedado atrás. Pensaba que la vida resulta muy curiosa, porque pasas los mejores momentos luchando por conseguir algo mejor, y el resto recordando esos años de lucha. Y es que, cuando te sacrificas por conseguir mejorar, no te das cuenta que la vida es precisamente eso, y no lo que consigues. Parece siempre que nada va a llegar, hasta que todo ha pasado, porque entras en declive, sin advertirlo, cuando todavía crees que subes.

Lucio había vivido y había estado presente en los hechos más significativos de su época. Recordaba como si fuese ayer la muerte de su padre, un soldado legionario, asesinado para robarle nada más ser licenciado del ejército. Le parecía estar viendo al gran auriga Cayo Crito Fulmen, el más famoso corredor de cuadrigas del hipódromo de Constantinopla, que se hizo cargo de él, al haber quedado huérfano y solo en el mundo. Todavía le resultaba doloroso recordar que Cayo Crito sería asesinado por un sicario de Sexto Servio, otro auriga rival, al que Fulmen había vencido y humillado en las carreras. Nunca había podido superar que la noche antes de aquella carrera, en la que Servio cayó derrotado y gravemente herido, este le violara en los establos del hipódromo, cuando apenas contaba quince años. Iria Salonina, amante de Fulmen y dueña del más conocido y lujoso prostíbulo de Constantinopla, se hizo cargo de su curación, en la que intervino ayudando en los cuidados Selene, entonces con dieciséis años y esclava de Iria. La humillación que él había sufrido le impulsaba de forma irresistible a irse, a cambiar de vida, por lo que se alistó en el ejército. Antes de partir, renunció a la herencia que había recibido de Fulmen, en favor de que Selene fuese liberada y se le procurara una dote que le permitiera casarse. No sabía que ella había quedado embarazada. Fue destinado a Durostorum, lugar por donde se autorizó a los godos a cruzar el Danubio para que se instalaran dentro de las fronteras del Imperio como federados. Fue testigo del trato inhumano que se les dispensó y que provocó una rebelión que condujo a la terrible derrota del ejército romano en la batalla de Adrianópolis, el mayor desastre desde Cannas. Él había participado en aquella batalla y estaba junto al emperador Valente cuando murió víctima de las heridas sufridas en combate. Seis años duró la guerra. Fue testigo del advenimiento de Teodosio el Grande, de cuya guardia de honor formó parte. Muy pocos, probablemente nadie que siguiera con vida, conocían que detrás de la sublevación de Magno Clemente Máximo estuvo el propio Teodosio. Lucio había acompañado a Britania a Elio Flaminio Testo, responsable de la inteligencia imperial con

instrucciones precisas sobre cómo debía sublevarse contra el entonces emperador de Occidente, Graciano. Había luchado en la batalla del río Frígido, donde participó como aliado Alarico. Había luchado junto a este, con este y contra este, según el momento y las circunstancias. Estuvo entre sus filas. Participó en el saqueo de Roma y formó parte de la guardia personal de Ataúlfo y Gala Placidia, para ocuparse finalmente de la custodia de la augusta y de su hijo Valentiniano. Todas esas vivencias ahora no eran más que recuerdos que le venían a su mente una y otra vez cuando tomaba el sol, acompañado de una copa de vino dulce, en aquel jardín que cada día encontraba más acogedor.

Lo que no dejaba de sorprenderle era la enorme fortaleza de la que daba muestras el Imperio, capaz de sobrevivir a todas las contradicciones, a todas las confrontaciones y agresiones que había sufrido en el transcurso de sus propios años de vida. Había sido testigo de cómo el cristianismo había acabado imponiéndose sobre la religión tradicional romana. Muchos culpaban a los cristianos de los desastres sufridos, achacándolos al abandono del culto de los antiguos dioses. Resultaba sorprendente como, quienes habían sido perseguidos durante tres siglos, se convertían ahora en perseguidores implacables de los que ellos llamaban paganos, fomentando la destrucción de templos, estatuas y todo tipo de arte dedicado a los antiguos dioses, con un ensañamiento tan fanático y despiadado, que la destrucción provocada era muy superior a los daños que pudieron haber provocado las invasiones de pueblos bárbaros. Pero si los cristianos eran crueles persiguiendo todo lo que tuviera que ver con el paganismo, más crueles eran aun persiguiéndose entre sí, a cuenta de declararse herejes los unos a los otros.

Lucio había sido testigo de las implacables luchas por el poder, que, las más de las veces, habían desembocado en terribles guerras civiles. Era el propio sistema el que producía que las cosas fuesen así. Todo el que tenía poder estaba obligado a incrementarlo para sostenerse o perecer en caso contrario. Todos tenían enemigos con los que o se terminaba, o estos acababan con quien no sabía defenderse. La fuerza era el instrumento y la muerte del adversario el medio. A la mínima oportunidad surgían usurpadores o generales ambiciosos con los que el monarca reinante tenía que disputarse el ejercicio del poder. Se necesitaba un ejército de tal tamaño, para atender estas necesidades y defender las fronteras, que los impuestos se habían convertido en insufribles y estaban arruinando a todo el que no perteneciese a la clase privilegiada, una reducida minoría que acaparaba toda la riqueza disponible, en detrimento de la inmensa

mayoría, que cada vez vivía más en la miseria. La falta de soldados romanos y la urgencia de las necesidades impuestas habían llevado a disponer cada vez más de aliados bárbaros que, bien integrados individualmente en el ejército regular, o participando en contingentes numerosos, bajo mando de sus propios jefes, se habían convertido en las fuerzas que en su mayoría y normalmente componían las tropas de las que los emperadores podían servirse. Muchos de esos bárbaros con el tiempo se fueron integrando, y con su integración acabaron influyendo en el cambio que a todas luces se estaba produciendo.

El Imperio había sobrevivido a usurpadores y guerras civiles, pero también lo había hecho a las invasiones bárbaras de los godos, que, encabezados por Alarico, habían llegado a saquear la propia Roma, así como de los suevos, vándalos, alanos, burgundios, hunos, francos y alamanes entre otros.

Para Lucio era evidente que Roma era eterna y que había nacido para superar cualquier desafío.

Selene salió al jardín y vio a su marido adormilado. Se acercó a él y con extremo cuidado le subió un poco la manta ligera que le cubría, para taparle mejor el pecho. Lucio se removió ligeramente, entreabrió los ojos, y sonrió a su esposa.

—Gracias —dijo.

Selene se le quedó mirando y esbozó también una sonrisa.

—¿Me das las gracias por taparte? —preguntó casi con un susurro como no queriendo despertarle del todo.

—No. Te doy las gracias por todo lo que me has dado. Lo más valioso que he tenido en la vida es esta familia, tu familia, que en realidad es la mía, y que existe y está conmigo gracias a ti.

Selene pensó que, si ella tenía a su familia, era gracias a él, que la libró de la esclavitud, y le hizo concebir el hijo que tantos nietos y biznietos le había dado. Si había que dar las gracias, era a la vida que, por una vez, no había tratado con crueldad a los que más se entregaban.

CAPÍTULO IX

Bagaudas

A. D. 436-437
1189-1190 Ab urbe condita

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó Tulio Ferolo, el *agente in rebus* al que se había encargado que investigara la desaparición de Hunerico y de su madre, el hijo y la esposa del rey Genserico.

Ambos se encontraban en Roma en calidad de rehenes, en garantía del cumplimiento del último tratado firmado con los vándalos del norte de África.

Los *agentes in rebus* eran agentes especiales pertenecientes al servicio postal, que, al estar preparado para llegar hasta el último rincón del Imperio, se había convertido con el tiempo en el mejor servicio de información y espionaje, al que estaban asignados estos investigadores expertos.

—Totalmente —dijo Adelma, con una firmeza y convicción impropia de una esclava que estaba siendo interrogada por un funcionario imperial.

Debería estar aterrada, pues una simple esclava nunca sabía lo mal parada que podía salir de una situación como aquella en la que se encontraba, pero su indignación al saberse traicionada le hacía sentirse más llena de rabia que consciente del perjuicio que mantener una actitud airada y nada humilde podía acarrearle.

Adelma había sido testigo de cómo el grupo de intrusos salían de la casa, llevándose al príncipe Hunerico y a su madre. Había notado la ausencia de Geco, con el que compartía el jergón cada noche. Era una mujer oronda, a punto de entrar en la madurez, pero que mantenía un cierto atractivo que a Geco le hacía pasar menos frío en invierno y a ella sentirse más protegida por el esclavo. Viendo que tardaba en volver, se levantó y fue a buscarlo. Apenas eran audibles, pero pudo escuchar algunos ruidos extraños que la hicieron sobresaltarse, extremar el cuidado en sus movimientos y acabar escondida en un rincón del atrio, justo el que estaba junto a la puerta de salida, tras

uno de los grandes maceteros que lo adornaban.

A Adelma nada de lo ocurrido le importaba. Lo que la tenía enfurecida era el haber sido testigo de cómo el que parecía mandar el grupo había dicho a Geco que le siguiera y que se fuera con ellos, y que el esclavo lo hubiese hecho sin pensarlo dos veces. En ningún momento se había acordado de ella, ni le había importado dejarla atrás.

—¿Pudiste ver cuántos eran? —preguntó Ferolo.

—No llegué a contarlos —dijo Adelma, tras pensárselo—. Todo estaba oscuro y yo estaba confundida y asustada; más pendiente de que no me vieran que de otra cosa, pero debían de ser como seis o siete sin contar a Geco, al príncipe y a su madre.

Gala Placidia, en presencia de su hijo Valentiniano, escuchaba atentamente el relato del *agente in rebus* encargado por ella de la investigación.

No quería la augusta que nada trascendiera hasta no tener una idea exacta de lo que había ocurrido.

—¿Estás seguro de lo que dices, Tulio Ferolo? —preguntó incrédula la madre del emperador.

—La esclava que los vio está completamente segura, augusta.

—Es imposible. No me lo puedo creer.

—La testigo no tiene razón alguna para mentir ni nada que ganar con ello.

—No puedes decir ni una palabra de esto a nadie —dijo Gala Placidia Tajante.

—Guardaré el más absoluto secreto, augusta.

—Si esto es así, son muchos los colaboradores con los que ha tenido que contar. Debes seguir investigando y localizarlos a todos. Deben ser eliminados.

—Como ordenes, augusta —dijo Ferolo.

—Infórmame de cuanto averigües. Puedes retirarte.

Gala Placidia se dejó caer en un sillón situado junto al de su hijo.

—A mí también me resulta difícil de creer, madre —dijo el emperador.

—¡Cojo! —musitó ella—. Una operación de esta importancia no se pone al mando de un hombre cojo. Y, si no se ha encargado a alguien así, el que estaba al mando no puede ser otro que el propio Genserico.

—¡Qué descredito para nosotros! —dijo Valentiniano.

—Y cuánta fama para Genserico si esto llega a saberse. No puede trascender ni una sola palabra.

Tulio Ferolo logró con tiempo y paciencia localizar a algunos de los colaboradores del rey vándalo. A unos los hizo desaparecer y a los

que consideró valiosos, como al tabernero Glauco Estrabón, los convirtió en agentes dobles.

En la primavera, el monarca visigodo Teodorico I, indignado al conocer que se le había concedido a Genserico el estatuto de federado, y sintiéndose marginado por ello, al considerar que el comportamiento del vándalo en el norte de África no acreditaba méritos como los suyos propios, rompió el pacto que tenía con el Imperio e invadió la provincia Narbonense. En realidad, el rey visigodo no hacía sino aprovechar la menor excusa para intentar conseguir una salida al Mediterráneo, cosa que la corte de Rávena no iba a consentir, porque aislaba a Italia de la Tarraconense.

Casi de inmediato, y siguiendo el ejemplo, le faltó tiempo a Gundicaro, rey de los burgundios, para alzarse en rebelión contra el gobierno de Rávena.

Informado de estos sucesos, Aecio se puso en marcha hacia las Galias, al mando de tropas hunas con las que infligió una severa derrota a los burgundios, lo que le valió el consulado. Tras los festejos que tuvieron lugar con motivo de la inauguración de su magistratura, el general organizó una nueva expedición contra los burgundios con idea de terminar de una vez por todas con su inclinación a rebelarse y, nuevamente, con un ejército fundamentalmente formado por federados hunos, irrumpió en el territorio que ocupaban y los aniquiló. Mientras, había enviado al *magister equitum* de las Galias, Litorio, a Narbona, donde consiguió poner en fuga a los visigodos que asediaban la ciudad.

A continuación, Aecio había remontado el valle del Loira, para combatir a los bagaudas, campesinos rebeldes, que lideraba un tal Tibatón, que estaba actuando en el norte, en la zona de Armórica.

El *magister militum*, para compensar las bajas de los enfrentamientos tenidos, hizo traer a la Legión II Augusta, que solía estar acuartelada en Bononia, justo en las orillas del Mare Britanicus, frente a las costas de la abandonada provincia de Britania, en su parte más estrecha.

El ejército se encontraba acampado cerca de Carnunta, unas millas al norte de Aurelianorum. Con esta legión se había incorporado al ejército de Aecio el tribuno Marco Lupo Serrato, que había sido llamado a presencia del general.

Serrato se dirigía con paso decidido hacia el pretorio, situado en el centro del campamento, sin tener que esquivar a cuantos soldados se encontraba en su camino, pues todos se apartaban a su paso, mientras continuaban inmersos en el bullicio de aquella masa de hombres de armas ocupados en sus quehaceres.

Sentía cierta inquietud y no poca curiosidad por conocer el motivo para ser llamado ante el general. Él lo conocía de haberlo visto alguna vez en la corte de Rávena, pero no lo había tratado con la frecuencia que le hubiera permitido estar confiado en su presencia. Quien sí le conocía mejor y más estrechamente era su padre, Fabio Lupo Fusco, banquero de Gala Placidia, de Valentiniano III y de parte de la élite romana. No es que a título personal estuviesen necesitados de dinero, pero no siempre sus ingresos llegaban antes que aquellos gastos que no podían o no querían posponer, y acudían al banquero para que los financiase. Otra cosa era el erario, que siempre estaba necesitado de fondos.

El banquero Fabio Lupo Fusco era de procedencia hispana y conservaba en la Bética extensas fincas de olivos, en el entorno de la pequeña ciudad de Galduria, situada muy cerca del nacimiento del río Betis, en la Sierra Mariana, que daban un aceite de primera calidad, muy apreciado tanto en Roma como en la corte de Rávena, así como un esparto muy bien valorado porque se había hecho imprescindible en la construcción naval.

Quien conocía a Marco Lupo era consciente de que no se encontraba en el último rincón del mundo civilizado por iniciativa propia o por gusto. Perteneciente a una de las familias senatoriales más influyentes en la corte, lo había tenido siempre todo, de modo que podía decirse que tanto su familia como él mismo eran dueños y señores de su destino. A veces pensaba en la conocida fábula de Dédalo e Ícaro que, por no hacer caso a su padre, se había elevado tanto con sus alas artesanalmente fabricadas, que el sol terminó por derretir la cera de la que estaban hechas y acabó precipitándose de manera irremediable al vacío.

Mil veces le había advertido su padre, pero le cegó la ambición y, sobre todo, no supo calibrar hasta qué punto la maldad de Justa Grata Honoria era capaz de conseguir que su perversidad degenerada no encontrara límite y acabara jugando con él del modo que lo había hecho.

Mucho le había costado asumir que había pasado de tenerlo todo a perderlo y que, de ser un privilegiado por la fortuna, había pasado a tener que temer cada día incluso por su vida. Se encontraba desubicado y no veía a su existencia significado ni horizonte a un destino que era incapaz de entrever.

Pensaba Lupo si la llamada del general tendría relación con su propio destierro, del que se cumplía un año ya. Le inquietaba que en Rávena se hubiese tomado alguna decisión que le perjudicase, si es que no ponía su vida en peligro.

Marco Lupo Serrato había sido enviado al confín norte del Imperio, cerca de la frontera del Rin, a esa unidad situada en la costa del Mare Britanicus, lugar tan expuesto a los peligros de invasión de los bárbaros situados al otro lado de la frontera, como de dentro, federados o no, en rebeldía o en paz. No era menor el peligro que corrían las fuerzas allí acuarteladas frente a los bárbaros que se habían hecho con el control de Britania, provincia prácticamente abandonada a su suerte e invadida por anglos, sajones y jutos, que con frecuencia cruzaban el mar que los separaba de la Galia para conseguir botín. Ni se estaba a salvo de sufrir en cualquier momento una emboscada por parte de los bagaudas. Así que como destino no representaba precisamente un premio, y sí que tenía que soportar el riesgo permanente de perder la vida o acabar mutilado para el resto de sus días.

Pero no era el peligro lo que hacía mella en el ánimo de Lupo, que era un hombre valiente y decidido, sino la injusticia por la que se había visto apartado y postergado, además del baldón que había sufrido en su prestigio y buena fama, que le sería difícil de remontar.

—He sido llamado por el general —dijo Lupo, ya dentro del pretorio, a uno de los secretarios de Aecio.

—Te anuncio enseguida, *domine* —respondió este, perdiéndose rápidamente tras una cortina.

Apenas tardó unos instantes en volver a aparecer.

—Puedes pasar, el *magister militum* te recibirá ahora.

Lupo apartó la cortina y accedió al lugar en el que el general se encontraba. Era un espacio relativamente amplio, dentro de la enorme tienda en la que se hallaban. Aecio estaba sentado detrás de un escritorio plegable de campaña, rodeado de informes, entre otros dos secretarios que le entregaban y recogían documentos.

El tribuno se puso firme, y en esa posición esperó hasta que quien le había llamado encontrase oportuno reparar en él.

Por fin, alzó la vista y le miró un instante.

—En descanso, tribuno —dijo, mientras hizo un gesto a los secretarios para que los dejaran solos, cosa que ocurrió de inmediato.

Aecio tenía en ese momento cuarenta y dos años, y mantenía un aspecto fuerte y vigoroso. Apoyó su cuerpo en el respaldo de la silla, plegable como el escritorio, y miró a Lupo fijamente durante unos momentos con aquellos ojos grises tan incisivos que transmitían, no solo autoridad, sino que podían sostener una mirada capaz de analizar lo más hondo del alma de quien se encontrase en su presencia.

—¿Te encuentras cómodo en tu destino? —preguntó con un tono de voz que sonó algo cargado de sorna.

Lupo no estaba en posición de darse por aludido con el tono que le pareció percibir y se mantuvo impasible.

—Me encuentro, *magister*, con plena voluntad de cumplir las órdenes que reciba, a la mayor gloria del emperador y de Roma —dijo en un tono que solo transmitió sinceridad.

Aecio se quedó mirándole un momento. Era evidente por la expresión de su cara que la respuesta y la actitud de Lupo le había gustado.

Se puso en pie y se acercó al tribuno, que mantenía la vista al frente. La estatura del general no era demasiado elevada, pero todo en él irradiaba tanta fortaleza de cuerpo y espíritu que, junto a su natural carisma, le hacía ser percibido por su interlocutor como tan alto o más.

—Bien dicho —dijo Aecio llevándose las manos a la espalda—. Ven, relájate y sentémonos —añadió, mientras se dirigía a una mesa en la que había una jarra de vino y varias copas.

El general le hizo una señal para que se sentara en uno de los dos sillones que había junto a la mesa.

—¿Beberás conmigo? —preguntó.

—Será para mí un honor —respondió Lupo.

Aecio puso en su mano una copa de vino y ambos tomaron asiento.

—No voy a preguntarte por lo sucedido en Rávena. Tu padre me contó lo ocurrido y creo su versión. Conociendo la corte, no me extraño de nada —Aecio se llevó la copa a los labios y dio un largo sorbo, dejándola acto seguido sobre la mesa—. Puedes considerarte un hombre afortunado, pues hasta donde sé, de no ser tú hijo de quién eres, no estarías vivo.

—Estoy de acuerdo —dijo Lupo que, tras el primer sorbo, apenas bebía—. Creo que tienes toda la razón.

—La verdad es que nunca he creído la versión de la corte sobre el caso. Conozco a Justa Grata Honoria bien y creo lo que tu padre me ha contado. Además —Aecio hizo una pausa para tomar nuevamente la copa en sus manos—, tengo un buen concepto de ti y sigo la evolución de tu carrera. Tu comportamiento en la campaña de África, al mando de la unidad de la *scholae palatinae* enviada, en representación del emperador fue valerosa y brillante. Tenía pensado contar contigo entre mis ayudantes más cercanos, pero esa absurda circunstancia lo ha impedido hasta ahora.

En ese momento el general se puso en pie haciendo que Lupo le imitara.

—Te vas a incorporar al grupo de mis colaboradores. Ven, acércate conmigo a la mesa de escritorio —dijo Aecio mientras se giraba y se

dirigía hacia la misma.

Marco Lupo estuvo tentado de preguntarle si contar con él, como hombre de confianza, no iba a significar un desaire hacia Gala Placidia y Valentiniano III, que habían decidido su destierro, pero le pareció que la pregunta podía resultar impertinente y se mantuvo en silencio.

Elia Gala Placidia odiaba a Aecio, al que trataba siempre de perjudicar, cuando no se veía obligada por sus éxitos militares o por conveniencia del Imperio a dispensarle toda clase de reconocimientos y honores. Naturalmente, ese odio era compartido, como no podía ser menos, por su hijo el soberano. La emperatriz no le había perdonado nunca que apoyara al usurpador Juan, en contra de los legítimos derechos de su hijo Valentiniano, a la muerte de Honorio, hacía ahora catorce años. Pero las circunstancias se imponían siempre y el apoyo que Aecio recibía de los hunos en forma de tener a su disposición un contingente armado verdaderamente poderoso hacía que la augusta nada pudiera contra él. Además de que su comportamiento desde la ejecución de Juan había sido leal con el Imperio y la dinastía, defendiendo sus intereses y las fronteras con una eficacia que le llevaba a cosechar continuos éxitos en el campo de batalla.

Los hunos no resultaban nada de fiar. No había más que ver la pesadilla que significaban para la parte oriental del Imperio, y las tropas puestas bajo el mando de Aecio estaban a la disposición solo de este y nunca a las órdenes de Rávena. Sin embargo, resultaban imprescindibles para mantener a raya a los visigodos, que federados o no, en paz o en rebeldía, no tenían otro objetivo que apropiarse de la totalidad de la Galia. Sin Aecio y sus tropas hunas no solo la Galia sino Italia misma quedarían a su merced.

Aecio, una vez ejecutado Juan y llegado a un acuerdo con el nuevo emperador, había mostrado en todo momento una lealdad sin fisuras hacia este y hacia Roma. Sin embargo, bastaba recordar los últimos doce años para darse cuenta de hasta donde llegaba la inquina y la desconfianza de la augusta Gala Placidia hacia el general, porque fueran cuales fuesen los méritos acumulados, siempre era preterido en favor primero de Flavio Constancio Félix, luego de Bonifacio y por último de Sebastiano. A todos ellos acabó imponiéndose y al final supo quedar como el único hombre fuerte del Imperio occidental, sin rival alguno, convirtiéndose en tan imprescindible que muy a su pesar, Gala Placidia, a regañadientes, le concedió toda clase de honores y reconocimientos, incluso otorgándole todo el patrimonio del desaparecido *comes* Bonifacio, haciéndolo además casarse con su viuda, Pelagia, perteneciente a la estirpe regia visigótica.

Así que contradecir los designios de la augusta en el caso de Lupo no era sino un gesto más en una confrontación, en la que ambos se mostraban su mutuo rechazo.

Aecio tomó un mapa y lo extendió.

—Este es el territorio en el que están actuando los bagaudas de Tibatón —dijo, mientras movía su mano señalando en círculos con su dedo índice.

—Es un territorio extenso y los bagaudas actúan dispersos, en grupos no muy numerosos, dando golpes de mano por sorpresa y retirándose inmediatamente, de modo que parece que se esfumaran de este mundo —dijo Lupo.

—Crees que la campaña será larga y complicada ¿verdad?

—Por la experiencia que tengo en el año que llevo aquí, creo que va a resultar muy difícil encontrarlos, y encontrarlos en suficiente número como para infligirles una derrota que pueda resultar decisiva —afirmó Lupo convencido.

—Sí, si somos nosotros quienes tenemos que buscarlos.

—¿Entonces?

—Haremos que sean ellos los que quieran encontrarnos y se junten para lograrlo —dijo Aecio con convencimiento.

Lupo miraba al general con curiosidad, sorpresa y extrañeza, sabiendo lo buen estratega y la fama de magnífico táctico sobre el terreno de la que gozaba, mil veces acreditada. Así que el tribuno tenía puestos los cinco sentidos en lo que estaba escuchando.

—Verás —dijo mientras extendía otro mapa más pequeño, sobre el que ya estaba en la mesa. Resultaba evidente que se trataba de un mapa hecho con apuntes de los informes dados por los exploradores en los últimos días—. Mañana, el ejército va a atravesar este paso estrecho que queda entre el río y estos barrancos escarpados y boscosos. Tú, junto con Optila, vas a comandar un cuerpo de caballería huna y vas a hacer lo que te voy a explicar.

Lupo puso toda su atención en las instrucciones que le estaba dando su general, y entendió que para la operación que le estaba ordenando llevar a cabo no hubiese nadie más presente, porque el secreto necesitaba ser absoluto, si no se quería abocar al ejército a un desastre.

Terminada la conferencia, Aecio acompañó al tribuno hasta la cortina por la que este había accedido.

—Si escribes a tu padre, envíale mis saludos —dijo—. Por cierto, ¡Elia Gala Placidia…! ¿En serio? ¿No crees que has picado muy alto? —añadió tras una leve pausa, pasándose en un gesto rápido y circular la mano por delante de los ojos como queriendo transmitir a su

interlocutor la idea de si verdaderamente no había estado en las nubes.

Lupo se mantuvo en silencio. Era evidente que se encontraba ante una pregunta retórica, que en ningún caso demandaba respuesta por su parte.

—Puedes retirarte —dijo el general esbozando un amago de sonrisa, quizás burlona.

Marco Lupo salió del pretorio y se dirigió a su tienda. Quizás, si Aecio no hubiese hecho ese último comentario, su mente se habría centrado en meditar sobre cómo iba a enfrentar la misión que se le acababa de encomendar, pero lo que le había dicho y esa casi sonrisa burlona le removieron toda una serie de recuerdos que, si no estaba empeñado en olvidar, sí que es cierto que hacía lo posible por no recordar con demasiada frecuencia.

A su cabeza acudían todas aquellas situaciones que le habían conducido al destierro, como si las estuviera viviendo en ese instante.

Marco Lupo Serrato era un hombre alto, fuerte, moreno, ojos claros, apuesto, intelectualmente brillante y de trato agradable, a pesar de un carácter fuerte, que a veces lo convertía en una persona difícil. Acababa de cumplir veintinueve años.

Durante algunos de los últimos había sido tribuno de la guardia imperial en Rávena, prestando servicio en el entorno más inmediato de la augusta Gala Placidia, de la que supo ganarse su confianza, y en poco tiempo algo más, porque acabó por convertirse en su amante. En aquel momento, la augusta tenía cuarenta y dos años, una edad en la que cualquier mujer se habría convertido en una oronda matrona, habría acumulado arrugas y perdido algunos dientes. Sin embargo, Elia Gala Placidia se mantenía esbelta y hermosa. Era una mujer deslumbrante que hacía honor a su justa fama de ser la mujer más fascinante y atractiva de todo el Imperio romano.

Su relación no dejó de ser en algunos momentos tortuosa, porque era conocida la devoción piadosa de la augusta y su fervor como cristiana. Muchas veces se había propuesto acabar con esa relación, sin conseguirlo. Pero lo que vino a enredarlo todo fueron las veleidades caprichosas de su hija Justa Grata Honoria, de diecisiete años, la insufrible hermana de Valentiniano, el emperador, a quien, para apartarla de la posibilidad de que algún militar de alto rango pretendiese casarse con ella y optar así al trono, le habían obligado a hacer voto de castidad. Honoria, rebelde siempre, estaba loca por perder esa virginidad a la que le habían obligado a comprometerse.

La princesa no hacía otra cosa que revolotear alrededor de Lupo, insinuándose continuamente, de las formas más provocativas que

pudieran imaginarse.

—Te conformas con una vieja, cuando podrías tenerme a mí —había llegado a decirle a Lupo, componiendo un gesto que transmitía intenciones más propias de una meretriz del puerto que de una augusta.

El caso es que, con mañas y engaños, había conseguido atraerlo a sus aposentos privados y, una vez allí, consiguió llevarlo a su dormitorio, donde empujándolo le hizo caer en la cama, saltando sobre él y aferrándose a su cuerpo con todas sus fuerzas. En ese momento, la puerta se abrió y apareció la propia Elia Gala Placidia. Que aquella aparición no era casual resultaba evidente. Cómo había urdido todo aquello la pérfida mente de Honoria, solo ella lo sabía. Saltó de la cama y se arrojó a los brazos de su madre.

—¡Mamá, mamá…! —decía entre sollozos—. ¡Menos mal que has venido!

Gala Placidia no había venido sola, y aunque sus acompañantes y escoltas se habían quedado en la antecámara, todos estaban pendientes de lo que pudiera pasar, o de lo que les dijera.

—Detened a este hombre —ordenó.

Gala Placidia se sintió herida, ofendida y humillada. No hubo el más mínimo intento de investigar nada, pues nadie iba a poner en duda la versión de Honoria, de que era ella la agredida, ya que cualquier indagación que contradijese su versión la dejaría en evidencia. Así que, él tuvo que pagar con el destierro, y sentirse contento porque el incidente no le costara la vida.

Antes de que despuntara el día, el ejército estaba preparado para desplazarse, y al alba se había puesto ya en marcha. Se dirigió hacia el norte hasta alcanzar la orilla de un río, cuya ribera izquierda siguieron las tropas. En vanguardia iban fuerzas regulares abriendo camino. En el centro formaba Aecio, con su Estado Mayor, rodeado por varios cuerpos de hunos. Lupo formaba en retaguardia con el cuerpo de caballería de esos mismos guerreros que, junto con Optila, se le había ordenado comandar, y que, poco a poco, se iba quedando más y más rezagado del resto de tropas que formaban la retaguardia. Llegó un momento en el que con trote suave se fueron desviando hacia el noroeste, separándose así del resto del ejército.

A media mañana, la tropa en marcha llegó al inicio de un estrechamiento que la dejaba entre barrancos tupidos de árboles a la izquierda y la ribera del río a la derecha. Era un lugar angosto que se prolongaba durante algo más de dos millas, y resultaba ser justamente el que Aecio le había señalado a Lupo en el mapa durante su entrevista.

El ejército penetró en ese espacio, sin detener su marcha.

—Esto es una ratonera —dijo Póstumo, un soldado raso perteneciente a la III cohorte de la Legión II Augusta, que iba en vanguardia.

—¡Cierra la boca soldado! O seré yo el que te la cierre —gritó el centenario, que se encontraba cerca de él—. Cállate y camina. ¡Y en silencio todos! —añadió tajante.

Tito Veronio Celer, era un centenario, cuya edad resultaba incierta, pero que debía estar alrededor de los cuarenta años. Llevaba en el ejército desde los diecisiete, y había participado en tantas campañas, si no más, que cicatrices lucía en su cuerpo. La primera vez que entró en combate fue a las órdenes del general Constancio, antes de que este fuese emperador, en el enfrentamiento que mantuvo en Narbo Martius, al sur de la Galia, contra los visigodos liderados por Ataúlfo, a los que venció.

En realidad, el trato que acababa de dispensar a Póstumo era completamente impostado, pues tenía un especial cariño por este muchacho de dieciocho años al que había hecho su ordenanza y protegía con especial cuidado, pues no en vano era hijo de uno de sus mejores amigos y compañero de armas, caído en África frente a los vándalos de Genserico. A su madre viuda, había prometido que cuidaría del muchacho, cosa que pensaba cumplir, no solo por su compañero muerto, o por el propio joven, sino porque estaba enamorado secretamente de la madre de Póstumo y tenía planes para el futuro, si es que era capaz de salir vivo de su dedicación a la milicia.

Tito Veronio, a pesar de que había hecho callar a Póstumo, como era su deber, estaba de acuerdo con lo que este había dicho.

—«Es verdad: esto es una maldita ratonera» —pensó.

Miró hacia atrás, elevando la cabeza cuanto pudo, para buscar al general en el centro de la formación. Lo vio con el majestuoso porte con el que solía montar a caballo y apreció su gesto sereno y confiado. Le conocía bien, pues había luchado a sus órdenes en varias campañas y sabía que además de cuidar de sus hombres, tenía acreditado ser un excelente estratega y un táctico insuperable sobre el terreno. Todos los hombres a sus órdenes confiaban ciegamente en él. Sin embargo, Veronio era un veterano al que no se le escapaban determinados detalles, como el hecho de no haber visto que se enviaran exploradores a la ladera boscosa que tenían a su izquierda y desde la que podía surgir una fuerza emboscada que provocase una masacre, pues el ejército romano en marcha se vería acorralado contra el río y sin poder ofrecer la defensa de una formación en profundidad. Le

espantaba pensar lo que pudiera ocurrir, así que decidió confiar en el buen criterio del general al mando, aunque su sensación seguía siendo como para no fiarse de la situación en la que se encontraban, hasta que no salieran a campo abierto.

—Más nos vale que Optila y Lupo hagan lo que tienen que hacer o de aquí no salimos —dijo Traustila, uno de los hombres de confianza de Aecio, dirigiéndose al general.

—No lo dudes ni por un momento. Todo saldrá bien —contestó este seguro.

La marcha continuó sin disminuir el ritmo.

Póstumo se acercó a Veronio.

—No se oyen pájaros —le dijo.

Efectivamente, Veronio movió sus ojos tratando de ver u oír algo en el bosque. No se escuchaba un solo ruido.

De pronto, se oyó un terrible alarido a lo largo de todo el flanco izquierdo; un escalofriante grito que salía de entre los árboles que cubrían los escarpados barrancos que arrinconaban contra el río al ejército romano. Simultáneamente, comenzó a aparecer una nube de flechas, que iniciaron su desplazamiento parabólico a lo largo de toda la línea.

—¡Escudos…! ¡Escudos…! —gritó Tito Veronio a los soldados bajo su mando—. Póstumo, cúbrete con el escudo.

La primera andanada de flechas cogió a muchos soldados tan de improviso que apenas tuvieron tiempo de reaccionar y muchos murieron o cayeron heridos. Otro gran número tuvo tiempo de ponerse en cuclillas, cubriéndose el cuerpo de la mortal lluvia que recibían.

Las voces de mando ordenando cubrirse se extendieron a lo largo de toda la formación, de modo que la segunda andanada de flechas cogió a todos más protegidos y las bajas fueron menores.

Tito Veronio, como todos los centenarios y oficiales, enseguida se puso en pie y comenzó a moverse a lo largo de la línea ocupada por los suyos, impartiendo órdenes.

—¡En formación cerrada…! —gritó nuevamente Veronio—. ¡Vamos…! ¡Vamos…! ¡Vamos…! —animaba el centenario.

Se movía entre sus hombres empujándolos y cogiendo a alguno por los hombros con las dos manos para obligarlos a tomar posición.

—¡Las tres primeras líneas formad en muro de escudos! —gritó, proyectando tan poderosamente su voz como su pecho pudo—. ¡Siguientes líneas en testudo!

Las órdenes se fueron repitiendo a lo largo de todo el frente, que estaba ya formado en orden cerrado. Todos estaban entrenados para

saber cómo comportarse en caso de caer en una emboscada como esta. En un tiempo asombrosamente breve, el ejército quedó preparado para defenderse y a salvo del ataque con flechas, haciendo gala de la legendaria disciplina que desde antiguo había caracterizado a las legiones romanas.

Ahora, el ejército mostraba un frente sólido, en el que la primera línea, con cada soldado, puesta una rodilla en tierra, la cabeza recogida tras su escudo, que también descansaba en tierra, y la lanza, bien afianzada en el terreno, hacía sobresalir su arma entre su escudo y el del compañero, muy pegado y junto, cubriendo cada cual el flanco de quien tenía a su lado. La segunda fila, puesta en pie, mantenía el cuerpo encorvado, se cubría con el escudo, que apoyaba su parte baja en la parte superior del escudo del soldado que tenía delante en primera fila, y sostenía la lanza de tal forma que pudiera sobresalir entre esos escudos. La tercera línea, también en pie, pero erguida, mantenía su escudo a continuación del que tenía delante, pero en posición más inclinada, de forma que protegía de los dardos que pudiesen llegar desde arriba, y también hacía aparecer su lanza amenazante como las dos primeras filas, de modo que toda la formación había adquirido un aspecto de puerco espín, constituyéndose en una defensa eficacísima contra todo posible ataque de la caballería.

Acto seguido, de la maleza, de entre los árboles que cubrían el barranco que tenían enfrente apareció una masa compacta de bagaudas, con su líder Tibatón al mando, que se precipitó sobre las tropas romanas, chocando salvajemente contra su primera línea.

—Que mantengan la formación —dijo Aecio, que seguía desafiante sobre su montura, a pesar de la enorme cantidad de flechas lanzadas por el enemigo.

El ataque con dardos ahora había cesado, al estar unos u otros contendientes tan pegados que el lanzamiento de más podría perjudicar a las propias fuerzas en combate.

—¡Mantened la formación! ¡Mantened la formación! —ordenó Veronio—. ¡Filas de atrás, en pie! —añadió.

Los soldados abandonaron la formación en testudo y se irguieron sobre su posición.

—¡Lanzad jabalinas! —volvió a ordenar.

Los venablos comenzaron a caer sobre la fuerza atacante produciendo considerables bajas.

Poco a poco la lucha se fue volviendo encarnizada y agotadora. El ejército romano no tenía espacio para maniobrar, arrinconado entre la fuerza enemiga y el río al que algunos comenzaban a caer, empujados

por los que estando delante cedían terreno.

Veronio se dio cuenta de que solo era cuestión de tiempo que se produjese una derrota catastrófica, en el momento en el que el cansancio fuese haciendo mella en los soldados y fuesen agotando sus fuerzas, al ser superados en número por los atacantes. No llegaba a entender cómo un general con la experiencia y los conocimientos de Flavio Aecio se había dejado coger en una trampa tan evidente. No entendía cómo había podido cometer semejante torpeza que podía costar la vida a todos.

Más de dos horas se mantuvo el combate con un grado de fiereza inimaginable, en el que las primeras filas tenían que luchar procurando no pisar los cadáveres de los que ya habían caído o los cuerpos de los heridos que aún no habían sido rematados, además de procurar no resbalar con la sangre derramada, que se había mezclado con la tierra, produciendo un fango peligroso, infernal y maloliente.

—¡Empujad! ¡Empujad! No perdáis la formación —ordenaba Veronio, una y otra vez, mientras él mismo daba ejemplo, empujando sobre el adversario con su escudo, e introduciendo estocadas entre el muro de escudos sobre el enemigo.

Lo cierto es que la línea empezaba a ceder en ciertos puntos y corría peligro de romperse, cuando del bosque surgió una fuerza de caballería que comenzó a extenderse a espaldas de los atacantes a todo galope, lanzándoles flechas sin parar.

Era el cuerpo de caballería huna comandado por Marco Lupo Serrato y Optila que al fin llegaba.

Estos habían sido conducidos por un lugareño que, fiel a Aecio, conocía un sendero oculto por la maleza que permitía pasar de una parte a otra de aquellos barrancos boscosos.

Ahora eran los bagaudas los que resultaban víctimas de la emboscada.

Aecio cruzó una mirada cómplice con Traustila y ambos sonrieron.

Los hunos cabalgaban a toda velocidad y con la pericia que les caracterizaba, lanzaban flechas contra el enemigo a una velocidad difícil de creer. Entre los sorprendidos bagaudas cundió el pánico y cedió la presión sobre el ejército romano.

—¡Al ataque…! —gritó Aecio con todas sus fuerzas.

Veronio, que estaba comprendiendo lo ocurrido, miró hacia la posición que ocupaba el general.

—«¡Qué cabrón!» —pensó—. «Es el puto genio de siempre».

La carnicería se convirtió en masacre en muy poco tiempo y el enemigo fue exterminado sin piedad.

Un grupo de legionarios se acercó al general, trayendo a rastras a

uno de los prisioneros.

—*Magister* —dijo el suboficial que los acompañaba—. Hemos cogido a Tibatón —dijo cuadrándose ante Aecio.

El general inclinó el torso sobre su montura apoyando el codo en el muslo y manteniendo las riendas en la mano. Miró al prisionero con detenimiento, no sin un gesto de desprecio.

—¿Eres Tibatón? ¿Eres el jefe de esta chusma? —preguntó el general al rebelde vencido.

—Lo soy —respondió el ensangrentado y maltrecho caído—. Y tú eres Flavio Aecio, que se cree mejor que estos a los que llamas chusma. No eres más que un lacayo de tus amos que acabarán contigo cuando no te necesiten. Esos que no siempre podrán vivir a costa de los más débiles explotándolos y esclavizándolos para mantener sus privilegios.

Aecio se quedó mirando al prisionero con una mezcla de desdén y secreta admiración por su valentía en un momento como aquel.

—Cortadle la cabeza —ordenó—. No dejéis a ninguno vivo.

—¿No hacemos prisioneros? —preguntó Traustila.

—No, a esta gentuza hay que exterminarla —fue la respuesta.

Ese era el destino que Roma reservaba para aquella masa de campesinos sin propiedad, obreros agrícolas que no eran colonos de los grandes *honestiores*, ni tampoco esclavos. De esa masa también formaban parte desertores de las legiones, esclavos fugados, libertos y otros elementos urbanos marginados, y todos aquellos que deseaban escapar al orden romano que en los últimos tiempos solo les reservaba la miseria, la opresión de los agentes fiscales o de los reclutadores imperiales. No había opción para los humildes más que someterse, y los bagaudas habían decidido huir y enfrentarse a un sistema en el que solo encontraban explotación y miseria.

Terminado el combate, Lupo se acercó a Aecio.

—Buena carga, Marco Lupo —le dijo este al verlo.

—Ha sido un honor comandar esta fuerza —respondió.

—¿Ves? La clave no estaba en encontrarlos, sino en que ellos quisieran dar con nosotros —dijo el general.

Lupo afirmó con la cabeza, mientras esbozaba una sonrisa y mantenía una mirada llena de admiración hacia su general en jefe.

Solucionado el problema de los bagaudas en la Galia, Aecio no perdió un instante en dirigirse hacia Rávena con objeto de acompañar a Valentiniano III, y a los más destacados miembros del Imperio a Constantinopla, donde se iba a celebrar la boda del emperador de Occidente con Licinia Eudoxia, hija de su primo hermano Teodosio II, el emperador de Oriente.

CAPÍTULO X

Conspiración en Cartago

A. D. 438
1191 Ab urbe condita

Tras pasar el invierno en Tesalónica, los recién casados regresaron a Rávena. La flota hizo una entrada en el gran puerto de aquella ciudad que resultó memorable. El pueblo enfervorecido se había agolpado en los muelles vitoreando a los soberanos, que se presentaron en su nave insignia engalanada con una vela mayor en la que se habían bordado las efigies de ambos. Les recibió con todo boato Gala Placidia, que durante su ausencia había permanecido al frente del Estado, siendo esta la última intervención oficial que tuvo como regente del Imperio.

La boda en Tesalónica había resultado fastuosa, como no podía ser menos, al tratarse de la unión del emperador de Occidente con la hija del emperador de Oriente, de la que se esperaba nacieran los herederos de ambos imperios. Había sido oficiada por el patriarca de la ciudad en la bellísima basílica, por sus inigualables mosaicos y pinturas, de San Demetrio, engalanada para la ocasión. A la ceremonia siguió un banquete, celebrado en el palacio imperial, al que acudieron los personajes de mayor relevancia de ambos imperios.

Se iniciaba una nueva etapa, pues con la boda de ValentinianoIII, ya con dieciocho años, la regencia de Elia Gala Placidia llegaba a su fin. No es que la emperatriz estuviese dispuesta a perder su influencia ni a renunciar al poder, pero evidentemente, su papel institucional la obligaba a quedar en un segundo plano.

Los recién casados ocuparon el palacio de Ad Laureata, que se había mandado construir como residencia independiente del palacio de Honorio que seguiría ocupado por la madre y la hermana de Valentiniano.

Se pretendía con esta boda iniciar una era de concordia entre ambos imperios, que se vio materializada en su aspecto jurídico con el llamado Código Teodosiano, una magna obra, que se aplicaría en ambas partes del Imperio.

Mientras estuvo en Tesalónica, con motivo de los esponsales regios, Flavio Aecio tuvo la oportunidad de conversar con el *magister militum* del Imperio romano de Oriente, el patricio Flavio Ardabur Aspar, y pudo conocer a uno de los hombres de su confianza, Flavio Marciano, que controlaba los servicios secretos imperiales.

Aspar y Aecio habían sido, más que rivales, enemigos, pues aquel se había adelantado al ejército que este había reclutado entre los hunos, en apoyo del emperador Juan, tomando Rávena, con la ayuda de un ángel, según se dijo, que le indicó un camino favorable entre las ciénagas de los pantanos que rodeaban la capital, convirtiendo en inútil el esfuerzo realizado por Aecio en favor del emperador caído y otorgando el trono de Occidente a Valentiniano III.

El general recordaba la conversación mantenida entonces, pues no hacía más que darle vueltas a la actitud que Atila pudiera adoptar con una y otra parte del Imperio, cuando finalizase la campaña de la que tenía noticias que estaba desarrollando con éxito por todo el norte de Europa, venciendo a germanos, eslavos, sometiendo zonas entre el Rin y el Óder, y extendiéndose hasta las islas del mar Báltico.

Si la campaña terminaba con éxito, y nada parecía presagiar algo distinto, Atila consolidaría un imperio en el centro de Europa que abarcaría desde el Báltico al mar Caspio. Esto haría que, si ya de por sí los hunos resultaban un enemigo temible, ahora podían serlo en un grado difícil de prever.

—Constantinopla siempre ha mantenido buenas relaciones con los hunos —le había comentado Aspar—. Nunca hemos tenido problemas ni con Munzuc, ni en los últimos tiempos con Rugila.

—Ese entendimiento no creo que haya estado basado solo en la buena voluntad y las buenas intenciones ¿verdad? —había respondido Aecio.

—Efectivamente, llevas razón, mientras Rugila ha estado reinando, la corte le ha hecho llegar cada año ciento cincuenta libras de oro a cambio de que protejan las fronteras de Panonia.

—«A cambio de proteger las fronteras de Panonia de ellos mismos» —pensó Aecio, que guardó silencio, evitando realizar un comentario que a todas luces resultaría impertinente y hasta cierto punto humillante.

—En todo caso, te informo que hemos dejado de enviar esa cantidad, al menos hasta que la situación sucesoria se aclare definitivamente —dijo Aspar.

—Y, según lo que sabéis ¿cuál es la situación en este momento?

Aspar miró a Marciano, que se encontraba presente en la conversación, haciéndole un gesto para indicarle que podía responder

al general, como jefe de los servicios de información de Oriente.

—La situación está resultando algo confusa. Según sabemos, parece ser que Rugila murió a manos de Atila, y que este y su hermano Bleda se hicieron con el poder sin que les correspondiera —contó Marciano—. Esto mismo nos lo confirmaron los refugiados huidos de la purga hecha por los nuevos gobernantes, que especialmente se ensañaron con los hijos del difunto Rugila.

—¿Piensas que es prudente tener acogidos a esos refugiados? —preguntó Aecio, dirigiéndose a Aspar.

—Bueno…, en tanto se aclara la situación, no está de más que tengamos bajo nuestra protección a quienes pueden ser legítimos aspirantes al trono, si Atila finalmente no acaba de imponerse entre los suyos.

A Aecio le pareció que la corte de Constantinopla estaba manejando este asunto de forma más que peligrosa, y que antes o después terminaría por crear graves problemas. Si Atila acababa imponiéndose, y conociéndole como le conocía, sabía que acabaría por imponerse, haber incumplido el Tratado de Margus, suscrito tres años atrás, dejando de pagar las trescientas cincuenta libras de oro anuales comprometidas, y acoger a quienes él estaba persiguiendo por tenerlos identificados como enemigos o futuros rivales, incumpliendo lo acordado en el mismo tratado, era algo que podía devenir en tragedia.

El general se abstuvo de realizar ningún comentario, pues era conocido el apoyo que había recibido de Rugila en forma de tropas hunas, que le habían otorgado un poder militar indiscutible en Occidente y que le habían mantenido a salvo de la inquina de sus enemigos. No quería que se le malinterpretase y se considerara que cualquier cosa que pudiese decir era porque estaba de parte de los hunos, en contra de los intereses del Imperio de Oriente.

Aecio conocía muy bien a Atila, de hecho, eran amigos de juventud. El general, con diecisiete años, había conocido al príncipe huno en Roma, siendo este rehén en garantía de uno de los pactos firmados por el Imperio con su pueblo. Allí vivió Atila tres años, durante los que estudió cuanto era habitual entre las élites romanas, con las que convivió. Luego pasó un año más en Constantinopla, por lo que el joven huno acabó dominando perfectamente tanto el latín como el griego, pudiéndosele considerar como un hombre culto de la época.

Después, quiso el destino que el padre de Aecio, el general Gaudencio, lograse que Honorio firmara un acuerdo con los hunos para que estos defendieran las fronteras del Imperio de sus enemigos

godos y, en garantía de su cumplimiento, su hijo fue entregado como rehén. Pasó Aecio tres años entre los hunos, donde fue tratado como un hijo por Rugila y volvió a reencontrarse con Atila.

Los jóvenes se entrenaban, montaban, cazaban, y todo lo hacían juntos, por lo que trabaron una amistad que solo puede forjarse en esos momentos de la vida de un hombre.

Aecio acabó dominando el idioma de los hunos, sus costumbres, sus técnicas de lucha y, sobre todo, se convirtió en un arquero a caballo expertísimo. El propio Atila le ayudó a perfeccionarse entrenándolo en el secreto del disparo a galope, que no era otro que el de saber soltar la flecha justo en el momento en el que el caballo en su carrera asentaba las cuatro patas en el suelo. Ni antes, ni después, pues se trataba de evitar el momento del choque de las pezuñas contra el suelo y la vibración consiguiente en el jinete. No era nada fácil, pero él acabó por dominar la técnica.

Así que nadie como él estaba en condiciones de prever que, haber dejado de pagar las cantidades de oro comprometidas y dar cobijo a aquellos que, por la razón que fuese, Atila perseguía, constituía una decisión llena de enorme riesgo, que antes o después, generaría problemas graves.

En las aguas que daban acceso al gran puerto de Cartago, el barco mercante Nike encaraba su entrada en el mismo, maniobrando con su vela mayor, otra situada en la verga de proa y los dos timones que, en forma de remos, flanqueaban la aleta de babor y estribor a ambos lados de popa, que estaba adornada por una bella cabeza de cisne, esculpida en madera. Su quilla en el fondo de un casco redondeado para alojar las más de cien toneladas de carga, que el buque era capaz de transportar, separaba las aguas del mar, queriendo poner fin al viaje desde el puerto de Neapolis, en Italia.

A pesar de la enorme presión que ejercían los vándalos y alanos de Genserico y los radicales cambios que su presencia en el norte de África había supuesto, Cartago era la «Roma del mundo africano». Era una ciudad rica y floreciente que disponía de todas las instituciones públicas, escuelas de artes y filosofía, y el gobierno de un procónsul por su título y cónsul por su poder. En ella estaban representadas todas las magistraturas civiles. También era conocida su fama de haberse convertido en una sentina de corrupción, excesos y fornicaciones, en la que todos los vicios encontraban cabida. Según los pocos monjes que se consideraban como los únicos merecedores de recibir el calificativo de «siervos de Dios», todos los moradores de la ciudad vivían entregados a la rapacidad, la impureza, la glotonería y la borrachera.

Fausto Cornelio Sergio contemplaba la maniobra de aproximación, desde la amura de estribor. Cerca ya de la bocana, el faro situado en la entrada se iba quedando a babor de la nave, y ya se comenzaba a ver la amplia dársena que precedía al gran puerto militar que, en forma circular, apenas dejaba entrever en el fondo la columnata del pórtico en el islote central, del monumental edificio que ocupaba el almirantazgo.

Los muelles se encontraban llenos de barcos que formaban un bosque con sus velámenes oscilando suavemente sobre el agua. La actividad era incesante por parte de los esclavos y trabajadores dedicados a la estiva, que se movían cargados entre cada barco y los almacenes repletos de mercancías, o acogiendo a las que acababan de llegar, rodeados de un bullicio escandaloso formado por gritos, sonidos y ruidos de toda clase.

Fausto Cornelio había subido al barco en el puerto de Siracusa, en la isla de Sicilia, cuando el Nike, que transportaba lanas desde Italia, hizo escala en ese puerto. El romano pretendía acceder a Cartago por mar, y para ello había salido del puerto de Hippo Regius unas semanas antes. Hubiera resultado más fácil entrar desde tierra en la ciudad, pero las autoridades, mayoritariamente católicas, recelaban de todo lo que pudiera venir del vándalo Genserico, y controlaban con celo el movimiento de todos los forasteros que llegaban por tierra. La misión encomendada al viajero que se hacía pasar por comerciante debía realizarse con la máxima discreción y en secreto.

Después de desembarcar, Cornelio salió de las instalaciones portuarias, dejándolas tras de sí, para dirigirse al cardo máximo, como vía principal de la ciudad, que la transitaba de norte a sur, y que conducía hacia el foro, a donde se encaminó.

Trescientos años atrás, Cartago había sido arrasada por Publio Cornelio Escipión Emiliano. Sin embargo, su ubicación, un lugar estratégico, tanto para albergar un gran puerto comercial como militar, hizo que, si bien con dificultades y cierta controversia y no sin oposición, volviera a reconstruirse en tiempos del gran Augusto.

En la actualidad, era una gran capital del Imperio con cerca de doscientos mil habitantes, que había crecido en torno a la acrópolis situada en la cima de la colina de Byrsa, donde se construyó el fastuoso foro de la ciudad, sobre una explanada extensa, que, reforzada por sólidos muros y arquerías de contención, exhibía un conjunto de edificios administrativos, basílicas y templos verdaderamente monumentales.

La urbe se había extendido a través de calles rectas y perpendiculares a los originales cardo y decumano, que se cruzaban

en el foro, y la dividían en cuatro zonas de igual importancia.

Cuando Cornelio accedió a este, se dirigió a las columnas situadas en la esquina de la inmensa plaza, frente al edificio de la curia. Era un discreto lugar donde esperar. No tuvo que aguardar demasiado, porque alguien sabía de su llegada y estaba pendiente de ella.

—Sígueme —dijo, en voz baja y sin mirarlo, un hombre robusto, de mediana edad y con pinta de haber sido soldado en algún momento de su vida.

Cornelio siguió al desconocido. Cruzaron la explanada y salieron del foro al decumano máximo, la vía principal que cruzándose con el cardo máximo iba de este a oeste. Transitaron esta vía en dirección al gran anfiteatro de Cartago que, después del Coliseo de Roma, era el mayor y más monumental del Imperio. Era esta una zona de grandes casas señoriales. No tuvieron que andar mucho, pues al entrar en un estrecho callejón, accedieron a una gran mansión por la puerta de atrás, aquella que daba al jardín de la *domus*. En el pórtico columnado esperaba al recién llegado el mayordomo de la casa.

—¿Eres Fausto Cornelio Sergio? —preguntó, mientras el escolta que le había acompañado desaparecía discretamente sin decir palabra.

—Sí, yo soy —respondió el visitante.

—Acompáñame, por favor.

Penetraron en un no muy largo corredor que se comunicaba con el atrio principal. No llegaron a él porque, frente al triclinio, el mayordomo abrió la puerta de una estancia que resultó ser la biblioteca y el escritorio del dueño de la casa.

—Espera aquí, *domine*, si eres tan amable. Mi señor te atenderá enseguida —dijo el mayordomo retirándose.

Cornelio permaneció de pie y paseó su vista por los estantes que cubrían por completo las paredes, llenas de rollos de papiro y pergaminos, así como de *codex*, esa forma de hacer libros que poco a poco se imponía por su utilidad práctica y facilidad de uso, al poder localizar rápidamente partes del texto, que con un libro enrollado resultaba prácticamente imposible. En el *codex* se aprovechaban las dos caras de la hoja utilizada y se disponían todas consecutivamente cosidas por un lateral. Estos libros estaban en estantes aparte y apilados en posición horizontal.

Sintió curiosidad por ver qué títulos y autores formaban parte de la biblioteca, pero no tuvo tiempo para ello, porque la puerta se abrió y entró el dueño de la casa, que no venía solo.

—¡Salve! Fausto Cornelio Sergio —saludó el anfitrión—. Bienvenido a mi casa.

—¡Salve! Aurelio Fabricio Juliano —respondió Cornelio—.

También te saludo a ti, Cayo Elio Donato.

—¡Salve! Fausto Cornelio —respondió aquel que venía con Fabricio.

—Trae vino y algo para acompañarlo —ordenó este al mayordomo que se encontraba en el umbral de la puerta y le faltó tiempo para desaparecer, dando instrucciones al servicio para que trajeran lo que el amo solicitaba.

Los tres se conocían porque todos eran miembros de las grandes familias pertenecientes a la aristocracia terrateniente del norte de África.

—Me alegra verte bien. Hubo un momento en el que todos temimos por tu vida, querido Cornelio —dijo Fabricio.

—Hubo un momento en el que yo mismo temí por la vida de los míos y la mía propia. Intentamos escapar a través del puerto de Hippo Regius, pero Genserico tomó la ciudad, tras bloquear por completo el tráfico marítimo. Fue imposible huir y caímos en sus manos —respondió Cornelio.

—Parece que para ti ese hecho no ha resultado tan trágico —observó Elio, con un tono que en cierto modo sonó a reproche.

—Sí, debo de reconocer que otros no han tenido mi suerte. Lo que me salvó y ha salvado a mi familia y gran parte de mis propiedades es el hecho de ser arriano, como el propio Genserico —dijo Cornelio, tratando de no tomarse a mal el comentario que acababa de escuchar.

El dueño de la casa era uno de los hombres más ricos del norte de África y miembro de la curia de la ciudad. La invasión de Genserico le había hecho perder gran parte de su patrimonio, pues muchas de sus inmensas fincas habían quedado en la zona ocupada por el rey vándalo, situación que se había convertido en definitiva tras el último tratado firmado con este por Valentiniano III.

Por su parte Cayo Elio Donato era el *paefectus urbis* de la ciudad y había sufrido pérdidas equiparables a las de Fabricio y por las mismas causas.

—¿Cómo es la vida sometido a la soberanía de un rey bárbaro como Genserico? —preguntó Cayo Elio, procurando mantener un tono que no ofendiese a su interlocutor.

En ese momento irrumpió el mayordomo, seguido por dos criados que traían una jarra de vino de Bizerta endulzado con miel y rebajado con agua, tres copas de plata y una bandeja con frutos secos y dátiles.

—Retiraos —ordenó el dueño de la casa al mayordomo que se había quedado en un discreto rincón con un esclavo preparado para escanciar el *mulsum* de la jarra.

Cornelio esperó a que la puerta se cerrara para continuar la

conversación, mientras Aurelio Fabricio se ponía en pie para llenar las copas.

—Te voy a contestar, Elio, con mucho gusto, pero quiero que tengas en cuenta que no he sido yo quien ha tomado voluntariamente la decisión de que las cosas sean así. Si mi familia y yo caímos en manos de los vándalos fue como consecuencia de la pésima política llevada a cabo por la corte de Rávena y, sobre todo, por el egoísmo de los dirigentes que hemos tenido que padecer desde hace años —respondió Cornelio, procurando mantener un tono de voz agradable.

—Estoy seguro de que Elio no ha hecho la pregunta con ánimo de molestarte —terció Fabricio.

—Así es, querido amigo, solo he pretendido satisfacer mi curiosidad —dijo Cayo Elio.

—Genserico tiene unas normas muy sencillas y claras: o estás con él, o estás muerto. Así que, si estas vivo todo te va bien. Yo no me quejo, porque he salvado mi vida y la de mi familia, además de un patrimonio que me permite vivir con holgura y en paz. Me mantiene cerca como consejero y eso, aunque no me da poder, sí que me hace ser un hombre influyente.

—Pero no deja de ser un bárbaro —dijo Fabricio.

—Es un bárbaro, pero no es tonto. Tanto él como los jefes vándalos y alanos que le siguen aprecian las ventajas de nuestra civilización y están tan romanizados que os sorprendería hasta donde siguen nuestras costumbres en su vida cotidiana. Genserico es bárbaro por su procedencia, pero es un hombre cuya cultura os sorprendería, además de ser inteligentísimo y un gran líder para su pueblo —concluyó Cornelio.

—No sé qué decirte —dijo Elio tras beber de su copa—. No me veo viviendo bajo el dominio de un bárbaro.

—Entonces ve pensando en irte porque Cartago va a ser tomada antes o después por Genserico y, si la toma por la fuerza, tú y tu familia lo perderéis todo, incluso la vida, si no tenéis tiempo de huir.

—Rávena no dejará que eso ocurra —dijo Fabricio.

—Perdona que te contradiga, pero la corte ya os ha abandonado. Ya nos abandonó a todos cuando Elia Gala Placidia se dedicó a enfrentar a Félix con Bonifacio, y a los dos con Aecio, sin pensar en las consecuencias, que no fueron otras que traer al norte de África a Genserico con sus vándalos y alanos, como hizo Bonifacio para que le ayudaran a preservar sus ambiciones personales —Cornelio hizo una pausa para dejar que ambos asimilaran lo que acababa de decir y dio un largo trago a su copa—. ¿De verdad pensáis que Valentiniano os va a ayudar? Pensad un momento: ¿con qué guarnición contáis? No, no

digáis nada. Sé la respuesta: apenas con la justa para defender las murallas.

—Más que suficiente. ¿No crees? Nuestras sólidas murallas son inexpugnables para los vándalos —dijo Fabricio.

—Ya no. Genserico ha pactado con Atila, y este le ha enviado especialistas en la construcción de máquinas de asedio, técnica con la que el jefe huno ya cuenta.

—Entiendo que has venido para hacernos una propuesta —dijo Elio.

—Es correcto. Os traigo una propuesta de parte del propio Genserico —dijo Cornelio.

—Te escuchamos con atención. Habla —dijo Fabricio.

—La propuesta es muy sencilla: si lográis entregar la ciudad sin necesidad de que haya que utilizar violencia o fuerza, todo el que colabore conservará sus propiedades y podrá vivir en paz y seguro —afirmó Cornelio—. Además, la ciudad no sería saqueada ni destruida —añadió.

—Pero eso sería traición —dijo Elio elevando el tono de voz.

—¿Traición a quién? ¿A un emperador indolente, débil y corrupto, escondido en Rávena o Roma, a quién lo único que interesa de Cartago son los tributos que puede obtener para atender sus vicios? ¿Al *magister militum utriusque militae* de Occidente, Aecio, cuyas ambiciones de poder le llevaron a enfrentarse con Bonifacio, cuando era *comes Africae*, y provocaron la invasión de Genserico? Por cierto, que no se ha ocupado de nosotros desde que logró acabar con aquel —concluyó rotundo Cornelio.

—Sigo sin ver la ventaja. No creo que me sintiera seguro por mí y por los míos, bajo el dominio de Genserico —apostilló Elio.

—No me digas, Cayo Elio Donato, que ahora te sientes seguro viviendo en Cartago, donde la camarilla del obispo católico Quodvultdeus, que es la única que prospera, se encuentra en permanente conflicto con donatistas, arrianos y paganos, que están permanentemente perseguidos y marginados. Yo sé que ambos os dejáis llevar por lo que más conviene en este momento y os declaráis católicos, pero no estáis nada convencidos. Esto os creará graves problemas en algún momento.

—Veo que estás bien informado —dijo Fabricio.

—No soy yo el que está bien informado, sino Genserico, que cuenta con más gente dentro de la ciudad de lo que podéis imaginar.

—No sé. Tengo que meditar sobre lo que nos dices —dijo Fabricio—. Es muy fácil hablar de entregar la ciudad, pero ¿cómo hacerlo? No lo veo tan claro.

—No es nada difícil. Tú eres uno de los hombres más relevantes de la urbe. Tu influencia en la curia es decisiva. No creo que te costase demasiado conseguir adhesiones entre los curiales paganos, secretamente donatistas, o arrianos. Tampoco te sería difícil obtener el apoyo de los senadores de Roma que se encuentren en la ciudad y que hayan perdido sus tierras, si les prometes que podrán recuperarlas, porque sin duda están resentidos con Rávena a la que consideran culpable de esa pérdida. Piensa además en la cantidad de pequeños y medianos propietarios locales, comerciantes y artesanos, todos ellos quejosos por las insoportables cargas fiscales y la escasa atención que les presta el gobierno imperial. Todos ellos ven en la facción católica a pecaminosos colaboradores de una corte lejana y corrompida que oprime a los más necesitados. No, amigo no, no tendría que resultarte tan difícil.

Se hizo un silencio en el que los presentes, al oír a Cornelio, parecían haber quedado sobrecogidos y sin palabras.

Lo que no había dicho Fausto Cornelio es que los católicos se encontraban también divididos, y la crisis que produjo el avance de Genserico hacia Cartago no hizo otra cosa que exacerbar esas diferencias. El obispo de la ciudad, Quodvultdeus, sostenía la idea de que las calamidades que estaban padeciendo no eran sino el justo castigo por los pecados cometidos por sus habitantes, e instaba a los fieles al arrepentimiento y a la penitencia, pues todos eran culpables de tolerancia con el pecado, al consentir los espectáculos, la lujuria y la blasfemia, conminando a los suyos a mantenerse fuertes frente a los enemigos de la verdadera fe, que no eran otros que los círculos aristocráticos paganos, que habían obtenido permiso de las autoridades para celebrar de noche los ritos en honor a los dioses protectores de la ciudad, y los arrianos que compartían su fe con los jefes bárbaros, vándalos y alanos.

—Bien, supongamos que logramos el apoyo de un número suficiente dispuesto a lo que nos pides. ¿Cómo se podría entregar la ciudad sin que hubiese resistencia y, por tanto, lucha? —preguntó Elio.

—Ese es el papel que te corresponde hacer a ti, Cayo Elio. Tú como *praefectus urbis* estás al mando de las fuerzas de guarnición que tendrían que defender la muralla. Bastaría que, en un día de fiesta, cuando todo el mundo estuviera en el circo entusiasmado con las carreras, la puerta norte de la muralla permaneciese abierta.

CAPÍTULO XI

Genserico conquista Cartago

A. D. 439
1192 Ab urbe condita

No había transcurrido el primer mes del año, cuando ya empezaron a percibirse los primeros signos de que Genserico quería romper el pacto firmado con Rávena cuatro años antes, al aumentar la presión mediante continuas incursiones sobre la provincia protoconsular, que, si bien no eran de por sí devastadoras, sí que producían dificultades en el comercio con la capital y un grave desabastecimiento, que dio lugar a que los alimentos escasearan y a que los precios subieran.

La primitiva idea de mejorar las condiciones de aquel acuerdo había cambiado en la mente de Genserico, que ahora lo quería todo. Lo que significaba que quería Cartago y el norte de África por completo.

Con esta presión sobre el territorio pretendía agudizar las contradicciones internas dentro de la ciudad, procurando que las distintas facciones se enfrentaran y los partidarios de entregar pacíficamente la urbe fuesen cada vez más numerosos.

A estas alturas no eran pocos los grupos que secretamente estaban a favor de Genserico, dentro de los límites de las murallas. Los arrianos lo apoyaban por compartir su fe y ver en él una promesa de liberación, los paganos también lo apoyaban por el odio que en ellos despertaba la política de los cristianos ortodoxos, encabezados por el obispo católico Quodvultdeus, quien, siendo un fiel servidor de la corte de Rávena, llevaba a cabo una política de feroz persecución contra todos aquellos a los que consideraba como herejes.

Pero es que, además, el rey vándalo contaba con el apoyo de los tres grupos principales que dominaban los bajos fondos. Verdaderamente, desde muy antiguo, Cartago podía ser considerada como una de las capitales del vicio del Mediterráneo. Moralistas tanto paganos como cristianos no se cansaban de advertir sobre las costumbres degeneradas de esta ciudad. No se trataba ya de que la

prostitución, tanto masculina como femenina, fuese legal y pagara sus impuestos, sino que el divorcio, tan poco admitido por los cristianos, el concubinato y la actividad homosexual formaban parte de la vida cotidiana y eran prácticas admitidas con la mayor naturalidad. Para cualquier persona dotada de una mínima sensibilidad moral, resultaba escandaloso el uso y abuso sexual que todo el que tenía poder ejercía sobre esclavos, libertos y clientes. Algunos barrios destacaban por sus sórdidas callejuelas y plazas, con sus viejos, insalubres y sucios lupanares, donde prostitutas de ínfima categoría ejercían su oficio. Las mismas relaciones homosexuales eran consideradas como una muestra de virilidad, siempre y cuando la práctica entre dos varones se materializase con el sometimiento de un joven esclavo o prostituto por un varón adulto y libre.

Esos bajos fondos estaban controlados por una asociación criminal de visigodos, que, siendo arrianos, veían en Genserico a un líder natural. Otra asociación estaba formada por bereberes, que se sentían felices con el hecho de que Genserico hubiese expropiado a las élites romanas terratenientes, que, según ellos, se habían apoderado de las tierras que solo a su pueblo pertenecían originariamente, además de haber honrado a numerosos guerreros bereberes, al otorgarles rangos y beneficios que normalmente solía reservar solo para sus más destacados jefes vándalos y alanos. Y, por último, la asociación criminal formada por alanos sencillamente veía en él a su rey. A todos perjudicaba la actual situación, pues al disminuir el comercio, aumentaba la pobreza y eso perjudicaba el negocio.

Bien podía decirse que la labor del curial Aurelio Fabricio Juliano y el *praefectus urbis*, Cayo Elio Donato, estaba produciendo sus frutos, porque incluso la facción más leal al emperador se sentía abandonada por la corte, ya que una y otra vez pedían que se reforzara la fuerza militar presente, sin lograr nada en concreto. La verdad es que unos y otros se sentían abandonados a su suerte por Rávena. Parecía que al emperador lo único que le importaba eran los suministros de grano y aceite que pudiera obtener y los tributos que, tan abusivos como insoportables, pudiera esquilmar.

En la corte de Rávena, Elia Gala Placidia paseaba con su hijo, el emperador, bajo los pórticos de uno de los suntuosos jardines que adornaban el nuevo palacio imperial, que Valentiniano había mandado construir como residencia para él y su esposa, Licinia Eudoxia, que se encontraba en estado de buena esperanza.

Quedaban aún algunas semanas para el comienzo de la primavera, pero el día era soleado e invitaba a salir al jardín, donde poder disfrutar de aire fresco entre plantas de las más variadas especies que

pueda imaginarse. El rumor del agua que salía de los surtidores situados en el medio y a lo largo del estanque, en el centro del jardín, producía un efecto sonoro placentero y sedante.

—La derrota de los godos en Mons Columbrarius por Aecio y el hecho de que Litorio tenga bajo asedio a Teodorico en su sede de Tolosa nos ha devuelto el control sobre la Galia —dijo Valentiniano.

—Sí, y a Flavio Merobaudes le ha faltado tiempo para escribirle a su amigo un panegírico ponderando su victoria —respondió Placidia.

—Es innegable que Merobaudes es un leal general y un extraordinario poeta.

—Leal sobre todo a Aecio —comentó Placidia con cierta inquina—. ¿Sabes qué mote le han puesto?

—No madre, pero estoy seguro de que tú me vas a informar —dijo el emperador con cierta ironía.

—Le llaman el Poeta Exterminador.

—No me parece mal, ni siquiera me parece mal que efectivamente lo sea, siempre que actúe a nuestro servicio.

—Parece que esto nos puede dar un cierto respiro —dijo Placidia—. Me informan de que Atila, tras pacificar los distintos territorios que controla al otro lado del Rin y del Danubio, se ha enzarzado en un conflicto con el sasánida Yazdegerd II, así que, por el momento, no va a ocasionarnos problemas.

—Es una pena que no dispongamos de más ingresos, porque sería el momento de intentar recuperar Britania —dijo Valentiniano.

Placidia le miró, preguntándose si su hijo no estaba en las nubes. Los tiempos del emperador Claudio habían pasado y recuperar aquella provincia, abandonada desde hacía treinta años, resultaba en aquel momento un sueño imposible.

—También me han llegado informes del norte de África. Parece que Genserico está hostigando las tierras de frontera.

—Algo pretenderá obtener —dijo el emperador.

—Mejorar las condiciones del tratado suscrito, seguro. Nos ha chantajeado siempre que ha podido.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Nada —dijo tajante Placidia—. Esta vez no vamos a ceder. En algún momento tendremos que hacernos valer y no pasar por lo que ese bárbaro engreído quiera.

—Deberíamos entonces enviar fuerzas que aumenten la guarnición de Cartago.

—No creo que sea necesario —dijo ella—. Las murallas son sólidas y le resultarán inexpugnables. Sencillamente, Genserico no puede tomar Cartago y, si lo intenta, vamos a contar con la colaboración de

Constantinopla.

En julio, Licinia Eudoxia dio a luz una niña a la que se le puso por nombre Eudocia, en honor a su abuela, la emperatriz esposa de Teodosio II, y la nueva madre recibió el título de augusta.

En la Galia, Teodorico había intentado llegar a un acuerdo con Litorio, contando con la mediación de un grupo de obispos católicos locales. El general, que era pagano, no aceptó confiado en las predicciones de sus arúspices, que le eran favorables. Quería para sí la gloria de una contundente victoria militar. Tras unos pequeños éxitos iniciales, finalmente cayó derrotado ante los godos y hecho prisionero. El rey godo ordenó que se le dejara morir de hambre.

Aecio entonces tuvo que partir precipitadamente hacia la Galia para iniciar una nueva campaña.

En África, muy cerca de la costa, al norte, en el campamento de vándalos y alanos, situado junto al límite de la provincia protoconsular de Cartago, Genserico había reunido a los principales jefes de uno y otro pueblo. Junto al rey se encontraba su fiel Gerón, el esclavo que se había traído de Roma, cuando realizó la incursión por la que rescató a su hijo Hunerico de manos de los romanos, hacía tres años. El ahora liberado esclavo se había convertido en la sombra del líder vándalo y en su principal guardaespaldas. Se había sabido ganar la confianza de Genserico. Había demostrado tal entrega y discreción que, tras recibir una sólida instrucción militar, acompañaba al rey, incluso en este tipo de reuniones, cuyo contenido debía de guardarse en secreto

—Mañana es el día —dijo dirigiéndose a los reunidos, en pie, alrededor de una mesa donde estaba extendido un plano grande de la urbe, sus murallas y las puertas de acceso—. Vamos a realizar el plan de modo que no se produzca ningún tipo de alarma dentro de la ciudad, hasta que la tengamos dominada por completo.

—¿Cómo puede lograrse su control sin que se produzca una reacción de la guarnición y sin que la gente lo perciba? —preguntó Hildemaro.

—Escuchad atentamente el plan —dijo Genserico, conminando a todos con su mirada a que pusieran atención y escuchasen antes de preguntar—. A primera hora un grupo de cincuenta jinetes se aproximará a la puerta norte de la muralla, la que se abre al cardo máximo, y asegurará la misma en nuestras manos.

—¿Y no reaccionará la guardia cerrando las puertas, antes de que los nuestros puedan siquiera aproximarse? —preguntó Frederico.

—La guardia estará bajo el mando directo del *praefectus urbis* Cayo Elio Donato, que está con nosotros —respondió Fausto Cornelio

Sergio, que también asistía a la reunión.

—Estos primeros jinetes tendrán la misión de asegurar nuestro dominio de la puerta norte —explicó Genserico, tomando de nuevo la palabra—. Cuando ya estén dentro de las murallas se aproximará otro grupo de jinetes y después otro, de modo que la zona norte quede en nuestras manos. Acto seguido, un contingente más numeroso tomará el foro, los edificios administrativos y el control de las vías principales, así como el acceso al puerto. Y mientras nuestra flota establece el bloqueo de este, yo mismo, al mando del grueso del ejército, penetraré en la ciudad.

—¿Pero y la gente? ¿Qué hacemos con la gente? Se desatará el pánico y tendremos que actuar —dijo Runar.

—La gente estará en el circo asistiendo a las carreras de carros. Mañana es día de fiesta, y tú, Safas, introducirás a los tuyos, de manera que se vayan situando a lo largo de la pared de la parte superior de las gradas. Nadie podrá moverse ni salir de allí hasta que la ciudad se encuentre tomada —dijo el rey vándalo.

—Por fuerza, con alguna oposición nos tenemos que encontrar —dijo Hadulfo.

—Si algún militar intenta hacer algo, seguramente será neutralizado por la propia guarnición que ya he explicado que está de nuestra parte —dijo Fausto Cornelio.

—A cualquiera que se oponga lo liquidáis —dijo Genserico terminante.

—Nuestros hombres querrán saquear la ciudad —dijo Lotardo.

—He prometido que no voy a destruir la ciudad. Es más, tengo decidido convertirla en nuestra capital, así que no voy a consentir destrozos incontrolados, pero permitiré que la zona norte, esa sentina de vicio y corrupción que es el barrio de Coelestis, sea saqueado por nuestros hombres, pero no antes de que la ciudad se haya rendido por completo y esté en nuestras manos —dijo Genserico, que una de las cosas que tenía pensado hacer era prohibir la prostitución y las prácticas homosexuales en Cartago—. Que nadie piense que va a dejar de recibir su parte en el botín, porque todas las propiedades de quienes no nos hayan apoyado serán requisadas y repartidas —concluyó.

El 19 de octubre, ante *diem XIV ad kalendas novembres*, tenía lugar la fiesta que celebraba la clausura de la temporada anual de las campañas militares. En el *armilustrium*, que así se llamaba, se purificaban las armas para eliminar cualquier impureza que pudiera derivarse del contacto con la sangre del enemigo. En tiempos pasados los sacerdotes salios participaban en ritos y bailes en honor del dios

Marte. Ahora, la fiesta se mantenía por tradición, pero lo que se oficiaba era una ceremonia religiosa cristiana en la que se encomendaba a los soldados y al ejército a la providencia divina. Tras esta ceremonia, el pueblo de Cartago abarrotaba el circo para presenciar las carreras de cuadrigas que seguían apasionando a pobres y ricos, a cultos y necios, y que nadie quería perderse. Las gradas del gran edificio estaban a rebosar y todos aullaban animando a su equipo: verdes, azules, rojos o blancos, mientras cruzaban apuestas, jugándose lo que no tenían.

—¡Centenario de guardia…! ¡Centenario de guardia…! ¡Alerta! —gritó el soldado de puesto desde el adarve de la puerta principal norte de la muralla.

—¿Qué ocurre? —dijo el centenario a cargo, subiendo rápidamente a donde se encontraba el vigilante.

—Se acerca una fuerza armada, *domine*.

El suboficial se puso la mano derecha en un lado de la cara para cubrirse del sol, que desde el este le daba en los ojos.

—Son como cincuenta de a caballo —insistió el soldado, orgulloso de su buen cálculo—. ¿Cerramos el portón? —preguntó.

—No, no hace falta, estamos avisados de la llegada de un grupo de mercenarios contratados por la ciudad. Tranquilo, soldado, y sigue en tu puesto —dijo el centenario.

Tras este primer grupo, fueron llegando otros más que se distribuyeron a lo largo de la muralla, asegurando el control del perímetro. Llegó después una fuerza más numerosa que se hizo con el dominio del foro y las principales vías de la ciudad. Tal y como estaba previsto, discretamente, una fuerza armada se fue introduciendo en el circo de forma que, pegados al muro del fondo de las gradas, apenas se hizo notar. El gentío, absorto en las carreras que presenciaba, no reparó en la presencia de aquellos soldados, que fueron tomados por fuerzas auxiliares que seguramente habían recibido permiso para asistir a las carreras en este día de fiesta.

En el túnel de acceso a la tribuna presidencial, se produjo una resistencia por parte de la guardia del procónsul que fue neutralizada violenta y cruelmente, sin que, dado el griterío, fuese percibido el tumulto por las autoridades que allí se encontraban con la atención ocupada por lo que estaba sucediendo en la arena del circo.

Safas con su escolta apareció con toda tranquilidad y paso lento, cruzando la tribuna en donde se encontraban las principales autoridades civiles, militares y religiosas de la ciudad, a las que el general vándalo hizo caso omiso, pues sin mirarlos siquiera, se dirigió directamente a la balaustrada frontal.

Solo el obispo Quodvultdeus pareció darse cuenta de que los soldados que acompañaban a Safas iban con las espadas en la mano y todas estaban manchadas de sangre.

—¡Oh, Dios mío! —dijo el obispo que a punto estuvo de desmayarse.

Algunos de los presentes volvieron violentamente la cabeza y miraron también a los soldados que se hallaban junto a sí, e intentaron levantarse de forma casi instintiva del asiento que ocupaban.

—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva de donde está! —dijo uno de ellos, mientras Safas seguía observando cuanto ocurría en la pista.

Nadie fuera de la tribuna parecía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, y el general vándalo no tuvo más remedio que esperar a que la carrera que se corría en pista finalizara.

Safas se dirigió entonces a quien presidía el acto.

—Da orden de que suenen las tubas hasta que todo el mundo se quede en silencio —le dijo.

El curial hizo lo que se le pedía y las tubas comenzaron a sonar una y otra vez, hasta que el gentío cayó en la cuenta de que algo no previsto pasaba y comenzaron a poner atención y a callarse.

—¡Ciudadanos de Cartago! —gritó Safas con todas sus fuerzas—. ¡Guardad silencio y escuchadme!

La multitud dejó de hablar y de alborotar concentrando su atención en quien les dirigía la palabra desde la tribuna.

—¡Estad todos tranquilos y que nadie se mueva del lugar en el que se encuentra! Oídme atentamente, seguid mis instrucciones y nadie recibirá daño.

El silencio en el circo se hizo sepulcral. Ahora el orador casi podía dirigirse a todos sin gritar. No obstante, el general vándalo continuó dirigiéndose a los presentes en el mismo tono en el que había comenzado.

—En este momento Cartago está en nuestro poder. La ciudad ha sido tomada por nuestras tropas —dijo.

Una exclamación de horror se hizo colectiva y se extendió un escandaloso griterío por las gradas.

—Haz sonar las tubas otra vez —ordenó Safas al curial que presidía el acto.

Algunos en las gradas superiores se pusieron en pie e intentaron acceder a los vomitorios para encontrar la salida del edificio. Lo soldados apostados allí los golpearon sin ningún miramiento, y en algunos puntos en los que se formaron grupos para intentar salir, fueron detenidos sin escrúpulos a punta de espada, quedando varios

espectadores atravesados y agonizantes.

Las tubas sonaron una y otra vez hasta lograr nuevamente que todo el mundo se callase.

—El rey Genserico es dueño de Cartago —gritó Safas desde la tribuna—. Quedaos donde estáis, hasta que se os autorice a dirigiros a vuestras casas y nada os ocurrirá. En caso contrario, seréis pasados a cuchillo.

Safas dio la espalda a la pista.

—Vosotros seguidnos —dijo dirigiéndose a los presentes completamente aterrados.

—Si alguno va armado, que entregue ahora sus armas, porque si le encontramos alguna oculta, no va a contarlo —dijo el que parecía el segundo del general vándalo.

Salieron del circo, que se encontraba al sur de la ciudad, y se dirigieron al cardo máximo, camino del foro al que llegaron tras una larga caminata. Una vez allí, los formaron junto con otras autoridades y hombres notables, que estaban esperando delante del monumental edificio de la curia.

Genserico, acompañado de sus principales jefes, el obispo arriano Godfrerico, y diez mil vándalos y alanos, que componían el grueso de su ejército, entró en Cartago a través de la puerta norte y se dirigió al foro. Sus fuerzas se diseminaron por toda la ciudad, tal y como estaba planeado, ocupando las posiciones que se les habían asignado. Entre el séquito que acompañaba al rey, se encontraba también Fausto Cornelio Sergio, a cuyas maquinaciones tanto se debía el haber llegado a este momento. A estas alturas, toda la población que no se encontraba en el circo se había encerrado en sus casas. Algunos despistados corrían aterrorizados, buscando cualquier refugio que pudieran encontrar, ante la presencia de los bárbaros.

Solo hubo un foco de resistencia de importancia en el puerto militar, pues la guarnición allí acuartelada se aprestó a defenderlo con firmeza. Se produjo un encontronazo terrible y sangriento en el que los defensores tenían todas las de perder. Las tripulaciones, al menos aquellos marineros que se encontraban presentes, trataron de sacar sus barcos al mar para ponerlos a salvo, pero no pudieron salir, porque la flota vándala tenía bloqueada la bocana. La lucha no se prolongó y quienes habían hecho frente a los atacantes fueron pasados a cuchillo sin piedad.

La comitiva llegó al foro y Genserico con sus acompañantes accedió a él, sobre sus monturas. Alineados delante de la curia, al pie de la escalera del monumental edificio, se encontraban la práctica totalidad de los curiales, miembros de la administración, autoridades

civiles, altos cargos militares y el obispo Quodvultdeus rodeado de las figuras más relevantes del clero católico de Cartago. Entre los presentes, también se encontraba el curial Aurelio Fabricio Juliano y el *praefectus urbis* Cayo Elio Donato, que tanto habían trabajado para que la ciudad fuese entregada pacíficamente.

Los que eran partidarios de Genserico lo recibieron inclinándose ante él. El resto no tuvo dudas en imitarles, conscientes de que se jugaban la vida y su fortuna en ese momento. Solo el obispo Quodvultdeus se mantuvo erguido frente al rey vándalo.

—¿Quién eres tú? —preguntó molesto Genserico.

—Soy el obispo Quodvultdeus —respondió el interpelado con entereza.

Genserico se le quedó mirando con gesto de disgusto.

—Obispo, ¿de qué religión?

—Soy el obispo católico de Cartago.

El rey vándalo le siguió mirando con gesto de fastidio.

—¿Y tiene el obispo católico de Cartago algo que decirme? —preguntó desafiante y con arrogancia Genserico.

—Te suplico que tengas clemencia con mis pastores y con los creyentes católicos —dijo el obispo, cuya entereza se iba tornando en verdadero pavor, viendo el rostro y la actitud del nuevo dueño de Cartago.

Genserico guardó silencio al percibir que el pánico se estaba apoderando de su interlocutor. Sin duda estaba disfrutando el momento y quería alargarlo.

—De modo que ahora eres tú el que pide clemencia para tus seguidores, cuando has sido el mayor instigador de las persecuciones contra los arrianos y has predicado cuanto has podido contra mí y contra mi pueblo, presentándome como un criminal, como un diablo salido del fondo del infierno y has calificado a mi pueblo como una manada de fieras salvajes —dijo Genserico irritado.

—Permítenos *domine* seguir con nuestra labor evangélica y nada de eso volverá a repetirse —dijo el obispo con poca convicción.

—Desde luego que no volverá a repetirse —dijo un Genserico evidentemente enojado—. Ya recibirás noticia de lo que decida.

Acto seguido, se quedó mirando al resto de los congregados.

—Todos vosotros os retiraréis a vuestras casas y os mantendréis allí hasta que se os indique otra cosa —el rey paseó su vista tratando de que uno por uno notara que reparaba en él—. Haréis una lista en la que queden relacionadas vuestras propiedades y tendréis a la vista todo lo que poseáis de valor. Procurad no mantener oculto nada, porque si así obráis lo perderéis todo —añadió.

Genserico y su séquito se dirigieron entonces al puerto militar, recorriendo los muelles y sobre todo los astilleros, la verdadera joya que el rey sabía que le haría poderoso en el mar, porque Cartago no solo poseía una de las flotas más importantes del Mediterráneo, sino la logística y el personal especializado para construir más barcos.

Más de cien naves de guerra perfectamente equipadas cayeron en sus manos. Estos barcos sumados a los que ya tenía le convirtieron en el dueño del Mediterráneo occidental, situándolo a tan solo tres días de navegación de las costas de Italia.

El rey desde joven había hecho por formarse y conocía la historia de Roma. En aquel momento se sintió como el dueño de un nuevo imperio cartaginés.

Lleno de satisfacción, Genserico llenó sus pulmones de aire que dejó escapar con suavidad y poco a poco.

—Esta vez, Cartago no perderá —dijo.

El Mare Nostrum había dejado de serlo. La hegemonía y el dominio absoluto del mar por parte de Roma había dejado de existir.

—Da orden de que comience el saqueo del barrio de Coelestis —dijo a uno de los suyos.

A continuación, se dirigió a la curia y ocupó el despacho que fue de Aspar y antes de Bonifacio, y emitió un edicto por el que los años comenzarían a contarse a partir de la conquista de la ciudad.

—Detén al obispo Quodvultdeus y a todo el clero católico. Mételos a todos en el barco más viejo que tengamos y remolcadlo hasta alta mar. Llevadlos bien lejos y dejadlos allí, seguro que su buen Dios católico sabrá guiarlos —ordenó.

En general, tal y como quería el nuevo amo de la ciudad, en la que pensaba situar la capital de su reino, se respetaron los edificios públicos y las iglesias, pero el templo de la Memoria, el Odeón, el gran teatro y los edificios construidos a lo largo de la vía Coelestis, dedicada a la prostitución, fueron reducidos a cenizas. Las prostitutas sufrieron amargamente aquel pillaje, pues todas fueron salvajemente violadas hasta la extenuación y posteriormente asesinadas sin piedad, como prácticamente todos los habitantes del barrio, tuvieran o no que ver con el vicio que tanto detestaba Genserico.

CAPÍTULO XII

Atila

A. D. 440
1193 Ab urbe condita

Atila, que había decidido que su título regio debía ser el de emperador de los hunos, para poder tratar de tú a tú con los emperadores de Roma, despachaba sus asuntos cotidianos con su secretario más cercano y hombre de total confianza, Edeco, que perteneciente al pueblo turingio, estaba muy bien situado en la corte del rey huno, no solo por la confianza que este tenía depositada en él, sino porque además se había casado con una escita de estirpe regia.

Estaban terminando de ver los asuntos más urgentes o de mayor interés y era el momento de comentar otros de menor importancia.

—Uno de los jefes del norte ha pedido ser recibido por ti en persona —dijo Edeco.

—¿Quién es? —preguntó Atila.

—Su nombre es Uldak.

Atila pareció que quería hacer memoria.

—Sí, sé quién es, y me es leal. ¿Qué quiere?

—No lo dice, pero insiste en ser recibido —dijo el secretario.

—Bien, recíbelo tú y que te diga lo que tenga que decir.

—Insiste en que debe ser recibido solo por tu persona, dado que se trata de un asunto extraordinario, de excepcional importancia, que solo tú sabrás valorar y que te beneficia especialmente. Quiere darte una sorpresa que nunca esperarías.

—¡Qué tontería! Una sorpresa —dijo Atila pensativo y, por qué no decirlo algo intrigado, aunque también molesto por lo que parecía un jueguecito fuera de lugar.

—¿Le concedo la audiencia que pide? —preguntó Edeco.

—Está bien —dijo Atila haciendo un gesto con la mano como desistiendo de prestar más atención al asunto.

Apenas unas semanas antes, al norte, en lo más profundo de las llanuras de lo que fue la Dacia conquistada por el emperador Trajano,

casi a los pies de los Cárpatos, Agir, un jovencito de doce años, se esmeraba en la vigilancia y cuidado del ganado, propiedad de la familia, que pastaba sosegadamente en el prado. Pundonoroso y lleno de amor propio, quería demostrar a su abuelo, que descansaba a la sombra de un abedul, descabezando un sueño, que era capaz de velar él solo por la seguridad del ganado a su cuidado.

Algo llamó su atención en una de las vacas que comenzó a apartarse cojeando del lugar donde pastaba, al pie de varios árboles y entre abrojos. El niño se sintió horrorizado de que algo hubiese dañado al animal y salió corriendo hacia donde se encontraba. La vaca apenas podía apoyar la pezuña en el suelo, porque por encima de ella presentaba una herida de la que manaba no poca sangre.

Abrumado y sintiéndose de alguna manera culpable, el niño corrió hacia donde su abuelo dormía.

—¡Abuelo! ¡Abuelo…! —gritaba el niño.

El pobre anciano se despertó sobresaltado y como pudo se desperezó y se puso en pie, a la vez que su nieto paraba su carrera dándose un encontronazo con él, de forma que por poco le hace caer al suelo.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre?

—Es…, es… —trataba de decir entre jadeos mientras intentaba introducir aire en sus pulmones para recuperar el resuello, a la vez que señalaba en dirección a la vaca herida.

—Cálmate, Agir, cálmate y dime qué ocurre.

El niño continuaba jadeando y señalando, así que el viejo cogió a su nieto por el brazo y se dirigió hacia donde este señalaba.

Conforme se fue acercando, se dio cuenta de que la vaca cojeaba y al acercarse pudo ver la herida en su pata. Su primera reacción fue levantar la vista y mirar a su alrededor para comprobar que en aquel lugar no había nadie más. Luego reparó en el rastro que había dejado el reguero de sangre y lo siguió hasta situarse bajo un pequeño grupo de árboles, y se puso a rebuscar entre los abrojos del suelo. Apartó algunas hojas y ramas, y a punto estuvo de cortarse él también, porque del suelo sobresalía verticalmente el filo de una espada.

El anciano abrió desmesuradamente los ojos y apartó ambas manos de aquel objeto, quedando petrificado. Estuvo así un buen rato, incapaz de articular palabra, y sin poder creer lo que estaba viendo.

—Abuelo ¿qué pasa? —preguntó el muchacho.

Existía una tradición muy extendida y popular, que se hundía en la noche de los tiempos, no solo entre el pueblo huno, sino entre godos, sármatas, alanos, escitas y otros pueblos, incluido el romano, por la que se contaba que el dios de la guerra, en una era remota, había

perdido su espada y esta había quedado enterrada, esperando a ser encontrada por el hombre que estaba destinado a dominar el mundo. Los hunos se referían a ella como la espada de los espíritus, mientras otros pueblos la llamaban la espada del dios de la guerra, la espada de dios, o pensaban que era la materialización del dios mismo. Los romanos la llamaban la espada de Marte.

El abuelo, preso de un estado de ansiedad inaudito, cubrió la parte sobresaliente de la espada con abundante follaje para dejarla completamente oculta y corrió a presencia del jefe de su tribu, Uldak, quien, en principio, no estaba por recibir a un simple pastor, pero ante su insistencia, y no sin una seria advertencia de que más le valía que fuese importante lo que tenía que decir, consintió en prestarse a escucharlo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Uldak.

—Sí, mi señor —dijo el aterrado viejo.

El jefe huno miraba a su alrededor como tratando de decidir qué hacer en aquel momento.

—Que venga Tugur, nuestro chamán.

Algunos de los principales miembros del clan, junto con el chamán y el jefe se desplazaron al lugar que les indicó el viejo y, maravillados con el hallazgo, tras algunos ritos oficiados por Tugur, la espada se desenterró y, con toda ceremonia, fue entregada al mejor de los herreros forjadores de espadas de los que Uldak disponía, para que puliese el arma y reparase la empuñadura.

No tardó el jefe huno en recibir autorización para dirigirse a la corte de Atila.

Cuando se le permitió presentarse ante su rey, lo hizo con toda la solemnidad de que fue capaz, rodeado de sus mejores hombres y en compañía de su chamán Tugur.

Entró en el amplio salón de recepciones de Atila, una espléndida estancia, toda de madera rojiza, pulida y brillante, perfectamente iluminada por enormes ventanales al este, y, a una señal de Edeco, comenzó a avanzar hacia Atila, que estaba sentado en un trono elevado sobre el nivel del suelo, por una tarima también de madera. Lo hizo con la mayor solemnidad junto con el séquito que le acompañaba. En sus brazos llevaba un estuche de madera labrada y adornado con piedras preciosas, que puso a los pies de su rey y, dando un paso atrás, se mantuvo en una profunda inclinación durante unos instantes.

Atila no acababa de entender el objeto de todo aquello y no estaba seguro de que hubiese hecho bien transigiendo en dejarse sorprender.

—¿Has hecho un viaje tan largo solo para hacerme un regalo? —

preguntó Atila casi molesto.

—He venido a hacerte partícipe de un prodigio —dijo Uldak.

Este se inclinó sobre el estuche y, abriéndolo, dejó al descubierto la magnífica espada que contenía.

Se trataba de un sable de un solo filo, algo curvo, con punta afilada y un reborde saliente y cortante, a media hoja, en su parte roma, destinado a desgarrar la carne en el caso de hincar por el extremo, en lugar de usarse para descargar un tajo, como resultaba habitual en el manejo previsto para esta clase de arma. La empuñadura era amplia, robusta y dorada.

Ogilig, el chamán de Atila, que estaba situado junto a él, abrió desmesuradamente los ojos, bajó de la tarima y se inclinó expectante sobre la espada, con mirada escrutadora e incrédula. Con casi la boca abierta, giró la cabeza dirigiendo una mirada interrogante hacia Tugur, el chamán que acompañaba a Uldak. Este hizo un gesto afirmativo con la cabeza y entonces Ogilig mientras se incorporaba dirigió la vista a Atila con una mezcla de sorpresa, estupor y admiración.

El rey huno, atento a cuanto ocurría, no entendía nada.

—Explícate, Uldak —hizo una pausa para mirar a los presentes a los ojos—. Explicaos todos —dijo.

—Alégrate mi señor, porque el dios de la guerra te ha elegido. Esta es la espada de dios.

—Esta es la espada de los espíritus, aquella que otorga el dominio del mundo al rey que la empuñe —dijo Ogilig, separando un brazo del cuerpo y señalando el estuche y la espada con su mano, mientras miraba a Atila con el fanatismo de un converso.

Atila estaba perplejo. Casi no sabía cómo reaccionar y se hizo explicar varias veces la historia del hallazgo de la espada. Poco a poco se fue dando cuenta del valor que la espada podía llegar a alcanzar y el potencial simbólico que el arma en sus manos podía tener. Así que, con toda solemnidad, se levantó de su trono, tomó el estuche entre sus manos y lo elevó por encima de su cabeza exhibiéndolo ante los presentes. Bajó el estuche, lo puso en manos de su chamán y con mucho cuidado, como si estuviese realizando un rito sagrado, cogió la espada con su mano derecha y la elevó sobre los presentes. Todos estallaron en un grito de júbilo y se arrodillaron ante Atila.

La caída de Cartago había producido una gran agitación dentro de la parte occidental del Imperio. Tras la entrada de Genserico en la ciudad, los senadores y los miembros de las curias locales que habían logrado refugiarse dentro de sus murallas, ante el avance de los vándalos, fueron detenidos y obligados a entregar tanto sus bienes

inmuebles como mobiliario, joyas y dinero. A todos se les planteó la posibilidad de salir de África o de quedar reducidos a la condición de esclavos, por lo que la mayoría eligió huir, muchos a Italia, en compañía del clero católico que todavía fue encontrado, y algunos a Constantinopla.

Genserico se asignó y reservó para sí las rentas imperiales obtenidas en la provincia protoconsular, la Bizacena, el este de Numidia y la región occidental de Tripolitania, y dividió entre los jefes de su ejército, hechos lotes, las grandes propiedades senatoriales de la protoconsular.

En la corte se extendió el temor de que al rey vándalo se le ocurriera desembarcar en Sicilia y en el sur de Italia.

—Según informan los refugiados llegados a Neapolis, Genserico está concentrando barcos en el puerto de Cartago, con ánimo de atacarnos —dijo Sigisvulto, *magister equitum praesentialis*, que en ausencia de Aecio, que se encontraba en la Galia negociando un nuevo tratado con Teodorico, había sido encargado de la defensa de Italia.

—¿Tan grave es? —preguntó Gala Placidia.

—La situación es muy preocupante, augusta. Los barcos de guerra que el bárbaro ha capturado en el puerto de Cartago, unidos a los que capturó en Hippo Regius, junto con los que ya disponía forman una flota contra la que hemos de buscar defendernos —contestó el general.

—Pero ¿y nuestra flota? —preguntó Valentiniano, con evidente preocupación.

—Lo mejor de nuestra flota de guerra estaba situada en Cartago, *sacra maiestas* —dijo Sigisvulto con evidente pesar—. La flota de Occidente, los barcos de los que podemos disponer no solo son exiguos en número, sino que además se encuentran en un estado lamentable por falta de mantenimiento.

—¿Con cuántos barcos contamos? —preguntó el emperador.

—*Sacra maiestas*, no podemos contar con la flota para defender el litoral.

—Entonces ¿qué medidas debemos adoptar? —preguntó la augusta.

—No nos queda más opción que organizar una defensa terrestre —explicó Sigisvulto, apesadumbrado y con evidente preocupación—. Y recomiendo que pidamos ayuda naval a Oriente.

—Lo haremos, pero de inmediato, solo podemos confiar en nuestras propias fuerzas —dijo Gala Placidia.

—Todos nuestros puertos están en estado de alerta. Ya se reparan las murallas de Roma y he ordenado una recluta urgente de soldados, pero necesitaré más recursos —dijo el general.

—De eso nos ocuparemos —dijo ella, pensando que no habría más remedio que suprimir las exenciones tributarias de las que disfrutaban los más privilegiados—. Continúa.

—He dado orden de que se reconstruyan y completen las fortificaciones de Neapolis y Palermo, y estamos levantando baluartes y apostando guarniciones militares a lo largo de las costas tanto jónicas como tirrénicas.

—¿Qué más podemos hacer, según tu criterio? —preguntó ella.

Sigisvulto bajó la vista mientras pensaba.

—Como medida de precaución, recomiendo que la corte se retire de Roma y se traslade a Rávena y se autorice a los grandes propietarios del litoral italiano a que defiendan la costa con sus comitivas privadas —dijo.

Todas estas medidas fueron puestas en práctica, pero, a pesar de que los grandes terratenientes del sur reunieron hombres y armas, llegando algunos de ellos a fletar una pequeña flota con la que mantener alejados a los vándalos de la costa, nada pudo impedir que en verano la flota de Genserico se presentase ante el puerto de Palermo, con el pretexto de auxiliar al obispo arriano de la ciudad, de nombre Maximino. En el interior de la urbe estallaron graves disturbios, pero los católicos consiguieron finalmente dominar la situación y la ciudad resistió, con lo que, a mediados de otoño, el cerco fue levantado, la flota levó anclas y desembarcaron en Marsala, ocupando temporalmente la zona.

En Constantinopla, la situación en el norte de África y la vulnerabilidad de las costas occidentales preocupaba hondamente.

—No podemos desatender la petición de ayuda que nos hace Valentiniano —dijo Pulqueria, dirigiéndose a su hermano Teodosio—. La situación es muy difícil y debemos de hacer cuanto podamos por restaurar el orden romano en el norte de África.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que, si Genserico consolida su dominio sobre ese territorio, no tardará en poner en peligro nuestra posición en Egipto —dijo Crisafio.

Pulqueria miró con gesto de asco y desprecio al eunuco que se encontraba cada día más cercano al emperador, formando parte de su entorno más cercano, por no decir íntimo, y que, según el criterio de la princesa, no era más que un ambicioso arribista, lleno de codicia y peligro. Para ella no era más que una figura siniestra, que cada día tenía más influencia sobre su hermano y que amenazaba su posición, de modo que, antes o después, resultaría un obstáculo para mantener el poder que ella ejercía en la corte.

Crisafio no era más que un simple sirviente del dormitorio real,

que tenía fascinado al emperador, que le amaba por su belleza y sus habilidades más inconfesables.

—Debemos enviar la flota y nuestro ejército, aprovechando la relativa paz que vivimos en nuestras fronteras, para alejar al enemigo tanto de las costas de Italia como de Sicilia y desembarcar en África una fuerza que sea capaz de acabar con Genserico de una vez por todas —dijo Pulqueria.

De Hispania llegaron a la corte occidental malas noticias. Aprovechando la confusión generada con la caída de Cartago, Requila, hijo del rey Hermerico y futuro rey de los suevos, había recibido el poder de su padre que había caído enfermo, y decidió ampliar su dominio sobre la Bética y buena parte de la Cartaginense. Valentiniano III envió en su contra al general Andevoto como *comes* extraordinario, pero fue vencido a orillas del río Singilón (Genil), y Requila tomó la ciudad de Mérida en la Lusitania, lo que le proporcionó el control de la vía que llevaba hasta Sevilla.

En el norte de la Galia, como consecuencia de la invasión de la isla de Britania por anglos y sajones, había llegado a la región de Armórica un numeroso grupo de bretones, expulsados de sus tierras.

En Rávena, quedó terminado el mausoleo de Elia Gala Placidia, cuya mayor alegría la recibió de la emperatriz Licinia Eudoxia, que dio a luz una niña a la que pusieron por nombre Placidia, en honor de su abuela.

En la Galia, se había logrado una vez más la paz con Teodorico, gracias a la intervención de Avito, desde Roma. Este, de origen galorromano, pertenecía a la élite aristocrática. Era hijo del cónsul Fabio Julio Agrícola y, veinte años atrás, había formado parte de la corte de Teodorico, ganándose de tal forma el aprecio del rey, que llegó a diseñar personalmente el plan de estudios en leyes, administración romana y poesía latina de sus hijos, en concreto del futuro Teodorico II, lo que dotó al heredero de la cultura propia de cualquier joven aristócrata romano de la época. Avito fue uno de los pocos nobles que comprendieron el potencial que ofrecían los visigodos, si se lograba su colaboración a favor del Imperio. Por entonces, a Aecio no le pareció bien tanta aproximación y logró alejarlo de la Galia, propiciando su nombramiento como prefecto de Roma, uno de los puestos más prestigiosos entonces.

La renovación del tratado de *foedus* con Teodorico no fue de la satisfacción de Aecio, pues el rey godo no solamente recuperaba el control de las antiguas demarcaciones, sino que ampliaba su dominio territorial hasta el río Ródano, lo que por primera vez le proporcionaba unas fronteras naturales para delimitar su territorio.

Para el general romano, aquello podía fomentar la inclinación a que, con el tiempo, Teodorico y los suyos se comenzasen a considerar independientes del Imperio, por lo que comenzó a concebir un plan para sentar alrededor de aquel territorio a pueblos bárbaros que, aunque fuesen inferiores en número a los godos, dependieran personalmente de él.

El prelado León había sido enviado a la Galia para resolver un conflicto que había nacido entre Aecio y el prefecto del pretorio de la provincia, Albino. El prelado era una figura relevante y muy influyente tanto en la Iglesia como en la corte. Gracias a sus cualidades personales y dotes para la diplomacia, se había sabido ganar, no solo la confianza de los dos últimos papas, Celestino I y Sixto III, de quienes había sido íntimo colaborador, sino de la propia Elia Gala Placidia, que le había encomendado la misión que estaba llevando a término.

—Me llena de alegría que, al fin, Albino y tú hayáis decidido entenderos y resolver vuestras diferencias —dijo León, dirigiéndose a Aecio, con el que se encontraba reunido—. Estoy convencido de que la augusta sabrá valorar vuestro esfuerzo por reconciliaros, como es su deseo.

—Hazle saber que lo hago fundamentalmente por ella —dijo el general.

La puerta se abrió y apareció un secretario con un documento en la mano. Quedó junto a ella sin decir nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aecio.

—Traigo un mensaje urgente para el prelado León.

Este puso atención en el sirviente y miró hacia el documento que llevaba en la mano.

—Ahora no —dijo el sacerdote en deferencia al general que le atendía, no queriendo interrumpir la conversación con un asunto propio.

—Se me ha entregado diciéndome que es importante y urgente que se te haga llegar —dijo el portador del mensaje.

Aecio miró a León, al que hizo un gesto con la mano, como invitándole a que recibiese el documento que le traían.

—Está bien, entrégamelo —dijo.

El sirviente se adelantó y entregó en mano la misiva.

León vio los sellos y comprobó que venía de la sede apostólica. Los levantó y desplegó el documento ante sus ojos.

El prelado quedó quieto y en silencio mientras leía. Su gesto era muy serio y hasta cierto punto de sorpresa.

—¿Malas noticias? —preguntó el general.

León dejó de leer y se volvió hacia Aecio.

—He sido elegido nuevo papa —dijo con voz emocionada.

Aecio quedó sorprendido y sin saber qué hacer en ese momento. Se puso en pie, se acercó a León, hincó una rodilla en tierra y, tomando la mano derecha del nuevo obispo de Roma, la besó.

CAPÍTULO XIII

Crisis en el este y en el oeste

A. D. 441-444
1194-1197 Ab urbe condita

En primavera, los vándalos de Genserico situados en Sicilia volvieron apresuradamente al norte de África, al tener conocimiento de que una potentísima flota oriental se desplazaba en dirección a esta isla, transportando un poderoso ejército.

Constantinopla había logrado reunir esta fuerza que había sido puesta bajo el mando de sus mejores generales. En esta ocasión, no era Aspar el comandante en jefe. Estaban al mando de la flota, compuesta por varios centenares de naves y las fuerzas terrestres embarcadas, el *magister militum* Areobindo, el *magister militum* Ansila, el *magister peditum* Arinteo y los prefectos Germano e Inobindo. Era la respuesta de la corte de Teodosio II a la petición de ayuda cursada por Valentiniano III, tras la caída de Cartago.

Componían las tropas de tierra auxiliares germanos, sirios, federados godos y hérulos, caballería acorazada y arqueros, además de tropas imperiales.

En Sicilia deberían de juntarse con otra flota, que no podía compararse en número de naves, ni por las tropas embarcadas, lideradas por Aecio.

La misión de la fuerza conjunta consistía en alejar a los vándalos, tanto de Sicilia, como de las costas italianas, y transportar al ejército al norte de África para restablecer el orden romano en la región.

—¿Has logrado saber cuántos barcos componen la flota? —preguntó Genserico, reunido con sus principales generales.

—No sabemos aún el número exacto, pero son cientos de naves las que se dirigen con rumbo a Sicilia. Tantas son que no hemos podido contarlas —respondió Muriano, uno de los almirantes de la flota vándala.

—Parece que se trata de una fuerza muy poderosa —dijo Gunterado—. ¿Qué vamuos a hacer para defendernos? Un ejército

como el que transportan estas naves va a ser difícil de parar.

—Necesitamos ganar tiempo. Una flota de ese tamaño no se ha enviado para liberar solo Sicilia —dijo Genserico—. Antes de atacar nuestras costas, la flota necesitará reagruparse en la isla —el rey vándalo hizo una pausa y levantó entonces la vista del plano de la costa africana, que tenían extendido sobre la mesa, y se dirigió a Hildemaro—. Tú embarcarás en una liburna ligera y te dirigirás hacia la flota, contactando antes de que lleguen a Sicilia y propondrás que se abran conversaciones de paz. Darás la sensación de que deseo llegar a toda costa a un acuerdo.

—Haré lo que me mandes —respondió Hildemaro.

—Quiero que te acompañe Fausto Cornelio Sergio. Creo que su consejo y ayuda te serán útiles.

—Como ordenes —dijo sin mucha convicción el general vándalo, que consideraba al romano como a un repugnante traidor a los suyos, capaz de venderse por conservar parte de sus posesiones y patrimonio, pero se cuidó mucho de que se le notara en ese momento el desprecio que sentía, pues era hombre de la confianza de Genserico.

—Lotardo, tú te dirigirás al interior y pagarás cuantos mercenarios bereberes encuentres disponibles. Tú, Rumar, harás lo mismo en Numidia, contratando cuanta caballería puedas traer, y tú, Hadulfo, alistarás a todos los reclutas que puedas y los adiestrarás en las pocas semanas que tenemos de margen —ordenó.

La flota bizantina se hallaba a menos de dos días de navegación de las costas de Sicilia. Una de sus naves ligeras de avanzadilla divisó a estribor, por la amura de proa, una liburna vándala que se aproximaba enarbolando bandera blanca.

El capitán del barco mediante señales comunicó la situación, pidiendo instrucciones. Pasado un rato, recibió por el mismo procedimiento la orden de escoltar al barco hasta la nave insignia de la flota romana.

Las negociaciones aparentaron ser prometedoras y pareció que podían evitar graves pérdidas al ejército expedicionario. Se prolongaron durante lo que quedaba de primavera y el verano, lo que hizo que la flota tuviese que permanecer amarrada en el puerto de Palermo también durante el invierno, con motivo de quedar cerrada la navegación durante esos meses del año, dado que las condiciones de la mar la hacían imposible.

Aunque Aspar no había podido participar en la expedición, sí que había querido que Marciano, que se había convertido en su mano derecha, participase como legado imperial y segundo del comandante en jefe del ejército expedicionario, pues como hombre de su entera

confianza, le iba a tener al tanto de cuanto sucediera en el transcurso de la acción. Le acompañaba el que ya se había convertido en un amigo inseparable, Cayo Rupilio Segundo, que se encontraba al mando de una legión comitatense, en la que se había integrado el grupo perteneciente a la *scholae palatinae*, que normalmente tenía bajo su mando, y que se había enviado como representación del emperador mismo.

Ambos se dirigían hacia el pretorio del gran campamento que a las afueras de Palermo ocupaba el general en jefe, que les había convocado a una reunión.

Marciano se hacía acompañar a todas partes por el joven tribuno Gabriel Alessio Emilio, que, a sus veintiséis años, era un hombre lleno de vitalidad, energía y ganas de vivir, conocido por todos como un conquistador y mujeriego, jugador empedernido y juerguista incorregible, que se ganaba a todos con la simpatía que solo los golfos parecen poseer. Todo se le consentía precisamente porque sabía ganarse a todo el mundo. Acompañaba a Marciano por voluntad de Aspar, cuyo padre, Ardabur, había recogido al niño diecisiete años atrás, cuando tomó Rávena y se pudo coronar a Valentiniano como emperador de Occidente. Gabriel se había metido en el bolsillo a toda la familia y todo se le consentía. No obstante, era lo suficientemente listo como para mantenerse discretamente callado y no intervenir en la conversación.

—Me preocupa que esta situación se esté prolongando durante tanto tiempo —dijo Cayo Rupilio.

—A mí también. Ya sabes lo que pienso.

Flavio Marciano, a sus cincuenta años, tenía suficiente experiencia en combate como para saber que la mejor negociación es la que se produce tras conseguir derrotar al enemigo. Él era partidario de no demorar el combate, pues la mejor decisión no podía ser otra que atacar cuando todavía tenían ventaja sobre los vándalos, y una vez que se había desplazado semejante ejército.

—Solo el abastecimiento, durante tanto tiempo, de la fuerza que tenemos reunida en la isla, supone ya un esfuerzo mayor que dar la batalla —dijo Rupilio.

—Lo peor es que, si no atacamos en primavera, la moral y la disciplina de nuestros hombres comenzará a resentirse —dijo Marciano.

—Es absurdo que le demos esta ventaja a Genserico, cuando a estas alturas podíamos haber recuperado las provincias de África.

Al norte, en la provincia de Moesia, justo en la frontera del Danubio con los hunos, un grupo de comerciantes de este pueblo

estaban más que satisfechos. Acababan de vender todos los productos que traían para comerciar en el pequeño puesto fronterizo situado en uno de los fuertes que, a pocas millas de Singidunum, y a unas diez leguas de la ciudad de Margus, vigilaba la frontera, a la vez que servía como punto para los intercambios comerciales entre ambos pueblos, según el tratado en vigor, firmado precisamente seis años antes en la propia Margus.

Durante los últimos veinte años, las relaciones con los hunos habían sido de colaboración y, en el caso de Aecio, se habían convertido en aliados clave para sostener su poder, teniendo a su disposición cuantas tropas había necesitado, lo que a su vez había redundado en beneficio del Imperio, que había podido mantener a raya a los visigodos y a otros pueblos bárbaros, asentados dentro de sus fronteras.

Así fue mientras reinaron Munzuc o su hermano Rugila, pero la llegada al poder de Atila y Bleda, hijos del primero y sobrinos del segundo, obligaron a replantear los términos de los acuerdos existentes, llegándose al que en este momento regía las relaciones entre ambos. Lo más destacado del acuerdo vigente era que se había pasado de pagar ciento cincuenta libras de oro, como subsidio, a tener que pagar trescientas cincuenta. En este tratado, también se estipularon los puntos en los que se podían llevar a cabo los intercambios comerciales, la entrega de prisioneros romanos y el compromiso por parte de Constantinopla de no acoger refugiados hunos, que huyesen para sustraerse al poder de Atila y Bleda.

—Os felicito. Habéis hecho un gran negocio, no cabe duda —dijo uno de los tratantes romanos que había comprado parte de la mercancía al grupo de los cuatro comerciantes hunos a los que se dirigía—. Y habéis ganado un buen dinero. Esto se merece que lo celebremos con un trago —dijo dirigiéndose a ellos y a los dos comerciantes romanos que le acompañaban.

Como donde hay comercio y soldados, no puede faltar nunca una taberna, dentro del fuerte había una regida por un sármata, que había quedado cojo en una incursión fronteriza, y ahora se ganaba la vida sirviendo vino.

Los reunidos dieron cuenta de un par de jarras y el ambiente se caldeó. Los comerciantes romanos despreciaban a los hunos que tenían delante, a los que veían como a unos pardillos ignorantes a los que sacar parte del dinero que acababan de ganar.

—Oye, ahora que habéis ganado un buen dinero, bien podéis llevar a vuestras mujeres alguna joya bonita —dijo el romano.

—¿Qué quieres decir? —dijo el que parecía estar al frente de los

hunos.

—Mira —dijo el romano, sacando de entre sus ropas una pequeña pieza de lino que desplegó para mostrar una joya.

El huno quedó sorprendido al ver aquella pieza en la mano de su interlocutor, e intercambió miradas con sus otros compañeros.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó el huno.

—¿Qué más da? ¿Te gusta? —dijo el romano.

—¿Tienes más?

—Todas las que quieras.

—Y ¿cómo sé que no son robadas?

—No te preocupes por eso, es el propio obispo de Margus quien nos las facilita para que las vendamos a comerciantes como vosotros. Es para dar de comer a los pobres ¿sabes? Mucha gente regala sus pertenencias a la Iglesia y el obispo las vende para con el dinero que obtiene atender a los más necesitados.

—Bien, me la quedo, déjamela ver.

El comerciante puso la pieza de lino con la joya en la mano del huno. Este la cogió con la izquierda, mientras con la derecha desenvainaba su daga y atravesaba la garganta del romano, dando acto seguido un golpe con el filo en la cara del que tenía al lado, de modo que le abrió la cabeza. Puestos en pie los hunos del grupo, comenzaron a repartir golpes con sus armas a cuantos intentaron defenderse, salieron de la taberna y dieron un grito de guerra, que hizo que todos los hunos que se encontraban presentes desenfundaran sus espadas y atacaran a los miembros de la guarnición que tuvieran más cerca. El caos se extendió por el puesto. Los soldados que allí se encontraban fueron pasados por las armas al verse sorprendidos por un ataque que estaban lejos de esperar. Los hunos se incautaron de cuantos animales de carga pudieron, saquearon el fuerte, llevándose todo lo que encontraron de valor y prendieron fuego a las instalaciones. Una espesa columna de humo negro se elevaba a los cielos como único testigo de lo que allí había ocurrido, mientras que el grupo de hunos con su botín cruzaba el Danubio de vuelta a su tierra.

Hacía semanas que las tumbas de los reyes hunos situadas al otro lado del gran río habían sido saqueadas para robar las joyas con las que los enterrados eran engalanados en su último viaje. El comerciante huno había identificado la joya como una de las que tradicionalmente se utilizaban para ello.

Ahora sabían por fin que el culpable de la profanación de sus tumbas era el obispo de Margus.

Este incidente dio lugar a que se produjese un intenso intercambio

diplomático entre la corte de Atila y la de Constantinopla, que se apresuró a enviar una embajada.

—Decidle al emperador que solo por respeto a él vais a volver vivos —dijo Atila a los aterrados mandatarios enviados por Teodosio II.

—Majestad, creedme si os digo que mi señor no tiene otra voluntad que llegar a un acuerdo, que permita restaurar las buenas relaciones que desde hace años mantiene con su pueblo.

—No lo parece. No solo no nos ha entregado a los refugiados que se encuentran en su poder, tal y como se estableció en el tratado presente, sino que ha seguido admitiendo nuevos fugados. Los pagos en oro prometidos por defender las fronteras de Panonia siguen sin llegar y lo que es peor, las tumbas de los nuestros han sido profanadas y saqueadas por el obispo de Margus —dijo Atila, cada vez más irritado.

—El emperador te envía sus disculpas y quiere compensarte —dijo el cada vez más nervioso embajador.

—No quiero ninguna compensación. Exijo que se nos devuelva hasta la última joya robada en las tumbas de nuestros ancestros. Dile a tu emperador que, si no es así, será la guerra.

El grupo de legados volvió a Constantinopla, y desde allí partieron órdenes entregadas al obispo de Margus para que devolviese de inmediato las joyas robadas. El prelado no hizo otra cosa que negar los hechos y poner toda clase de excusas, tratando de ganar un tiempo que se demostró no había.

—Quiero dar una lección a los romanos —dijo Atila a su hermano Bleda.

—Subámosles los pagos que nos tienen que hacer en oro. Bastará con amenazarles para que cedan —respondió este.

Bleda no era como su hermano. Era mucho más proclive a llevar una vida indolente e inclinada a toda clase de placeres. Prefería gozar de los privilegios que le brindaba su posición, a complicarse la vida con los quebraderos de cabeza que el gobierno lleva consigo, y que le dejaba a él. Aunque la rivalidad entre ellos había crecido, sobre todo desde que Atila había puesto de manifiesto su ambición de poder ilimitada, haciéndose llamar emperador y con el uso propagandístico que había dado al hallazgo de la espada de los espíritus, Bleda prefería que su hermano menor se ocupase de todo lo que requería esfuerzo, mientras él presumía como un pavo real.

—No, esta vez no vamos a quedarnos en la mera amenaza. Voy a enseñar a los romanos que con nosotros no se juega.

No pasó mucho tiempo antes de que un ejército huno atravesase el

Danubio en masa, apoderándose de los fuertes y ciudades a lo largo de la frontera. Cayó incluso la gran base militar de Viminacium.

Conforme los hunos se acercaban a la ciudad de Margus, el obispo causante de esta catástrofe fue entrando en pánico, tanto más cuanto sus habitantes le habían amenazado con entregarlo a los hunos si no les devolvía las joyas expoliadas en las tumbas profanadas. Así que el prelado decidió actuar por su cuenta.

—Señor, hemos capturado a un romano que dice que viene de parte del obispo de Margus —dijo el jefe de la guardia de Atila.

Este lo pensó un momento y decidió que no se perdía nada escuchando lo que tuviera que decir.

—Hazlo pasar.

Un diácono medio encogido y asustado fue introducido a empujones en la tienda del rey huno.

—Habla —dijo este.

—El mensaje que tengo que darte es que, si respetas la vida del obispo, este se ocupará de entregarte la ciudad sin que tengas que tomarla por la fuerza.

Margus cayó de madrugada. El obispo había sobornado con una fuerte suma a quienes custodiaban una de las puertas y el ejército huno se introdujo en la ciudad a altas horas de la noche, cuando todos dormían.

Atado, trajeron al obispo a presencia de Atila.

—Yo he cumplido mi palabra —dijo amedrentado, ante el rey huno a caballo.

Atila se mantuvo en silencio.

—¿Qué nos ordenas? —preguntó su segundo.

—Saquead la ciudad y convertirla en cenizas.

—Y, con este ¿qué hacemos? —preguntó señalando al obispo.

—Empaladlo —dijo el rey tajante.

—¡No…! —gritó el obispo—. Me has dado tu palabra.

—Contigo mi palabra me obliga tanto como si la hubiese dado a un alacrán ponzoñoso —dijo Atila.

La caída de Margus abrió la ruta militar que cruzaba los Balcanes y los hunos se apresuraron a poner bajo asedio la ciudad de Naissus. En ese punto, las calzadas se desdoblaban, llevando una hacia el sur, con destino a Tesalónica y otra hacia el sudeste con destino a Constantinopla, pasando por Sérdica.

—Esto lo cambia todo —dijo el eunuco Crisafio, que ahora despachaba en solitario con el emperador, las más de las veces—. Ciertamente, Margus ha caído gracias a una argucia y a la traición de su obispo, pero Viminacium y Naissus son ciudades fuertemente

amuralladas, que han podido ser tomadas gracias al empleo de un sorprendente número de máquinas de asedio, que hasta ahora se habían encontrado fuera del alcance y la capacidad de los bárbaros.

—¿Qué aconsejas hacer? —preguntó Teodosio.

—Creo que debemos llegar a un acuerdo cuanto antes y debemos hacer regresar a nuestro ejército de Sicilia —respondió el eunuco.

—Y ¿vamos a dejar tirado a Valentiniano?

—Podemos informarle previamente y darle oportunidad a que llegue a un acuerdo con los vándalos, antes de retirarnos.

Crisafio había sido nombrado jefe de la guardia de castrados que custodiaba los aposentos privados de palacio, con lo que fue adquiriendo cada vez más ascendiente sobre el emperador, que le había depositado toda su confianza, además de estar oscuramente encaprichado con él y fascinado por su belleza.

Solo la hermana del soberano, Pulqueria, se interponía en su ambicioso camino. El eunuco se había propuesto remover a toda costa ese obstáculo y maquinaba todo lo posible para enfrentarla con su cuñada Eudocia, la mujer de Teodosio.

—Considero, augusta, que no es justo que se te niegue el que puedas tener tu propia casa, separada de la de vuestro esposo, cuando Pulqueria goza de tener ese privilegio —le decía Crisafio a la emperatriz—. Si me lo permites, yo me ocuparé de conseguirte lo que deseas.

El emperador, sin embargo, sopesando el gasto que complacer a su esposa iba a producir, rehusó autorizar lo que le pedía. Entonces, despechada e instigada por el eunuco, exigió que Pulqueria se ordenase diaconisa, ya que tenía hecho voto de castidad.

Al final, la hermana del emperador no tuvo más remedio que abandonar la corte para retirarse al palacio de Hebdomon en las afueras de la capital.

Cuando por fin Crisafio consiguió alejar a Pulqueria de la corte, hizo llegar a oídos de Teodosio el rumor de que su esposa le era infiel con el *magister officiorum* Paulino, compañero de juegos en la infancia del soberano. Paulino fue destituido, enviado a Calcedonia desterrado y finalmente ejecutado. A Eudocia se le permitió retirarse a Jerusalén, donde vivió un exilio dorado por el resto de sus días.

Advertido Valentiniano III de que la flota y el ejército oriental tenían que volver a Constantinopla, se vio obligado a cerrar un acuerdo con Genserico, que supuso un cambio radical en el estatuto jurídico del monarca vándalo. A partir de este tratado, ya no se le consideraría como a un rey federado a Roma, sino como gobernante en lugar del emperador, de un conjunto de provincias sobre las que

había adquirido un derecho de soberanía por conquista militar. Rávena reconocía expresamente la jurisdicción de Genserico sobre la protoconsular, Bizacena, el este de Numidia y la zona oriental de Tripolitania. A cambio, el rey vándalo debía evacuar la Mauritania Cesariense y la región occidental de Numidia, cuya administración civil y militar pasaría nuevamente al Imperio. Además, adquiría el compromiso de pagar un tributo anual de trigo y aceite que asegurara el abastecimiento de la ciudad de Roma.

—Este tratado hace que perdamos nuestra soberanía sobre el norte de África —comentó Elia Gala Placidia a su hijo, horrorizada cuando conoció los términos del acuerdo que se pretendía firmar.

—No podemos hacer nada. Solo podemos ganar tiempo y tenemos que llegar a un acuerdo antes de que la flota de Teodosio se retire —dijo Valentiniano—. Aecio es partidario de firmar ahora, salir del paso y, según dice, ya habrá tiempo de recuperar lo perdido.

—Pero tenemos que asegurarnos de que la dinastía mantiene el dominio sobre estas tierras que Roma no puede perder.

—Sinceramente, madre, no veo el modo —dijo el emperador abrumado.

—Yo sí. Piensa que Hunerico es el heredero y sucesor de Genserico —dijo Gala Placidia con la cara iluminada por la idea que se le acababa de ocurrir.

En garantía de la inviolabilidad del tratado, Genserico envió, una vez más, a Rávena a su hijo Hunerico en calidad de rehén, con el compromiso de que este celebrase esponsales con Eudocia, la hija primogénita del emperador Valentiniano, aunque por entonces solo tenía tres años, mientras que Hunerico contaba con veinte años más. Sus descendientes serían los gobernantes del norte de África y miembros de la dinastía, con lo que se lograba lo que Elia Gala Placidia quería.

Hunerico había estado casado con una hija del rey de los visigodos, Teodorico I, pero la había repudiado antes de viajar a Italia. El motivo de la ruptura se debió a que se la encontró culpable de organizar un complot para envenenar al propio Genserico, en connivencia con algunos jefes vándalos y alanos, disconformes con la política llevada a cabo por el rey vándalo que, para consolidar su poder y el de la dinastía que pretendía crear, quería convertir a los jefes en meros subordinados como delegados regios, dentro de su esquema de poder. La trama fue descubierta y castigada con todo rigor, saliendo como consecuencia muy fortalecida la monarquía vándala. El hecho es que la princesa fue devuelta a la corte de Tolosa, pero con la nariz y las orejas cortadas, humillación que nunca perdonaría Teodorico I.

La flota regresó a Oriente y desembarcó al ejército, que fue reforzado por tropas traídas de Persia. Se reunió una fuerza formidable, esta vez bajo el mando de Aspar, Areobindo y Arnegisclo, que se enfrentó a los hunos en dos ocasiones, en las inmediaciones de Marcianópolis, donde fueron derrotados. Acosados por el enemigo, con un movimiento rapidísimo, los hunos cortaron las líneas de suministro y comunicación del ejército con Constantinopla. Lograron alcanzar el mar en tres puntos: en Gallipoli y en dos localidades más, una al norte y otra al sur de Constantinopla. Con lo que aislaron la capital. Tras una torpe retirada, el ejército, muy mermado ya, quedó encajonado en los Dardanelos, en la zona del Helesponto conocida como el Quersoneso Tracio. Allí, en aquel estrecho rincón, fue atacado sin piedad y derrotado finalmente.

Quedó Atila dueño incontestable de la región y fue asolando las provincias de Tracia y Macedonia, desde las Termópilas hasta el Helesponto y las inmediaciones de Constantinopla. Se salvaron Heraclea y Adrianópolis, pero más de setenta ciudades sufrieron el horror de la barbarie huna.

Teodosio II se vio obligado a enviar como legado a Anatolio, que tuvo que plegarse a firmar un tratado por el que el emperador de Oriente se comprometía a pagar una indemnización de guerra de seis mil libras de oro, más un subsidio anual de dos mil cien libras, además de un rescate de doce sueldos, en lugar de los ocho pagados hasta entonces por cada soldado romano prisionero. El emperador se obligaba además a entregar a todos los refugiados que tenía acogidos.

En la Galia se encontraba Aecio, una vez más, supervisando el asentamiento de un reino burgundio federado situado más allá de la gran curva del Rin, en la parte meridional de la Maxima Sequanorum. El general, además de dificultar cualquier avance de los alamanes hacia la meseta suiza, quería asegurar alguno de los principales pasos alpinos que comunicaban el norte de Italia con la Galia y Germania, garantizando la conexión y el comercio entre el Rin y el Ródano.

—¿Malas noticias? —preguntó Marco Lupo Serrato al entrar en el despacho del general y verlo algo abatido, en su asiento con un documento en su mano.

—¡Ah…! Eres tú, Marco. No, nada que no pudiera esperar de la corte de Rávena.

—Discúlpame, quizás he pecado de indiscreto al preguntar.

—Oh, no, no es nada. Es que acabo de recibir este despacho en el que se me informa de que Decio Acinacio Albino, prefecto del pretorio de Italia, ha sido nombrado cónsul —dijo Aecio.

Marco Lupo permaneció en silencio. Hacía ya tres años que siendo

Albino prefecto del pretorio de la Galia, había tenido un fuerte enfrentamiento con Aecio, hasta el punto de que la corte tuvo que enviar a León, el que ahora era papa, para mediar entre ambos y conseguir que superasen sus diferencias.

—Bueno, tú hiciste las paces con Albino ¿no? —dijo por fin Marco.

—Sí, no es eso en lo que estaba pensando —Aecio meditaba lo que iba a decir—. Si te das cuenta, cada vez que el Imperio parece encontrarse en calma y se han superado crisis con nuestros peores enemigos, le falta tiempo al emperador y a su madre para ensalzar y dar mayor poder a quien pueda rivalizar conmigo. Cuesta acostumbrarse, pero debo reconocer que, tanto uno como otro me odian hasta el fondo de su ser. Jamás me perdonarán que apoyara al emperador Juan, a la muerte de Honorio.

CAPÍTULO XIV

Atila único rey de los hunos

A. D. 445
1198 Ab urbe condita

Bleda había dejado al séquito que le acompañaba al pie del cerro que ahora subía, lanza en mano.

Habían montado la noche antes el pequeño campamento, junto a un riachuelo de aguas limpias, que discurría ya mansamente, una vez finalizado su descenso desde lo más alto de la montaña. De sus aguas podían abastecerse y permitir a sus caballos abrevar. Habían cenado, en torno a un fuego de campamento, un poco de carne cruda macerada al modo huno y todos habían bebido abundante vino, entre cánticos y relatos de historias verdaderas o inventadas y, en cualquier caso, exageradas, cuando se referían a aventuras de armas o amatorias.

Al contrario de lo que en él era costumbre, Bleda había bebido poco, conservándose sorprendentemente sobrio, pues era costumbre en él, sobre todo en los últimos tiempos, beber sin tino hasta caer literalmente ebrio, donde quiera que se encontrase. El gran khan de los hunos quería conservarse fresco para superar el reto que había decidido asumir, una vez que la noche pasara.

En torno al fuego, se mantuvo melancólico y en silencio, absorta la mirada en las llamas y en sus pensamientos más íntimos. Llevaba más de diez años compartiendo el poder con su hermano menor Atila, manteniendo un consenso que les había hecho evitar problemas entre ellos por ver quien era el primero. No se discutía eso. El primero era él, Bleda, por ser el mayor, pero el hecho cierto es que Atila siempre había mostrado una ambición sin límites por ejercer el poder, cosa que hacía de manera natural desde joven, pues de siempre había hecho ver que había nacido para reinar y ser el amo.

Bleda jamás le había puesto cortapisas a que se mostrara en ese sentido como mejor le pareciera, porque al hermano mayor lo que más le gustaba era disfrutar de los beneficios del poder que ejercía. Luchar,

sí, luchar valientemente. Luchar salvajemente. Conquistar, saquear, matar y obtener botín para él y para su pueblo, pero, hecho esto, luego le gustaba disfrutar de las riquezas obtenidas, de las mujeres capturadas, comer hasta reventar y beber hasta perder el conocimiento. No estaba muy inclinado a pensar en estrategias, diplomacias o en tomar decisiones de administración o gobierno, que le aburrían, porque en la mayoría de los casos no era capaz de entenderlas. Para él las cosas eran bien sencillas: o conmigo o contra mí, o amigo o enemigo, y cualquier conflicto solucionarlo a punta de espada y con la derrota del contrario y su aniquilación.

Por eso, no tenía ningún inconveniente en dejarle todo ese ajetreo y quebraderos de cabeza a su hermano Atila. Era como un acuerdo tácito entre ellos, que había funcionado a las mil maravillas.

Pero lo cierto es que Bleda notaba que a Atila se le respetaba, se le temía y se le quería. Su pueblo lo adoraba, a pesar de no transigir con nada que no le pareciera puesto en razón o de acuerdo con lo que a él le convenía o determinaba. Sin embargo, siendo Bleda el mayor y el primero, notaba que no gozaba ni del mismo aprecio ni del mismo respeto. No era capaz de achacarlo a que, en los últimos tiempos, eran pocos los momentos en los que no se encontraba completamente ebrio. Más bien pensaba que a su hermano se le habían subido los humos a la cabeza y que su ambición le llevaba a intentar apartarlo del poder antes o después. Muestra de ello era el título de emperador de los hunos que, sin siquiera consultarle, se había otorgado a sí mismo. Atila siempre decía que lo había hecho para tratar de tú a tú a los emperadores romanos, pero lo que no decía es que ese mismo título no se lo atribuía a él. Tampoco le gustaba el uso que había hecho del hallazgo de la espada de los espíritus, que se había apropiado, en el convencimiento de que él y solo él estaba destinado a dominar el mundo. Hacía tiempo que Bleda había dejado de fiarse de su hermano menor.

Por eso, con la lanza fuertemente aferrada, subía solo, como el ritual obligaba, con el objetivo de cazar al gran oso pardo que se había visto merodear en las inmediaciones de aquella zona boscosa. Era tradición de los hunos considerar como señalado por el dios de la guerra, para ejercer el poder sobre su pueblo, a aquel que fuese capaz de cazar, por sus propios medios y con sus solas fuerzas, a un gran oso pardo. Se había propuesto recuperar el respeto de los suyos y estaba decidido a conseguirlo. No permitiría en lo sucesivo que su hermano menor siguiese usurpando el lugar que solo a él correspondía por derecho.

Caminaba sin prisa y con mucho cuidado, tratando de hacer el

menor ruido posible, en dirección a donde sabía que existía una cueva que podría ser con toda probabilidad la madriguera del animal que buscaba.

Procuraba pisar con cuidado, plantando bien el pie en el suelo e intentando que la hojarasca hiciese el menor ruido posible. Trataba de fijarse en cada arbusto, en el movimiento de cada rama, en la percepción de cada sonido y cada olor. Era bien sabido que raramente el oso tomaba la iniciativa para atacar al hombre, a menos que se viera sorprendido, su espacio invadido o a sus crías en peligro. En ocasiones, la fiera podía estar a menos de cinco metros, agazapada, sin moverse, para dejar al intruso pasar y después escapar.

Bleda se sentía observado, sin saber si efectivamente lo estaba o era pura sugestión debido a la tensión del momento.

Desde un matorral cercano, agazapado, Atila, que se había hecho acompañar de su más fiel lugarteniente, Onegesio, observaba a su hermano. La mirada del rey huno estaba llena de furia, no carente de tristeza. En su cabeza no dejaba de darle vueltas a la última conversación mantenida con su secretario Edeco.

—Los informes son irrefutables. Nuestro espía está en el entorno más cercano al emperador y es completamente fiable.

—Me cuesta creerlo —dijo Atila.

—Es muy duro tener que darse por enterado de semejante información, pero no hay más remedio que darlo como cierto —dijo Edeco.

—Siempre estoy alerta y puedo esperar la traición de cualquiera, pero nunca la habría esperado de mi propio hermano.

—Lo lamento, pero lo cierto es que, hasta donde sabemos, tiene muy adelantadas las negociaciones con Teodosio para ser reconocido como único emperador de los hunos —Edeco hizo una pausa, intentando utilizar palabras que suavizasen lo que decía y que resultasen lo menos hirientes posible— una vez que tú no estuvieras. A cambio ha ofrecido una paz perpetua y una rebaja a la mitad de los impuestos que el Imperio tiene que pagarnos.

—A mi hermano siempre le ha interesado el poder con el único fin de gozar de todos los vicios posibles.

Atila había conseguido mantener un control absoluto de sus emociones. Había logrado que sus sentimientos jamás se convirtieran en un obstáculo para hacer aquello que había que hacer, pero tenía que reconocer que su hermano le había roto el corazón.

Bleda escuchó un movimiento de ramas y se puso en guardia, sosteniendo el mástil con la mano izquierda adelantada y posicionada hacia arriba, a la altura del pecho; con la mano derecha atrasada,

sujetando la madera por debajo de la cintura, y la pierna derecha, ligeramente atrás, para afianzar todo el cuerpo sobre el terreno. Con la hoja metálica apuntando en dirección a donde había escuchado el ruido, a quien vio aparecer fue a su hermano.

Bleda quedó estupefacto. Era lo que menos podía esperar y para lo que menos estaba preparado. Enseguida se dio cuenta de que su hermano llevaba ceñida a la cintura la espada de los espíritus y, mirando a Atila a los ojos, se dio cuenta de la transcendencia del momento, por lo que no bajó el arma, que siguió apuntando hacia él, mientras comenzaba a describir lentamente un círculo a su alrededor.

—Hermano, lo sé todo —dijo Atila mientras desenvainaba su espada.

Bleda supo entonces lo que iba a ocurrir y comprendió el sentido de aquel encuentro y del momento.

—Entonces no hay nada más que decir —afirmó Bleda, mientras, tratando de coger por sorpresa a su hermano, dirigió un lanzazo al pecho de Atila, tratando de no darle opción.

Este, con una agilidad de felino y un instinto curtido en mil batallas desde muy niño, esquivó el golpe, dejando pasar la punta metálica de la lanza de modo que rozó su pecho sin herirle. Sin dar opción, Atila cogió el mástil por debajo del afilado metal de la punta y, tirando fuertemente hacia sí, hizo que el cuerpo del hermano, que sostenía el arma agarrada firmemente con las dos manos, se le aproximara, quedando su pecho atravesado por la espada que partió en dos el corazón de Bleda. Con los ojos espantados y un rictus de incredulidad, perdió la vida antes de que sus rodillas tocasen el suelo.

Atila quedó inmóvil, sosteniendo la espada aun goteando de sangre y la mirada fija en el cadáver de Bleda.

Onegesio no dijo nada. Se detuvo un momento junto a su jefe y contempló también al que acababa de morir, durante unos instantes. Acto seguido, miró en el entorno las ramas de los árboles que estaban alrededor y arrastró el cadáver hasta situarlo debajo de uno de ellos. Volvió al matorral y trajo una enorme garra de oso disecada y la osamenta de una cabeza también de oso, que había traído preparada para la ocasión.

En silencio, se arrodilló junto al cuerpo de Bleda, apartó una hoja que le había caído y clavó en el pecho la garra, justo en el sitio en que la espada de Atila había penetrado. Tiró con fuerza hacia abajo, abriendo una terrible herida. Repitió una y otra vez la operación en pecho, brazos y cara. Dio la vuelta al cuerpo y produjo las mismas heridas en la espalda y piernas.

Hecho esto, cogió la osamenta de la cabeza de oso y situando el

maxilar superior a un lado del cuello y el inferior en el otro, los apoyó en el suelo y dio un pisotón con lo que quedó casi seccionado. A continuación, tiró con fuerza hacia afuera y arrancó la tráquea limpiamente. Clavó los maxilares en la cara, desgarrándola, y repitió varias veces la operación en un hombro, brazos y piernas.

—Ya basta —dijo Atila—. Trae al prisionero.

Onegesio se llevó la garra y la osamenta que había utilizado y tardó algo más en volver, porque tuvo que ir a donde habían dejado los caballos, lo suficientemente alejados como para que no se les escuchara en aquel lugar donde todo estaba sucediendo.

Volvió con un prisionero que venía atado con las manos a la espalda. El pobre hombre quedó aterrado al ver el cadáver de Bleda. Estaba irreconocible, pero él supo quién era por la ropa. No era capaz de entender qué pintaba él allí, pero tuvo el convencimiento de que no iba a salir vivo.

Onegesio lanzó la cuerda para que la punta diese la vuelta a una de las ramas del árbol que estaba sobre el cuerpo de Bleda. Ató un extremo al tronco del árbol y el cabo colgante lo pasó por los tobillos del prisionero y los dejó fuertemente atados.

—¡Oh, no! —dijo el pobre desgraciado.

—Que cierre la boca —dijo Atila.

Onegesio le metió en la boca un trapo mugriento que solo dejaba escapar gruñidos de horror. Tiró con fuerza de la cuerda, de modo que el prisionero quedó oscilando cabeza abajo sobre el cadáver de Bleda. Se agitaba, tratando de encoger su cuerpo y gruñía cada vez más.

El lugarteniente de Atila le dio un puñetazo que le hizo callarse, lo cogió del pelo para que dejase de oscilar como un péndulo y, con un movimiento certero de su afilado puñal, le abrió el cuello de parte a parte. El cuerpo del prisionero se convulsionó varias veces, antes de perder el conocimiento. La sangre salía a borbotones y Onegesio movía al prisionero de modo que la sangre cayera sobre las heridas y desgarros que se le habían provocado al cuerpo de Bleda, dejando pequeños charcos allí donde deberían encontrarse, si el hermano de Atila hubiese sido atacado efectivamente por un oso, produciéndole esas heridas mientras aún era capaz de defenderse al estar vivo. Era el toque de realismo que había que dar a aquella escena, puesto que las heridas infligidas a Bleda se le habían hecho estando ya muerto, y los cadáveres no sangran.

Onegesio descolgó el cuerpo inerte del prisionero que fue cargado sobre uno de los caballos y, a la vuelta, arrojado a una sima dentro de una cueva, junto con la garra de oso y la calavera.

Cuando el cadáver de Bleda quedó solo, un enorme oso pardo salió

de entre la maleza, se acercó a aquel cuerpo sin vida y se dio media vuelta buscando entre la naturaleza salvaje la paz.

Los hombres de Bleda no tardaron en encontrar su cuerpo. Para todos quedó la versión de que un oso había acabado con su vida, aunque, como si el fantasma de la verdad fuese imposible de enterrar, aparecieron rumores de que el verdadero causante de la muerte de su hermano era Atila, pero ni a él le importaba demasiado, porque aumentaba su fama de ser terrorífico, ni ese rumor hacía mella en su pueblo que le consideraba su rey, su emperador y el dueño del mundo al estar en posesión de la espada del dios de la guerra. Quedar a la cabeza de su imperio le sirvió para unificarlo y crear una poderosa confederación.

Aecio no tardó en tener noticias de que Atila había quedado como único rey de los hunos. Su hermano Bleda había muerto en un accidente de caza, atacado por un oso. También le habían llegado informes procedentes de sus espías de que, entre los que no eran fervientes defensores del nuevo rey, corrían toda clase de sospechas sobre la implicación que este podría haber tenido. La información era contradictoria, porque los que habían encontrado el cadáver de Bleda se preocuparon mucho de ver sobre el terreno si un oso había estado allí. Y, efectivamente, en el entorno del lugar había huellas de un gran plantígrado, incluso se encontraron heces, pero también se decía que esas huellas difícilmente se correspondían a un ataque y a la lucha que por fuerza se tenía que haber producido entre el oso y Bleda, según las heridas que este presentaba.

De la corte fue informado, también por hombres de su confianza, de que en secreto se seguían negociaciones con Bleda, a espaldas de Atila.

Aecio, que lo conocía bien, desde que comenzó a ser su amigo, cuando siendo un muchacho estuvo durante tres años como rehén en la corte de Rugila, no se engañaba. Habían hecho amistad en ese momento de la vida en el que, siendo muchachos, las amistades se construyen con un corazón limpio, al margen de cualquier conveniencia o interés y solo se forjan al calor de las experiencias compartidas, en un momento en el que la vida aún no ha desvelado sus secretos a quienes la viven. Es esa clase de amistad que trasciende al tiempo y a los avatares de la existencia, que no son más que circunstancias en las que los amigos incluso pueden llegar a estar enfrentados, sin que nunca dejen de ser lo que siempre fueron.

De lo que Aecio estaba convencido es de que nada que ocurriese en el entorno de Atila le era ajeno o producto de la casualidad y, lo más importante, que, habiéndose quedado como rey único, todo cambiaría.

Todavía no era capaz de vislumbrar en qué sentido, pero estaba convencido de que a partir de entonces nada sería igual con la desaparición de la influencia moderadora de Bleda.

Enseguida se dio cuenta de la necesidad que tenía de garantizarse el apoyo que había recibido por parte de los hunos hasta ese momento. Disponía de un fuerte contingente de guerreros aportados primero por Rugila y posteriormente consentidos por Bleda y Atila, de los que no podía prescindir. Esta fuerza no solo había preservado su posición frente al odio que tanto Gala Placidia como Valentiniano III le profesaban, sino que se había convertido en una fuerza imprescindible para mantener a los visigodos de Teodorico I a raya y a la Galia sometida a la soberanía del Imperio.

—Hijo, voy a encomendarte una misión de la mayor importancia —dijo Aecio a su hijo Carpilio.

Era su hijo mayor. Lo había tenido con su primera esposa, Lucina, hija del que fue jefe de la guardia imperial, de nombre también Carpilio. De su segunda esposa, Pelagia, de estirpe regia visigoda, viuda de Bonifacio, había tenido a su hijo Gaudencio y una hija que estaba prometida a su fiel lugarteniente Traustila.

—Como mandes, padre —respondió su hijo.

—Quiero que partas hacia la corte de Atila y te entrevistes con él para darle testimonio de mi amistad y lograr que mantenga su apoyo, de modo que siga disponiendo de los contingentes hunos que me tiene asignados.

—Dispones de mí para lo que desees, padre.

—Quiero que te acompañe el joven Casiodoro, te será muy útil como intérprete. Confío en él y será una experiencia que os enriquecerá a ambos.

Casiodoro era hijo del senador que cinco años atrás había organizado la defensa de la Lucania y Brutio frente a los vándalos de Genserico, tras la caída de Cartago.

CAPÍTULO XV

Constantinopla expuesta

A. D. 446-448
1199-1201 Ab urbe condita

Los periodos de relativa calma no traían, sin embargo, la paz que tan necesaria era para que el Imperio recuperase su vigor. Es más, por lo que se refiere a Aecio y su permanente forcejeo con el soberano y su madre, Gala Placidia, en cuanto los peligros no eran inminentes, no dejaba de agravarse. La embajada llevada a término por Carpilio, el hijo del general, ante Atila, misión a la que le había acompañado Casiodoro, resultó un éxito que Valentiniano quiso reconocer, pero haciéndolo solo en la persona de este último, que fue nombrado tribuno y *notari*, obviando por completo a Carpilio que fue el que realmente llevó el peso de la negociación. Era una afrenta más hacia el general, a quien no se le perdonaba las humillaciones sufridas en el pasado y cuyo poder se quería neutralizar a toda costa.

Es por esto por lo que Albino, que tres años atrás había tenido un grave enfrentamiento con Aecio, fue elevado al rango de patricio, el más alto que se podía ostentar no siendo emperador.

Para contrarrestar esta estrategia, el menospreciado general hizo por afianzar su posición en la Galia, asignando nuevas tierras a los burgundios. Después, regresó a Italia, donde se rodeó de un grupo de senadores fieles que apoyaban sin fisuras su acción de gobierno. Como prueba del apoyo que el general tenía por parte de las élites senatoriales, la curia le erigió una estatua en el Atrio de la Libertad con una inscripción en el pedestal, donde se mencionaban todos los cargos que había ejercido a lo largo de su carrera, y se realizaba un encendido elogio de su actuación y éxitos obtenidos.

—La isla de Britania vive asolada por la acción de pictos y escotos del norte y de los piratas anglos, jutos y sajones en el continente. Nos están pidiendo ayuda y hemos pensado que sería el momento de aprovechar esta ocasión para recuperar la gran isla —dijo Gala Placidia, en presencia de su hijo, dirigiéndose a Aecio.

—Como siempre, augusta, te mueven los mejores sentimientos a la hora de defender los intereses del Imperio —respondió el general, procurando elegir sus palabras con el máximo cuidado—. Yo mismo pienso constantemente en la posibilidad de recuperar la isla y reparar la humillación que supone el tenerla abandonada a su suerte, desde hace ya tantos años.

—¿Entiendo entonces que estás de acuerdo en iniciar esta campaña? —preguntó Valentiniano.

—Siempre estaré de acuerdo con lo que decidas, *sacra maiestas*, y siempre estaré de acuerdo con organizar una campaña para recuperar una provincia que te es tan querida —Aecio se andaba con pies de plomo—, pero deja que te explique cuál es la situación en la que en estos momentos nos encontramos.

—¿Apoyas o no nuestro deseo? —preguntó la augusta de muy mal talante.

—Permíteme que te dé mi opinión —dijo el general, volviendo a centrarse en aquello que quería decir—. Recuperar Britania supone organizar una campaña para la que se necesitarán unos inmensos recursos de los que en estos momentos carecemos. Si bien la Galia se mantiene en calma, en Hispania, el general Vito no acaba de meter en cintura a los suevos en la Lusitania, y el general Merobaudes no termina de solucionar el problema de los bagaudas en la Tarraconense. Esto nos merma una fuente de ingresos por tributación importantísima. En África, hemos perdido el control de las provincias del norte, por el tratado firmado con Genserico, y los envíos de víveres y tributos a los que se comprometió apenas bastan para abastecer la ciudad de Roma. Las otras provincias que hemos recuperado en África como Mauritania y la Numidia occidental están tan arruinadas, que ha habido que bajarle la tributación a un octavo de lo que solían contribuir. En el resto no se puede incrementar más la presión fiscal, porque aumenta el fraude, los pequeños propietarios están buscando el patrocinio de los terratenientes más poderosos, para que respondan por ellos ante el fisco, y el resultado es que cuanto más subimos los tributos, menos recaudamos.

—Conocemos todos esos problemas —dijo Gala Placidia—, pero lo que quiero que me digas es si desde el punto de vista militar podemos recuperar Britania.

—Me pides mi opinión y voy a dártela con toda lealtad. Organizar un ejército enorme para trasladarlo a la isla de Britania puede convertirse en el peor error que cometa el Imperio. Ese inmenso y costosísimo ejército quedaría completamente aislado del continente y, en consecuencia, nuestras fronteras estarían menos defendidas que

nunca y no podríamos enfrentar a los visigodos, a los burgundios, a los francos, a los alamanes, a los vándalos y alanos, o a los hunos, cuando, en vista de que todas nuestras fuerzas se encuentran en la isla, quisieran llegar a Rávena o a Roma. En ese caso, no se habría perdido Britania, sino el Imperio mismo —respondió Aecio con toda convicción.

La realidad se impuso con toda su crudeza, porque el general Vito fue derrotado por los suevos en Hispania, Merobaudes no consiguió dominar a los bagaudas, con lo que el control de estas provincias se mantuvo incierto y nada productivo para el tesoro. Y el peligro de quedar sin una fuerza militar mínimamente disuasoria en el continente acabó por convencer a la corte de que no era el momento para emprender una aventura en Britania. No obstante, esta oposición de Aecio también fue tomada como una afrenta por parte de la augusta y su hijo.

En Oriente, el año 447 comenzó mal. En la madrugada del 26 de enero, los habitantes de Constantinopla, a las dos de la madrugada, se despertaron aterrados por un ruido que salía de lo más profundo de la tierra, como si se tratase del rugido continuado de un inmenso monstruo infernal, que hacía temblar todo y movía las paredes de sus casas, hasta derrumbarlas sobre sus cabezas. Quienes todavía no habían quedado sepultados bajo los cascotes salieron despavoridos a las calles, buscando foros, plazas y espacios despejados donde mantenerse a salvo. Fue el comienzo de una cadena de movimientos sísmicos que se sucedieron por toda la región de Oriente, produciendo graves daños en las poblaciones del Egeo, el Bósforo y el Asia Menor. En Constantinopla, cayeron partes de la muralla y todo el barrio que circundaba la Puerta Áurea quedó en ruinas, aunque los daños aparecían por toda la ciudad, y raro fue el edificio que se libró.

Las murallas eran el orgullo de la urbe y el elemento esencial para su defensa. Tan solo hacía treinta y cuatro años que los actuales muros defensivos y sus torres se habían terminado de construir. Eran obra de este emperador, al comienzo de su reinado, cuando solo era un niño, bajo el impulso y patrocinio del prefecto del pretorio Antemio, que viendo que el crecimiento de la ciudad desbordaba los límites de las construidas por Constantino el Grande, hizo levantar esta nueva doble barrera defensiva mil quinientos metros más al oeste de las primeras, con lo que amplió al doble la superficie interior protegida de la ciudad.

El terremoto fue el remate de una sucesión de desastres, que, desde que cuatro años antes un invierno rigurosísimo arruinara las cosechas, no dejaron de asolar la parte oriental del Imperio. Porque, las heladas

que acabaron con hombres, cosechas y animales no solo produjeron una enorme escasez y carestía de alimentos, y por tanto hambre, sino que las lluvias torrenciales en la primavera siguiente provocaron inundaciones en aldeas y ciudades, que quedaron arrasadas por las incontrolables riadas producidas por esas aguas. Pronto, como consecuencia, aparecieron las epidemias, causando gran mortandad. Hubo hambre en la propia Constantinopla, incluso hasta el año anterior al terremoto.

Estos movimientos de tierra, unidos a las penalidades ya pasadas y a la reciente invasión de los hunos, fueron tomados por muchos como el anuncio del apocalipsis y del fin de los tiempos.

Los daños en la capital de Oriente fueron de tal envergadura, que el propio Teodosio quiso visitar los barrios más afectados. En general, los edificios que componían el complejo arquitectónico del palacio imperial habían resistido bastante bien. Solo Santa Sofía presentaba alguna grieta a la que los arquitectos no le daban mayor importancia, de momento.

La pequeña comitiva imperial de no más de doscientos miembros, todos a caballo por la dificultad de moverse entre los escombros, salieron de palacio con la idea de transitar a través de la vía triunfal, que atravesaba los principales foros de la capital.

Al emperador lo acompañaban los miembros del sagrado consistorio, con sus ayudantes y funcionarios, el obispo de Constantinopla, Flaviano, con no pocos miembros del clero, el *comes sacri cubiculi*, Crisafio, al que seguían un numeroso grupo de eunucos, Marciano y Cayo Rupilio Segundo con un nutrido grupo de la guardia imperial, además de sirvientes y esclavos del emperador que se desplazaban a pie.

El aspecto de la ciudad era desolador, porque, si bien los edificios de los foros habían aguantado en general bien, en el resto de la vía triunfal, los edificios derrumbados en todo o en parte eran numerosísimos. La gente removía los escombros para tratar de encontrar aún vivos a sus seres queridos desaparecidos, aunque normalmente lo que encontraban eran sus cadáveres destrozados, que, una vez sacados de entre los cascotes, eran trasladados a los foros y otros espacios abiertos para quemarlos en piras funerarias improvisadas. El prefecto de Oriente, Flavio Constantino, se había puesto al frente de aquel caos y había ordenado que se montasen esas piras con la intención de evitar la propagación de nuevas epidemias, en una Constantinopla que tan recientemente había sido castigada por la peste. También había ordenado que los heridos fuesen atendidos en las iglesias, convertidas en improvisados hospitales.

Al llegar al foro de Arcadio, la comitiva imperial se las vio y se las deseó para poder cruzarlo, pues era tal el número de piras funerarias, que apenas quedaba espacio para transitar. Teodosio, a punto de desfallecer, tuvo que ser testigo de toda aquella desgracia, entre innumerables columnas de humo extrañamente negro que hacían el aire irrespirable, entre el crepitar de los troncos de leña ardiendo, que elevaban la temperatura hasta extremos infernales y entre los llantos y gemidos de los familiares de aquellos que estaban siendo incinerados.

El grupo imperial se dirigió entonces hacia la Puerta Áurea de la muralla, cruzando el barrio que se situaba entre esta, la vía Triunfalis, el foro de Arcadio y el mar de Mármara.

Si en otras partes de la ciudad los daños habían sido graves, en este lugar, el barrio sencillamente había desaparecido. En todo aquel entorno, apenas quedaban algunas casas en pie, evidentemente dañadas. Allí se repetía el mismo espectáculo ya visto pero acrecentado en número, con familiares por doquier, disputándose el espacio entre los escombros con los perros que olisqueaban por todas partes, para buscar a sus seres queridos. En este lugar la comitiva tuvo que transitar con sus cabalgaduras por encima de los montones formados por lo que hasta hacía poco habían sido casas.

Llegaron al fin a una zona despejada junto a la muralla que había protegido la ciudad, a la que se accedía a través de la Puerta Áurea. Allí, grupos de esclavos y obreros se afanaban en retirar los escombros de las torres y los muros caídos. De entre todos, destacaba la figura del prefecto de Oriente, más que nada por el hecho de ser quien daba órdenes a todo el mundo, porque por aspecto, vestido con una simple túnica corta, ceñida por un sencillo cinturón, parecía un obrero más, lleno de polvo hasta el pelo. Resultaba evidente que no le había importado cargar con sus propias manos cascotes para ayudar al resto.

—Esto es gravísimo —dijo el emperador, verdaderamente preocupado.

—Sí, *sacra maiestas*. Es terrible —se apresuró a decir el eunuco Crisafio, como si quisiese dejar claro ante todos que el soberano solo se había dirigido a él.

Flavio Constantino, en cuanto vio aparecer la comitiva, dejó lo que estaba haciendo y se acercó al emperador, sacudiéndose el polvo que llevaba encima.

—¿En qué estado se encuentra la muralla? —le preguntó Teodosio sin esperar saludo protocolario, ni mayor ceremonia.

Flavio Constantino miró al suelo, luego dirigió su mirada a la Puerta Áurea, cuya sólida construcción había aguantado bien.

—Se han derrumbado cincuenta y siete torres y partes importantes

del muro —dijo, tras la pausa.

—Pero ¡esto es una tragedia! —dijo Teodosio aterrado—. No podemos tener desguarnecida la ciudad. Atila tardará pocos días en enterarse de lo ocurrido y no va a encontrar una oportunidad mejor para tomar una urbe con cuya posesión sueña, y que le convertiría en dueño y señor de todo.

—Es cierto, *sacra maiestas* —dijo Crisafio—, estamos en peligro.

—¿Cuánto tiempo tardarás en arreglarla? —preguntó Teodosio, dirigiéndose a Constantino.

—Los daños son graves y muchos —dijo el prefecto que no quería terminar la frase—. Tardaremos meses.

—Si tardamos meses, Constantinopla está perdida —dijo Marciano.

Flavio Constantino miró a Marciano con gesto de desolación.

—Se necesitan muchas manos para hacer el trabajo y dudo mucho que, en las actuales circunstancias, podamos disponer de suficiente mano de obra para reparar las murallas, aún en el plazo que he dicho —dijo un afligido prefecto del pretorio de Oriente.

Teodosio sobre su montura parecía que en ese momento no sabía siquiera qué decir.

Marciano le miró fijamente a los ojos, volvió la cabeza hacia la muralla para contemplar los daños, bajó del caballo, se quitó la capa, se hizo ayudar para despojarse de la coraza de gala que llevaba puesta, la espada y cuanto le impedía moverse con facilidad, y volviendo a mirar nuevamente al emperador, se dirigió lentamente, pero con paso firme, a donde estaban trabajando los obreros. Se agachó, cogió una piedra de entre los cascotes de la muralla y la depositó en una de las carretillas que se estaban llenando.

Todos lo miraban sorprendidos.

Cayo Rupilio Segundo siguió su ejemplo y se puso a ayudar. Como Crisafio no quería quedar el último en nada, hizo lo mismo y le siguieron sus eunucos. Esto provocó que los componentes de la guardia imperial los imitaran. A estos les siguieron incluso los miembros del clero que venían acompañando al emperador, que estupefacto cruzaba su mirada de sorpresa con la de Flavio Constantino.

El hecho resultaba tan sorprendente, que enseguida se extendió por la ciudad la noticia de que hasta el propio emperador había descabalgado y se había puesto a trabajar entre los obreros. Por supuesto no era verdad, pues Teodosio no se dignó siquiera a bajar de su caballo. Pero daba igual, porque se provocó tal ola, en principio de curiosidad y luego de entusiasmo, que la población de Constantinopla se volcó sobre el lugar, de tal forma que pareció que todo el mundo

había encontrado una razón por la que luchar, viendo en la reparación de la muralla un símbolo de resurgimiento por el que se iban a sobreponer a un destino tan adverso.

Fue tal el número de ciudadanos que había decidido colaborar, que a Constantino se le ocurrió reunirlos en las gradas del circo y los arengó, apelando a su afición por los distintos equipos. No había nadie en Constantinopla que no fuese un fanático seguidor de alguno de los que corrían en las carreras de cuadrigas ya fuese el rojo, el blanco, el verde o el azul. Se le ocurrió al prefecto organizar las cuadrillas de trabajo por los colores de cada equipo, y ponerlos a competir en la reparación de estos muros.

Con el entusiasmo levantado y esta argucia puesta en práctica por el prefecto del pretorio, los ciudadanos pusieron en el primer lugar de sus prioridades ayudar en las obras sin distinción de clase o rango y colaboraron día y noche, en tal número y con tal entusiasmo que las murallas y sus torres estuvieron reparadas en setenta días. Es más, aprovechó Flavio Constantino para levantar un antemuro y otro foso, que convirtieron las defensas en más inexpugnables aún de lo que habían sido.

Por aquellos días, Justa Grata Honoria, hija de Elia Gala Placidia y de Constancio III, y hermana del actual emperador, Valentiniano III, estrenaba residencia y libertad. Alcanzada la mayoría de edad, la también augusta había conseguido emanciparse de la tutela familiar, accediendo al control de su propio patrimonio, a la vez que obtenía permiso de su madre y de su hermano para instalarse en su propia residencia privada, anexa al palacio imperial, pero independiente del mismo. Hasta el momento, todos los intentos de preservar su virginidad y su virtud se vieron frustrados por la libido sin límites que parecía dominar a la princesa, desde que despertaron sus primeros impulsos.

Para la administración de su patrimonio, y un poco para controlarla, en la medida de lo posible, y tener información de sus actos, se le había asignado al alto dignatario Eugenio, que era de la confianza de Gala Placidia.

Honoria, recién despertada, completamente desnuda y envuelta en una sábana de su cama se dirigió a la camilla que Kalina de Pérgamo, su esclava masajista, le tenía preparada para darle su primer masaje matinal. Tras unos torpes pasos, propios de quien no se ha despertado del todo, y con los ojos entornados, se dejó caer en ella bocabajo.

—¿Has dormido bien, augusta? —preguntó Kalina.

—¡Hum…! —respondió Honoria sin abrir los ojos y rebulléndose para colocar su cuerpo.

La esclava que iba vestida con una túnica corta y escotada tenía junto a sí en una mesita auxiliar varios lienzos de lino perfectamente doblados y un cuenco con aceite de oliva. Mojó en él las yemas de sus dedos y extendió el untuoso líquido por la palma de sus manos. A continuación, retiró la sábana, quedando al descubierto el cuerpo de la princesa de cintura para arriba.

Aplicó sus dedos sobre la espalda y comenzó a masajearla suavemente de arriba abajo, una y otra vez. Hizo presión sobre los músculos del cuello, sobre los hombros y la parte alta de sus brazos, llegando a las axilas y el nacimiento de sus pechos. Todo ello provocaba en la augusta algún que otro suspiro más que profundo.

Cuando la masajista terminó con la espalda, retiró totalmente la sábana, con lo que Honoria quedó desnuda por completo. Nuevamente mojó sus dedos en el aceite y continuó su trabajo por la parte exterior de los muslos, pantorrillas y pies, en los que se empleó a fondo. Luego Kalina se aplicó a masajear sus nalgas, bajando después sus manos a la cara interna de los muslos. Daba el masaje con extrema delicadeza, procurando no rozar su sexo, pero haciéndolo muy ocasionalmente y de pasada.

Honoria reprimió un primer gemido y removió su cuerpo lánguidamente, como queriendo encontrar mejor postura. Elevó casi imperceptiblemente sus nalgas y las movió ligeramente, casi sin que se notase, de un lado a otro. Kalina hundió su mano derecha entre aquellos jóvenes y blancos muslos, separándolos, y comenzó a acariciar la cara interna de uno de ellos, subiendo lentamente hasta tocar con la yema de sus dedos el húmedo sexo de la augusta, que soltó de golpe el aire de sus pulmones.

—¡Que salgan todas! —dijo Honoria, sin moverse.

—¡Vamos! ¡Vamos! Todas fuera. Salid —dijo Kalina, limpiándose las manos con un lienzo y dando unas palmadas.

Las esclavas presentes, aquellas que estaban destinadas al cuidado y aseo de la princesa, se precipitaron hacia la puerta de la estancia, alguna dando saltitos y no pudiendo reprimir una estúpida risita nerviosa.

Kalina volvió a mojar la punta de los dedos en el aceite, y primero lentamente, pero con cada vez mayor intensidad masajeó el sexo de la augusta introduciendo sus dedos una y otra vez en su intimidad. Honoria se dio la vuelta, se incorporó y, cogiendo a Kalina del cuello, la acercó hacia sí, hasta besar su boca. Luego levantó la túnica de la esclava y sus manos buscaron el sexo de ella.

Una de las esclavas que formaba parte del grupo de las que habían salido del dormitorio y que se encontraban al otro lado de la puerta,

entreabierta para poder fisgar, tuvo el buen criterio de cerrarla por completo y hacer que todas callasen.

—¿Seguro que has anunciado mi presencia a Honoria? —preguntó Eugenio, su nuevo administrador personal, al mayordomo.

—Ella sabe que esperas —respondió este impertérrito.

Las polémicas doctrinales, desatadas a raíz de los acontecimientos ocurridos en el Concilio de Éfeso, no terminaron con la fórmula de consenso firmada por Cirilo de Alejandría y Juan de Antioquía, hacía ya catorce años. Un seguidor de las enseñanzas de Cirilo, Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, había llegado a la conclusión de que la Encarnación había hecho de Dios y el hombre un todo indivisible, con una sola naturaleza, por lo que a sus seguidores se les llamó monofisitas. Esta doctrina ganó a muchos adeptos en la corte, entre ellos el eunuco Crisafio. Los obispos Teodoreto de Ciro y Eusebio de Dorilea denunciaron el carácter herético de estas enseñanzas.

Al norte del Danubio, en la profundidad de las llanuras de la Dacia, Atila no perdía ni un solo segundo.

Se encontraba reunido con su hombre de confianza y mano derecha Edeco y con Orestes, el jefe de su guardia personal, que también se encontraba al frente de los espías hunos en la corte de Constantinopla. Este pertenecía a una de las familias romanas que formaban la élite de Panonia y que se habían puesto al servicio del rey huno, logrando salvar su patrimonio y privilegios, cuando este se había hecho con el dominio de gran parte de la provincia romana, cosa consentida por el Imperio y facilitada por Aecio como pago al gran apoyo que en tropas hunas había recibido durante años.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Atila a Orestes.

—Nuestros informadores son de fiar.

El rey huno se movía de un lado a otro de la estancia, como si se tratase de una fiera enjaulada. Resultaba un tanto curiosa su forma de moverse, con sus piernas zambas y cortas, para quien no estuviese acostumbrado.

—Y ¿tanto daño ha sufrido la muralla? —dijo.

—Parece que es grave. No solo ha sufrido la muralla sino prácticamente todas las construcciones en el interior de la ciudad.

—Parece como una señal del destino. No creo que encontremos una oportunidad como esta —terció Edeco.

—No hay que dudarlo. Atacaremos —dijo Atila.

Por un momento visualizó su futuro como rey del mundo por designio de los dioses, tal y como había presagiado el hallazgo de la espada de los espíritus.

Los hunos atravesaron el Danubio una vez más, y una vez más sometieron Tracia a saqueo.

Teodosio II pidió ayuda a la corte de Rávena, pero Aecio se negó en redondo a enviar ninguna fuerza a Oriente, alegando que era necesario hasta el último soldado para defender el propio territorio.

—No me extraña, siendo como es amigo de los hunos y habiendo recibido siempre su apoyo —fue el comentario que hizo Petronio Máximo a Valentiniano.

En cualquier caso, disponiendo de sus propios medios, el emperador de Oriente envió un ejército al mando del *magister utriusque militae* de Tracia, Arnegisclo, que se enfrentó a Atila al sur del Danubio, cerca de Marcianópolis.

El general romano fue derrotado. Él mismo murió en combate y la ciudad fue capturada. Sin embargo, la fuerza ofensiva del ejército huno quedó muy mermada y Atila supo que las murallas de Constantinopla habían sido reconstruidas y reforzadas. No era posible tomar la ciudad. Tampoco era posible someterla a un asedio prolongado, pues para ello necesitaba dominar el mar y una enorme flota de la que no disponía. Así que aprovechó que Teodosio le enviaba a Anatolio para negociar la paz. Finalmente se alcanzó un acuerdo provisional de cese de hostilidades, a cambio de una fuerte indemnización en oro y del establecimiento de una franja desmilitarizada de doscientos kilómetros de profundidad a lo largo de la frontera del Danubio.

Flaviano, patriarca de Constantinopla, convocó un sínodo para estudiar las ideas del monofisismo e invitó a Eutiques a presentarse ante él y aclarar los principales puntos en debate. El abad compareció, pero no dio su brazo a torcer y fue depuesto y excomulgado.

Eutiques escribió al papa León I y a Pedro Crisólogo, obispo de Rávena, que era hombre de confianza de Gala Placidia.

Eutiques había convencido con su doctrina a la emperatriz Eudocia, pero no a Pulqueria, ni lo logró con Gala Placidia, pues esta se reafirmó en la doctrina católica que afirmaba las dos naturalezas de Cristo. En esto, Dioscoro de Alejandría convenció a Teodosio para que convocase un nuevo concilio, cosa que hizo para el año 449.

CAPÍTULO XVI

Complot de Honoria

A. D. 449
1202 Ab urbe condita

Hasta que dos años atrás a Aecio se le concedió su tercer consulado, honor reservado exclusivamente a los emperadores, Flavio Anicio Petronio Máximo era el senador con mayor rango del Imperio. Pertenecía a la familia de los Anicios, una estirpe de tan rancio abolengo, que sus servicios estaban documentados en los últimos ocho siglos y se remontaban nada menos que a tiempos de la República. Recientemente, esa influencia familiar resultó decisiva para encumbrar como emperador a Teodosio el Grande, setenta años atrás. Su fidelidad se mantuvo inquebrantable a la dinastía, tanto en momentos favorables como adversos, de tal modo que los miembros de la familia alcanzaban los mayores honores y ocupaban los puestos más relevantes que la corte pudiera ofrecerles. Toda la familia era de ferviente fe católica, ajustada siempre a los dogmas proclamados en el Concilio de Nicea, como Gala Placidia y toda la familia imperial.

A sus cincuenta y tres años, Petronio Máximo tenía tras de sí una carrera impresionante. Pretor a los diecisiete años, ingresó en la administración imperial como tribuno y *notarius* a los veintiuno. Al año siguiente fue nombrado *comes sacrarum larguitionum*, responsable de las finanzas imperiales. Fue durante catorce años pretor urbano y con treinta y siete obtuvo su primer consulado. A los cuarenta y tres fue nombrado prefecto del pretorio de Italia. Cuatro años después fue cónsul por segunda vez y hacía solo tres había recibido el título de patricio.

Solo existían dos cosas que en Petronio Máximo podían equipararse a su rango aristocrático: su ambición y su capacidad de disimulo.

—La esclava llamada Kalina quiere verte, *domine* —dijo el esclavo mayordomo del senador.

Máximo levantó las cejas y dirigió una mirada que traspasó a su

sirviente. ¿Cómo se le ocurría interrumpirle?

—¿Dices que una esclava quiere verme? —dijo el senador un tanto incrédulo ante un atrevimiento que parecía venir no solo de una sierva, sino de su propio mayordomo, al que no consideraba un hombre capaz de una impertinencia como la de pretender que dedicara su tiempo a una simple esclava.

—Perdóname, *domine* —dijo el sirviente que había captado perfectamente la irritación de su señor—. Me he atrevido a pedir tu atención por tratarse de la esclava que es y porque insiste en que tiene una información de la mayor importancia, pero que solo te la dirá a ti en privado.

—¿Y de qué esclava se trata? —preguntó el senador, a quien empezaba a picar la curiosidad.

—Es Kalina la masajista, de la casa de la augusta Honoria.

—¿Y qué hace en mi casa esta mujer? —preguntó Máximo asombrado ante lo inusual de la situación, porque resultaba excepcional que alguien como ella, por propia iniciativa, solicitase hablar con su amo, pero que fuese la esclava de otra casa la que lo solicitaba resultaba de todo punto fuera de lugar.

—La hemos llamado esta mañana, porque tu hija Petronia se ha despertado con un fuerte dolor en el hombro, debido a una contractura, y la augusta se la tiene ofrecida para darle masajes cuando los necesite o desee.

—Hazla pasar —dijo Máximo tras vacilar un momento.

La mujer entró con paso rápido y nervioso, con la mirada fija en el suelo en todo momento y se arrodilló ante el señor de la casa, manteniéndose en silencio.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? —preguntó el senador.

Kalina levantó algo la cabeza, cuidando de no mirar directamente a los ojos al señor de la casa y comenzó a hablar.

La cara de sorpresa de Petronio Máximo se iba incrementando a cada palabra que decía aquella sierva. Llegó un momento en el que, puesto en pie, comenzó a andar alrededor de ella describiendo un círculo tras otro, cuando no se paraba estupefacto para escucharla o volvía a caminar en dirección contraria.

—¡Esto que me has contado es gravísimo! —el senador hincó en tierra una rodilla y tomándola del pelo hizo que Kalina subiera la cabeza para mirarla directamente a los ojos—. ¿Te das cuenta de que respondes con tu vida de la veracidad de lo que me has contado?

—Sí *domine* —respondió la esclava utilizando el más sumiso tono de voz que fue capaz de emitir—. Te juro que cuanto digo es verdad.

Kalina, celosa, había consumado su venganza. Estaba segura de que Eugenio pagaría con la vida su arrogancia y, al delatar a Honoria, le hacía pagar su frivolidad y lo que consideraba una traición por parte de la princesa, que de no fiarse del administrador había pasado a convertirlo en su amante, dejándola a ella a un lado.

A Petronio Máximo le faltó tiempo para dirigirse al palacio imperial.

—Tienes razón —dijo el eunuco Heraclio, mano derecha de Valentiniano III—. Esto tiene que ser conocido sin demora por el emperador. Sígueme.

La cara de Valentiniano, cuando algo le sorprendía de verdad, era la de un perfecto imbécil. Y esa era la cara del soberano, mientras escuchaba de labios de Petronio Máximo su relato, abrazado a un cojín como si fuese un niño.

—Esta vez la mandaré ejecutar. Esta vez no se libra —gritaba descompuesto Valentiniano, mientras que accedía a la sala Gala Placidia, a la que había hecho llamar para que también conociese los hechos.

—¿Qué ocurre? —preguntó la emperatriz madre.

Hubo que sentarla, porque a punto estuvo de desvanecerse cuando conoció aquello de lo que los reunidos estaban tratando.

Los clavos de las botas de los soldados de la guardia imperial resonaron por el corredor de aquel pulido y brillante suelo de mármol, rompiendo con su rítmico impacto sobre el piso la paz de lo que parecía un tranquilo comienzo del día en los jardines imperiales, que dejaron a su izquierda.

—¡Apartaos! —dijo el tribuno, al mando del grupo de la guardia que llegaba en formación, a los dos que custodiaban el acceso al aposento.

Estos se apartaron, pues conocían perfectamente a los componentes del grupo que acababa de llegar.

Irrumpieron sin más en el amplio despacho al que accedieron.

—¿Flavio Eugenio? —dijo el tribuno, alzando la voz—, en nombre del emperador quedas detenido.

El administrador de Honoria, al que las fuerzas habían abandonado, con el rostro demudado, y el ánimo desfallecido, se dejó hacer.

A través de otro corredor, un grupo distinto de la guardia accedía al pórtico columnado que rodeaba los jardines de la zona perteneciente a los aposentos privados de Honoria. Llevaban un paso moderado, acompasado al andar de la anciana de pelo blanco a la que acompañaban.

—Dejadnos pasar —dijo el tribuno al mando a los guardias de la puerta.

Los guardias se echaron a un lado, el tribuno abrió esa puerta y el grupo entró en la zona privada.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó alarmado el eunuco que servía a Honoria como mayordomo.

—En nombre del emperador, apártate —dijo el tribuno—. ¿Dónde se encuentra la augusta Elia Grata Honoria?

—Seguidme —dijo el eunuco aterrado.

Cuando llegaron a la puerta de los aposentos de la princesa, la anciana se dirigió al mayordomo.

—Calentad agua y envíame a las esclavas que sepan curar heridas.

La guardia irrumpió en la sala donde se encontraba Honoria. Esta, sobresaltada, no alcanzaba a entender lo que ocurría.

—¿Qué es esto? ¿Cómo os atrevéis? —dijo la augusta, dando varios pasos hacia atrás.

El tribuno levantó el brazo derecho, subiendo la mano a la altura de su codo, indicando a los soldados que se detuviesen en el lugar en que estaban, cosa que hicieron.

Él avanzó dos pasos, acercándose a la princesa.

—Actuamos en nombre del emperador —dijo mirándole fijamente a los ojos.

Honoria entonces reparó en la presencia de la anciana del pelo blanco que había entrado con aquellos guardias.

—¡Oh no…! —dijo al reconocerla.

Intentó entonces esquivar al tribuno en un absurdo e inconsciente intento de huir a ninguna parte. Este la interceptó tomándola por un brazo, inmovilizándola a continuación.

Honoria miraba con horror y los ojos desorbitados a Sinista, la anciana de pelo blanco, mientras movía una y otra vez la cabeza de un lado a otro diciendo que no. La había reconocido al momento. Ante otros podía pasar por ser una de las parteras que prestaba sus servicios en la corte, donde normalmente actuaba ayudando a otras a traer hijos al mundo, pero ella sabía perfectamente cuál era su verdadera especialidad y en qué ocasiones se buscaban sus oficios.

—Abre la boca, augusta —dijo la mujer de forma terminante.

—¡No! ¡No…! —gritó Honoria, mientras seguía moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Ábrele la boca —ordenó al tribuno que la tenía sujeta.

Este, no sin dificultad, hizo lo que se le ordenaba y Sinista entonces volcó el contenido de un pequeño tarro de cristal en la boca de la augusta e hizo que tragara la pócima.

Honoria comenzó a revolverse, pero cada vez con menor fuerza hasta caer desfallecida.

—Tumbadla allí —dijo señalando la cama.

El tribuno depositó con sumo cuidado a la princesa sobre su lecho.

—Salid todos.

Sinista quedó en el dormitorio acompañada únicamente por las esclavas que había pedido como ayuda al mayordomo.

—Cuidad de que en todo momento dispongamos de agua caliente y paños limpios —les dijo.

Puso sus manos en el vientre de Honoria y auscultó con cuidado.

—«Sí, está de tres meses» —pensó.

De la bolsa que había llevado con ella extrajo unas agujas largas, terminadas en un pequeño gancho.

—Sujetadla bien y abridle las piernas —ordenó.

La manipulación fue laboriosa y no exenta de dificultades y riesgos para la vida de la augusta, pero finalmente, tras escudriñar y hurgar aquellas entrañas, logró extraer los restos casi ennegrecidos de un feto, del tiempo que ella le había calculado. Entonces, envolvió esos despojos sanguinolentos en un paño, que arrojó en un balde.

—Lavad a la augusta, limpiad todos los restos de sangre y cambiad las sábanas —ordenó finalmente Sinista.

Aecio se encontraba en la frontera del Rin, al norte de la Galia, en Mogontiacum (Maguncia), donde había alcanzado nuevos acuerdos con los francos y había asistido al cambio de poder producido por la muerte de Clodión, rey franco salio, que había sido sucedido por Meroveo, su hijo.

El general estaba muy preocupado. Optila y Traustila habían regresado de la misión a la que les había enviado, al otro lado del Rin, con objeto de espiar los movimientos de Atila y tratar de conocer sus intenciones. No le cabía la menor duda. Estaba convencido de que el rey huno había decidido que, antes o después, el objeto de su ambición iba a ser la parte occidental del Imperio. Si no, no tendrían sentido los pactos de alianza a los que había llegado con ostrogodos, vándalos, escitas y muchos pueblos más. Solo era cuestión de que la oportunidad se presentase.

—¿Puedo pasar, *domine*?

Aecio levantó la mirada hacia la puerta.

—Adelante, Marco, pasa.

—Acabo de recibir este informe de Rávena y creo que debes conocerlo.

—Está bien, siéntate —dijo el general, señalando una silla junto a él—. Dime, ¿qué ocurre?

—Se trata de un verdadero escándalo en la corte protagonizado por Justa Grata Honoria —dijo Marco Lupo Serrato, que seguía siendo el responsable del servicio de información de Aecio.

El general esbozó una leve sonrisa.

—Lo cual no es novedad —dijo con cierto sarcasmo.

—Esta vez es muy grave.

Evidentemente, por el gesto, Marco había logrado captar la atención de Aecio.

—Está bien, dime qué ha ocurrido.

—La hermana del emperador y su amante Eugenio han sido descubiertos mientras preparaban un complot contra Valentiniano para derrocarle —dijo Marco.

—¿Cómo? ¿Y qué pensaba esa loca? ¿Sustituir a su hermano con un personaje tan irrelevante como Eugenio? —preguntó Aecio sorprendido.

—Al parecer, se había quedado embarazada de él y esperaban un hijo.

—¡Qué barbaridad! —dijo el general que no salía de su asombro—. Y ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Eugenio ha sido ejecutado.

—¿Y Honoria?

—La augusta ha estado a punto de perder la cabeza también. Valentiniano, convertido en un huracán de histeria, de furia y de ira, no quería de ningún modo dar su brazo a torcer, y en qué se ha visto Gala Placidia para poder aplacar a su hijo y salvar la vida de ella —explicó Marco.

—Por lo que me cuentas, Honoria se ha salvado.

—Se ha conseguido salvar porque Gala Placidia ha actuado con la mayor inteligencia y agilidad, metiendo a su hija en un barco y mandándola a Constantinopla, para que, bajo el control de su prima, la estrictísima Pulqueria, que tiene convertida la corte oriental en lo más parecido a un convento, tenga tiempo de reflexionar y dar un cambio a su vida, a su permanente rebeldía y a su sensualidad desbocada y sin límites.

—¿Y Valentiniano?

—Gala Placidia ha conseguido que su hijo se calme un poco, pero, de todas formas, en su ausencia, y sin contar con ella, la han prometido al viejo senador Fabio Baso Herculano, que carece de toda ambición política. Con ese matrimonio, una vez que tenga lugar, se impedirá que ningún general ambicioso intente acceder a la legitimidad dinástica aspirando a la mano de Honoria.

Aecio hizo un gesto de incredulidad con la boca, mientras abría los

brazos con las palmas de las manos extendidas, como dando a entender que solo creía cuanto había escuchado porque se lo estaba contando él.

—Supongo que a ti nada te coge de nuevas en relación con Honoria.

—No me sorprende nada que venga de ella. Aunque, se hace muy difícil asimilar que haya conspirado contra su propio hermano y, además, de una forma tan insensata y frívola.

—Supongo que Gala Placidia, que es una mujer muy inteligente, se dará cuenta de hasta qué punto eran falsas las acusaciones de su hija contra ti —dijo Aecio.

—Yo creo que lo ha sabido siempre. La prueba es que sigo vivo. Estoy convencido de que supo desde el principio que Honoria mentía, pero no la iba a dejar en evidencia, siendo su hija y de Constancio III, además de hermana del emperador reinante. Me tocaba pagar a mí el obsceno y frívolo capricho de la princesa.

Las negociaciones de paz entre Atila y la corte de Constantinopla habían producido un continuo intercambio de embajadas, pues los negociadores parecían no encontrar la forma de concluirlas. Uno de los puntos más delicados y difíciles para llegar a un total entendimiento era el de la entrega de refugiados hunos, que habían hallado cobijo en la capital oriental, huyendo de una muerte segura a manos de Atila, dado que todos ellos eran enemigos del rey huno. Entre los refugiados se encontraban hijos del desaparecido rey Rugila, otros perseguidos y, últimamente, no pocos partidarios de Bleda que habían conseguido escapar.

Para solucionar este asunto, y exigir el pago de las seis mil libras de oro todavía pendientes de entregar, el rey huno decidió enviar a Constantinopla a dos hombres de su mayor confianza: Edeco y Orestes.

Estos fueron recibidos en la corte con toda la pompa, la solemnidad y capacidad de agasajo que esta tenía que era mucha y deslumbrante. Se les hicieron múltiples y valiosísimos regalos, se les organizaron increíbles banquetes, se les mostró la ciudad y sus tesoros artísticos y se hizo todo cuanto estaba en la mano de los anfitriones para que los embajadores recibieran la mejor impresión posible de cuanto estaban viviendo. Se mostraron receptivos y comprensivos con la preocupación expresada de parte de Atila por las dificultades mostradas hasta el momento para la devolución de los refugiados, que el rey huno consideraba como sus enemigos, y cuya entrega había reclamado una y otra vez sin éxito. Los distintos miembros del sagrado consistorio, que tuvieron ocasión de contactar con los embajadores, se

mostraron inclinados a solucionar este asunto definitivamente.

La insistencia de Atila en que le fuesen devueltos los refugiados que reclamaba no se basaba en un mero afán de venganza ni era la manifestación de una crueldad extrema expresada hacia quienes consideraba sus enemigos. En realidad, formaba parte del plan y la estrategia llevada a cabo por el rey huno para unificar todo el poder real en su persona, acabando así con la tradicional estructura nómada de poder en la que cada grupo dependía de su propio jefe o monarca. Atila había decidido que no habría más que un rey y que solo él, en lo sucesivo, sería el rey de los hunos. Entre los refugiados se encontraban aquellos jefes que no estaban de acuerdo con ello y habían huido y los herederos de los distintos linajes que no querían someterse.

Crisafio estaba al tanto de hasta el más mínimo detalle sobre los movimientos de los embajadores hunos, por lo que no le pasó desapercibido el efecto que estaba teniendo sobre Edeco su visita a la capital. Parecía haber descubierto un mundo nuevo. Era evidente que se encontraba completamente deslumbrado por lo que estaba conociendo, lo que para la tortuosa mente del eunuco significaba una oportunidad para actuar de acuerdo con lo que él consideraba los intereses del Imperio.

La corte adoptó la decisión de que los embajadores hunos regresasen a su tierra acompañados de una legación que continuase las negociaciones con Atila, llevándole como muestra de buena voluntad a diecisiete de los refugiados más significados de entre los que reclamaba. Para dar rango a la legación diplomática, se puso al frente de la misma a Maximino, hábil orador y diplomático, que veinticinco años antes había negociado la paz con Persia. Este pidió que se uniera al grupo Prisco de Panium, que era asesor de la cancillería imperial e historiador. Los acompañaría también el alto funcionario de la corte, Vigilas, que haría las veces de intérprete, una tarea que ya había realizado en ocasiones anteriores frente a Atila y que, al parecer, era bien visto por este.

En Éfeso, presidido por Dioscoro de Alejandría, sucesor de Cirilo, que contaba con el apoyo de los monjes del abad Barsumas, el día 8 de agosto, tuvo lugar la primera sesión del concilio convocado por Teodosio II.

Había acudido también Eutiques con sus monjes y los representantes del emperador.

Julio de Puteoli, legado pontificio, comenzó a leer las disposiciones del papa León I y estalló entonces un alboroto general en la sala. En medio de una total confusión, Dioscoro de Alejandría proclamó la ortodoxia de las enseñanzas de Eutiques y condenó la doctrina de las

dos naturalezas de Cristo, que se expresaba en la epístola dogmática del papa. Acto seguido, la asamblea depuso a los patriarcas Flaviano de Constantinopla y Domno de Antioquía y a los obispos Teodoreto de Ciro, Eusebio de Dorilea, e Ibas de Edesa, que se habían mostrado contrarios a las tesis de Eutiques.

El patriarca Flaviano y otro de los legados del papa, llamado Hilario, protestaron enérgicamente. Entonces Dioscoro ordenó a un pelotón de soldados que sacasen de la sala por la fuerza a Flaviano, que se encontró en el exterior con los monjes de Eutiques y Barsumas. Estos la emprendieron a golpes con el patriarca depuesto, de modo que falleció en el exilio poco después a consecuencia de las heridas. Los legados del papa tuvieron que darse a la fuga.

Hilario consiguió llegar a Roma para informar al papa.

El concilio fue clausurado el 22 de agosto con una solemne declaración en favor de las tesis de Eutiques, pasando a ser conocido por los partidarios de las tesis contrarias como el Latrocinio de Éfeso.

CAPÍTULO XVII

Complot contra Atila

A. D. 449
1202 Ab urbe condita

Los dos grupos de embajadores, tanto romanos como hunos, partieron de Constantinopla, viajando a través de la vía Egnatia, que era la principal calzada romana que recorría los Balcanes de este a oeste, desde la capital hasta Dyrrachium, pasando por Tesalónica. Antes de llegar a Heraclea, ambas comitivas tomaron la vía Militaria, en dirección noroeste hasta el Danubio.

Las legaciones, aunque siguiendo el mismo camino, formaban dos grupos distintos condicionados fundamentalmente por lo numeroso de la romana. En honor a Atila se cuidó mucho de que tuviese una categoría excepcional, lo que implicaba desplazar un amplio séquito de esclavos, servidores, funcionarios y guardias, que requerían a su vez el transporte de un amplio ajuar doméstico, especialmente cuidado y voluminoso para los embajadores. Eran numerosos los carros destinados a transportar, no solo este ajuar, sino los alimentos, provisiones y toda clase de vituallas, un gran surtido de regalos, oro, plata, piedras preciosas, sedas, vestidos lujosísimamente bordados, dinero para sobornos, y cuanto pudiese atender a las necesidades del cortejo, estuvieran estas previstas o se presentasen de improviso.

El viaje se iba realizando a buen ritmo, pues solo tardaron trece días en llegar a Sérdica, situada a sesenta leguas de Constantinopla. Allí los viajeros montaron dos campamentos para hacer un alto en el camino y disfrutar de un merecido descanso.

—Creo que tenemos la ocasión de organizar un banquete de confraternización con nuestros colegas hunos —dijo Maximino.

—Lo encuentro muy oportuno. Todo lo que sea favorecer el buen clima entre nosotros es trabajar por el éxito para obtener un buen tratado de paz —dijo Prisco.

Se preparó un banquete como solo los embajadores, estando fuera de la corte, eran capaces de preparar, pues siempre estaban en

disposición de hacer presente y poner en pie el boato más sorprendente y refinado, donde quiera que se encontrasen. Se adquirieron los mejores alimentos de la zona, los mejores vinos y varios terneros y ovejas, en las granjas cercanas a la ciudad, así como otros manjares en el mercado municipal.

El banquete resultó un completo éxito. Al final de la cena y para ganarse a los embajadores hunos, se les hicieron regalos muy valiosos consistentes en vestiduras de fina seda y perlas.

—Me he sentido muy complacido con el trato que me habéis dado —dijo Orestes, al despedirse de Maximino—. Me alegra que no hayáis actuado como alguna autoridad de Constantinopla, que, en una especial ocasión, ha invitado solo a Edeco, dejándome a mí de lado.

Maximino, que no esperaba más que recibir un cortés agradecimiento por la cena y los regalos, no supo qué responder a lo que evidentemente resultaba ser un reproche.

—¿Qué ha querido decir?

—No lo he entendido, ni comprendo a qué se refiere —dijo Vigilas que se encontraba junto al jefe de la delegación romana y había escuchado el comentario.

—Que yo sepa, en ningún momento se ha hecho distinción alguna en la corte, entre uno y otro embajador —dijo Maximino.

—No sé. Quizás nos lo pueda aclarar en otro momento.

Ninguno de los dos dio mayor importancia al asunto.

Al amanecer, se levantaron ambos campamentos y continuaron camino siguiendo la misma calzada, en dirección noroeste para cruzar el desfiladero de Succo y llegar a la ciudad de Naiso. Ya desde lejos, llamaba la atención el estado en que se encontraba lo que había sido una ciudad próspera y floreciente, y ahora era un villorrio prácticamente deshabitado.

Naiso había sido devastada seis años antes por Atila durante su primer ataque.

—Creo que nos va a costar trabajo encontrar un lugar en el que podamos montar el campamento —dijo Vigilas al contemplar el panorama.

Tal era el estado en que se encontraban los terrenos circundantes repletos de osamentas, ya completamente descarnadas por el tiempo, el sol y las alimañas, que se esparcían por doquier a montones y que pertenecían a aquellos desgraciados que perecieron en el ataque de los hunos.

Al día siguiente, se incrementaron los componentes del grupo romano. El *magister militum* de Ilírico, Aginteo, se unió a la comitiva, llevando cinco de los diecisiete fugitivos reclamados por Atila.

—¿Ocurre algo, general? —preguntó Maximino.

—No, nada —respondió el militar, tratando de no parecer débil—, pero no puedo dejar de compadecerme de ellos, sabiendo la muerte atroz que les espera. A alguno lo conozco personalmente y todos se han convertido al cristianismo. De alguna manera, siento que los estamos traicionando.

—Te entiendo, general, pero no debemos perder de vista que son asuntos a resolver entre ellos —dijo Maximino.

Al día siguiente, los viajeros abandonaron Naiso y se dirigieron hacia el norte en dirección al Danubio, hasta alcanzar por fin su ribera sur.

—¿Dónde diablos están nuestras fuerzas *limitanei*? —preguntó Vigilas—. Y ¿dónde están las naves de nuestra flota de río? —concluyó.

No hubo respuesta.

Hacia donde quiera que se mirara no se veía otra cosa que barqueros bárbaros que cruzaban el río con canoas y troncos de árboles ahuecados. Fueron ellos los que cruzaron al grupo al otro lado.

Desde allí, tuvieron que desplazarse durante una jornada más, hasta alcanzar a ver en la lejanía el inmenso campamento de Atila, cuyas tiendas de cuero parecían ocuparlo todo hasta donde la vista era capaz de alcanzar.

Cuando comenzaron a aproximarse a él, un grupo de hunos a caballo se acercó a la embajada romana para comunicarle que debían detener su marcha. No podían acercarse más.

Encontraron una elevación donde acampar, pero un nuevo grupo de jinetes se acercó para advertirles que su campamento no podía estar en un lugar que se encontrara a mayor altura que el del rey de los hunos, así que tuvieron que buscar un sitio en el húmedo valle.

Maximino estaba desconcertado y ni él, ni el resto de la legación entendían nada.

Se les ordenó que esperasen allí hasta que recibiesen nuevas instrucciones.

—Lo que me preocupa no son ya estas decisiones confusas y sin sentido, o que no podamos acceder de inmediato a Atila, que ya nos explicarán, sino la hostilidad con la que veo que se nos recibe —dijo un más que preocupado Maximino, que, en su dilatada carrera como embajador imperial, jamás había recibido un trato semejante.

—Nunca sabes qué esperar de estos bárbaros. Creo que nos toca armarnos de paciencia —le aconsejó Prisco.

Pasó un día más antes de que una comitiva de jinetes, encabezada por Edeco y Orestes, se presentara en el campamento.

Maximino se sintió defraudado al comprobar que ni siquiera venía con ellos Onegesio, la mano derecha de Atila, persona de la que, desde el comienzo de la misión, tenía el propósito de ganar en su favor, porque le consideraba más inclinado a la negociación, y estaba decidido a hacer lo que fuese para que le ayudase a convencer al rey huno de que aceptara un acuerdo de paz definitivo.

—Nuestro rey exige que nos informes a nosotros de qué es lo que deseáis —dijo Edeco utilizando una actitud poco diplomática.

—Traemos un mensaje de nuestro emperador Teodosio II, que solo debe ser escuchado por Atila y solo ante él lo expondremos —dijo Maximino tratando de mantener una dignidad a la altura de quien representaba.

Edeco no consiguió convencer a Maximino de que le diera el mensaje a él y regresaron a su campamento con la respuesta del romano.

No había terminado la mañana cuando el grupo de hunos regresó para informar de que Atila ya sabía palabra por palabra el mensaje que ellos le tenían que dar. Edeco lo recitó casi literalmente para asombro de los diplomáticos romanos.

—Así que, debo comunicaros que, si no tenéis nada más que añadir, deberéis regresar a Constantinopla —les informó Edeco, antes de marcharse con el grupo que le acompañaba.

Maximino se había quedado sin palabras.

—Pero ¿cómo es posible que conozcan cada detalle del mensaje del emperador, que solo nosotros portamos? —dijo Prisco casi haciendo una pregunta meramente retórica.

—Y, ¿a qué viene tanta hostilidad? —dijo Maximino.

—Con todo respeto, creo que debo decirte que debías haber hecho algo más para continuar las negociaciones. No sé. Quizás inventar que sí que tenías algo más que decirle, aunque fuese mentira —dijo Vigilas.

Maximino y Prisco se miraron desconcertados. Hasta el intérprete parecía ponerse en contra.

El diplomático jefe de la misión ordenó desmontar el campamento. Totalmente decepcionado, se daba cuenta de que era el responsable ante el emperador de aquel fracaso, que era incapaz de explicar, porque no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Se sentía humillado al comprender que tantos meses de trabajo, tanta preparación y tanto esfuerzo corrían el peligro de quedar en absolutamente nada. Volver a la corte con las manos vacías, sin un tratado de paz, con las implicaciones que eso tenía para el Imperio, que quedaba así expuesto a una nueva agresión por parte de Atila, no

era algo de lo que sentirse orgulloso. Su prestigio, desde luego, no sobreviviría a esta misión.

Los carros se encontraban completamente cargados y listos para emprender la marcha antes de que la noche se echara encima.

—Se acerca un grupo de hunos a caballo —gritó alguien de la guardia.

El grupo llegó y buscó a Maximino.

—Traigo instrucciones de nuestro rey. Os pide que, dado que está a punto de anochecer, paséis aquí la noche.

El grupo traía consigo un buey y pescado fresco para solucionar la cena de tantos.

Naturalmente, siguieron las indicaciones recibidas. Maximino y Prisco pudieron acostarse de mejor humor en unas tiendas nuevamente levantadas por los esclavos, al creer que Atila había reconsiderado su posición y que finalmente serían recibidos.

Sin embargo, a la mañana siguiente, nada más despertar, sus esperanzas se vieron una vez más defraudadas. Un mensajero del rey huno les entregó una nota en la que se les reiteraba que, si no tenían nada más que añadir, debían abandonar el territorio.

Otra vez, se dio orden de desmontar el campamento y, aprovechando el movimiento de los numerosos esclavos y el bullicio a que ello daba lugar, Prisco, sin decírselo a nadie y sin consultar con Maximino, se escabulló para acercarse al campamento de Atila. Merodeando, vio a Escotas, que había hecho el viaje hasta aquel lugar formando parte del grupo de los hunos y se le acercó.

—No sabes cuánto me alegro de encontrarte —dijo Prisco a un más que sorprendido Escotas.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajar por la paz entre nuestros pueblos. Y me alegro de haberte encontrado, porque nadie cómo tú, alguien tan cercano a tu rey y con tanta influencia sobre él —dijo el romano tratando de picar su amor propio y su orgullo—, para conseguir que tu rey nos reciba.

Escotas se sintió en un aprieto, porque de todo ello había presumido durante el viaje.

—Está bien —dijo al fin el huno—. Haré lo que pueda. Vuelve a tu campamento, antes de que tengas de qué arrepentirte.

Prisco volvió por donde había venido.

Avisado Maximino de que se aproximaba, se puso a esperarlo.

—¿Se puede saber de dónde vienes? —le dijo indignado, antes siquiera de que hubiese bajado del caballo.

—He intentado que Atila nos reciba.

—¿Sin siquiera consultar conmigo? ¿Por tu cuenta? ¿Qué quieres?

¿Hacerlo enfurecer? Nos has puesto a todos en peligro —dijo un muy indignado Maximino.

La caravana no había hecho más que iniciar su marcha, cuando un nuevo grupo de jinetes hunos le dio alcance.

—Seréis recibidos por nuestro rey —dijo el que iba al mando.

Maximino, una vez más sorprendido, no tuvo más remedio que felicitar a Prisco de Panio.

Contentos, acudieron a la cita, pues al fin podrían entregar sus credenciales y exponer sus términos.

Salvo Vigilas, ninguno había visto nunca a Atila, así que, cuando fueron invitados a pasar al salón de recepciones, quedaron impresionados por el fiero aspecto del rey, que en ningún momento parecía tener intención de aparentar ser amable con sus invitados.

Aunque el propio Maximino lo estaba sintiendo, le resultaba difícil de comprender que ese ser, que ahora tenía delante, fuese capaz de infundir tal terror en su presencia. No muy alto, de piernas cortas y zambas, tenía sin embargo un pecho poderoso, que se unía a su cabeza grande en proporción con el resto, con un cuello corto y fuerte. Su piel era más bien oscura y de color aceituna. Apenas tenía mentón y era más bien lampiño. Pero lo verdaderamente aterrador era su mirada incisiva, inmisericorde, capaz de atravesar como el filo de una espada al interlocutor que tuviese delante, para herir sin remedio en su ánimo y destruir su entereza con aquellos ojillos profundos, rasgados y absolutamente negros como la muerte.

Además de las cartas credenciales, los romanos hicieron entrega de los riquísimos presentes que traían para él, y que aceptó sin más.

—Permíteme, gran rey, que te transmita el mensaje de la sagrada persona de nuestro emperador Teodosio II —comenzó a decir con toda solemnidad Maximino.

—¡Cállate, romano! —gritó Atila, sin ninguna consideración—. ¿Para qué os presentáis ante mí como una nueva embajada? He dejado una y mil veces claro ante la corte de Constantinopla que no admitiría nuevas embajadas mientras no se me hiciera entrega de todos los traidores fugitivos que se encuentran refugiados en el Imperio y acogidos bajo su protección. Es un punto en el que no voy a transigir —dijo un Atila furioso, que los tenía a todos intimidados.

—Pero, *domine*, el mensaje de su sagrada majestad el emperador… —comenzó a balbucear Maximino, haciendo de tripas corazón.

—¡Te he dicho que te calles! Lo que tu emperador pretende hacerme llegar con ese mensaje lo conozco palabra por palabra —dijo el rey huno interrumpiendo al embajador, a la vez que hacía un gesto a uno de sus secretarios, que se puso a leer un documento.

Aunque ya lo había oído de labios de Edeco, para pasmo de Maximino y quienes le acompañaban, estaban escuchando la redacción literal, palabra por palabra, del mensaje del que ellos eran portadores y que en principio solo el jefe de la delegación conocía.

—Ya veis que no necesito que se me entregue mensaje alguno —dijo Atila satisfecho de mostrar el poder que tenía y de hasta qué punto era eficiente su servicio de espionaje, incluso en el entorno más cercano al emperador—. Entonces, pregunto: ¿a qué viene que os presentéis ante mí como una nueva embajada, pretendiendo hablar de otro asunto que no sea la entrega de los refugiados que he exigido?

—Pero majestad, nosotros mismos acabamos de entregaros a esos refugiados. Hemos hecho este largo viaje precisamente para traerlos hasta aquí —dijo Vigilas, al ver que Maximino se había quedado bloqueado por un momento.

—¡Maldita sabandija! ¡Traidor capaz del mayor disimulo! ¡Asesino con piel de cordero! ¡Maldito hijo de puta! —gritaba fuera de sí Atila, que se había puesto en pie, enloquecido por una furia salvaje, y al que se le habían hinchado las venas de las sienes y se le había enrojecido el rostro por toda la sangre que le había subido a la cara. Parecía que iba a atacar allí mismo al intérprete romano y acabar con él.

Maximino estaba atónito. A lo largo de su muy dilatada carrera diplomática, jamás se había visto en una situación parecida. No podía achacar lo que estaba contemplando simplemente a que Atila era un bárbaro; un bárbaro salvaje lleno de ira e incapaz de controlar su furia. Él sabía bien que era un hombre culto, pues no en vano había sido educado en su juventud, tanto en Roma como en Constantinopla, recibiendo la misma educación que cualquier otro miembro de la alta aristocracia romana.

El jefe de la legación diplomática sabía que, para el rey huno, la violencia salvaje que empleaba él y su pueblo no pasaba de ser un arma estratégica para conseguir sus fines, al provocar que el enemigo amedrentado estuviese más inclinado a rendirse que a luchar. Pero tenía que reconocer que la furia que en ese momento estaba contemplando era real; no fingida.

No entendía nada, no alcanzaba a comprender la razón de todo aquel comportamiento, porque, además, Vigilas había sido siempre una persona de su agrado, lo que había llevado a que participase en otras misiones diplomáticas anteriores, sin ningún tipo de problema. ¿A qué se debía esta inquina ahora hacia él, con ese trato, no ya alejado de la diplomacia, sino tan vejatorio y agresivo que era todo lo contrario? No, definitivamente, Maximino debía de reconocer que se encontraba completamente perdido y que no entendía nada.

—¿Cómo te atreves, gusano? ¿Cómo te atreves a decir en mi presencia que me habéis entregado a los refugiados que os tengo reclamados? —dijo Atila, haciendo un nuevo gesto al secretario, que, dando un paso adelante, comenzó a leer.

Era la lista nominal, uno a uno de los refugiados que reclamaba el rey y que, desde luego, no estaba compuesta solo por diecisiete nombres.

—Quiero que sepas, ser inmundo, que de no ser porque formas parte de una misión diplomática, te habría hecho empalar y tu cuerpo sería ahora pasto de los buitres y de los cuervos —siguió Atila gritando, dirigiéndose a Vigilas, que se encontraba al borde de un colapso nervioso—, pero no soy ningún bárbaro, como a vosotros os gustaría, y voy a cumplir con las sagradas normas que protegen a los embajadores. Esto es lo que he decidido: todos os quedaréis aquí y no volveréis hasta que yo lo decida. Os prohíbo pagar por nada que no sea comida o lo imprescindible para atender vuestras necesidades básicas. No podréis hacer ninguna compra cara, ni pagar rescate por ningún prisionero. Tú quédate —le dijo a Vigilas—. Los demás podéis salir. La audiencia ha terminado.

Maximino, Prisco y el resto de los diplomáticos presentes salieron de la tienda.

—Tú partirás ya en compañía de mi fiel y leal Esla.

Vigilas no era capaz de levantar la vista del suelo.

—Preparad mi carta de respuesta al emperador —dijo a sus secretarios—. Hay algo que quiero que transmitas con claridad a tu soberano: si no me entrega a todos los refugiados hunos a los que protege, será la guerra.

Vigilas partió de inmediato.

Atila entonces decidió visitar los territorios septentrionales de su imperio y se hizo acompañar de los embajadores romanos que habían quedado con él. Prisco, como buen historiador, tomaba nota de todo lo que era capaz de observar y escribía a diario sobre cuanto veía y escuchaba. Pronto descubrió que Atila tenía una actitud muy benevolente hacia sus súbditos. No era el monstruo de ira incontenible que pretendía mostrar ante extraños. En realidad, su forma de hacer justicia huía de cualquier exceso de crueldad hacia los suyos, siempre y cuando no fuesen culpables de traición, que era algo que no perdonaba y que castigaba con toda dureza. Durante el viaje fueron testigos del empalamiento de algunos condenados por traición, así que no les quedó duda de cuál había sido el destino de los rehenes que vinieron con ellos y le entregaron, según había exigido.

En una ocasión, siguiendo a la comitiva del rey huno, Maximino y

él se vieron sorprendidos por una fuerte tempestad, tanto que se perdieron y tuvieron que refugiarse en un pueblo huno gobernado por una mujer, que les ofreció una excelente hospitalidad, además de unas bellas muchachas, que fueron cortésmente rechazadas. Al partir, a pesar de haber perdido gran parte del bagaje en la tempestad, dejaron a la mujer ricos regalos de pieles y copas de plata, añadiendo una buena cantidad de pimienta y dátiles. Resultó que aquella mujer era nada menos que la viuda de Bleda, el desaparecido hermano de Atila, de cuyos partidarios se había deshecho y, sin embargo, le había concedido la jefatura de este pueblo, con lo que se había ganado su voluntad de forma incruenta.

Cuando por fin lograron alcanzar a Atila, lo hicieron en un gran campamento en el que el rey tenía una sede permanente de madera bien trabajada y lucida, rodeada por una empalizada con torres que no tenían una verdadera función defensiva, sino más bien ornamental y jerárquica, pues Onegesio, el segundo del rey, disponía de un recinto similar para sí, situado muy cerca, pero que carecía de esas torres. Todos los personajes importantes que rodeaban al líder huno tenían su propia mansión en lo que formaba un complejo palaciego. El recinto de Atila disponía incluso de unos baños al estilo romano. El historiador supo que había varios campamentos como aquel, con parecidas instalaciones, diseminados a lo largo y a lo ancho de los territorios controlados por Atila, pero no fue capaz de saber ni su número ni su ubicación.

En el transcurso de una cena oficial, Prisco tuvo ocasión de constatar la tolerancia de Atila hacia Zerco, el enano que había sido bufón de su hermano, que habría dado algún miembro de su cuerpo por arrancar una sonrisa al rey huno o el más mínimo signo de aprobación, cuando era evidente que solo le causaba fastidio, aunque hiciese reír de buen grado a los demás hunos presentes en la cena.

Lo que también pudo percibir era que Atila se mostraba muy distante con sus hijos, a los que trataba con evidente desprecio, a excepción de Ernac, para quien creyó ver una cierta expresión de ternura en sus ojos. Era su hijo menor y lo consideraba su heredero. Los adivinos, a los que el rey era muy aficionado, le tenían dicho que el imperio huno pasaría por un periodo de decadencia, pero que sería restaurado por Ernac.

Finalmente, acabaron por regresar al punto de partida, donde a poco llegó una embajada procedente de Rávena, enviada por Valentiniano III. Maximino decidió dar una cena a estos embajadores hermanos en tanto esperaban a ser llamados a presencia de Atila.

—Me cuesta mucho creer todo lo que os está ocurriendo y

francamente yo tampoco lo entiendo —dijo el *comes* Rómulo que lideraba la recién llegada legación romana de Occidente.

Acompañaban a Rómulo, que precisamente era suegro de Orestes, uno de los hombres de mayor confianza al servicio de Atila, Promoto, prefecto del pretorio de Nórico, Romano, *magister militum* de la misma provincia, Carpilio, hijo de Aecio, y Tatulo, el padre de Orestes, que marchaba para visitar a su hijo.

—Y mientras le habéis seguido en ese periplo por el norte ¿os ha seguido dando ese trato? —preguntó Promoto.

—En absoluto —respondió Prisco—. En realidad, solo nos hemos reunido con él en un par de ocasiones, aparte de algunas cenas oficiales, pero, a pesar de haber estado frío y distante, en ningún momento se ha vuelto a mostrar agresivo.

—Creo que para bien de nuestro Imperio todo, conviene que ambas cortes lleguen a acuerdos satisfactorios con él —dijo Romano—. Mientras sea rey de los hunos, debemos pensar que va a aprovechar la más mínima ocasión para expandir su territorio. Entre todos debemos lograr que su objetivo sea expandirse por Persia.

—Parece que con vuestra corte de Rávena las relaciones son cordiales —dijo Maximino.

—Y eso pretendemos: que lo sigan siendo —dijo Rómulo—. Por eso venimos a entregarle el nombramiento de *magister militum* honorario de Occidente.

La legación diplomática occidental fue recibida por Atila con todos los honores y muestras de agrado. Rómulo hizo entrega con toda solemnidad de los codicilos imperiales que contenían el nombramiento del rey huno, que a pesar de ser un título honorario llevaba aparejado la entrega regular de avituallamientos y grano para el ejército, así como el pago regular de dinero para su sostenimiento.

Todo ello tenía el propósito de perpetuar la alianza con Atila.

Los integrantes de la delegación de Rávena pudieron volver considerando su misión como un éxito diplomático.

Apenas pasaron unos días y Vigilas, que se había hecho acompañar en esta ocasión por uno de sus hijos, llegaba al campamento huno, de regreso de Constantinopla.

No le dieron un momento de respiro. Un grupo de guerreros se le echó encima para detenerlo y sin consideración alguna se pusieron a registrar todo lo que llevaba consigo él y su comitiva. Para horror del intérprete, entre sus pertenencias encontraron cincuenta libras de oro.

—Llevadlo ante nuestro rey —dijo el guerrero huno que estaba al mando—. Vosotros, acompañadme —dijo dirigiéndose a Maximino y Prisco.

Sin rechistar, asombrados por el hecho de que volvía a reproducirse el trato vejatorio sobre un miembro de la legación y sin comprender absolutamente nada, siguieron al guerrero hasta situarse en presencia de Atila.

Los hunos que traían a Vigilas lo llevaban casi a rastras y lo tiraron a los pies del rey.

—Bien, maldito traidor, ¿qué tienes que decir? —dijo Atila, fulminando al prisionero.

Vigilas, postrado y sin siquiera intentar ponerse en pie, elevó la mirada y en tono suplicante hizo un gesto con las manos como dando a entender que no comprendía qué se le preguntaba ni por qué se veía en esa situación.

—Dejé bien claro que os prohibía terminantemente hacer ninguna compra que no fuese para atender a vuestra alimentación y a vuestras necesidades más básicas. Os prohibí expresamente que hicieseis compras caras o que pagaseis rescate alguno. ¿Para qué son entonces las cincuenta libras de oro que traes contigo?

—Este dinero es para pagar rescates y adquirir mejores animales de carga para la vuelta —dijo Vigilas con voz lastimera.

—¡Mientes, canalla! —gritó Atila—. Confiesa de una vez tu crimen. Te lo pregunto por última vez. ¿Para qué son estas cincuenta libras de oro que has traído contigo?

Maximino y Prisco, con los ojos muy abiertos, se miraban de vez en cuando perplejos. Era evidente que el rey sabía algo que ellos ignoraban.

—Te juro que…

Vigilas enmudeció al ver cómo uno de los guerreros, a indicación de Atila, cogía a su hijo por los pelos y le hacía ponerse de rodillas, mostrando el cuello desnudo, mientras desenvainaba su espada curva y la alzaba en posición de descargar un golpe contra el joven.

—Confiesa o verás rodar ante ti la cabeza de tu hijo —dijo Atila con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas.

—¡Perdón, perdón, perdón…! Ten piedad, gran soberano. Yo solo he seguido órdenes de mis superiores. Por favor, deja vivir a mi hijo.

—¿Para qué traes esas cincuenta libras de oro? —volvió a preguntar Atila.

—Son para Edeco —dijo Vigilas al fin.

—¿Pensaba ese gusano seboso del eunuco Crisafio que podía comprar a uno de mis hombres más leales para asesinarme? ¡Imbéciles! Pensabais en esa corte podrida que Edeco había quedado deslumbrado y rendido ante las muestras de vuestra grandeza. Os creísteis que había quedado seducido por lo que no es más que la

expresión de vuestra decadencia y debilidad. Pensasteis que, con halagarlo y prometerle un lugar en vuestra corrompida sociedad, seríais capaces de comprar su voluntad para vuestros descabellados propósitos —gritaba Atila—. Lo sé todo. Sé que Crisafio, con el consentimiento de Teodosio, le invitó a una cena en privado y le prometió de todo si accedía a asesinarme a su regreso. Con lo que no contabais era con la absoluta fidelidad de Edeco que le faltó tiempo para contármelo y ponerme sobre aviso al volver. De él fue la idea de pedirte las cincuenta libras de oro para sobornar a otros miembros de mi corte para que participasen en mi asesinato. El que tú las hayas traído es la prueba de la existencia de este complot contra mi vida.

—Perdón, perdón, perdón… —gimoteaba Vigilas—. Por favor, no mates a mi hijo.

Ahora Maximino y Prisco lo comprendían todo. Constantinopla los había utilizado de cobertura para intentar asesinar a Atila. También comprendieron el comentario que en su momento le hizo Orestes sobre que no había sido tratado igual que Edeco, puesto que él no estuvo invitado a la cena con Crisafio, en la que se urdió todo.

Vosotros podéis regresar. Sé que nada habéis tenido que ver en esta traición. Ya decidiré qué mensaje envío a vuestra corte. De momento, hacedle llegar a vuestro emperador mi voluntad de que, en lo sucesivo, no recibiré ninguna misión diplomática que no esté encabezada por Anatolio, Nomio o Senator, a los que considero de mi agrado y con el suficiente nivel para tratar conmigo.

CAPÍTULO XVIII

Atila protagonista

A. D. 450
1203 Ab urbe condita

Atila se tomó muy en serio su nuevo nombramiento como *magister militum* del Imperio romano de Occidente. Pretendía tener un papel en las cuestiones romanas, hasta el punto de que comenzó a intervenir en los asuntos de la Galia. Así, concedió asilo en su corte a Eudoxio, uno de los cabecillas de las revueltas bagaudas, que asolaban la región situada entre el Loira y el Sena. Acto seguido, tomó partido en el conflicto sucesorio de los francos ripuarios, terciando en la sucesión del fallecido rey, al apoyar al mayor de los hijos, Childerico, contra el menor, Meroveo, que también aspiraba al trono con el apoyo de Aecio, que lo había adoptado. El rey huno comenzó a ver a su amigo de la infancia como un rival, pues iba madurando la idea de ser él su sustituto al frente de los ejércitos de Occidente.

La corte de Rávena, siempre dispuesta a deteriorar la posición de Aecio, en su eterno enfrentamiento con él, entendía que podía sacar partido de esta competencia entre el monarca bárbaro y el general romano, dado que, al reservarse la monarquía imperial el privilegio de otorgar las altas dignidades, se situaba en el centro del conflicto, ejerciendo un papel arbitral que le favorecía. De lo que no se dieron cuenta es de que la irrupción en escena de un personaje tan poderoso, que hasta el momento había permanecido en la sombra, podía modificar sustancialmente el curso de los acontecimientos.

En cuanto a los asuntos pendientes con la corte de Constantinopla, Atila decidió que había llegado el momento de devolver al emperador de Oriente la humillación a la que había sido sometido con la perpetración de aquel intento de asesinato.

Podía haber empalado a Vigilas, puesto que había quebrantado todas y cada una de las normas que regulaban las relaciones diplomáticas y, por tanto, él no habría estado obligado a observarlas, pero decidió perdonarle la vida. Lo hizo encadenar y envió de vuelta a

su hijo, permitiéndole comprar la libertad de su padre a cambio de otras cincuenta libras de oro. El hijo de Vigilas regresaría a Constantinopla con una delegación huna encabezada por Orestes y Eslas, otro hombre de su entera confianza, a quienes dio instrucciones muy precisas de cuál debía ser su comportamiento en presencia de Teodosio II.

Crisafio, *praepositus sacri cubiculi* del emperador de Oriente, desde hacía ya siete años, se encontraba de muy mal humor. O, mejor dicho, de peor humor de lo que era habitual en él. El eunuco estaba acostumbrado a comportarse como un ser melifluo y servil con sus superiores, pero era un verdadero déspota insoportable y peligroso con quienes consideraba que no estaban a su altura en la jerarquía cortesana. Su función nominal era la de ser responsable del dormitorio sagrado del emperador. Era costumbre que ese puesto lo ejerciese un eunuco, que estaba a cargo de todos los eunucos y resto de servidumbre que se ocupaba del servicio del soberano. Debido a la cercanía a la familia real, que el ejercicio como gran chambelán de este cargo suponía, quien lo ocupaba se convertía en una de las personas con más poder, riqueza e influencia en la corte.

Era un personaje odiado, temido y despreciado. Era la imagen misma de lo que el pueblo consideraba la encarnación del diablo, que tenía sangrados a todos con unos impuestos desorbitados, que promovía a funcionarios corruptos, siendo él el más corrupto de todos y que tenía dominado al bueno del emperador, al que mal aconsejaba permanentemente. Cobarde y temeroso siempre de una guerra, partidario del apaciguamiento, había gastado tanto oro del erario en sobornar a los bárbaros para mantenerlos tranquilos, que bien se podía haber pagado una campaña militar para terminar definitivamente con ellos.

En su forma de ver las cosas, hacer la guerra a los hunos era absurdo, porque si esa guerra se ganaba, no se obtenía ningún beneficio, dado que se trataba de un pueblo nómada al que no se le podían tomar ciudades, ni habían levantado ninguna construcción digna de tal nombre, por lo que no habría territorios que incorporar al Imperio, que fuesen capaces de aportar nada. Si la guerra se perdía, podría significar el fin, pues la vocación destructiva de este pueblo, que odiaba vivir en una ciudad, era ilimitada.

Crisafio no solo estaba de mal humor; estaba preocupado. Desde hacía bastantes días esperaba recibir unas noticias que no acababan de llegar. Si el complot contra Atila había tenido éxito y el jefe huno había sido asesinado, la noticia tendría que haber llegado ya. El silencio de Vigilas no era una buena señal. Quería pensar que habrían

surgido dificultades, que finalmente acabarían por superarse, pero empezaba a temerse lo peor.

Un fracaso en este asunto y el correspondiente escándalo no harían sino socavar su posición en la corte, en la que era tan temido como odiado y en la que solo el favor imperial le mantenía a salvo de los innumerables enemigos, que se había forjado en estos años de ejercicio de un poder omnímodo. Había conseguido apartar de la corte a la hermana del emperador, Pulqueria, que vivía en un palacio aparte, al que llamaban irónicamente el monasterio, dedicada a la oración. Pero la augusta no había perdido gran parte de su influencia sobre Teodosio, pues cada semana la visitaba y seguía escuchando sus consejos. A Crisafio no podía pasar desapercibida la influencia que seguía ejerciendo, porque sistemáticamente, después de cada visita, el emperador le trasladaba quejas, le hacía preguntas incómodas y comentarios que resultaba evidente que a él no se le habrían ocurrido nunca.

Pulqueria era alta, delgada, frágil, de piel muy clara y cuya eterna belleza le hacía aparecer ante todos como el ángel bueno que seguía velando por su hermano y por el bien del Imperio.

Por otro lado, el emperador hacía mucho tiempo que había dejado de sentirse atraído por el eunuco, que había perdido aquella belleza efébica y andrógina que tanto fascinaron a Teodosio años atrás. Había engordado. Había engordado mucho. Su carne era ahora macilenta y blanda. Había perdido el pelo y llevaba la cabeza completamente afeitada y, si seguía manteniéndose, era gracias a haberse sabido hacer imprescindible y al férreo control que mantenía sobre la corte. Así que un fracaso de semejante magnitud en el asunto del complot contra Atila no le convenía en absoluto.

Dos meses habían pasado y la espera se le hacía cada vez más insoportable.

—Mensaje urgente, *domine* —le dijo uno de sus secretarios, mientras se lo entregaba.

Crisafio tomó la nota y se dio media vuelta para abrirla, tras despedir al funcionario con un gesto.

En la nota se le informaba de que una delegación huna estaba a punto de llegar a Constantinopla. La embajada iba encabezada por Orestes y entre los componentes del grupo se encontraba Vigilas.

Crisafio se sentó detrás de su escritorio con la nota en la mano y la mirada perdida en los coloridos frescos de su despacho.

—«¿Qué significa esto?» —pensó.

¿Cómo era posible que estuviesen a las puertas de Constantinopla y Vigilas no hubiese anunciado su llegada con antelación?

—Una nota del *magister officiorum, domine* —dijo otro de los secretarios, entregándole el documento.

Debía presentarse ante el emperador. Se le informaba que se aproximaba una embajada enviada por el rey Atila, que pedía ser recibida a su llegada, y Teodosio había accedido a ello.

Parecía que comenzaban a tomar cuerpo los peores presagios que pudiera tener el eunuco, porque, si la embajada estaba enviada por Atila, es que no había muerto y, si Vigilas no había avisado de su llegada es porque no había podido.

A toda prisa se dirigió a sus aposentos privados para vestirse con las galas e insignias propias en una audiencia imperial.

Quiso Teodosio que la recepción resultase lo más solemne posible y tan deslumbrante como la que más, pues tenía muy en cuenta el mensaje de Atila, recibido a través de Maximino, sobre las quejas que le había manifestado relacionadas con el nivel de los embajadores que se le asignaban. Había dejado claro que en lo sucesivo no recibiría más que a personajes que ostentasen el mayor rango entre los del Imperio. Quería el soberano que, cuando los diplomáticos que iba a recibir, volviesen a su tierra, contasen al rey huno que se les había tratado con la mayor consideración y reconocimiento. Es decir, el reservado solo a los representantes de los más poderosos monarcas.

Teodosio entró en el salón de audiencias, con el porte elegante que le caracterizaba y, con paso tranquilo y seguro, se dirigió al lugar en el que se encontraba el trono. Tenía la misma complexión que su hermana Pulqueria. Algo más alto que ella, era delgado, de piel blanca y estaba dotado de una grácil y delicada belleza. Portaba las vestiduras ceremoniales de gran gala. Vestía una pesada y larga túnica blanca, sujeta al cuerpo con un ceñidor de color púrpura. Sobre sus hombros llevaba el manto imperial también de color púrpura y adornado con un ancho ribete dorado, que estaba recamado con perlas y piedras preciosas. Todo aquel peso que habría hecho tambalearse a un gladiador, él lo portaba con la aparente agilidad de quien se siente cómodo, por estar acostumbrado a lo que lleva puesto. A todo esto, se añadían los gruesos brazaletes de oro, la diadema igualmente de oro incrustada de perlas, cuyo tamaño elevaba considerablemente la estatura del emperador, y el báculo, del mismo metal precioso con una enorme esmeralda en la base y rematado por una cruz.

Teodosio ocupó su trono y el gran camarlengo, con movimientos ágiles y expertos, colocó los pliegues del manto extendidos por el suelo de pórfido y, dando un paso atrás, se colocó en su sitio pendiente del más mínimo detalle.

Cuarenta guardias con armaduras y escudos dorados, yelmos de

plata y sus características capas blancas, a las órdenes de Cayo Rupilio Segundo, habían presentado armas, al entrar la sagrada persona y ahora se ocuparían de su custodia.

En el salón de audiencias se encontraban presentes los más relevantes personajes de la corte. Había sido convocado el *magister officiorum* Marcial, el *praepositi sacri cubiculi* Crisafio, el *comes sacri larguitionum* Nomio, el *magister militum praesentialis* Anatolio, el *magister militum* para Oriente, Flavio Zenón, el senador, cónsul y senador Aspar, el *magister militum* Marciano, el alto consejero Senator, el obispo de Constantinopla también llamado Anatolio, el vicario para la supervisión de los monasterios Eutiquio, y todo aquel que ocupaba un alto cargo o resultaba relevante en la corte.

El maestro de ceremonias, un anciano de escaso pelo blanco, delgadísimo, de considerable altura y barba de chivo, ojos pequeños pero incisivos y nariz aguileña, celoso guardián del más estricto protocolo, estaba convencido, a la vez que se sentía responsable, de que el estrecho cumplimiento del solemne ceremonial era la forma de poner de manifiesto la grandeza inalcanzable de la figura del emperador, así como de la gloria y el poder del Imperio. Pendiente de todo, fue avisado de que la embajada huna había entrado en palacio y se acercaba a la sala del trono. Báculo de marfil en mano, salió a toda prisa, para advertir a los recién llegados de las normas básicas sobre el comportamiento que debían observar en presencia del emperador.

Muy poco le gustaba la improvisación. Estas cosas había que prepararlas con tiempo. No entendía cómo se autorizaba una recepción con esta premura. En fin, se consolaba pensando que haría lo que pudiese, aunque no confiaba nada en estos visitantes, bárbaros, al fin y al cabo.

El maestro de ceremonias, situado a la puerta de entrada de la antesala que daba acceso al salón, hizo una leve inclinación cuando la legación diplomática se le estaba acercando.

—Bienvenidos dignísimos representantes del rey emperador de los hunos… —comenzó a decir el maestro de ceremonias, con tono afectado, no carente de amaneramiento.

—¡Aparta! —le dijo Orestes, empujando al anciano hacia un lado.

Todos los componentes de la legación se dirigieron directamente a la puerta de entrada del salón de audiencias.

Horrorizado, el maestro de ceremonias, cuando pudo reaccionar ante el inesperado comportamiento del grupo de hunos, corrió detrás de ellos como dando saltitos, mientras con una mano se subía la túnica que le llegaba a los pies, y con la otra sujetaba el báculo de marfil.

—No, no, no, no, no, no, no… —decía compungido y casi lloroso, mientras trataba infructuosamente de ponerse a la cabeza del grupo.

No lo consiguió y los hunos entraron en la sala de audiencias antes que él.

Una vez dentro, el maestro de ceremonias, manteniendo el mismo trotecillo ridículo, consiguió adelantar a todos.

—No, no, no, no, no, no, no… —repitió en voz baja, al pasar junto a Orestes.

El anciano ocupó su lugar para intentar cumplir con su cometido.

—Es voluntad de la divina y sagrada persona del emperador y *pater noster*, venerado por siempre, recibir en audiencia a los enviados de Atila, rey emperador del pueblo huno —dijo, a pesar de que era una frase que debería haber pronunciado antes de que las doradas y pesadas puertas del salón se abrieran para dejar pasar a los visitantes, y ahora estaba ya fuera de lugar.

La actitud de los que acababan de llegar no auguraba nada bueno. La sorpresa de Teodosio fue grande, porque, acostumbrado al rígido y solemne protocolo de la corte, en el que nunca se producía un fallo, era testigo de cómo habían entrado sin ser anunciados, con paso seguro, la cabeza levantada orgullosamente, con mirada desafiante y rodeados de sus soldados de escolta, que portaban armas. No había uno entre los recién llegados que no mirara con altanería a los allí presentes. Desde luego, lo que no se mostraba ninguno era impresionado por el esplendor, lujo y boato que les rodeaba en el mismísimo salón del trono y en presencia del propio emperador y toda la corte.

Crisafio, al principio, no hacía más que mirar a Vigilas, que venía con el grupo y parecía una sombra de sí mismo. Estaba desmejorado, como ausente y apenas se atrevía a levantar la mirada del suelo. También pudo ver con espanto, porque la reconoció, la bolsa que llevaba colgada al cuello Orestes, que era la que se le había entregado a Vigilas con las cincuenta libras de oro, destinadas a sobornar a quienes Edeco había prometido implicar en el asesinato de Atila. Crisafio empezó a tener sudores fríos, porque lo que estaba viendo era la demostración de que el complot había sido descubierto.

El maestro de ceremonias, por su parte, estaba más pálido a cada momento al comprobar que los embajadores hunos no se postraban de rodillas ante la *sacra maiestas* del emperador. Y no es que no se arrodillaran, sino que ni siquiera estaban dispuestos a realizar la más leve inclinación de cabeza, a pesar de las indicaciones que trataba de hacerles mediante gestos, que cada vez quedaban como más ridículos.

Cayo Rupilio había puesto la mano en el pomo de su espada, al ver

entrar a los escoltas de los embajadores hunos portando armas, y con la mirada avisó a la guardia presente de que estuvieran todos alerta. El mismo *magister militum* Anatolio, rojo de ira ante la impertinencia y falta de respeto de la que estaba siendo testigo, había puesto su mano en la empuñadura de su espada, que apretaba con fuerza, tratando de contenerse.

Por fin, sin mayor preámbulo, Eslas adelantó un paso y se situó frente al pasmado emperador, incrédulo testigo de cuanto presenciaba.

—Este es el mensaje que Atila emperador de los hunos hace llegar a Teodosio II, emperador de los romanos —comenzó a decir Orestes—: «Mi rey y emperador es hijo de un padre de noble cuna, al igual que tú lo eres. Pero, mientras que Atila se ha hecho acreedor con sus actos de la dignidad que heredó de su padre Munzuc, tú te has hecho indigno de la gloria paterna y, al consentir pagar tributo, te has rebajado a la condición de esclavo. Por eso es justo que honres y reverencies al hombre que por su valía y mérito se encuentra por encima de ti, en lugar de conspirar secretamente, como un vil esclavo, contra la vida de su señor y amo».

Los presentes no se atrevían ni a respirar, pasmados, estupefactos ante lo inaudito de lo que estaba ocurriendo, y un silencio sepulcral se adueñó del salón de audiencias.

Nadie fue capaz de decir nada. Lo inesperado de cuanto estaba ocurriendo había paralizado a todos, hasta el punto de que el propio emperador se sintió solo y absolutamente desvalido, ante una situación inesperada, que era incapaz de manejar.

Entonces, fue Orestes quien tomó la palabra.

—Es voluntad de mi emperador y rey Atila que se satisfagan sin más demora los tributos en oro pendientes de pago, así como que se realice de inmediato la entrega de los refugiados reclamados. Una vez más dice que el Imperio romano de Oriente debe despejar al sur del Danubio la franja acordada en el último tratado suscrito. Además, el emperador debe proporcionar una esposa romana de noble cuna, con dote apropiada a Constancio, hombre de su confianza.

A muchos de los presentes les pareció esta petición fuera de lugar en el contexto del que estaban siendo testigos, pero era algo en lo que el rey huno se había empecinado, quizás para demostrarle a su hombre de confianza Constancio, romano de origen, su poder sobre el emperador y hasta qué punto tenía que someterse a lo que a él se le ocurriese demandar.

—Por último —continuó Orestes con su discurso—, mi rey, Atila, exige la cabeza de Crisafio.

Un incontenible murmullo de sorpresa se extendió por toda la sala,

mientras al eunuco se le iba el color de la cara y a punto estuvo de desmayarse.

—De no satisfacerse estas demandas, será la guerra. Si se está de acuerdo en cumplir cuanto se pide, el emperador de Oriente deberá enviar una nueva embajada para fijar los términos y detalles de ese cumplimiento —dijo Orestes para terminar.

Sin más y con mirada desafiante, sin dilación ni mayor ceremonia, los representantes hunos dieron media vuelta y salieron del salón, dejando atrás a unos cortesanos que no daban crédito a lo que acababan de presenciar.

Los miembros de la corte tuvieron que dejar pasar algunos días para asimilar el impacto que esta embajada había producido. Al final, lo que se decidió fue enviar a Atila una nueva legación diplomática encabezada por Anatolio, negociador del agrado del rey huno, al que acompañaba el *comes sacri larguitionum* Nomio. En esto se daba satisfacción a sus demandas, pues no podía haber embajada de mayor rango con estos componentes, ya que no había nadie que gozara de mayor prestigio en el Imperio.

Tras varias semanas de dura travesía hacia el norte, la embajada llegó por fin al complejo palaciego en el que se encontraba Atila. Este se mostró hosco, desconfiado y arrogante al principio, pero el buen hacer de Anatolio y sobre todo la inmensidad de los regalos que hicieron al rey huno, especialmente desmesurados en el caso de Crisafio, que buscaba que el rey dejara de pedir su cabeza, hicieron que atemperase el trato, hasta el punto de que, en un determinado momento, las negociaciones comenzaron a fluir. Incluso para sorpresa propia, lo que no habían conseguido anteriores embajadas lo logró Anatolio.

Atila juró que mantendría la paz en los términos ya establecidos en el anterior tratado, renunciaba a la franja que había exigido de doscientos kilómetros a lo largo de la ribera sur del Danubio, aceptando retirar sus huestes de la zona y dejando de reclamar a los refugiados pendientes aún de entrega, con la condición de que no se diese cobijo a nuevos fugados. También liberó al hijo de Vigilas, sin cobrar ningún rescate por su vida y puso en libertad, también sin cobrar nada a cambio, a gran cantidad de prisioneros romanos que tenía en su poder. Del intento de asesinato no se volvió a hablar. Y finalmente, llenó de regalos, tanto a Anatolio como a Nomio, que a su regreso fueron recibidos en Constantinopla como verdaderos héroes, al haber obtenido unos resultados tan satisfactorios.

Volvieron en compañía de Constancio, el secretario de Atila para el que estaba empeñado en encontrar una esposa de alta alcurnia y rica.

Se habían comprometido a satisfacer su demanda.

Al final, Crisafio salvó su cabeza por muy poco. Teodosio se la habría enviado a Atila de buena gana para lavar su culpa, al haber dado su consentimiento al complot para el asesinato del rey huno. Había sido una ocurrencia del eunuco. Si no había tenido éxito, al emperador no le dolían prendas en ceder, si con eso conseguía librarse de su propia responsabilidad.

Paradójicamente, Crisafio salvó la vida porque no era solamente Atila quien tenía pedida su cabeza, sino que también la tenía pedida Flavio Zenón. El enfrentamiento venía de lejos y precisamente tenía que ver con el empeño de Atila de casar a su secretario Constancio con una romana de alto rango.

Hacía meses que el rey huno había planteado esa petición, que fue atendida, con intervención de Crisafio y a satisfacción de todos, pues Constancio quedó prometido con una hija de Saturnino, un cortesano inmensamente rico.

Zenón era un general a quien no se debía contrariar. Enormemente popular desde que tres años antes se ocupó de la defensa de Constantinopla, tenía bajo su mando, como *magister militum* de Oriente, al ejército imperial. Estaba enfrentado con el eunuco Crisafio al que odiaba a muerte, y para ponerle difíciles las cosas con Atila y dejarlo en evidencia, no se le ocurrió otra cosa que raptar a la prometida de Constancio y casarla con uno de sus leales, hacía de esto un año ya. El objetivo era que la misión de Maximino fracasara y se deteriorara el prestigio de Crisafio.

Pero al margen y en paralelo a esa misión, enterado Atila de lo sucedido, llegó a ofrecer fuerzas militares a Teodosio para que se enfrentara a Zenón. El emperador enfurecido, instigado por el eunuco, decidió confiscar los bienes de Saturnino, para que quien se había casado con su hija no tuviera acceso a la riqueza del cortesano, frustrando así la voluntad del general de favorecer a su hombre. Fue entonces cuando Zenón pidió la cabeza de Crisafio, cosa a la que Teodosio no había accedido.

De este modo, cuando Atila también pidió la muerte del eunuco, el emperador no pudo contentarlo de inmediato, porque sería darle lo que a Zenón se le había negado, y este, ofendido, era capaz de sublevarse, no solo con el ejército que tenía a sus órdenes, sino que, siendo isaurio, podía provocar la sublevación del Asia Menor.

En cualquier caso, lo que nadie podía imaginar era la verdadera razón del cambio de actitud de Atila, que le había llevado a suscribir un acuerdo tan satisfactorio con el Imperio oriental.

El papa León I convocó un sínodo de obispos italianos en Roma,

donde se condenaron las conclusiones a que se había llegado en Éfeso y se dirigió a la corte. Valentiniano III, su esposa Licinia Eudoxia y su madre Gala Placidia, presentes en Roma con motivo de la festividad de la Cathedra Petri, le recibieron en palacio, donde pudo hacer un pormenorizado relato de los hechos que habían llevado a la actual situación en relación con el monofisismo. Los tres se mostraron de acuerdo con el papa y escribieron a sus parientes en Constantinopla para evitar que se produjese un cisma en la Iglesia. El emperador de Occidente solicitó a Teodosio que convocase un concilio ecuménico en Italia. La respuesta de aquel fue fría y en ella confirmaba la legitimidad del Concilio de Éfeso a la vez que rechazaba la intervención del obispo de Roma en los asuntos de Oriente.

CAPÍTULO XIX

Justa Grata Honoria prometida

A. D. 450
1203 Ab urbe condita

Aecio conocía bien a Atila y recelaba de la facilidad con la que había pasado de mantener una postura extraordinariamente agresiva contra Teodosio, a llegar a un acuerdo lleno de generosidad hacia Constantinopla, del que puntualmente le tenían informado sus agentes en aquella corte y en la de Atila. El rey huno no era un ser inclinado al perdón ni se caracterizaba precisamente por su generosidad. No le cabía en la cabeza un cambio tan sorprendente, que le había llevado de pedir venganza por el intento de asesinato que había sufrido, a pasarlo todo por alto y mostrarse amable con quienes parecía que antes quería destruir en castigo por la ofensa sufrida. Si en algo cedía o algo consentía, es porque le convenía y esperaba obtener un mayor beneficio. De eso no tenía ninguna duda.

No era tampoco su inexistente amor por la paz lo que le había llevado al acuerdo. ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Qué estaba urdiendo entonces?

Aecio, situado en la Galia, se encontraba en Aurelianorum reunido con sus consejeros más cercanos para tratar el asunto.

—¿Se comenta algo en Roma sobre esto, Valerio?

Valentiniano III había abandonado Rávena a principios de año y se encontraba en la antigua capital del Imperio desde entonces.

—Heraclio está convencido de que pretende atacar Persia, según la información que le ha hecho llegar Crisafio, basada en lo que los propios hunos, al parecer, dijeron a Prisco. Es por eso por lo que a Atila le conviene una paz con Constantinopla —dijo Valerio, que acababa de llegar de la corte.

Julio Valerio Mayoriano era uno de los generales a las órdenes de Aecio y hombre de confianza, pues no en vano el gran general impulsaba su carrera desde el principio, al ser muy amigo de sus padres, y por la decisiva contribución que un joven Mayoriano, jefe de

la guarnición de Tours, cuando tenía veintiocho años, tuvo en que la ciudad no sucumbiera al asedio de los francos ripuarios liderados por Clodión, y en la inestimable ayuda prestada para que Aecio pudiera derrotarlos en Vicus Helena. Mayoriano venía de estirpe militar, pues su abuelo había sido el comandante en jefe de las tropas del Ilírico en tiempos de Teodosio. Era muy apreciado por Valentiniano III y a Aecio le convenía que estuviera a caballo entre la Galia y la corte, pues obtenía de él y sus relaciones una valiosa información.

—¿Y cómo va a desplazar un ejército desde las llanuras dacias hasta Persia? —preguntó Optila.

—Bueno, no es la primera vez que ocurre. Hace cincuenta años realizaron una campaña contra el imperio sasánida. Los hunos conocen bien el camino, basta con bordear la costa del mar Negro, para penetrar en Mesopotamia desde el Cáucaso —dijo Ricimero.

Flavio Ricimero era general romano de origen suevo, procedente de Gallaecia, en Hispania. Hijo de Requila, rey de los suevos, era nieto de Hermerico, que también había sido rey del mismo pueblo. Por parte de su madre, princesa visigoda, era nieto también del rey de los visigodos Walia. De fe arriana, había pasado su juventud en la corte de Valentiniano III y había luchado a las órdenes de Aecio. Al principio, suevos y visigodos eran aliados, pero se enemistaron y la balanza se inclinó del lado visigodo, lo que llevó a Ricimero a ponerse al servicio de Roma para hacer una carrera militar exitosa, habiéndose integrado muy bien en el ámbito de la élite romana. Era muy amigo de Mayoriano.

—Pero, hay que tener en cuenta que entonces estaban situados al norte del mar Negro y ahora tendrían que desplazar todo un ejército, desde mucho más al oeste, donde se encuentran —dijo Marco Lupo Serrato.

—No, no es Persia su objetivo —dijo Aecio reflexionando.

—¿Descartas por completo que no quiera disfrutar de un periodo de paz; de un descanso? —preguntó Lupo.

—Atila no es un hombre que descanse. Desde que se deshizo de su hermano Bleda, cuya muerte accidental nadie cree, ha conseguido unificar a todas las tribus hunas bajo su mando, para después someter a todos los pueblos de Germania y cuantos habitan entre el Rin, el Báltico, las grandes estepas, y el Ponto Euxino hasta el Cáucaso. Tras eso ha asolado Tracia hasta convertirla en una región devastada y deshabitada. No, no es descanso lo que busca. Su ambición no se lo permite, y mucho menos es un hombre de paz —dijo Aecio—. Además, desde que tiene en su poder la espada de Marte, se cree verdaderamente destinado a dominar el mundo y no va a descansar

hasta conseguirlo.

—¿Entonces? —preguntó Mayoriano.

—Entonces tenemos que anticiparnos para evitar que nos sorprenda sin estar preparados —dijo Aecio.

—Creo que estoy plenamente de acuerdo contigo. No quiere una tregua porque tenga problemas internos y quiera resolverlos. Ha logrado un dominio total de su imperio y ahora todos le aceptan y le siguen —dijo Ricimero, reflexionando en voz alta—. El tratado con Constantinopla evidencia un cambio de objetivo, porque era a esta a la que pretendía atacar. La verdad es que, si estamos convencidos de que su intención es seguir conquistando, cosa de la que estoy seguro, y excluimos a los persas, no nos queda más remedio que reconocer que su próximo objetivo vamos a ser nosotros.

—¿Estáis de acuerdo en que este es el razonamiento correcto? —preguntó Aecio a los presentes.

Todos respondieron afirmativamente.

—Bien, entonces solo cabe que nos preparemos —dijo el general extendiendo un mapa sobre la mesa.

Dio unos toques con el dedo índice sobre el punto en el que se ubicaba la capital de Atila.

—Cuando decida invadirnos, puede tomar dos caminos —dijo mirando uno a uno a los reunidos, como queriendo captar su atención —. Puede atacar directamente Italia, penetrando a través de los Alpes Julianos y tomando Aquilea, o puede atacar primero la Galia para destruir a los visigodos y evitar que nosotros los utilicemos para caer sobre él desde el norte.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Ricimero—. Porque no podemos disponer de dos ejércitos a la vez para defender uno y otro sitio, y dividir las tropas resultaría suicida. ¿Dónde crees que atacará?

—No lo sé. Y tienes razón, no debemos dividir el ejército.

—¿Entonces? —dijo Lupo.

Aecio dio unos golpecitos con su dedo índice sobre el mapa, señalando la zona de Mediolanum.

—El ejército lo situaremos aquí. Pienso llegar a un acuerdo con los visigodos. No creo que tengan ningún interés en quedar a merced de Atila. Si este ataca directamente Italia, podremos hacerle frente hasta que vengan en nuestra ayuda para entonces enfrentarnos con tropas suficientes.

—¿Y si decide atacar primero la Galia? —preguntó Mayoriano.

—En ese caso, dejaremos que se desgaste asediando y tomando ciudades fuertemente amuralladas —explicó Aecio—. La ruta más probable será esta —dijo señalando sobre el mapa una línea que desde

el Rin se adentraba en la Galia por el norte. Llegado a este punto, tendrá que bajar por el valle del Loira, cuando pretenda dirigirse a Italia, y entonces llegará hasta Aurelianorum, la ciudad en la que nos encontramos.

Marco Lupo Serrato pensó en ese momento que no estaban allí por casualidad. Le pareció evidente que el general ya tenía un plan bien meditado.

—Vamos a reforzar el sistema defensivo de esta ciudad, hasta hacerla inexpugnable. Quiero que cuando Atila llegue con un ejército ya fatigado, se desgaste todo lo posible contra las defensas que vamos a construir. Así, cuando nuestro ejército llegue fresco y fuerte, tendremos una oportunidad de vencerle.

Los reunidos guardaban silencio. No era un mal plan, pero a nadie se le escapaba que Atila nunca había perdido una batalla.

Para comprender la razón última del cambio de estrategia que el rey huno ponía de manifiesto con su radical cambio de actitud, respecto a la parte oriental del Imperio, habría sido necesario remontarse a algunas semanas antes de que ese cambio se produjese.

Justa Grata Honoria, la hermana de Valentiniano III, emperador de Occidente, e hija de Gala Placidia, vivía su destierro, supuestamente confinada en un palacio aparte, dentro del complejo palatino de la corte de Teodosio II, en Constantinopla.

Pulqueria, hermana de Teodosio, sobrina de Gala Placidia y, por tanto, prima de Honoria, que también vivía en su palacio aparte, piadosísima cristiana, que había hecho voto de virginidad y vivía entregada a la oración, había intentado controlar a la rebelde y salvaje princesa de Occidente. De que no lo había logrado eran muestra las continuas fiestas que la frívola princesa daba, que solían acabar en verdaderas orgías.

En una de esas fiestas, que se estaba convirtiendo en una voluptuosa bacanal, envuelta en la tenue luz de las velas y las lucernas estratégicamente distribuidas por todo el inmenso salón de banquetes, se encontraba Honoria recostada junto a su íntima amiga Flavia.

—No te veo muy contenta esta noche —dijo la amiga.

—No tengo ninguna gana de volver a Rávena y mucho menos para casarme con ese viejo asqueroso que me han buscado como marido.

—Espera, que esto te va a animar —dijo Flavia, sacando una pequeña bolsa de lino de la que extrajo algo que parecía una piedra del tamaño de un dado, que, sin embargo, pudo pinchar al extremo de un palito puntiagudo, que también sacó de la bolsa.

—¿Qué es eso? —preguntó Honoria intrigada.

—Espera… —dijo Flavia, acercando aquello a una vela—. Confía

en mí.

Un denso humo de aspecto empalagoso y fuerte olor comenzó a desprenderse y Flavia acercó su nariz a aquella fina nube, que parecía danzar en un baile lento y sinuoso, para aspirar con fuerza.

—¡Ahhh…! —musitó—. Ahora tú.

Flavia volvió a acercar aquello a la llama y Honoria imitó a su amiga, aspirando fuertemente aquel humo.

—¡Uah! —dijo frotándose la nariz, apartando la cabeza y dejándola caer en el triclinio—. ¿Qué es esto? —preguntó.

—Es algo que me traen de Mauritania y que quita todas las penas. Levanta el ánimo de inmediato —Flavia sonrió y se quedó mirando a Honoria—. ¿Qué piensas hacer?

—¿Respecto a qué? —preguntó la augusta distraída.

—Respecto a casarte con ese senador del que me hablas.

—¿Flavio Baso Herculano? ¡Ji, ji, ji, ji…! —rio sin venir a cuento, bajo los primeros efectos del humo que había inhalado—. No pienso dejar que me toque ese viejo rijoso. Si tanto le gusta a mi hermano, que se acueste con él.

Las dos rompieron a reír como locas, y volvieron a acercar aquella sustancia a la vela y a inspirar el humo.

—Mi hermano y mi madre me tratan como si yo fuese una de sus propiedades, y mi primo Teodosio y Pulqueria se comportan como sus cómplices —dijo Honoria.

—No veo cómo vas a evitar casarte con el senador.

—Verás. Pensando en que mi madre al único hijo que realmente quiso fue al pequeño Teodosio, al que tuvo con Ataúlfo, del que se enamoró ciegamente, y que perdió a los pocos meses de edad, me di cuenta que ella sí que pudo entregarse a un bárbaro, cuando a mí, por razones de Estado, casi me obligan a hacer voto de virginidad. He tenido una idea que va a hacer que les duela la cabeza a todos.

—¿En serio? —dijo Flavia, antes de dejarse llevar por una risa nerviosa.

Ambas se pusieron a reír como dementes histéricas.

Flavia se quedó mirando a Honoria con una mirada turbia.

—Ven aquí —dijo mientras metía una mano por el amplio escote de la túnica, acariciándole un pecho a su amiga.

—¿Sabes Flavia que eres una putita? —dijo Honoria, atrayéndola hacia sí y besándola en los labios.

—¿Y tú sabes que eres una augusta viciosa? —le respondió metiéndole la mano entre sus piernas, separándolas levemente y comenzando a acariciar y penetrar su sexo.

—¡Ahhh…! —exclamó Honoria, en un suspiro que vació de aire

sus pulmones.

Al eunuco Jacinto no había una sola parte de su orondo cuerpo que no le doliera. Acostumbrado a las comodidades de la corte de Rávena y ahora de Constantinopla, donde no sabía lo que era fatigarse, aquel viaje iba a terminar con él. Tenía moratones por todo el cuerpo, pues, con frecuencia, dado el estado de progresivo abandono que sufrían las calzadas imperiales, olvidadas por completo desde hacía años en la zona de Tracia, se golpeaba con todas y cada una de las paredes del carro de viaje, cada vez que el vehículo entraba en una zona de baches. Llegó a agradecer que salieran por fin de la calzada para transitar por caminos de tierra, porque, definitivamente, los carros de viaje como aquel estaban hechos para transitar por las calzadas, a condición de que estuvieran perfectamente cuidadas y con el suelo liso. Tenía el polvo del camino incrustado en cada uno de sus poros y el sudor se unía con él para formar una repugnante mezcla maloliente. ¡Cómo echaba de menos los baños! Ahora, le parecían el paraíso mismo.

Jacinto llevaba toda su vida en la corte, desde que, siendo un niño esclavo, fue adquirido para ser convertido en eunuco. Nunca podría olvidar cómo, nada más llegar a la corte, le sumergieron en un baño de agua caliente y le aplastaron los testículos. Fue un acto cruel e insoportablemente doloroso, por el que estuvo a punto de morir, como les ocurría a muchos de los niños que pasaban por ese trance, pero él sobrevivió. Con el tiempo, fue tomando conciencia de que la misma mutilación que le negaba el matrimonio y la paternidad, le permitía sin embargo llegar a los más altos puestos en la corte, aquellos que se correspondían con los de mayor confianza. A veces, trataba de consolarse por su destino pensando que ser eunuco le libraba de conocer las pasiones físicas, que nunca había llegado a disfrutar, pero que veía que conducían a cuantos le rodeaban casi siempre a su propia perdición y que, con frecuencia, causaban estragos en sus vidas.

Jacinto se había convertido, no solo en el sirviente de Honoria, sino en su amigo y confidente. Tras la ejecución de Eugenio, solo él había sido capaz de proporcionar consuelo a la augusta, que se había refugiado en sus brazos para llorar desconsoladamente. El eunuco amaba a su caprichosa señora y compartía con ella su repugnancia a verla casada con el viejo senador con el que su hermano y su madre querían unirla. Fielmente, la había seguido en su destierro a Constantinopla.

Aquel viaje parecía que no iba a terminar nunca y tampoco acompañaba el tiempo, pues, desde que habían cruzado el Danubio, no dejaba de llover y ni estirar las piernas podía. Hasta la comida, al

no llevar apenas séquito, era poco menos que la de un legionario.

El eunuco Jacinto era uno de los hombres de confianza de la augusta Honoria, desde hacía más de quince años. Le era tan leal que esta le había convertido en su secretario personal.

Y allí estaba él, camino de la corte de Atila, para llevar un mensaje de su señora, cuyo contenido desconocía. Cada vez que el eunuco pensaba que se iba a encontrar con el rey de los hunos, se veía invadido por un sudor frío, que no era más que la manifestación del terror que sentía, sabiendo que la forma favorita de ejecución de aquel bárbaro era el empalamiento. Se lo imaginaba y le entraban ganas de suicidarse. Lo único que le consolaba un poco era lo que Honoria le había dicho en relación con que Atila le colmaría de regalos, cuando leyera su mensaje. Así que, si no acababa empalado, sería un poco más rico de lo que ya era.

En las inmediaciones del gran asentamiento de Atila, un grupo de hunos a caballo se les acercó para identificar a los viajeros. El huno que mandaba la partida exigió regalos que hubo que hacerle. Jacinto y su exiguo séquito fue escoltado hasta el interior de lo que más que una ciudad parecía un gigantesco campamento. Fueron acompañados hasta una enorme explanada en el centro de la población, al pie de una leve colina coronada por un complejo palaciego de madera, que parecía ser la principal construcción existente.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Jacinto horrorizado.

Al bajar del carro de viaje, lo primero que vio el eunuco fue a media docena de cuerpos empalados situados en la suave ladera que conducía al palacio de Atila.

Alejo, el secretario de Jacinto, tuvo que sostenerle para evitar que cayera al suelo desmayado.

Alguno de los ajusticiados gemía con un hilo de voz apenas audible. El fino poste de madera introducido por el ano, salía por uno de sus hombros a la altura del cuello. Unos topes en la madera, que acababan sosteniendo las nalgas, impedían que el cuerpo siguiera deslizándose por el mástil, hasta llegar al suelo. Incluso este castigo podía tener grados de crueldad. Los empaladores eran expertos en conseguir que el palo, untado en manteca, atravesara el cuerpo de la víctima sin dañar ningún órgano vital, con la intención de que el empalado siguiera vivo y sufriendo atrozmente durante un tiempo. Eran aquellos que habían cometido el delito más grave. Los empalados a los que la madera les salía por la boca eran los que habían sufrido un ajusticiamiento más compasivo, pues, al atravesar la tráquea, la muerte se les producía de forma instantánea y con ello el penado dejaba de sufrir.

Pájaros carroñeros picoteaban los cuerpos hasta dejarlos totalmente descarnados. A los pies de cada palo se formaban charcos de sangre que los perros lamían.

—Alejémonos de aquí —dijo Jacinto pálido como la muerte, temblando, envuelto en sudor y a punto de vomitar.

Se dirigieron hacia un lugar en el que había grupos de tiendas montadas de lo más variopintos y numerosos, junto a un riachuelo y una pequeña arboleda.

—Yo me quedo aquí mientras se montan las tiendas. Tú date una vuelta para ver qué son todas esas de ahí.

No era mucho lo que había que montar. Una tienda para Jacinto, dos para secretarios y ayudantes, y tres para la escolta armada. A los caballos se les llevó a abrevar en el riachuelo.

Un funcionario de la corte de Atila se acercó al grupo.

—¿Quién está al mando? —preguntó.

—Yo —dijo Jacinto.

—Bienvenido —dijo el huno—. Me han informado de que encabezas una legación que viene en nombre de la corte de Constantinopla.

—Bueno, en realidad, no vengo en nombre del emperador Teodosio II, sino a traer un mensaje personal de la augusta de Occidente Justa Grata Honoria, hermana del emperador Valentiniano III.

—Debes informarme de qué asunto se trata —dijo el huno.

—Ni yo mismo conozco el contenido del mensaje. Debo de entregarlo a tu rey en persona.

—Informaré de ello.

—Es urgente. Debe ser conocido por el rey cuanto antes —dijo Jacinto, que no veía el momento de salir de allí y volver a casa.

—Sí, sí, ya se te avisará de cuándo serás recibido en audiencia.

Dicho esto, el funcionario huno dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Más de dos horas tardó Alejo en estar de vuelta.

—¿Y bien? —le preguntó Jacinto.

—Hay embajadas de todas partes. Es increíble —dijo Alejo.

—Pero embajadas ¿de quién?

—De todo el mundo. Parece que todo el que tiene poder quiere algo de Atila. Mira, aquellas que se ven allí —dijo el secretario señalando—, esas magníficas tiendas son de una delegación persa. Detrás está la del rey de los francos. Hay otra de Genserico, rey de los vándalos. Mas allá, tienen montadas sus tiendas los alamanes, ostrogodos, jutos, sajones, turingios, hérulos y anglos. Y por haber,

hay hasta de las heladas regiones del mar del Norte.

Ante lo que estaba escuchando, Jacinto empezaba a darse cuenta de que su deseo de volver cuanto antes, empezaba a tener visos de que no iba a cumplirse.

—¿Has podido saber si llevan aquí mucho tiempo?

—Algunos llevan meses —respondió Alejo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Jacinto, con gesto de desesperación.

No mejoraron los ánimos del eunuco cuando al día siguiente decidió visitar, en compañía de Alejo, el mercado situado en una explanada aneja a la que ocupaban las tiendas de las distintas embajadas. Apenas se podía dar paso entre aquel bullicio de gente que procedía de todos los rincones del mundo conocido. Había alanos, godos, gépidos y gentes de toda raza y condición, entre los que resultaba difícil caminar, pues, además, los hunos se movían entre todo aquel caos montados en sus caballos, con los que había que tener cuidado, no solo de que no te arrollasen, sino de que no te mordiesen.

Había puestos de telas, cerámicas, de toda clase de baratijas, de animales vivos, de especias, marroquinería, alimentos y cualquier cosa que pudiera imaginarse. Había vendedores de esclavos voceando su mercancía. Al pasar junto a un puesto de carne, los trozos cortados y expuestos estaban cubiertos de unas moscas gordas y enormes, que además revoloteaban en torno a las piezas cortadas y evidentemente pasadas, por el nauseabundo olor que desprendían. En aquel lugar, Jacinto no pudo soportarlo más y vomitó. Poco importaba, porque el suelo no era otra cosa que un inmenso barrizal en el que se mezclaban todo tipo de líquidos vertidos, como la orina de los animales y de los hombres, toda clase de deshechos, estiércol y mierda humana, cuyo hedor resultaba espeluznante.

Solo habían pasado dos días desde la llegada de Jacinto.

—Dime Edeco —dijo Atila.

—Señor, no he querido distraerte con un asunto que en principio me ha parecido sin importancia, pero creo que debes conocerlo.

—Habla, te escucho.

—La augusta Honoria, que se encuentra prácticamente desterrada en la corte de Constantinopla, te ha enviado a un diplomático que espera audiencia.

—¿Y…? —dijo Atila, que no acababa de entender el motivo por el que debía poner su atención en esto, dado que recibía delegaciones y mensajes de todas partes.

—Es que no hago más que darle vueltas porque no llego a encontrar el sentido de esta embajada.

—¿Qué es lo que tanto te extraña? —preguntó el rey.

—Lo que me extraña es que no se trata de una embajada normal. No se trata de un embajador oficial que envía la corte de Constantinopla. La augusta no ha utilizado los cauces ordinarios.

—Sigo sin ver a dónde quieres ir a parar.

—Pues que, si no está usando los cauces ordinarios, es que seguramente está actuando de espaldas a la corte. Creo que actúa por su cuenta sin el conocimiento del emperador.

—¡Hummm…! —dijo Atila apoyándose en el respaldo del sillón que ocupaba mientras se llevaba una mano a la barbilla, meditando sobre lo que escuchaba.

—Por lo que sabemos, Honoria está descontenta con su familia, tanto la oriental, como la de Rávena. Sabemos también que tiene un carácter rebelde, que no hace sino dar problemas a uno y otro emperador —dijo Edeco, haciendo una pausa al ver que su razonamiento estaba interesando y mucho al rey huno—. Si el mensaje que nos trae va a crearles problemas, creo que sería muy útil que lo conocieses cuanto antes.

Jacinto, que ya se había hecho a la idea de que tendría que esperar meses para ser recibido, no salía de su asombro cuando un funcionario se acercó al lugar en el que habían levantado las tiendas para decirle que Atila le recibiría al día siguiente.

—Mi túnica celeste, mi túnica celeste, vamos, vamos, vamos, holgazanes, teníais ya que haberla sacado del arcón y tenerla a mi disposición —gritaba Jacinto a sus esclavos, más histérico que nervioso, con aquella voz chillona que no contribuía a calmar a nadie—. Y tú, deja ya de ponerme perfume. Mi collar oficial. Trátalo con cuidado o seré yo quien te mande empalar.

Acompañado solo de Alejo y cuatro escoltas, subió la ligera pendiente que le conducía al complejo palaciego donde iba a ser recibido en audiencia. Tuvo que contener la náusea al pasar muy cerca de los seis empalados. Le pareció que, al menos uno, estaba todavía vivo.

—Es más grande de lo que parece desde fuera —dijo Alejo una vez que traspasaron la empalizada y se encontraron dentro del recinto.

Había enormes edificaciones de madera y lo que parecían ser talleres, almacenes y establos. Hasta unos baños vieron construidos en el más puro estilo romano. El suelo no era ya el barrizal de fuera. Los edificios estaban interconectados por caminos de tablones perfectamente encajados. En el centro de todo aquello, destacando por ser la construcción más grande, lujosa y prolijamente adornada en un estilo que a Jacinto le pareció una mezcla de todo lo que pudiera imaginarse, estaba el palacio de Atila.

Tras subir unas largas escaleras, les hicieron esperar en una antesala un buen rato. Por fin accedieron al salón de audiencias: una estancia muy amplia, toda construida en madera con unas enormes vigas que sostenían un techo alto. El suelo estaba cubierto de toda clase de pieles y las paredes aparecían adornadas de una multitud de trofeos enemigos tomados en batalla.

Al fondo, sobre una tarima, Atila esperaba sentado en su trono de madera.

Jamás hubiese imaginado Jacinto ver al rey huno vestido de forma tan sencilla y poco ceremonial. Llevaba puesta una simple túnica de color blanco. No ceñía ni corona, ni diadema, ni joya alguna.

Un funcionario le hizo esperar en el fondo del salón.

—Acércate cuando él te lo indique —le dijo.

Había en el salón no menos de cuarenta personas que evidentemente pertenecían a la élite huna, estos sí, vestidos con sedas, ropas lujosas y cubiertos de joyas, que llevaban engarzadas hasta en los zapatos.

Entre los que se encontraban junto a Atila, Jacinto reconoció a Orestes, romano de Panonia, hijo de Tatulo y casado con una hija de Rómulo, ambos cortesanos en Rávena y a los que conocía.

El rey huno le hizo un gesto con dos dedos de su mano derecha que tenía apoyada en el brazo del trono que ocupaba. Tan leve fue el gesto que el romano dudó de que fuera la señal que esperaba.

Tenía la garganta seca y la sensación de que el aire no le llegaba a los pulmones. Con toda la solemnidad de que fue capaz, con la mirada en el suelo, se acercó a los pies de la tarima y se arrodilló ante el rey.

—Me dicen que traes un mensaje de la hermana del emperador Valentiniano —susurró Atila con un tono de voz apenas audible.

—Me envía la augusta Justa Grata Honoria con la misión de entregarte el contenido de esta caja —dijo Jacinto, a punto de un desmayo, alargando los brazos para ofrecer sumiso una caja primorosamente labrada en sus manos.

Edeco la tomó y, tras examinarla con cuidado, abrirla y comprobar que el contenido no ocultaba alguna inconfesable intención, la entregó al rey huno.

—¿Conoces el contenido de la caja? —preguntó.

—No, majestad.

Atila desenrolló un pergamino y se puso a leerlo. Conforme avanzaba en el texto, más cara de sorpresa se le iba poniendo. Lo leyó nuevamente y después lo entregó a Edeco, haciéndole un gesto para que él también lo leyera, mientras cogía del interior de la caja un hermoso anillo, que Jacinto reconoció, como uno de los favoritos de

Honoria, y el rey se quedó mirándolo ensimismado.

Edeco leyó el documento, lo enrolló y permaneció en silencio. A una indicación del rey pegó el oído para escuchar lo que tenía que decirle.

—¿Tienes algo más que comunicar? —preguntó Edeco.

—No, mis órdenes son las de entregar el contenido de la caja.

—Bien, permanecerás con nosotros hasta que el rey tome una decisión. La audiencia ha terminado. Puedes retirarte.

Al día siguiente, Atila mandó llamar a Onegesio, su mano derecha.

El general huno tuvo que leer varias veces la nota que Honoria había enviado al rey. Entre que no dominaba el latín como sí lo hacía Atila y el esfuerzo que tenía que hacer para tratar de entender el sentido de aquella misiva, Onegesio no despegaba sus ojos del pergamino.

—No es una broma, ¿verdad? —dijo al fin.

—No es algo con lo que bromear. En la caja que me han entregado también venía esto —dijo Atila enseñándole el anillo.

La carta de Honoria decía así:

«Gran Atila, invicto guerrero, elegido de los dioses de la guerra, emperador y rey de los hunos, hijo de Munzuc, a quien admiro y venero como gran conquistador y señor de una inmensidad de pueblos y naciones.

Me dirijo a ti para implorar tu ayuda. Solo un rey tan poderoso como tú puede consolarme de la aflicción en la que me encuentro.

Mi hermano Valentiniano III me ha apartado de su corte y quiere obligarme a contraer matrimonio con un viejo senador al que no amo.

Quiero ser yo quien elija a mi esposo, tan libremente como elijo aliarme contigo, solicitándote que me liberes de mi desdicha. Estoy segura de que, si aceptas defenderme, nuestra unión resultará invencible.

En prueba de nuestro vínculo te envío mi anillo para que lo luzcas en tu dedo, lo que me hará muy feliz».

—Comprendes que esto lo cambia todo, ¿verdad? —dijo Atila.

—¿Cómo interpretas esta carta? —preguntó Onegesio.

—Evidentemente se trata de una promesa de matrimonio cerrada con este anillo —dijo el rey exhibiendo la joya en uno de sus dedos.

—¿Qué piensas hacer?

—De momento, cerrar las negociaciones con Constantinopla, llegando con ellos al acuerdo más favorable para sus intereses. Puesto que Honoria se encuentra en la corte de Constantinopla y Teodosio II es el jefe de la familia, me dirigiré a él para decirle que acepto casarme con la augusta. Así que vamos a cerrar las negociaciones, de

modo que se sientan agradecidos y obligados por el acuerdo que alcancemos.

Sin demora, Atila envió una carta dirigida al emperador de Oriente.

Crisafio se la entregó a Teodosio, en cuanto la tuvo en su poder.

—Pero ¿qué significa esto? —dijo el emperador más confundido que furioso con la indomable Honoria.

En la carta Atila le comunicaba que aceptaba la propuesta de matrimonio de la joven augusta, y que, dado que él era el jefe de la familia, le informaba que había decidido admitir casarse con ella.

—Y Honoria ¿qué dice de esto? —preguntó el emperador al eunuco—. Bueno, es igual, quiero verla.

—Si me permites, *sacra maiestas*, antes de que te veas más implicado en todo este asunto, permíteme que te diga que tengo una idea mejor —dijo Crisafio.

Les faltó tiempo para meter a Honoria en un barco y enviarla de vuelta a Rávena.

A Atila se le contestó que a Teodosio todo eso le parecía muy bien, pero, puesto que la augusta ya ni siquiera se encontraba en Constantinopla, era a Valentiniano III al que debía dirigirse.

Solo la firme determinación de Elia Gala Placidia y su irreductible carácter, mezcladas con lágrimas de madre y súplicas a su hijo, consiguieron evitar que Honoria fuese ejecutada por orden de su hermano. Salvó la vida, pero el precio a pagar fue el de casarse sin más excusas con Fabio Baso Herculano, para su desdicha. Jacinto, el secretario de la augusta, fue capturado a su regreso, cruelmente torturado y por fin ejecutado.

Atila envió un embajador que comunicó a Valentiniano que aceptaba la oferta de matrimonio de su hermana y que, como dote, reclamaba la mitad de las provincias del Imperio de Occidente. Naturalmente el emperador respondió que era imposible, además de que la augusta ya estaba casada y el matrimonio cristiano era indisoluble.

Nadie en la corte se equivocaba con aquella respuesta. Todos sabían que no iba a gustar a Atila.

CAPÍTULO XX

Vientos de guerra

A. D. 450
1203 Ab urbe condita

El año no pudo empezar con peores augurios. En la parte occidental del Imperio se produjeron grandes terremotos y otros fenómenos extraordinarios ocurrieron en la Galia e Hispania, tan extraños e inexplicables como la caída de meteoritos, que eran interpretados como señales del cielo y que no podían presagiar nada bueno. Los cristianos comenzaron a decir que todo aquello era el anuncio del fin del mundo. Otros hacían ver que los terremotos y desastres ocurridos tres años antes, en la parte oriental del Imperio, fueron el anuncio del devastador ataque de Atila sobre Mesia y Tracia, así que, sin mayor fundamento, estaban convencidos de que ahora el rey huno atacaría Occidente.

A pocas leguas de Constantinopla, la noche había resultado desagradable e inhóspita, pues no hubo un momento en que dejara de llover. El día había amanecido plomizo y, si bien ya no llovía con fuerza, sí que no dejaba de lloviznar de forma molesta.

—*Sacra maiestas*, ¿no sería más prudente suspender este día de caza? —preguntó Crisafio.

Al eunuco, acostumbrado a no salir de la corte y, por tanto, a no prescindir de sus lujos y comodidades, los días de caza que Teodosio había decidido disfrutar le parecían de un primitivismo absurdo, indigno de personas de alcurnia. No entendía qué placer podían obtener de estar en contacto con la naturaleza, que para él estaba tan llena de peligros e incomodidades. Situarse por gusto entre hierbas, árboles, insectos y alimañas le parecía propio de bárbaros.

—Tendría que mandarte a una guarnición de frontera, para que te endurecieras un poco —dijo el emperador, al que pareció graciosísimo y ocurrente su comentario.

—Solo lo digo porque el suelo está muy embarrado y blando, y me dolería mucho que sufrieses un accidente —dijo Crisafio, tratando de

disimular que el comentario sobre enviarlo a una guarnición militar no le había hecho gracia alguna.

El emperador y su séquito se había situado a unas veinte millas de Constantinopla, en un terreno que a él le gustaba frecuentar, pues ofrecía una caza abundante y paisajes magníficos. Había decidido aprovechar la tregua que significaba que Atila se olvidase del Imperio romano de Oriente.

Habían sido unos años durísimos, en los que la ruina producida en las regiones atacadas por Atila había dejado tal devastación que, en la mayor parte de los casos, costaría generaciones recuperar y, en muchos, incluso volver a repoblar resultaría un proceso lento y sacrificado. El emperador necesitaba olvidar las tensiones y preocupaciones sufridas, ahora que parecía que retornaba una cierta normalidad. Y para ello, nada mejor que unas jornadas de buena caza.

—Precisamente, porque no ha parado de llover en toda la noche, ya verás como abre el día —dijo Teodosio a Crisafio que resignadamente no replicó.

Sin embargo, no dejó de llover y los animales permanecieron a resguardo en sus refugios sin dejarse ver, por lo que la jornada transcurrió lenta y aburrida. Al fin, Teodosio decidió escuchar a sus consejeros que le recomendaban suspender la jornada y volver al campamento, ante los peligros que presentaba el terreno, en el que los caballos no hacían otra cosa que resbalar una y otra vez.

A la vuelta, ocurrió precisamente aquello que se quería evitar. El caballo del emperador resbaló, con tan mala fortuna que el terreno cedió, produciéndose un desprendimiento que hizo que jinete y montura se precipitasen al fondo de un talud, en el que el emperador perdió la vida.

Tanto a Rávena como a Aecio llegaban un montón de informaciones todas ellas confusas y las más de las veces contradictorias sobre Atila, que por su parte también contribuía a que esa confusión fuese mayor.

Había despachado embajadores a ambas cortes para informar que en breve visitaría a cada emperador, exigiendo que tuvieran sus palacios preparados para recibirle. Por otro lado, la actividad diplomática estaba siendo incesante entre Atila y prácticamente todos los jefes bárbaros.

—A Rávena ha llegado un enviado de Atila para comunicar que, como protector y custodio de la amistad romana y como aliado de Valentiniano III, puede atacar a los visigodos en la Galia y acabar con el reino de Tolosa —dijo Marco Lupo Serrato.

—Y sabemos que, a su rey, Teodorico, le ha prometido ayuda para

defender su reino de cualquier ataque por parte de Rávena —dijo Aecio.

—También sabemos, según informes de nuestros espías, tanto en Cartago como en la capital de los hunos, que Genserico está presionando a Atila para que ataque a los visigodos en la Galia. Se nos ha informado de que para lograrlo está enviando ingentes cantidades de oro para financiar la guerra.

La enemistad entre los vándalos de Genserico y los visigodos de Teodorico no había hecho más que incrementarse, desde que ocho años atrás Hunerico, hijo del rey vándalo, repudiara a la princesa visigoda, hija de Walia, con la que estaba casado y la devolviera a la corte de Tolosa, no sin antes cortarle la nariz y las orejas, como castigo por haber conspirado contra la vida del rey vándalo. Semejante ofensa no podía ser olvidada.

—Pero es mucho el oro que sabemos que ha enviado —dijo Aecio—. ¿De dónde está sacando esa cantidad?

—Nuestros informadores no han podido confirmarlo, pero no faltan indicios que parecen apuntar a que el oro es persa —dijo Marco Lupo.

—Lo que, aunque no se haya podido probar, tiene mucha lógica porque quiere decir que, tras la paz con Constantinopla, ellos han creído que el próximo objetivo de Atila sería Persia y además son los únicos que en este momento pueden aportar oro sin límites para financiar una guerra. Está claro que pagan para desviar el objetivo del ataque —dijo el general.

—Si Atila está aceptando ese oro…

—Efectivamente —interrumpió Aecio a Lupo—, si lo está aceptando, es que ya tiene tomada la decisión. Va a atacarnos.

—Eso parece. ¿Piensas cambiar tus planes?

—Mira. Atila tiene montado un verdadero barullo diplomático con negociaciones cruzadas, que llegan a ser contradictorias. Sabe perfectamente lo que está haciendo y su objetivo es el de ocultar sus intenciones para que nadie sepa lo que quiere, de modo que, cuando comience a actuar, coja al enemigo por sorpresa —explicó Aecio convencido—. Estoy seguro de que no me equivoco, pero no voy a seguirle el juego y entrar en su trampa. Así que continuaré con el plan tal y como lo tenemos trazado. El reforzamiento de las defensas de Aurelianorum avanza a buen ritmo, el ejército del Rin está en alerta y pienso llegar a un acuerdo con los visigodos.

Cuando Eparquio Avito llegó a la corte de Tolosa, se alegró de por fin poder descansar de un viaje que, a sus sesenta y cinco años, le había parecido extremadamente fatigoso. No se podía negar a realizar

la misión que Flavio Aecio le había encomendado. Su sentido del deber le impedía negarse en una hora en que Roma necesitaba movilizar todos sus recursos si quería sobrevivir.

Avito pertenecía a una gran familia romana de origen galo. Era hijo del cónsul Fabio Julio Agrícola y él mismo había sido nombrado patricio, veintinueve años atrás, por Constancio III. Era en aquel momento el hombre más influyente y conocido de la Galia, probablemente uno de los hombres más ricos del Imperio y sin duda uno de los más cultos.

Que Aecio le hubiese encomendado su actual misión se debía a su excelente relación con el rey de los visigodos, Teodorico I. Treinta años atrás, se dio la circunstancia de que un pariente suyo fue rehén del actual rey, y el contacto habido por aquella razón se convirtió en una estancia en esa corte, que duró más de dos años. En ese tiempo, dados los enormes conocimientos del huésped romano, este se convirtió en preceptor de los hijos del rey, de los que diseñó todo un plan de estudios para su educación. Los niños le cogieron un gran cariño que no había desaparecido en los años transcurridos, en que de una u otra forma, siempre mantuvo el contacto.

El lujoso carro de viaje, tirado por cuatro robustos caballos bretones y escoltado por una *turma* compuesta por treinta guerreros fuertemente armados, llegó al fin a las puertas de las murallas de Tolosa, que, situada a orillas del río Garona, era la capital del pequeño reino visigodo. Avisados los guardias de la puerta, estos condujeron a los recién llegados a la residencia real.

Teodorico esperaba la llegada de su amigo en el amplio patio interior, que daba acceso a su palacio, acompañado de sus hijos y los nobles de la corte más cercanos al rey. Avito descendió del carro de viaje con su habitual porte majestuoso, andar pausado y los modos elegantes que le caracterizaban, luciendo su toga como si no acabase de hacer un largo viaje.

El patio estaba engalanado para la ocasión en honor al visitante.

—¡Mi querido amigo! —dijo Teodorico adelantándose para abrazar al recién llegado.

—Mi querido amigo y buen rey Teodorico, qué alegría volver a verte.

—Espero que tu viaje no te haya resultado demasiado fatigoso —dijo el rey.

—Los años no pasan en balde —respondió Avito.

—Bueno, bueno, salvo porque veo que tu cuidada barba está completamente blanca, te veo igual que hace diez años.

—Eres muy amable conmigo.

—En cualquier caso, ya has llegado y aquí vas a descansar. Nosotros nos ocuparemos de cuidarte. Por cierto, hablando de cómo pasa el tiempo. Mira cómo han crecido mis hijos.

Avito quedó mirando a los tres robustos guerreros que acompañados de un jovencito destacaban de entre el grupo de recepción, todos nobles de mayor edad.

—Déjame que yo lo diga —dijo Avito, dirigiéndose al que parecía mayor—. Tú eres Turismundo, tú Teodorico y tú Frederico. A ti no te conozco, tú debes ser Eurico. ¿He acertado?

Había acertado porque los cuatro esbozaron una amplia sonrisa, aunque la de Eurico, que con su corta edad no solía confiar en nadie, resultaba algo forzada.

Turismundo tenía ahora treinta y nueve años, Teodorico, treinta y ocho, Frederico, treinta y dos y Eurico era apenas un niño de diez y los tres eran orgullosos nietos del gran Alarico.

—¡Vamos! Dadme un abrazo —dijo Avito abriendo los brazos y abarcando a los tres hermanos mayores a la vez.

—Querido maestro —acertó a decir Turismundo.

Eurico se sumó sin saber muy bien a santo de qué.

—Bueno, ya está bien —dijo el rey—. Vamos a dejar que nuestro invitado y muy querido amigo descanse del viaje, que ya tendremos tiempo de hablar.

Tras visitar los baños, quitarse el polvo del camino y relajarse en ellos, Avito fue invitado a cenar por el rey visigodo.

—He querido que, antes de la recepción oficial de mañana como enviado de la corte de Rávena, tengamos esta cena íntima, a solas, en la que podamos hablar sin cortapisas de ninguna clase —dijo Teodorico.

—Me parece bien.

Ambos se recostaron en el correspondiente triclinio.

—¡Cuánto tiempo desde la última vez! —dijo el rey.

—Va para once años, desde que renovamos el *foedus*, tras el sitio de Narbo Martius.

Avito, en aquellos momentos *magister militum* de las Galias, obligó a Teodorico a abandonar el sitio, en el intento del rey visigodo de dar una salida al Mediterráneo a su reino de Tolosa, lo que Roma estaba decidida a evitar a toda costa, pues dejaba incomunicada por tierra la península italiana, de la Tarraconense.

—Fue duro tener que enfrentarnos en el campo de batalla, siendo como éramos amigos —dijo el rey.

Treinta años atrás, Avito, recién nombrado patricio, se desplazó hasta la corte del entonces joven rey visigodo para negociar la

liberación de un familiar que había sido hecho rehén. Tan buena amistad hizo con el rey que consintió quedarse en su corte durante más de dos años. Si Avito accedió a tal cosa fue porque vio el interés que Teodorico tenía en asimilar las costumbres y la cultura romana, y entendió que era una oportunidad única para contribuir a que este pueblo, que se había convertido en un problema para Roma, pudiera finalmente asimilarse. El hecho es que acabó diseñando el programa de estudios de Turismundo, Teodorico y Frederico, hijos del rey, contribuyendo él personalmente a su formación con sus lecciones.

—Sí, fue duro, pero también hay que reconocer que gracias a nuestra amistad se logró un acuerdo —dijo el romano.

—¿Qué te han parecido los baños? ¿Han sido de tu agrado?

—Veo que hay costumbres romanas que te complacen —dijo Avito.

—Ya sabes cómo pienso. Todo lo que pueda mejorar la vida de mi pueblo quiero adoptarlo, y hay mucho y bueno que Roma puede ofrecer.

El rey hizo una señal y un esclavo llenó las dos copas doradas de los comensales.

—¿Qué te parece? —dijo Teodorico, cuando vio que su invitado probaba el vino.

—Es, es… distinto —dijo mientras volvía a llevarse la copa a los labios—. ¿Qué vino es este? Jamás he probado algo semejante.

—Sabía que te iba a gustar y a sorprender.

—¿De dónde es? —preguntó Avito intrigado.

Teodorico sonrió complacido al ver que había acertado.

—Es un vino de la isla de Kos. Es un vino de Thalassitis, que solo se elabora con la uva blanca, llamada *assyrtico*, procedente de la isla de Thera (Santorini).

—Me parece extraordinario, y tiene un sabor especial que no recuerdo haber encontrado en ningún otro, ni blanco como este, ni tinto —dijo Avito, mientras volvía a degustarlo.

—Es agua de mar —dijo Teodorico.

—¿Cómo…?

—Sí, sí, es el único vino que se elabora con agua de mar. Una parte por cada cincuenta de vino. Ese es su secreto —dijo el rey satisfecho de ver a su invitado sorprendido.

—Esperaba beber uno bueno de Burdigala (Burdeos). Desde que el emperador Claudio decidió plantar la zona con viñas traídas de Calagurris Nassica Iulia, en la ribera del rio Hiber, en Hispania, es un vino que ha mejorado mucho.

—También nos lo servirán —dijo el rey.

Los esclavos comenzaron a traer los primeros platos.

—Es un placer conversar contigo de vinos —dijo Teodorico—, pero creo que no es eso lo que te trae a mi corte. ¿No es así?

—Me gustaría que así fuese; que pudiéramos hablar solo de hechos triviales y por el puro placer de degustar juntos una buena comida, pero los tiempos son complicados y sus problemas se imponen —dijo Avito—. ¿Qué sabes de Atila?

—Por lo que conozco, parece que ha llegado a un acuerdo de paz con el Imperio oriental para poder atacar Persia.

—Eso pensamos nosotros en un primer momento, pero ¿y si te dijera que con toda probabilidad lo que pretende es atacarnos a nosotros?

—¿Al Imperio de Occidente?

—Así es.

—Y, ¿por qué? —preguntó Teodorico—. Los hunos siempre se han llevado bien con Rávena. De hecho, una parte importantísima del ejército ha estado integrado por los numerosos destacamentos hunos puestos a su servicio. Nosotros mismos hemos tenido que enfrentarnos a ellos en muchas ocasiones.

—Al servicio de Rávena, no. Las fuerzas hunas han estado al servicio de Aecio. Mientras Rugila vivió, Aecio, a quien consideraba como a un hijo desde que estuvo como rehén en su corte, siendo jovencito, ha sido su hombre en el Imperio.

—Eso que acabas de decir suena como a traición por parte de Aecio —dijo el rey.

—No, de ninguna manera. Es algo más sutil y más complejo que todo eso. Aecio jamás ha estado al servicio de los hunos ni lo ha pretendido. Es un romano leal, pero los hechos son así. Cuando el general se puso de parte del usurpador Juan, se ganó la enemistad y la inquina, tanto de Gala Placidia, como de su hijo Valentiniano, y solo el hecho de que Rugila pusiera un ejército de hunos a sus órdenes le permitió sobrevivir cuando este se impuso como emperador. Entonces necesitaban al general y a su ejército para sostener el Imperio y lo han seguido necesitando para mantener el equilibrio, entre los distintos pueblos asentados dentro de las fronteras. A Rugila le interesaba tener a un amigo con poder dentro del Imperio, al frente de un ejército de hunos, lo que le permitiría ejercer su influencia en todo cuanto pudiera suceder.

—Parece que con Atila esto ha cambiado —comentó Teodorico.

—Hace tiempo que no le envía fuerzas ni le permite reclutar dentro de sus territorios, pero Aecio sigue manteniendo entre sus filas a los hunos que aún quieren servirle. De hecho, su guardia personal está formada por hunos.

—¿Por qué piensas que quiere atacar Occidente?

—Porque Atila está convencido de que su destino es el de dominar el mundo. Ser su único amo. Se cree elegido por los dioses y piensa que es prueba de ese destino la aparición de la espada de Marte, que tiene en su poder. Seguirá conquistando mientras viva. Persia está demasiado lejos. Trasladar un ejército por el norte del mar Negro, bajar hasta los Urales para penetrar en Mesopotamia a través de Armenia es demasiado costoso y arriesgado. En Oriente tiene arrasada Tracia, Mesia y Macedonia. Constantinopla es inexpugnable y con ella acaba de firmar la paz cuando podía haberla atacado perfectamente, teniendo excusa para ello. Así que no queda más que Occidente —dijo Avito—. Además, según él, ha recibido una proposición de matrimonio de la augusta Honoria y reclama no solo casarse con ella, sino la Galia como dote de boda.

—Pues, si es como me dices, Rávena no está en condiciones de resistir a Atila.

—No, no lo está. Por eso vengo a pedir tu ayuda —dijo Avito, mirando directamente a los ojos a Teodorico.

—Espero que Rávena no invoque el tratado de *foedus* actual —dijo Teodorico con vehemencia—. Ambos sabemos que nos fue impuesto. No tenemos ninguna obligación de lealtad para con el Imperio. Nunca el Imperio ha sido leal con nosotros. Desde que hace ya setenta y cinco años se nos permitió cruzar las fronteras del Danubio, no ha habido un solo emperador que no nos haya traicionado o que no haya aprovechado la más mínima oportunidad para terminar con mi pueblo. ¿Te repito la historia? No, ¿verdad? La conoces perfectamente —Teodorico dio un largo sorbo a su copa—. Y ahora que Roma se ve con el agua al cuello, quiere que nosotros la salvemos, poniendo una vez más los muertos.

—Y tú ¿qué piensas? ¿Que cuando triunfe Atila, será un señor compasivo y benévolo con tu pueblo? —dijo Avito, poniendo el alma en cuanto decía—. No. Si triunfa Atila, que te recuerdo que está en los mejores términos con Genserico, tu mortal enemigo, tu pueblo será barrido de la faz de la tierra.

Teodorico guardó silencio con la mirada perdida.

—Hay algo que debes decidir —continuó Avito—. Debes decidir si quieres formar parte de un mundo dominado por un bárbaro sanguinario como Atila, que está aliado con tus peores enemigos, o quieres vivir en un mundo, que ya conoces, en el fondo aprecias y en el que eres fuerte para llegar a acuerdos que solo te resultarán beneficiosos.

Fueron largas y difíciles las negociaciones con Teodorico, que no

quería dar su brazo a torcer. Las reticencias del rey visigodo no permitieron un inmediato compromiso para ayudar a Roma, en el severo trance a que se veía abocada. Eparquio Avito, a pesar de la amistad que le unía con el rey, solo obtuvo la promesa de que pensaría con detenimiento en la posibilidad de una alianza con el Imperio de Occidente contra Atila, en el caso de que este atacara la Galia.

La muerte de Teodosio II, al no tener hijos varones, dejaba como único heredero del Imperio a Valentiniano III, que además estaba casado con Licinia Eudoxia, hija del emperador que acababa de fallecer.

Aecio fue requerido en Rávena. En esta ocasión no se encontraba presente su madre, Elia Gala Placidia, que llevaba algún tiempo en Roma con una salud delicada, que le mantenía alejada de la actividad de la corte. Corrían rumores de que se encontraba muy desmejorada.

—Te he mandado llamar, porque quiero que te ocupes de organizar la fuerza que vele por nuestra seguridad, en mi viaje a Constantinopla.

—Haré cuanto me pidas, *sacra maiestas*, pero permíteme que te pregunte si verdaderamente quieres desplazarte hasta la corte oriental —dijo Aecio, tratando de aparentar sumisión.

—Es evidente. ¿Qué otra cosa puedo hacer, siendo el legítimo heredero del tan tristemente fallecido emperador? Además, debo acompañar a mi esposa para que asista a los funerales de su hermano.

—Tal vez tu ausencia en este momento no resultaría lo más conveniente para nuestros intereses.

—¿A qué te refieres? —dijo Valentiniano, que comenzaba a impacientarse, como cada vez que no se le decía sí a todo.

—Puede resultar una señal muy inadecuada para nuestros enemigos que el emperador abandone Occidente.

—¿A qué enemigos te refieres?

—En concreto a los hunos.

—¿A los hunos? Estamos en los mejores términos con Atila. No olvides que, aunque se trate de un nombramiento honorario, es *magister militum* del Imperio —dijo Valentiniano convencido.

—Tenemos informes de que, al otro lado del Danubio, en Panonia, se está produciendo una fuerte actividad militar para la preparación de una campaña en primavera.

—Pero, eso no tiene nada que ver con nosotros. Atila tiene previsto atacar Persia. Me lo ha dicho Heraclio —dijo Valentiniano con una suficiencia y seguridad que le hacía sentirse mejor informado que su general en jefe.

—Estoy convencido de que la campaña que está preparando para primavera, será contra nosotros. No, no debes ausentarte en este momento —dijo Aecio tajante.

—Ah, tonterías. Nada tenemos que temer de Atila.

El general evitó responder, pues veía una pérdida de tiempo y esfuerzo polemizar en ese momento sobre el asunto.

—Además…

Aecio hizo una pausa y dejó vagar su vista por los magníficos frescos de vivos colores que adornaban la pared del fondo de la sala.

—Además, ¿qué? —preguntó intrigado el emperador.

—Además, si me permites decirlo, creo que no debes reclamar el trono de Oriente —Aecio miró directamente a los ojos del emperador, esperando su reacción.

—¿Cómo? —dijo Valentiniano que no sabía si estaba más contrariado o sorprendido con lo que escuchaba—. No puedo creer que me digas lo que acabo de escuchar.

—Permíteme que te lo explique. Pulqueria domina la corte oriental y tiene el apoyo incondicional del general Aspar, que controla al ejército y también la propia corte. No van a consentir que tú accedas a ese trono. Sé que sueñas con la unificación del Imperio, pero eso ya no es posible. Piensa en qué ocurriría en Rávena si fueses nombrado emperador en Constantinopla. Los que ahora te son leales no querrían depender de otra corte y someterse a ella. No tardaría en surgir un usurpador al que muchos seguirían sin pensarlo. Aparte de que nuestros enemigos aprovecharían el momento de confusión y debilidad para atacarnos. Sé que sueñas con tenerlo todo, pero lo cierto es que es todo lo que puedes perder.

Valentiniano miraba fijamente a Aecio, impactado por cuanto acababa de escuchar y sin saber qué decir.

—Entonces, ¿qué propones? —dijo el emperador completamente desalentado.

—Propongo que influyamos en la sucesión, de modo que la solución resulte favorable a nuestros intereses y contribuya a nuestra seguridad. Si me lo permites, seré yo quien acompañe a tu esposa a los funerales de su hermano y, estando en Constantinopla, algo podremos hacer que nos favorezca.

Los funerales de Teodosio II tuvieron la magnificencia y el boato que solo la corte de Oriente era capaz de poner en pie.

Aecio había dejado a Marco Lupo Serrato a cargo de la seguridad del emperador, mientras estuviese ausente. No le extrañó encontrar en Constantinopla una terrible lucha soterrada entre los partidarios de la augusta Pulqueria, hermana del fallecido Teodosio, y los del eunuco

Crisafio, que había realizado cuantos esfuerzos habían estado en su mano, desde hacía años, para alejarla del poder y evitar que influyese sobre el soberano.

La embajada de Occidente, encabezada por Licinia Eudoxia y Aecio, fue llevada a presencia de Pulqueria, como, acto seguido, a la de Crisafio, con ánimo en ambos casos de ganarse su favor y apoyo.

El pueblo asistió compungido y apesadumbrado al funeral de su emperador al que amaban. Todos sabían que el hombre fuerte de Occidente era Aecio, pero este se cuidó mucho de aparecer siempre en segundo plano, detrás en cualquier caso de Licinia Eudoxia, manifestando en todo momento que cuanto decía o hacía era en nombre de Valentiniano III.

Terminadas las honras fúnebres, comenzaron las reuniones para designar a un nuevo emperador, y ahí sí que Aecio ocupó el relevante lugar que le correspondía.

Tras muchas e intensas reuniones con todos aquellos que tenían algo que decir y capacidad de decisión, Aecio llegó a la conclusión de que, lo que más convenía a los intereses de Rávena, era que la corte de Oriente siguiera bajo el control de la dinastía.

—El Imperio debe quedar en manos de Pulqueria —dijo Aecio convencido.

—Eso mismo pienso yo —respondió el *magister* Aspar, firme partidario de la augusta.

Flavio Ardabur Aspar, de ascendencia alana y goda, era el hombre fuerte en Oriente, tanto en el ejército como en la corte, por lo que estaba permanentemente enfrentado al eunuco Crisafio, que estaba moviéndose para imponer a su propio candidato. Hijo del *magister militum* Ardabur, tuvo un papel decisivo veintiséis años atrás en la derrota del usurpador Juan y en la toma de Rávena, hazaña que había quedado para la leyenda como que se llevó a cabo con la ayuda de un ángel. Con aquello se ganó la gratitud permanente de Gala Placidia y de Valentiniano III. Ayudó a lograr el tratado con Genserico, después de la invasión vándala de África, y recibió por ello el honor del consulado cuando contaba con treinta y cuatro años.

Aspar se había asegurado el control del ejército y de la corte, junto con el *comes domesticorum*, Marciano, al mando de las tropas de élite, directamente a las órdenes del emperador, y había puesto la guardia imperial, que aseguraba el palacio, a las órdenes de Cayo Rupilio Segundo.

—Pero una mujer en el trono es imposible. Nunca será aceptada —dijo Aecio.

—Elia Pulqueria deberá casarse con alguien que consienta en que

sea ella la que lleve las riendas del gobierno, y yo tengo el candidato perfecto.

—¿A quién te refieres? —preguntó el *magister* de Occidente.

—Al *comes domesticorum*, Flavio Marciano.

El *comes* era un hombre de Aspar. Le había sido leal desde siempre, tanto a él como a su padre Ardabur, a cuyas órdenes sirvió durante más de quince años. Nadie recordó en aquel momento que, treinta años atrás, durante la campaña de África contra Genserico, cayó prisionero en manos de este, que acabó por dejarlo libre porque un águila lo señalaba con su sombra, lo que fue interpretado por los adivinos como signo de que era un hombre señalado por los dioses para alcanzar el poder supremo. Genserico decidió dejarlo libre sin pedir ningún rescate, a cambio de su palabra de que jamás volvería a alzar su mano contra él o el pueblo vándalo.

Pulqueria esperaba la propuesta, pues no en vano estaba al tanto de cuanto ocurría en una corte en la que nada escapaba a sus informadores. El principal problema era el de contraer matrimonio. Marciano no le disgustaba en absoluto como hombre. A sus cincuenta y ocho años se mantenía fuerte y apuesto. Era alto, espigado y la vida militar lo había mantenido muy en forma. Era un hombre de carácter, sencillo, inteligente, trabajador, comprometido y entregado, además de tener unos preciosos ojos verdes. Era el marido ideal, de no ser por el compromiso religioso que tenía contraído la augusta.

Finalmente, consiguieron convencerla de que accediera al matrimonio.

—Pongo una sola condición para acceder a casarme con Flavio Marciano —dijo Pulqueria.

—¿Una condición, augusta? —preguntó Aspar.

—Me casaré con él si se compromete a respetar el voto de virginidad que tengo contraído.

Marciano aceptó.

El 25 de agosto, Elia Pulqueria de cincuenta y un años contrajo matrimonio con Flavio Marciano, de cincuenta y ocho, nuevo emperador del Imperio oriental y sucesor de Teodosio II.

Una de las primeras medidas adoptadas por el nuevo emperador fue la de suspender el pago del tributo pactado con Atila.

Los nuevos emperadores, contrarios a las tesis monofisitas, desterraron a Eutiques y trajeron de vuelta a Constantinopla los restos del patriarca Flaviano con la consideración de mártir.

Poco después convocaron un nuevo concilio en Nicea para el año siguiente.

Al este de las ruinas de Aquincum, la que antaño fue una próspera

ciudad de frontera y ahora era habitada por la maleza y el olvido, al otro lado del Danubio y en el corazón de los espesos bosques de la zona, a pesar de ser invierno, la actividad de los hunos era incesante. Los árboles eran talados por docenas. Centenares de esclavos de toda procedencia, expertos en los diversos oficios, se aplicaban a la construcción de naves para facilitar que el ejército cruzase el río en primavera. La zona estaba completamente sellada, pues se pretendía aparentar que se trabajaba en secreto. De hecho, quien ajeno al pueblo huno penetraba en el territorio, no salía de allí, porque era detenido. Atila no era ningún ingenuo. Sabía que esa actividad por muy en secreto que quisiera mantenerse acabaría por ser conocida por los romanos, cosa que era justamente lo que quería, porque el hecho de que tal actividad se estuviese desarrollando en ese lugar haría creer a Rávena que el objetivo final de su próxima campaña sería Italia, a través de Panonia, penetrando desde el este por Aquilea.

Al campamento del rey huno fueron llegando, durante todo el invierno, los estandartes y enseñas que los jefes de los distintos pueblos que se unirían a él en primavera enviaban como señal de compromiso, sumisión y alianza.

Llegado el momento, contaría, además de con sus guerreros hunos, con alanos orientales, hérulos, turingios, esquiros, gépidos, ostrogodos, agatirsos, rugianos, esciros, tungrios, neuros, akatziros, amilzuros, itimaros, tonosouros, saraguros, onoguros, ulmeguros, boiskoi, belonotos, sármatas yaciges y gelones, francos salios y ripuarios, burgundios orientales, nervios, bastarnas, brúcteros y la práctica totalidad de las tribus germanas del otro lado del Rin. Hasta pudo contar con bagaudas de la Galia puestos bajo el mando de Eudoxio. Genserico había prometido que los vándalos estarían representados por un contingente enviado para ello.

Todo en la corte, especialmente lo referido a la sagrada persona del emperador y a la familia imperial, estaba sometido a un riguroso ceremonial y protocolo que se seguía estrictamente.

La salud de Gala Placidia, a pesar de no contar con más de cincuenta y ocho años, últimamente no había hecho otra cosa que deteriorarse. Llegó un momento en que ella misma fue consciente de que la vida se le escapaba, por lo que llamó al papa León I para recibir el viático. Convencida de que le había llegado la hora de presentarse ante el trono celestial, necesitaba recibir el consuelo de la religión. El ritual exigía que, antes de recibir la comunión, debía pedir público perdón a Dios y a todos los presentes. A continuación, dispuso sobre sus funerales y determinó las limosnas que habían de repartirse entre los pobres. Solo entonces recibió la comunión y a su lecho pudieron

acercarse parientes, amigos y servidores para despedirse de ella con el beso de la paz. En la estancia, un grupo de clérigos cantaban salmos penitenciales, envolviendo el ambiente en una nube de incienso.

—Señor Jesucristo a ti me entrego —dijo Gala Placidia, mientras hacía sobre sus labios la señal de la cruz, al sentir que la vida se le escapaba con el último aliento.

El mismo 27 de noviembre, una delegación del Senado partió de Roma, encabezada por el senador Petronio Máximo, para informar a Valentiniano III, en Rávena, de que su madre, Elia Gala Placidia acababa de fallecer. Honoria, que estaba recluida en Milán, fue trasladada sin demora a la antigua capital del Imperio.

Resultaba llamativo que la delegación del Senado fuese presidida por Petronio Máximo, que, si bien era muy apreciado en la curia, odiaba a Gala Placidia y tenía una vieja cuenta pendiente con el emperador, desde que, años atrás, durante un banquete en Rávena, en una partida de dados con él, Máximo había perdido y, no teniendo con qué pagar, le había dejado su anillo de boda en prenda. Valentiniano, encaprichado de la mujer de Petronio, no dudó en cobrarse la deuda gozando de sus encantos. Ni el senador, ni el Senado, sobre el que tanta influencia tenía, habían perdonado la ofensa, pero sabedores siempre de aquello que a todos convenía, decidieron tratar de congraciarse, mediante esta muestra de sumisión, pues desaparecido el freno que Gala Placidia suponía para su hijo, todos temían lo que pudiera hacer con aquellos que considerase como sus enemigos.

Una vez que el papa León pronunció el responso fúnebre, el cuerpo de la augusta fue trasladado a otro lugar para embalsamarlo con miel aromática, tal y como se había hecho con su padre, Teodosio el Grande, cincuenta años atrás.

Después el cuerpo fue depositado en un féretro de madera de ciprés, recubierto de plata, para ser expuesto sobre un catafalco en el Aula regia del palacio imperial, donde la augusta yacía cubierta con púrpura y diadema, rodeada por un bosque de cirios, que ardían en sus candelabros dorados, entre nubes de incienso.

Se le rindieron entonces los honores que en vida le correspondieron, por parte de ministros, patricios, generales, senadores, prefectos, magistrados, dignatarios palatinos y servidores.

Valentiniano se acercó a ella para despedirse con un beso y un torrente de lágrimas que parecía no poder contener, aunque en su fuero interno era incapaz de evitar un sentimiento de liberación, al no tener ya nunca más que someterse a la voluntad de su madre. También el pueblo, que concurrió en masa, pudo acceder a la gran sala. Se habían cerrado baños, mercados y espectáculos públicos en

señal de duelo.

Tras cuarenta días de permanencia en la capilla ardiente, los restos de la soberana fueron trasladados solemnemente en una procesión nocturna hasta el mausoleo imperial de San Pedro.

La comitiva se revistió de toda solemnidad, pues abrieron la marcha los miembros del Senado. Les seguía un coro de diáconos y vírgenes, que entonaban salmos. A continuación, iba Valentiniano III con la familia imperial. Tras ellos iba el féretro cubierto de púrpura y oro, a hombros de oficiales de la casa de Placidia, y cerrando el cortejo, los altos dignatarios de la corte. Las antorchas iluminaban la oscuridad de la noche, como símbolo de la luz de la resurrección. Los fieles abarrotaban la basílica de San Pedro y el papa pronunció el elogio fúnebre de la emperatriz. Terminado el oficio, el ataúd fue conducido a la cripta del mausoleo imperial para ser depositado en el interior de un sarcófago, junto a la tumba de su hermano Honorio y sus primas María y Termancia.

Nadie podía saber que con ella se enterraba la Roma que hasta entonces había sido. Nadie podía saber que ese sería el último sepelio de una augusta al que se asistiese en Roma.

CAPÍTULO XXI

El azote de Dios

A. D. 451
1204 Ab urbe condita

En febrero, los distintos pueblos y tribus que habían prometido su colaboración a Atila se pusieron en marcha y comenzaron a concentrarse en la zona de Aquincum.

—Está bien, está bien… Tengo que reconocer que llevabas razón —decía un contrariado Valentiniano III, que se preocupaba más cada día que pasaba por la situación. Aunque, en realidad, con lo que estaba preocupado era con «su situación»—. Atila no se está preparando para atacar Persia. Es evidente que nos va a atacar a nosotros.

—No creas, *sacra maiestas*, que me complace haber acertado —dijo un Aecio, lleno de sentido común.

—Resulta evidente que van a atacar Italia —dijo Heraclio también preocupado y cuya inquietud era solo comparable a su cobardía, pues ya se veía perdiendo su cabeza a manos de los hunos.

—Tratándose de Atila, no es evidente nada —dijo Aecio, que a duras penas soportaba dar explicaciones al emperador, pero que aguantaba aún menos al eunuco que le hablaba, al que despreciaba profundamente.

—Lo que es evidente es que debes defender Italia —dijo Heraclio casi histérico.

—Debo defender el Imperio y procurar que Atila nos haga el menor daño posible.

—¿Sigues pensando que no va a atacar Italia? —preguntó Valentiniano.

—Con Atila no se puede pensar nada y hay que estar preparado para todo. Creo que el objetivo no es Italia, sino la Galia, porque quiere que pensemos justo lo contrario de lo que va a hacer. Si efectivamente cruza el Danubio en Aquincum, donde está concentrando su ejército, su objetivo será, sin duda ninguna, Italia. Pero, cabe la posibilidad de que remonte su curso y cruce el Rin en el

norte.

—¿Qué posibilidad hay de que eso ocurra? ¿Por qué piensas que está concentrando sus tropas en Panonia para luego dirigirse al norte y allí cruzar el Rin? —preguntó Heraclio.

—Cabe esa posibilidad, porque, según nos informan nuestros espías y exploradores, mientras que todos los aliados de Atila del este y del sureste se están desplazando hacia el punto de concentración, los pueblos germanos situados en el norte y el noreste, al otro lado del Rin, no se han movido. Si ellos no van hacia donde Atila se encuentra, es porque él va a dirigirse hacia donde están ellos.

A Aecio no le estaba resultando nada fácil reclutar nuevas fuerzas de las que disponer si finalmente Atila invadía la Galia. Estaba convencido de que el emperador no le permitiría utilizar el ejército de Italia, que se reservaba para su seguridad personal. Una estupidez más de Valentiniano, pues si el gran general no era capaz de parar la invasión en la Galia, de nada serviría la fuerza que se hubiese reservado. Había dado orden a todas las tropas de frontera de que abandonaran sus posiciones y se sumaran a las guarniciones de las ciudades fuertemente amuralladas, con la convicción de que difícilmente iban a evitar que cayeran en manos de los hunos si los informes de los exploradores eran ciertos y el ejército levantado por Atila era tan inmenso, pero sí que retrasarían su avance y lo irían debilitando. Consciente de que el tiempo correría en contra de Atila, al no tener algo que pudiera parecerse a un sistema de suministros y tener que alimentar a tal cantidad de hombres y caballos, cuando la última cosecha no había sido buena. Ganar ese tiempo podría ser la clave para sobrevivir al ataque.

De momento y en previsión de lo que pudiera pasar, había decidido que el punto donde intentar parar a Atila sería Aureolanum (Orleans), en donde tenía instalados a los *foederati* alanos de Sangibano. Hacía ya varias semanas que se estaban reforzando las murallas, reparando las partes más abandonadas, creando fosos, empalizadas, obstáculos y terraplenes adicionales, de tal forma que cualquier intento de tomar la ciudad le resultase lo más costoso posible. Se habían dotado las torres y la muralla de todo tipo de máquinas artilleras y se habían formado milicias de ciudadanos, a los que se estaba instruyendo, especialmente en el manejo del arco.

De las fronteras, se habían hecho venir a Arelate, lugar de reunión, cuando Aecio abandonase Italia, a las legiones I Itálica, retirada de Brigetio, la II de Aquincum, la XII Fulminata, que contaba con muy buenos artilleros, y la XIV de Carnunto. Contaba además con tropas de la caballería augusta y dos mil soldados de primera de la guardia

palatina, ataviados con sus relucientes corazas negras. También había podido disponer de los herculanos, los *cornuti seniores*, y los bátavos. Del norte de África había conseguido un cuerpo de caballería ligera mauritana con sus pequeños y resistentes, a la vez que veloces, caballos bereberes.

Se había preocupado de tener perfectamente abastecidos de víveres y pertrechos una cadena de almacenes desde Arelate a Aurelianorum, para que a su ejército no le faltasen suministros y se encontrase perfectamente alimentado en todo momento.

—¿Por qué Aurelianorum? —había preguntado Sangibano, el rey alano a Marco Lupo Serrato, el enviado por Aecio para supervisar el reforzamiento de las defensas.

—Porque, si Atila ataca la Galia, va a desplazarse por el norte, en dirección este-oeste, sin salirse del terreno llano, donde se encuentran las praderas en las que sus caballos pueden pastar. Pero, en algún momento, tendrá que dirigirse al sur, para destruir a los visigodos y luego dirigirse a Italia. Ese punto es Aurelianorum, de donde parten todos los caminos que necesita para desplazarse en uno u otro sentido. Si la invasión es en la Galia, Atila terminará aquí.

En la frontera nororiental de la provincia de Panonia, entre las olvidadas ruinas de Aquincum, la que había sido una hermosa ciudad hasta que cuarenta y dos años atrás fuese completamente destruida por alamanes y hunos, el explorador romano Cayo Vinicio oteaba el horizonte, desde la parte más alta de los restos, que todavía quedaban en pie, de uno de los anfiteatros con que contaba aquella urbe, cuando, en su momento, fue capaz de acoger a una población que se sentía fuerte y segura perteneciendo al Imperio, a pesar de estar situada en la ribera occidental del Danubio y formar parte de la frontera misma.

—¡Eh! Tito. Despierta —dijo Cayo a su compañero, lanzándole una piedra para que saliera de un sueño que parecía profundo.

—¿Qué ocurre? ¿Para qué me despiertas? —dijo visiblemente molesto y como no queriendo abrir los ojos.

—Ha empezado.

—¿Ha empezado el qué? —dijo Tito, dando un salto para ponerse en pie e ir a donde se encontraba su compañero de armas.

—¡Mira!

—¡Dios mío!

La orilla este del río se estaba llenando de todo tipo de embarcaciones, balsas y cuantos artilugios hechos para que flotaran habían preparado los hunos, durante el invierno, en aquellos bosques.

Hasta donde se podía abarcar de aquel caudaloso cauce, las aguas

se fueron llenando de lo que más que parecer una invasión, parecía una plaga.

—¡Vámonos! Recoge rápido todo, si no quieres que nos atrapen —dijo Cayo a su compañero.

Tomaron sus caballos y se lanzaron a todo galope a través de la llanura que circundaba el lugar.

—Más nos vale alcanzar el bosque, antes de que los primeros hunos lleguen y nos vean huir. Si nos ven y nos persiguen con caballos de refresco, estamos perdidos —dijo Cayo, espoleando a su montura.

Tras una cabalgada de más de media hora, alcanzaron por fin el bosque, en lo que comenzaba a ser una no muy pronunciada elevación del terreno. Subieron al punto más alto y desmontaron para dejar descansar a los caballos y recobrar ellos mismos el resuello.

Cayo subió a la copa del mayor árbol que pudo encontrar. A poco, los primeros invasores comenzaron a llegar y a extenderse por la llanura para dejar espacio libre en la ribera, que permitiera desembarcar a los que todavía cruzaban el río.

En cuanto tu caballo descanse, dirígete al puesto de mando e informa.

—Y tú, ¿no vienes? ¿Qué vas a hacer? —dijo Tito poniendo cara de sorpresa.

—Me quedo. Quiero ver qué ocurre, pero de esto hay que informar, así que no pierdas un momento.

—Te van a coger.

—No te preocupes por mí. No me van a hacer prisionero. Antes me clavo la espada que me dejo empalar —dijo Cayo decidido.

—Pues suerte, amigo —dijo Tito.

El explorador montó su caballo, una vez que hubo descansado de la galopada y abrevado en un riachuelo, y se dirigió hacia el sur, buscando la calzada Augusta, que debía de llevarle rápidamente hasta Sirmio, donde informaría.

Cuando Aecio conoció la noticia, no podía creerlo. Que Atila cruzase el río en Aquincum significaba que se proponía invadir Italia. Tratando de preverlo todo, había hecho reforzar las guarniciones de los pasos alpinos, las murallas de Aquilea, Rávena, Roma y las ciudades de la Padania, pero sabía que nada sería suficiente para detener al rey de los hunos.

—¿Tan imposible te parece? —preguntó Mayoriano, que se encontraba con Aecio, junto con Traustila, al que el general había casado con una de sus hijas.

—Tengo que creerlo, porque los informes son fidedignos. Sin embargo, me parece imposible de entender que Atila haya reclutado

tan inmenso ejército para meterlo en los estrechos pasos de los Alpes Julianos, donde no hay una brizna de hierba para sus caballos, que, después del invierno, tienen que estar muertos de hambre.

—Bueno, el valle del Po sí que dispone de prados —dijo Traustila.

—Es cierto, pero primero tendrá que conquistar Aquilea y tomar las ciudades de la Padania, muchas de ellas con fuertes murallas que no las hacen fáciles de someter —respondió el general—. Sigo sin encontrarle sentido.

Un mensajero entró y se cuadró ante los presentes.

—Mensaje urgente para el *magister militum* Aecio —dijo.

El destinatario tomó el documento e hizo un gesto para que el recién llegado se retirase, mientras rompía el sello.

A Aecio se le cambió el gesto.

—Yo tenía razón.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mayoriano.

—El ejército de Atila está remontando el curso del Danubio y se dirige hacia el noroeste. El objetivo es la Galia, no Italia.

—Pero entonces, ¿qué sentido tiene que haya cruzado el río en Aquincum? —preguntó Traustila.

—¡Qué cabrón! El grueso de su ejército no ha cruzado. Según el explorador que informa, solo lo ha hecho aproximadamente un tercio de la fuerza. Así logra aprovechar también los pastos de la otra ribera. No solo ha conseguido tenernos en vilo sobre su objetivo final, sino que, ya que tiene que remontar el Danubio, siguiendo nuestra frontera, va a destruir todos nuestros fuertes y cuantas defensas tenemos en esa parte del *limes*. Debemos dirigirnos hacia Arelate —concluyó Aecio.

Atila había contemplado el paso de parte de su ejército al otro lado del Danubio, desde una colina, donde la vista hacia las tierras del oeste resultaba diáfana. En la orilla de enfrente podía observar las ruinas de Aquincum, la ciudad nacida en torno al acantonamiento militar del ala I Hispanorum Auriana, en tiempos del emperador Claudio, que desde hacía años solo era habitada por las malas hierbas.

Consumado el cruce del río de una parte del ejército, se puso al frente del grueso de las tropas, rodeado de su caballería de hunos, junto con Onegesio y Escotas con idea de atravesar el Rin, más al noroeste. Edeco y el ostrogodo Teodomiro cruzarían el Rin por Maguncia para luego reunirse con Atila en Reims. Orestes y el gépido Ardarico encabezarían las tropas que habían cruzado a la otra orilla.

El ascenso del cauce del Danubio por las dos columnas paralelas, situadas en ambas orillas, hacía que todo desapareciese de la faz de la tierra, como si una gigantesca ola borrara cuanto se había construido

durante siglos. La antigua frontera, que desde siempre había separado Roma y Germania, sencillamente desaparecía al paso de estas fuerzas.

No habían tenido que pasar muchas semanas para que se hiciera evidente que, contra todo y contra todos, en contra de las primeras noticias y a pesar de las tretas empleadas para confundirlo, Aecio tenía razón. En los primeros días del mes de abril, Atila se encontraba en la orilla oriental del Rin, donde sus hombres se afanaban en la construcción de puentes y barcas para hacer pasar al otro lado del río al inmenso ejército allí concentrado, que superaba los sesenta mil hombres. Con ser un número inmenso, no era lo único que tenía que cruzar el río, pues había que poner al otro lado no menos de ciento veinte mil caballos, así como miles de carros.

Atila llevaba consigo más de quince mil hunos, la mayoría jinetes ligeros armados con lanza y arco asimétrico. Solo uno de cada cinco estaba provisto de yelmo, armadura y espada larga. Era la mejor caballería del momento. A cada guerrero se le proveía de entre cinco a diez caballos, lo que significaba que una inmensa manada los acompañaba. Los tres reyes ostrogodos, Valamiro, Teodomiro y Vidimiro, formaban con sus no menos de diez mil guerreros. Ardarico, principal vasallo de Atila, había acudido con quince mil gépidos. Hérulos, rugios, esciros, bastarnas, suevos y burgundios orientales aportaban en conjunto más de diez mil hombres. A todos ellos se sumaron los contingentes de varios pueblos sármatas, como los alanos, gelones, belonotos, neuros y yaciges que reunieron varios miles de jinetes, aumentados por los guerreros traídos por las tribus prototurcas y protoeslavas. Atila puso ante Roma un ejército de al menos sesenta mil hombres, de los que veinticuatro mil eran de caballería.

—¿No deberíamos esperar un poco para que nuestros hombres y nuestros caballos se recuperaran? Están famélicos —dijo Onegesio, la mano derecha de Atila.

—Aquí no hay prados suficientes para los caballos. En la Galia sí. Allí también podrán recuperar las fuerzas nuestros hombres. La sorpresa es fundamental. Aecio aún tiene a su ejército en Italia. Para cuando quiera reaccionar, toda la Galia será nuestra.

Era una opción muy arriesgada, pues Atila marchaba a la guerra al frente de un ejército cuya mayor baza era la caballería y sus monturas acababan de atravesar el duro invierno. Los hunos no estabulaban a sus caballos, que tenían que pastar sobre campos nevados y con escasa hierba, por lo que a comienzos de la primavera se encontraban agotados y en los huesos.

Atila había sopesado beneficios y riesgos y finalmente decidió que la ventaja estratégica que le proporcionaba atacar inmediatamente y

por sorpresa la Galia le compensaba del hecho de que sus caballos no estuvieran en las mejores condiciones, tras cuarenta días de marcha, durante los que no pocos habían caído enfermos o habían muerto de malnutrición y agotamiento.

Nada más cruzar el Rin, Atila dividió su ejército en tres columnas, más llevado de la necesidad de mantener a sus tropas sobre el terreno, al carecer de una intendencia digna de tal nombre, que por una decisión estratégica. El primer objetivo, por tanto, fue el saqueo para obtener con urgencia forraje y grano para los caballos y víveres para sus hombres, lo que además contribuía a sembrar el terror.

La caballería iba en cabeza, como una punta de lanza, que, por sorpresa, atacaba a las guarniciones escasamente dotadas, que no habían tenido tiempo de retirarse hacia el interior y que eran derrotadas y masacradas fácilmente. La infantería se ocupaba de monasterios, iglesias, torres o fortalezas en las que los habitantes que huían trataban de refugiarse. Salvo los niños, a los que se les esclavizaba, siempre que pudieran andar, porque hasta a los recién nacidos se mataba, los demás eran pasados a cuchillo y las mujeres violadas antes de ser degolladas. Desde muy lejos podía identificarse la ruta que los invasores seguían, por las columnas de humo que dejaban a su paso como testimonio de la devastación sembrada.

Uno a uno, los destacamentos de frontera quedaron reducidos a escombros. Fueron cayendo Astura, Agustiniana, Faviana, Lauriacum, Lentia Boidurum, Castra Batava, Castra Augusta, Castra Regina. También cayeron sin dificultad pequeñas ciudades como Vindonissa, Augusta Rauracorum, Basilia, Argentovaria, Argentorate, o Noviomagus.

El valle del alto Danubio acabó convertido en un inmenso erial, donde todas las casas fueron quemadas, todos los graneros vaciados e incendiados, y hasta las vides y los árboles frutales fueron talados, pues el objetivo, más que destruir, era el de despoblar.

En los primeros días de abril, Atila había cruzado el Rin, tendiendo un puente flotante de canoas excavadas en un solo tronco, que podían unirse entre sí y sobre las que podía disponerse una plataforma para facilitar el paso de hombres, caballos y carros. Naturalmente también se construyeron balsas y se utilizó todo aquello que pudiese flotar.

La zona en la que se cruzó el río se encontraba cerca de Maguncia, ciudad que destruyó, dirigiéndose, acto seguido, hacia Tréveris, que no opuso resistencia y, por tanto, no fue destruida. El ala izquierda del ejército huno a las órdenes de Orestes y Ardarico, que acababan de asolar Worms, tomó Metz el día 7, siendo devastada por completo, junto con sus habitantes y abriéndose camino al corazón de la Galia.

Un tercer cuerpo de ejército destruyó las ciudades del norte como Colonia, Aduatuca, Tornacum, Samarobriva, Augusta Veromanduorum y Caesaromagus. El punto de reunión de las tres fuerzas debía ser Reims, que también fue destruida y cuya fábrica de espadas constituyó un útil botín.

Lutecia Parisiorum se libró de la devastación. Sus sólidas murallas y el mismo río Sena constituían unas fuertes defensas que costarían destruir, antes de tomar la ciudad. Atila quería terminar cuanto antes el asedio, pues había decidido dirigirse sin demora hacia Aurelianorum para hacerse con el nudo de comunicaciones, que le facilitaría, tanto tomar camino a Tolosa para derrotar a los visigodos, como ir hacia Italia.

Se habían dispuesto las máquinas de asedio para abatir los paños de muralla entre torre y torre, y se había completado el cerco.

—¿Te has dado cuenta de que nadie defiende las murallas? —preguntó Edeco, que acababa de llegar a donde observaba el rey huno, tras moverse alrededor de los muros de la ciudad, supervisando el despliegue para el cerco.

Atila observaba fijamente la impresionante mole defensiva que tenía delante y respondió con un leve movimiento afirmativo de cabeza, sin dejar de prestar atención.

—¿Lo escuchas?

—¿Qué? —preguntó Edeco.

—Pon atención —dijo Atila concentrándose aún más.

Trató de agudizar su oído, como se le decía, pero no era capaz de escuchar más que los ruidos del enorme barullo de todo un ejército moviéndose a su alrededor.

—No, no escucho nada —dijo al fin.

—¡Que todo el mundo guarde silencio! —ordenó el rey huno.

Se tardó un buen rato, pero la orden se fue transmitiendo hasta el último rincón ocupado por las tropas de asedio. Conforme los ruidos desaparecían comenzó a escucharse una especie de coro de voces femeninas que procedían de la ciudad.

Atila miró a Edeco, que hizo un gesto afirmativo.

—Ahora, sí lo escucho.

—¿Qué es eso? —preguntó el rey.

Edeco, sorprendido por la pregunta, abrió los ojos, se encogió de hombros y extendió las manos, dando a entender que ni remotamente podía imaginarse qué era lo que estaban escuchando.

—Habremos cogido algún prisionero de los que tratan de escapar del sitio a última hora. Traedme a alguno.

Edeco se ocupó de que se cumpliera la orden y no tardó en volver

con uno.

—¿Dónde están los hombres? ¿Por qué nadie defiende la muralla? —preguntó al aterrado prisionero, que intuyó que se encontraba en presencia de Atila.

—Al conocer que tu ejército se acercaba la ciudad, decidimos huir y abandonarla —dijo el prisionero, medio balbuceando.

—Y, ¿qué son esos cánticos que se escuchan?

—Es cosa de una mujer piadosa, entregada a la oración, que se llama Genoveva y que ha logrado convencer a las mujeres, que la creen santa, para que no huyan y permanezcan en la ciudad, concentradas en la basílica del obispo, rogando a Dios que pases de largo y no la ataques. Les ha convencido de que, si rezan con fervor y con toda convicción y esperanza, Dios obrará el milagro.

—¿Es una chamána? —preguntó a Atila.

—Es una mujer que habla con Dios y dice que Dios la escucha.

El rey quedó meditando sobre su montura, volvió a mirar a la ciudad y después dirigió sus ojos a Edeco.

—Que venga Ogilig —ordenó.

El chamán de Atila se presentó de inmediato e hizo una profunda reverencia.

—Dile lo que me has contado —ordenó el rey al prisionero.

Este cumplió la orden, volviendo a relatar lo que había contado antes.

—¿Qué te parece? ¿Esa Genoveva es una hechicera? ¿Crees que habla con su dios? ¿Puede maldecirnos?

—Es difícil saberlo, pero debe de estar muy segura, porque ha quedado a tu merced al encomendarse así a su dios —respondió Ogilig.

—No me gusta —dijo Atila, siempre supersticioso, hasta el punto de encontrarse confundido.

—En cualquier caso, ella te ha convertido en la voluntad de Dios. Ahora solo depende de ti, porque tu voluntad será la voluntad de su dios —dijo Ogilig, que quedó mirando a Atila.

Si la pérdida de la espada de Marte, que había desaparecido tan misteriosamente como apareció, ya le tenía preocupado, esto le producía un desasosiego difícil de explicar. No quería sobre sí una maldición de una bruja cristiana.

Gruñó un par de veces mientras meditaba.

—Levantamos el asedio. Vamos a tomar Aurelianorum —ordenó finalmente—. Acercadme al prisionero.

Atila se inclinó sobre su montura y le acercó la cara.

—¿Qué clase de hombres dejan abandonadas a sus mujeres a

merced del enemigo? Tú no vienes —dijo atravesando el corazón del prisionero con su espada.

A medio camino entre Lutecia Parisiorum y el nuevo objetivo a tomar, pasaron por un lugar que se elevaba levemente sobre la calzada y en su cima tenía edificada una pequeña ermita. Atila la miró extrañado de que siguiera en pie y de que a ninguno de los suyos que le precedían no se le hubiese ocurrido ya pegarle fuego.

Estaba pensando en eso, cuando la puerta se abrió y de su interior salió un ermitaño, que, a voz en grito, se dirigió al rey huno.

—¡Dios Todopoderoso castigará tu soberbia y tu crueldad!

Los jinetes de la escolta de Atila levantaron simultáneamente sus arcos para acabar con aquel loco.

—¡Quietos! —ordenó el rey.

—Goza de tu triunfo, pues tus días están contados, hijo de Satanás. Está escrito que serás condenado para toda la eternidad.

—¡Traedlo aquí! —ordenó Atila—. No le hagáis daño.

Varios jinetes subieron la loma, ataron las manos del monje y lo arrastraron hasta donde se encontraba su rey. Para ellos el concepto de no hacer daño se refería a otras cosas.

—¿Qué es lo que está escrito? —preguntó Atila, cuando el prisionero logró ponerse de pie.

—Está escrito que eres una criatura de la noche. Pero no olvides que tras la noche regresa el alba. Está escrito que pagarás por tus pecados, y que será tu propia espada la que finalmente te hiera.

A Atila le disgustó que mencionara la espada.

—¿No temes lo que pueda hacerte?

—Yo solo temo a Dios. A Él me encomiendo. Yo acepto todo lo que venga de su mano y tú estás enviado por Dios.

—No entiendo lo que dices, viejo loco —dijo Atila, cada vez más disgustado.

—Tú eres el enviado de Dios para nuestro castigo y para que paguemos por nuestros graves pecados.

—¿De verdad crees lo que dices?

—Sí, sí que creo cuanto digo. Tú eres nuestro castigo. ¡Eres el azote de Dios! —dijo el eremita alzando el dedo y señalando al rey de los hunos.

Todos a su alrededor esperaban el momento en que Atila acabase con su vida o lo mandase empalar para dejarlo al borde de la vía.

—Vaya, vaya, así que tengo un nuevo título —dijo Atila, mientras se quedaba ensimismado y como meditando—. Soltadle.

Nadie reaccionó, porque no esperaban una orden así.

—¡Vamos! ¡Vamos! Soltadle.

—¡El Azote de Dios!… Me gusta. Así quiero ser conocido a partir de ahora. Vas a ir delante de nosotros. Te dirigirás a Aurelianorum y anunciarás que llega el Azote de Dios. ¡Dadle una moneda de oro!

—Haré lo que me dices, pero no quiero tu oro. No necesito bienes terrenales.

CAPÍTULO XXII

Aurelianorum, el sitio

A. D. 451
1204 Ab urbe condita

Una vez que Aecio conoció con toda seguridad que el objetivo de Atila era la Galia, desde Rávena, pasando por Mediolanum, los Alpes Marítimos y Massilia, tardó veintisiete días en situarse en Arelate (Arlés).

—¿Crees que las nuevas defensas resistirán? —preguntó Aniano, obispo de Aurelianorum.

—Mientras Atila no sea derrotado, pocas cosas podrán resistírsele. Lo que sí espero es que retrasen lo suficiente su avance y que sirvan para desgastar a su ejército, hasta que podamos llegar con los refuerzos. El resto está en manos de Dios —respondió Aecio.

Sangibano, rey de los alanos, asentados en la ciudad unos años atrás, por concesión del gran general, no tenía nada claro que pudieran resistir. Estaba lleno de dudas. Como todos los reyes bárbaros instalados dentro de las fronteras del Imperio, tenía continuas disputas y enfrentamientos con este, pero se habían romanizado; habían aprendido a valorar las comodidades, el orden, las leyes, la prosperidad y la riqueza que ofrecía Roma. Sí, se habían romanizado. Sabían que, si Atila vencía, todo aquello desaparecería para siempre. Los hunos no habían dejado de ser un pueblo nómada que odiaba las ciudades. Por eso las destruían hasta los cimientos. Para ellos eran cárceles y las casas sepulcros. Querían convertir todo en un páramo desolado, en el que moverse sin obstáculos de un lado a otro, como durante siglos habían hecho.

Sangibano estaba negociando secretamente entregar la ciudad a Atila. Convencido de la invencibilidad del rey huno, que nunca había perdido una batalla, pretendía salvar a su pueblo de la total extinción. No era un traidor. Habría preferido que Roma siguiese existiendo, pero no quería que los suyos desapareciesen para siempre. En todo

caso, no dejaba de dudar. La decisión no era fácil, porque sus alanos, al menos una gran parte, se vanagloriaban de ser romanos y cristianos, y la mayoría de ellos no querían convertirse en siervos de Atila. No era seguro que dieran su apoyo al rey si la traición llegara a consumarse.

Los espías, que el general tenía dentro de las murallas de Aurelianorum, no eran capaces de confirmar esas negociaciones de Sangibano con Atila, pero en sus informes daban indicios suficientes como para desconfiar de la posición del rey. A Aecio le resultaba difícil de creer, porque todo lo que tenía Sangibano, tierras, la ciudad, la corona real y hasta su mujer, se lo debía a él.

El general, preocupado por este asunto, hizo venir a Arelate al obispo Aniano, que era conocido como el Inmortal, porque, a pesar de sus noventa años, gozaba de una salud y unas energías propias de una persona joven. Además, era tenido por un hombre santo. A veces, desaparecía semanas enteras para hacer vida de eremita y aparecía después de repente para dedicarse a visitar a tullidos y enfermos, sin miedo a contagiarse. Sus fieles estaban convencidos de que hablaba con Dios. De modo que se trataba de una persona con mucha influencia entre el pueblo, en el que encontraba multitud de seguidores entregados y leales.

—Aurelianorum debe resistir —dijo Aecio al prelado.

—Puedes contar conmigo para mantener altos los ánimos entre los soldados y el pueblo, pero Aurelianorum, a pesar de los trabajos que se han realizado para fortalecer sus defensas, no podrá mantenerse demasiado tiempo sin tu ayuda —dijo el obispo.

—Mi ayuda la vais a tener, pero, hasta que la recibáis, la ciudad tendrá que resistir por sus propios medios. Es fundamental que el ejército de Atila se desgaste ante las defensas que hemos levantado. Es demasiado fuerte y son demasiados. Tienen que sufrir un severo desgaste para que, cuando mi ejército llegue, se le pueda enfrentar con una cierta garantía de éxito.

—Es mi voluntad ayudar cuanto pueda, pero dices que debemos defendernos solos durante un tiempo. Yo te pregunto: ¿cuánto? Fíjate lo que ha ocurrido con Mettis (Metz) —dijo Aniano, verdaderamente compungido.

Se esperaba que Metz hubiese resistido un asedio de semanas y lo cierto es que había caído en horas. Atila había dejado clara su estrategia ante sus murallas. No podía permitirse asedios largos, porque un ejército tan numeroso no debía pararse en un sitio sin correr el peligro de empezar a tener escasez de víveres y suministros en poco tiempo, porque a su solo paso ya consumía cuantos recursos

se encontraban disponibles. El rey huno buscaba provocar tal terror, que las ciudades se entregasen sin luchar y le abriesen sus puertas ante el solo anuncio de su llegada.

Frente a las murallas de Metz y a la vista de los sitiados, Atila mandó empalar a todos los habitantes que habían sido apresados en las inmediaciones, sembrando así un bosque de estacas con personas agonizantes en medio de un atroz sufrimiento.

Demostró hasta qué punto dominaba el arte de la fabricación de máquinas de asedio, cuando un enorme ariete con punta metálica y cobertura de hierro, en una construcción techada a dos aguas, recubierta de cuero y de lana mojada, comenzó a golpear la puerta principal de la ciudad. La cobertura de hierro protegía de las piedras, que se le lanzaban desde las torres que defendían la puerta, y la lana mojada apagaba las flechas incendiarias que se quedaban clavadas, dando al artilugio la apariencia de un puerco espín. Así que, cuando comenzó a golpear la puerta, aunque había sido convenientemente reforzada, poco le costó hacerla reventar.

Mientras el ariete actuaba, una nube de jinetes hunos galopaba en círculo ante las murallas y disparaban sin pausa sus flechas contra los hombres que, situados en las almenas, no podían hacer otra cosa que parapetarse ante semejante lluvia.

Cuando la puerta reventó, los fieros gépidos de Ardarico comenzaron una veloz carrera hacia la despejada entrada de la ciudad, desde trescientos metros atrás, donde se encontraban formados, lejos del alcance de los arqueros que protegían los muros.

Por su parte, cinco mil ostrogodos, mandados por su rey Valamiro, armados con sus vistosos escudos redondos y espada larga, recibieron la orden del propio Atila, de comenzar la toma de las murallas.

—¡Pasad a cuchillo a todos! ¡Que no quede nadie vivo! ¡Incendiad hasta la última casa! —les gritó.

A la carrera, lanzando gritos de guerra, portando cientos de escalas, los ostrogodos se dirigieron a las murallas, sin dilación ni duda. No les importaba cuántos cayeran en el trayecto, cuántas escalas fueran abatidas o cuántos de los guerreros sucumbieran al intentar la escalada, por las rocas lanzadas por los defensores, la arena al rojo vivo o el aceite hirviendo. Era una marabunta, una ola incontenible que nada ni nadie podía parar.

Los asaltantes entraron en la ciudad y se desató el horror. No hubo un rincón que no fuese saqueado, ni iglesia que no fuese profanada. El obispo fue degollado con un niño en las manos al que pretendía bautizar, cuando se negó a interrumpir la ceremonia. Las mujeres eran violadas sin excepción y luego brutalmente asesinadas. No había

edificio al que no se le hubiese pegado fuego. Todo ello ejecutado en un demoníaco ambiente de total frenesí y demencia ebria, provocado por el hecho de que los hunos llevaban meses sin beber y descubrieron una gran reserva de vino, dentro de las murallas, y lo consumieron sin medida.

Al terminar, nadie quedó vivo, salvo el grupo de mensajeros, hombres y mujeres a los que se les encomendó que llevaran en cestas a las ciudades vecinas las cabezas cortadas de los principales hombres del lugar. Partieron de inmediato, no sin que antes se les cortaran las orejas, se les segara la nariz y se les arrancasen los ojos.

—Sí, lo de Metz ha sido terrible —dijo Aecio al obispo—. Tenemos que evitar que pase algo parecido en Aurelianorum. Pero, te repito que para eso es imprescindible que la ciudad resista.

—Cuenta conmigo, pero será imposible mantener la moral si no puedo ofrecer el compromiso de una fecha límite en que aparezcas para rescatarnos —dijo Aniano.

Aecio quedó pensativo. Sabía que el prelado llevaba razón. Si no quería que los ánimos desfallecieran, debía de proporcionar una esperanza sólida a la que los defensores pudieran aferrarse y les hiciera resistir, sin perder la fe en ellos mismos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo al fin el general—. Me comprometo a que mi ejército estará en Aurelianorum antes del 14 de junio.

—Eso servirá.

—Hay algo que también te quiero pedir —dijo Aecio.

—Te escucho.

—Me preocupa la lealtad de Sangibano. Lamento tener que decirte que sospecho que está negociando con Atila. ¿Sabes algo?

—No tengo un conocimiento que pueda dar como cierto —dijo Aniano muy serio—, pero, en cualquier caso, conozco al rey alano y sé que no es ningún traidor. Vive preocupado por el futuro y el bienestar de su pueblo. No sé si está llevando a cabo alguna maniobra cerca de Atila, pero, si nos ayudas, si llegas a tiempo, estoy convencido de que Sangibano se mantendrá del lado de la defensa del Imperio.

—Una de las razones por la que te he hecho venir es porque sé que manejas la mejor información a través de tus fieles y sacerdotes. Te pido que me tengas al tanto de cualquier actuación del rey que pueda perjudicarnos —dijo Aecio.

—¿No me estarás pidiendo que viole el secreto de confesión? —dijo el obispo evidentemente molesto.

—No me interesan ni los pecados ni los pecadores, pero sé que la información que te llega es mucha y te pido que la compartas conmigo

en este trance. ¿Crees que tu influencia es suficiente como para mantener a Sangibano a nuestro lado?

—Voy a hacer lo que pueda y te mantendré informado de lo que sepa, pero tú procura aparecer antes del 14 de junio.

El pánico entre la población de Aurelianorum había obrado lo que no podía ser considerado sino un milagro, porque en pocas semanas, más de veinte mil almas unidas por el terror que los hunos suscitaban habían sido capaces de poner en pie unos elementos defensivos, que en otro caso habrían requerido arduos trabajos durante mucho tiempo. Se habían reparado las partes de la muralla que lo necesitaban y se habían reforzado en su base los muros, así como preparado las puertas para resistir. Se habían levantado terraplenes delante de la muralla, construido fosos y empalizadas, colocado todo ello en círculos concéntricos respecto a los muros de la ciudad, salvo en la parte sur, donde la protección adicional la aportaba el propio cauce del río Loira.

Los ciudadanos ricos habían donado materiales, víveres y habían puesto a disposición de la causa a sus sirvientes y esclavos. Quienes no disponían más que de sus brazos aportaron su esfuerzo además de alistarse en la milicia formada, que no dejaba de entrenar en el uso del arco.

Póstumo contemplaba los fosos recién terminados y las estacas contra la caballería de la que se había sembrado el campo, desde la cima de una de las rampas defensivas, rematadas por una empalizada firmemente asegurada en el terreno, no sin cierta sensación de orgullo y de satisfacción por el deber cumplido, pues en la construcción de todo aquello habían contribuido desde el primero hasta el último, sin distinción de rango militar o jerarquía.

—¿Será suficiente, *domine*? —preguntó el centenario de la III cohorte de la Legión II, Augusta, retirada del *limes* para reforzar la guarnición de Aurelianorum.

—Tendrá que serlo —respondió Marco Lupo Serrato, supervisor y responsable del reforzamiento de las defensas de la ciudad, nombrado para ello por Aecio.

Lupo había convertido al centenario en su mano derecha y hombre de confianza.

No era la primera vez que luchaban juntos. Catorce años atrás habían combatido a las órdenes de Aecio, en la campaña contra los bagaudas, en la que el gran general se dejó emboscar por estos, en lo que en realidad fue una trampa para cogerlos por la espalda con un ataque de caballería, mandada en parte por Marco Lupo Serrato, que acabó con los rebeldes.

Para el ahora centenario Tulio Póstumo Amiano, que en aquel momento tenía diecisiete años, fue su primera batalla. Aún recordaba que estaba aterrado, pues al creer que verdaderamente habían caído en una emboscada, pensó que de allí no saldría vivo. Si pudo mantener la dignidad, fue gracias a su entonces centenario Tito Veronio Celer, que le cuidó y trató siempre como un padre, y del que aprendió cuanto de buen soldado pudiera haber en él, pues todo se lo enseñó hasta que finalmente cayó, hacía ahora cinco años, en la fracasada campaña del *magister militum* Vito, contra los suevos en Hispania. La admiración de Póstumo por el general Aecio se mantuvo intacta a lo largo de los años, desde aquel memorable momento en el que luchó a su lado, siendo testigo de cómo se mantenía sereno en todo momento, sin cubrirse prácticamente del ataque de los arqueros y manteniendo el dominio de la situación. Póstumo pasó de creer que el general se había dejado embaucar, cayendo en aquella emboscada, a darse cuenta de que todo formaba parte de un astuto plan concebido por él, y eso hizo que naciera una admiración que le duraría por siempre.

Aunque lucharon juntos en aquella ocasión, Marco Lupo y Póstumo no llegaron a conocerse entonces. Había sido ahora, en Aurelianorum y por casualidad, que Lupo había conocido al centenario y lo había tomado a su servicio.

—¿Cuánto debemos resistir? —preguntó Póstumo.

—Lo que sea necesario. Tenemos que ganar el tiempo preciso, para que el general Aecio termine de completar su ejército y pueda unirse al de los visigodos.

—Pues esperemos que llegue cuanto antes, porque, en poco más de veinte días, Atila ha asolado la Galia desde el Rin hasta Lutecia Parisiorum, que, al parecer se ha salvado. Hay quien habla de una intervención divina y de un milagro.

—Sí, parece que tiene tanta prisa por atacarnos, que ha levantado ese asedio. De todas formas, Aecio ha prometido estar aquí antes del 14 de junio y él cumple siempre con su palabra.

A primeros de mayo, Aecio tuvo la certeza de que podía contar con los visigodos de Teodorico. El rey de Tolosa vio que el peligro resultaba evidente y que los visigodos por sí solos serían incapaces de hacer frente a Atila. El sentido común acabó por imponerse, haciendo que las gestiones de Avito dieran finalmente sus frutos.

La columna vertebral de las tropas de Aecio estaba formada por quince mil soldados del ejército de campaña de la Galia. Esta fuerza estaba compuesta por cuatro mil jinetes y once mil infantes, de los que un tercio formaba en la infantería pesada, otro tercio en la ligera,

siendo el resto arqueros. Dos cuerpos de caballería pesada, los *equites catafractarii iuniores* y los hombres del *praefectus equitum catafractariorum*, contingentes en su origen venidos de Britania cuarenta y cuatro años atrás, con el usurpador Constantino, que, cuando fue vencido, pasaron a formar parte del ejército de la Galia con Constancio III, integraban la caballería disponible. El resto de la fuerza a caballo era semipesada, adiestrada para cargar sobre el enemigo, y ligera, especializada en el uso de venablos, dardos y arqueros. Estas eran tropas veteranas acostumbradas a luchar y a vencer. Era un ejército poderoso, bien adiestrado y pertrechado.

A esta fuerza principal, había que sumar el contingente de los visigodos, que era el más poderoso de entre los aportados por los *foederati*. Estaba compuesto además de los godos propiamente dichos, por taifales, alanos y una amalgama de gentes descendientes de las tropas germanas de Estilicón, que se pasaron a Alarico, tras la ejecución del gran general. Con ellos, formaban también bagaudas procedentes de Tracia, Mesia, Panonia, Nórico, Italia y la Galia; es decir, todos los que se les habían unido en el camino recorrido, a lo largo de los últimos setenta y cinco años.

La caballería goda era escasa y del tipo semipesada.

Las tropas burgundias eran muy similares a las visigodas y francas salias, que Aecio reunió más allá del Loira, carentes casi por completo de caballería y caracterizadas por el uso generalizado del hacha arrojadiza, conocida como francisca.

Más de la mitad de los alanos, sin embargo, eran jinetes y de ellos, un tercio estaba constituido por una excelente caballería pesada. Usaban el arco asimétrico y su forma de luchar resultaba muy similar a la de los hunos. Tenían también caballería ligera armada con venablos, arcos y espadas y la infantería no se distinguía de la de los germanos.

Así que, Aecio reuniría finalmente en su marcha hacia el norte un ejército de unos cuarenta y cinco mil hombres, de los que diez mil serían de caballería y treinta y cinco mil de infantería, de la que solo seis mil eran de infantería pesada.

Atila doblaba ampliamente al ejército de Aecio en caballería y este superaba al enemigo ligeramente en infantería.

Cuando el general romano recibió noticias de que los quince mil visigodos de Teodorico estaban en condiciones de marchar, el 20 de mayo dio orden a su ejército de partir hacia Augustonemetum, donde debía producirse el encuentro de ambas fuerzas. El ejército romano siguió la ruta de Arelate a Vienne y de allí a Lugdunum.

A mediados de mayo, Atila hizo converger sus columnas para

cruzar el Sena en Merlosedum y dirigirse al sur, camino de Aurelianorum. La ciudad era la llave del valle del Loira. Era la última línea de defensa de la Galia que seguía siendo rica y por completo romana, junto con el valle del Ródano y los montes, valles y colinas de Auvernia.

Se había hecho algo más que reforzar las defensas de Aurelianorum. Se habían reparado las calzadas y el prefecto del pretorio de las Galias, Tonancio Ferreolo había hecho un magnífico trabajo de intendencia, acumulando para el ejército abastecimientos, animales y armas, durante todo el invierno, en los bien abastecidos almacenes situados a lo largo de la ruta. Valle del Ródano arriba, el abastecimiento llegaba por vía fluvial hasta Lugdunum, donde se habían pertrechado ya los aliados burgundios.

Marco Lupo Serrato, antes de despuntar el día, caminaba por el adarve de la muralla y los torreones, inspeccionando la colocación de las decenas de onagros, que se habían situado para defender la ciudad. Se habían colocado montones de piedras, a intervalos regulares, para ser arrojadas sobre quienes pretendieran escalar los muros. Se habían instalado también hornos móviles para poner al rojo la arena, que sería vertida sobre los asaltantes.

Todo parecía tranquilo y se respiraba una falsa sensación de seguridad. Nada se sabía de Atila. Los exploradores informaban de que no había ni rastro de su ejército, por lo que le llamó la atención el toque de alarma de las tubas situadas en los terraplenes del círculo defensivo exterior.

Bajó a toda prisa de la muralla y pidió un caballo, con el que se dirigió al galope a una de las empalizadas de vanguardia. Cuando llegó a su cima, no podía creer lo que estaba viendo. ¿Cómo era posible que el día anterior los exploradores informaran de que no había mi rastro del ejército huno? ¿A qué velocidad se habían desplazado? Evidentemente, se trataba solo de la vanguardia, pero ya su número impresionaba por cómo se iban desparramando por el campo, montando sus tiendas a dos estadios de la línea defensiva alrededor de la ciudad. Las tubas multiplicaron sus llamadas y los hombres tomaron las armas y se situaron en las posiciones que tenían asignadas.

Sangibano apareció donde se encontraba Marco Lupo. Sus seis mil alanos habían trabajado denodadamente en la preparación de las defensas y ahora se situaban en los puestos de vanguardia. Su forma de guerrear era desde siempre a caballo, pero en los tiempos que corrían, había que adaptarse para luchar también como infantería.

—Esto va a ser duro —dijo el rey al contemplar la marea del

ejército enemigo.

Los hunos, a la vez que levantaban los campamentos, iban desplegando el material de asedio del que destacaban sus enormes onagros, mucho más grandes que los que se habían colocado en la muralla.

El día lo emplearon en tomar posiciones, levantar las tiendas, situar la artillería y el resto del material de asedio como los arietes, también de un enorme tamaño y con las puntas reforzadas con metal, y en recibir al resto del ejército.

Al caer la tarde, Atila supervisaba el despliegue de los suyos.

—Quiero que tu caballería se quede como fuerza de apoyo, pero el resto no nos va a hacer falta para tomar muros. Los caballos necesitan pastar y recuperarse, porque los tenemos en los huesos. Da orden de que se dispersen por los campos para forrajear.

—Como ordenes —respondió Onegesio, que consideró la orden como la mejor que podía darse, dado el estado de los animales y su inutilidad para asaltar la muralla.

Los caballos se dispersaron a lo largo de muchas leguas alrededor, dada su enorme cantidad.

—¿Qué opinas? —preguntó Sangibano.

—Creo que mañana comenzará el ataque —respondió Marco Lupo.

Ambos miraron hacia el adarve de la muralla. El obispo Aniano y todo su clero lo recorría con cánticos convertidos en preces para pedir la ayuda divina y dar ánimos a los defensores, a los que envolvían en una verdadera nube de incienso. La procesión portaba una *imago* en forma de estandarte, con el crismón representado mediante un rico bordado, y otro en el que se representaba la imagen del emperador Valentiniano III y de su esposa Licinia Eudoxia, también bordado en vexilo de tela.

—Está bien que el obispo pida la ayuda divina —dijo Marco.

—La vamos a necesitar —respondió Sangibano.

CAPÍTULO XXIII

Aurelianorum, el ataque

A. D. 451
1204 Ab urbe condita

La noche se hizo eterna y mantuvo a los defensores en una permanente vigilia, sin otra novedad que los cambios de guardia y el temor de que a los hunos se les ocurriera iniciar un ataque nocturno por sorpresa.

No había despuntado aún el día y Sangibano junto con Marco Lupo inspeccionaban el parapeto de la empalizada exterior.

—Ha llegado el momento de que todo el mundo ocupe su puesto —dijo Sangibano.

—Que suenen las tubas —dijo Lupo al centenario Póstumo, que se fue para transmitir la orden.

El toque de llamada a las armas en el campo romano produjo enseguida el efecto de que ocurriese lo mismo en el campo de los hunos, con lo que ambos ejércitos comenzaron a formar en su respectivo orden de combate.

Entre el ejército romano se repartieron algunas galletas secas, cerdo salado y una medida de vino sin aguar para cada soldado.

—Te dejo. Voy a situarme —dijo el rey alano.

—Fuerza y fortuna —le respondió Lupo.

Sangibano hizo un gesto afirmativo y se retiró con paso decidido hacia el otro extremo de la empalizada, mientras no paraba de gritar órdenes por donde iba pasando.

Con el primer rayo de sol, Lupo pudo observar el enorme número de onagros que los hunos tenían preparados, justo detrás de una primera línea formada principalmente por ostrogodos y gépidos, que ocupaban el frente de punta a punta.

Un golpe seco, lejano y sordo, seguido de un casi imperceptible zumbido, llamó la atención del centenario Tulio Póstumo, que trató de localizar con la vista su procedencia. Lo que vio fue una enorme

piedra elevarse a los cielos para comenzar a describir una trayectoria helicoidal ascendente. Enseguida se escuchó otro golpe y luego otro, hasta oír lo que finalmente se convirtió en un repiqueteo continuo. Una nube de piedras lanzadas contra los parapetos exteriores parecieron por un momento sostenerse en el aire como ingrávidas. Cuando llegaron a su punto álgido, los defensores fueron conscientes de que esos proyectiles iban a impactar contra ellos.

—¡Detrás del terraplén! ¡Protegeos detrás del terraplén! —gritó Póstumo con todas sus fuerzas.

La primera piedra lanzada pasó por encima y fue a estrellarse en la zona comprendida entre las defensas exteriores y las murallas, pero el resto comenzó a impactar contra el talud defensivo, moviendo la tierra tan costosamente apilada y produciendo algún desmoronamiento. Otras dieron en la parte alta, destrozando la empalizada. Aquello se convirtió en una lluvia que parecía no tener fin y que hizo que algún novato se orinara encima.

El ataque con aquellas piedras, que no cesaba, no solo pretendía remover y debilitar los taludes, sino dar cobertura a los miles de guerreros hunos que, en lugar de atacar, se dedicaron a llenar los fosos y apartar los obstáculos tan trabajosamente alzados por los defensores.

—¡Arqueros! —ordenó Sangibano—. Disparad contra los que destruyen nuestras defensas.

Los arqueros se alinearon en la empalizada y comenzaron a lanzar sus flechas contra los que trabajaban en despejar el camino para que las fuerzas de a pie de los aliados hunos pudieran atacar. Algunos estaban protegidos por pantallas de madera, pero la mayoría no disponían más que de sus escudos. No obstante, continuaron con su trabajo, procurando hacerlo lo más rápidamente posible, bajo aquella lluvia de flechas. Los heridos y muertos de entre los atacantes eran inmediatamente sustituidos por otros, que continuaban la labor.

Del campamento huno comenzaron a salir fuerzas de arqueros a caballo que, cabalgando en círculos lanzaban sus flechas contra los arqueros romanos, obligándoles a protegerse, procurando cubrir así a los suyos. Las bajas comenzaron a abundar en uno y otro bando, resultando espeluznantes las heridas sufridas por aquellos que tenían la mala suerte de recibir el impacto de una piedra lanzada por un onagro. El día convirtió en rutina aquel encuentro con la muerte, que solo cesó cuando el sol se puso.

Tulio Póstumo se encargó de organizar los turnos de guardia en la zona de la empalizada que a sus hombres había tocado defender y se preocupó de que tomaran alimento. Las hogueras se multiplicaron tras los taludes de tierra y el centenario se interesó por el estado de los

heridos en el combate.

Sangibano tenía una percepción un tanto agridulce. Por una parte, se sentía contento de cómo resistían las defensas montadas en los dos últimos meses. Verdaderamente estaban cumpliendo la doble función para la que se habían previsto, que no era otra que la de desgastar al enemigo y retrasar su marcha cuanto fuese posible. Al menos, en este día, y vistas las bajas sufridas por Atila, el objetivo se estaba cumpliendo. Sin embargo, también se daba cuenta de que, ante el formidable despliegue de artillería y la enormidad del ejército atacante, dudaba de que estas defensas aguantaran mucho.

—Estoy seguro de que mañana nos atacará su infantería —dijo Sangibano.

—Lo harán en cuanto puedan. Nos atacarán en cuanto hayan cubierto suficientes fosos como para que no se formen cuellos de botella en un avance que pretenda conseguir algo —respondió Marco Lupo.

—¿Crees que resistirán los terraplenes? —preguntó el rey alano.

—Es cuestión de tiempo que acaben por desmoronarse, pero mientras duren, van a ser un problema para nuestros enemigos —dijo Lupo—. He ordenado a los voluntarios de la ciudad que reparen durante la noche la empalizada.

La jornada siguiente comenzó con la misma rutina que la anterior, solo que, pasado el mediodía, la empalizada fue atacada por la infantería de los ostrogodos y gépidos, que pudo ser rechazada.

Ocho días duraron las defensas exteriores, antes de ser abandonadas, al retirarse los soldados romanos al sólido abrigo de las murallas, donde además podrían disponer de los onagros en ellas preparados. La semana siguiente, las piedras que lanzaban los hunos tuvieron como objetivo los muros de la ciudad, cuya solidez resistió bien el ataque, hasta que ciertas zonas comenzaron a resquebrajarse, presentando serias grietas. En cualquier caso, los onagros romanos situados a lo largo de todo el perímetro acabaron destrozados y sirvieron finalmente para poco.

Los días pasaban y Aecio no aparecía. Era cierto que la fecha comprometida para su aparición, el 14 de junio, estaba muy cercana, pero parecía que no iba a llegar nunca.

—Hay zonas de la muralla que han recibido serios daños, que ya no somos capaces de reparar por la noche. Me temo que en cualquier momento quedará abierta una brecha en los muros —dijo Sangibano.

—Si tal cosa ocurre, he ordenado que se monten barricadas en las calles. Los hunos tendrán que tomar casa por casa —dijo Marco Lupo—. Tenemos que resistir hasta que Aecio llegue.

—Si llega —dijo escéptico el rey alano.

—Llegará. Estoy seguro de que llegará —dijo Marco Lupo que no estaba en absoluto seguro de que tal cosa fuese a ocurrir.

El obispo Aniano, a pesar de su avanzada edad, redoblaba sus intervenciones. Nadie sabía de donde sacaba energías suficientes para recorrer con su clero la ciudad de una punta a otra con sus cánticos y oraciones, dando consuelo y esperanza a todos, tanto a civiles como a militares. De hecho, había acabado con todas las reservas de incienso. Una y otra vez repetía, a quien quisiera escucharle, que estaban pasando una prueba puesta por el Altísimo y, si no perdían la fe, Aecio aparecería, tal y como había prometido.

Para Atila, el paso de los días no resultaba indiferente. En ningún momento había contado con que este asedio se prolongase tanto en el tiempo. Habían saqueado ya una zona tan extensa para procurarse víveres que no quedaba nada en decenas de leguas a la redonda. El hambre había hecho su aparición en el ejército huno y ya empezaban a darse brotes de enfermedad que amenazaban con convertirse en una epidemia.

—Necesitamos los víveres almacenados en la ciudad —dijo Atila—. Tenemos que tomarla a cualquier precio.

—Si no abrimos una brecha en las murallas, el asalto puede costar la vida de muchos de nuestros guerreros —dijo Onegesio.

—Si no tomamos ya la ciudad, corremos el riesgo mayor de sufrir una epidemia y eso sí que puede costar más vidas de lo que podamos imaginar —dijo el rey huno—. Mañana asaltaremos Aurelianorum con todo lo que tenemos. La ciudad debe caer.

—Será tal y como tú digas.

Antes siquiera de aparecer el primer rayo de sol, los onagros de los atacantes comenzaron a batir las murallas a lo largo de todo el perímetro. Con la primera luz, se puso en marcha el gran ariete buscando alcanzar la puerta del Este. Todos los hunos disponibles capaces de cabalgar se acercaron a los muros y, moviéndose en círculo, lanzaron nubes de flechas sobre el adarve, para neutralizar a los defensores, al obligarlos a cubrirse. Ostrogodos y gépidos, pertrechados con largas escalas, se lanzaron a la carrera para escalar las defensas.

—¡Arqueros, no dejéis de disparar vuestras flechas! ¡Poned el aceite a hervir, va a hacer falta, sobre todo en la puerta del Este! —gritaba Sangibano, moviéndose sin parar de un sitio a otro.

—¡Infantería, listos para sustituir a los arqueros en el adarve! —ordenaba Marco Lupo.

No era un simple ataque; era una oleada lo que se les venía encima

por cualquier punto en que pudiera observarse lo que estaba ocurriendo.

El centenario Tulio Póstumo firme como siempre en su puesto arengaba a los suyos.

—¡No tengáis miedo! ¡Somos soldados de Cristo! ¡Dios nos protege! ¡No cedáis un milímetro! ¡Resistid!

Los poquísimos onagros romanos que aún quedaban en uso hicieron su trabajo, sin errar un solo tiro, pues tan apretada venía la fuerza atacante, que, donde impactaba una de las piedras lanzadas, se producían tal cantidad de bajas, que abrían huecos en sus filas, si bien resultaba evidente que esos huecos se cerraban de inmediato.

Los ostrogodos eran verdaderos especialistas en el asalto a murallas. Actuaban con una rapidez inusitada, alcanzando la base de los muros a toda carrera, apoyando las escalas y subiéndolas, protegiéndose solo con sus escudos, que situaban por encima de su cabeza. Los muertos parecían no importar y nadie se ocupaba de quien caía herido.

—¡Arrojad las piedras! —gritaba Tulio Póstumo.

Los defensores lanzaban sobre el enemigo las piedras que previamente se habían apilado en el adarve, de modo que estuviesen estratégicamente situadas. Algunas daban de lleno en la cabeza de uno u otro asaltante, que se desprendía de la escala precipitándose como un saco. Otras hacían que el que recibía el golpe cayera sobre aquellos que subían detrás, arrastrando a varios, y otras sencillamente, para suerte de quien las recibía, rebotaban en el escudo y acababan por herir a guerreros que aún no habían comenzado a escalar.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Empujad con las pértigas! —ordenaba el centenario.

Con ellas se pretendía separar las escalas de la muralla, haciéndolas caer hacia atrás, si todavía no contenían suficientes asaltantes cuyo peso hiciese imposible lograrlo. Si no se podía, entonces, se intentaba separarlas lo suficiente como para provocar que se inclinasen hacia un lado para que, en su caída, la escala arrastrase a la que tuviera más próxima.

Los gritos de dolor por los impactos, las caídas o las quemaduras producidas por la arena al rojo vivo apenas podían distinguirse de los gritos de guerra de atacantes y defensores, en lo que no era otra cosa que un caos de muerte y horror.

Cuando todo comenzaba a verse perdido por parte de los sitiados, pareció que el obispo Aniano por fin conseguía un milagro, pues de golpe el tiempo empeoró y comenzó a llover, en medio de una gran tormenta acompañada de continuos rayos y truenos, que duró cinco

días, y que hizo imposible que los hunos, tan supersticiosos y tan irracionalmente temerosos de los rayos, continuaran con el ataque.

En cuanto amainó, Marco Lupo quiso estar en primera línea en el adarve. A pesar de las piedras, las pértigas y la arena al rojo, los ostrogodos al asalto comenzaron a llegar a los escalones más altos. Marco atravesó con su espada la garganta del primer enemigo que apareció y que cayó hacia atrás desmadejado. No sin dificultad por la cantidad de defensores allí apiñados, se acercó al borde mismo, pegado a la aspillera, protegiéndose con el escudo, y al siguiente le lanzó una estocada que le penetró por la parte superior de la clavícula, entre el hombro y el cuello. Cayó al vacío de inmediato, dejando el espacio libre a quien venía detrás. Este se había sujetado a la escalera con la mano en la que llevaba el escudo y con la otra mano lanzó un golpe de espada, que a punto estuvo de clavarse en la cara de Lupo. Instintivamente, este se echó para atrás esquivando el golpe, lo que aprovechó el atacante para poner pie en el adarve. Otros, que luchaban hombro con hombro junto a Lupo, intentaron impedir que el enemigo siguiera penetrando, pero luego fueron dos y luego más los que consiguieron terminar la escalada, con lo que los que ya estaban dentro protegían la escala, dejándola a su espalda, de modo que el enemigo no paraba de entrar.

Marco Lupo, que había recibido un corte en la cara y en el hombro, pero no había perdido la capacidad de combatir, enseguida pudo percatarse de que el enemigo se estaba haciendo con el adarve y que los defensores comenzaban a caer al vacío dentro del recinto, bien porque eran abatidos o como resultado del empuje de los asaltantes.

—¡A las barricadas! ¡Retirémonos a las barricadas! —ordenó a los suyos.

Algunos tramos de la muralla seguían resistiendo, pero cuando al fin el gran ariete reventó la puerta del Este, a pesar de la cantidad de aceite hirviendo vertido sobre los atacantes, el adarve se abandonó definitivamente en todas sus secciones y la lucha se trasladó a las barricadas. El combate fue terrible por lo encarnizado del mismo. Parecía que a nadie le importaba morir o ser herido y no se hacían prisioneros, pues el que caía, aunque siguiera vivo, era allí rematado.

La lucha dejó de ser continua, cuando amplias zonas de la ciudad, sobre todo en las partes norte y este, iban siendo tomadas por el ejército invasor, lo que dio algún descanso a los sitiados, ya que entonces los hunos se dedicaron al saqueo, y era el momento en que los defensores aprovechaban para replegarse a otras barricadas más cercanas al foro central.

Los hunos, de momento, no destruían los edificios. Solo prendían

fuego a las iglesias en algunos casos repletas de fieles. Se hicieron con cuantos carros pudieron encontrar y los iban llenando con las riquezas que eran capaces de hallar en las casas tomadas, se adueñaron de los almacenes y las calles se llenaron de otros carros, traídos desde el campamento, para dar de comer a los que allí habían quedado o habían caído enfermos por el hambre. Esta actividad de expolio dio un respiro a los sitiados, que acabaron por defender el foro, en el centro de la ciudad. Situado en la intersección de la vía del Cardo y la del Decumano, se accedía a él a través de cuatro monumentales arcos al pie de esas vías. En esas entradas se levantaron las barricadas que iban a constituir la última línea de defensa.

Bajo una capa de mugre, sangre propia y ajena reseca, en la ropa, en la cara y en el pelo, a Sangibano le costó reconocer a Marco Lupo.

—Parece que llegamos al final —dijo el rey alano.

—Todavía no ha llegado —respondió Marco Lupo.

—Después de todo, vamos a morir por nada.

—No estoy de acuerdo contigo. Si nos toca morir, lo haremos con dignidad y orgullo defendiendo la civilización y el cristianismo frente a la barbarie y la oscuridad —dijo Lupo.

—No me pienso entregar. Antes de rendir mi espada, me la pienso clavar —dijo Sangibano.

—Yo tampoco voy a dejar que me empalen.

—Ha sido un honor luchar contigo, romano.

—Lo mismo te digo. Eres un buen rey para los tuyos.

—Me voy al arco del Este. Suerte.

Marco Lupo Serrato despidió al rey con un gesto mientras lo vio dirigirse a su posición con paso firme y decidido.

—Se están preparando para atacarnos —dijo Tulio Póstumo que llevaba en la cabeza un vendaje improvisado y manchado de sangre reseca.

Ambos estaban situados tras la barricada defensiva del arco norte del foro.

—Sí, parece que forman —dijo Lupo—. ¡Todo el mundo preparado! ¡Animo! Tenemos que hacer un último esfuerzo —gritó, dirigiéndose a cuantos tenía a su alrededor.

Aniano, el obispo, situado en el centro del foro, arrodillado, abría sus brazos en cruz, dirigiendo su mirada al cielo, rezando por que ocurriese un milagro.

Los hunos terminaron de formar a todo lo ancho de la vía del Cardo, preparados para realizar el asalto final.

—Bueno, parece que ha llegado el momento decisivo —dijo el centenario Tulio Póstumo, que se preparaba para luchar hombro con

hombro junto a Marco Lupo.

—Sí, es el momento de demostrar lo que somos —le dijo Marco—. ¡Hermanos de armas, ni un paso atrás! ¡No os dejéis coger vivos! —gritó al resto de los que formaban en la barricada.

Los hunos, profiriendo alaridos, se lanzaron a toda carrera contra la barricada, ante la que no solo se estrellaban de forma irracional, consiguiendo, los que no sucumbían en el momento, saltarla para caer dentro de la explanada del foro, encima de los romanos y alanos, de una forma suicida, que, de todas formas, no podía ser evitada por los defensores y que hacía que cada vez más enemigos se encontraran a este lado, a pesar de ser abatidos en gran número.

—«Es el fin» —pensó Lupo.

De repente, la fuerza que estaba tomando la barricada incomprensiblemente comenzó a retirarse. Naturalmente, los hunos que ya estaban dentro fueron masacrados. Lupo miró hacia los otros arcos del foro y en aquellas barricadas estaba ocurriendo lo mismo. Desde donde se encontraba podía ver hasta la mismísima puerta norte de la muralla, situada al final de la amplia avenida del Cardo. Para sorpresa de todos, los hunos estaban abandonando la ciudad. Miró hacia el centro de la plaza y al ver al obispo Aniano rezando, se dirigió a él, hincó una rodilla en tierra y, cogiendo su mano, se la besó.

—Se ha producido el milagro —dijo.

—Es la voluntad de Dios —respondió el prelado.

Cuando pudieron acceder nuevamente a la muralla, comprobaron que los hunos levantaban a toda prisa el campamento y el sitio.

—No puedo enfrentarme al ejército de Aecio en estas condiciones —dijo Atila reunido con sus hombres de confianza y los principales jefes y reyes aliados.

Los exploradores hunos le habían anunciado que el ejército romano y visigodo se acercaba a la ciudad. No lo esperaba. Al menos, no lo esperaba antes de tomar Aurelianorum. No podía suponer que Aecio fuese capaz de cubrir seiscientos kilómetros en tan solo veinticinco días.

—Nuestros hombres están exhaustos, hambrientos y muchos enfermos. Nuestra caballería se encuentra completamente dispersa a varias leguas a la redonda y este no es un terreno propicio para una batalla campal. Debemos replegarnos, reagruparnos, utilizar los víveres que hemos capturado para reponer fuerzas y encontrar un lugar más propicio donde hacerles frente —concluyó Atila.

En pocas horas, el ejército huno levantó los campamentos y se dirigió a toda prisa hacia el norte.

Aecio apareció con el ejército romano y visigodo desde el sur y cruzó el puente sobre el Loira, que daba a la puerta de la muralla allí situada. Los ciudadanos sencillamente enloquecieron con la llegada del general. La vía del Cardo apenas podía transitarse. La escolta del general se vio obligada a usar a veces la fuerza para apartar a una multitud entusiasmada y vehemente, que lanzaba vítores continuos y se agitaba con la alegría desbordada de quienes son conscientes de haber evitado una muerte segura entre horribles suplicios. Cuando llegó al foro, los soldados que allí se encontraban, también estallaron en vítores. A pesar de que Aecio venía cubierto de polvo del camino, propio de la última marcha forzada, a todos les pareció encontrarse en presencia de un ser radiante, de un ser de luz, y actuaban como si estuvieran en presencia de un ángel salvador enviado por el Altísimo.

Sangibano y Marco Lupo se apresuraron a acercarse para situarse al pie de su montura.

—Prometí que vendría y aquí estoy —dijo Aecio.

—¡Gracias a Dios! —dijo Marco Lupo, mientras el rey Sangibano extendía su mano para estrechar la del general recién llegado.

CAPÍTULO XXIV

Los Campos Cataláunicos, la batalla

A. D. 451
1204 Ab urbe condita

Las tropas de Aecio habían cogido por sorpresa a Atila. Era el peor momento en el que podían aparecer. Los hunos se encontraban saqueando la ciudad, en la que habían logrado entrar en la misma mañana del 14 de junio. No podía existir mayor confusión entre ellos, pues trataban a la vez de consolidar su dominio de la parte conquistada, mientras se repartían el botín y los cautivos.

Además, después de tres semanas de un asedio que se les había hecho durísimo, los hombres de Atila estaban exhaustos, al borde de la inanición y de caer enfermos. Es cierto que habían saqueado toda la región desde el Rin al Sena, pero llevaban ciento diez días de campaña y, en el tiempo que habían estado plantados frente a las murallas de Aurelianorum, habían acabado con todo rastro de alimento o forraje que pudiera encontrarse en toda la región circundante.

Así que, el ejército de Atila estaba agotado y se veía sorprendido por otro ejército, que se presentaba descansado, bien abastecido y que no llevaba más de veinticinco días de campaña.

Utilizando la calzada que iba desde Aurelianorum a Lutecia, Atila condujo a su ejército a toda prisa. Antes de llegar al Sena y a esta ciudad, se desvió hacia el sur para alcanzar el río a la altura de Metlosedum, donde lo cruzó y mandó destruir el puente para retrasar al romano, que sin perder un minuto lo seguía de cerca y no hacía más que acosar a su retaguardia.

No logró lo que pretendía al quemar el puente y, tras llegar a Troyes, fue alcanzado por la vanguardia romana. El ejército huno había recorrido ciento setenta kilómetros a marchas forzadas en tan solo cinco días de retirada, hostigado continuamente, sin poder dar descanso a sus hombres y caballos, ni abastecerlo de vituallas y forraje.

Con un ejército extenuado, Atila se encontraba al borde mismo de la desesperación, al darse cuenta de que no podía continuar con su huida. Parte de la caballería dispersa para pastar y forrajear había conseguido unirse, pero la dispersión había sido tal que mucha más se encontraba aún lejos. Era su mejor arma y solo podía utilizarla parcialmente. Tan apurado iba que no se paró ni a saquear Tricasses, a pesar de carecer de murallas y guarnición. Su obispo, Lupo, naturalmente lo atribuyó a la intervención divina.

En la región de Armórica, al ejército de Aecio se sumaron veteranos francos, sármatas y taifales de las colonias militares de la región y nuevos grupos de alanos, además de los que habían sobrevivido en Aurelianorum. También se le unió allí un grupo de sajones. Con todo ello el general romano lograba la equiparación numérica con las fuerzas del enemigo.

El 19 de junio, al concluir la tarde, Atila fue consciente de que no podía seguir retirándose. Era obvio que estaba en inferioridad de condiciones frente a Aecio, pero este le había dado alcance y no tenía más remedio que plantarle cara y dar la batalla.

En aquellos momentos, la noche anterior al temido encuentro, los francos salios de Meroveo cruzaron las líneas de los hunos, después de atacar el sector de los gépidos.

—Tu hijo Meroveo ha llegado con los suyos, *domine* —dijo el jefe de la guardia, al entrar en la tienda de Aecio.

El general se puso en pie y se dirigió a su encuentro.

—¡Salve, *pater*! Nos ha costado un poco pero aquí estamos.

Meroveo era hijo del no hacía mucho fallecido rey franco Clodión. Aecio había apoyado la sucesión adoptando al recién llegado al que había puesto en el trono.

—Me alegro de tenerte a mi lado —dijo el general romano con sincera alegría.

—Nos ha costado un poco llegar. Hemos tenido que abrirnos paso, pero ya estamos aquí con parte del trabajo hecho. En la batalla ya no habrá que matar a algunos de los miles que hemos enviado con sus dioses —dijo el presuntuoso, arrogante, joven, guapo y fuerte rey franco, de ojos azules y hermosa melena rubia, dispuesto a exagerar, fanfarrón como siempre, sus éxitos en batalla, porque mal podía haber matado a tantos, cuando él aparecía al frente solo de tres mil guerreros.

Aecio no había tenido la seguridad de que Meroveo pudiera llegar a tiempo. Lo había enviado semanas atrás al norte de la Galia para reclutar voluntarios de entre los salios, si es que su hermano Childerico, al que Atila apoyaba para ser el sucesor de su padre,

Clodión, no se le había adelantado.

Atila decidió hacer frente a los romanos en un lugar conocido como Campo Mauriacus, situado a siete kilómetros de Troyes.

Ogilig, el chamán del rey huno, había sido llamado a presencia de Atila.

—¿Qué deseas de mí?

—Con casi toda seguridad, mañana va a tener lugar una batalla que va a decidir el futuro. Quiero conocer los auspicios.

Atila se encontraba solamente acompañado por Edeco. En su fuero interno, no estaba muy convencido de que el enfrentamiento con Aecio le resultara en esta ocasión favorable, así que no quería testigos que presenciasen algo que les permitiera difundir rumores que mermaran la moral a sus guerreros.

Con toda solemnidad y muy concentrado en el ritual, Ogilig sacrificó a la víctima y le extrajo las entrañas, que revisó con ojo de arúspice experto.

Terminada la ceremonia, Ogilig se inclinó ante su rey y así permaneció.

Atila le miró con atención. De su actitud deducía que no era nada bueno lo que iba a decirle.

—¿Y, bien? —preguntó el rey huno.

Ogilig dudaba sobre qué debía contestar.

—En la batalla que se avecina uno de los reyes que son enemigos tuyos morirá —dijo al fin.

—¿Aecio?

—Puede ser, mi señor —dijo el chamán, tragando saliva.

—Pero ¿la batalla me será favorable?

Ogilig callaba y no levantaba la vista del suelo.

—¡Contesta! —ordenó Atila impaciente.

—No —dijo al fin Ogilig.

El rey dejó caer su espalda en el sillón que ocupaba y cerró los ojos, como si acabara de recibir un golpe en la cara.

—Si dices una sola palabra de esto, te mandaré empalar. Retírate.

El chamán salió de la tienda y Atila quedó en silencio. En su mente, este mal augurio se unió con el hecho de que la espada de los dioses, la que los romanos llamaban la espada de Marte, se había perdido. Era un secreto que muy pocos conocían. Había hecho empalar a los responsables, pero eso nada solucionaba. La espada ya no estaba en su poder.

—Si mañana no salen bien las cosas, quiero que te ocupes de preparar una gran pira funeraria. No quiero sobrevivir a una derrota —dijo a Edeco.

La zona en la que ambos ejércitos se iban a encontrar estaba formada por ondulantes y suaves llanuras, salpicadas por leves colinas de amplia base y poca altura.

—La primera luz del día debe encontrar nuestro ejército formado —dijo Aecio a sus generales reunidos—. Tú, Sangibano, formarás en el centro con tus alanos. Vuestra forma de pelear es muy parecida a la de los hunos y Atila formará en el centro con casi toda seguridad. Siempre lo hace —añadió.

—Será como dices —respondió el rey alano—. Espero que hayas tenido en cuenta que mis hombres, tras tres semanas de asedio, no se encuentran en las mejores condiciones, y no quisiera fallarte. Es de una enorme responsabilidad formar en el centro.

—No te preocupes. Es cierto que tus hombres han resistido valientemente un duro asedio en las últimas semanas, pero se han visto perdidos y el que hayan sido rescatados los tiene llenos de entusiasmo y moral de victoria. Estoy seguro de que sabrán cumplir con su deber —le respondió Aecio—. Además, si veo que lo necesitas, te ayudaremos haciendo una pinza entre los míos y los visigodos de Teodorico que formarán a tu derecha.

—A tus órdenes —respondió Sangibano.

Había otra razón por la que el general decidió situar a los alanos en el centro, que no pensaba compartir con los demás. A pesar del comportamiento de Sangibano en la defensa de Aurelianorum, no terminaba de confiar en él. No quería tener la desagradable sorpresa de que en mitad de la lucha se pasase al enemigo si formaba en uno de los flancos. Así que, situado en el centro, estaba controlado y no le quedaba más remedio que luchar.

—Como acabo de decir, en el ala derecha formarás tú, Teodorico, con tus visigodos, y tu flanco quedará protegido por la caballería de tu hijo Turismundo, aunque deberás poner al mando a otro, porque quiero que, con una parte de sus jinetes, esté conmigo protegiendo mi costado.

Aecio había dejado la derecha, el lado de honor, al rey visigodo como muestra y símbolo de reconocimiento y gratitud por su apoyo, aunque el hecho de llevarse a su hijo consigo y tenerlo cerca era una muestra de que quería garantizarse que, durante la batalla, la fidelidad del rey visigodo no flaquease. Más que como apoyo, lo que buscaba era tenerlo a modo de rehén.

—No te vamos a defraudar —dijo el viejo rey visigodo.

—Lo sé. Yo formaré en el ala izquierda y tú, Mayoriano, con Marco Lupo protegerás el flanco con la caballería.

Mayoriano y Lupo hicieron un gesto de asentimiento.

—¿Atacaremos nosotros? —preguntó Optila.

—No, no atacaremos nosotros. Atila ha elegido el terreno. Al decidir parar su retirada, ha escogido el lugar en donde plantarnos cara. Esperaremos a que sea él el que ataque y tenga que sufrir por tanto el mayor desgaste —respondió Aecio.

Al amanecer del día 20 de junio, Atila comprobó que el ataque de la noche anterior, protagonizado por el franco Meroveo, había provocado alguna confusión en parte de sus líneas. Procuró primero reorganizarlas y esperó cuanto pudo para formar a su ejército en orden de combate. Solo a primera hora de la tarde, decidió que tal cosa ocurriera. Sentía que en esta ocasión llevaba las de perder y pretendía que la batalla comenzase cuanto más tarde mejor, con objeto de obtener la protección de la noche, en caso de que tuviera que retirarse.

Atila se había ataviado con una sencilla túnica blanca y ceñía cota de malla. Era la hora nona. Nada más terminar de formar su ejército, se dio cuenta de que no habían ocupado un punto en el terreno que le pareció podía resultar crucial en el desarrollo de las operaciones. Se trataba de una colina que se encontraba en su flanco derecho, en aquella tierra de llanos inacabables.

El rey ordenó que un cuerpo de caballería huna se hiciese con aquella elevación.

—Van a tomar la colina —dijo Traustila, que formaba junto al general romano.

—Debemos evitarlo. Esa altura debe ser nuestra —dijo Aecio.

—¿Envío a Marco Lupo para que se anticipe?

—No, no disponemos de demasiada caballería regular en este flanco. Dile a Turismundo que con sus jinetes de caballería pesada tome la colina —ordenó el general.

Fue el propio hijo del rey visigodo quien encabezó la carga. Espoleó su caballo y todos quedaron atónitos viendo cruzar al trote el campo de batalla a las *turma* de jinetes, desde el flanco izquierdo romano, que, mientras se desplazaban, iban formando un triángulo perfecto, cuyo vértice de ataque era el propio Turismundo, que nunca perdía la oportunidad de ser el primero en todo. Cuando se encontraban a doscientos pasos, se escucharon voces dando órdenes en lo alto del cerro y súbitamente surcaron el aire cientos de flechas, describiendo su siniestra parábola. Fue entonces cuando Turismundo, espoleando su caballo, puso a los suyos al galope.

—¡A la carga! —ordenó, acto seguido.

Las flechas llegaban sin dar respiro a los atacantes. Iban bien acorazados hombres y caballos. El repiqueteo de los dardos sobre los

yelmos, escudos de madera y las armaduras se mezclaba con los gemidos de los que eran heridos o los gritos de los que eran derribados del caballo o caían de él, porque la herida era recibida por su montura. A cien pasos, les llegó otra mortífera lluvia de flechas.

Los jinetes atacantes bajaron sus lanzas para que encontrasen un lugar en el cuerpo de los enemigos en donde clavarse. El choque fue brutal en la cima de aquella elevación. Los hunos, dado que no habían conseguido frenar a los visigodos, que soportaron la lluvia de dardos recibidos en su aproximación, y habían logrado llegar a la cima, pusieron de manifiesto su desventaja al no poder competir con aquella caballería pesada, mucho mejor armada, con la que ya no podían utilizar sus arcos. Entonces utilizaron la única ventaja que les quedaba. Hombres menudos, sobre pequeñas y ágiles cabalgaduras, emprendieron la retirada y abandonaron la colina. Eso sí, girados sobre sus caderas, seguían disparando sus flechas.

—Hay que consolidar esa posición con infantería. Avancemos. ¡Adelante! —gritó Aecio.

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡No rompáis la formación! —ordenó el centenario Tulio Póstumo a los suyos.

Toda el ala izquierda del ejército romano avanzó sin romper la línea con el resto para consolidar la posesión de la cima de la colina. Para su satisfacción pudieron comprobar que, mientras que la pendiente por el lado romano era leve, por el lado hasta ese momento oculto, resultaba ser más empinada y rocosa, constituyendo una magnífica defensa natural.

Atila había contemplado aquello lleno de rabia.

—¡Mierda! —dijo entre dientes, haciendo un esfuerzo por mantener su semblante impasible, cuando vio que finalmente la colina quedaba en manos de Aecio.

La cosa no empezaba nada bien, pero no quería que los suyos tuviesen una percepción negativa que les desmotivase, así que decidió arengarlos.

—Están vencidos y lo saben. Están muertos de miedo, incluso antes de que comencemos nuestro ataque, y por eso han tomado esa altura. Están arrepentidos de presentar batalla, por eso buscan desesperadamente lugares altos que les proporcionen alguna ventaja y en donde puedan protegerse. Pero se arrepienten tarde, porque ya conocéis lo poco que aguantan los romanos, que no es que no soporten las heridas, sino que apenas pueden sufrir la polvareda levantada en la lucha —gritó Atila con toda la fuerza con que era capaz de proyectar su voz.

Los hunos estallaron en carcajadas y acto seguido en vítores hacia

su líder. Este hizo una señal y comenzaron a escucharse alrededor primero y luego a lo lejos los cuernos que daban la orden de empezar el ataque.

Atila había situado frente al ala izquierda del ejército romano, dirigida por Aecio, que ahora ocupaba la colina, a los gépidos de Ardarico y a los francos de Childerico. Con aquel grupo luchaba Odoacro, de dieciocho años, que era hijo de Edeco, que se mantenía al lado del rey huno, formando parte de su Estado Mayor. En el centro, frente a los alanos de Sangibano, se encontraba el propio Atila, al mando de sus hunos. Y frente a los visigodos de Teodorico, había situado a los ostrogodos mandados por Vidimiro, Valamiro y Teodomiro.

El sonido de los cuernos y tubas en uno y otro bando comenzó a escucharse a lo largo de todo el campo de batalla.

Los hunos de Atila comenzaron el ataque por el centro. El rey huno pensó que podía desbaratar la formación de alanos que tenía delante y partir al ejército romano en dos. Una masa parda de diez mil jinetes hunos comenzó a avanzar al paso y luego al trote, levantando una enorme nube de polvo de aquel terreno reseco. Los alanos de Sangibano pudieron notar cómo la tierra comenzaba a temblar bajo sus pies. Otra vez se escucharon cuernos transmitiendo órdenes y los hunos comenzaron una carga a galope. Cada guerrero había cogido de su carcaj media docena de flechas que sostenía en la mano con la que sujetaba el arco. A trescientos pasos del ejército romano, los jinetes lanzaron la primera tanda de flechas, que emergieron de la nube de polvo, describiendo su parábola mortal.

—¡Escudos! ¡Protegeos con los escudos! —gritó Sangibano a los suyos.

La infantería puso rodilla en tierra y se cubrió con sus escudos.

Con los alanos formaban también sajones y burgundios.

Una segunda tanda de flechas surgió de la nube de polvo, cuando los hunos se encontraban a doscientos pasos y, cuando llegaron a encontrarse a solo cien, las flechas se recibieron en una trayectoria recta y frontal.

Los jinetes hunos podían ver con claridad a los alanos, pues ellos no estaban envueltos en la nube de polvo, cosa que al revés no ocurría.

Al llegar a esa distancia de cien pasos, los atacantes se dividieron en dos grupos y se pusieron a galopar en círculo, frente a la formación romana, acercándose cada vez más y apuntando cada vez con mejor tino. En un brevísimo espacio de tiempo, los de Sangibano habían recibido sesenta mil flechas. Y a esas, seguirían otras.

Tras un periodo de tiempo imposible de precisar para los que estaban luchando, absorbidos por completo por el fragor de la batalla, los alanos habían abatido también a una gran cantidad de jinetes hunos con sus dardos, flechas y jabalinas ligeras, pero tampoco eran conscientes del número de enemigos caídos, porque la nube de polvo apenas dejaba ver a un pequeño número de los que habían sido derribados. Lo que si veían eran los cuerpos sin vida de sus propios compañeros y los heridos que agonizaban junto a ellos, entre angustiosos quejidos y gritos de dolor.

Los hunos, a pesar de las pérdidas que sufrían, se acercaban todavía más y disparaban sus flechas ahora en trayectoria rasante y recta. Se produjo un momento crítico. El enemigo trataba de conseguir que, en esa situación, los alanos perdieran los nervios y se sintieran impotentes para seguir aguantando el castigo que estaban recibiendo. Pretendían que se sintieran desesperados, vulnerables y que, en su afán por terminar de una vez con aquello, rompieran filas y cargaran contra la caballería atacante que los atormentaba. En realidad, bastaba con que un solo guerrero o unos pocos perdieran los nervios y salieran de la formación, para que los demás siguieran el ejemplo.

Los hunos tenían una táctica muy depurada, que utilizaban cuando esto sucedía, consistente en simular una huida, sin alejarse demasiado de los perseguidores, de modo que estos se vieran tentados a continuar la persecución para, una vez dentro de la nube de polvo, girar grupas, a cien o a doscientos pasos, y masacrar a unas fuerzas dispersas que habían perdido la formación, estaban desorganizadas y resultaban completamente vulnerables. Era entonces cuando comenzaba la gran matanza. Lo que ocurrió, sin embargo, es que, contra todo pronóstico, los alanos, en el momento de mayor tensión, supieron mantener la serenidad y soportaron la tormenta, dando muestra de arrojo y valentía sin límite.

Aunque su posición en el campo de batalla se desplazó hacia atrás, mantuvieron la formación y lograron que la línea no se rompiese. La caballería del rey alano logró resistir carga tras carga de los jinetes de Atila, sin ceder demasiado terreno. La lucha se convirtió en durísima y caótica. Las cargas de caballería chocaban entre sí, cayendo frecuentemente sobre grupos de infantería, en una despiadada confusión sin límite, en la que, sin embargo, el rey Sangibano consiguió sostener sus filas frente a la furia de los hunos.

En el ala izquierda, sobre la colina recién conquistada, Aecio ordenó a sus legiones y cohortes en una formación densa, a cuyo frente situó a sus infantes pesados que juntaban sus escudos en formación de testudo, de modo que supieron aguantar sin vacilación

un ataque previo de la caballería huna, que lanzó varias nubes de flechas, cabalgando, como era su técnica formando círculos. Cuando los jinetes se situaron a menos de cincuenta pasos, los romanos lanzaron sus jabalinas, que, en número de miles, consiguieron abatir a cientos de jinetes atacantes.

Acto seguido, los hunos se retiraron para permitir que los gépidos de Ardarico, junto con francos de Childerico y los hérulos de Odoacro atacaran la colina, estrellándose con aquel muro monolítico, mientras eran acosados una y otra vez por el flanco, tanto por la infantería ligera y los francos de Meroveo, como por la caballería de Mayoriano y Marco Lupo.

Para desgracia de los atacantes, la infantería romana estaba dotada con la más terrible arma arrojadiza conocida: la *plumbatae*. Se trataba de una especie de pequeña flecha metálica, de unos cuarenta y seis centímetros y entre cien y ciento cincuenta gramos de peso, lastrada con un plomo, que se encajaba en una vara de madera, dotada de aletas para estabilizar el vuelo. Esa vara se prolongaba por detrás de esas aletas lo suficiente como para servir de mango, que, tomado firmemente en la mano del soldado, echaba su brazo hacia atrás y, con un movimiento circular por encima de la cabeza, le daba un fuerte impulso para soltarla de golpe, de modo que emprendiera su letal vuelo hacia el enemigo. Todo ello le proporcionaba un largo alcance y un gran poder de penetración hasta una distancia de unos setenta pasos. Estaban preparadas para partirse por el mango, detrás de las aletas de estabilización, en el momento del lanzamiento, para que no pudieran ser utilizadas por el enemigo, impidiendo así que intentaran volver a lanzarlas. Cada soldado llevaba en la parte de atrás de su escudo no menos de cinco *plumbatae*, que podían ser más o menos pesadas.

Los gépidos de Ardarico, en su avance hacia la colina, tras sufrir el embate de los arqueros y antes de recibir jabalinas y lanzas, se vieron expuestos a estos dardos que cubrían el espacio intermedio entre unas armas arrojadizas y otras.

—¡Preparados para lanzar *plumbatae*! —gritó el centenario Tulio Póstumo a los suyos.

Los soldados tomaron posición con los brazos elevados por encima de sus cabezas.

—¡Ahora!

Miles de dardos pesados se elevaron en el aire, lanzados contra los atacantes, y comenzaron a caer en una trayectoria prácticamente vertical, atravesando escudos, yelmos y cotas de malla.

—¡Cubríos con el escudo! —ordenaba Ardarico.

Pero a la distancia en que se encontraban, cubrir la cabeza con el escudo, mientras seguían avanzando, significaba descubrir el resto del cuerpo, dejando un fácil blanco para los arqueros en sus tiros horizontales.

La aproximación de gépidos, francos y hérulos resultó una auténtica carnicería para estos. El choque con la formación romana, cuando al fin se produjo, fue brutal. No solo tenían que sobreponerse al desfavorable desnivel del terreno, sino que resultó evidente que la infantería ligera de gépidos y hérulos poco tenían que hacer contra la infantería pesada romana, firmemente asentada en la colina.

—Que Turismundo se dirija con su caballería al flanco derecho. Allí será más útil a su padre. Esta posición es fuerte y no creo que lo necesitemos —ordenó el general romano, viendo que los visigodos estaban luchando con fiereza y determinación, sin vacilar un instante y que su lealdad quedaba fuera de toda duda.

Mientras, en el flanco derecho romano, defendido por los visigodos de Teodorico, se había llegado al cuerpo a cuerpo. El ostrogodo Valamiro se había lanzado, tras atacar con jabalinas y venablos, a una salvaje y desorganizada carga. Unos y otros eran hermanos de sangre, pero se odiaban. Era una contienda fratricida que, como todas, se volvió enseguida cruel e implacable. Luchaban infantería ligera contra infantería ligera. Peleaban con espada, daga corta germana, lanza y escudo. Las filas de visigodos y ostrogodos oscilaban continuamente, trabadas en el terrible encuentro, sin lograr imponerse una sobre otra.

Eran ya las siete de la tarde y las suicidas cargas ordenadas por Ardarico se estrellaban una y otra vez contra las disciplinadas de Aecio que no cedieron un solo palmo de terreno. Allí, las franciscas de los francos de Meroveo realizaban sus acrobáticos giros sobre sí mismas, buscando la cara de los atacantes para abrir su cráneo en dos o clavarse en el pecho de aquel que encontraran en su camino.

Aecio no perdía de vista, desde su posición privilegiada en la cima de la colina, el desarrollo de la batalla en el centro y ala derecha de su ejército. Atila no dejaba de cargar una y otra vez contra los alanos de Sangibano, que junto con burgundios y sajones no dejaba de retroceder paso a paso. Por cómo se combaba la línea, parecía que en cualquier momento iban a ceder por fin, y que el ejército romano quedaría partido en dos, pero consiguieron no romper las filas y mantener la formación, a pesar de todo, haciendo pagar a los hunos un sangriento tributo en sus continuos ataques.

En el flanco derecho romano, los visigodos se encontraban muy presionados por los ostrogodos, pero no habían cedido terreno. Los alanos sí lo habían hecho. Teodorico se dio cuenta de que su flanco

izquierdo empezaba a estar expuesto por esta razón.

—¡Vamos, seguidme! —gritó el rey visigodo, espoleando su caballo para remediar la situación.

En el momento de comenzar a galopar, una flecha se le clavó en el pecho y otra hirió a su caballo, de forma que, al caer este a tierra, lanzó al rey entre las patas de las monturas de los jinetes que le seguían. Teodorico murió pisoteado bajo los cascos de los caballos.

Turismundo, que había visto caer a su padre, abandonó su posición para acercarse a toda prisa al lugar donde había ocurrido la tragedia.

—¡Santo Dios! —exclamó al verlo en aquel estado.

Uno de los jefes visigodos mantenía con una mano la cabeza del rey separada del suelo, allí donde se encontraba tendido el cadáver, pero ya nada podía hacer por él.

—¡El rey ha muerto! —se le ocurrió gritar a alguien.

—¡Cállate, imbécil! —dijo otro de los jefes que formaban junto al difunto rey y que se había acercado a auxiliarlo.

Al escuchar aquello, se empezó a producir un movimiento de pánico entre las filas visigodas.

—¡Que nadie se mueva de donde está! ¡Mantened la posición! —gritó el leal jefe visigodo—. Dadme un escudo y pasadme la espada del rey —dijo.

Enseguida se lo dieron y lo puso a los pies de Turismundo.

—Sube —le dijo a este.

Turismundo se situó sobre el escudo. Entonces, mirándole a los ojos, el jefe visigodo le entregó la espada del padre fallecido.

—¡Arriba! —ordenó el jefe godo.

El hijo mayor del rey caído fue elevado por varios guerreros, por encima de sus cabezas, de forma que pudieran verlo desde lejos.

—¡Este es nuestro rey! ¡El rey vive! *¡Reicks! ¡Reicks! ¡Reicks!* —gritó con todas sus fuerzas quien se había hecho cargo de aquella improvisada ceremonia.

—*¡Reicks! ¡Reicks! ¡Reicks!* —comenzaron a corear los guerreros y el grito se extendió por todo el campo.

—Ataca el flanco de esos cabrones con tu caballería o la confusión hará que nuestras líneas se desbaraten. Hazlo, mientras podamos mantenernos aquí.

Atila veía que estaba perdiendo la batalla. Los suyos habían sido desalojados de la cima de la colina tomada por Aecio, nada más empezar, lo que había provocado un terrible número de bajas entre los gépidos de Ardarico. Estaba convencido de que él pondría en fuga a los alanos del centro de la formación para partir el ejército romano en dos. No lo había conseguido y los visigodos estaban aguantando

heroicamente. Todo ello estaba produciendo un número de bajas tal en su ejército, que era imposible de asumir durante más tiempo. De seguir así, era consciente de que, en cuanto declinase el sol, habría que aprovechar la oscuridad para retirarse.

Fue entonces cuando vio que, si bien no había logrado poner en fuga a los alanos, sí que estos habían retrocedido lo suficiente como para dejar al descubierto el flanco visigodo que ellos habían protegido hasta ese momento.

Atila vio una oportunidad. Los alanos no estaban en disposición de contraatacar, solo les quedaba defenderse, así que decidió dejar una parte de su infantería para contenerlos donde se encontraban, para él atacar con el resto de sus hunos el flanco descubierto. Fue entonces cuando vio caer al rey Teodorico. No lo dudó un solo instante. Era evidente que la muerte del rey iba a provocar la inmediata confusión en las filas visigodas. Por primera vez vio la batalla ganada. Pondría en fuga a los visigodos y envolvería al ejército romano por aquel flanco. Sería el final de Roma y, esta vez, para siempre. Hizo girar a gran parte de su ejército hacia su izquierda y cargó contra los visigodos.

El choque fue brutal.

Aecio, desde la colina, vio la maniobra del rey huno y se dio cuenta de que, al hacer aquel giro, por cómo habían quedado las posiciones de uno y otro en el campo de batalla, sencillamente Atila le ofrecía su espalda. Tampoco él lo dudó. Si los visigodos aguantaban la carga, Atila se vería rodeado.

—Mantén la colina a toda costa —dijo Aecio a Meroveo— y que Mayoriano y Marco Lupo carguen sobre el flanco de estos gépidos. Es fundamental que los mantengáis aquí clavados.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el rey franco.

—Ganar la batalla.

Aecio formó a gran parte de su infantería pesada y dio orden de avanzar y bajar la colina para coger a los hunos de Atila por la espalda.

Contra lo que el rey huno pensaba, los visigodos no se habían desorganizado con la muerte de su rey Teodorico y mostraron frente a su carga una resistencia que no esperaba, en el momento en que Turismundo comenzaba a cargar con su caballería por el flanco.

—Mi rey, ¡atrás! —dijo Onegesio que se había acercado a toda prisa—. Salgamos de aquí. Estamos siendo rodeados. Vamos a quedar copados entre la caballería de Turismundo y Aecio, que se nos echa encima.

Atila se giró sobre su montura y efectivamente la infantería

romana se acercaba por su retaguardia en perfecta formación y a paso ligero, liderada por Aecio en persona.

Con el sol poniéndose y apenas ya con luz, Atila ordenó la retirada general y pudo escapar por el único hueco que todavía no estaba en posesión de los romanos.

Apenas se había separado del fragor del combate, llamó a Edeco.

—Adelántate y ten lista la pira funeraria que te ordené que prepararas —le dijo.

Este quedó en silencio con aspecto contrariado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Perdóname mi rey. Nunca se me pasaría por la cabeza que pudieras ser vencido y lo cierto es que no tengo preparada la madera necesaria. Perdóname, mi señor —dijo un Edeco entre aterrado por haber incumplido la orden y compungido por la situación.

—No importa. Ve y prepáralo todo. Si no tienes madera, utiliza las sillas de montar —dijo Atila sin poder contener su ira.

Los ostrogodos, atacados por el flanco salvajemente por la caballería de Turismundo y viendo que Atila se retiraba del campo de batalla, entraron en pánico y comenzaron una fuga enloquecida, dando la espalda a los visigodos que se sintieron entonces embargados por un frenesí homicida, contemplando cómo el enemigo corría presa del pánico, arrojando al suelo armas, yelmos, escudos y todo aquello que les impidiera correr. Fueron perseguidos sin piedad. Aquellos miles de hombres a los que el valor había abandonado iban cayendo a centenares, con la cabeza abierta o la espalda atravesada por espadas y lanzas en un festín de muerte y horror.

Solo la oscuridad sobrevenida de la noche impidió que el ejército de Atila desapareciese en aquel lugar masacrado por completo.

Se produjo una total confusión en el campo de batalla, en la que nadie sabía en dónde estaba, lo que hacía o hacia dónde se dirigía. Llegó un momento en el que nadie sabía si quienes estaban cerca eran amigos o enemigos. Entre las sombras había grupos que seguían luchando, pero la mayoría de los hunos, gépidos, hérulos, ostrogodos y cuantos habían luchado en el bando huno se dieron cuanta prisa pudieron en retirarse.

Turismundo, completamente desorientado, acabó con un grupo de sus visigodos en las inmediaciones del campamento de Atila y resultó herido en la cabeza.

Los hunos consiguieron llegar a su campamento, que no se encontraba lejos de aquel lugar. Se encontraba protegido, como solían hacer en estas ocasiones, por un círculo de miles de carros que lo convertía en impenetrable. Por primera vez, Atila no volvía del campo

de batalla como triunfador. Sobre aquel lugar quedaba su fama de invencible destruida para siempre.

Poco a poco, fueron llegando los jefes que habían sobrevivido. Salvo Onegesio y Orestes, que no se habían movido de su lado, el resto estaba herido y maltrecho. Al ostrogodo Valamiro, tuvieron que rescatarlo, al ser prácticamente arrastrado para sacarlo del lugar del combate, donde habían caído sus dos hermanos, malparado, ensangrentado y herido.

—¿Tienes preparado lo que te pedí? —preguntó Atila.

—Estamos terminando de apilar las sillas de montar, tal y como me has ordenado. La pira estará lista enseguida —respondió Edeco.

—¿Qué vas a hacer mi señor? —preguntó Onegesio que había visto cómo se apilaban sillas de montar, sin saber para qué.

—Ha llegado mi hora —dijo Atila con voz cargada de melancolía y cierta resignación.

Onegesio se vio sorprendido. Podía esperar cualquier cosa menos esta. No sabía qué decir, pero se veía en la obligación de impedir lo que el rey huno pretendía hacer.

—Señor, eres dueño de nuestras vidas y, por tanto, mucho más de la tuya, pero en este momento permíteme decirte que debes conservarla —dijo al fin hilando las palabras, sin saber muy bien cómo.

—Siempre he despreciado al que prefiere huir antes de morir en el campo de batalla. Nunca he conocido la derrota. Quiero morir con dignidad —dijo Atila convencido.

—Mi señor, huir es una cosa y retirarse para luchar mañana es otra. Ahora no te puedes quitar la vida. Todos te necesitamos.

—Estoy decidido.

—Perdóname que insista —dijo Onegesio, manteniéndose en el empeño—. Todos los que hemos luchado por ti durante estos años, quienes hemos luchado en este día, dispuestos a dar nuestra vida, ahora te necesitamos. Perdóname si te lo recuerdo, pero tu deber en este momento es sacarnos de aquí con vida. Ya habrá tiempo de luchar y vencer otro día. Pero si te quitas la vida, nada va a mantenernos unidos. Reinará la confusión y el caos. Nos enfrentaremos los unos con los otros y todo se vendrá abajo. Y eso sí que será huir. Huirás de las obligaciones que tienes contraídas con tu pueblo y tus aliados, que te hemos sido leales. Si te quitas la vida, perderás tu dignidad para toda la eternidad, porque en la memoria de todos pensarán que huyes de tu responsabilidad para los que te han sido leales hasta la muerte.

Atila quedó callado, meditando con los ojos en el suelo. Respiró profundamente, elevó la vista y se quedó mirando un rato

directamente a los ojos a Onegesio. Luego miró a Edeco.

El campo de batalla quedó en manos de los romanos, que se dedicaron, con la ayuda de la luz de la luna, cuando no la cubría alguna nube, y con algunas antorchas, a retirar a sus heridos y rematar a los enemigos, que habían quedado postrados y agonizantes o completamente impedidos por el daño recibido. En el lugar donde el ejército vencedor acabó reunido, se confundían los gemidos de los heridos, con los gritos de victoria de los guerreros y soldados, que se pasaban de unos a otros pellejos de vino. Y todo ello, a su vez, se mezclaba con los cánticos fúnebres de los visigodos en honor a su rey muerto en combate.

El amanecer mostró con toda su crudeza el infierno que se había desatado el día anterior. Más de treinta mil cuerpos inertes y sin vida sembraban el campo de batalla en toda su extensión, mezclados con miles de caballos muertos. Daba la sensación de que aquella inmensa llanura ya no podía acoger a más cadáveres, abandonados al picoteo voraz de las aves carroñeras, que habían acudido al festín por miles.

Aecio, que jamás había contemplado un espectáculo semejante, acompañado por Turismundo y Marco Lupo, contemplaba aquel panorama, desde una pequeña elevación del terreno.

—Hemos vencido, pero ¿a qué precio? —dijo Turismundo al que habían vendado la cabeza.

—El peligro ha sido tal, que el precio no importa. Había que vencer cualquiera que fuese el coste a pagar y lo hemos logrado.

—Es el momento de caer sobre el enemigo y exterminarlo definitivamente —dijo el nuevo rey visigodo.

—Te agradezco tu disposición y buen ánimo, pero no te puedo pedir que te quedes —dijo el general.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te voy a pedir que sigas a mi lado, cuando la sucesión de tu padre puede ser puesta en cuestión por tus hermanos. Si quieres mantener el trono, debes evitar que tengan tiempo de armar un ejército contra ti. Debes dirigirte con tus fuerzas a Tolosa de inmediato —dijo Aecio.

—¿Y Atila? —preguntó Turismundo.

—Este asunto déjamelo a mí.

—Creo que tienes razón en lo que dices. Si no requieres mis servicios, vuelvo a mi reino.

—Vuelve ya. Ahora; sin pérdida de tiempo.

El rey visigodo quedó en silencio y abrazó a Aecio, despidiéndose también de Marco Lupo. Subió a su caballo y se dirigió hacia donde se encontraban los suyos.

—No seré yo quien te cuestione en ningún caso. Si alguien sabe lo que hay que hacer ese eres tú, pero ¿crees que resulta prudente prescindir de una fuerza tan poderosa como la de los visigodos ahora que vamos a atacar a los hunos? —preguntó Marco Lupo mientras contemplaba cómo Turismundo se alejaba.

—Es que no los vamos a atacar —respondió Aecio.

—¿Cómo?

—No los vamos a atacar. Que se retiren. Que vuelvan a sus tierras.

—Pero esta es una ocasión única para terminar de una vez con los hunos y el peligro que para el Imperio suponen —dijo un Marco Lupo contrariado y perplejo.

—Estás pensando como un militar, pero ahora hay que decidir en términos políticos —dijo el general—. Estamos todos agotados. Si atacamos a Atila con ánimo de destruirlo y sin dejarle escapatoria, el resultado puede ser incierto, pues no se van a entregar. Ahora toca analizar la situación desde un punto de vista político. En este momento, no nos interesa que los hunos desaparezcan.

—Perdóname, pero no lo entiendo —dijo Lupo.

—Ya lo entenderás.

Aecio no iba a compartir todo lo que pensaba ni dar a conocer todas las razones por las que había decidido actuar así.

En primer lugar, él había tenido unas relaciones extraordinarias con los hunos, desde que había vivido entre ellos y Rugila, el anterior rey, le había llegado a considerar como a un hijo. Cuando el usurpador Juan, a quien Aecio apoyaba, fue vencido, tanto Gala Placidia como Valentiniano quisieron eliminarlo. Fue gracias a Rugila, que puso bajo su mando a sesenta mil hunos, por lo que el emperador y su madre no tuvieron más remedio que negociar con él, ya que tenía a sus órdenes la más poderosa fuerza militar existente en el ejército de Occidente. Gracias a eso, Aecio pudo poner orden en la Galia y mantener a raya a los visigodos, deseosos siempre de construir un reino propio, lo más extenso posible. Es cierto que cuando Atila fue rey, dejó de disponer de aquellas fuerzas militares hunas, pero el nuevo monarca era su amigo desde que ambos fueron jóvenes. Era una amistad que se había forjado tanto en Roma, cuando Atila pasó allí algunos años como rehén, como en tierra de los hunos, al ser entonces Aecio rehén de aquel pueblo. Este era un elemento que seguía teniendo valor y podría ser útil en según qué circunstancias.

Por otra parte, la existencia de Atila y sus hunos se había convertido en un elemento de unidad, entre todos los pueblos bárbaros asentados dentro de las fronteras del Imperio. Al temerle todos, Aecio podía contar con ellos para hacerle frente. Sin su

existencia, lo más probable es que estallaran conflictos entre unos y otros, de modo que la paz se hiciese imposible, o, lo que resultaba peor, que se sintieran sin trabas para rebelarse contra Roma.

Por último, si los hunos desaparecían, la única fuerza militar realmente poderosa que quedaría en Occidente sería la de los visigodos, que no dudarían en enfrentarse a Roma. Además, mientras los hunos existieran y constituyeran un potencial peligro, Valentiniano, que lo odiaba desde siempre, tendría que seguir contando con él como el único capaz de detenerlos.

Era una cuestión compleja. Se trataba de mantener un equilibrio muy delicado. Así que era conveniente permitir que los hunos se retirasen.

No hubo más batallas. Los hunos se replegaron hacia Panonia y la guerra había terminado.

Atila se dirigió al corazón de las llanuras húngaras, donde tenía la capital de su imperio, no sin saquear y arrasarlo todo a su paso, para desgracia de los habitantes de la Galia que todavía no se habían cruzado en su camino. Aquella pobre gente débil e indefensa, campesinos en su mayoría, que apenas podía sobrevivir a costa de un agotador trabajo nunca compensado, fue víctima de su terrible ánimo de venganza que adoptó formas espantosas. Quienes eran colgados de los árboles para hacer puntería con sus flechas eran los más afortunados, pues se libraban del empalamiento. Los caminos quedaron sembrados de cadáveres, que incluían mujeres embarazadas a las que habían abierto el vientre para ensartar con sus lanzas a sus hijos no nacidos. Se incendiaron bosques enteros. Todo ardía a su paso, elevando columnas de humo negro que señalaban en todo momento el desgraciado lugar en el que se encontraba su ejército.

Flavio Aecio fue recibido en la corte de Rávena como un héroe. Hubo una explosión de júbilo en todas las ciudades del Imperio cuando la noticia de la victoria sobre Atila llegó. Era un éxito no esperado. El rey huno había sido hasta ese momento invencible. Jamás había conocido la derrota. Era temido por sus hechos y los ciudadanos tenían verdadero terror hacia los hunos. Las terroríficas experiencias tenidas por las ciudades de la Galia que habían sido tomadas, saqueadas y arrasadas avalaban ese sentimiento de pánico.

Los enemigos de Aecio esperaban que fuese derrotado y había más de una conspiración en marcha para acabar con su vida, en caso de que así hubiese sucedido, para negociar entonces con Atila.

Petronio Máximo, senador, jefe de la facción cristiana del Senado, la más influyente, miembro de la familia de los todopoderosos Anicios, era el más activo conspirador, pues su ambición no tenía límites. En la

conspiración que había urdido, no solo tenía involucrado al eunuco Heraclio, sino que en sus planes incluía acabar con la vida del emperador para conseguir finalmente el trono.

Pero el destino quiso que las cosas ocurriesen de otro modo y las ambiciones de Máximo tuvieron que esperar. Y naturalmente, como las circunstancias son las que se imponen, se ocupó de que el Senado aprobase una felicitación oficial al gran general por su victoria. También se ocupó de que una delegación de la curia, encabezada por él, acudiese a la corte a dar los parabienes oportunos a Valentiniano III, como si el emperador en persona hubiese derrotado a Atila y lo hubiera puesto en fuga.

La corte en pleno asistió a la gran fiesta dada en el palacio real para recibirle. Flavio Aecio apenas tuvo tiempo de ver a su familia. Encontró a su hijo Gaudencio, que había iniciado su entrenamiento militar, convertido en un apuesto joven al que podía augurársele un brillante futuro, pues la victoria obtenida dejaba abiertas todas las posibilidades para él y los suyos.

Valentiniano III le recibió eufórico, vistiendo sus mejores galas, en presencia de su esposa, Licinia Eudoxia, y sus dos hijas, Eudocia y Placidia, así como de la corte en pleno. No solo le acogió con un abrazo, sino que le besó en la mejilla, lo que constituía el mayor honor que el emperador dispensaba en un recibimiento oficial, colmándole así con su agradecimiento.

Todos los grandes personajes del Imperio desfilaron ante él con felicitaciones, toda clase de loas, saludos efusivos y muestras de agradecimiento.

Cuando llegó el turno de Petronio Máximo, no tuvo el menor empacho en detenerse más que los demás para dedicarle toda clase de elogios, reconociéndolo como el salvador del Imperio y digno de recibir los más altos honores.

Después, terminados estos formalismos, el senador se le acercó.

—Quiero que sepas que cuentas con mi apoyo incondicional, y el del Senado —dijo con una amplia sonrisa—. En cualquier cosa en la que pueda servirte, no dudes en contar conmigo.

—Te lo agradezco, Máximo —dijo Aecio, que confiaba poco en quien sabía que era una persona que no paraba de urdir en la corte y al que consideraba como muy poco de fiar.

Se les acercó un miembro del servicio del emperador.

—General, el emperador desea verte en privado.

—Discúlpame Máximo —dijo Aecio, retirándose tras el servidor que le guiaba.

—Deseo expresarte una vez más mi felicitación, querido Flavio —

le dijo el emperador nada más verle.

—Mi mayor felicidad consiste en servirte, *sacra maiestas* —respondió el general, muy formalmente.

—He querido hablarte en privado, porque no quiero esperar para hacerte una pregunta.

—Como tú desees.

—Sabes que te apoyo y no pienso cuestionar nada de lo que haces, pero a muchos ha llamado la atención que no hayas aprovechado la ocasión para destruir a Atila. ¿Por qué le has dejado escapar?

—Porque estoy convencido de que no nos conviene destruir a los hunos —dijo el *magister militum*.

—¿Cómo? —dijo Valentiniano completamente sorprendido—. No lo entiendo.

—Atila controla a todos los pueblos bárbaros del otro lado de la frontera. Si conseguimos llevarnos bien con él, nada tenemos que temer de esa parte. Por otro lado, el temor que tienen hacia él los bárbaros que viven dentro del Imperio hace que podamos unirlos en su contra. Si desaparecen los hunos, se revolverán contra nosotros. Eso mismo ocurre también con los visigodos. Los hunos son sus enemigos acérrimos. Saben que, si nos atacan, recurriremos a Atila, que nos ayudaría gustoso. En definitiva, los dejé escapar porque, aunque pueda parecer paradójico, su existencia constituye para nosotros un escudo.

—Hay muchos a mi alrededor que temen que, al haber dejado escapar a Atila, este se recupere y en esta misma primavera nos vuelva a atacar —dijo Valentiniano.

—Si actúa así, nos cogerá preparados. He enviado a mi hombre de confianza Marco Lupo Serrato a Constantinopla para que acuerde con el emperador Marciano un tratado de apoyo mutuo contra los hunos.

—Está bien, confío en ti y en tu buen criterio. He querido también verte en privado para decirte que has logrado ya cuantos honores puede recibir de su emperador alguien que no lo es. Pero no puedo dejar pasar la gran victoria que hemos obtenido, sin honrarte adecuadamente —dijo Valentiniano, adquiriendo una mayor solemnidad en su tono de voz, mientras hablaba—. La augusta y yo hemos decidido que nuestra hija Placidia se case con tu hijo Gaudencio, cuando llegue el momento y tengan edad. Hemos decidido que pases a formar parte de la familia imperial.

El 1 de septiembre, se reunió en Nicea un nuevo concilio al que asistieron quinientos veinte obispos y una multitud de monjes preparados para apoyar a uno y otro bando. Dioscoro de Alejandría inauguró la primera sesión, antes de que el emperador estuviese

presente, pues su llegada se demoró. Nada más empezar, se depuso al papa León I.

Al ser informados Marciano y Pulqueria de que una numerosa banda de hunos se dirigía hacia la Iliria oriental, ordenaron que los obispos se trasladasen a Calcedonia, ciudad situada en la costa frente a Constantinopla, desde donde esperaban controlar mejor la situación.

Esta incursión era la primera manifestación de que Atila no había sido derrotado de la forma tan contundente que todo el mundo quería creer. La incursión huna era una acción de pillaje y de advertencia de que Atila no olvidaba que Marciano no estaba pagando los tributos pactados y que, con independencia de las acciones que realizase contra Occidente, al Imperio oriental también le llegaría su momento.

Las sesiones del concilio se reanudaron el 8 de octubre. Eusebio de Dorilea y Teodoreto de Ciro propusieron entonces que se juzgase a Dioscoro por su actuación en el Concilio de Éfeso, dos años antes, acusándolo de herejía y proponiendo su destitución, lo que fue acogido con un gran alboroto. En la segunda sesión del día 10 se aceptó la epístola dogmática de León I, considerando que el apóstol Pedro hablaba por su boca. Finalmente, Dioscoro fue depuesto y se elaboró una fórmula de fe que el propio emperador Marciano, que había tenido que ausentarse momentáneamente de las sesiones para hacer frente a la incursión de los hunos, se ocupó de leer en la última sesión. Vencía así oficialmente el planteamiento católico ortodoxo, pero en la práctica el monofisismo no dejó de crecer y ganar adeptos en Egipto, Siria y Armenia.

CAPÍTULO XXV

Atila en Italia

A. D. 452
1205 Ab urbe condita

La trirreme que había trasportado a Marco Lupo Serrato, en su viaje a Constantinopla, navegaba ya muy cerca de la costa. Una suave brisa empujaba al barco, haciendo más leve la labor de los remeros. No había sido un viaje demasiado complicado. Solo un par de tormentas constituyeron los incidentes más dignos de ser comentados. A Marco, que no era hombre de mar, le pareció que acabarían por arrastrar a todos al fondo de los más oscuros abismos, pero, para su sorpresa, resultó que el capitán solo las calificó de mal tiempo.

Navegaban ya muy cerca de la costa de Constantinopla en el mar de Mármara, buscando atracar en el puerto de Teodosio II, el mayor de la capital. Era el conocido popularmente como el puerto de Egipto, porque allí las naves de grano, procedentes de las tierras del Nilo, descargaban su mercancía para depositarla en los enormes almacenes construidos para ello.

Situado en la amura de babor, Marco Lupo intentó observar las famosísimas murallas, mandadas levantar por el actual emperador para sustituir a las de Constantino el Grande, reforzándolas. Con ello, se había ampliado considerablemente la superficie protegida y disponible dentro de los límites de la ciudad. Apenas había podido vislumbrar muy poco de esas murallas, que protegían por tierra, y ya se habían convertido en míticas, porque a la altura de la Torre de Mármol, punto de unión con las murallas que defendían la ciudad por mar, aquellas no se ofrecían a la fácil visión del viajero, porque se orientaban hacia el noreste, en lugar de ofrecerse para ser observadas hacia el sur. Esto excitó aún más su curiosidad, porque Marco se preguntó sobre qué clase de construcción sería, cuando la Torre de Mármol, que sí que podía verse desde el mar, y las propias murallas que protegían toda la costa de Constantinopla, rodeando la urbe, ya resultaban impresionantes y muy difíciles de ver en cualquier otra

ciudad del Imperio.

La maniobra de atraque resultó sencilla y rápida, pues a pesar del gran tráfico de este puerto y el inmenso número de naves en él atracadas, el espacio para maniobrar era de gran amplitud.

Marco se alegró de poner pie en tierra, en mitad de aquel caótico bullicio de marineros, soldados, porteadores, esclavos, libertos, vendedores ambulantes, saltimbanquis y prostitutas, de todas las razas y toda procedencia, que aparentaban ser un mundo en sí mismos instalado en el desorden y, que, sin embargo, era el orden perfecto, asentado por el tiempo, en el que el puerto funcionaba y cumplía con sus fines.

Quiso, acompañado por la escolta que le había seguido en el viaje, desplazarse a pie para conocer mejor una ciudad de la que tanto había oído hablar. El grupo se dirigió hacia el norte, a través de las callejas que mantenían el mismo caos que los muelles, para a poco desembocar en el Filadelfión, junto al Capitolio, y dejando este foro atrás, seguir la vía principal hasta el foro Boario para continuar hasta el de Constantino, donde se encontraba ubicado uno de los edificios del Senado, en cuyas columnas del pórtico figuraban las esculturas que representaban a los tetrarcas abrazados, de la época de Diocleciano. En este foro, Marco quedó impresionado por la estatua de plata del emperador Constantino, que, con la forma del dios Apolo, remataba la enorme columna situada en el centro. Desde allí, se dirigieron ya a la zona de los palacios imperiales.

Quedó muy impresionado por la ciudad. Mucho era lo que había escuchado sobre ella. Su monumentalidad, la riqueza de su ornamentación y la belleza de sus construcciones superaban con mucho cuanto había oído y leído. Era cierto que no aventajaba a Roma, en la que cualquier construcción resultaba más gigantesca y espectacular, y que tampoco podía competir con la abigarrada concentración de construcciones monumentales y grandiosas, cargadas de historia, sobre todo en el centro, pero había algo que el recién llegado supo percibir, y es que Constantinopla era una ciudad viva, pujante, próspera, tanto que parecía consciente de su poder y dueña de su destino. Roma era una ciudad decadente, antigua, en la que sus habitantes se habían resignado a sobrevivir, y en la que en cada barrio había templos dedicados a los antiguos dioses, que llevaban años cerrados, criando malas hierbas en sus tejados, viniéndose abajo por su total abandono y en ruinas, cuando no sus mármoles habían sido desmontados para ser convertidos en cal para la construcción, en los abundantes hornos que existían en la ciudad para ello.

Marco Lupo, como embajador de la corte de Rávena y

representante de Aecio y del emperador Valentiniano III, fue alojado en las dependencias del palacio imperial, a la espera de poder ser recibido en audiencia por el emperador Marciano y Pulqueria, su esposa.

Nada más ocupar sus aposentos, recibió una invitación para cenar enviada nada menos que por Flavio Ardabur Aspar, *magister militum* de Oriente. Era el hombre más poderoso de aquella parte del Imperio, hasta el punto de que su voluntad había resultado decisiva para imponer a Marciano, que había sido su amigo y hombre de confianza, como emperador, para lo que tuvo que convencer antes a la augusta Pulqueria de que fuese su esposa, a pesar del voto de castidad que la muy piadosa hermana del fallecido Teodosio II tenía hecho.

Naturalmente, aceptó la invitación de inmediato y se preparó para acudir a la cena, no sin antes disfrutar de los monumentales baños imperiales, en los que se relajó y sacó de su piel todo el salitre acumulado durante el viaje. No tuvo que salir del propio complejo de los palacios imperiales, pues Aspar vivía allí, en lo que constituía de hecho un palacio propio.

—Sé bienvenido Marco Lupo Serrato, digno representante de las sagradas personas de Valentiniano III y de la augusta y sobrina de nuestra emperatriz Pulqueria, Licinia Eudoxia, y representante además del victorioso y gran general, vencedor de Atila, Flavio Aecio —dijo Aspar en el tono más hospitalario que era capaz de utilizar.

—Es para mí un honor ser recibido por una persona tan distinguida y llena de prestigio como tú —respondió Lupo ceremonioso.

El salón de banquetes era verdaderamente digno de un sátrapa persa. La decoración no podía ser más abigarrada, ni contener mayor lujo. Rodeaban la estancia una serie de columnas de estilo corintio, que a Lupo parecieron de pórfido, con la base y capitel de mármol blanco, como nunca había visto. Entre las columnas abundaban las estatuas. Allí se mezclaban las producidas por los artistas locales y las traídas de todos los confines de los dominios imperiales. Las paredes estaban recubiertas de hermosos frescos y cuadros de los mejores artistas del Imperio y presidía la sala una pintura en la que estaban representados los actuales emperadores, Marciano y su esposa Pulqueria. El suelo era también de mármoles escogidos que se entrelazaban en un espectacular y hermoso diseño geométrico. La tapicería de los triclinios y los cojines que los adornaban eran de seda de vivos colores, bordados con hilo de oro y plata.

—Permíteme que te presente a mis invitados, que van a compartir la cena con nosotros —dijo Aspar.

—Tendré mucho gusto.

—Te presento a Flavio Aurelio León, senador y consejero del emperador.

León era un personaje relevante en la corte por su gran prestigio como senador y por la influencia que ejercía sobre el resto del Senado, además de ser uno de los hombres de Aspar. Era de pequeña estatura, calvo y levemente cojo.

—Es un pla…, pla…, placer conocerte, Marco Lupo Serrato —dijo León, poniendo de manifiesto que también era algo tartamudo.

—El placer es mío —respondió Lupo.

—Te presento también a Cayo Rupilio Segundo, *comes domesticorum*, jefe de la guardia imperial; a mi hermano, Gabriel Alesio Ardabiano, y a mi hijo, Flavio Julio Patricio.

Terminadas las presentaciones cada uno ocupó su lugar en el triclinio dispuesto en forma de «U».

A una indicación de Aspar, los esclavos llenaron las copas de vino y comenzaron a aparecer las muy elaboradas viandas que daban comienzo a la cena.

—Permíteme, y creo que lo hago en nombre de todos, que te felicite por la gran victoria obtenida sobre Atila —dijo el anfitrión—. Sabemos que participaste en la batalla y, como comprenderás, estamos deseando que nos cuentes esa experiencia que has vivido.

Durante un buen rato, Marco Lupo narró pormenorizadamente el desarrollo de toda la campaña de Atila, la defensa de Aurelianorum y la batalla final ocurrida entre Troyes y Châlons.

—Verdaderamente impresiona —dijo Aspar, que había seguido con toda atención el relato.

—Así es —dijo Marco Lupo—, porque hay que tener en cuenta que jamás Atila había sido derrotado, con lo que su fama de invencibilidad quedó sepultada para siempre en aquel campo de batalla.

—Hay algo que se ha comentado mucho y que a decir verdad a mí me causa una enorme curiosidad. Y es que no lo llego a entender: ¿por qué no se persiguió a los hunos para destruirlos definitivamente? ¿Por qué se les dejó escapar? —preguntó Cayo Rupilio, que no quería dejar pasar la oportunidad de conocer la opinión de un testigo directo.

Marco se pensó dos veces qué contestar y prefirió obviar las consideraciones políticas que llevaron a Flavio Aecio a dejar ir a Atila. Pensó que solo crearían polémica y que quizás no iban a ser entendidas del todo, así que prefirió dar una respuesta más sencilla.

—Todo el que haya estado en campaña sabe que el momento idóneo para acabar con el enemigo es cuando huye del campo de batalla. Es el momento en el que la caballería actúa sin misericordia, persiguiendo al que intenta escapar para salvar su vida, normalmente

deshaciéndose de sus armas y escudos para correr más deprisa, y es entonces, en medio de esa fuga en desbandada, cuando se producen las mayores masacres —explicaba Marco con la solvencia de un experto en el tema—. Contra Atila no tuvimos esa oportunidad. La huida de su ejército se produjo coincidiendo con la puesta de sol y, en aquella oscuridad, todo fue confuso, se produjo el caos y prácticamente todos estábamos desorientados, de modo que llegó un momento en que nadie sabía dónde estaba el enemigo y ni siquiera era capaz de distinguir entre quién era amigo o no.

—Pero, entiendo que al día siguiente se le pudo poner cerco a su campamento —insistió Rupilio.

—Bueno, no es tan fácil, porque al día siguiente, el rey Turismundo se fue con sus visigodos camino de Tolosa para consolidar su elección como sucesor de su padre Teodorico, que había muerto en la batalla. Es cierto que el ejército de Atila perdió ese día no menos de veinte mil hombres, pero nuestras pérdidas fueron también terribles y la reacción de los hunos acorralados podía resultar imprevisible. Entiendo que resulte una decisión controvertida —dijo Lupo—, pero tiene mi total apoyo.

—Claro, Claro —dijo Aspar—. Gracias por explicárnoslo. Quiero aprovechar para decirte que quienes cenamos esta noche contigo vamos a apoyar tus gestiones ante el emperador. Estamos convencidos de que debemos coordinarnos ambos imperios y colaborar como uno solo en la defensa de nuestro territorio contra Atila. Sabemos que, antes o después, reanudará sus ataques. Da igual que sea contra el Imperio occidental o contra nosotros. Si nos encuentra unidos, podremos resistir y derrotarlo nuevamente.

—Te doy las gracias. Os doy las gracias a todos por vuestra ayuda.

—Siempre contó el emperador Valentiniano y su difunta madre, Gala Placidia, con todo nuestro apoyo —dijo Aspar.

—Sé que el emperador no olvida el auxilio recibido de Oriente para derrotar al usurpador Juan y sé que está especialmente agradecido a tu padre, Ardabur, que tuvo una actuación tan inteligente dentro de los muros de Rávena, cuando cayó prisionero —dijo Lupo.

—Bueno, con él cayeron prisioneros también Cayo Rupilio y nuestro emperador Marciano, que entonces eran tribunos en el Estado Mayor de mi padre —dijo Aspar.

—Sí, yo estuve con él como prisionero de Juan. Ardabur hizo una labor de captación y convencimiento de personajes muy relevantes de la corte, poniéndolos a favor de la causa de Valentiniano y su madre, lo que facilitó la toma de Rávena —dijo Cayo Rupilio.

—Por cierto, me gustaría aprovechar la oportunidad que tengo de preguntar a los protagonistas de aquellos hechos. Se ha creado la leyenda, que muchos dan por cierta, entre ellos, bastantes miembros del clero, de que tú, Aspar, pudiste tomar Rávena, atravesando los pantanos que la rodean, siguiendo una senda que te mostró un ángel —dijo Marco Lupo.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rio de forma ostensible y algo impertinente Gabriel Alesio Ardabiano.

A Marco sorprendió esa carcajada tan fuera de lugar, que casi le dejaba en ridículo por lo dicho.

A Gabriel había que conocerlo. Era un golfo. Siempre lo había sido. De hecho, era su mayor encanto. Al padre de Aspar, Flavio Ardabur, se lo había metido en el bolsillo cuando apenas tenía nueve años. Había recogido al niño, precisamente en aquella campaña en la que se tomó Rávena y se lo había traído a Constantinopla. Con el trato había ganado su corazón y, con el tiempo, incluso había llegado a adoptarlo. Así que, Gabriel, que desde siempre había sido un golfo, ahora era un golfo rico de buena familia.

—Más vale que expliques a nuestro invitado a qué ha venido tu risa —dijo Aspar que había visto la reacción de Lupo.

—Esa leyenda es totalmente cierta. Un ángel guio a mi hermano Aspar a través de los pantanos de Rávena —dijo Gabriel divertido.

—Veo que tienes un gran sentido del humor —dijo Marco Lupo, que no acababa de comprender la actitud de su interlocutor y que no hacía sino preguntarse si no pretendía reírse a su costa.

—No, en serio. Es cierto, ese ángel existió.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Lupo.

—Pues, por la sencilla razón de que aquel ángel soy yo.

Efectivamente, Gabriel era aquel niño que guio al ejército de Aspar, que Ardabur adoptó y que hizo bautizar con el nombre que tenía, precisamente al conocer la leyenda que se estaba forjando sobre la intervención de un ángel en la toma de Rávena.

No pasaron demasiados días para que Marco Lupo Serrato fuera recibido en audiencia oficial por el emperador Marciano y por su esposa Pulqueria. Si pensaba que lo tenía todo visto, en cuanto a boato y ceremonial cortesano en la corte de Rávena, quedó asombrado y estupefacto de lo que en Constantinopla era el ritual de la ceremonia de una recepción oficial del emperador de Oriente.

Marco volvió con un tratado por el que ambos emperadores se comprometían a prestarse apoyo mutuo e inmediato en caso de agresión exterior o de ataque por parte de cualquier pueblo bárbaro, aunque estuviese asentado dentro de las fronteras. Marciano se

comprometía a no volver a pagar tributos a Atila y a no hacer nada que pudiera fortalecer su posición.

Pudo ser destruido y su ejército masacrado y, sin embargo, consiguió escapar. Él mismo había decidido quitarse la vida si se producía la derrota. Estaba tan decidido que había hecho que se le preparara una pira funeraria improvisada, hecha con sillas de montar, y alguien le convenció de que no lo hiciera. Evidentemente era el destino el que había actuado, porque ni su vida ni sus hechos habían llegado a su fin. No iba a quedarse de brazos cruzados. Al llegar la primavera, se quitaría aquella espina, que la derrota había supuesto, y volvería a recuperar el prestigio, que sabía empezaba a cuestionarse entre muchos de los pueblos que hasta ahora le seguían. No iba a permitir que ese clima tomara cuerpo y se produjesen deserciones y rebeliones. Si había que luchar, que esas energías no se desperdiciasen en volver a someter a los que ya le eran fieles, sino a destruir de una vez a los romanos. Pensó, en un primer momento, que tenía mucho más que ganar de forma inmediata atacando a Marciano para exigirle que se pusiese al día en los pagos de oro, que no había hecho efectivos, subirle el tributo y exigirle otras compensaciones. Pero más que el oro, lo que necesitaba era recuperar el prestigio perdido con la derrota y sobre todo humillar a los que, por haber vencido, ahora se sentían superiores.

Atila miró detenidamente el anillo que la augusta Honoria le había enviado y que lucía en uno de sus dedos meñiques.

Italia sería el objetivo.

—Decid a Orestes que venga. Quiero verlo —dijo a uno de sus criados.

El rey huno no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Era cierto que en la última batalla habían caído veinte mil de los suyos, pero no era menos cierto que el ejército romano había sufrido unas bajas similares y que, mientras que él podía reponer con mayor facilidad sus pérdidas en hombres, al Imperio le iba a resultar mucho más difícil. Además, si en primavera atacaba Italia, dudaba mucho que los visigodos, que también habían sufrido cuantiosas pérdidas, volvieran a acudir a la llamada de Aecio. De hecho, Turismundo estaba enzarzado en una lucha por conservar el trono y, según informaban los espías que el rey huno tenía en todos sitios, tampoco el rey visigodo deseaba pasar ante los suyos por un pupilo de Aecio, o parecer que estaba a su servicio.

Evidentemente el destino había decidido que su vida tenía un futuro.

—Señor. Me has llamado —dijo Orestes.

—Sí. Toma nota. Quiero enviar una carta al emperador

Valentiniano.

Atila seguía aferrado a la idea de que el matrimonio con Honoria representaba una oportunidad única de hacerse con el dominio del Imperio de Occidente. El suyo ya abarcaba desde el Rin a los Urales y desde el Báltico al Caspio. Esta unión daría lugar al nacimiento de un nuevo imperio huno-romano, que resultaría invencible y que acabaría por dominar el mundo.

Valentiniano III había dejado su mano derecha desmayada sobre el reposabrazos del trono y, con la punta de sus dedos, balanceaba la carta de Atila.

—¿Cómo se atreve a dirigirse a mí en estos términos? Le hemos derrotado. ¿Cómo se atreve? —gritó el emperador.

Nuevamente se puso a leerla, saltándose las salutaciones protocolarias de rigor en el principio del escrito, que eran más arrogantes que corteses:

«No hay nada que dos grandes emperadores no puedan solucionar cuando se empeñan en no ser enemigos y superar sus problemas, en beneficio de la felicidad de sus pueblos.

El destino nos brinda la oportunidad de forjar una paz permanente y duradera entre nosotros.

Fija la fecha para mi boda con tu hermana Justa Grata Honoria, de manera que pueda dar cumplimiento a la palabra que tiene empeñada conmigo y se convierta en mi esposa».

—Pero ¿cómo se atreve? —volvió a gritar Valentiniano.

El emperador envió una respuesta en la que no solo insistía en el hecho de que esa boda era imposible, porque su hermana ya estaba casada con el senador Fabio Baso Herculano y el matrimonio cristiano no admitía su ruptura, sino que se dejó llevar, considerando como algo irrisorio que alguien como él pretendiese casarse con una augusta y no se privó de llamar bárbaro a Atila y a su pueblo. Trató de humillarlo, restregándole la derrota que había sufrido frente a las armas romanas, y prácticamente invitarle a que viniese otra vez si no había tenido suficiente.

En primavera, se tuvo noticia de que Atila se desplazaba con su ejército hacia Italia. Mandaba una fuerza de veinte mil hombres, además de diez mil aliados entre ávaros y escitas, que, desde Panonia, giró hacia el sur por los Alpes Julianos y el monte Nevoso para salir al norte del territorio italiano. Esta vez gépidos y hérulos se habían negado a acompañarle. Su objetivo no era conquistar, sino obtener el mayor botín posible, asolar y destruir cuanto pudieran para dar una

lección a los romanos, saquear Roma, poner a Valentiniano III de rodillas y humillarlo, obligándolo a consentir la boda de su hermana Honoria, lo que le permitiría cogobernar el Imperio.

No se encontró ninguna resistencia porque, al producirse la invasión, Aecio, aprovechando el momento y su prestigio como vencedor de los hunos, había pasado parte del invierno recorriendo el norte de la Galia para lograr alianzas con los distintos pueblos, de cara a posibles nuevas acciones de Atila, y ahora se encontraba en Dalmacia, inspeccionando las guarniciones y reclutando nuevos soldados. El gran general romano no esperaba un ataque directo sobre Italia y mucho menos tan pronto. Vio entonces que solo podía hacer dos cosas: envió a Atila una embajada para pedirle la paz y otra al emperador Marciano, pidiendo ayuda. Entre tanto, el rey huno estrechó el cerco sobre Aquilea, la gran ciudad fuertemente amurallada, que constituía el sólido bastión de la defensa de la Italia nororiental. Esta ciudad disponía del más importante puerto del Adriático y en ella habitaban opulentos senadores, comerciantes y banqueros, pues era una urbe rica y próspera gracias a su privilegiada situación geográfica. Precisamente, para proteger todo ello, contaba con unas potentísimas fortificaciones.

El sitio se inició cerrando su acceso al mar, para evitar que fuese una vía de recepción de refuerzos y víveres. La idea era hacer que se rindieran por hambre, lo que no era ilusorio, ya que el ataque por sorpresa no había cogido a la ciudad precisamente bien avituallada. Lo que le faltó en alimentos le sobró en arrojo y valor y la ciudad resistió. Atila no contaba con que el asedio se alargara por el tiempo que lo estaba haciendo. Llevaban tres meses y tanto las murallas como los ciudadanos resistían. Aquello significaba algo más que un mero contratiempo. La campaña estaba pensada para que este y los demás asedios fuesen rápidos, de modo que pudieran acceder cuanto antes a las fértiles llanuras del Po, donde los caballos pudieran pastar y los guerreros alimentarse, pues, como era habitual, los hunos carecían de algo que pudiera entenderse como un sistema de avituallamiento digno de tal nombre.

Aecio había ordenado que se destruyeran todos los embalses situados en los afluentes del Po, con lo que se provocaron en algunos lugares unas tremendas inundaciones, que no solo creaban dificultades de desplazamiento y habían anegado cosechas, sino que habían empantanado zonas enteras, impidiendo el movimiento y aumentando el grado de humedad que, con el calor del verano en el norte de Italia, había creado un ambiente tan irrespirable como insoportable para los hunos, acostumbrados a un clima seco y frío. Al cabo de dos semanas,

ya la región había sido esquilmada de tal modo que no se encontraba alimento en ningún sitio. Un ejército como aquel, quieto en un lugar, no constituía una invasión, sino una verdadera plaga. A los tres meses, la situación se había convertido en desesperada.

—No me gusta lo que voy a comentarte, pero creo que es mi deber —dijo Onegesio, que recorría con Atila el perímetro exterior de las murallas, supervisando el asedio—. Los caballos empiezan a morir de hambre, y nuestros hombres comienzan a enfermar. Lo más prudente es levantar el asedio y regresar.

El rey huno apenas movió levemente la cabeza. Se limitó a mirar de soslayo a su general, apretó los dientes y espoleó levemente al caballo para adelantarse algo a él y dejarlo un poco atrás. A pesar de esa reacción, Onegesio sabía que su juicio era acertado y que en la mente de Atila se había ya forjado la idea de la retirada, puesto que no había dicho nada a lo que le acababa de exponer.

Un poco más allá, el rey huno tiró de las riendas y se paró mirando una de las torres que se encontraban dentro de la ciudad. Levantó el brazo e hizo un gesto con los dedos de su mano, indicando a Onegesio que se le acercase.

—Mira y fíjate bien en aquella torre. ¿Qué ves?

—No sé. No veo nada en especial.

El general aguzó la vista tratando de ver algo que pudiera llamar la atención.

—No veo nada que resulte de interés. Solo hay un nido de cigüeña abandonado.

—Exacto. Ayer me fijé y me llamó la atención que la cigüeña estaba trasladando sus polluelos y sus huevos fuera de la ciudad. Hoy el nido está abandonado. ¿Comprendes? —preguntó Atila.

—No sé qué me quieres decir.

—Es muy sencillo: todos sabemos la capacidad que tienen estas aves para anticipar el peligro. Sabe que algo malo le va a ocurrir a la ciudad y ha sacado sus polluelos porque percibe que vamos a tomarla y ha buscado un lugar más seguro —dijo Atila, mientras miraba con firmeza a su segundo—. No nos vamos a retirar. Vamos a atacar las murallas con todo lo que tengamos. Onagros, arietes, torres de asalto, todo lo quiero concentrado precisamente en este paño de muro que tenemos ante nosotros. Inicia el ataque ya.

Al comenzar el asalto, los ciudadanos que quedaban en el interior, aquellos que no habían huido al conocer que el ejército huno se acercaba, quizás muchos de ellos por no abandonar sus pertenencias para que no quedaran expuestas al robo por parte de otros de sus conciudadanos, ahora se agolpaban en el puerto, huyendo de los

fuegos provocados por nubes de flechas incendiarias, tratando de embarcar en cualquier cosa que pudiese flotar y llevándose lo meramente imprescindible, cuando no lo puesto.

El ataque fue brutal y los hunos lograron abrir una brecha por la que penetraron en el interior, tomando definitivamente la ciudad. Cuando la parte de la muralla atacada se derrumbó, una gran cantidad de entre los asediados lograron escapar por una de las puertas que daba a las marismas. En ellas y en las lagunas se refugiaron con la esperanza de encontrar alguna seguridad, dado que los hunos no tenían capacidad marinera. Ninguno de aquellos desgraciados, a la vez de afortunados por salvar la vida, sabrían nunca que, en aquellas lagunas, sus descendientes serían los fundadores de Venecia.

Aquilea fue saqueada a fondo y destruida a conciencia, de modo que jamás se recuperaría. No era una residencia imperial, pero era una de las ciudades más importantes tanto de Occidente como de Oriente. La noticia de su caída hizo que el mundo temblara y contuviera la respiración. Atila permitió escapar a unos pocos para que dieran la noticia a las demás ciudades de la Padania. Quería que tomaran nota y no se resistiesen cuando les tocara a ellas. Nadie sobrevivió. Todos, hombres, mujeres, niños y ancianos, absolutamente todos fueron pasados a cuchillo, siendo las mujeres previamente violadas sin piedad.

—*Sacra maiestas* —dijo el eunuco Heraclio, completamente descompuesto—, Aquilea ha caído ante Atila. Por tu seguridad, debemos abandonar Rávena y trasladar la corte a Roma.

—Pero ¿dónde está Aecio? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene y termina con este bárbaro enloquecido? —gritaba un Valentiniano histérico y muerto de miedo, impotente, como siempre ante la adversidad, cuando no tenía a su lado a alguien capaz de afrontarla.

—Nos ha abandonado a nuestra suerte —dijo el eunuco que no dejaba pasar ocasión para minar el prestigio del gran general ante el emperador.

Los hunos tomaron las principales ciudades del norte de Italia, que prácticamente se le fueron entregando sin oponer resistencia, cuando ya la mayoría de sus habitantes las habían abandonado. Fueron cayendo Concordia, Altino, Verona, Padua, Parma, Brescia, Cremona, Vicenza, Bérgamo y llegaron a Mantua cargados de tesoros. Milán y Pavía corrieron otra suerte, pues acordaron pagar un fuerte tributo y a cambio no fueron ni completamente saqueadas, ni destruidas, ni sus habitantes fueron esclavizados. En aquellas ciudades que no se resistieron, se despojó a todos de cuanto tenían de valor, pero no se mató a nadie. Los habitantes de las ciudades arrasadas fueron

enviados a Panonia como esclavos.

En Milán, Atila se alojó en el palacio imperial. Andaba de un sitio a otro cabizbajo y ensimismado. Estaba siempre de mal humor y ni sus más cercanos se atrevían a aproximarse, salvo que fuesen llamados a su presencia. A veces hablaba solo, y otras se sentaba en el jardín y dejaba vagar su vista mirando al infinito sin que en realidad pareciera ver nada, sumido en la más honda melancolía. No parecía tener prisa en desplazarse hasta Roma. En realidad, Ogilig, su chamán, le había desaconsejado que la atacara, diciendo que había una maldición ancestral que caía sobre todo el que era capaz de atravesar el limes sagrado de la ciudad formando parte de una fuerza armada. Era algo que los romanos habían respetado siempre y quienes no lo habían hecho, como Sila, César u otros habían muerto a poco, violentamente. El rey huno conocía muy bien la historia de Roma porque la había estudiado precisamente en la propia capital del Imperio, cuando de jovencito fue rehén y estudió junto con los miembros de otras familias aristocráticas las materias que correspondían a su edad. Que esta maldición también operaba contra quienes no eran romanos lo demostraba el hecho, en el que Ogilig hizo hincapié, de que no hacía demasiados años, Alarico apenas logró sobrevivir unos días al saqueo que realizó de Roma.

Atila, supersticioso hasta la obsesión, no hacía más que darle vueltas a eso y demoraba un día tras otro el dirigirse a la antigua capital. Uno de esos días, moviéndose por un pasillo, se quedó mirando una pintura mural y mandó llamar al responsable del mantenimiento de las estancias regias.

—Explícame qué significa esta pintura —le dijo.

El alto funcionario se puso lívido y a temblar como una hoja en mitad de una tormenta. Apenas era capaz de articular palabra, a pesar de que intentaba balbucear algo.

—No me hagas repetírtelo —dijo el rey huno en un tono que no admitía seguir callado.

—Se…, se…, se… —tartamudeó el pobre hombre—, se trata de una representación de los dos emperadores, tanto el de Oriente como el de Occidente.

—Eso ya lo puedo imaginar yo, al ver que están sentados en sus tronos de oro, pero ¿quiénes son los que están postrados a sus pies?

El funcionario estaba a punto de desmayarse o de sufrir un ataque.

—¡Contesta!

Aquel desgraciado tuvo que hacer un esfuerzo para no mearse encima.

—Son bárbaros, majestad —pudo decir al fin para su propia

sorpresa.

—¿Bárbaros? ¡Un cuerno bárbaros! Son hunos —dijo Atila volviendo a mirar el cuadro—. Te voy a decir lo que vas a hacer: vas a llamar al pintor de este cuadro y vas a conseguir que lo arregle de inmediato. Yo seré quien estará sentado en el trono y a los emperadores los pondrá a mis pies volcando sacos de monedas de oro como tributo. El motivo por el que, terminado el trabajo, ordenó ejecutar al pintor no estuvo claro, ni pareció interesar a nadie.

No solo era un asunto de mera superstición lo que hacía que no acabara por decidirse a ir contra Roma. La verdad es que no se fiaba de Aecio. Era demasiado inteligente y demasiado hábil como para fiarse. No tenía muy claro con qué tropas contaban los romanos en el sur. Había enviado a Onegesio en una expedición de distracción, con la idea de provocar que el ejército de Italia lo atacase para destruirlo, acudiendo él a sumarse a las fuerzas de su general y mano derecha. Sin embargo, nada había ocurrido. No era capaz de saber si es que las tropas italianas no picaban el anzuelo, o sencillamente no había tropas merecedoras de tal nombre. Tampoco quería verse en una situación en la que Aecio le atacara por el este, llegando desde Dalmacia y se viera cogido en una pinza entre el gran general romano y el ejército del sur de Italia, si es que existía. Hasta donde sabía, Aecio había pedido ayuda y tropas al emperador Marciano, pero no sabía exactamente dónde se encontraba, ni si había conseguido esas tropas. Lo cierto es que los hunos se mantuvieron al norte del Po, sin terminar de penetrar por el camino del sur en dirección a Roma.

Al llegar los calores del verano, las tropas, que estaban acostumbradas al frio, lo pasaban mal con el calor húmedo propio de la Padania. Atila no podía seguir demorando durante demasiado tiempo el tomar una decisión, porque la escasez de alimentos había hecho acto de presencia y con el hambre aparecieron las enfermedades, que empezaban a provocar más bajas que la guerra misma.

Flavio Anicio Petronio Máximo había pedido una audiencia privada con el emperador y, siendo quien era, el eunuco Heraclio arregló enseguida la entrevista.

—Te transmito, *sacra maiestas*, el respeto del Senado y la satisfacción de sus miembros, por el hecho de tenerte en estos momentos entre nosotros en Roma. Todo el mundo lamenta que sea en estas circunstancias tan terribles —dijo el senador, utilizando un tono formal y cortesano.

—Sí, son tiempos de total tribulación. Me dice el papa León que es una prueba que Dios nos impone por nuestros muchos pecados. Yo

rezo y rezo; hago penitencia, pero parece que el Altísimo se niega a escucharnos —dijo un compungido Valentiniano.

—Más que un castigo divino, parece que lo que sufrimos son las consecuencias de malas decisiones de naturaleza más humana.

—¿A qué te refieres?

—Lamento tener que decirlo —dijo el senador, que no solo no se lamentaba de nada, sino que estaba encantado de tener una nueva oportunidad de actuar contra Aecio—, pero todo esto podía haberse evitado.

—Explícate.

—El general Aecio tuvo la oportunidad el año pasado en la Galia de destruir a Atila y lo dejó escapar. Nadie lo entiende. Si fue una negligencia, se trata de una negligencia criminal, porque ahora estamos pagando unas terribles consecuencias. Además, el general alardeó de una gran victoria y todos así la consideramos, pero ¿qué gran victoria fue esa que, en apenas unos meses, tenemos a Atila con un gran ejército en la misma Italia y somos nosotros quienes no tenemos tropas que oponerle? Además, ¿dónde está Aecio en este momento cuando más lo necesitamos?

Cuando a Roma llegaron noticias del cruce del Po por parte de Onegesio y su avance hacia el sur, pensaron que se trataba de todo el ejército de Atila que por fin se había decidido a marchar sobre Roma para saquearla.

—Tienes toda mi gratitud, papa León, por responder tan rápidamente a mi llamada. Eres el hombre que mejor me puede aconsejar en estos momentos en que no nos queda sino encomendarnos a la voluntad de Dios y Dios está contigo —dijo un más que trastornado emperador, superado por los acontecimientos y el miedo.

—Solo soy el más humilde siervo de Nuestro Señor. No sé si de mí puedes esperar el mejor consejo, pero puedes estar seguro de que te responderé a lo que me plantees con toda sinceridad.

—¿Qué podemos hacer? Me aconsejan que huya a Oriente. Me han preparado una flota en Ostia para escapar, pero ¿cómo voy a dejar abandonados a mis leales súbditos?

A León le sorprendió un rasgo de nobleza y valentía tan inesperado como increíble en la persona de Valentiniano, al que conocía bien y no dudaba de que, si tenía la mínima posibilidad de huir, lo haría. Reflexionó un momento y enseguida cayó en que lo que buscaba era la ratificación papal a la idea de escapar del peligrosísimo Atila, teniendo así una coartada para no quedar en mal lugar.

—No. No creo que debas huir en estas circunstancias —contestó

rotundo León.

—¡Vaya…! —dijo Valentiniano con fastidio—. Entonces, en tu opinión, ¿qué debo hacer?

—Negociar.

—Negociar… —repitió el emperador como pensativo—. No creas que es tan fácil. He tratado de enviarle varias legaciones diplomáticas y ni siquiera se digna a recibirlas.

—No las recibe porque sabes que Atila es muy celoso con el rango que exige a tus embajadores —dijo León.

—No recibe a nadie, mande a quien mande.

—¿Quieres saber de verdad lo que pienso? —preguntó el papa.

—No te he llamado para otra cosa.

—Pues bien, creo que eres tú en persona el que debe de negociar con Atila.

El emperador levantó la vista y se quedó mirando al papa con ojos de espanto. Estaba estupefacto.

—¿Te has vuelto loco? ¿Te das cuenta de lo que me acabas de decir? —dijo Valentiniano presa aún del pasmo.

—Eres tú quien debe negociar porque a ti sí que te recibiría.

Valentiniano miraba a León de arriba abajo negándose a creer que le estuviera pidiendo aquello.

—Ni hablar. No voy a ponerme en manos de ese loco asesino. No, no y no y mil veces no.

—Es tu deber —dijo el papa.

—Eso es una impertinencia. Veo que me he equivocado al pedirte consejo.

León quedó meditando. Era evidente que nada iba a obtener por ese camino.

—Hay una alternativa —dijo el papa.

—¿Cuál? —preguntó Valentiniano decidido a cualquier cosa que no fuera acercar su persona al rey huno.

—Permíteme que sea yo quien vaya a donde él se encuentre y negocie.

Para acompañar al papa León, cuya notable inteligencia y dotes de negociador eran más que conocidas, se eligió con cuidado a otros acompañantes que anteriormente habían tratado con Atila y se sabía que resultaban de su agrado, como Trigecio, experimentado diplomático con experiencia de negociador en situaciones difíciles, o el senador Genadio Avieno, que había sido cónsul hacía dos años. Para sorpresa de la comitiva diplomática, Atila no se encontraba donde esperaban hallarlo, pues con lo que dieron fue con las tropas de Onegesio que proporcionó una fuerte escolta para que la misión

siguiera camino hacia el norte, hasta llegar a donde efectivamente se encontraba el rey huno, en la ribera del río Mincio, en el punto en el que desemboca en el Po.

Aquella embajada no era una más. El propio Atila salió para contemplar la extraña comitiva formada por decenas de sacerdotes vistiendo sus casullas, prelados luciendo vistosas dalmáticas, que resplandecían junto a las custodias de oro, portando cruces de plata, estandartes con el crismón bordado en fino hilo de los mismos metales preciosos e incensarios que envolvían a todos en nubes de oloroso incienso, capaz de crear un ambiente de irrealidad que sobrecogía el ánimo y que se mezclaba con la nube de polvo, que a su paso se levantaba. El papa León, sobre un caballo blanco y protegido del sol por un dosel circular, sostenido por un hombre de a pie, encabezaba el cortejo. Dos hombres portaban en alto tras él cada uno un flabelo, unos grandes abanicos de plumas blancas, como la sencilla túnica que el papa vestía. Iba flanqueado por monaguillos y diáconos, proyectando su carisma de viejo sabio, de pelo y barba cana.

Atila tenía una concepción de la religiosidad muy diferente a la cristiana, pero no quedó ajeno al efecto que la visión del cortejo papal produjo en él, porque no podía sustraerse a su sentido mágico de ver las cosas. Estaba ante quien los romanos consideraban un hombre santo, que venía de Roma, la ciudad sagrada, que sus chamanes le habían aconsejado no conquistar. Sí, el rey huno tenía un sentido de la religión bien distinto, pero sabía temer lo sagrado y él supo reconocer lo sagrado en aquel hombre viejo, de pelo blanco y aspecto de sabio. Ordenó que se levantaran tiendas para acoger con la mayor dignidad a los recién llegados. Se les hizo provisión de alimentos y una vez que el papa hubo descansado de la última etapa del viaje, lo recibió con el mayor respeto. Tras la ceremonia oficial de recepción, los discursos protocolarios y las presentaciones, tanto el papa como Atila estuvieron de acuerdo en hablar en privado.

—Me dicen que el nombre de Atila significa «el padre de todos» —dijo León.

—Así es, mi pueblo me considera como a un padre —respondió el rey huno.

—Yo también soy considerado como un padre para los cristianos.

—Creo que lo eres merecidamente —dijo Atila, tratando de ser cordial con un hombre al que había mirado a los ojos y en el que había encontrado humildad y sinceridad.

—Te agradezco que te hayas dignado a recibirme.

—No he querido recibir a ningún diplomático, porque no hay nada que negociar. Pero nunca me negaría a atender a quien es considerado

como un hombre sabio por todos en el Imperio y del que dicen que por su boca habla el espíritu —dijo Atila, manteniendo su tono amable —. Espero que lo que me propongas sea distinto a lo que pueda esperarse de otros.

—No te engaña quien te haya dicho que mi persona no es sino un instrumento en manos de Dios y mis palabras las encomiendo a la inspiración del Espíritu Santo, pero no vengo a hablar de cuestiones espirituales, sino a pedirte que no asaltes Roma —dijo el papa.

—Saquearé Roma, si el emperador no se aviene a que la augusta Justa Grata Honoria cumpla su compromiso de casarse conmigo.

—Entiendo que, casándote con Honoria, aspiras a gobernar el Imperio —dijo León.

—Es la consecuencia lógica, pues además como dote tengo exigida la Galia —dijo Atila con determinación.

—Te ruego que medites despacio que, si aspiras a gobernar el Imperio, saquear Roma te va a poner en contra a todos los ciudadanos, que pretendes te sean fieles, y que, siendo cristianos, jamás te perdonarán que destruyas la capital espiritual del cristianismo —dijo León, poniendo en sus palabras toda la fuerza de convicción de que era capaz.

—Entonces, evitarlo es muy fácil: que Valentiniano acceda a que Honoria se case conmigo —dijo Atila.

—Si saqueas Roma, el daño ya estará hecho. Y no será olvidado ni ahora, ni en el futuro. Porque el futuro está por escribirse y en él nada es imposible.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, en este momento, tu boda con Honoria es del todo imposible, porque es cristiana y su matrimonio no puede romperse.

—No me dejas entonces alternativa —dijo Atila, algo furioso.

—Te repito que el futuro está por escribirse y Honoria está casada con un hombre muy viejo. Tanto tú como la augusta tenéis muchos años por delante. Llegará un momento en que el matrimonio será posible, pero ¿cómo pedir entonces a una augusta que se case con el hombre que destruyó Roma?

Atila quedó callado, tratando de asimilar lo que estaba escuchando.

—Nadie puede impedir que tome Roma —dijo el rey huno, más por reivindicar su voluntad que por otra cosa, porque no quería reconocer que el razonamiento del anciano que tenía delante le había hecho mella.

—No te confíes. Roma es una ciudad sagrada y fuerzas muy

superiores a las meramente militares la protegen y pueden impedírtelo —dijo el papa en tono de advertencia, tratando de que el temperamento supersticioso del rey huno jugara a favor de cuanto le estaba diciendo.

—¿Me lo ibas a impedir tú, tal vez? —dijo Atila con mirada escrutadora.

—Yo no soy una amenaza para ti, pero, si pudieras ver con los ojos del espíritu, observarías que a mi izquierda y mi derecha se encuentran San Pedro y San Pablo, con dos espadas de fuego, que representan el poder de Dios, y Él todo lo puede.

Atila se quedó mirando fijamente al papa León, sin saber muy bien qué contestar.

—¿Qué estás dispuesto a ofrecerme si yo aceptara lo que me propones? —preguntó tras un incómodo silencio.

—Valentiniano te ofrece un inmediato pago en oro, que he traído conmigo, y se aviene a entregarte en lo sucesivo la cantidad que se pacte para cada año, además de la promesa de interceder ante el emperador Marciano para que te haga efectivos los atrasos que te debe. Y, por mi parte, te prometo que, si Honoria queda libre, yo mismo apoyaré tu boda con la augusta.

Atila se tomó unos días para meditar. Su ejército se encontraba al límite. Los caballos estaban muriendo de hambre. Sus hombres estaban famélicos, débiles, enfermos muchos de ellos y también estaban muriendo en un clima insoportable por lo caluroso y lo húmedo. Muy pocos lo sabían aún, pero se había declarado un brote de peste. Él mismo no se encontraba del todo bien, porque estaba teniendo accesos de fiebre. Solo algunos de sus generales querían la gloria de entrar en Roma y saquearla, porque la mayoría de sus guerreros lo que querían era volver ya a casa cargados como estaban de botín. En cuanto a la antigua capital del Tíber, pudiera ser que no dispusiera de demasiada guarnición para defenderse, pero sus murallas eran sólidas, se habían reparado recientemente y no estaba seguro del tiempo que podía llevarle tomar la ciudad. Tampoco estaba seguro de lo que pudieran resistir los cristianos que en ella vivían, puestos a defenderla calle por calle, casa por casa, como dementes a los que no importa morir, porque tenían la promesa de la vida eterna.

Atila daba también vueltas a los argumentos que había sostenido el papa León I, en relación con Honoria, pero lo que acabó por inclinarlo a tomar la decisión de retirarse fueron los informes que le llegaron, de que el emperador de Oriente, Marciano, había penetrado en sus tierras, al norte del Danubio, y se dirigía hacia la capital de los hunos, al frente de un fuerte ejército, y que Aecio, con las tropas auxiliares

recibidas, estaba remontando la costa de Dalmacia y podía cortarle la retirada. En cualquier caso, tenían más riquezas y más botín casi del que podían trasportar. Atila reunió a sus principales generales: Onegesio, Escotas, Eslas, Edeco y Orestes, entre otros.

—Nos retiramos —les dijo.

Aecio solo pudo hostigar la retaguardia de Atila, cuando este ya había abandonado Italia y se dirigía a Panonia.

CAPÍTULO XXVI

Muerte de Atila

A. D. 453
1206 Ab urbe condita

Flavio Aecio fue recibido en Rávena como un verdadero héroe. Ciertamente, su intervención militar apenas había consistido en alguna escaramuza con la retaguardia de las tropas hunas, en su retirada hacia el Danubio, pero todos le atribuían el mérito de haber conseguido que el ejército del emperador Marciano atacase a los hunos en su propio territorio, lo que sin duda tuvo que influir en Atila a la hora de no prolongar su campaña en Italia.

Aecio fue recibido con todos los honores, como si finalmente fuera él quien hubiese puesto en fuga al rey huno. La ciudad engalanada por completo salió a las calles a recibirle y desfiló victorioso con sus hombres, ante el emperador Valentiniano III y su esposa Licinia Eudoxia.

En el palco imperial, estaban también las hijas de la pareja real, la mayor, Eudocia, que se encontraba ya formalmente prometida a Hunerico, el hijo mayor y heredero del rey vándalo Genserico, y Placidia, que era el centro de todas las miradas, porque el hombre que se casara con ella sería, con toda seguridad, el futuro emperador de Occidente. Valentiniano había prometido a Aecio que formalizaría un compromiso matrimonial para que fuese la esposa de su hijo Gaudencio, que se había convertido en un apuesto joven, que había iniciado su carrera militar y en el que el padre tenía puestas todas sus esperanzas. Estaba con su madre, Pelagia, en el palco imperial, presenciando el desfile de las tropas.

Tras quince años de matrimonio, nadie contaba con que la pareja imperial tuviese ya un hijo varón que heredase el trono.

Presenciando el desfile estaba también el Senado en pleno, que fue testigo de cómo el pueblo estaba enfervorizado con el que consideraba un héroe y su salvador, aplaudiéndole con entusiasmo. Terminado el desfile, el emperador ofreció un banquete a la corte.

Antes, sin embargo, de que esta celebración hubiese tenido lugar, en Roma, el verdadero héroe que había desatado el entusiasmo del pueblo fue León I, el papa. La noticia de que Atila había decidido retirarse llegó antes que la legación imperial, de la que él formaba parte. Nadie ponía en duda que la victoria la había conseguido este hombre santo, sin usar la fuerza y sin derramar una sola gota de sangre. La figura del papa alcanzó a los ojos de la gente una primacía que le ponía por encima de cualquier otro obispo, de cualquier general e incluso del mismo emperador. A todos resultaba obvio que era el poder de Dios el que había actuado a través de este hombre, cuya sagrada persona estaba evidentemente tocada por el Espíritu Santo y había sido elegida por Dios mismo.

Ventanas y balcones se llenaron de colgaduras y en las calles se desplegaron banderas y gallardetes. Los clérigos por la calle eran izados a hombros y la guardia de palacio era invitada por los viandantes enloquecidos a beber vino en la taberna más cercana, sin darles oportunidad para negarse a ello. Una inmensa muchedumbre se agolpaba a ambos lados de la vía Flaminia, a las puertas de Roma, para recibir al papa. El resto de los ciudadanos atestaban las calles. Este no era el recibimiento de un general victorioso al frente de su ejército, sino el de un anciano santo, que con la fuerza de la fe y la ayuda de Dios había hecho retirarse al enemigo más temible de Roma, cuando parecía que nada ni nadie podría pararle y todos temían ya por sus vidas.

El emperador, que aún no había partido para Rávena, asistió a la misa de acción de gracias celebrada por el papa en la basílica de San Pedro.

—Pídeme lo que quieras —dijo Valentiniano al papa.

León I lo pensó un momento.

—Sí que quiero pedirte algo —dijo el papa finalmente—. Manda fundir la estatua de Júpiter Optimus Máximus del Capitolio y con el bronce obtenido ordena que se haga una de San Pedro, para instalarla en esta basílica.

El emperador accedió a ello.

Por paradójico que pudiera parecer, podía afirmarse que, hasta ese momento, nadie había hecho más por la primacía papal del obispo de Roma que Atila. Era una constante que quienes ocupaban la sede, desde hacía muchos años, trabajaran porque se reconociera la supremacía en todo el orbe de lo que llamaban la silla de Pedro. El prestigio del obispo de Roma era grande, pero nadie había logrado que se le reconociera de forma indiscutible por encima del resto de obispos o, al menos, estaba muy lejos de ser unánime esa percepción

en los demás prelados. Solo a partir de estos sucesos, en los que la mayoría de la gente había concedido todo el protagonismo a la magia del cristianismo y probaba que la Iglesia, encabezada por el sucesor de Pedro, había salvado a Roma del saqueo, percibieron que el obispo de Roma no era uno más. Además, aprovechando el momento, León I arrancó a Valentiniano III una carta en la que el emperador reconocía formalmente la primacía del obispo de Roma sobre la totalidad de la Iglesia, basándose en que era el depositario de las llaves de Pedro y en el hecho de que la dignidad de la urbe la hacía descollar sobre todas las demás. Es más, en la carta se afirmaba que las disposiciones del obispo tenían fuerza de ley y que toda oposición a lo que estas dictaminasen serían consideradas como un acto de traición. Y por si todo ello fuese poco, se ponía el poder civil al servicio del obispo de Roma al obligar a los gobernadores provinciales a extraditar a todo aquel que se negara a responder a las exhortaciones del obispo.

La pretensión de Petronio Máximo de reemplazar en su puesto a Aecio, como primer paso para satisfacer su secreta ambición de sustituir al emperador y ocupar el trono, se veía una vez más pospuesta, pues el gran general aparentaba estar viviendo su gran momento. Máximo seguía manteniendo el control del Senado como su gran arma para dar satisfacción a sus ambiciones y no perdía ocasión para debilitar la posición del gran general, en la medida de lo posible, ni de trabajar para obtener un clima de opinión que le beneficiara en el logro de sus aspiraciones.

—Es verdaderamente lamentable que la política seguida por Valentiniano acabe por poner el trono a los pies de los bárbaros —dijo Petronio Máximo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Anicio Olibrio.

Flavio Anicio Olibrio era uno de los más poderosos miembros del Senado romano. Perteneciente a la muy influyente familia de los Anicios, que controlaba la facción cristiana ortodoxa de la curia desde tiempos de Teodosio y que tanto había apoyado a este emperador en su ascenso al trono, era pariente de Petronio Máximo y aliado político.

—Me refiero a que Valentiniano y la augusta Eudoxia no han llegado a tener un hijo varón, ni nadie cuenta con que a estas alturas lo tengan. El trono, por tanto, lo heredará aquel que se case con una de sus hijas.

—No creo que ese sea el caso de la princesa Eudocia. Ella está ya comprometida formalmente con Hunerico y no es posible que un vándalo, el hijo de Genserico, acceda al trono de Roma —dijo Olibrio.

—Pero es que la alternativa no es mejor. Valentiniano ha prometido a Aecio formalizar un compromiso matrimonial entre su

hijo Gaudencio y la princesa Placidia. Si esto se lleva a cabo, vamos a tener un emperador medio bárbaro, pues es hijo de Pelagia, la segunda mujer del general, que es goda —dijo Petronio Máximo, dándole un cierto toque dramático a su discurso—. El propio Aecio es de ascendencia sármata, siempre proclive a ser amigo de los bárbaros y a negociar con ellos —añadió.

—¿Qué quieres de mí?

—Que me apoyes para convencer a aquellos que aún están a favor de Aecio de que esa no es la mejor opción y te prometo que no te arrepentirás.

Atila, nada más regresar a su territorio, ordenó a Orestes que expulsara al ejército de Marciano, al que hizo retroceder hasta las orillas del mar Negro, ya en Mesia inferior, donde los romanos lograron sentirse seguros en la cercanía de Constantinopla.

Orestes envió entonces una delegación a Marciano para preguntarle si pensaba pagar los tributos atrasados desde su llegada al trono. La respuesta que recibió fue que se estudiaría, pero lo que hizo el emperador de Oriente fue mandar fuertes contingentes a la frontera con orden de fortificarla.

A Occidente se envió una embajada para que la corte pagara el primer tributo pactado con el papa León I, cosa a la que no se puso ninguna objeción.

Atila necesitaba recomponer su prestigio. La campaña de Italia había reportado un riquísimo botín, pero desde el punto de vista político no había servido para nada y lo que resultaba evidente, a los ojos de los aliados y de los propios hunos, era que por segunda vez se les había puesto en fuga. Todo el enorme imperio creado por Atila dependía de su prestigio personal para mantener su unidad, así que no iba a consentir que su autoridad se pusiese en cuestión en ningún lugar de este.

En el Cáucaso, territorio cuyo gobierno estaba bajo la responsabilidad de su hijo mayor y sucesor, Elak, los alanos que allí vivían protagonizaban continuas sublevaciones. Atila encabezó con Orestes y Esla una campaña para acabar con todos. Quedaron exterminados para siempre. No contento con ello, como los bactrianos habían ayudado a los alanos del Caspio, la expedición se amplió hasta la muy fortificada Bactra. Sus habitantes resistieron y cuando cayó se produjo la gran matanza con que los hunos castigaban la resistencia.

—No quiero que piensen en Persia que soy un aliado de uno u otro emperador romano —dijo a Orestes.

Envió al rey persa valiosos regalos obtenidos en el saqueo y, con el resto del botín, retrocedió hacia el norte, traspasando el Cáucaso entre

el Don y el Volga y regresó a Buda, la capital huna, habiendo pacificado por el camino a todas las tribus que fue necesario, ya fueran vasallas o aliadas.

Los años comenzaban a pesar al rey huno, al que no le faltaba mucho para cumplir sesenta. Aunque se mantenía en el más estricto secreto, hacía tiempo que padecía fuertes dolores de cabeza y frecuentes hemorragias nasales. Su doctor griego, capturado en una de sus múltiples incursiones en el Imperio romano oriental, le tenía recomendado que descansase unos meses, pero para Atila la acción era la vida misma y poco caso hacía de las recomendaciones del galeno.

Había decidido iniciar una tercera campaña contra el Imperio occidental, que pusiera definitivamente en sus manos Italia y la Galia, además de obtener a Justa Grata Honoria como esposa, lo que le daría la plena legitimidad como dueño del Imperio. No quería esta vez fallos y había encomendado a Onegesio que estudiase los puntos más o menos débiles para dar las posibles soluciones o tenerlas previstas. Personalmente y a diario le gustaba inspeccionar la instrucción de sus guerreros y el trabajo en las forjas para la fabricación de nuevo armamento.

Solo se tomó una tregua para contraer un nuevo matrimonio. Se había enamorado de una joven ostrogoda, casi una niña, de estirpe regia llamada Ildico. Tenía tantas esposas y concubinas, que era difícil llevar la cuenta, y tantos hijos, que ya de por sí eran un pueblo considerados ellos solos. Pero se había encaprichado como un jovencito de la dulce, tierna y delicada princesa de ojos azules y pelo dorado, casi cobrizo, que en su presencia parecía una gacela asustada y tímida.

La boda se celebró en el gran palacio de madera que Atila tenía en Panonia, en la ribera del río Tisza. A ella fueron invitados los principales jefes y reyes de los pueblos aliados.

Atila, tocado con una corona de flores, presidió el banquete, que tuvo lugar tras el ritual religioso, y un poco presa de la euforia del momento y por no parecer un anciano, que tiene que cuidarse o que ya no puede pasarse con según qué cosas, rompió su costumbre de no beber más que agua, tratando de aparentar una resistencia a la bebida, que en realidad no tenía.

Entró en calor con los primeros tragos y se sintió a gusto. Era un buen vino el que se estaba sirviendo. Pensó en que los cristianos decían que el vino era la sangre de su dios y les dio la razón. No era una mala forma de pensar.

Avanzado el banquete los brindis se sucedían.

Onegesio se puso en pie y elevó su cáliz de oro.

—¡Larga vida al Hijo del Cielo! —gritó.

Todos puestos en pie vaciaron sus copas de un trago, entre grandes risas y voces.

Las bandejas repletas de toda clase de carnes asadas y otros alimentos llegaban continuamente a los comensales, a los que se les servía vino y cerveza.

—¡Qué este matrimonio dé muchos hijos a nuestro rey! —gritó Orestes.

Atila, que como siempre bebía en un sencillo cuenco de madera, dio un largo trago y vio que no podía seguir bebiendo. Estaba empezando a marearse. Miró a su esposa y sintió el deseo de yacer con ella.

—¡Fuerza y gloria al gran rey Atila! —gritó Odoacro, desde el fondo del salón.

Todos, incluido el rey huno, se pusieron en pie e hicieron honor al brindis.

—Os agradezco que compartáis este momento conmigo. Seguid celebrando. Ahora mi esposa y yo nos retiramos —dijo.

Aprovechó entonces para tomar la mano a su esposa, haciendo que le siguiera al dormitorio real.

Ildico estaba aterrada. Desde niña sabía que su destino era casarse con aquel que su padre le impusiera y que, por regla general, sería con un hombre mayor que ella, en un asunto en el que el amor no jugaría papel alguno, pero nunca pensó que se casaría con el hombre más temido del mundo, que además era un anciano cuya sola cercanía y contacto le repugnaba. Le causaba verdadero pánico lo que sabía iba a ocurrir en la intimidad del dormitorio. Llevaba varios días sin dormir por ese motivo y estaba consumida por los nervios.

Antes de llegar a la alcoba, Atila tuvo que apoyarse en ella para andar, porque se encontraba completamente ebrio. Su aliento apestaba a vino agrio.

Lo cierto es que, al llegar junto al lecho, Atila se quitó la corona de flores, que arrojó lejos, y se dejó caer de bruces en la cama. Comenzó a roncar fuertemente. Ildico, que no sabía qué hacer, siguió el consejo de la mujer que le había dado instrucciones de cómo debía comportarse en su noche de bodas. Se quitó cuantas prendas vestía y desnuda se tumbó junto al rey huno. Se percató entonces de que Atila estaba profundamente dormido y sintió una sensación de alivio tal, que comenzó a relajarse, de modo que en poco rato ella también quedó dormida.

Durmió de un tirón hasta que los rayos de sol de una mañana que ya estaba bien avanzada le dieron en los ojos y se despertó.

Se fue haciendo tarde, pero nadie en el palacio se atrevía a acercarse al dormitorio real y quizás molestar a los recién casados, pero llegó un momento en que a Orestes le pareció raro que ni siquiera hubiesen pedido algo para desayunar.

Llamó a la puerta, primero con sumo cuidado y luego insistentemente cuando desde el interior nadie contestaba. Orestes entonces llamó al jefe de los que hacían guardia y entró en el aposento real.

Atila yacía con la cabeza colgando por un lado de la cama y el brazo derecho inerte, apoyada la mano en el suelo. Su cara, especialmente la boca, estaba manchada de sangre que ya había quedado reseca. Era verdaderamente un reguero lo que había salido de su nariz, que le manchaba el pecho, el brazo y formaba en el piso un enorme charco.

En un rincón de la habitación, Ildico, trémula, desnuda y apenas cubierta por una sábana, se acurrucaba gimiendo en silencio.

El jefe de la guardia desenvainó la espada y se fue hacia ella, que, al comprender sus intenciones, movió sus piernas en un espasmo, y miraba aterrada con los ojos muy abiertos, mientras volvía a encogerse haciéndose un ovillo. La mirada de aquel guerrero indicaba aquello que pretendía hacer. Ni siquiera pudo chillar, porque el pánico ahogó en su garganta el grito que intentaba dar.

—¡Quieto! —ordenó Orestes.

El jefe de la guardia paró en seco y se volvió con expresión interrogante y contrariada.

El secretario de Atila se dirigió al lugar en el que se encontraba la muchacha.

—Ponte de pie —le dijo.

Tan fuera de sí se encontraba la joven, que se levantó cubriéndose torpemente con la sábana, y esta terminó por caer al suelo dejando expuesta su desnudez. Orestes la miró atentamente de arriba abajo sin el más mínimo atisbo de lascivia en su gesto. Era más bien la mirada fría de quien trata de encontrar una respuesta.

—No tiene una sola marca de violencia. Si ella hubiese atacado a nuestro rey, por poco que este se hubiese defendido, le habría dejado alguna señal.

Se dirigió luego al lecho en el que se encontraba Atila y lo observó minuciosamente. Resultaba evidente que se había ahogado en su propia sangre. Orestes era uno de los pocos que estaban en el secreto y era conocedor de las cada vez más frecuentes hemorragias nasales de su rey. Esta sería la última.

Ninguno de los esclavos que habían desviado el río Tisza quedó

con vida. Reanudado el cauce, sus cadáveres fueron arrojados en él. Nadie conocería jamás el lugar en el que los restos de Atila habían sido enterrados.

Su cuerpo había estado expuesto sobre un amontonamiento de las más preciosas pieles, bajo un pabellón de seda, y fue velado por sus hijos, altos dignatarios, jefes de las tribus y aliados, Onegesio y todos sus grandes generales. Los cantos épicos y los himnos de gloria, la música y la danza no cesaron un momento.

Uno de ellos sería recordado para siempre:

El más grande de los hunos,
el rey Atila,
hijo de Munzuc,
señor de poderosas gentes
de poder inaudito,
amo de escitas y germanos,
cuyos reinos poseyó
y aterrorizó al orbe imperial romano
conquistando sus ciudades y territorio
y, aplacado por sus ruegos
para que respetase otras,
aceptó tributos anuales.
Después de triunfar
en todas sus empresas,
murió no por herida enemiga,
ni por traición de los suyos,
sino entre su pueblo, intacto y seguro,
contento, con alegría y sin dolor.
¿Quién puede imaginar que su muerte
es el final, si nadie puede vengarla?

El cuerpo del rey huno fue incinerado en una gran pira, en torno a la cual dieron vueltas y más vueltas los jinetes hunos, mientras se cortaban mechones de pelo o se herían con sus dagas las mejillas, haciéndose profundos surcos de los que brotaba abundante sangre que les empapaba la ropa. Otros se azotaban salvajemente la espalda, mientras cabalgaban. Miles de jinetes galoparon con furia por la pradera, lanzando sus flechas al cielo.

Los restos calcinados fueron depositados en un ataúd triple hecho de hierro, plata y oro, en el que se introdujeron numerosas joyas, adornos y armas con incrustaciones de piedras preciosas.

Portaron el féretro alguno de sus hijos, Onegesio, Edeco, Orestes,

Esla y Escotas.

Se depositó el cadáver en el lecho del río, cuyo cauce se había desviado y también se dio muerte a los esclavos que lo enterraron.

El Azote de Dios ahora se había convertido en leyenda.

La noticia de la muerte de Atila voló hacia todos los rincones del Imperio y no tardó en llegar a Cartago.

Genserico se daba cuenta de que con la muerte de Atila desaparecía el principal enemigo de Rávena y Constantinopla, a las que había venido imponiendo grandes exacciones y les había estado obligando a movilizar costosísimos ejércitos y enviar embajadas, que portaban carísimos regalos, como único modo de sentar a Atila a negociar.

Se había roto un equilibrio que hasta el momento le beneficiaba a él. El permanente temor hacia el rey huno había hecho que todo el esfuerzo, tanto militar como económico, de ambas partes del Imperio, se dirigieran a defenderse de sus incursiones.

La privilegiada situación que Genserico había podido disfrutar durante catorce años, desde la toma de Cartago, le había permitido vender el trigo y el aceite, así como otros suministros a un alto precio y, sobre todo, dominar el tráfico marítimo en el Mediterráneo. Liberados ambos emperadores de la presión que Atila suponía, pudiendo disponer de los enormes recursos que hasta ese momento se destinaban a mantener una política de conciliación o de defensa en relación con él, solo cabía esperar que el Imperio intentara recuperar sus graneros en África y el control del mar.

No iba a permitirlo y, desde luego, no iba a cruzarse de brazos, así que decidió poner a trabajar a sus astilleros a pleno rendimiento para incrementar su flota y movilizó sus contactos en la corte para extender el rumor de que el *magister militum*, Flavio Aecio, conspiraba para derrocar a Valentiniano III. El gran general era el único que, en caso de conflicto, podía hacerle frente. Ya había vencido a Atila y él no quería pasar por lo mismo, así que todos sus esfuerzos se centrarían en hacerlo desaparecer.

Quedaban muy lejos los tiempos en los que Petronio Máximo había sido un fervoroso partidario de Flavio Aecio y le había ayudado en su ascenso al poder, cosa de la que también se había beneficiado, pues gracias al gran general él había desempeñado el cargo de prefecto pretorio de Italia y, diez años atrás, había sido cónsul por segunda vez, lo que representaba uno de los máximos honores a los que se podía acceder, teniendo en cuenta que un tercer consulado solo se reservaba para el emperador. Pero la ambición de este senador era muy superior a su sentido de la gratitud o de la lealtad.

—La muerte de Atila lo cambia todo —dijo Máximo.

—Sí, no cabe duda de que es un hecho tan inesperado como transcendental. Todavía me cuesta creer que sea cierto —dijo Heraclio, el eunuco consejero principal de Valentiniano.

—Es el momento. Tenemos que aprovechar la ocasión.

—¿A qué te refieres?

—¿No te das cuenta? —dijo Máximo, como si lo que él pensara tuviera que resultar evidente para el eunuco—. Es el momento de convencer al emperador para que deje caer a Aecio. No habrá una ocasión como esta. Muerto Atila, el general ya no resulta imprescindible. Si no aprovechamos esta oportunidad, se hará más y más poderoso. Hará que se formalice el compromiso matrimonial entre su hijo y la princesa Placidia y nada impedirá que se haga con el control del trono. Si eso ocurre, ya puedes ir pensando en cuál va a ser tu futuro, porque Aecio te odia.

—Es fácil hablar de hacerlo caer, pero tiene tantos partidarios que no lo veo posible, y menos que él mismo no reaccione de forma impredecible, si se viera en esa situación —dijo el eunuco.

—Cuando hablo de ello, me estoy refiriendo a algo más drástico —dijo Máximo, bajando el tono de voz.

—¿Te refieres a…?

—A eso exactamente me refiero.

—No creo que haya nadie que se atreva —dijo Heraclio.

—Solo hay una persona que puede hacerlo.

—¿Quién?

—El propio Valentiniano. Él puede. Es el único que puede y nadie osaría alzar la voz.

Heraclio miraba al senador entre aturdido y estupefacto. El emperador odiaba al general. Era sabido, pero eso era una cosa y otra encontrar la forma de conseguir que el soberano lo matara por su propia mano.

La muerte de Atila había supuesto una enorme convulsión dentro del imperio huno. El enfrentamiento entre los hijos del rey fallecido supuso el comienzo de una terrible guerra civil, que llevó al enfrentamiento entre hunos. Esto produjo una situación de desorden y desconcierto en la mayoría de los casos caótico. Muchos de los reyes, pueblos y jefes sometidos aprovecharon para desligarse de sus compromisos y alianzas. La mayoría dejó de pagar los tributos apalabrados e incumplieron los compromisos contraídos.

Los primeros en recuperar su independencia fueron los gépidos de Ardarico y no tardaron los ostrogodos de Valamiro en hacer lo mismo. Edeco, el hombre de la total confianza de Atila, decidió liderar a los

esciros, respaldado por su hijo Odoacro. No era esciro, pero estaba casado con quien sí lo era y tenía sangre real. Onegesio, sin embargo, se mantuvo leal y apoyó a Elak, hijo mayor de Atila. Las guerras civiles se prolongaron por más de una década y condujeron a la total desaparición de los hunos y su imperio.

En la Galia, en el reino visigodo de Tolosa, Turismundo había acabado mal. Durante la invasión de Italia por parte de Atila había intentado arrebatar a Sangibano la ciudad de Aurelianorum, con el objetivo de ampliar su reino más allá del Loira para después tomar Arelate a los romanos, pero, en su ausencia, sus hermanos se rebelaron contra él, de modo que se vio obligado a suspender la campaña y volver, terminando finalmente estrangulado mientras dormía. Le sucedió en el trono Teodorico II, su hermano.

CAPÍTULO XXVII

Muerte de Aecio

A. D. 454
1207 Ab urbe condita

En las llanuras de Panonia, Ardarico, con sus gépidos, aliado con los ostrogodos, que acaudillaban Teodorico y Valamiro, y a los que se unieron hérulos, rugios y suevos, se enfrentó a Elak y Onegesio, en cuyas filas formaban hunos y alanos. Elak, hijo y heredero de Atila, fue derrotado y muerto en la batalla que tuvo lugar en la ribera del río Nedao, un afluente del Sava. Los vencedores obtuvieron la independencia y a los hunos supervivientes se les hizo huir hasta el norte del mar Negro.

Con cada vez mayor frecuencia, Valentiniano III buscaba el consejo del senador Flavio Anicio Petronio Máximo, que se había convertido en alguien perteneciente a su círculo íntimo. Para lograr esa posición cerca del emperador, había procurado ganarse la confianza del *comes sacri cubiculi*, el eunuco Heraclio, el hombre de mayor influencia en la corte. También había sabido ganarse el favor del monarca al que proporcionaba continuamente argumentos contra Aecio. Valentiniano odiaba tanto como necesitaba para sí y para el sostenimiento de su Imperio al general. Por el poder que de hecho ejercía, le convenía tenerlo de su lado y no había honor que no le hubiese concedido, pero no veía el momento de poder librarse de su tutela. En realidad, Valentiniano, que heredó el trono siendo un niño, había estado toda la vida sometido a la voluntad de otro; primero a la de su madre, Elia Gala Placidia y después al gran general. Fantaseaba con verse definitivamente libre y poder demostrar su valía, en la que en el fondo él mismo tampoco confiaba demasiado, porque odiaba ser dependiente, pero, indolente y perezoso, necesitaba tener siempre a alguien cerca, que le resolviera los problemas, y tras el que poder salvar su responsabilidad, en cualquier caso.

—Te he mandado llamar porque deseo conocer tu opinión sobre un asunto delicado —dijo Valentiniano.

—Siempre a tu servicio —respondió Petronio Máximo aparentando una sumisa lealtad, que estaba lejos de sentir, mientras lanzaba una furtiva mirada al eunuco Heraclio, como queriendo interrogarle sobre para qué se le había requerido.

—Se trata del compromiso matrimonial de Gaudencio, el hijo de Aecio, y de mi hija Placidia. El general me urge a que lo haga público para que quede así formalizado.

Máximo era consciente de que este asunto saldría antes o después, porque de sobra conocía que el emperador no tenía más remedio que tener contento al general, al que necesitaba, al que el pueblo adoraba y que había conseguido vencer a Atila recientemente, pero que en el fondo lo odiaba, prácticamente desde niño, por influencia primero materna y, siendo adulto, por el control que sobre él ejercía, de modo que, como emperador, su papel había quedado reducido al de una figura simbólica y meramente decorativa.

—Entiendo que no te agrada ni que te presione, ni el compromiso mismo —dijo Máximo complaciente.

—Veo que me has entendido —dijo el emperador.

—Eres el soberano, *sacra maiestas*, nada ni nadie debe inquietar tu ánimo ni forzar tu voluntad —dijo Heraclio, que no quería dejar pasar la oportunidad de que su señor viera que él también lo entendía.

—Eres el emperador, la fuente de todo poder. Es tu voluntad la que rige el mundo y todos tus súbditos estamos obligados a someternos a ella, pues, a través de tu voluntad, se manifiesta la de Dios en la tierra —dijo Máximo—. No debe haber más poder que el tuyo. Es cierto que hemos vivido momentos muy difíciles y que el general Aecio ha sido el único que ha mostrado capacidad para librarnos de los terribles peligros que nos han agobiado. Pero la muerte de Atila lo ha cambiado todo. En este momento, los hunos ya no son un peligro para nuestro Imperio. Aecio ya no te es imprescindible.

—¿Tú crees? —preguntó el soberano.

—Estoy convencido. Contamos con magníficos generales que pueden sustituirle. Él puede que tenga un gran poder, pero necesita la legitimidad que solo emana de tu persona para ejercerlo. Si su hijo se convierte por la boda con tu hija Placidia en el próximo heredero, ya no te necesitará —Máximo hizo una pausa y miró al emperador para observar hasta qué punto le convencían sus argumentos—. Sí, estoy de acuerdo contigo. Es un asunto muy delicado, porque en el fondo se trata de o él o tú.

—Es muy duro lo que estás diciendo.

—Porque es la verdad, *sacra maiestas*.

—La ambición de Aecio se ha convertido en un peligro para la

supervivencia del propio Imperio —terció Heraclio que no veía el momento de intervenir en la conversación—. Si triunfase su política probarbárica de integración de todos aquellos que tenemos asentados dentro del Imperio, lo que conocemos con el nombre de «romano» desaparecería, pues nos convertiríamos en un imperio de bárbaros.

—Estoy de acuerdo con lo que argumenta Heraclio —dijo Petronio Máximo—. Aecio se ha mostrado siempre muy proclive a ser amigo de los bárbaros y a negociar con ellos en lugar de liquidarlos. Mira qué ocurrió con su amigo Atila, cuando hace tres años lo dejó escapar en la Galia, habiéndole vencido y teniéndole a su merced. Haberle dejado huir nos costó el desastre del año siguiente, cuando el rey huno nos invadió en la propia Italia y ha dejado arruinado todo el valle del Po. La fama de que disfruta es inmerecida. Es verdad que ha obtenido muchas victorias que habrían sido imposibles sin él, pero, en un principio, no apoyó a la dinastía, se impuso porque pudo disponer de un ejército de sus amigos los hunos, se negó a recuperar Britania, no fue capaz de impedir la pérdida de África, tampoco te apoyó para que sucedieras a Teodosio II y la última invasión de Italia por Atila le cogió por sorpresa. El pueblo le quiere, pero no todo han sido aciertos. Si Gaudencio se casa con tu hija Placidia, el Imperio será heredado por un medio bárbaro, porque no solo Aecio procede de una familia sármata, sino que su mujer, la madre, del pretendiente, Pelagia, aunque de estirpe regia, es goda.

—El Senado es contrario a esta política probarbárica y no está a favor de que el próximo emperador sea un medio bárbaro —dijo Heraclio.

Eso era cierto, pero también era verdad que el Senado romano estaba compuesto por miembros de las grandes familias terratenientes, que cada vez que se llegaba a un acuerdo de asentamiento con un grupo de bárbaros tenían que ceder parte de sus tierras, cosa con la que no querían transigir.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Valentiniano.

—Aecio ya ha cumplido con su papel. Es un peligro para ti y para el Imperio. Debe desaparecer —dijo tajante Máximo.

—Estoy completamente de acuerdo —se apresuró a añadir Heraclio.

Evidentemente, Valentiniano no esperaba una respuesta tan contundente y pasó un largo momento entre confundido y asombrado, antes de decir nada.

—No puedo ordenar que le ejecuten —dijo al fin—. Una condena sería vista por el pueblo como una injusticia. No puedo acusar de traición al hombre que ha salvado al Imperio del mismísimo Atila.

—Tampoco puede organizarse un atentado. En el momento en el que participen varias personas, se corre el peligro de que Aecio se entere y su reacción resulte impredecible —dijo Máximo.

—Sí. Un intento fracasado de asesinato, agigantaría su figura y su imagen de hombre afortunado —añadió el eunuco.

—¿Entonces? —preguntó el emperador.

Máximo trató de elegir bien las palabras que iba a pronunciar.

—Solo tú puedes acabar con su vida.

Se hizo un silencio incómodo y prolongado.

—¿Yo? —dijo finalmente Valentiniano.

—Solo tú tienes el poder indiscutible para hacerlo. Solo de tu mano la acción resultará incuestionada. Es un sacrificio necesario por el bien del Imperio y de su soberano. Solo a ti se te respetará y tu figura se engrandecerá, como el único capaz de hacerlo. Pasarás no solo a ser respetado, sino temido —dijo Petronio Máximo.

—Pero él es un hombre de armas y yo nunca he sido un soldado —dijo el emperador.

—Es solo cuestión de actuar en el momento apropiado, cuando no lo espere. A ti te bastaría con dar el primer golpe. Yo estaría a tu lado y te ayudaría en todo caso —dijo Heraclio, tratando de ser convincente.

—Pero una cosa así no sería bien vista —dijo Valentiniano.

—No te preocupes por eso, yo te garantizo que tendrás el apoyo del Senado —dijo Máximo.

—No debes temer ninguna reacción. Todos sus partidarios tienen que desaparecer con él. De todas formas, es necesario para que puedas gobernar con libertad. Es tu oportunidad para ser libre —añadió Heraclio.

La lámina de bronce pulido, en la que podía verse reflejado de cuerpo entero, había sido un regalo del emperador de Oriente, Marciano, recibido durante su última visita a Constantinopla. Pocos seres en el mundo podían presumir de tener algo parecido y pocos hombres con casi sesenta años tenían el porte y la presencia, que él podía contemplar reflejados, mientras aquel esclavo le ayudaba a vestir una dalmática de seda, tras desechar la idea de ponerse el uniforme de gala, que solo le haría sudar. Acababa de recibir un baño y un masaje que le había relajado por completo. Había cumplido cincuenta y ocho años y se sentía como cuando tenía treinta y cinco. Estaba fuerte y ágil, debido a tener su cuerpo acostumbrado a los rigores de la vida militar. Es cierto que su pelo había encanecido y su barba lo había hecho aún más, pero eso no hacía sino convertirlo en un hombre más interesante y realzar la mirada firme y penetrante de

sus ojos grises.

Flavio Aecio se sentía intrigado por la convocatoria del emperador. Según se le había dicho, debería informar de los asuntos generales sobre la situación actual del Imperio, pero pensaba que no era por eso por lo que le habían hecho venir a Rávena desde Lugdunum, donde una vez más había exterminado a los bagaudas y había renovado el tratado de *foedus* con los visigodos de Teodorico II. Se sentía pletórico. Estaba convencido de que la verdadera razón, por la que se le llamaba a presencia del emperador, era porque seguramente habría decidido por fin hacer público el compromiso matrimonial de su hijo Gaudencio con la princesa Placidia. Esto colmaba sus aspiraciones, porque significaba que su hijo se convertía en el heredero del Imperio y, como padre, su poder no tendría límites.

Si esto era así, carecían de fundamento las advertencias que Marco Lupo Serrato le venía haciendo sobre la mala influencia que suponía el senador Flavio Anicio Petronio Máximo, que se había aliado con el eunuco Heraclio para ponerle en contra a Valentiniano. Marco se preocupaba demasiado. Solía hacerle caso, porque tenía buenos informadores dentro de la corte y le había demostrado su lealtad en toda ocasión, pero el senador se lo debía todo a él y había tenido siempre su apoyo, sin que hubiera motivos para sospechar un cambio. Era cierto que no resultaba nada de fiar, pero no le sorprendía que conspirara, porque lo había hecho siempre que tuvo oportunidad para ello, pues así era por naturaleza. No, no había nada que temer, Marco se preocupaba demasiado. En cuanto a Heraclio, lo consideraba un ser despreciable y cobarde, incapaz de atreverse a organizar o participar en nada que le supusiese estar en peligro.

Prefirió desplazarse a pie hacia el palacio, rodeado de su escolta personal, con objeto de estirar las piernas. A pesar de que la primera mitad del mes de septiembre ya había pasado, hacía calor, cosa que, con la humedad propia de Rávena, se hacía un poco agobiante. Le gustaba estar en contacto con la gente sencilla, con los ciudadanos normales y corrientes. Siempre le había gustado.

De camino fue repasando los temas sobre los que tendría que rendir cuentas. Era cierto que las cosas no iban bien. Las tropas imperiales eran cada vez más escasas y la paga les llegaba con dificultad; con demasiada dificultad a veces. El problema era especialmente grave en el caso de las tropas *limitanei* a las que, en no pocos casos, había dejado de llegar la paga, con lo que los soldados sencillamente desertaban o continuaban en sus puestos sin percibir nada a cambio. Las fronteras estaban en manos de los bárbaros, bien para ser defendidas cumpliendo los compromisos de *foedus* contraídos

con el Imperio o bien para ser atacadas porque se encontraban indefensas. No había dinero, esa era la causa de todos los males. Se había perdido la recaudación de las provincias más prósperas y ricas y aquellas que se encontraban bajo dominio de Rávena habían sido arrasadas recientemente por Atila, dejando un rastro permanente de miseria y hambre del que tardarían años en recuperarse.

La Mauritania y la Numidia occidental apenas contribuían, desde que fueron arrasadas por los vándalos de Genserico; la Tarraconense se encontraba acosada y prácticamente en manos de los suevos de Requiario; en la Galia el control lo ejercían visigodos, alanos, burgundios y francos, con lo que solo se tenía el dominio efectivo del norte y la franja mediterránea. Así que solo se podía contar con eso, con la tributación de Italia y Dalmacia y los tributos comprometidos por Genserico. Era imposible mantener el ejército que se necesitaba.

Pero Aecio, que nunca se daba por vencido, estaba empeñado en llegar a un acuerdo con Constantinopla, que permitiese desplazar un ejército al norte de África para que recuperase Cartago. Solo con eso, ya se dispondrían de recursos suficientes para meter en cintura a los visigodos, asegurar la Galia y recuperar el control efectivo de Hispania, en manos de los suevos.

Sometidos los pueblos que vivían dentro de las fronteras bajo una mano fuerte, se podía dar paso a su integración en el Imperio, lo que garantizaría la paz interior durante generaciones y la prosperidad de la parte occidental. No era esa una política con la que estuvieran de acuerdo las grandes familias senatoriales y los grandes terratenientes que no querían ceder ni un ápice de sus intereses sobre el control de la tierra, pero eso sería cosa de tratar más adelante.

Al final, por más vueltas que se le diera, informar al emperador sobre cuál era la situación consistía en hablar de dinero o, mejor dicho, de la falta de dinero.

A Aecio le llamó la atención la cantidad de guardias de la *scholae palatinae* que había desplegados en el entorno del palacio, pero no le dio mayor importancia. Ya se enteraría del motivo. Su escolta tuvo que quedarse en el cuerpo de guardia. A él, como era costumbre, le acompañó un mayordomo y ambos se dirigieron hacia la sala del sagrado consistorio.

—Espera a ser llamado —dijo el mayordomo al llegar a la puerta del salón.

Aecio quedó sorprendido.

—A mí nunca se me hace esperar —dijo el general.

Y era cierto. Él se movía por palacio con quizás más libertad y decisión que el emperador mismo. Nunca se le había hecho esperar

para verlo. Su primer impulso fue empujar la puerta y entrar, sin considerar la presencia de los dos guardias apostados a ambos lados, pero prefirió no forzar la situación. Lo que estaba ocurriendo tendría una explicación, que seguramente conocería en breve.

—Debes esperar hasta ser llamado —dijo el mayordomo, sin inmutarse y aprovechando para hacer una leve inclinación y retirarse.

Finalmente fue recibido por Valentiniano a solas, acompañado únicamente por el eunuco Heraclio. Le llamó la atención que el emperador luciera un uniforme militar con coraza blanca y adornos de oro. Portaba un *gladius* clásico con empuñadura dorada y engarzada con piedras preciosas. Pretendía parecer cortés, pero Aecio notó que hacía un evidente esfuerzo para disimular su gesto de crispación.

Aecio comenzó a informar de los temas relativos a la situación general del Imperio, tal y como los venía pensando de camino a la audiencia. Valentiniano parecía estar en otra cosa y era evidente que le costaba prestar atención a lo que escuchaba. El general explicaba con detalle las dificultades para incrementar el número de soldados y los problemas que había para pagar regularmente a la tropa.

—Para ser un general victorioso, el panorama que planteas es desolador —dijo Valentiniano.

—No disponemos de recursos suficientes para mantener el ejército que necesitamos —dijo Aecio, a quien no gustó nada el tono irónico que el emperador acababa de utilizar.

—Y yo me pregunto, ¿a qué se debe que estemos en esta situación? —dijo Valentiniano que se puso en pie y comenzó a deambular de un lado a otro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que eres el responsable máximo del ejército desde hace años y que vienes tomando las decisiones más importantes que afectan al gobierno —dijo Valentiniano elevando el tono de voz—. Y, sin embargo, hablas y parece que la responsabilidad de cuanto ocurre es de otros.

—¿Insinúas que el responsable soy yo? —dijo Aecio en un tono airado.

—Dímelo tú. Acabas de decir que para obtener los recursos que necesitamos tendríamos que recuperar algunas de las provincias que en este momento no controlamos. Pero quiero recordarte que te negaste a recuperar Britania, cuando mi madre te lo propuso; que tú fuiste incapaz de evitar que Cartago se perdiera y que no has sido capaz de recuperar Hispania, que se encuentra en este momento en manos de los suevos de Requiario. Has llevado una política favorable siempre a los bárbaros, con los que prefieres pactar, antes que

terminar con ellos. ¿Tengo que recordarte que al comienzo de mi reinado te mantuviste frente a mí, gracias al ejército de hunos que tenías a tus órdenes? ¿Tengo que recordarte que no acabaste con tu amigo Atila, cuando pudiste exterminar a los suyos y lo dejaste escapar? ¿Tengo que recordarte que hace dos años, gracias a esa actuación, el rey huno ha destruido todo el valle del Po?

Valentiniano no hacía sino dar vueltas alrededor de Aecio.

—No pienso consentir que se ponga en duda mi lealtad al Imperio —casi gritó el general.

—¿Para qué quieres casar a tu hijo Gaudencio con mi hija Placidia? —gritó el emperador, fuera de sí.

—Para hacerse con el trono con la ayuda de sus amigos bárbaros —gritó Heraclio.

El general se volvió sorprendido para mirar al eunuco, dejando a Valentiniano detrás de él.

—¡Traidor! —oyó gritar al emperador.

Aecio sintió una súbita punzada en la espalda, un escalofrío que le recorrió de arriba abajo, el inicio de una arcada y frío, mucho frío. En la primera fracción de segundo no supo comprender lo que le estaba ocurriendo y aún le costó entenderlo, cuando vio la hoja ensangrentada de un *gladius* saliendo de su cuerpo entre el pecho y el estómago. La hoja desapareció de su vista y pudo girarse para ver el rostro congestionado del emperador.

—¡Traidor! —volvió a gritar Valentiniano con el rostro contraído y gesto de demente.

Entonces, Aecio sintió una punzada entre sus omóplatos. Era Heraclio ahora el que acababa de apuñalarle. Notó que recibía otro golpe en la espalda y dejó de oír. Su vista quedó perdida en una sombra oscura y su cuerpo se desplomó sobre el frío mármol.

Aecio, el último de los romanos, acababa de morir.

De neutralizar a la guardia del general caído se ocupó el *magister* Ricimero.

Uno de los primeros en caer fue Boecio, el último prefecto del pretorio de Italia, nombrado por Aecio y, antes de que se divulgase la noticia, los principales amigos del general en la corte fueron llamados a palacio por separado y allí asesinados sin darles oportunidad.

Si Valentiniano esperaba ganarse la admiración general con lo que había hecho, lo que se ganó, cuando la noticia fue conocida, fue el aborrecimiento de súbditos, aliados, bárbaros y, sobre todo, de la tropa, que adoraba a su general. Si este patético emperador esperaba haberse ganado el respeto de todos, o incluso ser temido por lo que había hecho, pronto comenzó a percibir solo rechazo desde el primer

momento. En un intento de conseguir la aprobación que ansiaba de uno de sus más cercanos cortesanos, solo obtuvo una respuesta que no podía gustarle.

—No me constan, *sacra maiestas*, motivos ni acto de traición. Lamento decirte que creo que has obrado como alguien que con la mano izquierda se corta su mano derecha —dijo el interpelado por el emperador.

CAPÍTULO XXVIII

Muerte de Valentiniano III

A. D. 455
1208 Ab urbe condita

La persecución de los partidarios de Aecio continuó sin piedad. Todos aquellos a los que él había nombrado fueron ejecutados de inmediato. Durante los meses siguientes fueron asesinados todos los oficiales leales a Aecio que no habían conseguido huir. Pelagia, su viuda, fue separada de su hijo Gaudencio que quedó bajo el control de Petronio Máximo. Pocos dignatarios partidarios del gran general se atrevieron a protestar, pero muchos de ellos habían llegado al convencimiento de que Valentiniano había cometido el mismo error que su tío Honorio, cuando se deshizo de Estilicón, y estaban convencidos de que Occidente pagaría con creces un desatino como el de haber matado a Aecio, pues los enemigos del Imperio eran demasiados.

Valentiniano manifestó su intención de desplazarse a Roma para ganar la voluntad del Senado. En realidad, aunque no quisiera reconocerlo, ni ante él mismo, lo que le urgía era distanciarse del lugar de un crimen cuyo recuerdo le resultaba más y más asfixiante cada día que pasaba. No dormía, había perdido el apetito y se negaba a volver a entrar en la sala del consejo, donde todo había ocurrido.

—*Sacra maiestas*, para ganarse la voluntad del Senado y su total apoyo, permíteme que te recomiende que hagas un gesto magnánimo que atraiga favorablemente la atención de los senadores —dijo Petronio Máximo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó el emperador.

—Dado que tu hija Placidia ha quedado liberada de su posible compromiso matrimonial, quizás sería bueno que se comprometiese con un senador de una de las grandes familias que dominan el Senado. Se lanzaría además el mensaje de que la posibilidad de entroncar con la familia imperial se cierra para cualquier bárbaro que aspirase a ello. Lo que ya ha ocurrido con tu hija mayor Eudocia, que sabemos que conviene mantenga su vínculo con Hunerico, el hijo de Genserico, por

razones de Estado, conviene dejar claro que no va a repetirse, al casar a Placidia con un romano. Estoy convencido de que se calmaría la inquietud de quienes se preocupan por que pudiera ocurrir lo mismo.

—Entiendo que tienes un candidato —dijo Valentiniano.

—Tengo al mejor candidato. Se trata de Flavio Anicio Olibrio. Es hijo de Flavio Anicio Hermogeniano Olibrio, que fue cónsul con tu abuelo Teodosio, y de Anicia Juliana.

—Sé de sobra quién es.

Era una muy buena opción para aplacar a los Anicios que, a pesar del doble juego de Petronio, venían apoyando a Aecio y su política. Esta unión, de producirse, daría al propio Petronio Máximo una mayor influencia, porque Olibrio le debería su suerte a él, además de que este pertenecía también a la muy influyente y rica familia de los Anicios.

Marco Lupo Serrato apenas se demoró lo suficiente para coger algo de comida, que metió en un hatillo, una bolsa con monedas y su capa. Nada dijo, ni de nadie se despidió. Tomó su caballo y salió de Lugdunum por la puerta sur, para alejarse de inmediato de la ciudad y emprender camino hacia Tolosa. Al escuchar algo sobre la noticia que había traído un correo urgente de Rávena, en relación con la muerte de Aecio, al parecer ejecutado por propia mano de Valentiniano, supo que ese mismo correo traería la orden de su detención y ejecución, como estrecho colaborador que era del fallecido general. Así que no perdió tiempo siquiera en aclarar aquella confusa información que le llegaba. Tenía que salvar su vida y poner tierra de por medio. Acababa de colaborar con Aecio en la renovación del *foedus* con los visigodos de Teodorico II, que le había mostrado aprecio. No lo pensó dos veces y decidió dirigirse a su corte para refugiarse y librarse de un aciago destino.

En marzo, Valentiniano ya se había desplazado a Roma, en compañía de toda su corte.

Petronio Máximo no había dejado de agobiar al emperador solicitando cargos para todos sus leales, con idea de ganar cada vez más poder y situar a los suyos en puestos clave. Su propio hijo, Paladio, fue nombrado *comes domesticorum*, jefe de la guardia de palacio. El ambicioso senador había actuado con una agilidad y una inteligencia digna de mejor causa, que iba a servir a sus intereses y a facilitar sus planes inmediatos. Había protegido a dos de los hombres más leales a Aecio y, en un primer momento, los había ocultado, salvándolos así de una muerte segura.

—¿Por qué haces esto por nosotros? —preguntó Optila.

—Eres una de las personas más cercanas a Valentiniano. ¿Por qué te juegas tu posición ayudándonos? —preguntó a su vez Traustila.

—No os equivoquéis, que no os confunda mi posición en la corte. Yo siempre he sido leal al lamentablemente desaparecido general Aecio —mintió Máximo con toda tranquilidad—. Os protejo, porque deseo tanto como vosotros vengar su muerte.

—Nada nos gustaría más —dijo Optila.

—Pero no es nada fácil y a nosotros se nos hace imposible, teniendo que estar ocultos y encerrados bajo tu protección —dijo Traustila.

—Puede hacerse. Confiad en mí —dijo el senador—. De momento, vais a dejar de estar encerrados.

—¿No lo ves peligroso? —preguntó Optila.

—Está todo pensado. Vais a ingresar en la guardia de palacio.

Los dos militares pusieron cara de no poder creer lo que escuchaban.

—No hay ningún problema. Vosotros habéis estado siempre con Aecio, casi continuamente en campaña y alejados de la corte. No se os conoce y, cambiados de aspecto, menos todavía —continuó explicándose Máximo.

—Pero ¿cómo vamos a entrar en la guardia? —preguntó Traustila, escéptico.

—De eso no tenéis que preocuparos. ¿Acaso no es mi hijo el jefe de esta? —dijo Máximo satisfecho de cómo lo tenía todo planeado—. A partir de ahí, será solo cosa de esperar a que surja la oportunidad de materializar nuestra venganza.

La ocasión no tardó en presentarse. Valentiniano, en su nuevo afán por demostrar que él era capaz de llevar a cabo un gobierno efectivo, sin tutela de nadie, trataba de implicarse en cuantos asuntos le llegaban a la corte. Tanto Heraclio como los otros miembros del sagrado consistorio soportaban con paciencia el nuevo capricho del emperador, que no solo no ayudaba, sino que no hacía más que estorbar en la resolución de los asuntos. Lo peor era que él se agobiaba y se encontraba más irascible e imprevisible a cada día que pasaba.

Una fría mañana de marzo, con idea de despejarse y alejarse de una labor que tan pesada se le hacía, decidió desentumecer los músculos, yendo a hacer ejercicio al Campo de Marte. Quería probar un nuevo arco que le había hecho llegar un antiguo aliado de Atila, que ahora quería congraciarse con él. El arco era una verdadera joya de la técnica oriental, por el perfecto uso de la madera, hueso y tendones, rematado con adornos de marfil y acabado con detalles en oro y plata. Quería probarlo.

El arco era la única arma que había aprendido a usar con

verdadera pericia desde niño. Precisamente fue Aecio quien le enseñó a utilizarla y este, a su vez, fue instruido en el dominio de su técnica por el propio Atila, cuando siendo muy joven el general fue rehén de los hunos.

La comitiva salió de palacio precedida de jinetes que lucían sus túnicas blancas, propias de la guardia imperial. Junto al emperador montaba Heraclio, como su consejero de mayor confianza, y Paladio, como jefe de la guardia, junto con otro oficial. Justamente detrás del caballo de Valentiniano trotaban el ducenario Optila y el centenario Traustila, seguidos por una *turma* de jinetes.

Al llegar a la zona de entrenamiento, en el Campo de Marte, muy cerca de la ribera del Tíber, la comitiva desmontó. Los guardias formaron y unos esclavos situaron los blancos especialmente preparados para el emperador.

Valentiniano se deshizo del manto que le envolvía, mientras Heraclio se situaba a un lado por detrás y un servidor sostenía el carcaj con las flechas. Con gran habilidad, flexionó la madera para encordar el arco.

En ese momento sintió un golpe duro, seco, en la cabeza que le provocó confusión y mareo. Escuchó un grito agudo de Heraclio como de alguien que no puede controlarse. Instintivamente, se llevó la mano a la cabeza y asombrado vio, sin todavía comprender nada, que estaba llena de sangre. En ese momento Optila descargó un nuevo golpe con la espada que seccionó la carne del emperador verticalmente entre el cuello y el hombro. Valentiniano emitió un gruñido sordo y cayó a plomo desmadejado en el suelo, convulsionándose, mientras formaba un inmenso charco de sangre. Allí Optila le atravesó el corazón con un golpe certero, muriendo al fin.

Heraclio, presa de un ataque de nervios, comenzó a chillar como un demente, con gritos histéricos y gestos descontrolados, hasta que Traustila, sujetándole la cabeza, lo degolló de un solo tajo.

Todo sucedió de forma muy rápida y ningún miembro de la guardia movió un músculo para defender a su emperador, al que todos despreciaban y odiaban por haber asesinado a su adorado general Aecio.

Flavio Placidio Valentiniano yacía inerte con los ojos muy abiertos y gesto de estupor. Las dinastías de Teodosio y la Valentiniana, que en él confluían, ya no volverían a reinar en el Imperio.

Paladio se acercó para recoger las insignias imperiales, con idea de entregarlas a su padre, el senador Petronio Máximo.

—Largaos de aquí cuanto antes y poneos a salvo —dijo a Optila y Traustila.

Flavio Anicio Petronio Máximo había dado el golpe perfecto. Nadie podía relacionarlo con los acontecimientos que habían venido allanándole el camino al poder. Los únicos que sabían que él había sido el inductor de la muerte de Aecio, tanto Valentiniano, como Heraclio, yacían desangrados en el Campo de Marte, y estos habían caído víctimas de un acto de venganza protagonizado por dos de los leales más cercanos al general asesinado por el soberano.

Al día siguiente, el Senado lo proclamó como nuevo emperador. Al fin y al cabo, era el romano con mayores honores recibidos fuera de la familia imperial. Perteneciente a la poderosísima y muy rica familia de los Anicios, tenía cincuenta y nueve años, había desarrollado su carrera como senador desde tiempos del emperador Honorio y fue primero *praetor*, luego *tribunus et notarius*, lo que le hizo ingresar en la burocracia imperial y acceder más tarde al puesto de *comes sacrarum larguitionum*, es decir, máximo responsable de las finanzas del Imperio. Después fue *praefectus urbis* de Roma, durante catorce años, y doce años atrás, cónsul por primera vez, prefecto del pretorio de Italia y cónsul por segunda vez. Hasta que a Aecio se le concedió excepcionalmente su tercer consulado, cosa reservada hasta entonces al emperador, cuando obtuvo el título de patricio, Petronio Máximo era el romano de mayor rango en el Imperio, después del soberano. No había nadie con mayores títulos para acceder al trono en aquellas circunstancias.

Su hijo había sobornado con largueza a la guardia imperial, que tenía bajos sus órdenes, y a los principales miembros del ejército se le hicieron regalos consistentes en grandes cantidades de oro, que aceptaron muchos de ellos felices de librarse de un inútil como era Valentiniano III.

Sin pérdida de tiempo, nombró a su hijo Paladio como césar y a Eparquio Avito, que era cuñado por su anterior matrimonio, como *magister militum* para las Galias y lo envió a Tolosa, con intención de ganarse el apoyo de los visigodos de Teodorico II y la paz con ellos, pues de sobra conocía la fuerte relación que unía a Avito con el rey y sus hermanos.

Pasados los funerales por el emperador asesinado, el nuevo soberano visitó a la viuda de Valentiniano.

—Permíteme, augusta, que te manifieste una vez más mis condolencias.

Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II, nieta de Arcadio y biznieta de Teodosio el Grande, jamás sintió ni tan siquiera afecto por el que había sido su marido, al que había dado solo dos hijas y ningún hijo varón, más que nada por la desidia del soberano y la falta de interés

de Valentiniano en un sexo que prefería ejercer con chicos jóvenes y eunucos, antes que con ella. El amor jamás había formado parte de su matrimonio, cosa que le afectaba poco, pues como princesa perteneciente a la familia imperial sabía desde pequeña que su destino estaba vinculado al de los intereses dinásticos de la familia. En ese momento, más que dolor por la pérdida de su esposo, lo que sentía era preocupación por cuál sería su destino y el de sus hijas, Eudocia y Placidia, en un futuro inmediato.

—Te agradezco tu muestra de condolencias —dijo la augusta.

—Quiero decirte que, tanto tú, como tus hijas, gozáis de mi completa protección y que de nada tenéis que preocuparos —dijo Máximo.

—Gracias por tu generosidad —replicó ella.

—Comprendo que este trágico momento quizás no sea el más adecuado, pero quiero decirte que una circunstancia como la que estamos viviendo debe resolverse con celeridad y determinación, de manera que la situación quede estabilizada cuanto antes —dijo Máximo, desplegando un tono tan persuasivo como era capaz de aparentar.

—Estoy de acuerdo y creo que es lo que te corresponde hacer como nuevo soberano.

—Me alegra escuchar esas palabras, porque lo que he decidido te concierne.

—Te escucho —dijo Eudoxia intrigada.

—Quiero que conserves tu posición como emperatriz, para lo que te pido que seas mi esposa.

La augusta había dado su apoyo para suceder a Valentiniano al *comes* Mayoriano, al que la mayor parte del ejército consideraba como la mejor opción. No lo había logrado.

Licinia Eudoxia tuvo que hacer un esfuerzo para contener cualquier gesto que pudiera dar a conocer lo que sentía. Conocía bien a Petronio Máximo. Lo conocía lo suficiente para saber que no le gustaba y que no podía confiar en él. Sabía que era extremadamente ambicioso y manipulador. Nada podía achacarle, pero su intuición le decía que no podía asumir como normal la forma en que todos los obstáculos que se interponían entre el senador y el poder, empezando por Aecio, hubiesen ido desapareciendo. No. Ella sabía que en la corte las casualidades nunca se daban sin que el crimen estuviera presente de una forma u otra. No podía saber hasta qué punto quien le hablaba estaba implicado, pero su instinto le llevaba a sospechar que era el organizador de cuanto había ocurrido. En ese momento, sintió una honda repugnancia ante la posibilidad de tomar el papel de ser una

cómplice, una comparsa en el camino de ambición de aquel personaje.

Licinia Eudoxia tenía en ese momento treinta y dos años. Era poco probable que volviese a quedar embarazada, pero no resultaba imposible y la sola idea de darle un hijo a aquel ser le resultó insoportablemente nauseabundo.

—¿Es eso lo que quieres de mí? —preguntó la augusta, solo para ganar tiempo.

—Te pido que seas mi esposa y te pido que autorices el matrimonio de tu hija Eudocia con mi hijo Paladio —dijo Máximo.

—Pero, Eudocia está prometida a Hunerico.

—El Imperio necesita estabilidad y nada daría mayor seguridad a todos que ver que tanto tú como tus dos hijas están casadas con romanos, ganándonos el apoyo de la mayoría que es contraria a la política probarbárica que se ha seguido hasta ahora. Además, queda resuelto el asunto de la sucesión, lo que nos dará una mayor estabilidad.

—Veo que has pensado en todo —dijo la augusta.

—Es mi deber y, si quieres, a partir de ahora, es nuestro deber —dijo Máximo, tratando de halagarla.

Licinia Eudoxia vio perfectamente que lo que el nuevo emperador pretendía era obtener para sí la legitimidad de la dinastía teodosiana, depositada en ella, y la legitimidad tanto de la dinastía valentiniana como teodosiana que portaban sus hijas. Con ello, aseguraría el reconocimiento para él y su hijo por parte de la corte de Constantinopla.

Lo que hizo la augusta fue informar a su tía Pulqueria, casada con Marciano, el emperador de Oriente, pero sin demasiada esperanza de recibir ayuda inmediata, pues sabía que se pensarían mucho iniciar una guerra civil, que no conseguiría otra cosa que debilitar a ambas partes del Imperio, en beneficio de sus muchos enemigos comunes. Así que también escribió a Genserico, al que podía considerar su consuegro, para pedirle ayuda, informándole que Petronio pretendía romper el compromiso entre Eudocia y Hunerico para casarla con Paladio.

La carta de Licinia Eudoxia no cogió de nuevas a Genserico, porque su hijo, que residía en Roma, como garante del tratado en vigor, ya le había informado detalladamente de cuanto estaba ocurriendo y de las intenciones del nuevo emperador.

Una vez más, su instinto no le había fallado. Haberse anticipado a los acontecimientos y haber puesto sus astilleros a pleno rendimiento, construyendo naves a toda velocidad, había resultado muy costoso, pero ahora se encontraba con que podía disponer de una potente flota,

suficiente como para desplazar el numeroso ejército que necesitaba para tomar Roma. No solo acudía respondiendo a la llamada de Eudoxia, sino para defender los derechos de su hijo a contraer matrimonio con Eudocia, rescatarlo una vez más, y para liberarse definitivamente de cualquier compromiso con el Imperio. Los gastos realizados, todo el coste de la expedición, los pagaría la propia antigua capital con sus tesoros.

Lo primero que hizo fue declarar ilegal al nuevo gobierno e ilegítimo al nuevo emperador y, en primavera, cuando en mayo la mar se abrió a la navegación, partió del norte de África con treinta mil guerreros, al frente de una potentísima flota de más de trescientos barcos con destino a Ostia.

CAPÍTULO IXXX

Genserico saquea Roma

A. D. 455
1208 Ab urbe condita

La mera noticia de que los vándalos navegaban con destino a Roma produjo el caos en la ciudad. Las grandes familias senatoriales, los grandes comerciantes y cuantos poseían considerables riquezas cargaron todo lo que de valor pudieron transportar y abandonaron la urbe, buscando situarse en los lugares más extremos de la península. La antigua capital del Imperio tenía entonces medio millón de habitantes. Era la mitad de lo que llegó a tener en su mayor momento de esplendor. Comenzó a despoblarse, porque todo el que podía la abandonaba para refugiarse en el campo y, a ser posible, en los lugares más lejanos a donde pudieran dirigirse.

Genserico, con los primeros diez mil efectivos desembarcados, se desplazó hacia Roma siguiendo la vía Portuensis.

Era el último día del mes de mayo.

—*Pater*, la ciudad es un caos. Ha desaparecido todo vestigio de autoridad. Quienes tendrían que ejercerla han huido y no veo que haya forma de organizar una defensa que pueda servir para detener siquiera temporalmente a Genserico —dijo Paladio a su padre el emperador—. Por tu seguridad y la de todos nosotros, debemos abandonar la ciudad cuanto antes. No tengo forma de impedir que las turbas enloquecidas invadan el palacio, si a algún loco se le ocurriese tomarlo.

Petronio Máximo estaba como paralizado. Solo dos meses llevaba siendo emperador y ni en sus peores pesadillas podía imaginar que pudiera verse en aquella situación, después de tantos años luchando y urdiendo para llegar al trono.

—Debes tomar una decisión, *pater* —dijo Paladio, sacando al fin al soberano de su ensimismamiento.

—Está bien, prepáralo todo. Nos vamos.

Paladio tardó el tiempo mínimo en preparar el transporte para su

padre y para Licinia Eudoxia, que ahora era la esposa del nuevo emperador, y para las hijas de esta, Eudocia, que, según los planes del soberano, se había convertido en su mujer, y Placidia, casada con Olibrio que se encontraba en Constantinopla. Por poco que quisieran llevar consigo, la comitiva imperial resultaba siempre de una dimensión poco adecuada para poder circular con agilidad por las calles de Roma, abarrotadas de gente queriendo huir de ella, mucho más cuando algunos de los carros iban cargados con el oro que pudieron llevarse, con lo que eran lentos y difíciles de manejar.

El emperador iba en un carro de viaje y la augusta y sus hijas en otro. Paladio, a caballo, se acercó al que ocupaba su padre.

—¿Vas bien? —preguntó.

—No me fío de la guardia que nos protege —dijo Máximo gritando para hacerse entender por encima del tumulto que les rodeaba.

Tenía mucha razón en desconfiar, porque la guardia estaba aún formada por soldados leales a Aecio, y era consciente de que cada vez era más fuerte el rumor que le acusaba a él de haber sido el causante último de su asesinato.

Al acercarse a la puerta de la muralla por la que pensaban escapar, una multitud despavorida, queriendo también huir, formaba un tapón imposible de superar. Los sirvientes de los grandes señores, que también querían alcanzar la puerta, golpeaban a la gente con bastones y látigos para abrirse paso. Había grupos que se peleaban entre sí y ladrones que aprovechaban para quedarse con lo que podían entre tanta confusión. Carros y mercancías hacían imposible el movimiento. Los hombres empujaban, daban codazos por avanzar, o se golpeaban entre sí. Si alguien caía desfallecido, era pisoteado sin piedad. Mientras, sus mujeres aterradas, con niños en brazos, lloraban, como sus otros hijos pequeños, agarrados a sus ropas, que lo hacían sin consuelo, asustados ante aquello que no entendían si es que no se perdían engullidos entre el gentío. Algunos intentaban darse la vuelta para encontrar otra salida, lo que no hacía sino aumentar aquel caótico desorden, en el que la vida de todos peligraba.

Los vándalos todavía no habían entrado en la ciudad y ya se veían columnas de humo, que ponían de manifiesto que el pillaje había comenzado por parte de bandas criminales de quienes no eran bárbaros, pero que estaban aprovechándose de la situación.

—¡Decurión! —gritó una y otra vez Petronio Máximo hasta que consiguió hacerse oír.

—A tus órdenes, *sacra maiestas* —dijo el jinete que se aproximó al carro de viaje del emperador con dificultad.

—Ábrenos paso como sea o pereceremos en este tumulto.

El decurión de la guardia imperial comenzó a hacer hueco entre la gente empujándola con el caballo.

—¡Abrid paso al emperador! —gritaba, indicando a los otros jinetes que también apartaran al gentío.

La guardia comenzó a repartir bastonazos entre todos los que no se apartaban. Les daba igual que no pudieran materialmente dejar sitio y les daba igual que fuesen hombres, mujeres, ancianos o niños.

—¡Abrid paso al emperador! —seguían gritando los miembros de la guardia.

Quienes comenzaron a recibir golpes y aquellos que se encontraban cerca y eran testigos de tan cruel trato comenzaron a irritarse y a protestar ostensiblemente. Algunos trataban de agarrar los bastones de la guardia, mientras que otros más osados intentaron derribar a alguno de su montura.

—¡El emperador huye como un cobarde! —comenzó a gritar la gente.

—¡El que debía defendernos abandona Roma como una rata! —se escuchó.

—¡Fuera, fuera! —gritaron otros.

La muchedumbre comenzó a atacar a los guardias, haciendo caer a algunos de su montura, para lincharlos en el suelo.

Alguien lanzó una piedra que fue a dar a Petronio Máximo en la cabeza, haciéndole perder la conciencia durante unos instantes, a la vez que surgía de la herida un reguero de sangre que comenzó a empapar sus ropas. La muchedumbre enloquecida sacó al emperador del carro y fue linchado a base de golpes, patadas, puñetazos y mordiscos, que recibió hasta morir, lo mismo que Paladio que intentó socorrer a su padre.

—¡Saquemos de aquí a la augusta y a las princesas! —dijo el decurión en un momento de lucidez, consiguiendo regresar con ellas al palacio imperial, seguramente ilesas por el cariño y el respeto que todavía el pueblo de Roma sentía por ellas.

Los cuerpos, tanto de Petronio Máximo, como de su hijo Paladio, fueron arrastrados por las calles de la ciudad y arrojados al Tíber.

Muerto el emperador y huidos los miembros de la corte, la única autoridad que quedaba en Roma era la del papa. Solo quedaba León, una vez más puesto entre un bárbaro, que pretendía saquear Roma, y la ciudad. Quienes le rodeaban le suplicaron que repitiera la proeza lograda con Atila. Estaban convencidos de que sus buenos oficios, como reconocido negociador que había demostrado ser, habían logrado en aquella ocasión que los hunos no saquearan Roma.

El pontífice era un hombre de reconocido coraje y se prestó a

intentarlo esta vez con el rey de los vándalos. Salió de la ciudad, en busca de Genserico, con un séquito muy similar al que le había acompañado para negociar con el rey huno, hacía solo tres años. Informado el rey vándalo, envió un contingente para que custodiara al papa y sus acompañantes. No quería, a pesar de ser él arriano, que un mal encuentro con alguno de sus hombres pusiera en riesgo la integridad de un prelado al que sabía se le tenía por hombre santo.

Llegado a una distancia suficientemente alejada de Roma, León decidió esperar al borde del camino, pues antes o después Genserico tenía que pasar por allí. Parecía inacabable el desfile de guerreros vándalos que habían llegado de África. Eran miles los que se dirigían a la antigua capital del Imperio. Él sabía que Roma no disponía de una fuerza militar que pudiera enfrentarse a aquellas tropas. Esperó un tiempo que se le hizo eterno, durante el que estuvo contemplando la riada interminable de guerreros que se dirigían a la urbe. Un jinete, uno de tantos, pues no llevaba distintivo alguno ni vestía de forma especial que lo diferenciara del resto, se apartó del grupo con el que cabalgaba y, llevando su montura al paso se acercó, descabalgó y se dirigió hacia donde se encontraba el papa, que sí que era plenamente identificable por su vestimenta y por el séquito que le acompañaba.

León supo que se trataba de Genserico, por la edad que aparentaba, cercana a los setenta años, su larga cabellera, barba encanecida y su porte regio, a pesar de la evidente cojera con que andaba.

—¿Eres el papa León?

—Lo soy. Y tú debes ser el gran rey Genserico.

Al soberano vándalo le gustó el tono deferente y respetuoso con el que el prelado se le había dirigido. Le había mirado a los ojos. Nadie se atrevía a mirarle directamente a los ojos. Sin embargo, la mirada de este hombre no le molestó, porque le pareció una mirada limpia y clara, llena de determinación y coraje, a la vez que humilde y cálida.

—Me han dicho que tienes algo que pedir —dijo Genserico.

—Vengo a suplicar tu atención —dijo el papa.

—Bien, apartémonos de aquí —dijo el rey, señalando una zona llana, algo apartada del camino, bajo una pequeña arboleda.

Ambos se separaron de la vía y se alejaron del tumultuoso bullicio del ejército transitando por ella. Anduvieron hacia el lugar con paso lento, como si no tuvieran nada más que hacer ese día. Enseguida un numeroso grupo de servidores extendieron en la arboleda varias alfombras y situaron dos sillones de tijera y una mesa, también plegable, en la que, parecía que, por arte de magia, surgieron de repente unas copas, una jarra de plata con vino y algunas cosas de

comer para acompañar. También montaron un entoldado para que el sol que se filtraba a través de las hojas de los árboles no les molestara.

—Supongo que estarás sediento.

—Eres muy amable —respondió el papa.

Un sirviente escanció vino en las copas y ambos bebieron con gusto.

—Te escucho. ¿Qué quieres pedirme?

El papa guardó un momento de silencio tratando de elegir bien las palabras que iba a pronunciar.

—Parece inevitable que tomes la ciudad.

—Así es. Nadie podrá evitarlo.

—¿Has pensado en la maldición que pesa sobre todo el que se atreve a entrar en Roma con una fuerza armada? —dijo León—. Piensa en Alarico, que apenas sobrevivió unos días al saqueo, o en Atila, que finalmente no se atrevió a entrar en ella.

—Me parece mentira que tú me estés diciendo esto. Yo soy arriano, pero tan cristiano como tú. ¿Quieres hacerme creer que el obispo de Roma apela a la superstición para convencerme de que no tome la ciudad? —dijo Genserico con cierta sorna.

—Discúlpame. Veo que eres un hombre inteligente —dijo el papa.

—Además, soy un hombre viejo que no teme a la muerte. Voy a tomar Roma.

—Entiendo. Veo que no te puedo convencer de otra cosa. Permíteme entonces que te suplique que no la destruyas.

Genserico se le quedó mirando fijamente a los ojos, vació su copa de un trago y extendió el brazo para que un sirviente la llenara de nuevo.

—¿Qué me propones? —dijo al fin.

—Te suplico que no mates a nadie. Te ruego que evites la muerte inútil de inocentes y que impidas que se mancille la virtud de las mujeres. Toma cuanto quieras, pero respeta la vida de cuantos vivimos en Roma.

Genserico echó su cuerpo hacia atrás, apoyándose en el respaldo del sillón y quedó en silencio, meditando.

—Voy a concederte lo que pides, pero todos los habitantes de Roma se situarán en la puerta de su casa con todo, absolutamente todo lo que tengan de valor, expuesto y a disposición de lo que mis hombres quieran coger. Si alguien trata de ocultar cualquier cosa de valor, será ejecutado. Respetaré los lugares sagrados y no incendiaré la ciudad.

En realidad, lo que no dijo Genserico al papa es que ya tenía decidido que fuese así. Su hijo Hunerico, como futuro marido de

Eudocia, y, por tanto, miembro de la familia imperial, era beneficiario de aquella grandeza que Roma representaba a través de sus magníficas construcciones. No, no sería él quien la destruyera. Tampoco le convenía llevar a cabo una masacre que convirtiera a Hunerico en el hijo de un asesino en masa, a los ojos de los romanos. No le interesaba que fuese un personaje odiado por el pueblo. Como nadie era conocedor de aquella decisión tomada por Genserico, el papa León I se llevó el mérito de haber salvado a Roma de su destrucción, una vez más, frente a un rey bárbaro.

Dos días después de la muerte de Petronio Máximo, en las calendas de junio, los vándalos estaban a las puertas de la ciudad. Durante catorce días, permanecieron en Roma saqueándola. El expolio fue mucho mayor que el de Alarico, que tan solo estuvo en la ciudad tres días. Muy pocos se resistieron, porque quien lo hizo lo pagó con la vida. Fue un saqueo total y sistemático. No había carros suficientes para transportar tantos objetos de valor, muebles de lujo, enseres, vestimentas, monedas, oro, joyas, obras de arte y cuanto pudiera valer algo, llamar la atención o ser apreciado. Las liburnas que acompañaban a la flota no hacían sino remontar y bajar el Tíber cargadas hasta los topes y los carros abarrotaban el camino transportando el botín por tierra hasta el puerto de Ostia para ser embarcado.

Las cecas dedicadas a la acuñación de monedas se vaciaron, se arrancaron todos los adornos de oro y plata de los monumentos del foro y de los palacios imperiales, así como de los templos e iglesias, de donde arramblaron con todos los objetos dedicados al culto, llevándose incluso las vestiduras sagradas. Lo que quedaba del tesoro del templo de Salomón traído por Tito, de Jerusalén, y que Alarico no se había llevado en su momento, también fue embarcado para África. En cuanto a los particulares se procuró no dejarles nada que valiera la pena. Incluso se desmontó la techumbre del templo de Júpiter Optimus Máximus, embarcando las tejas de bronce, que en un principio creyeron que eran de oro. Tan cargado iba el barco que las transportaba que fue el único que naufragó de regreso a Cartago.

Cientos de personas, senadores, comerciantes y ciudadanos ricos, por los que se pediría rescate, fueron hechos prisioneros y enviados a los barcos.

Finalmente, Genserico se llevó con él a la augusta Licinia Eudoxia, a las princesas Eudocia y Placidia y a Gaudencio, el hijo de Aecio, que milagrosamente aún se encontraba vivo.

El rey vándalo pudo comprobar con esta expedición hasta qué punto el ejército imperial había sido incapaz de reaccionar y oponer

una mínima resistencia o intentar defender el territorio. Audaz como siempre y ágil a la hora de aprovechar oportunidades, con un ejército embarcado y una flota organizada, no quería volver a Cartago sin más, así que envió a su comandante Taras a recuperar Sicilia, desde la que podría vigilar y controlar estrechamente las costas de Italia. La idea era desembarcar en Lylibaeum o en Agrigentum y no asediar o tomar las ciudades, sino dominar el territorio y controlar el campo para alimentar a los soldados, hasta poder enviarle nuevos refuerzos desde África para hacerse definitivamente con el control de la isla. A Widerico le ordenó que se ocupase de Corsica y Sardinia, desde donde podría bloquear el norte de la península. Renunció a lograr ningún otro objetivo en territorio romano, porque, si los visigodos decidían marchar a su encuentro, pondrían en peligro el botín conseguido y él tendría problemas de abastecimiento para mantenerse sobre el terreno. Además, Genserico pensaba extender su dominio, haciéndose con la posesión de Tripolitania, Numidia y Mauritania. Ahora el poder lo tendría él, porque podría imponer su voluntad a Marciano y a quien quiera que nombrasen emperador de Occidente. Siete días tardaron en embarcar todas las riquezas expoliadas en el saqueo de Roma.

Los principales comandantes del ejército romano pudieron hacer poco para oponerse a los vándalos. Avito se encontraba en Tolosa. El *comes* Ricimero, uno de los seguidores de Aecio que se habían salvado de la persecución de Valentiniano, a la muerte del general, había sido enviado por Petronio Máximo a las fronteras del norte para reclutar *foederati*, y Mayoriano, recientemente nombrado *comes domesticorum*, en sustitución de Paladio, al acceder este al rango de césar, se encontraba en el sur para reclutar nuevos soldados destinados a la guardia de palacio, pues el nuevo emperador no se fiaba de los que tenía, dado que todos habían sido muy leales y partidarios de Aecio.

Ricimero volvió sin demora al valle del Po, situándose en Mediolanum, a la espera de acontecimientos.

Las noticias de lo ocurrido en Roma, la muerte de Petronio Máximo y el saqueo de la ciudad no tardaron en recibirse en Tolosa.

—Es el caos —dijo Avito al enterarse—. El emperador linchado por las turbas, Roma saqueada por Genserico, la familia imperial secuestrada. El rey vándalo dominando la situación en el mar y su hijo casado con la princesa Placidia, cuyo hijo heredará la legitimidad de la dinastía en la descendencia de un vándalo.

—Matar a Aecio no podía traer más que consecuencias trágicas —dijo Marco Lupo Serrato, que había encontrado la protección que buscaba en la corte de Teodorico y el rey lo había convertido en uno de sus consejeros.

—No hay información de que se le haya opuesto a Genserico ninguna fuerza armada, ni ninguna resistencia. ¿Dónde está el ejército de Roma? —preguntó el rey visigodo.

—Es evidente que, después de la purga realizada por Valentiniano de los seguidores de Aecio, que eran muchos, tras su asesinato, se ha producido una enorme confusión entre la tropa, falta de mandos y con deserciones. A Petronio Máximo, que no era militar, no le ha dado tiempo a recomponer las tropas —dijo Marco Lupo.

—Pero, entonces, en este momento ¿quién tiene el poder? ¿Quién va a ser el nuevo emperador? —preguntó Teodorico.

Marco Lupo y Avito se miraron sin saber qué responder.

—Parece que no hay ningún militar con suficiente poder como para proclamarse emperador —continuó el rey visigodo—. Y, según parece, el único ejército que queda en Occidente digno de tal nombre es el mío.

—Así es —dijo Avito.

—¿Te das cuenta de que quien ha quedado con toda la iniciativa política es Genserico? Solo él está en situación de imponer su voluntad, porque el mar, el comercio y los suministros dependen de lo que le convenga decidir. Y eso sin contar con que tiene en sus manos a la familia imperial —Teodorico hizo una pausa y quedó pensativo—. No voy a permitir que sea Genserico quien decida en Roma.

El odio de la familia real visigoda hacia el rey vándalo era mortal, porque no podían perdonar la humillación que se había infligido a una de sus hermanas, que, casada con Hunerico, fue repudiada y devuelta a su familia con la nariz y las orejas cortadas. Era una ofensa que no podía olvidarse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lupo.

—Que, si ningún militar está en condiciones de reclamar para sí el trono, porque no cuenta con una fuerza suficiente, y el único ejército capaz de imponerse es el mío, no veo mejor solución que tú, Eparquio Avito, seas proclamado emperador con mi apoyo —dijo Teodorico.

—Pero ¿qué dices? —replicó el afectado.

—Piénsalo bien, porque de tu decisión depende que ratifique el tratado con Roma y que le preste el auxilio militar que en él se contempla. Solo estaré de acuerdo si tú eres el nuevo emperador.

Avito era un destacado miembro de una familia perteneciente a la aristocracia galorromana con tradición de sentar a sus miembros en el Senado de Roma. Había sido *magister militum* con Flavio Aecio y fue nombrado patricio por el emperador Constancio III, marido de Elia Gala Placidia y padre de Valentiniano III. Había participado en campañas contra los jutungos y los burgundios. En Auvernia había

desempeñado importantes cargos en la administración imperial. Había rechazado una incursión de los hunos y obligado a Teodorico I a retirarse de Narbona, ciudad que había sitiado. Como *magister militum* de las Galias había renovado el tratado de amistad con los visigodos. Cuando la invasión de Atila, había convencido al rey Teodorico de que se uniera al ejército romano, lo que había contribuido decisivamente a la derrota del rey huno.

—Piénsalo bien. No hay una mejor forma de resolver esta situación —dijo el rey—. Tú eres como de nuestra familia y Roma necesita mi ejército. Ni tú vas a tener a nadie mejor en quién confiar, ni los visigodos vamos a estar más protegidos que con un emperador que podamos considerar como nuestro. Que tú seas proclamado emperador en estas condiciones es una garantía de paz entre nosotros y de orden para Roma, a la que vamos a defender del peligro que suponen los vándalos, que también son enemigos nuestros.

—Pero tú no puedes proclamar a un emperador romano —dijo Lupo.

—Lo sé. Yo no puedo, pero los senadores galorromanos de Arelate sí y, si aceptas, solo queda convocarlos. Estoy convencido de que no habrá problema, porque a ellos también les conviene.

Como la proclamación de un emperador efectivamente no podía ser un asunto de los visigodos, tanto Avito como Teodorico II se desplazaron a Arelate para que fueran los miembros de las grandes familias romanas de la Galia las que lo proclamaran.

El 9 de julio, la nobleza galorromana reunida le dio su apoyo. Fue proclamado como nuevo emperador con el nombre de Domine Noster Eparchius Avitus Augustus. Esperó en la ciudad hasta recibir el reconocimiento del Senado, que lo hizo sin mucho entusiasmo, guiado más por la gravedad del momento y no teniendo una alternativa clara. Pasó los siguientes tres meses en la Galia consolidando su poder.

Finalmente, al frente de un ejército visigodo, como federados del Imperio, se dirigió a Rávena, donde se había ubicado el *comes* Ricimero. Al saberlo, dudó si sería prudente hacerlo, pero decidió que no podía mostrarse como pusilánime al comienzo de su reinado, ni parecer que dudara de sí mismo y de su poder, así que continuó camino hacia la capital imperial. Cuando llegó a Rávena, supo que también estaba en ella el *comes* Mayoriano, que había asumido el control de los ejércitos en el sur de Italia y ocupado Roma, una vez que fue abandonada por los vándalos.

Ambos jefes militares eran los únicos que podían presentar una oposición seria al nuevo emperador, pero, cuando la avanzadilla con los heraldos de Avito llegó a las puertas de Rávena, estas se abrieron,

siendo recibida con los honores que correspondían al caso. El nuevo emperador, que llegaba acompañado del general visigodo Remisto, que mandaba la tropa que acompañaba a Avito, y de Marco Lupo Serrato, como consejero, fue recibido por Ricimero y Mayoriano.

Ricimero era sin duda el hombre más poderoso del Imperio romano de Occidente. No podía disputarle el trono a Avito, porque era de origen bárbaro y arriano, pero había hecho toda su carrera en el ejército romano al servicio de los últimos emperadores. Estaba plenamente integrado. De unos cincuenta años era de estirpe regia. Hijo de Requila, rey de los suevos, hermano de Requiario, el heredero al trono y actual monarca, era también nieto de Walia, rey visigodo, hermano de Ataúlfo. Había pasado su juventud en la corte de Valentiniano III y destacó luchando a las órdenes de Aecio.

Flavio Julio Valerio Mayoriano era romano de nacimiento, bastante más joven que Ricimero, ya que tenía treinta y cinco años. Pertenecía a una ilustre familia de militares. Su abuelo había sido *magister militum* bajo el reinado de Teodosio I y comandante en jefe de las tropas estacionadas en Iliria. Mayoriano había desarrollado su carrera en el ejército como uno de los oficiales de confianza de Aecio. Había estado tan bien considerado por Valentiniano III, que en algún momento pensó en casarlo con su hija Placidia, lo que no se llevó a cabo porque el gran general impuso a su hijo Gaudencio. Aquella intriga lo expulsó de la corte, a la que solo pudo volver tras el asesinato del emperador. A la muerte de Valentiniano, tuvo el apoyo de su viuda y de Ricimero para ser el nuevo soberano, pero Petronio Máximo supo hacerse antes con el poder y este para ganarse la lealtad de Mayoriano lo nombró *comes domesticorum*.

—Quiero expresaros el agrado que me ha producido conocer el esfuerzo que habéis hecho para controlar la situación, en unos momentos tan confusos y delicados como los que hemos vivido —dijo Avito dirigiéndose a Ricimero y Mayoriano en el Aula regia.

Ambos se llevaron la mano al pecho e hicieron una leve inclinación, agradeciendo esas palabras de reconocimiento.

—Las tropas que habéis reunido en el norte, *comes* Ricimero, nos van a resultar necesarias muy pronto —dijo el emperador—. Y tú labor, Flavio Julio Mayoriano, reuniendo los soldados dispersos en el sur y tomando Roma para restaurar el orden, la considero muy meritoria. ¿Qué noticias tenéis de los vándalos? —concluyó.

—Genserico se ha retirado de Roma y de la península, pero lo que no abandona es su intención de dominarnos —dijo Ricimero—. Tiene bloqueado por mar el puerto de Ostia, con lo que el abastecimiento de la urbe resulta tremendamente difícil. Ha ocupado Portus Syracusanus

y Aleria, en la isla de Córcega. Sabemos también que ha desembarcado en Agrigentum, en Sicilia. Es evidente que quiere controlar la navegación en el Mediterráneo para someternos.

—No lo voy a permitir —dijo el emperador—. *Comes* Ricimero, te nombro *magister militum* de los ejércitos de Occidente y te encomiendo que prepares una flota con un ejército suficiente para desalojar a los vándalos de las islas y expulsar a su flota, de manera que podamos restablecer el tráfico marítimo.

Ricimero volvió a hacer una leve inclinación como muestra de agradecimiento, pero no se le pasaba por alto que el título y el rango recibido no llevaba consigo el mando militar supremo de todas las tropas, dado que el único ejército en todo Occidente al que podía dársele ese nombre con propiedad era el de los visigodos, que se encontraban a las órdenes del general Remisto, que ya se sabía que los dirigiría desde la capital de Rávena.

—En cuanto a ti —el emperador se dirigió ahora a Mayoriano—, te confirmo como *comes domesticorum*. Quiero que me acompañes a Roma para mi proclamación formal como *imperator* por el Senado y después te dirigirás a Nápoles, donde prepararás un ejército para desalojar a Genserico de Sicilia.

—Haré lo que me ordenes, *sacra maiestas*, pero habiéndome confirmado como jefe de la guardia imperial, ¿no debería ocuparme de tu seguridad?

—La *scholae palatinae*, bajo tu mando, considero que debe formar parte de la fuerza que tome Sicilia. Son tropas de élite y andamos escasos de buenos soldados en nuestro ejército regular. Te serán de mucha ayuda. De momento, me las arreglaré con la escolta de nuestros federados visigodos que ahora velan por mi seguridad —dijo el emperador.

En el fondo de la pregunta de Mayoriano, había un reproche que a Avito, hombre muy inteligente, no se le pasó por alto. Si quería que formara y dirigiera un ejército para recuperar Sicilia, ¿por qué no se le daba el mismo rango militar que a Ricimero? Por otro lado, alejar a las *scholae palatinae* de su servicio normal de guardia imperial no era más que una muestra de desconfianza y una manifestación de que se sentía más seguro custodiado por sus amigos visigodos.

Ambos *comes* intercambiaron fugazmente y de soslayo una mirada de inteligencia entre ellos, pues se habían confesado mutuamente el temor que sentían de que el nuevo emperador se pusiese por completo en manos de los visigodos y que estos se convirtiesen en los nuevos señores del Imperio.

—Tenemos mucho que hacer. Es necesario ir paso a paso, pero no

podemos detenernos ni un solo momento —dijo Avito—. Necesitamos muchos recursos para restaurar nuestro poder. Necesitamos dinero, mucho dinero, por lo que es imprescindible que, después de liberar el tráfico marítimo y el comercio y echar a Genserico de las islas, recuperemos el control y la tributación de las provincias. Tengo pensado recuperar Hispania con la ayuda de nuestro aliado Teodorico II y sus visigodos —continuó el emperador con un brillo especial en sus ojos, como si fuese capaz de ver materializado su sueño—. Con la tributación aportada y la ayuda de Constantinopla, pienso liberar definitivamente África de las garras de los vándalos. Solo así podremos recuperar nuestro poder.

Avito quiso ocuparse personalmente de reorganizar las guarniciones del Nórico y de mejorar la fortificación de la frontera, frente a germanos y hunos del otro lado del Danubio. Terminada esta labor, cruzó el Adriático y desde Ariminum se dirigió por tierra a Roma.

Más que desolador, la antigua capital presentaba un aspecto triste. La que había sido la reina del mundo estaba descuidada, sucia y abandonada. Si antes del saqueo su población estaba reducida a la mitad de la que allí vivía en los tiempos más gloriosos, después de él, una inmensa cantidad de gente no había regresado. El atractivo que la urbe tenía para la plebe era sobre todo el del reparto gratuito de trigo y los espectáculos. Ambos eran cada vez más difíciles de proveer. Muchos de los que se habían ido veían más fácil alimentarse en el ámbito rural que en la capital, donde las hambrunas llevaban a las enfermedades y estas a las epidemias y a la muerte. Roma se estaba convirtiendo en una ciudad desangelada, cuyo deterioro comenzaba a resultar evidente.

El Senado que proclamó, esta vez formalmente y sin demasiado entusiasmo, a Avito se encontraba muy disminuido y prácticamente actuó ante los hechos consumados y el aparente apoyo del ejército, representado en el acto por los generales Remisto, Ricimero y Mayoriano. Algunos senadores, los más viejos, recordaban, a quienes quisieran oírlos, que el emperador Atalo había sido impuesto por Alarico hacía ya cuarenta y cinco años, y se preguntaban si Avito no sería el instrumento de Teodorico II para ser él quien gobernara el Imperio, como ocurrió con Alarico. El pueblo, por su parte, miraba con mucha suspicacia la presencia de visigodos y en especial la guardia que custodiaba al emperador, que se distinguían muy poco por su aspecto de los vándalos de Genserico, que acababan de saquear su ciudad.

De Constantinopla no llegó el reconocimiento que tanto ansiaba

Avito, pero al menos el emperador Marciano no hizo público ningún rechazo.

En cuanto a los temores de Ricimero y Mayoriano, no tuvo que pasar demasiado tiempo para comprobar cómo la mayor parte de los puestos de relevancia eran ocupados por la aristocracia galorromana, marginando de los mismos a los itálicos, que no querían transigir con aquello, como pretendió desde un principio el nuevo emperador. Las tropas de Italia, comandadas por Mayoriano y Ricimero, aceptaron a regañadientes al nuevo emperador, lo que era tan mala señal como que Constantinopla tampoco se mostrara muy favorable a reconocer expresamente a Avito.

En cualquier caso, el nuevo emperador reunió todo el efectivo disponible para financiar la construcción de la flota que había encargado a Ricimero, que durante el invierno juntó en el antiguo puerto de Misenum cuantas embarcaciones fue capaz de encontrar o comprar en las costas de Italia. Llegó incluso a reclutar como mercenarios a piratas francos y sajones en el norte de la Galia.

La diplomacia tampoco cesó un instante. Avito envió una legación a Genserico exigiéndole sin éxito que cumpliera el tratado del año 442. La respuesta del rey vándalo fue que él había firmado el acuerdo con Valentiniano III y el tratado había muerto con él.

CAPÍTULO XXX

El emperador Avito depuesto y ejecutado

A. D. 456
1209 Ab urbe condita

En cuanto el mar estuvo abierto a la navegación, las naves vándalas acosaron las costas de la Galia, saqueando sus puertos, atacando los pueblos costeros e impidiendo el flujo comercial entre Massilia y Ostia. En mayo, la flota vándala cargada de botín regresó a Portus Syracusanus. Sus jefes se encontraban muy confiados al abrigo de la gran bahía natural que albergaba su flota.

La costa sur de la península itálica se encontraba igualmente acosada, pues desde la parte occidental de la isla de Sicilia, las naves vándalas impedían toda posibilidad de comercio marítimo. El hambre no tardó en aparecer en Roma. El precio del trigo se puso por las nubes y todos comentaban que los almacenes públicos se encontraban vacíos. La escasez de alimentos llegó al extremo de hacer correr rumores de que lo que se vendía como carne de cerdo en realidad era la carne despiezada de los niños que desaparecían misteriosamente. Había revueltas y peleas continuas en los barrios.

La gente, que en tiempos de tribulación necesita encontrar un culpable, dirigió su mirada a Avito, que no había tenido la mínima oportunidad de hacerse con el favor del pueblo, a pesar de su prudente gobierno, buen juicio y mejor voluntad. A la mala imagen del emperador contribuían con sus reticencias los propios miembros del Senado, que no veían con buenos ojos que se hubiera rodeado de bárbaros en su guardia personal y que la mayoría de los nombramientos para los altos cargos en la corte estuviesen recayendo en sus amigos galorromanos, sintiéndose así excluidos de lo que pensaban en el fondo que les correspondía a ellos por derecho. La falta de efectivo debido a la muy escasa recaudación de tributos se había convertido en un problema gravísimo. El Imperio solo disponía de los ingresos producidos por la Galia e Italia y esta había sufrido un terrible quebranto económico con el reciente saqueo de Roma.

—He logrado del rey Teodorico que se preste con su ejército a recuperar para el Imperio la provincia de Hispania —dijo Avito—. Necesitamos urgentemente obtener víveres y tributos de las provincias y acabar con el dominio de los suevos, que hace tiempo que no se atienen al tratado de *foedus* y no intentan otra cosa que extender su poder allí. Esto puede darnos la solución a muchos problemas —el emperador hizo un silencio y miró a Marco Lupo directamente a los ojos—. Quiero que te unas a esa expedición.

—Te serviré donde lo creas más conveniente, *sacra maiestas* —respondió Marco.

—Es importante que actúes como mi representante al lado del rey visigodo. Tú eres hispano y conoces la provincia —el emperador hizo una pausa—. Debes tener en cuenta que es la primera vez que un ejército no romano, mandado por un general no romano, actúa en nombre del Imperio, sin la presencia de una fuerza romana que lidere la campaña.

Avito sabía muy bien a lo que se estaba refiriendo, porque, cuando se conoció este hecho, bastantes senadores advirtieron del peligro de encomendar tal misión a los visigodos sin una fuerza presente del ejército regular romano. Sin este sobre el terreno y al mando, no había garantía de que el territorio conquistado por Teodorico no se lo quedara él en provecho propio, en lugar de cederlo a la jurisdicción romana, cosa a la que nadie podría obligarle.

Ricimero no había perdido un momento y, sabiendo administrar juiciosamente los no muy holgados fondos recibidos, alistó una flota, utilizando como base el puerto de Misenum, y construyó tantas naves como pudo.

En mayo, los vándalos no tenían la menor idea de que la flota romana, comandada por Ricimero, se dirigiera hacia Corsica. El general de origen suevo, al servicio del Imperio desde muy joven, se situaba en la mayor de las treinta y dos naves de guerra que había logrado armar para la ocasión. A este primer grupo le seguían otros cincuenta barcos de transporte con la tropa a bordo. La operación era muy arriesgada porque estaba basada en la sorpresa y una flota como la que se dirigía a la bahía, donde estaba anclada la de los vándalos, no sería difícil de detectar si se hubiesen tomado las mínimas precauciones. Por suerte para la fuerza romana, a los vándalos no se les había pasado por la cabeza que Roma estuviese en disposición de tomar la iniciativa en el mar.

A Ricimero no le quedaba más remedio que arriesgarse y atacar, porque la primavera estaba siendo un desastre al no llegar víveres a Roma, cuyas granjas en los alrededores habían quedado arrasadas por

los mauritanos, a los que Genserico no dejó entrar en la capital y participar del saqueo. El pueblo hambriento estaba a punto de rebelarse.

Las naves romanas salvaron los dos acantilados que, al aproximarse, forman la bahía y son la entrada de Portus Syracusanus. Penetraron así en las aguas en las que se hallaba fondeada la flota vándala. Sin perder un instante, Ricimero ordenó que las naves pasasen de boga de combate a boga de ataque y finalmente a boga de ariete, embistiendo sin más a las naves atracadas en puerto o ancladas en la bahía. Durante un tiempo, no se escuchaba más sonido sobre las aguas en calma que las voces de los pausarios que marcaban el ritmo de boga y el fragor de los remos entrando y saliendo del agua removida, cada vez a mayor ritmo. A los vándalos, que se vieron completamente sorprendidos, apenas les dio tiempo siquiera a iniciar alguna maniobra o comenzar a recoger las anclas, cuando empezaron a sonar los cuernos de los que se veían atacados, llamando al combate.

Los espolones de bronce comenzaron a clavarse sin piedad en los barcos enemigos, haciendo saltar su madera, que crujía con estruendo al partirse. Las naves así embestidas fueron abordadas y tomadas en combates que no llegaron a durar demasiado, porque todo se desarrollaba a tal velocidad que los vándalos que trataban de defenderse apenas habían tenido tiempo de salir de su estupor. Todo se convirtió en confusión y caos, hierro y sangre, a bordo de aquellas naves, aunque desde el principio quedó claro que los vándalos llevaban todas las de perder.

Los buques de transporte, que solo navegaban a vela, tardaron más de dos horas en llegar, pues la marea les dificultaba la aproximación a puerto, pero al fin arribó el resto de la flota y pudo desembarcar a las tropas de tierra en sus muelles. Ricimero dejó el combate principal, bajó a puerto protegido por su guardia personal, y comenzó de inmediato a desplegar la fuerza que estaba desembarcando. No pudo decirse que hubiese una verdadera lucha. Widerico no aparecía por ningún sitio y la cabeza de Teuderico había rodado en una de las naves abordadas. Los vándalos en tierra que pudieron hacerse con algunos caballos huyeron hacia el norte de la isla, en dirección a Aleria, y otros se internaron en las montañas con intención de refugiarse en ellas, para encontrar la muerte a manos de los paisanos corsos que se vengaron así de sus rapiñas.

Ricimero había recuperado Corsica para el Imperio.

Asegurada la isla, volvió a hacer lo que los vándalos no esperaban y desplazó su flota a las aguas de Sicilia, logrando imponerse a una escuadra de sesenta naves vándalas, cerca de Agrigentum. Estas

acciones victoriosas le valieron a Ricimero ser nombrado *magister utriusque militae*, general en jefe de todos los ejércitos del Imperio occidental.

En Hispania, la campaña de Teodorico II se fue desarrollando con éxito. Los suevos, primero con el rey Requila y posteriormente con su sucesor, su hijo Requiario, habían aprovechado cuantas oportunidades se les presentaron, en los últimos veinte años, para extender su poder por la península, cada vez que la corte de Rávena se encontraba en dificultades, de modo que podía prestar poca atención y ningún remedio a lo que ocurría en Hispania. Lo que verdaderamente buscaban no era tanto una extensión territorial, como ampliar su ámbito de influencia, dejar bien claro a quién debía la población pagar sus tributos, porque en ningún momento intentaron ni tenían capacidad para imponer una administración o una estructura que estableciera su control político.

Quince años atrás, Requila había tomado Mérida y después Sevilla, adueñándose de la Lusitania, de la Bética y parte de la Cartaginense, lo que obligó hacía ya diez años a Aecio a enviar un gran ejército al mando del *magister militum* Vito, que fue derrotado. Requiario aprovechó el momento de confusión provocado por la muerte de Aecio, Valentiniano III, Petronio Máximo y el saqueo de Roma por Genserico para depredar la Cartaginense, llegando a internarse en la Tarraconense.

En verano, un ejército de visigodos, acompañados de burgundios, dirigidos por Teodorico II, penetró en Hispania cruzando los Pirineos. No eran enemigos irreconciliables y extraños entre sí los que se enfrentaban. El nivel de interrelación alcanzado entre los distintos grupos y pueblos asentados dentro de las fronteras del Imperio era enorme. Requiario era cuñado de Teodorico, al estar casado con una de sus hermanas. A su vez, el rey suevo era hermano del mismísimo Ricimero. Dos eran los reyes burgundios que acompañaban al rey visigodo en la campaña hispana: Gundioc y Chilperico I. Pues bien, el primero estaba casado con una hermana de Ricimero, lo que convertía a este en el tío del futuro rey de los burgundios, Gundobac. El 5 de octubre, Requiario fue derrotado en el río Órbigo, cerca de Astorga, donde se produjo una gran matanza. Se vio obligado entonces a retirarse a Bracara, perseguido por los visigodos.

En Roma, Avito seguía enfrentado a su falta de popularidad y al rechazo que producía que su seguridad personal estuviera encomendada a una guardia exclusivamente visigoda. En una de sus visitas al Senado se produjo un tumulto que pudo tener graves consecuencias.

—¿Qué ocurre? —preguntó el emperador.

Avito se desplazaba en una litera, llevada en andas por doce porteadores y fuertemente custodiada por un numeroso contingente de la guardia de palacio. Estos guardias se manifestaban demasiado altivos, casi desafiantes con sus miradas de desprecio hacia los que se cruzaban con la comitiva. Era una altanería muy mal recibida por el pueblo.

—Un grupo de alborotadores protesta, *sacra maiestas* —dijo el jefe de la guardia.

—¿Corremos peligro? —preguntó Avito, nada tranquilo con la situación.

—Podemos protegerte. Somos suficientes y sabemos cómo actuar.

Lo cierto es que la cosa no estaba tan clara. El tumulto fue a más y los gritos que se escuchaban no resultaban tranquilizadores.

—¡Fuera! ¡Fuera! —se oía gritar a unos.

—¿Acaso no te fías de tu pueblo? —gritaban otros, dirigiéndose al emperador.

—Esos bárbaros que te rodean ¿te protegen de nosotros o te tienen secuestrado?

—Eres un títere de los visigodos. ¡Eres indigno!

La agresividad fue subiendo de tono y algunos comenzaron a lanzar piedras y las espadas de la guardia se desenvainaron. Por un momento, el emperador temió que se produjese un baño de sangre. No ocurrió porque varios senadores mediaron y la cosa no fue a más.

De vuelta al palacio imperial, Avito se dio cuenta de que no tenía más remedio que elegir entre su seguridad personal o tratar de rebajar tanta ira manifestada por el pueblo.

—He decidido licenciar a mi guardia goda —dijo Avito al *comes sacrarum larguitionum*, al que había mandado llamar como responsable de las finanzas del Imperio.

—Y ¿en qué puedo servirte? —dijo el *comes*, que no entendió muy bien en un principio qué tenía él que ver con tal decisión.

—Para licenciarlos es necesario pagarles lo que se les debe, además de entregarles una prima de liquidación, si no queremos que haya problemas —dijo el emperador.

—Entiendo.

—¿Podemos hacer ese desembolso, en este momento? —preguntó Avito.

—Estamos muy escasos de metales para acuñar y el pago del ejército hace que no dispongamos de efectivo como para atender a lo que pides.

—Estoy decidido a hacerlo. Si no disponemos de metales, utiliza

todo el bronce que puedas obtener de los monumentos y funde las estatuas que sean necesarias, pero quiero esos fondos.

Si esperaba que su popularidad aumentase licenciando a la guardia visigoda, ocurrió justo lo contrario, porque nadie aceptaba de buen grado que se fundiera el bronce de las estatuas, muchas de ellas antiguas, para entregar el metal resultante en forma de monedas a los odiados visigodos. La maledicencia llegó al grado de hacer correr el infundado rumor de que el emperador pensaba trasladar la capital a Arelate, en la Galia. El ambiente empeoraba a cada día que pasaba, hasta el punto de que decidió trasladar la corte a Rávena y desde allí pedir ayuda a Marciano.

El 28 de octubre, Bracara fue saqueada por Teodorico y finalmente, en diciembre, Requiario cayó en sus manos en Portocale y fue ejecutado.

Avito, que esperaba encontrarse más seguro en Rávena, no lo logró. Para ganarse el favor popular, debía librarse de su guardia goda, pero esto no podía hacerlo sin dejar bien pagados sus servicios, pues de lo contrario las consecuencias podían ser imprevisibles. No tenía dinero para pagarles y había suspendido la fundición de estatuas y otros elementos de bronce para obtener monedas, porque nadie iba a consentirlo pacíficamente. Por otro lado, las noticias que llegaban de Roma no eran como para estar tranquilo. Es cierto que contaba con pocos partidarios, pero siendo el emperador, siempre disponía de alguien que le informase y lo que le decían es que Ricimero y Mayoriano estaban preparando un complot contra él, apoyándose en ciertos miembros del Senado. En condiciones normales, habría escrito a Teodorico pidiéndole que se acercara con su ejército, pero este se encontraba con sus tropas en Hispania.

Así las cosas, el emperador decidió retirarse prudentemente a Arelate, donde se sentía más seguro, para esperar a que el rey visigodo terminase la campaña hispana y poder contar con la protección de su ejército. Esta acción, lejos de solucionar el problema, lo que hizo fue precipitar los acontecimientos.

—Creo que todo tiene un límite —dijo Ricimero.

—No podemos seguir con un emperador que se esconde y huye de los suyos, protegido por una guardia de bárbaros y apoyándose en el ejército visigodo para mantenerse en el poder —respondió Mayoriano.

—El pueblo los odia y odia al emperador. Este es el momento de actuar. Su fuerza es la del ejército de Teodorico y este se encuentra lejos en Hispania —dijo Ricimero—. Debemos darle a Roma un emperador que nos proporcione un tiempo de estabilidad en el que podamos fortalecernos contra sus enemigos.

—Pienso que eres tú quien debería ser proclamado emperador —dijo Mayoriano.

—Eso es imposible. El Senado jamás admitiría en el trono a un suevo como yo. No, yo sí que tengo al candidato perfecto. Uno que encontraría todos los apoyos necesarios.

—¿En quién estás pensando? —preguntó Mayoriano.

—En ti. Tú eres el candidato que Roma necesita. Tendrías todo mi apoyo, el del Senado, el pueblo y el ejército.

En Hispania, Teodorico dejó a Sigiario a cargo de los asuntos del territorio de Gallaecia y se dirigió hacia Mérida, que tomó. Los suevos habían sido vencidos y la campaña se había convertido en puro trámite, por lo que Marco Lupo Serrato decidió dirigirse a la Bética y visitar sus tierras en Galduria.

Desde Emerita Augusta, se dirigió hacia el sur, siguiendo la vía Delapidata hasta Hispalis, y desde allí, continuó hacia el este a través de la vía Cesaraugustiana, que le llevó primero a Astigi y después a Corduba, para seguir hacia el sur al llegar a Iliturgis y luego a Aurgi. Todavía tuvo que hacer varias jornadas para alcanzar su destino por los intrincados caminos de la Sierra Mariana. Por fin, a lo lejos, pudo divisar el inconfundible castillo que, sobre una suave loma, dominaba la silueta de la pequeña ciudad, cuya muralla más que servir para soportar un asedio estaba pensada para defender a sus habitantes de las alimañas y de los salteadores nocturnos.

El castillo se encontraba allí desde siempre y las edificaciones habían ido creciendo a su alrededor. Ya no se sabía quién lo había construido y, de alguna forma, su tamaño era desproporcionado con el de la ciudad. La explicación era que estaba emplazado en un punto estratégico que defendía el curso alto del río Betis, cuyo nacimiento no andaba lejos, pues tenía su origen en una sierra cercana.

La ciudad no se encontraba en buen estado. Era evidente que los suevos habían pasado por allí dejando una senda de destrucción y muerte. El paño principal de la muralla había sido derribado y la iglesia cristiana, construida junto a la entrada, había sido incendiada.

—Pudimos salvarnos los que nos refugiamos en el castillo —dijo Hilario, el viejo sacerdote al que había encontrado trabajando como un obrero más, desescombrando los restos calcinados de la iglesia.

Compartían un poco de queso, algunas aceitunas y un vino traído de Munda. El religioso le había invitado a tomar ese refrigerio al ver al viajero cansado y cubierto de polvo del camino, cuando se le acercó para preguntarle por lo que había sucedido.

—Los suevos se retiraron súbitamente. Por lo visto recibieron la orden de su rey para reagruparse y dirigirse hacia el norte, cuando al

parecer, los visigodos cruzaron los Pirineos.

—¿Han causado muchos destrozos? —preguntó Marco.

—Saquearon cuanto pudieron y siempre los muertos son demasiados, pero como ya te he dicho, los que nos refugiamos en el castillo, al menos salvamos la vida.

Tras visitar a los pocos parientes que aún vivían en Galduria, dado que la mayor parte con el tiempo se habían trasladado a Hispalis, Emerita Augusta, Cartago Nova o a Rávena y la propia Roma, Marco Lupo se dirigió a sus tierras a apenas legua y media de la ciudad. El paisaje estaba alfombrado por los olivares que ocupaban toda la tierra disponible. Remontó una pequeña loma y pudo contemplar a lo lejos lo que había sido la casa rural de la familia. Ya le habían advertido sus parientes, pero le impactó ver la mayor parte de la construcción en ruinas y calcinada. Había esclavos y sirvientes trabajando en el desescombro de aquello. Vio que el que estaba al mando se llevaba la mano a la frente para cubrir sus ojos mejor y poder ver bien al jinete que se acercaba.

Hacía muchos años que no veía a Tito Novo, el liberto que siempre se había ocupado del cuidado de las fincas en ausencia de su padre. Estaba bastante viejo, había perdido el pelo y tenía la barba encanecida, pero le resultó inconfundible por la forma de moverse, sus gestos y la manera en la que daba órdenes a los que trabajaban. Dejó lo que estaba haciendo y se adelantó en dirección al jinete que llegaba.

—¿En qué podemos ayudarte, viajero? —preguntó extrañado de que un transeúnte anduviera por aquel camino.

—¿No me conoces, Tito? —preguntó Lupo desde su montura.

El liberto entornó los ojos tratando de aguzar su vista sin bajar su mano derecha puesta como visera. Al fin, tuvo un gesto de sorpresa y abrió los ojos mientras extendía ambos brazos hacia delante y hacia arriba con júbilo.

—¡Eres Marco! ¡Tú eres Marco Lupo! —gritó Tito con alegría—. Bienvenido a tu casa.

Marco desmontó y abrazó al liberto.

—¿Cómo se encuentra tu padre? —preguntó Tito.

—Está mayor, aunque se mantiene fuerte y con buena salud. Vive en Roma o en Rávena, siempre junto a la corte.

Tras aquellos primeros momentos del encuentro, el liberto acompañó a Marco, mostrándole las obras que se estaban llevando a cabo para reconstruir en parte la casa incendiada.

—Hemos vuelto a levantar primero esta zona, que es donde se cobijan los esclavos y sirvientes y vivimos mi hija Lana y yo.

—¿Tu hija?

—Sí mi hija Lana. Hace muchos años que faltas —dijo Tito, mirándole un momento de reojo, viendo en él al jovencito que era la última vez que estuvo en esa casa con sus padres—. No la conoces. Volverá de la ciudad en cualquier momento. Ha ido con unos cuantos hombres al mercado para traer víveres.

—Esto ha debido ser duro —dijo Marco, volviendo a contemplar las ruinas de la casa incendiada.

—Pudo serlo más. En realidad, solo se trataba de una pequeña partida perdida por la sierra en busca de botín. A Lana y a mí nos cogió en el mercado y nos pudimos refugiar en el castillo. Se dedicaron a saquear lo que pudieron en la ciudad, así como en los alrededores. Pero gracias al cielo, tal como vinieron se fueron. Es cierto que tu casa ha ardido, pero no les dio tiempo a pegar fuego a los olivos y este año traen buena cosecha. Lo malo siempre puede ser peor.

Tito Vero miró hacia el camino y se fijó en el carro que se aproximaba, acompañado de varios jinetes.

—Ahí llega mi hija —dijo.

Lana bajó del caballo con la agilidad más propia de un guerrero que de una joven. Daba la sensación de que la equitación guardaba pocos secretos para ella. Se acercó a donde se encontraba su padre, miró a Marco y enseguida apartó la vista. Había un punto melancólico en su mirada, que a él le pareció llena de tristeza y quizás de dolor. Era una mujer con un atractivo especial, de pelo rojo dorado, ojos verdes y boca dibujada por unos labios carnosos verdaderamente fascinantes. Era joven, no muy alta y con un cuerpo que podría ser atractivo de no estar tan delgada. Marco calculó que debía tener poco más de veinte años, aunque su aspecto parecía desmejorado, como si acabase de pasar una enfermedad.

—¿Todo bien en el mercado? —preguntó su padre.

La muchacha hizo un gesto afirmativo con la cabeza y volvió a mirar fugazmente al extraño.

—Permíteme, Marco Lupo, que te presente a mi hija Lana.

Él dio un paso, acercándose a ella, mientras comenzaba a elevar su mano. Entonces, en un gesto involuntario, su cuerpo tembló casi imperceptiblemente y Lana dio un paso atrás.

—Perdona —dijo, dando media vuelta y alejándose.

Marco la miraba sorprendido.

—¿He hecho algo que la haya podido molestar? —preguntó confundido.

—Discúlpala, *domine*. Está muy nerviosa. Después de todo lo que

ha ocurrido no es la misma.

En Roma, aprovechando la ausencia del emperador Avito y el descontento general, Ricimero y Mayoriano hicieron que el *princeps* del Senado convocara a la curia. A la sesión acudieron los senadores que se encontraban en la ciudad, que no eran muchos, pues la mayoría no había regresado tras el saqueo de Genserico del año anterior. Un grupo numeroso estaba refugiado en sus fincas rústicas, lejos de las tensiones de la urbe y todavía demasiados se encontraban en Cartago, en manos del rey vándalo, pendientes del pago de su rescate para ser liberados.

La presencia de los generales en la sesión, que estaban custodiados por una fuerte escolta de burgundios y francos, armados hasta los dientes, y el hecho de que se hubieran distribuido fuerzas por los lugares clave de la ciudad, de manera que fuesen bien visibles por los senadores, a medida que se desplazaran al Senado, lanzaba un mensaje inequívoco de cuál era su voluntad y de cómo esperaban que se comportaran aquellos que habían sido convocados para decidir.

Los senadores no iban a tener otra opción que llegar a un entendimiento con los principales jefes militares del Imperio.

—¿A tal extremo de degradación hemos llegado que debemos dejarnos tutelar por un bárbaro que nos impone al emperador que solo a él conviene? —decía el senador Flavio Valila, en el uso de la palabra—. Ha tomado el Imperio como cosa de su propiedad, se queda con sus riquezas sin tener en consideración el hambre del pueblo y pone a sus amigos galos y visigodos en los puestos de mando, obligándonos a obedecer en detrimento de nuestra dignidad de romanos.

—No solo permite que el pueblo pase hambre, sino que quiere hacer lo que no hicieron los vándalos de Genserico cuando saquearon nuestra ciudad —explicaba con toda la fuerza de su potente voz el senador Flavio Severino—. El rey vándalo respetó nuestros edificios y monumentos y, sin embargo, Avito ha estado fundiendo el bronce que los adorna y las estatuas, para entregarlo hecho monedas a su guardia bárbara, que más que custodiarle le tiene secuestrado y sometido a la voluntad de su rey Teodorico.

—Propongo —dijo Flavio Cecina, cuando le fue concedido el uso de la palabra— que Eparquio Avito sea considerado como un usurpador del trono y sea declarado enemigo de Roma. Sugiero que encarguemos a nuestros gloriosos comandantes Ricimero y Mayoriano que se dirijan a Rávena para deponer al usurpador. Pido por último que enviemos a Constantinopla una legación diplomática para que el emperador Marciano apoye el nombramiento de un nuevo augusto en Occidente.

Ningún senador se atrevió a votar en contra.

Rávena se vio cercada por las fuerzas burgundias y francas que comandaban ambos generales. El *magister militum* Remisto, que defendía la capital, intentó romper el cerco con su caballería goda en una salida desesperada. Fue derrotado y tuvo que refugiarse en el puerto. No le dieron oportunidad de escapar por mar. En pocos días, los burgundios lograron superar sus defensas y Remisto fue capturado y muerto.

Quien no se encontraba en la ciudad era Avito, que bastante antes del asedio se había escapado con las fuerzas que buenamente pudo reunir, dirigiéndose a Arelate, donde se encontró más seguro. Allí reclutó tropas y pidió ayuda a Teodorico II, pero este se encontraba en Hispania peleando contra los suevos y ordenando el territorio. No pudo atender la llamada con la urgencia que se requería, pues Avito quería acudir en auxilio de Remisto, que se veía muy comprometido en Rávena.

En Hispania, Marco Lupo Serrato se había puesto a trabajar en su finca como un obrero más, dirigiendo ahora las obras de reconstrucción de su villa rústica.

—¿Me das un poco? —dijo a Lana, a la que había visto sacando agua del pozo.

La joven cogió una cazoleta de mango largo que estaba allí para eso, la introdujo en el cubo que acababa de sacar y la ofreció a Marco.

—Gracias —dijo él.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sin quitar la vista del balde.

—Tengo la sensación de que mi presencia te incomoda —dijo Marco.

—No, no es verdad, *domine*. ¿Cómo puede ser eso en tu casa?

—Entonces es que algo te atormenta —dijo él—. Si puedo ayudarte, puedes confiar en mí.

Marco Lupo no quería reconocerlo, pero cada día que pasaba se sentía más atraído por la joven.

—No, tú no puedes hacer nada —dijo mientras cargaba el cubo de agua y se daba media vuelta.

En otoño, el emperador dirigió su ejército hacia Italia, pero fue interceptado en el valle del Po, a las afueras de Placentia. La batalla fue salvaje y se convirtió en una verdadera carnicería para ambos bandos. Avito fue derrotado y se refugió en la ciudad, pero no tardó en rendirse al constatar que no iba a recibir ninguna ayuda de la Galia. Se le ofreció la salida de ser nombrado obispo en aquella sede, que estaba vacante, cosa que aceptó de mala gana. A las pocas

semanas, intentó huir a la Galia y fue capturado y ejecutado.

CAPÍTULO XXXI

Mayoriano, emperador

A. D. 457
1210 Ab urbe condita

Teodorico II se encontraba en Mérida cuando le llegó la noticia de la muerte de Avito. Apresuradamente abandonó Hispania para dirigirse a la Galia. La desaparición del emperador que consideraba suyo, además de ser un leal amigo, lo cambiaba todo. Era evidente que Roma no quería una relación armoniosa e integradora con los pueblos federados a ella, de quienes dependía en cualquier caso su defensa y su seguridad. Ya no se sentía obligado a trabajar en provecho de una corte sobre la que no podía influir, con lo que había decidido que haría la política que más conviniera a sus intereses.

Ricimero y Mayoriano habían enviado al prestigioso senador Genadio Avieno a Constantinopla para lograr el apoyo del emperador Marciano al nombramiento del nuevo soberano de Occidente. Avieno era uno de los senadores más ricos y de mayor fama de Roma. Había sido cónsul siete años atrás con el propio Valentiniano III como colega y tenía fama de ser un excelente negociador, sobre todo desde que, hacía ahora cinco, había formado parte, junto con el prefecto Trigecio, de la embajada del papa León I, que consiguió que Atila no saquease Roma y diera media vuelta de regreso a sus tierras.

Julio Flavio Valerio Mayoriano era el hombre idóneo para acceder al trono, toda vez que, a Ricimero, por su origen bárbaro, le resultaba imposible, a pesar de ser el hombre más poderoso de Occidente.

Mayoriano tenía treinta y siete años y una trayectoria en el ejército verdaderamente admirable. Su carrera se había visto impulsada por Aecio, que supo reconocer sus virtudes castrenses, no defraudando nunca la confianza en él depositada por el gran general. Tenía una magnífica relación con la corte de Valentiniano, hasta el punto de que este quiso casarlo con su hija Placidia, lo que no se llevó a cabo porque Aecio impuso a su hijo Gaudencio como pretendiente a la mano de la princesa.

Esa buena relación venía de antiguo, pues su abuelo materno, del que había recibido el nombre, fue comandante en jefe de las tropas del Ilírico en tiempos de Teodosio y su padre prefecto del pretorio de la Galia con el favor de Aecio. Dos años atrás, había recibido el apoyo de la augusta Licinia Eudoxia para suceder al asesinado Valentiniano, lo que también se frustró porque Petronio Máximo se hizo con el poder. Este, sin embargo, para ganárselo, lo nombró *comes domesticorum*, es decir, jefe de la guardia imperial, rango que seguía ostentando.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —dijo Genadio Avieno, el embajador enviado por Ricimero a Constantinopla para lograr la autorización de Marciano al nombramiento de Mayoriano como emperador.

El soberano de Oriente había fallecido en enero.

—Ha sido imposible parar la gangrena y la infección se le ha extendido por todo el cuerpo —le respondió Cayo Rupilio Segundo, que se había convertido en uno de los principales consejeros del emperador fallecido.

Desde que muy jóvenes habían servido a las órdenes del padre de Aspar, como tribunos en su Estado Mayor, su amistad no había hecho otra cosa que estrecharse y fortalecerse, hasta el punto de haber convertido a Cayo Rupilio en uno de los hombres más influyentes del Imperio oriental.

—Tenía mala salud, ¿verdad?

—Lo cierto es que, desde que la augusta Pulqueria murió hace tres años, no volvió a ser el mismo. Su carácter se volvió taciturno y quedó embargado por una honda melancolía, que le ha llevado a abandonarse, de modo que en los últimos tiempos no ha hecho otra cosa que engordar, hasta encontrar este triste final, al que también han contribuido las sesiones de autoflagelación, durante un largo periodo de devoción religiosa —dijo Rupilio.

—Quién iba a decirlo, ¿verdad? —musitó Avieno, casi con un susurro.

—Sí, porque, cuando se casaron para que Marciano llegara a ser emperador, Pulqueria, que tenía hecho voto de castidad, exigió para contraer matrimonio, que su futuro marido lo respetara. Y, sin embargo, acabaron enamorados. Por eso su muerte resultó tan insuperable para el emperador.

Avieno escuchaba atentamente y afirmaba con la cabeza a cuanto oía.

—Está visto que no tendré más remedio que esperar para completar mi misión a que otro emperador sea nombrado —dijo este pensativo—. ¿Será Aspar el nuevo soberano?

—No lo creo. Aunque la mayoría del Senado y otros muchos

miembros influyentes de la corte se lo pidan, Aspar es lo suficientemente astuto como para no aceptar. Su ascendencia alana y goda se volvería contra él, desde el momento en que fuese ascendido a la púrpura, eso sin contar con el hecho de que es arriano. Además, no necesita ser emperador para tener todo el poder. Encontrará al hombre adecuado —dijo Rupilio.

—¿Cuento con tu apoyo para lograr que el nuevo emperador dé su beneplácito al nombramiento de un nuevo soberano en Occidente?

—Cuentas con mi apoyo, pero sabes que no va a poder ser de inmediato, porque estando vacante ese trono, es costumbre que un nuevo emperador de Oriente lo reclame para sí. Es un puro formalismo, pero es la tradición.

—¿Entonces? —preguntó Avieno.

—Tranquilo, ya encontraremos la mejor solución, pero, en cualquier caso, habrá que dejar pasar algo de tiempo.

En Hispania, Marco Lupo se había acomodado bien a la vida rural. Disfrutaba del campo como nunca lo había hecho. Todas las mañanas al despuntar el día montaba en un precioso caballo negro, que le habían traído de Gades, y recorría las fincas revisando las labores y el cuidado de los olivos. El esparto, tan abundante en la zona, se utilizaba para fabricar capachos que servían para prensar la aceituna y extraer un aceite de primera calidad, que era muy apreciado en Roma. Personalmente se estaba ocupando de que ese esparto fuese recogido con especial cuidado, pues además de para prensar la aceituna, servía para el calafateo de todo tipo de barcos y se pagaba muy bien.

En el tiempo que llevaba en su villa, se había reconstruido un ala de la casa, que ocupaba para su uso exclusivo.

—Mañana acompañaré a tu hija al mercado —dijo Marco Lupo—. Quiero pasarme por la oficina del catastro.

—¿Te acordarás de comprar una gubia? Parece que el carpintero no la encuentra y quiere labrar la madera de las vigas de tu dormitorio, ahora que al fin está terminado.

—¿No se lo has dicho a tu hija?

—Lana parece tener la cabeza siempre en otra cosa. Me preocupa más cada día que pasa —dijo Tito Vero.

Muy de mañana, al despuntar el día, Marco y Lana, acompañados por dos hombres a caballo y el conductor de la carreta, en la que se traerían los víveres adquiridos en la ciudad, se dispusieron a desplazarse a Galduria. Hacía bastante frío, pues corría un viento cortante y desagradable, que venía de la sierra. Casi dos horas duró el trayecto, porque tuvieron problemas con una de las ruedas, que pudieron arreglar y, en ese tiempo, apenas intercambiaron una

palabra, más allá de lo meramente necesario.

Marco se había acostumbrado al introvertido silencio de Lana y a su mirada melancólica, que a veces le parecía llena de resentimiento. Ese rencor oculto, esa tristeza profunda envolvía a la joven en un halo de misterio, que a él le fascinaba cada día más. Sus intentos por acercarse a ella, por conocer ese secreto que tanto le torturaba, se veían una y otra vez frustrados por la cerrazón inamovible y su negativa a abrirse. Varias veces lo había intentado, pero su propósito de hablar con ella solo conseguía molestarla, por lo que de momento había desistido.

Los días de mercado llenaban de un bullicio de lo más colorido la pequeña ciudad. Acudían de las aldeas de alrededor todo tipo de gentes dispuestas a vender sus productos y comprar todo aquello que necesitaban. Apenas se podía dar paso por las inmediaciones del foro donde se instalaban los puestos de quienes querían ofrecer sus mercancías.

—Bien, hemos llegado —dijo Marco bajando del caballo—. Dejad la carreta y los caballos en la explanada junto a la iglesia.

Miró hacia donde se encontraba y se alegró de que ya se hubiesen reparado los muros y se estuviese trabajando en la techumbre. Pensó en pasarse después a saludar a Hilario, el sacerdote.

—Mientras te ocupas de las compras, voy a acercarme al catastro —dijo a Lana, que afirmó con la cabeza.

La entrada a la oficina que Marco buscaba se situaba en una de las calles de salida del foro. También esta se encontraba ocupada por puestos de vendedores y el movimiento de gente era tal, que apenas podía darse un paso.

—El jefe del servicio no vendrá hoy por lo menos hasta la hora sexta —dijo el funcionario, con aire indiferente.

Lo que Marco quería solventar debía hacerlo con él y no con cualquier otro, así que, contrariado, decidió volver más tarde. Al salir del catastro, se sorprendió viendo a Lana, tratando de abrirse paso entre el gentío. Ni siquiera intentó llamar su atención, porque vio que algo raro ocurría. Ella llevaba clavados sus ojos en alguien que iba unos metros por delante. Marco no tardó en descubrir que la persona a la que miraba tan fijamente y que caminaba en la misma dirección, dándole la espalda, era el decurión Fabio Agripino, un hombre de unos cuarenta y cinco años, miembro de la curia local, perteneciente a una rica familia terrateniente y aristocrática, que había financiado las últimas fiestas. A pesar de ser un hombre ambicioso, bastante avariento y algo cruel, era alguien apreciado por el pueblo y temido por sus rivales.

El gesto de ella estaba demudado y parecía fuera de sí, así que Marco decidió seguirla.

—«¿Qué está ocurriendo?» —pensó.

Trató de abrirse paso para ir acercándose a Lana desde atrás. Fabio Agripino se paró entonces en uno de los puestos para interesarse por algo que le había llamado la atención, lo que permitió que Lana pudiera acercarse bastante más a él. No debió ser de mucho interés lo que observaba porque Agripino comenzó a alejarse del puesto. Lana se encontraba justo a su espalda y Marco había conseguido situarse detrás de ella, de modo que pudo observar cómo sacaba de entre su ropa un objeto que parecía metálico y punzante. Lana intentó elevar su brazo para clavarle aquel objeto a Agripino, pero con un ágil movimiento, prácticamente instintivo, Marco agarró su muñeca, impidiendo que llevara a cabo su acción. En el forcejeo, él recibió una herida por encima de la muñeca de su brazo izquierdo. Lana, atónita, miró sorprendida a Marco para, una vez que le reconoció, manifestarle con sus ojos todo el odio de que era capaz.

Agripino se alejaba, sin haberse enterado de nada. Lana dejó caer el objeto que llevaba en su mano, bajó la vista, se puso a llorar y con un movimiento rápido arrancó su muñeca de la mano de Marco y, dando media vuelta, echó a correr tan rápido como pudo en dirección contraria. Él miró el objeto punzante, que había quedado en el suelo y se agachó para recogerlo. Era la gubia que faltaba al carpintero. Sacó de su túnica un lienzo de lino que usaba como pañuelo y se lo anudó en la herida, que era superficial, pero que sangraba. Buscó a la joven por todos sitios sin encontrarla, hasta que se le ocurrió acudir a la iglesia. Allí estaba. Se sentó junto a ella, que le miró fugazmente y se echó a llorar. Marco dejó que se desahogara. Pasaron unos momentos y, cuando pareció que recobraba la compostura, le cogió una mano.

—No estás sola —le dijo.

En los días siguientes, Lana se mostró aún más esquiva y silenciosa y Marco no quiso presionarla. No había pasado una semana, cuando desayunaba y ella se le acercó. Llevaba en la mano unas tijeras, un lienzo de tela limpia y un cuenco con agua. Sin decir nada, se sentó a su lado, tomó con cuidado su brazo herido y, con toda la delicadeza de la que era capaz, comenzó a cortar la venda que cubría la herida. Humedeció el paño en el agua y comenzó a limpiarla muy despacio y con mucho cuidado. Marco quiso mirarla a los ojos, pero no pudo porque su hermosa melena pelirroja tan llena de rizos le caía hacia delante, tapándole la cara. Lana comenzó a vendar la herida.

—Fue durante el asedio de los suevos —comenzó a explicar tranquila y con un bajo tono de voz, antes de terminar el vendaje—.

Era día de mercado y a mi padre y a mí nos cogió en Galduria. Dieron la voz de alarma y corrimos hacia el castillo. Fue una locura. La gente se empujaba y peleaban los unos con los otros por llegar primero. Mi padre y yo nos separamos arrastrados por la avalancha de gente. Entonces apareció Fabio Agripino, me tomó de la mano y me dijo que fuese con él. Ya en el castillo, entre toda aquella confusión y desorden, hizo que le siguiera. Me dijo que me llevaba a un lugar donde estaría más segura. Era un lugar apartado, que debía conocer bien.

Lana quedó en silencio. Elevó su mirada hasta encontrar los ojos de Marco. Su pelo dejó al descubierto su cara con un gesto de profundo dolor.

—Allí… —la voz se le quebró y dudó un momento—. Allí me violó.

Marco quedó inmóvil ante una confesión tan directa. No supo qué hacer. Comenzó a comprender la actitud y el comportamiento que Lana venía teniendo y el rechazo que mostraba ante cualquier intento de acercamiento. Extendió la mano para coger la suya, pero ella instintivamente la apartó en un movimiento brusco e incontrolado. Marco se sintió casi ofendido por el rechazo, pero comprendió el momento y trató de ponerse en el lugar de Lana. Ella, que se dio cuenta, volvió a mirarle a los ojos, se puso en pie, le cogió la mano, la apretó unos instantes, dio media vuelta y se retiró con paso decidido.

Aunque Genadio Avieno había enviado correos informando del resultado de sus gestiones ante la corte de Constantinopla, lo primero que hizo al volver a Rávena fue acudir a dar cuenta de todo ello a Ricimero y Mayoriano.

—La proclamación de Flavio Aurelio León, que se hace llamar ahora Flavio Valerio, ha sido una sorpresa para todos. Nadie en la corte lo esperaba —dijo Genadio.

—Yo, desde luego, no sé nada de él. Me resulta completamente desconocido —dijo Ricimero—. ¿A ti te suena? —preguntó a Mayoriano.

—Quiero recordar que hace unos cinco años Marco Lupo Serrato me comentó que había conocido a un personaje un tanto pintoresco, cuando encabezó una legación diplomática enviada por Valentiniano para pedir ayuda a Marciano, contra Atila, que se llamaba León y lo recuerdo porque lo asocié con el nombre del actual papa. Se encontraba en el entorno más cercano a Aspar, pero, por lo que me contó de él, no me parece que sea una persona idónea para asumir la más alta jerarquía —dijo Mayoriano.

—Pues siento contradecirte, pero creo que va a ser el mismo, porque León, el nuevo emperador, es precisamente eso: la persona

menos idónea por su apariencia para ser emperador —dijo Genadio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ricimero.

—León es una persona de gran cultura, al que su edad de cincuenta y seis años convierte en un hombre maduro. En su juventud sirvió en la milicia y ha servido en la corte desde hace muchos años, por lo que como senador es apreciado y conoce los entresijos de la administración imperial, pero no es muy alto, tiene un aspecto avejentado, es calvo, tartamudea y, además de cojear, se le conoce por su carácter avariento y por estar lleno de manías —dijo Genadio.

—O sea, que Aspar ha elegido al perfecto hombre de paja al que dominar para seguir siendo él quien tenga todo el poder en Oriente —dijo Ricimero.

—«Como quieres tú hacer conmigo» —pensó Mayoriano—. «Solo que yo no soy un pobre hombre».

—El caso es que el acto de su coronación ha resultado grandioso y por primera vez un soberano ha sido coronado por el patriarca de Constantinopla —añadió Genadio.

—De modo que va a resultar que el único que conoce personalmente a Flavio Valerio León es Marco Lupo Serrato —Ricimero se quedó pensando un momento—. Va siendo hora de hacerlo volver de Hispania. Aunque es un hombre que ha sido leal a Avito, ¿no? ¿Podemos fiarnos de él?

—Marco Lupo es fundamentalmente leal a Roma y seguirá siéndolo. Le conozco bien y podremos contar con él.

—Pues haremos que regrese —dijo Ricimero.

—En cuanto al apoyo a tu candidatura para ocupar el trono de Occidente —dijo Genadio Avieno, mirando a Mayoriano—, como ya informé, habrá que esperar algunos meses. No obstante, a ti Ricimero te ha nombrado patricio y a ti *magister militum utriusque militae* de Occidente —dijo refiriéndose a Mayoriano.

—¡Qué amable! —dijo Ricimero en tono sarcástico—. Bueno, no creo que tengamos que esperar tanto. Haremos que las cosas sucedan.

En primavera, un grupo no demasiado numeroso de alamanes, seguido de sus familias, pretendieron hacer lo mismo que otros grupos de bárbaros habían hecho anteriormente; es decir, asentarse dentro de las fronteras del Imperio, estimando que tenían oportunidad, dada su debilidad en un momento de transición, en que apenas se contaba con tropas dignas de tal nombre. Penetraron por Retia y devastaron una región ya muy castigada por Atila en su momento, llegando casi a la ciudad de Bergamum, muy cerca de Mediolanum. Dada la experiencia reciente, cundió el pánico entre la población, que tanto había sufrido las depredaciones bárbaras cinco años atrás.

Mayoriano envió al *comes* de origen franco Burco al mando de una tropa no muy numerosa, pero que fue suficiente para, con la ayuda de la caballería franca a su mando, masacrar a unos invasores cuyas tropas estaban formadas por infantería mayoritariamente, cerca del lago Maggiore.

Burco volvía a Rávena victorioso, trayendo la cabeza del caudillo alamán. Mayoriano, queriendo dar al hecho más importancia de la que realmente tenía, custodiado por la guardia imperial, salió de la capital para recibir al general franco. El pueblo estaba ávido de tener una buena noticia de su ejército. Eran muchas las penalidades y humillaciones sufridas en los últimos tiempos a manos de los bárbaros enemigos del Imperio. Se necesitaba una victoria, y esa victoria se acababa de obtener.

El *magister militum* Burco llegó rodeado de sus mejores guerreros y mandos, entre insignias y estandartes, en medio de un ambiente triunfal y de euforia entre los presentes.

—¡*Imperator, imperator, imperator*! —comenzaron a gritarle los miembros de la guardia a Mayoriano.

Lo repetían una y otra vez y, de inmediato, tanto los prefectos, como los tribunos, como enseguida todos los guerreros se unieron al coro. La victoria no la había obtenido él personalmente, pero enseguida se dio cuenta de lo oportuno que resultaba explotar en provecho de sus pretensiones este éxito militar, tan pequeño en principio. Entró en Rávena de manera triunfal envuelto en las aclamaciones del pueblo, aliviado al verse liberado de un posible y nuevo cerco que ya temía.

Mayoriano decidió que una vez que se había dejado aclamar como *imperator* debía aprovechar el momento. Solo contaba con seis mil soldados, pero pensó que resultarían suficientes. Dejó a Burco en Rávena con mil efectivos para su defensa y con el resto se dirigió a Roma. Aparte de un buen contingente de caballería franca, tan solo contaba con algunas unidades godas alistadas bajo sus órdenes tras la derrota de Avito, dos legiones comitatenses y media docena de *auxilia* que había conseguido reorganizar. A ellos, había que sumar su guardia personal de guerreros francos y la guardia imperial, que ahora también le protegía.

Envió por delante a sus agentes, que prepararon bien el ambiente en que sería recibido, repitiendo y aumentando las hazañas logradas, hasta el punto de convertirlo en el nuevo salvador de Italia, con lo que Mayoriano tuvo una entrada triunfal en Roma, siendo aclamado por todos con auténtico fervor y proclamado por el Senado, como nuevo augusto, en una corta sesión en la que apenas hubo discusión.

Su discurso ante la cámara fue extenso y solemne. Era evidente que había meditado mucho sobre cómo iba a gobernar el Imperio. Tenía prevista una acción para cada necesidad y una solución para los problemas fundamentales que desde hacía tiempo ya agobiaban a los romanos. Apeló a la gloria que había caracterizado la historia de Roma. Era necesario recuperar su poderío para volver a disfrutar de su grandeza pasada. Habló de reorganizar el ejército, la hacienda, el comercio, la economía, restaurar las murallas y reconstruir las ciudades destruidas por las continuas invasiones. Pero, para ello, era imprescindible recuperar las provincias perdidas.

Se comprometió a que la península itálica no fuese nuevamente invadida nunca, para después retomar el control tanto de la Galia como de Hispania, con el objetivo de acabar llevando las tropas romanas al norte de África y recuperar Cartago.

Ricimero, que se encontraba en la frontera germana, no había asistido al acto. Fue avisado por Mayoriano de lo que pensaba realizar, pero cuando el *magister militum* llegó a Roma ya todo había terminado. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no se le notara hasta qué punto le contrariaba esa forma de tomar la iniciativa tan independiente. No era eso lo que tenía previsto para alguien que debía ser emperador gracias a él y estar sometido a su voluntad, dado que el poder real era suyo. De hecho, su ejército era mucho más poderoso que el del nuevo emperador. Sin embargo, no era la hora de iniciar una guerra civil, ni era el momento de deponerlo, cuando todo el mundo estaba enfervorizado y lleno de esperanza con su nombramiento. Así que no tuvo más remedio que poner buena cara ante los hechos consumados.

—No creo que encontremos problemas en que León I te reconozca como nuevo emperador —dijo Ricimero.

—Avieno va nuevamente camino de Constantinopla con esa misión. No creo que haya problema —dijo Mayoriano—. León está por ayudarnos en nuestra lucha contra los vándalos. Me ha informado que piensa enviar a Sicilia al *comes* de Iliria, Marcelino, con un ejército.

Marcelino era un muy buen comandante que había luchado a las órdenes de Aecio como prefecto y había ayudado al Imperio oriental a derrotar a los hijos de Atila, cuando cruzaron el Danubio a la muerte de este.

A Ricimero no le gustó nada que hubiese un comandante en Sicilia que no estuviese bajo sus órdenes, pero la situación allí era grave y era bienvenida cualquier ayuda. Tampoco le gustó nada que se hubiese enviado a Constantinopla a Avieno, sin ni siquiera consultarle.

—Tenemos mucho trabajo por delante. Hay mucho que hacer y no

tengo que decirte que cuento contigo y con tu apoyo.

En ese momento Ricimero decidió que acabaría con el nuevo emperador. ¿Quién se había creído que era? ¿Con quién pensaba que estaba hablando? No había entendido quién mandaba realmente allí y cuál debía de ser su papel. Era cuestión de tiempo, tarde o temprano cometería un error y él sabía esperar.

—Por supuesto que cuentas con todo mi apoyo —dijo, procurando no alterar el gesto.

El 28 de diciembre, el Senado proclamó oficial y solemnemente a Flavio Julio Valerio Mayoriano Augusto, como emperador romano. Ese mismo día nombró a Ricimero patricio.

CAPÍTULO XXXII

Mayoriano, pacificador

A. D. 458
1211 Ab urbe condita

La racha de éxitos militares pareció continuar para Mayoriano. A comienzos del verano, Genserico había enviado a su cuñado Frigerido con parte de la flota, a las órdenes de Gento, hijo del rey, a la península itálica para hacer una incursión en las costas de la provincia de Campania.

La flota se había dispersado y el desembarco de hombres, caballos y pertrechos duró más de una semana. Las naves de carga se vararon en las playas, mientras que las liburnas patrullaban las costas, protegiendo los transportes. Por fin cuando esta operación terminó, Gento condujo las naves de guerra a Misenum, con intención de capturar los barcos romanos que pudiera encontrar allí anclados. Sin embargo, los encontraron unidos unos a otros con cadenas y protegidos por un sinnúmero de balistas y escorpiones que impedían cualquier acercamiento sin sufrir graves daños que el vándalo no podía permitirse.

Mientras, Frigerido, con las tropas al mando de Oderico y Manzinas, se dirigió al sur, en dirección a Neapolis, pero encontró que sus habitantes habían reforzado las murallas, de modo que resultaba imposible asaltarlas con los medios disponibles. Además, Mayoriano se había ocupado de reforzar la guarnición de la ciudad con germanos que, unidos a su cohorte urbana, impidieron su captura.

Hacia el norte del punto de desembarco, Safas desplegó a sus alanos y a los mauritanos de Naso para saquear Formiae, Petrinum y Capua. Utilizando la vía Apia, se devastaron las granjas y villas entre los ríos Liris y Volturnus.

Genserico contaba, basándose en informes erróneos, con que Mayoriano era el que estaba reorganizando el ejército romano en el norte de la Galia, cuando en realidad era Egidio el que se estaba ocupando de ello. También pensaba que Ricimero se encontraba en

Retia o Nórico, cuando estaba en Rávena, vigilando el norte de Italia. Sin embargo, Mayoriano se encontraba en Roma y, mientras los vándalos estaban ocupados en labores de pillaje, puso al frente del ejército a Nepociano, cuñado del *comes* Marcelino, y lo nombró *magister militum praesentialis*, marchando con él, por la vía Apia, en la segunda mitad de julio.

Llegaron a la llanura del litoral y cortaron la salida al mar, mientras la caballería imperial franca había dado un rodeo y se había situado al sur, cosa que Safas no podía esperar. Este desplegó su caballería de arqueros, para intentar salir de la trampa, retrocediendo en paralelo al río Liris, para cubrir su flanco, pero del este surgió un cuerpo de caballería imperial de lanceros. Se encontraba con la retirada cortada y rodeado. Los jinetes comenzaron a evolucionar lanzando flechas para evitar a toda costa que los lanceros se les acercasen, pero no lo consiguieron.

—¡Retirada…! ¡Retirada! —gritó Safas.

Hubo un momento que pareció podían despegarse, pero la caballería franca fue extraordinariamente tenaz en su persecución y acabaron por alcanzar su retaguardia. Trataron de refugiarse en una colina, pero fueron rodeados. Safas luchó con bravura, pero su caballo fue abatido y, ya en el suelo, él mismo recibió un lanzazo que le atravesó el muslo, antes de ver su pecho atravesado por otra lanza. Los mauritanos de Naso pudieron observar impotentes desde lejos el final de Safas y avisaron a Frigerido.

Oderico recomendó reembarcar de inmediato, pero el comandante en jefe vándalo temía volver a presencia de su cuñado Genserico, siendo responsable de una derrota y no habiendo evitado la muerte de alguien tan querido por el rey vándalo como Safas, una leyenda entre los alanos.

—Vamos a mantenernos a este lado del río Volturnus, desde donde siempre podremos retirarnos y reembarcar, si fuese necesario —dijo Frigerido a sus comandantes.

Por su parte, Gento concentró la flota cerca de la desembocadura del río, junto a un pequeño puerto fluvial.

Cuando ambos ejércitos se encontraron la batalla fue atroz. Comenzó un intercambio de armas arrojadizas, al que siguió un combate cuerpo a cuerpo en el que ambos bandos se acometieron con fiereza y no pocas bajas. Las fuerzas imperiales utilizaron sobre todo la caballería. Los lanceros de Oderico causaron muchas bajas entre los jinetes francos, gépidos y alanos de Nepociano, con su feroz resistencia, pero la caballería imperial, mayor en número, dominó la situación y el propio Oderico fue atravesado por una lanza, momento

en el que los vándalos rompieron la formación y se dieron a la fuga. Perseguidos por los jinetes del emperador, estos provocaron una verdadera matanza. Los pocos vándalos que conseguían escapar a la carnicería huyeron hacia la costa en busca de sus barcos. El cuñado de Genserico, que resultó herido, logró embarcar con los supervivientes y huir hacia Cartago.

—Es una pena que no dispongamos de barcos para perseguirlos —dijo Mayoriano, que tuvo que resignarse a ver desde la orilla cómo se alejaban las naves del enemigo.

Los romanos sintieron el alivio de saber que se encontraban por fin seguros ante los bárbaros en manos de su nuevo emperador, que otra vez conseguía que Italia quedase fuera de peligro.

El rey visigodo, Teodorico II, a su regreso a Tolosa, tras la muerte de Avito, se sintió desvinculado de todo compromiso con Roma. Las actuaciones de sus fuerzas en Hispania no buscaron ya el interés del Imperio, sino afianzar su poder, sobre todo en la Bética. En la Galia colaboró con los burgundios en la toma de Lugdunum. Era esto parte de su plan para extender sus territorios a costa de los del Imperio, con la ayuda y el apoyo de la aristocracia galorromana, ahora enemiga de Ricimero y Mayoriano. También retomó su permanente proyecto de dar salida a su reino al Mediterráneo, tomando Arelate, a la que puso sitio.

Marco Lupo Serrato tomaba una copa de vino sentado bajo una parra, mientras contemplaba cómo avanzaban las obras de reconstrucción de la casa. Sostenía en la mano el documento que acababa de recibir, traído por un correo imperial, y lo hacía oscilar, sujeto con la punta de los dedos, mientras apoyaba su brazo en el del sillón que ocupaba y mantenía la mirada al frente, meditando sobre lo que acababa de leer.

—¿No son buenas noticias, *domine*? —preguntó Tito Vero, que se le había acercado interesado en lo que pudiera haberle traído aquel correo que había llamado la atención de todos.

—Me reclaman en la corte.

—¡Vaya! Parece que no va a ser muy larga tu estancia entre nosotros.

—Ven. Siéntate a mi lado —dijo Marco, dejando el documento sobre la mesa y dando un largo sorbo a su copa.

Hacía un sol muy agradable y notó que el vino le estaba sentando bien.

—Quiero comentarte algo, querido Tito Vero. Si te hablo con sinceridad, ya me extrañaba que no me hubiesen hecho volver antes a Italia —dijo llenando la copa y volviendo a beber de ella—. He tenido

tiempo en las últimas semanas de pensar sobre qué hacer, cuando me ordenaran regresar, y he decidido que tanto tú como tu hija vengáis conmigo y sigáis a mi servicio.

Vero se vio sorprendido, porque no esperaba una proposición así.

—Pero, si tú te vas, necesitarás que cuide de tus tierras, como he hecho siempre para tu padre.

—No te preocupes por eso. He elegido un sustituto para ti.

—Y, siendo yo tan mayor, ¿crees que puedo ser útil sirviéndote? —preguntó Vero, que no acababa de asimilar lo que su señor le planteaba.

—Me serás muy útil, no te preocupes por eso. Pero sobre todo piensa en tu hija. Estoy convencido de que un cambio de aires como el que te propongo es lo mejor que le puede venir para salir del estado de ánimo en el que se encuentra.

En realidad, Tito Vero no tenía opción para negarse, pero aquel argumento le llevó a aceptar de buen grado.

El viaje se preparó con rapidez y poco se tardó en que todo estuviera preparado para partir.

La noche anterior a la salida hacia el puerto de Cartago Nova, donde embarcarían, Marco se encontraba inquieto. Apenas podía conciliar el sueño y, ya de madrugada, se echó una manta por encima y salió a la terraza de su dormitorio para contemplar la luna llena, que parecía querer iluminarlo todo, en aquella noche sin nubes en el cielo. Estuvo un rato perdido en sus pensamientos, cuando se sobresaltó al ver cómo un jinete a caballo se acercaba. Se ocultó tras unas plantas de un gran macetero que adornaba el lugar. Apartando discretamente algunas hojas pudo observar que aquel jinete no era otra que Lana, a la que reconoció por su inconfundible melena que oscilaba como flotando al cabalgar. Ella se dirigió directamente a las cuadras, de las que tardó en salir, pues seguramente se ocupó antes de desensillar el caballo.

Marco tuvo la sensación de que Lana no dejaría nunca de sorprenderle. Estaba perplejo. No sabía que estuviese fuera de la finca. Seguramente había salido cuando todos estaban durmiendo.

¿Qué significaba aquello? ¿A dónde había ido y para qué? ¿Qué había hecho? ¿Por qué volvía en la madrugada tan en secreto?

Estaba previsto que partirían al despuntar la mañana, camino de Cartago Nova. ¿Había alguien en la vida de Lana tan importante como para tener que verlo así, de forma tan clandestina, quizás para despedirse?

Decidió volver a la cama y descansar algo, porque el día iba a ser duro. Apenas pudo dejarse vencer algo por el sueño, pues no hacía

más que darle vueltas en la cabeza a lo que acababa de ver. Pensó que ya habría tiempo de averiguar qué había pasado esa noche, o tal vez no.

El viaje lo hicieron acompañados de cuatro sirvientes más y dos hombres de armas contratados para la ocasión, además de dos mulas que cargaban el equipaje. Se desplazaron hacia el norte, hasta alcanzar la vía Augusta para ya no abandonar la calzada hasta Cartago Nova.

Marco no conocía la ciudad, pero había leído la obra de Tito Livio, *Ad Urbe Condita*, especialmente en la parte dedicada a la segunda guerra púnica, y la obra de Apiano sobre las guerras de Aníbal, y tenía gran curiosidad por conocer la ciudad que fue tomada por Publio Cornelio Escipión Africano, en un alarde de arrojo y habilidad estratégica.

Cartago Nova estaba situada en un lugar idóneo para ser defendido y albergaba uno de los mejores puertos del Mediterráneo. Se encontraba construida en una península de forma aproximadamente circular, situada entre una laguna interior y la gran bahía en la que se ubicaba el puerto. Ambas se comunicaban por un estrecho canal que las unía, situado al este, y al oeste una estrecha franja de tierra evitaba que fuese una isla.

Llegaron a la ciudad a la caída de la tarde y accedieron a ella por la parte del canal, cruzando el puente que lo atravesaba, más pegado a la bahía. Era de arcos elevados que permitían el paso a la laguna de pequeñas embarcaciones y barcas de pescadores. Otro puente estaba construido un poco más al norte, como a ocho estadios, pegando con la laguna y formando parte o, al menos así le pareció, de la estructura del acueducto que abastecía de agua a la ciudad. Traspasaron la puerta de la muralla y, dejando la dársena del puerto a su derecha, buscaron dónde alojarse en un lugar situado entre el mismo puerto y el foro.

El día no dio para mucho más que para instalarse en su alojamiento, cenar y descansar. Al día siguiente, Marco se dirigió al puerto en busca del agente marítimo que actuaba en nombre de la compañía de transporte de su padre, dedicada al comercio entre Hispania y el puerto de Ostia, sobre todo. No era una compañía exclusivamente de su propiedad, como no lo eran los barcos o ni siquiera las cargas, porque si se perdía un barco con una carga perteneciente a un solo propietario, la ruina era segura. Así que eran más de cincuenta socios los que solían juntarse para participar entre el uno y el tres por ciento, de modo que, si se tenían treinta barcos funcionando, si uno naufragaba, el resto compensaba las pérdidas que

para cada socio eran así limitadas. En cualquier caso, su padre era lo suficientemente conocido como para no tener problemas con el encargado al que buscaba.

No los tuvo. En unos días saldría un mercante que le situaría en el puerto de Ostia. Pensó dedicar ese tiempo a conocer la ciudad.

Una mañana decidió pasear por el foro y conocer los jardines del teatro. Cartago Nova producía una grata impresión en el visitante. La urbe entera, especialmente en el mercado y el puerto, bullía de una intensa actividad y no se veía en las calles la miseria que abundaba en Roma o en la cercana Saguntum entre los humildes. Estaba bien conservada. Sus edificios en general se encontraban en buen estado. La hegemonía del cristianismo resultaba evidente, pero los viejos templos dedicados a los antiguos dioses todavía se mantenían en pie, como era el caso del templo de Júpiter, y no presentaban el estado ruinoso que padecían en la mayoría de las ciudades del Imperio.

De regreso, le apeteció tomar un vino en una de las tabernas situadas en el entorno del puerto. Disfrutaba de una jarra de un buen caldo de la región, del espectáculo del bullicio en la dársena y de los barcos partiendo o atracando.

—¡Salve! Marco Lupo.

Levantó la vista, sorprendido de que alguien de allí supiese quién era. Enseguida reconoció a Mamerco Proserpino, uno de los curiales de Galduria.

—¡Mamerco! Eres la persona que menos podría esperar encontrarme aquí —dijo Marco—. Siéntate, por favor —dijo, haciendo un gesto en el que le indicaba una silla junto a él. ¿Vas a embarcar?

—No. Hago un alto en el camino. Voy a Tarraco. Yo tampoco esperaba encontrarte. Por cierto, entiendo que no te has enterado de lo que ha sucedido en Galduria.

—Pues no, no he sabido nada desde que salimos de allí —dijo Marco intrigado—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Marco comenzó a servirle vino en un cuenco de barro.

—Claro, no te puedes haber enterado porque tú ya estabas de viaje cuando todo se descubrió.

—¿Qué es lo que se descubrió? —dijo Marco, más intrigado aún.

—A Fabio Agripino asesinado —dijo Mamerco dándose un aire de trascendencia, propio de quién estuviese desvelando un secreto referido a los dioses.

Marco quedó inmóvil, con la jarra de vino en suspenso sobre el cuenco.

—¡Asesinado…! ¿Cómo? —preguntó.

—Lo encontraron con una gubia de carpintero clavada en la nuca.

Marco derramó el vino que estaba sirviendo.

Mayoriano comenzó a desplegar un programa de gobierno ambiciosísimo que aspiraba a dar solución a los muy graves problemas que afligían al Imperio. Modificó el sistema fiscal, tratando de rebajar las cargas tributarias y hacer más justo el reparto de impuestos. Intentó que terminara la evasión consentida de las élites senatoriales, que tanto perjudicaba a los pequeños propietarios, campesinos, ciudadanos y magistrados. Modificó el sistema de recaudación, que había pasado de estar en manos de recaudadores controlados por jueces, hacía tiempo ya, a los llamados *canonicarii*, funcionarios arrogantes, sin prestigio ni autoridad, que se refugiaban en sus atribuciones militares para cometer todo tipo de excesos. Reformó la administración local, obligando a los curiales a cumplir con las obligaciones de sus cargos, cosa que hacía tiempo no ocurría. También tomó medidas para acabar con la corrupción que era endémica en la corte, por lo que se propuso reformar la administración civil.

Su legislación fue extensísima. Parecía que no hubiera un ámbito que no pretendiese regular. Obligó por ley a que las viudas se casaran, antes de transcurrir cinco años, si no querían perder la mitad de su patrimonio en favor de sus parientes más cercanos, y obligó a las vírgenes a mantenerse cuarenta años en ese estado antes de acceder al velo. Estableció para el adulterio las penas de confiscación y destierro, en forma tan severa, que se podría matar impunemente al reo si volvía a aparecer por Italia. Trató de parar también la devastación espantosa que sobre antiguos templos y algunos monumentos se estaba produciendo en Roma, al ser utilizados como meras canteras de materiales para nuevas construcciones. Estableció una multa de cincuenta libras de oro a todo magistrado que diese permiso o consintiese semejantes actos.

En cuanto al ejército, trató de conseguir que los romanos volvieran a formar parte de sus filas para no depender en la práctica totalmente de los guerreros bárbaros. Impuso gravísimas sanciones para desertores y para aquellos que pretendiesen evitar su alistamiento. Sin embargo, a la hora de la verdad, la realidad se imponía con toda su crudeza, pues, para formar el ejército con el que pretendía acudir a la Galia, a los escasos comitatenses de Italia, como fuerza regular, tuvo que sumar hunos, que habían luchado seis años antes con Atila, gépidos, ostrogodos, rugios, burgundios, alanos y suevos, entre otros.

Nombró a dos de sus fieles, que estaban muy bien relacionados con cuantos tenían algo que decir y eran influyentes en las Galias, porque formaban parte de esa élite galorromana. Uno fue Magno de Narbona, como prefecto de la provincia y el otro, Egidio, compañero de armas y

amigo, como *magister militum* de lo que quedaba allí del ejército imperial. También lo nombró patricio. Este, además, tenía unas magníficas relaciones y el apoyo de los francos de Childerico I. Egidio no tardó en hacerse con el control de Lugdunum (Lyon), núcleo estratégico para dominar el valle del Ródano, que se encontraba en manos de los burgundios.

Mientras Ricimero permanecía en Italia, Mayoriano decidió restaurar el control imperial sobre las Galias y atravesó los Alpes con sus tropas, en pleno invierno. El emperador iba a pie, abriendo camino, sondeando con una lanza la hondura del hielo o de la nieve.

—¡No os dejéis vencer por el frío! —gritaba a sus hombres—. Os prometo que antes de lo que pensáis os llevaré a que paséis calor a África.

Para él, el camino que iniciaba, debía terminar con la conquista de Cartago, la recuperación de las provincias africanas y la derrota de Genserico.

Una vez en Lugnudum, el emperador, en una acción inteligente y conciliadora, en lugar de castigar a los burgundios, condonó los impuestos pendientes de recaudar y firmó un tratado de *foedus* por el que quedaron establecidos en esa provincia. Acto seguido, se dirigió contra Teodorico II, al que derrotó, obligándole a levantar el cerco de Arelate (Arlés), y firmar un nuevo pacto de *foedus* por el que reconocía la soberanía de Roma sobre Hispania y a él como nuevo emperador. También quedaron sometidos y bajo control los bagaudas en el norte. La racha victoriosa no quedó solo ahí, porque Nepociano, el *comes Hispaniae* recién nombrado, derrotó a los suevos.

Mayoriano hizo cuanto pudo para atraerse a las élites galas, en especial a la aristocracia galorromana, que tan frustradas habían visto sus expectativas de tener poder e influencia en la corte, tal y como habían logrado a través del nombramiento de Avito como emperador, que era uno de los suyos. Tuvo que desbaratar una conjura que venía urdiéndose contra él por quienes habían apoyado a Avito, lo que logró a base de atraerse a los integrantes de esa élite galorromana, a cuyos miembros comenzó a otorgar puestos de importancia junto a sí. A tal punto llegó este ánimo conciliador, que el padre del emperador contrajo matrimonio con una hija del propio Avito.

El nuevo entendimiento con los visigodos rehízo la alianza. El ánimo de colaboración de Teodorico llegó al extremo de que el emperador pudo encargarle durante el verano que volviera a actuar en Hispania. El rey visigodo envió en julio un ejército godo a las órdenes del *comes* Cyrila para terminar con las razias de los suevos, que, otra vez volvían a hacerse frecuentes. Derrotados estos, Teodorico reforzó

el sistema defensivo a lo largo del río Duero para garantizar el suministro de grano al ejército, así como la recaudación de impuestos, cosa que de forma inmediata repercutió favorablemente en la situación, porque se vieron cubiertas las necesidades militares básicas y se crearon puestos para guarniciones permanentes de godos en puntos estratégicos de la red viaria. Por fin, después de muchos años, Mayoriano lograba recuperar el dominio para el Imperio de las provincias de la Galia y de Hispania, con sus consiguientes tributos y suministros.

No fue Tito Vero, el padre de Lana, el único que sufrió de fiebres entre los habitantes del barrio, pero sí que fue uno de los primeros en morir. El médico personal de origen griego de Marco Lupo nada pudo hacer por salvar su vida.

Lana difícilmente exteriorizaba sus sentimientos, pero se rompió ante tal desgracia, que además la dejaba sola en el mundo.

—Ven —le dijo Marco, al verla postrada en el lecho de su padre muerto, mientras le besaba su mano ya inerte.

La joven se puso en pie y Marco la abrazó. La leve resistencia que ella opuso cedió enseguida. Lana acomodó su cabeza en el pecho de él y desahogó su llanto, que parecía no encontrar consuelo.

Mayoriano empleó su tiempo en la Galia reuniéndose con los distintos grupos de influencia y poder, tratando de articular un modo de satisfacer sus aspiraciones, atrayéndolos a su bando y desarticulando así la cristalización de ninguna otra usurpación, mediante una vía pactista con aquellos que habían puesto a Avito en el trono y se sentían decepcionados con su desaparición, que había frustrado su propósito de influir y participar en la administración del Imperio.

Solo entonces pudo empezar a plantearse la construcción de una flota que le permitiese alcanzar su objetivo más ambicioso, que no era otro que la toma de Cartago y la conquista del norte de África.

En Roma, los días que siguieron a la muerte de Tito Vero fueron emocionalmente muy duros para Lana.

—El ayudante del *pretor urbis*, Luciano Severo, pide ser recibido, *domine* —dijo el mayordomo a Marco Lupo.

—Hazlo pasar —dijo este extrañado por una visita no anunciada, por parte de alguien de su posición.

Más extrañado quedó aún, cuando vio que quien quería ser recibido entraba acompañado de lo que, a todas luces, por los documentos, rollos de pergamino y material de escribir que traían consigo, eran dos escribientes.

—¿En qué puedo serte útil, Luciano Severo? —preguntó Marco tras

las salutaciones formales.

—Mi visita es oficial. Y vengo para interrogar a una mujer que forma parte de tu servidumbre y que responde al nombre de Lana.

Marco no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—¿Puedo preguntarte de qué se trata?

—Lo sabrás estando ella delante. ¿Puedes hacer que se presente ante mí? —dijo Severo.

Marco llamó al mayordomo y le ordenó que buscara a Lana.

No tardó en presentarse, un poco azorada, pues el mayordomo le había puesto en antecedentes de quién se había presentado en la casa y quería verla.

—¿Eres tú quien responde al nombre de Lana? —preguntó el ayudante del pretor.

—Sí, yo soy —respondió ella.

—¿Eres natural de Galduria en Hispania?

—Sí, así es.

—La curia de aquella ciudad investiga la muerte de Fabio Agripino y ha pedido, a través de Tarraco, al *pretor urbis* de Roma que se te interrogue sobre el caso —Severo hizo una pausa y miró de forma incisiva a la joven—. Un testigo dice haberte reconocido, saliendo de la casa de Agripino por la puerta del jardín, la noche en que fue asesinado.

—¿Cómo pudo reconocerla, siendo de noche? ¿Acaso le vio la cara? —intervino Marco.

—No, no le llegó a ver la cara, pero dice haberla identificado por su pelo rizado y por su forma de moverse —Severo apartó su vista de Marco para dirigirse a Lana—. ¿Dónde te encontrabas la noche antes de vuestra partida de Galduria? ¿Dónde te encontrabas la noche en que estos hechos ocurrieron?

La joven estaba sobrecogida y había perdido el color en su cara. En realidad, trataba de pensar deprisa, sin conseguirlo, sobre qué responder.

—Esa noche estaba conmigo. Dormía en mi cama —dijo Marco Lupo con toda seguridad y aplomo.

Lana abrió sorprendida sus ojos, clavándolos en Marco.

—¿Estás seguro de lo que dices? —inquirió Severo.

—No tengo la menor duda. Era la víspera de nuestro viaje a Cartago. No me puedo confundir.

—Bien, tomaremos nota de esta declaración y enviaremos a Hispania el correspondiente informe.

Aquella noche, Marco acababa de conciliar el sueño en su dormitorio, cuando se despertó ante la presencia de alguien que, de

momento, le sobresaltó, hasta darse cuenta que se trataba de Lana.

La joven buscó un lado de la cama despejado y se introdujo en ella.

—No me hagas nada, pero, por favor, abrázame —dijo.

Marco se apartó un poco, dejándole sitio en el lecho, extendió su brazo y le dio cobijo en su hombro.

Sintió la dulzura de su cuerpo tierno contra él y el olor de su pelo le embriagó. Su cuerpo reaccionó, pero no hizo otra cosa que cobijarla y acurrucarla con ternura.

Ricimero asistía con prevención y suspicacia a los éxitos de Mayoriano, de los que él mismo procuraba mantenerle informado. Es cierto que le consultaba muchos de los asuntos, pero en otras situaciones actuaba siguiendo su propia iniciativa, lo que le resultaba cada vez más intolerable, porque, en la medida en que lo aceptara, el poder de Mayoriano iría aumentando en perjuicio del suyo. No le había hecho emperador para eso. Tarde o temprano tendría que demostrarle quién tenía el poder real en el Imperio. Los logros del emperador no hacían otra cosa que emponzoñar el ánimo del *magister militum*, que desde hacía tiempo odiaba a Mayoriano, por el que en el fondo se sentía traicionado, aunque no dejase traslucir ese sentimiento.

—El emperador y yo hemos decidido que, una vez puesto orden en los asuntos del Imperio y recuperado el control de la Galia e Hispania, ha llegado el momento de preparar una expedición para recuperar las provincias de África —dijo Ricimero.

A Marco Lupo no se le pasó por alto el comienzo de la frase: «El emperador y yo…». Era evidente que su interlocutor no dejaba pasar ocasión sin autoafirmarse, aclarando que uno y otro estaban a la misma altura y que su voluntad era imprescindible para que el emperador decidiera.

—Resultan asombrosos los éxitos que está consiguiendo nuestro emperador —dijo Marco.

Ricimero le miró un instante de soslayo. Era evidente que soportaba mal las alabanzas a Mayoriano, aunque enseguida recompuso el gesto.

—Ojalá los problemas que tenemos fueran tan sencillos de resolver —dijo el general.

—No cabe duda que tiene mucho mérito el haber conseguido recuperar el control de la Galia e Hispania, perdido desde hace años.

—Claro, claro —dijo Ricimero, tratando de disimular su fastidio—, pero muchas veces se dan soluciones a problemas a costa de que surjan otros. Recuperar la Galia ha supuesto que tenga que volver a pactar con los que fueron partidarios de Avito, concederles margen

para influir y algunos puestos importantes. Esto no va a dejar nada satisfechas a las principales familias del Senado romano. Por otra parte, toda condescendencia con los visigodos, burgundios, francos o suevos es tomada por política filobarbárica, que odian esas mismas familias aquí en Roma. Ya te digo que no todo es tan fácil y tan exitoso como pueda parecer.

—Al menos, sí que podemos reconocer el mérito de intentar acabar con la corrupción generalizada, que tanto daño hace al Imperio —dijo Marco.

—A primera vista, desde luego que sí, pero hasta eso puede resultar más contraproducente de lo que parece —Ricimero hizo una pausa y miró fijamente a Lupo—. Hay algo que no se ha tenido en cuenta. Verás: el sistema no está corrompido; la corrupción es el sistema. Si se pretende acabar con la corrupción, lo que haces es ir contra el sistema. Todos los que se benefician de la misma forman parte del sistema y todos se pondrán contra ti.

A Marco le quedó claro que, si alguien era crítico con el emperador era Flavio Ricimero, y eso no podía augurar nada bueno.

—En fin, ya veremos. En cualquier caso, como ya te he dicho, el emperador y yo hemos decidido que ha llegado el momento de recuperar África y para ello vamos a necesitar ayuda de Constantinopla. He pensado en ti para que encabeces una legación diplomática ante la corte de León I —dijo Ricimero—. Por cierto, tú llegaste a conocer personalmente al actual emperador de Oriente, ¿no es así?

—En realidad, lo conocí en un banquete ofrecido por Aspar y la verdad es que no fue muy expresivo. Parece que tiene alguna dificultad en hablar.

—Según mis informes es mucho más inteligente de lo que por su aspecto aparenta. Estoy seguro de que llevarás a cabo tu misión y conseguirás la ayuda que necesitamos —dijo Ricimero.

CAPÍTULO XXXIII

Mayoriano: la oportunidad perdida

A. D. 459 a 461
1212 a 1214 Ab urbe condita

La misión diplomática de Marco Lupo Serrato en la corte de Constantinopla dio sus frutos. Algo estaba cambiando desde la proclamación como emperador de León I, porque, hasta la fecha, Aspar había sido poco proclive a ayudar al Imperio occidental en sus inacabables problemas con los pueblos bárbaros instalados dentro de sus fronteras. Prometió respaldar con tropas y barcos la campaña de África contra Genserico, proyectada por Mayoriano. Como parte de ese apoyo, ordenó a Marcelino de Dalmacia, *magister militum* del Ilírico, que desembarcara con un ejército en Sicilia y recuperara la isla para Roma.

Marcelino, gran amigo de Aecio, se había rebelado contra Valentiniano III, cuando este asesinó al gran general, y se había retirado a Dalmacia, donde estableció un gobierno autónomo de hecho. El breve reinado de Petronio Máximo había impedido que tuviese ninguna comunicación con la corte. La proclamación de Avito le había parecido una imposición intolerable por parte de los visigodos y a Mayoriano no lo había llegado a considerar como su augusto, por lo que poco a poco había alcanzado una relación fluida con Aspar, que le hacía estar más en la órbita de la corte de Constantinopla que en la de Roma. No obstante, recibió con entusiasmo el encargo de liberar Sicilia, empujado no solo por su sentido del deber, sino por ser consciente de que con su participación contribuía a recuperar la voluntad de ayudar al Imperio de Occidente, que se encontraba en mayores dificultades a cada año que pasaba.

Marcelino era de mediana edad, no muy alto, pero de aspecto fuerte y ojos marrones de mirada incisiva. Aparentaba ser un hombre de carácter acostumbrado al mando. Le gustaba vestir con sencillez, sobre todo en campaña y apenas se distinguía por algún emblema bordado en su pecho, por utilizar un cinturón con hebilla de plata, por

su espada con empuñadura de marfil y forma de cabeza de águila y por cubrirse con un gorro típicamente panonio.

Había embarcado a su ejército en el puerto de Salona, en los barcos enviados por León, que incluían, además de las naves de carga para transportar hombres, armas, víveres, pertrechos y caballos, liburnas suficientes para dar escolta a la flota y varios dromones. Navegaron hasta Tarentum y después a Rhegium, para luego dirigirse al puerto de Catania situado al sur de Mesina, al pie del volcán Etna. Habían logrado sortear a las no menos de treinta liburnas vándalas que patrullaban entre Sicilia, Córcega y la costa italiana.

El dromón era un barco de creación bizantina, basado en la trirreme, pero con mayor capacidad de cargar armas ofensivas, como la balista, que lanzaba dardos de hierro. Estaba también preparado para atacar utilizando el temible fuego griego. Contaba con tres velas triangulares y dos filas de remos, lo que lo convertía en una nave muy veloz.

Además de enviar la flota, el emperador de Oriente le había proporcionado una gran cantidad de oro para atender a las necesidades que pudieran surgir. Parte de ese oro lo utilizó en alcanzar un tratado de *foedus* con los panonios que quedaron con el encargo de defender la frontera del Danubio en aquella zona, donde había dejado algunas cohortes de guarnición al mando de un prefecto de su confianza.

Marcelino se había traído a Sicilia su ejército de campaña compuesto por tres legiones comitatenses de godos, dos *auxilia* de hérulos y tres *vexilationes* de caballería dálmata, además de jinetes *foederati* hunos y godos. Era un ejército veterano y bien equipado al que unió a los más de tres mil efectivos situados en la isla, con lo que contó con unos diez mil para enfrentarse con los varios miles de vándalos, alanos y jinetes mauritanos situados allí por Genserico, concentrados en Agrigentum y Lylibaeum.

Una vez que se hiciera con el control del territorio, una nueva flota de carga, que estaba preparada en Constantinopla, zarparía para abastecerle de suministros.

El *comes* desplegó sus fuerzas entre Catania y Siracusa y comenzó a avanzar a lo largo de la costa sur de la isla, con la caballería de exploradores hunos desplegados, de modo que no tardaron en localizar a los jinetes vándalos, produciéndose varias escaramuzas. Acto seguido continuó avanzando para recuperar el control de Plintis, situada ya cerca y al sudeste de Agrigentum. Mientras él atacaba en el sur, envió a sus *foederati* godos para que acometieran a los vándalos en el oeste, como forma de golpear simultáneamente en Agrigentum y

Lylibaeum, sus dos bases principales.

Los godos ocuparon la llanura entre esas dos ciudades, obligando a los vándalos a encerrarse en esta última e impidiendo que los refuerzos mandados por Genserico pudieran participar en la batalla que se libró en los alrededores de Agrigentum. Tres días duraron los combates, que se decantaron a favor de las fuerzas romanas. El primer día, los hunos aniquilaron a los arqueros y sus auxiliares mauritanos. Al día siguiente los vándalos contraatacaron con sus lanceros, frente a los que se sostuvieron las tropas de infantería de Marcelino, enviando a sus jinetes godos contra el flanco derecho, mientras los hunos y dálmatas rodeaban su flanco izquierdo y terminaban por atacar la retaguardia. La lucha fue feroz y confusa, pero finalmente los vándalos se vieron obligados a retroceder hacia la ciudad, pereciendo el jefe de aquellos, que comandaba las tropas.

Los derrotados pretendieron hacerse fuertes dentro de sus murallas, pero el puerto, que estaba separado, podía ser bloqueado por los atacantes y dejarlos sitiados sin posibilidad de recibir alimentos, con lo que decidieron escapar, una parte embarcando en las naves que allí quedaban y dirigiéndose el resto a Lylibaeum, al nordeste. En esa retirada se produjo un nuevo combate, pero las tropas de Marcelino se encontraban agotadas y los vándalos en fuga pudieron oponer resistencia.

Una flota vándala permitió el reembarque de la mayoría de los que se encontraban en Lylibaeum, mientras los que se replegaban hacia esta ciudad eran acosados por los hunos. La flota volvió a por el resto, pero los buques orientales e ilirios se habían hecho con el control de la costa norte de Sicilia y habían expulsado a las liburnas que vigilaban el puerto de Drepanum. A su vez, las tropas godas cerraron la llanura al norte de Lylibaeum, mientras Marcelino se acercaba desde el sureste. A los vándalos no les quedó otra salida que reembarcar sus fuerzas, no sin antes saquear e incendiar salvajemente la ciudad, durante la semana que duró la operación. Sicilia había sido recuperada.

La cantidad de recursos para la campaña, de los que Mayoriano necesitaba disponer para recuperar las provincias africanas, era inmensa. No solo había que reclutar un número de soldados, que difícilmente podía alistarse en aquellos tiempos, sino que había que dotarlos de armas y pertrechos, así como acumular víveres para su sostenimiento, durante el tiempo que durase la guerra. Además, era necesario contar con una flota suficiente como para transportar hombres, caballos, alimentos y todo el material acumulado para la ocasión, que debía ir con el ejército. Según el número de hombres que

se pensaba desplazar, se iban a necesitar no menos de trescientas naves de transporte, que naturalmente debían ser fuertemente protegidas durante su travesía, por un número también suficiente de naves de guerra, que tendrían que construirse en su mayor parte. Precisamente, otro esfuerzo gigantesco suponía la reparación de los barcos de guerra existentes y la construcción de tantos nuevos como se pudiera en el tiempo disponible.

Las atarazanas del puerto de Misenum tuvieron un papel esencial, pero no fueron las únicas, porque todas trataron de ponerse a su máximo rendimiento. Nada resultaba fácil, porque faltaba de todo, además de que se requerían especialistas, que realmente escaseaban, y se necesitaban artesanos expertos, poseedores de las más diversas pericias y conocimientos.

El aprovisionamiento, el transporte de materiales y la logística adquirieron un protagonismo esencial. Se necesitaba mucha madera, tanta que la tala de árboles hizo temer la completa desaparición de los bosques situados en los Apeninos. La madera no solo era necesaria para la construcción de barcos, sino para la de carros, toneles, grúas y un sinfín de instrumentos necesarios. Resultaba imprescindible una provisión suficiente de cáñamo, esparto, lino, algodón, entre otros materiales para abastecer las fábricas de jarcias y velas; minerales para forjar herramientas, anclas, clavos, espolones de ataque, aros de sujeción, además de armas, cascos y cotas de malla en las fábricas de armas. También se necesitaban todo tipo de cueros, brea, cera, grasa, corcho y cordelaje. Y, sobre todo, mucho dinero. Prácticamente la totalidad de los tributos obtenidos con la recaudación en las provincias recientemente recuperadas tuvieron que destinarse a la preparación de la campaña.

Cuando Marco Lupo Serrato llegó a la conclusión de que su estancia en la corte de Constantinopla iba a resultar más larga de lo que en un principio imaginó, decidió no permanecer en los alojamientos que se le habían asignado en el mismo palacio imperial, como embajador del emperador de Occidente. La corte era un sitio para medrar, pero no para vivir, así que tomó alquilada una enorme mansión, propiedad de Procopio Antemio, senador muy bien relacionado con la corte y con una vinculación estrecha con el emperador León. Era descendiente de Procopio un pariente de Constantino, que intentó usurpar el trono, casi hacía un siglo, en época del emperador Valente. El padre del senador también tenía su mismo nombre y había sido *magister utriusque militae* casi cuarenta años atrás.

Marco Lupo había hecho una buena amistad con el *magister militum*

y patricio. Se había acercado a él, al principio por conveniencia, porque Antemio era muy partidario de apoyar en todo a la parte occidental del Imperio, pero luego, ocurrió que su única hija, de entre cinco hijos tenidos por el matrimonio, la pequeña Alipia, enfermó, sin que los médicos griegos de la corte consiguieran vencer unas fiebres que hicieron temer por su vida. Fue entonces cuando Lana, amante ya de Marco Lupo, se ofreció para tratarla, pues en los campos de Galduria había adquirido conocimientos en el uso de diversas plantas medicinales. Lana utilizó un tipo de adormidera para quitar los dolores de tripa a la niña y cortar la diarrea, y cilantro para limpiar el estómago y bajar la fiebre. La niña mejoró y acabó sanando por completo, lo que le hizo ganarse la gratitud de la esposa de Antemio, Marcia Eufemia. Si el senador tenía peso en la corte, más aún lo tenía su esposa, ya que era la única hija del fallecido emperador Marciano.

Ambos llevaban casados diez años y esta boda había supuesto que Antemio fuese nombrado *comes rei militari* y en su momento enviado al Danubio para fortificar la frontera, que aún se encontraba en desorden, tras la muerte de Atila. A su regreso a Constantinopla, fue nombrado por Marciano como *magister militum* y patricio. El hecho de que fuese designado como cónsul para el año siguiente, junto con el emperador de Occidente Valentiniano III, hizo entrever que Marciano le estaba preparando como futuro emperador para sucederle. De hecho, cuando el emperador murió, el todopoderoso Aspar maniobró para que fuese León y no él quien ascendiera al trono, porque le pareció que podría dominar mejor al finalmente elegido. Antemio, de forma muy inteligente, ante el hecho de que el poder militar no estaba en sus manos, apoyó el nombramiento, lo que le valió el favor del nuevo emperador y no tener en contra a Aspar.

Marco Lupo y Lana estaban bien establecidos en su nuevo hogar y disfrutaban de un amor que cada día se hacía más profundo y tan apasionado como tierno. Él tuvo con ella toda la paciencia y consideración que pocos hombres en su situación habrían empleado. A Lana le costó mucho mantener unas relaciones normales con el hombre al que amaba, pues el episodio de su violación le resultó difícil de superar, hasta que la comprensión y la delicadeza de Marco le hicieron sentirse segura y confiada, lo que hizo que ella acabara por entregarse. Oficialmente formaba parte de la servidumbre, aunque de puertas para adentro fuese la señora de la casa. Marco había llegado a proponerle matrimonio, pero fue ella la que se negó. Era muy consciente de las circunstancias que les rodeaban. Que un hombre del rango de Marco se casara con una sirvienta no podía sino generar un escándalo, que acabaría por destruir el prestigio de quien era el

representante diplomático del emperador de Occidente en Constantinopla.

En Hispania, los suevos volvían a crear problemas y a dificultar la recaudación de tributos, tan necesarios en estos momentos.

—Es mi deseo situarme en Tarraco para seguir organizando la campaña contra Genserico —dijo Mayoriano al *magister militum* romano Nepociano y al *comes* godo Suneirico, a los que había convocado—, pero esto no va a ser posible si no recuperáis la Bética.

Ambos generales reunieron un ejército de campaña en Narbo Martius y partieron hacia Hispania siguiendo la vía Augusta. No consiguieron el éxito que esperaban y la situación se hizo tan crítica, que el emperador en persona tuvo que desplazarse a la península, donde, en lugar de situarse en Tarraco, lo hizo en Caesaraugusta, ciudad en la que entró desplegando toda la pompa derivada de su dignidad. Finalmente, cuando la situación volvió a controlarse, se dirigió a Cartago Nova.

Nepociano y Suneirico supieron cumplir la misión en Hispania que Mayoriano les había encomendado. Primero pacificaron todo el norte, reduciendo a los bagaudas para después trasladar al ejército a Gallaecia, donde derrotaron decisivamente a los suevos, al mando de Agiulfo, en Lucus Augusti. Posteriormente, las tropas se dirigieron hacia el sur para retomar el control de la Lusitania, con lo que se completó el dominio del oeste peninsular.

Situado el emperador en Hispania, los preparativos para la campaña se aceleraron notablemente, aunque no sin enormes dificultades, pues pudo comprobar hasta qué punto la provincia se encontraba devastada por medio siglo de presencia, destrucción y guerras de los bárbaros invasores. Las dimensiones del ejército que se pretendía movilizar eran tan enormes que muchas ciudades manifestaron su incapacidad para aportar los aprovisionamientos que se les requerían y tampoco disponían del oro que Mayoriano pretendía recaudar. Los terratenientes, en muchas zonas, se habían acostumbrado a tener que defenderse por sus propios medios, poniendo en pie cohortes urbanas y milicias privadas, que les permitían cuestionar algunas órdenes imperiales.

Mayoriano hizo una gira por las principales ciudades de Hispania, como Tarraco, Caesaraugusta, Emerita Augusta, Hispalis o Corduba, para negociar, presionar o convencer a las élites locales para que aportaran los medios que se necesitaban. Consiguió así que un número importante de buques de carga se alistaran en los distintos puertos de la costa. También logró que la flota de naves de guerra del sajón Ulrico, con cuyos servicios se había hecho, se fuese incrementando,

tanto con las liburnas incautadas, como alguna de las que se terminaban de construir.

Tras dos años de arduos trabajos, que parecían no tener fin, Mayoriano estaba impaciente por embarcar a las tropas e iniciar el ataque.

—Es muy importante que elijamos con cuidado el lugar de desembarco —dijo el emperador.

—¿Qué tienes pensado, augusto? —preguntó Nepociano.

—Creo que lo que más nos conviene es desembarcar en el África protoconsular, lo más cerca posible de Cartago.

—¿No crees, augusto, que es alargar el viaje demasiado? Un desplazamiento así nos pone en riesgo de que la flota vándala localice la nuestra y nos provoque pérdidas que no podamos asumir y pongan en riesgo todo.

—Desembarcar en la Mauritania —dijo Mayoriano— es más seguro para la flota, porque el viaje se acorta considerablemente, pero Genserico tiene en los pasos de montaña tropas apostadas suficientes para someternos a un desgaste peligroso, aparte de que elevaría nuestras necesidades de abastecimiento.

La información era buena porque en los dos últimos años se había desplegado una amplia red de espías a lo largo de las provincias africanas y se conocía bien la disposición y fuerzas con las que contaba el enemigo.

En Roma había corrido el rumor, fomentado por el mismo emperador, en favor de incrementar su prestigio, de que el propio Mayoriano disfrazado se había integrado en una legación diplomática y se había presentado ante Genserico para observar personalmente su capacidad militar y el estado de sus defensas. Era falso, pero convenía que se creyera, porque daba ante el pueblo un halo de leyenda al soberano.

—Tenemos que hacer lo imposible para terminar con los preparativos y comenzar la campaña cuanto antes —dijo Mayoriano, que, no solo estaba preocupado por el coste del mantenimiento del ejército concentrado y en espera, sino por el hecho de permanecer alejado tanto tiempo de Roma y Rávena, donde Ricimero, del que comenzaba a desconfiar, hacía y deshacía a sus anchas—. ¿En qué estado se encuentra la dotación de nuestros barcos?

—Disponemos de cuarenta y dos liburnas, de las que once están bajo las órdenes de Ulrico. Estas son las únicas que se encuentran completamente pertrechadas, tanto de tripulación como de armamento. Disponemos de treinta y una nuestras, que se encuentran aparejadas y listas para zarpar, pero nos faltan tripulantes de todo

tipo, desde trierarcas a marineros. Faltan pilotos, pausarios, contramaestres, especialistas en atraque y desatraque, cómitres y otros —dijo Nepociano.

—Si es necesario utiliza la fuerza para enrolar marineros.

—Ya lo hemos hecho, augusto. Todos los hombres útiles para navegar están enrolados a bordo de nuestras trescientas naves de transporte.

A Genserico los años comenzaban a pesarle. Había cumplido setenta y dos, cosa que pocos lograban. El poco pelo que le quedaba estaba completamente encanecido y su cara era la de un viejo lleno de arrugas y con marcadas bolsas en los ojos. Unos ojos grises que, sin embargo, se negaban a perder esa mirada incisiva, penetrante y llena de determinación que le había caracterizado durante toda la vida, mostraban que mantenía la voluntad y el carisma que le habían convertido en el gran soberano que era.

Se encontraba reunido con sus hijos Hunerico y Gento, así como con sus generales Gunterado, Eladio y Heldica.

—¿Nuestros enviados podrán conseguir algo? —preguntó el rey.

Con el fin de ganar tiempo y crear dificultades al emperador, Genserico había desplegado una infatigable labor diplomática por todo el Mediterráneo, buscando que los aliados abandonasen a Mayoriano o que la corte oriental retirase su apoyo.

—Solo hemos conseguido que nos den largas —dijo Hunerico—. En cuanto a los diplomáticos que hemos enviado al propio Mayoriano, no han sido ni siquiera recibidos.

—Se siente fuerte —dijo Genserico—. ¿Qué dicen nuestros espías? —preguntó.

—Son unos treinta mil hombres los que al parecer ha conseguido reunir —dijo Eladio—. Y dispone de unas cuarenta liburnas.

—¿De cuántas podemos disponer nosotros? —preguntó el rey.

—De treinta, padre, en disposición de combatir de inmediato —dijo Gento, como jefe de la flota.

—No pienso esperar mansamente a que nos ataquen. No les voy a permitir que elijan el momento y el lugar. Si queremos sobrevivir, la iniciativa debe ser nuestra.

Más allá de ayudar a recuperar Sicilia, Constantinopla no estaba en disposición de cooperar con demasiados medios para la conquista del África en ese momento, al menos en los términos en que se había comprometido en principio. Genserico había enviado embajadores a León I, para procurar que no se apoyase a la parte occidental en sus aspiraciones. Astutamente, el emperador de Oriente supo sacar partido de la situación y convertir la falta momentánea de medios para ayudar

a Mayoriano, en lo que simuló ser resultado de un acuerdo con el jefe vándalo. En ese pacto se logró incluir, no sin antes pagar un fuerte rescate, la devolución de Licinia Eudoxia, la princesa Placidia y Gaudencio, el hijo de Aecio, que se encontraba con ellas. Eudocia, la otra hija de Licinia y Valentiniano III, que estaba casada con Hunerico, permaneció en Cartago junto a su marido. A principios del año siguiente, tras siete de cautiverio, regresaron a Constantinopla. La augusta volvía a aquella corte tras veinticinco años de ausencia.

En previsión de un desembarco en Mauritania, Genserico ordenó envenenar todos los pozos de la región, hizo que se tomaran los pasos de montaña y situó fuerzas suficientes para hostigar al enemigo si se presentaba allí. Pero, además, hábil como siempre, hizo que algunos piratas que le eran fieles se ofrecieran a cooperar con la flota imperial y se incorporasen a ella. También logró que gente de la Bética que estaban de su parte se incorporasen y fuesen instrumento para sobornar a todo jefe romano que estuviera dispuesto a venderse.

La inminente botadura de cinco liburnas nuevas en los astilleros de Gades, Malaca y Tarraco, y su incorporación a la armada marcarían el momento del inicio de la campaña. Poco a poco, la flota se estaba concentrando, pero no todos los barcos cabían en la bahía de Cartago Nova, por lo que fue necesario distribuirlos entre este puerto y la vecina Illici Augusta (Elche).

Gento, el almirante de la marina vándala, había concentrado sus fuerzas navales en Portus Magnus, en la costa de la Mauritania Cesariana.

—¿Cuál es la última información de que disponemos? —preguntó el hijo de Genserico.

—Mayoriano dará orden de zarpar de modo inminente, en cuanto concluya la concentración de sus barcos, que en este momento se está llevando a cabo, tanto en Cartago Nova, como en el cercano puerto de Illici —le respondió Eladio, que controlaba la red de espías desplegados en Hispania.

—¿Cuándo crees que puede ocurrir eso?

—En cuanto terminen de dotar y abastecer las naves que aún no lo han hecho. Sabemos que algunos barcos han desmontado los aparejos para su reparación y otros no tienen a su tripulación a bordo —dijo Eladio.

—Es el momento. No podemos demorarnos más. Es ahora cuando debemos atacar —dijo convencido Gento.

Eligieron zarpar con la marea, aprovechando la tregua que daba el que hubiese dejado de llover, pues durante algunos días, unas fuertes tormentas habían impedido la salida. Gento había decidido realizar la

última aproximación al puerto enemigo de noche, para aprovechar que casi no había luna.

A unas diez millas de la ensenada de destino había una pequeña isla deshabitada que sirvió de punto de reunión de las naves vándalas.

—Nos aproximaremos utilizando solo los remos. Recoged las velas. No quiero que sean un impedimento para nuestra artillería o que acaben incendiadas por accidente —ordenó Gento a sus *magister navi*.

Durante algo más de dos horas, los remeros se emplearon a fondo para mantener, a pesar de la marea, un ritmo de boga constante, que les hizo vislumbrar la entrada a la bahía, incluso antes de lo previsto. La flota se mantuvo lejos de las rocas costeras y rodeó el cabo más sobresaliente que daba acceso al interior.

—Despliegue en abanico, formación abierta y boga de ariete contra las liburnas enemigas. Que nadie pierda el tiempo con los transportes. Ya habrá un momento para incendiarlos. Embestid a las naves de guerra —ordenó Gento—. De estas incendiaremos solo las que no podamos apresar o hundir.

El hijo de Genserico estaba al mando de la liburna Fides, que fue la primera en embocar la bahía. Le seguían de cerca seis liburnas que comenzaron a desplegarse al ritmo de la máxima boga, eligiendo cada una el barco de guerra romano que mejor ofreciera su costado. La nave almirante, fuertemente impulsada por los poderosos brazos de sus remeros, que se movían a un ritmo frenético, alcanzó en el costado a una nave enemiga, a la que partió una cuaderna, elevándola un momento sobre el agua. La madera de su casco se partió produciendo un gran estrépito al clavársele el espolón de bronce. Varios tripulantes salieron despedidos por la borda y fueron a parar al agua.

Otras muchas liburnas romanas fueron sufriendo la misma suerte. Sus tripulantes, cogidos por sorpresa y poco armados, apenas pudieron oponer resistencia y sucumbieron con facilidad, casi sin lucha, a las hachas y espadas de los vándalos, cuando no ahogados al intentar escapar, saltando por la borda y hundiéndose por el peso de sus cotas de malla.

—*Sacra maiestas*, ¡están atacando nuestra flota en el puerto! —despertó Nepociano al emperador, penetrando en su dormitorio, ante las protestas del *comes sacri cubiculi*, que los seguía torpemente sin alcanzarlo.

—¿Qué dices? —dijo Mayoriano, apenas despierto y no plenamente consciente de lo que estaba oyendo.

El emperador salió de su lecho y se hizo vestir con su atuendo militar. Nada podía hacer. Situado en el edificio del almirantazgo, solo pudo contemplar impotente cómo las naves que aún no se habían

hundido ardían en llamas consumiéndose sin remedio. Todo el esfuerzo, todos los recursos empleados durante los tres últimos años se perdían en apenas unos instantes, ante sus ojos sin poder hacer nada por remediarlo.

El sajón Ulrico había sido el primero en llegar al puerto.

—Lo sabía —era lo único capaz de musitar en voz baja contemplando aquel espectáculo tan desolador de sus naves en llamas. Mil veces había advertido del peligro de demorar la salida y no partir antes con los barcos de los que se dispusiera. Conocía bien a Genserico y sabía que demorarse podría suponer un suicidio, pues no era hombre que se quedara esperando ser atacado.

Las pocas liburnas romanas que estuvieron en condiciones de maniobrar fueron abordadas y capturadas. Los vándalos que saltaron a tierra se desplazaron hacia las murallas con ánimo de saquear la ciudad y obtener un cuantioso botín, pero las puertas habían sido cerradas y la artillería desde las torres comenzó a lanzar piedras contra las naves atacantes, por lo que el combate terminó y la flota vándala comenzó a salir de puerto, llevándose consigo una docena de liburnas aprehendidas. De las cuarenta y dos con las que contaba la flota imperial, treinta y seis habían sido destruidas o capturadas.

La batalla había durado toda la noche y el día siguiente entero. Cuando anocheció nuevamente, Gento puso rumbo al sur con destino a Portus Magnus, para hacer escala antes de dirigirse triunfador a Cartago, no sin enviar media docena de barcos de guerra a Portus Illicitanus para destruir cuantos barcos de transporte pudiera hundir, cosa que se logró, causando un gran estrago en aquel puerto.

Mayoriano ni siquiera sintió alivio cuando vio que las naves del odiado Genserico se alejaban del puerto, ahora iluminado por la luz desprendida por la flota romana en llamas. El emperador, desde aquel momento, parecía ajeno a todo. Incluso parecía estar ajeno de sí mismo. Su cabeza no dejaba de dar vueltas a lo ocurrido, incapaz de asimilar el desastre en toda su dimensión. No se trataba de una derrota. No, porque a cualquier derrota, por terrible que sea, antes o después, quien la sufre puede llegar a sobreponerse. Esto era algo más: esto era una gran oportunidad perdida; quizás la última y, desde luego, aunque todavía no había sido capaz de reconocerlo ante sí mismo, significaba su final. En unas horas se habían dilapidado todos los recursos generados por el Imperio durante los últimos tres años.

Lejos de conseguir acabar con Genserico y recuperar las ricas provincias africanas, había quedado claro para todos en el Mediterráneo que el rey vándalo era alguien con el que se debía contar. Más le valía a todos estar a bien con él o, en caso contrario,

contar con un poderoso ejército y recursos para sostenerlo, porque no era fácil acabar con quien así sabía defenderse. Ahora el vándalo podría campar a sus anchas por el Mediterráneo, sin que Roma tuviese una flota que oponerle. Casi con toda seguridad, las islas volverían a caer en sus manos.

Por otro lado, la fuerza militar de los visigodos, con los que Mayoriano había contado para recuperar Hispania e imponer su jurisdicción en la Galia, que habían estado motivados por el odio que sentían por los vándalos africanos, ahora sería utilizada en favor de los propios intereses de Teodorico II, que en la península había actuado en nombre de Roma. Sin embargo, el poder militar efectivo era suyo, lo que llevaba a su vez a que la aristocracia galorromana estuviera inclinada a llevarse bien antes con los visigodos, con los que convenía a sus intereses estar en armonía, que con un Mayoriano fracasado. En lugar de sumar las provincias africanas a las ya recuperadas, el control efectivo sobre estas no tardaría en perderse, sobre todo en favor de los visigodos, amos realmente de Hispania y gran parte de la Galia.

El ejército reunido bajo sus órdenes directas no tenía otro destino que disolverse en gran parte, ante la expectativa evidente de que no podría ser pagado. Y luego tenía que pensar en Ricimero, respecto del que aumentaba su desconfianza a cada día que pasaba. Llegó a plantearse si el desastre sufrido no sería fruto de una traición en la que él hubiera estado implicado. Ahora, evidentemente, era el hombre más poderoso del Imperio, al que ya no podía oponer su rango como emperador ni el prestigio que sus primeras victorias le habían proporcionado, y que tanto habían contribuido a aumentar su reputación como buen gobernante, además de todas las medidas que había tomado para que la recaudación de tributos fuese más justa o para terminar con la corrupción.

Mientras todo fue bien, nadie se opuso, al menos abiertamente, pero ahora, tras la derrota, estaba convencido de que Ricimero actuaría para que de ninguna forma se le pudiera vincular a él con ese desastre. Por otro lado, el *magister militum* llevaba suficiente tiempo maniobrando para poner en contra del emperador, ausente en los últimos años de la corte, a cuantos estaban afectados negativamente por las reformas, es decir, fundamentalmente todos aquellos a los que convenía, porque se beneficiaban, de la corrupción que Mayoriano había pretendido erradicar.

El emperador tenía que volver a Roma, pero era consciente de que nada bueno le aguardaba. Dejó a Nepociano a cargo de Hispania y se dirigió a Arelate, donde disolvió el ejército que ya no podía pagar. A

finales de julio se encaminó hacia Italia rodeado de su guardia personal de francos. No llegó a entrar en la península. El 3 de agosto, fue interceptado por la guardia burgundia de Ricimero, al mando de Wilfrido a pocas millas de Placentia. La guardia franca del emperador no era tan numerosa como la fuerza enviada por el *magister militum* desde Roma y poco pudo hacer para evitar que el augusto fuese capturado y despojado de sus insignias imperiales.

Mayoriano fue atrozmente torturado durante cinco días y finalmente decapitado por orden de Ricimero. Era el cuarto emperador que moría asesinado en los últimos cuatro años.

El verdadero amo de Occidente no tenía ninguna prisa en nombrar un nuevo emperador, ya que se encontraba a sus anchas ejerciendo un poder que no iba a dejarse disputar por nadie. Así que, cuando decidiera poner a un nuevo soberano en el trono, este no sería como el que acababa de morir. Se tomaría su tiempo para elegir a un emperador dócil, que fuese incapaz de intentar hacerle sombra o crearle problemas. De momento, decidió quitarse de en medio a otro rival. Marcelino era ahora el único general con fama y prestigio, además de él mismo, como para resultar un rival molesto. Su campaña exitosa en la recuperación de Sicilia le había convertido en un personaje popular y admirado tanto en Roma como en Rávena. No pensaba darle ninguna oportunidad de incrementar su reputación, de modo que pudiera ambicionar su puesto o el trono.

Sobornó con largueza a mandos y soldados bajo sus órdenes en Sicilia, de modo que la situación llegó a hacerse tan insoportable para Marcelino, que embarcó a las tropas que le habían acompañado en aquella campaña y regresó a Dalmacia.

Finalmente, elevó al trono de Rávena al senador Libio Severo, un hombre de cuarenta y un años, dócil y de escaso carácter, más interesado en sus lecturas que en los asuntos de gobierno.

El 10 de noviembre murió el papa.

Para el pueblo de Roma fue el hombre santo que había impedido, con la ayuda de Dios, que Atila saqueara Roma. Encarnaba el triunfo de la palabra sobre las armas, de la fe sobre la barbarie y se formó la imagen en la conciencia colectiva de una Iglesia como poder político más sólido que el propio Imperio. Cuando seis años atrás, Genserico saqueó Roma, logró del vándalo que se respetase la vida de las personas y que la ciudad no fuese incendiada.

Como papa asumió el título de Pontificex Maximus, que había sido abandonado por los emperadores hacía ya casi sesenta años. León I el Grande había sido papa durante los últimos veintiún años. A lo largo de su pontificado llegó a conocer a cinco emperadores en el trono de

Occidente, siendo el reinado más largo el de Valentiniano III, asesinado seis años atrás, y al que divertía mucho invitarlo a las bacanales a las que era tan aficionado el emperador.

Había luchado con éxito contra el maniqueísmo, que desde África se había extendido por Italia, el pelagianismo, que había rebrotado en Aquilea y el priscilianismo que se mantenía en Hispania. Diez años atrás, en el Concilio de Calcedonia hizo proclamar la divinidad de Cristo, como consustancial al Padre por su divinidad, afirmando la doble naturaleza humana y divina, en contra de lo que se afirmó en el Concilio de Éfeso, que León definió como el Latrocinio de Éfeso. Consolidó la primacía del obispo de Roma como sucesor de Pedro.

Le sucedió el papa Hilario.

CAPÍTULO XXXIV

Libio Severo, emperador títere

A. D. 462 a 466
215 a 1219 Ab urbe condita

Durante los tres meses en que el trono de Occidente se mantuvo vacante, las insignias reales, como la diadema, el manto púrpura o el anillo, todas ellas arrebatadas a Mayoriano cuando fue ejecutado, estuvieron depositadas en la sala del trono, a la espera de que un nuevo soberano fuese proclamado. La actividad diplomática fue incesante. León I, ante la falta de sucesores legítimos del último emperador de Rávena, que en los últimos tiempos volvía a residir habitualmente en Roma, reclamaba ser reconocido como el único emperador de ambas partes del Imperio, o al menos, que se tuviese en cuenta su derecho a presentar un candidato que considerase idóneo.

Por su parte, Genserico apoyaba la candidatura de Anicio Olibrio, esposo de Placidia, hija de Valentiniano III, emperador de Occidente, nieta de Elia Gala Placidia y biznieta del gran Teodosio I, por esa rama paterna. Placidia, por su madre, Licinia Eudoxia, era nieta de Teodosio II, emperador de Oriente, biznieta de Arcadio y también tataranieta de Teodosio el Grande.

El rey vándalo apoyaba esta candidatura, a través de sus embajadores en la corte de Constantinopla y Rávena, como una solución de compromiso que contentara a todos, pues la princesa descendía de la dinastía valentiniana, predominantemente occidental y de la teodosiana más oriental y, estando apoyada por él, la paz se garantizaría por largo tiempo.

Astuto, como siempre, todo aquello que trataba de hacer ver era muy cierto, pero lo que pretendía era situar a Placidia en el trono, porque era hermana de Eudocia, la mujer de su hijo Hunerico. Él se había convertido en el amo y señor del Mediterráneo, que dominaba desde las columnas de Hércules a la costa gala y hasta la desembocadura del Nilo, y disponía de cuanta riqueza pudiera necesitarse. Si su candidato triunfaba, le apoyaría con todo lo que

tenía a su disposición. El trigo, el aceite y todos los alimentos producidos en África fluirían a Roma. Apoyaría al nuevo emperador financiera y militarmente con el envío de tropas vándalas. Los odiados visigodos serían barridos de la faz de la tierra. Se recuperarían de una vez para siempre las provincias de la Galia e Hispania. El control del mar aseguraría la recuperación del comercio marítimo y la prosperidad volvería a Roma, que recuperaría su grandeza.

Naturalmente, esto no se haría en beneficio de Olibrio. Llegado el momento y cuando fuese conveniente este desaparecería de la escena y sería el hijo del rey vándalo, casado con Eudocia, investida de la misma legitimidad que correspondía a Placidia, quien ocupase el trono de un Occidente próspero, pujante, fuerte y recuperado.

Sería por fin su nieto Hilderico, ahora de apenas un año, que llevaba en su sangre, como único descendiente varón, la legitimidad, tanto de las dinastías valentiniana y la teodosiana, como la de su regia estirpe vándala, quien heredaría el trono y el reino de África. Roma volvería a ser eterna, bajo la soberanía de un vándalo.

Sin embargo, Ricimero, a sus cincuenta y siete años, no era fácil de embaucar y no iba a dejar que en esta ocasión nadie pusiera en peligro su posición o coartara su poder y decidió nombrar a Libio Severo, el 19 de noviembre del año que acababa de terminar.

Las consecuencias no se hicieron esperar. León I no reconoció al nuevo emperador. Egidio, que gobernaba en nombre del Imperio, pero de forma prácticamente autónoma el norte de la Galia, se negó a obedecer al designado y reunió a sus *foederati* francos y, con el apoyo del *rex* Childerico, movilizó el ejército de la Galia preparándose para la guerra.

Ricimero no disponía de tropas suficientes para hacerle frente, ya que solo podía utilizar a los *foederati* burgundios y las *auxilia* del ejército presencial de Italia, recientemente reconstruido con reclutas germanos. Pidió entonces ayuda militar a Nepociano, *magister militum* en Hispania, pero este, además de que despreciaba a Ricimero, no disponía de fuerzas de las que pudiera prescindir para enviárselas.

No tuvo más remedio entonces que utilizar la influencia del *comes* galorromano Agripino, al que envió a Tolosa para negociar con Teodorico II, que no había podido extender más sus dominios en la Galia, porque precisamente Egidio se lo había impedido.

El *rex* visigodo aceptó un tratado de *foedus* para enfrentarse a los francos de Egidio, pero supo ver la oportunidad y la aprovechó. Exigió que le fuese entregada la ciudad de Narbo Martius y esta exigencia, ante el grave momento que se vivía, se aprobó, tras décadas de luchas por impedirlo. Teodorico conseguía así, no solo un sueño por el que su

pueblo luchaba desde hacía cuarenta años, como era tener una salida al Mediterráneo, sino que se hacía con el control de la vía Augusta, que era la calzada que comunicaba la península italiana con Hispania, lo que no podía dejar más en evidencia que, bajo el aparente control del Imperio de esas provincias, a través de reyes bárbaros que actuaban formalmente en nombre del emperador, en realidad, el hecho cierto es que se daban por perdidas.

Y, por supuesto, Marcelino de Dalmacia no quiso saber nada del nuevo soberano, con lo que, de hecho, Ricimero podía presumir de tener todo el poder en el Imperio occidental, pero su dominio no iba más allá de lo que abarcaba la península italiana.

Genserico convirtió la piratería en el Mediterráneo en una verdadera plaga. Los vándalos multiplicaron sus acciones de saqueo sobre las playas de Hispania, Liguria, Toscana, Campania, Lucania, Brucio, Apulia, Calabria, Venecia, Dalmacia, Epiro, Grecia y Sicilia. Y todo ello fue ocurriendo, mientras que, a pesar del ejemplo de su rey, nada inclinado a la vida de lujo y vicio, vándalos y alanos, nacidos ya en África, hijos y nietos de los guerreros que habían luchado como conquistadores sacrificados, que todo lo habían conseguido para ellos, se habían acomodado al disfrute de las delicias de la vida hedonista que los baños, jardines, placeres y riquezas su triunfo les proporcionaba. No estaban ya entusiasmados ni inclinados a soportar las fatigas y los peligros que las guerras suponen. Como guerreros, con cada vez mayor frecuencia, estaban siendo reemplazados por moros, romanos, cautivos, salteadores, forajidos y cuantos mercenarios quisieran vender sus servicios.

Sonaron unos golpes en la puerta principal de la *domus* de Marco Lupo. No podía decirse que fuesen golpes violentos o demasiado fuertes, pero de madrugada, con la noche cerrada, cualquier ruido suena de una forma que es capaz de despertar a los moradores de una casa.

Marco Lupo yacía junto a Lana en el lecho que compartían. Ella con un sueño más pesado dormía plácidamente, tras una velada de amor en la que ambos habían gozado de una relación que cada vez les estaba uniendo de una forma, que ninguno de los dos hubiese esperado nunca. Él se despertó enseguida, se puso algo por encima y salió del dormitorio para dirigirse a las escaleras que bajaban hasta el atrio.

El mayordomo había atendido la puerta y se dirigía hacia donde se encontraba Marco, seguido por un eunuco, que llegaba custodiado por varios miembros de la guardia palatina.

—¡Salve, Marco! Traigo el encargo de la nobilísima Marcia

Eufemia de llevar a su presencia, en el palacio imperial, a un miembro de tu casa. ¿Puedes avisar a Lana? Debe acompañarme de inmediato —dijo el eunuco.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Para qué se le reclama? —preguntó Marco, no sin cierta preocupación en su tono de voz.

—No se me ha informado, *domine*. Solo se me ha ordenado que la acompañe a palacio. Los guardias que vienen conmigo son para velar por su seguridad, siendo como es de noche. No creo que debas preocuparte, ni tú, ni ella.

La situación no podía causar mayor extrañeza. Que la esposa de Antemio reclamase la presencia en palacio de Lana era cuando menos sorprendente. ¿Qué hacía a esas horas en palacio? Y ¿para qué podía requerir la presencia de Lana con esa urgencia?

—¿Voy a avisarle, *domine*? —preguntó el diligente mayordomo.

—No. Esperad aquí. Iré a buscarla yo.

Marco sabía que si era el mayordomo quien la despertaba y veía que él no se encontraba a su lado, seguramente se sobresaltaría, así que subió las escaleras que conducían a los dormitorios en el primer piso.

Ambos se vistieron rápidamente.

—¿No te han dicho nada de para qué me quiere ver Marcia Eufemia a estas horas?

—No. Quien viene a recogerte dice que solo tiene instrucciones de acompañarte y que no debemos preocuparnos.

Bajaron rápidamente, preparados para seguir al eunuco.

—Mis órdenes son llevarla solo a ella. Tú debes quedarte —dijo el eunuco, dirigiéndose al dueño de la casa.

Lana, viendo la cara de perplejidad que ponía y, para evitar cualquier tipo de discusión, apretó un momento el brazo de Marco y tomó la iniciativa dirigiéndose a la puerta.

—Vamos —dijo.

El eunuco y los guardias tuvieron que seguirla por el atrio.

Llegaron al palacio y se dirigieron a los aposentos privados de la emperatriz, donde cambiaron los guardias que acompañaban a Lana por aquellos que custodiaban los dormitorios.

—Por fin llegas —dijo Marcia Eufemia que la esperaba en una antesala.

—¿Qué ocurre? —dijo Lana.

—La pequeña Leoncia Porfirogénita se muere.

Se refería a la hija menor del emperador y de la augusta Elia Verina, que solo había cumplido cinco años.

—Pero yo… —dijo Lana con un balbuceo.

—Tiene los mismos síntomas que tenía mi hija y tú supiste curarla —dijo Marcia, cogiéndola de un brazo—. ¡Vamos!

Pasaron a una estancia interior. Allí se encontraba la emperatriz, Elia Verina, sentada junto al lecho de su hija enferma.

La soberana era una mujer joven de unos veintidós años, de aspecto atractivo, que llevaba algo más de cinco casada con el emperador León, que a sus sesenta y dos parecía ser su abuelo.

Lana bajó la vista, dio dos pasos en dirección a donde se encontraba la augusta y comenzó a arrodillarse, tal y como prescribía el protocolo de la corte.

—Déjate de ceremonias. No es el momento —dijo Verina con un tono perentorio—. Tienes que curar a mi hija.

—Pero, augusta… —dijo un hombrecillo viejo y calvo, que parecía estar en los huesos, desde un extremo del dormitorio y con apariencia de no saber en dónde meterse.

—¡Cállate inútil! —dijo Verina al que era el médico privado del emperador.

Lana se acercó al lecho y puso su mano en la frente de Leoncia, que se encontraba semiinconsciente. Estaba ardiendo de fiebre. Los síntomas eran los mismos que había presentado hacía algún tiempo Alipia, la hija de Marcia.

—No entiendo cómo permitís que esa puta de Marco Lupo se acerque siquiera a la princesa —dijo casi susurrando Flavia, esposa de Aspar.

Flavia había hecho planes para una de sus sobrinas que había quedado huérfana. Casarla con el heredero del más importante banquero de Roma era una buena solución para su futuro. Además, Lupo, antes o después, regresaría a la corte de Occidente, donde estaría muy bien tener a un aliado como familia. Por tanto, Lana estorbaba a sus planes.

—Ella salvó a mi hija —dijo Marcia, algo indignada por el reproche.

—Tu hija se curó porque Dios lo quiso —respondió rotunda la mujer de Aspar.

Marcia hizo un gesto de desdén y se situó junto a la emperatriz.

En esta ocasión, además de la adormidera para quitar los dolores de tripa y cortar la diarrea, el cilantro para limpiar el estómago y bajar la fiebre, empleó silfio, cuyo poder curativo era inmenso, en casos de fiebre alta y persistente. Pasados unos días, la niña mejoró. Lana siguió prodigando sus cuidados y acabaron por encariñarse, con lo que Elia Verina la reclamaba con frecuencia para que cuidara de la pequeña. Con ello, se convirtió en habitual su presencia junto a la

augusta, para envidia y disgusto de no pocas damas de la corte, sobre todo instigadas por Flavia.

En Sicilia, sin las tropas de Marcelino, Genserico volvió a ordenar que la isla se atacase, logrando establecer bases en Portus Siracusanus, Caralis y, la que en su mayor parte habían convertido en ruinas, Lylibaeum, además de Pollentia, en la isla Maior, en las Baleares. Además, se hicieron incursiones contra Sardinia, Corsica, las demás islas Baleares, y las costas del Lacio y Campania.

Sin buques con los que combatir a las liburnas vándalas, Libio Severo envió una embajada a la corte de Constantinopla, pidiéndole que mediara ante Genserico, pues sus embajadores eran todavía bien recibidos allí.

Marco Lupo colaboró en las gestiones de la legación occidental y consiguió que León I, con el consentimiento de Aspar, enviara a Cartago a Filarco, reputado diplomático que anteriormente había conseguido la devolución de Licinia Eudoxia y Placidia, encabezando una legación diplomática. Esta vez, el embajador no las tenía todas consigo, porque pretendía lograr que el rey vándalo dejase de acosar las costas italianas sin poder ofrecer mucho a cambio, pues llevaba instrucciones de no ceder Corsica, Sardinia o Sicilia.

A su solicitud de que cesaran los ataques en el Mediterráneo, Genserico respondió que estaba de acuerdo, siempre y cuando se le cediera la posesión pacífica de Sicilia y Corsica, para lo que estaba conforme en renunciar a Sardinia y las Baleares. Parecía que Genserico ofrecía algo, pero teniendo pleno dominio del mar y careciendo el Imperio de flota que oponerle, la renuncia a Sardinia y las Baleares era algo que no se sostendría en el tiempo y, antes o después, ambas acabarían de nuevo en poder de los vándalos. Un acuerdo así era imposible y la embajada tuvo que regresar con las manos vacías.

Lana se encontraba en su tocador arreglándose el maquillaje.

—El mayordomo me dice que Flavia, la mujer de Aspar, te ha enviado un regalo —dijo Marco Lupo.

—Menudo chismoso es, que te lo tiene que contar todo —dijo ella.

—Es que me parece raro.

—¿Por qué te parece tan extraño? —dijo Lana, que en el fondo tampoco entendía muy bien el gesto de Flavia.

Marco se abstuvo de decirle que no era un secreto que aquella mujer despreciaba a Lana. Era sabido que trataba de convencer a la augusta, siempre que tenía ocasión, de que no la invitase a la corte, porque, aunque arriana como su marido, como cristiana, encontraba escandaloso que conviviera con Marco sin que estuviesen casados.

Tampoco una boda era solución a los ojos de esta maledicente y quienes le prestaban oído o estaban de acuerdo, porque el matrimonio con ella resultaría escandaloso e inaceptable por la diferencia de rango social entre ambos. Lo que no sabía Marco es que Lana estorbaba en los planes de Flavia de verlo casado con su sobrina.

—No…, no, por nada —dijo él—. Y ¿puedo saber qué te ha regalado?

Lana cogió del tocador un bote de perfume tan valioso que estaba envasado en un pequeño frasco de cristal de color azul. Alargó la mano para dárselo y Marco lo cogió de forma tan torpe que cayó al suelo haciéndose trizas. La botellita fue a romperse junto a sus sandalias y todo el líquido le salpicó en uno de sus pies desnudos.

—Bueno, oler…, no parece que huela mal —dijo ella a la que no le importó perder el perfume, pues sentía el rechazo de Flavia, no guardaba ninguna simpatía hacia ella y tampoco entendía a qué venía ese valioso regalo.

Ambos rieron.

Marco comenzó a notarse mal a lo largo de la tarde y, llegada la noche, empezó a nublársele la vista, sentir dolores de estómago y a vomitar. Lana le aplicó alguno de sus remedios con las hierbas medicinales de las que disponía, pero él fue a peor. En vista de ello, a pesar de la hora, se hizo acompañar por dos de los más fornidos sirvientes de la casa, licenciados del ejército, que habían servido con Marco y ahora trabajaban para él. Se movieron por las callejas cercanas al puerto de Egipto, hasta dar con la casa de la mujer que le vendía las hierbas que Lana utilizaba.

—Por lo que me cuentas, se trata de un envenenamiento —dijo la vieja, que parecía una furia con aquellos pelos blancos en punta, al haber sido sacada de la cama—. Convendría saber de qué veneno se trata. ¿Qué ha comido?

—Nada que pudiera perjudicarle. Hemos compartido el alimento y hoy no ha salido de la casa —dijo Lana.

—¿Ha ocurrido algo inusual? —preguntó la vieja.

—No —dijo ella, pero conforme respondía, a Lana le vino a la cabeza el incidente con el perfume—. ¿Puede un veneno penetrar en el cuerpo a través de la piel? —preguntó.

—Sí. Puede ser.

—Pues entonces considera que ha sido así como ha ocurrido —dijo Lana, tratando de asimilar lo que implicaba el hecho.

—Es grave, pero vas a intentarlo con esto.

La vieja se movió por los estantes que estaban a su alrededor mientras explicaba cómo tenía que preparar el antídoto y le dio tres

saquitos con hierbas, conteniendo mandrágora, beleño y belladona.

Lana hizo que Marco tomara el bebedizo que enseguida le preparó, pero de momento no pareció que causara ningún efecto.

—Haz que venga un sacerdote —pidió Marco.

Ella hacía esfuerzos por no llorar. No quería transmitirle la más mínima sensación de desánimo, pero resultaba evidente que él se daba cuenta de la gravedad del momento. Pareció que transcurría una eternidad, hasta que el sacerdote se presentó.

—Dejadme a solas con él —dijo Marco.

Lana soltó su mano y salió con los sirvientes que se encontraban en el dormitorio. Ella se echó a llorar en cuanto la puerta se cerró. Aun cuando no llegaba a entender plenamente qué estaba ocurriendo, se sintió impotente y una oleada de odio hacia Flavia inundó su alma rota de dolor, consciente del daño que le estaba haciendo a Marco y de que en definitiva el veneno iba destinado a ella.

—Marco Lupo quiere verte —dijo el sacerdote entreabriendo la puerta.

Ella entró desolada. Contempló un momento al hombre que amaba y que estaba agonizando.

—Mi querida Lana, no es así como me habría gustado que ocurriera. Siempre lo he imaginado de otro modo —dijo Marco, esforzándose en hablar, y al que resultaba evidente que las fuerzas le abandonaban por momentos—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Pero… —acertó a balbucear ella, que no esperaba esa proposición en un momento como aquel.

—Nada de peros. No voy a consentir que te quedes tirada lejos de tu tierra, indefensa y a merced de todo y de todos —dijo Marco, apenas con un hilo de voz—. Quiero que seas mi mujer. Ahora solo basta que lo quieras tú.

En la parte occidental del Imperio, el continuo acoso vándalo llevó a la capital imperial a sufrir hambre con frecuencia y con la misma frecuencia brotes de peste, con lo que el pueblo comenzó a considerar que Ricimero no era capaz de enfrentarse a quien se había convertido en el principal enemigo del Imperio. Libre de todo impedimento, teniendo sometido a Libio Severo a su total dominio, Ricimero se dedicó a enriquecerse sin límite, a llevar al extremo la corrupción y a situar en todos los puestos de la administración del Imperio a quienes eran sus amigos y leales, de la forma más arbitraria y caprichosa.

Las relaciones con el emperador León I quedaron interrumpidas mientras Libio Severo vivió. El hombre de paja de Ricimero acabó por convertirse en un obstáculo para su política, que, cada vez con mayor urgencia, necesitaba del apoyo y la ayuda de Constantinopla.

La Galia e Hispania fueron puestas al cuidado de Teodorico II, lo que acabó por entregar en manos de visigodos y galorromanos todos los puestos de la administración civil. Egidio no aceptó ese nuevo orden bárbaro que pretendía establecerse y trató de controlar las ciudades más importantes de la frontera del río Loira como Angers, Tours y Orleans. Con ayuda de los francos de Childerico, atacó Angers, en el bajo Loira, que estaba defendida por un grupo de sajones a las órdenes de Odoacro. Cerca de Orleans, derrotó y dio muerte a Frederico, hermano del rey visigodo, al que privó no solo del gran apoyo militar que significaba, sino que le hizo perder la frontera del Loira, viendo reducido su territorio.

Egidio, aunque rebelde y actuando por su cuenta, tras no reconocer al emperador impuesto por Ricimero, se consideraba parte del Imperio. Su muerte debilitó aún más la posición de Rávena en el norte de la Galia. Una parte de las tropas regulares quedaron con Siagrio, su hijo y sucesor, que con el tiempo llegó a autotitularse *rex Romanorum* en la zona que controlaba entre el Loira y Lutecia. El resto de ese ejército pasó a su aliado el rey franco Childerico.

También murió Teodorico II, asesinado por su hermano Eurico, que era el menor y el único superviviente de los hijos de Teodorico I. No era una buena noticia para el Imperio, pues era partidario de no colaborar con Rávena y de extender el dominio visigodo hasta donde le fuera posible.

Al final, Severo, de tan solo cuarenta y cinco años, murió en un momento sospechosamente conveniente, entre rumores de que había sido envenenado y exagerados esfuerzos de los cronistas oficiales para dejar constancia de que su muerte había sido natural. Siguió un interregno de dieciocho meses en el que las gestiones entre Rávena y Constantinopla fueron intensísimas, tratando de encontrar una solución que superara la crisis de relaciones entre ambas partes del Imperio, dando al trono vacante un candidato idóneo.

—Nunca debí consentir que ese Rusomblandadiotes, o como se llame, fuese nombrado *comes domesticorum* por León. ¿Cómo se atreve a acusarnos de conspirar contra el emperador? —decía entre gritos el *magister militum utriusque* militae de Oriente, Flavio Ardabur Aspar, reunido con sus hijos Ardabur y Patricio—. ¿Cómo se atreve ese advenedizo?

Tarasis Kodisas Rusomblandadiotes, que ahora se hacía llamar Flavio Zenón, había adoptado ese nombre griego para ser mejor aceptado en la corte de Constantinopla. Jefe de la guardia imperial, había acusado a Flavio Ardabur Aspar y a sus hijos de estar preparando un complot contra León I.

El emperador había empezado a distanciarse desde el principio del hombre que le había aupado al trono. Este esperaba encontrar a un ser dócil al que dominar para seguir disfrutando de todo el poder real en el Imperio oriental. Sin embargo, el gran general se engañaba, si había pensado que el nuevo emperador era un hombre tan manipulable como aparentaba ser.

León era una persona callada, que tenía fama de saber escuchar, porque prefería oír aquello que tuvieran que decirle, antes que exponer su forma de ver las cosas, lo que hacía que diera la impresión de no tener mucha personalidad. Sin embargo, aparte de que se había acostumbrado a ser muy prudente, como norma para sobrevivir en el mundo en el que vivía, es que estando callado disimulaba su tartamudez, defecto que le hacía padecer cierto complejo. Era además extremadamente maniático, cosa que influía en su comportamiento haciéndole parecer un hombre extravagante con demasiada frecuencia. De todas formas, su mayor obsesión era la de que podía ser derrocado en algún momento, cosa en la que no se equivocaba, porque la corte era un nido de conspiraciones permanente. Así que, desde su misma entronización, procuró deshacerse de la férrea influencia que sobre él quería ejercer el hombre que lo había situado en el trono.

Cinco años atrás, llevando cuatro de reinado, había fundado la unidad militar de excubidores, formada por trescientos guerreros isaurios de élite, bajo el mando del entonces llamado Tarasis, que sustituyó a la *scholae palatina*, con la excusa de que los guardias de palacio habían perdido toda su capacidad combativa, al haber quedado solo como figuras para adornar la corte o exhibir en los desfiles. León no consultó esta medida con Aspar. Introdujo a los trescientos isaurios en la corte disfrazados y en secreto y los hizo aparecer de un día para otro como un hecho consumado, disolviendo la guardia de palacio. El emperador se blindó así del resto, limitando al máximo el acceso a su persona con un cuerpo de guardia que solo le obedecía a él.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Elia Verina a su marido.

—No lo tengo decidido. Debería aprovechar la ocasión y deshacerme de ellos —respondió León.

—Ya llegará el momento. Ahora lo necesitamos. No dominas el ejército y como general es un hombre al que siguen las tropas. Tenemos demasiados problemas como para prescindir de él en estos momentos.

—Sí, llevas razón. Genserico me tiene muy preocupado. ¿Qué crees que debemos hacer? —preguntó León que se dejaba aconsejar en los

temas más importantes por el buen juicio de su mujer.

—Creo que debemos atraerlo a nuestro lado, de modo que se confíe y baje la guardia.

Aspar y sus hijos fueron convocados a palacio y recibidos por León en presencia de Zenón.

—Estos malentendidos deben superarse —dijo León aparentando un total convencimiento—. Mi querido Aspar, me parte el corazón ver que aquellos que me deben fidelidad se enfrentan en luchas que no conducen a ninguna parte. Deberías saber el afecto que te profeso y mi gratitud por cuanto has hecho siempre por mí. Por eso me cuesta creer lo que llega a mis oídos sobre ti y tus hijos.

—Te juro, *sacra maiestas*… —comenzó a decir Aspar.

—¡Calla…! Calla, no digas nada —interrumpió el emperador—. Contra lo que puedas pensar, nunca he dudado de tu fidelidad y la de los tuyos.

—Gracias, augusto —dijo Aspar, que simulaba cierta humildad y miraba de soslayo a Zenón, disfrutando de su aparente triunfo.

—La augusta y yo hemos decidido que para afianzar nuestra alianza tu hijo Patricio contraiga matrimonio con nuestra hija Leoncia.

CAPÍTULO XXXV

Procopio Antemio

A. D. 467
1220 Ab urbe condita

La fama de Lana como sanadora, por su conocimiento de las plantas medicinales, se había extendido entre toda la élite de Constantinopla desde que cinco años atrás curara a la hija pequeña del emperador y de su esposa, Elia Verina, de la que se había hecho inseparable dama de compañía y amiga íntima. Lana, a sus treinta y cuatro años, era siete mayor que la augusta, que acababa de cumplir los veintisiete. No eran de la misma edad, pero el resto de las damas cercanas de la corte estaban más próximas a los años del soberano, que iba camino de cumplir sesenta y seis, que de la de ella. Así que en Lana había encontrado a alguien con quien se entendía, se encontraba a gusto y en quien podía confiar. Esta cercanía y trato con la augusta la había elevado en rango y consideración, junto al hecho de encontrarse ya casada con Marco Lupo. Sin embargo, seguía existiendo un grupo irreductible, cercano a Flavia, la mujer de Aspar, que no solo le mostraban su enemistad, sino el mayor de los desprecios.

Lana se había vuelto intocable por el hecho de que estaba protegida por Verina y porque el intento de envenenamiento de Marco Lupo había provocado tal escándalo, al tratarse del representante diplomático del emperador de Occidente, que a punto estuvo de crear un grave conflicto, afectando a unas relaciones ya de por sí difíciles. Esto, de alguna manera, la había protegido, pues Flavia no había vuelto a intentar nada contra ella. Su fama como sanadora se había ampliado a experta en antídotos contra envenenamientos, desde que se supo que había salvado a su ahora marido de la muerte. Por eso, a nadie extrañó que fuese llamada por Aspar cuando Flavia presentó síntomas de haber sido envenenada.

—¿Podrás hacer algo por ella? —preguntó Aspar con cara de circunstancias.

—No lo sé —respondió Lana.

En el dormitorio estaban sus hijos, el médico griego, varios criados y su sobrina.

Flavia en su lecho se retorcía de dolor.

—¿Qué ha comido?

—Que pueda haberle sentado mal, quizás unas setas.

Lana se acercó a Flavia, que, incapaz de articular palabra, la miraba con ojos despavoridos. No podía entender qué hacía su enemiga allí. Cierto que tenía fama de conocer todo tipo de antídotos contra envenenamientos, pero no era menos cierto que su marido, que no era tonto, y conocía todo lo que pasaba en la corte, debería estar al tanto de que la culpable del envenenamiento de Marco era ella, que él no era el objetivo, y que la intención había sido la de acabar con la vida de Lana.

Flavia sintió náuseas y volvió a vomitar. Mientras hacía el esfuerzo, se dio cuenta de todo: su marido había llamado a quien consideraba una enemiga, que tomaría venganza en cuanto tuviese ocasión. Aspar no había llamado a Lana para salvarla, sino para que no se salvara. Un fogonazo, un rayo de luz iluminó su mente ya vencida por el dolor. Era su marido quien la había envenenado. Lo miró y vio cómo su sobrina se situaba junto a él, con una media sonrisa en su cara, que le hizo comprender que, lejos de conformarse con una boda con Marco Lupo, a lo que aspiraba aquella traidora ingrata era a casarse con Aspar, su marido.

—Voy a prepararle algo para mitigar el dolor que siente —dijo Lana—. Creo que es lo único que puedo hacer.

Mientras preparaba un bebedizo, sin saberlo, hizo el mismo razonamiento que había hecho Flavia y miró con horror a Aspar. Ponía la vida de su mujer en manos de una enemiga declarada. Pero ella jamás habría tomado venganza en aquellas circunstancias. Nunca se habría aprovechado de una situación así.

La víctima se negó siquiera a probar lo que ella le había preparado y murió entre convulsiones. Lana salió de aquella casa sin perder un instante, notando que le faltaba el aire y que no podía permanecer un momento más al lado del general.

En los meses que llevaba el trono de Rávena vacante, la actividad diplomática de Genserico se había intensificado, tratando, una vez más, tanto ante Ricimero, como ante León y Aspar, de que el candidato elegido fuese Anicio Olibrio.

Cayo Rupilio Segundo era uno de los hombres más influyentes de la corte de Constantinopla. Su familia había formado parte del Senado durante generaciones, pues no en vano era nieto del senador Flavio Petrino, descendiente de una saga que había apoyado a la dinastía

teodosiana desde la misma entronización de Teodosio el Grande. Era inmensamente rico y se había convertido en uno de los mayores proveedores de caballos para el ejército. Precisamente acababa de cerrar un trato con el de Occidente, a través de Marco Lupo, para una importante partida.

—Me he preocupado de elegir los mejores. No quiero dejarte en mal lugar ante Ricimero —dijo Rupilio.

—Te agradezco tu interés. Yo también creo que se trata de una partida excelente —respondió Marco.

—Ven, tomemos una copa de vino para celebrarlo.

Estaban en el jardín de la mansión de Cayo Rupilio y se sentaron bajo un toldo que les protegía del sol. A una señal del mayordomo de la casa, entraron varios esclavos con una bandeja en la que traían una jarra y copas, y otra en la que podían verse distintas viandas, para acompañar la bebida. Uno de los sirvientes llenó las copas.

—Espero que te guste. Creo que es uno de los mejores vinos de Chipre que he probado nunca. A ver qué te parece.

Marco se llevó la copa a los labios y sin prisa paladeó el vino, cerrando un momento los ojos, concentrado en degustarlo.

—Tienes razón. Es exquisito —dijo.

—Me gustaría preguntarte sobre cómo van las gestiones para nombrar nuevo emperador de Occidente. Llevas meses negociando y parece que este asunto no se va a terminar nunca.

Marco pensó un momento lo que iba a decir. La conversación no era banal, ni mero chismorreo de corte en el que nunca habría entrado. Estaba con una persona con la que convenía tratar el asunto, porque su influencia era mucha y el peso de su opinión podía resultar decisivo. Era uno de los hombres de mayor confianza de Aspar, con el que había servido desde muy joven en el ejército, a las órdenes de su padre, Ardabur, formando parte de su Estado Mayor. Allí había forjado también una gran amistad con el fallecido emperador Marciano, cuando nadie podía vislumbrar que pudiera llegar a la púrpura. Convenía a Marco tener esta conversación, porque conocía bien hasta qué punto Aspar tenía en cuenta la opinión de Cayo Rupilio Segundo.

—Las negociaciones deberían haberse concluido ya. Falta convencer a Aspar, que es más proclive a apoyar la candidatura de Anicio Olibrio que la de Procopio Antemio —dijo Marco.

—Bueno, ya sabes cómo piensa. Está muy inclinado a buscar un consenso con Genserico para encontrar una paz permanente en el Mediterráneo.

—Y tú, ¿piensas lo mismo?

Rupilio dio un sorbo a su copa, antes de contestar.

—No. Francamente pienso que Antemio es el mejor candidato en este momento. Es un gran general y no va a dejarse dominar por Ricimero. En lo que de mí dependa, pienso apoyar a Antemio.

—Yo soy de la misma opinión —dijo Marco— y también trato de convencer a Ricimero, que es más partidario de Olibrio.

—Parece entonces que, por ahora, el que más apoya la candidatura de Antemio es el emperador.

León estaba decidido a que el próximo emperador de Occidente fuese Procopio Antemio. No solo era contrario a que Genserico tuviera demasiada influencia sobre aquel que fuese nombrado, sino que además quería a alguien que no fuese un títere en manos de Ricimero. Y que, si mantenía cierta tensión de rivalidad con él, tendiera siempre a apoyarse en la corte de Constantinopla y no olvidara a quién debía su posición. Pero es que, además, enviando a Antemio a Rávena se quitaba de encima un posible rival, lo que tenía mucho peso para una persona tan obsesionada como León en creer continuamente que podían deponerle y arrebatarle el trono.

No olvidaba que había sido un firme candidato para ocupar su lugar. Además, Antemio estaba casado con Marcia Eufemia, hija de Marciano, el anterior emperador. Es cierto que siempre se había mostrado leal, pero en el fondo no dejaba de pensar que los posibles rivales, cuanto más lejos, mejor, y esta era una oportunidad magnífica.

En la corte, no había una sola conversación que no girase en torno a quién sería finalmente designado como emperador de Occidente.

La augusta Elia Verina tomaba el sol en los jardines de palacio, acompañada de Marcia Eufemia, la esposa de Antemio, y de Lana, que se había convertido en inseparable de la emperatriz. La mañana era muy agradable al poder disfrutar de una temperatura casi primaveral.

—Creo que podría felicitarte ya, querida Marcia. Mi marido, el emperador, está firmemente decidido a que sea el tuyo y no otro el próximo soberano en Rávena —dijo Elia Verina.

—A ti tengo que agradecer tu apoyo. Sé el poder que tiene sobre tu esposo y te lo agradezco —dijo hablando sinceramente Marcia Eufemia—. Solo falta que estén de acuerdo Aspar aquí y Ricimero allí.

—Estoy convencida de que los esfuerzos que está realizando Marco Lupo por convencer a uno y otro acabarán dando el resultado que queremos —dijo la augusta—. Puedes estar satisfecha de tener junto a ti, trabajando por tu causa, a personas tan entregadas como el marido de Lana.

Al oír este comentario sobre Marco, ella tuvo un intenso sentimiento de orgullo y esbozó una sonrisa.

—Llevas razón. No pienso olvidar nunca esta muestra de lealdad —dijo Marcia.

—Mi marido actúa como lo está haciendo porque está convencido de que el tuyo será la mejor solución. Lo respeta y admira y piensa que será un gran emperador y, en cuánto le pidáis, responderá con toda su voluntad por el bien del Imperio —dijo Lana.

—¿Crees que piensa que puede convencer a uno y otro? —preguntó la augusta.

Lana meditó un momento si era o no pertinente hablar sobre lo que pensaba su marido.

—Estoy convencida de que lo va a conseguir. Para convencer a Aspar ha buscado la mediación de Cayo Rupilio Segundo, que es quizás la persona en quien más confía el general —Lana hizo una pausa como si le costara expresar lo que estaba pensando.

—¿Qué pasa? —preguntó Verina.

—No sé si es oportuno decir algo que se me ha ocurrido y que quizás pudiera solucionar definitivamente las cosas.

—Habla, no tengas reparos —dijo la augusta.

—No quisiera molestar a Marcia —replicó Lana.

—Habla sin problemas. Sea lo que sea, no me pienso molestar contigo —dijo Marcia.

—Se trata de hacer algo similar a lo que el emperador y tú —dijo dirigiéndose a Verina— habéis hecho para fortalecer vuestras relaciones con Aspar.

—¿A qué te refieres? —dijo Verina.

—Habéis casado a vuestra hija Leoncia con Flavio Julio Patricio, el hijo de Aspar.

—¿Y…? —preguntó ahora Marcia.

—Ricimero lleva años ejerciendo el poder de hecho en Occidente. Ha nombrado y depuesto emperadores. Tiene una posición que no quiere perder. Tu marido es un gran general y un experto político con criterio y carácter al que sabe que no va a poder dominar como quisiera. Solo se me ocurre una forma de que acepte la nueva situación —dijo Lana.

—¿Cuál? —preguntó intrigada Marcia.

—Proponedle que se case con vuestra hija Alipia —dijo Lana, rotunda.

Marcia hizo un gesto de sorpresa.

—Pero Flavio Ricimero es un anciano y Alpia es solo una niña.

Lana se le quedó mirando, sonriendo con los ojos y en silencio.

—Precisamente —dijo al fin—. Esto os asegurará el apoyo del general. La consumación tendrá que esperar a que la niña crezca y

dada la edad que el marido tiene… —Lana dejó la frase en suspenso.

León I ordenó al *comes* Marcelino de Dalmacia que acompañara con un fuerte contingente de sus tropas a Procopio Antemio, al que había nombrado césar, para que lo escoltara hasta la misma Roma.

Antes de llegar a sus puertas, tras desplazarse desde Brundisium, puerto en el que desembarcó, la vía Apia estaba abarrotada de ciudadanos que lo aclamaban con entusiasmo.

—¡*Imperator*! ¡*Imperator*! ¡*Imperator*! —era el grito que proferían.

También sus tropas lo aclamaban como tal.

El nuevo emperador se presentaba a las puertas de Roma vistiendo sus galas militares, con un peto de escamas metálicas y espada al cinto, llevando, eso sí, el manto púrpura sobre sus hombros, la diadema y el anillo.

Flavio Ricimero había salido a recibirlo, rodeado de su guardia burgundia y acompañado por Decio Basilio, el prefecto del pretorio de Italia, el *comes* Gundebaldo y el *prefectus urbis* Vilfrido, junto con una amplia delegación del Senado. También acudió el papa Hilario y su séquito de clérigos. Todos aquellos que recibían al nuevo emperador lo hacían con la esperanza de ver superados los tiempos tan revueltos y sangrientos que habían vivido desde la ejecución del emperador Mayoriano.

Marcelino y Ricimero ni se miraron.

Este había cedido por fin, no solo ante el ofrecimiento del compromiso matrimonial con la hija de Antemio, sino porque el ascenso al trono visigodo del rey Eurico hacía presagiar una guerra con los visigodos, a los que no podía hacer frente. Esto convirtió en urgente el acuerdo con León I, porque antes o después iba a necesitar de su ayuda.

El *magister militum utriusque militae* de Occidente no se encontraba en su mejor momento de popularidad. Las incursiones vándalas en las costas no cesaban y sus depredaciones tenían arruinados a muchos dignatarios, mientras el pueblo pasaba hambre, por las dificultades casi insalvables para proveer de trigo a la ciudad por mar.

El 12 de abril Procopio Antemio era proclamado en Roma emperador de la parte occidental del Imperio. El nuevo soberano tenía ideas muy claras sobre las soluciones que se debían dar a los problemas planteados, pero la situación era terriblemente compleja. Ricimero no tenía el control ni de la Galia ni de Hispania, donde Nepociano había sido depuesto y en su lugar el rey visigodo, por su cuenta, pero arrogándose la representación del Imperio, había nombrado como sustituto a Arborio, militar romano que le era afecto y que verdaderamente a quien obedecía era a él, que ejercía su

dominio sobre la Tarraconense y la Cartaginense, al tener el control sobre la vía Augusta, que discurría entre Narbo Martius, ahora en poder de los visigodos, y Cartago Nova.

En el resto de las provincias de Hispania, como la Lusitania o la Baetica, los dignatarios hispanorromanos gestionaban sus asuntos con enorme independencia, al no existir ya un gobierno que pudiera identificarse como tal. En Gallaecia, los suevos apenas controlaban su propio territorio al haber quedado reducido su dominio a meros reductos dispersos del mismo. Lo cierto es que los gobernantes de las ciudades ya fuesen godos o hispanos, hacía mucho tiempo que no enviaban tributos a Roma.

En cuanto a la Galia, uno de los motivos por los que Eurico había asesinado a su hermano era porque no quería mantener la colaboración con el Imperio, al que veía débil, y su único objetivo ahora era ampliar a toda costa los territorios que ya abarcaba su reino. Solo una zona en el norte todavía se consideraba bajo soberanía romana, pero, muerto Egidio, le había sucedido su hijo Siagrio, que con el apoyo de los francos de Childerico I se mantenía en una posición de completa independencia.

En el Mediterráneo, la situación era aún peor. En Sicilia, periódicamente devastada por los vándalos de Cartago, el emperador solo mantenía su autoridad dentro de las murallas de Panomus o Messana, pues el resto de la isla había vuelto a estar controlado por Genserico, desde que el *comes* Marcelino volvió a Dalmacia. En Sardinia, Caralis estaba otra vez en manos del rey vándalo, como Portus Syracusanus, en Corsica o Pollentia en Baleares.

Roma engalanó sus calles, haciendo gala de ostentación con un esplendor y riqueza, que apenas fue capaz de disimular o encubrir la miseria en la que el pueblo hacía tiempo que vivía, para celebrar la boda de Flavio Ricimero con Alipia, hija del nuevo emperador Procopio Antemio y Marcia Eufemia, hija a su vez del ya fallecido Marciano, emperador de Oriente. Quería revestirse la ocasión de una solemnidad especial, por lo que ese día se cerraron los tribunales y cesó la actividad en los negocios, durante la celebración. Por las calles, teatros y lugares de reunión, ya fueran públicos o privados, sonaron cantares y hubo danzantes en honor de Himeneo. La novia real se engalanó con ropajes de seda y con su corona en la cabeza fue conducida al palacio de Ricimero, que la recibió con sus más espléndidas galas, vestido de senador y de cónsul, en lugar de su habitual vestimenta militar. Para hacer más memorable el momento, Sidonio Apolinar pronunció un panegírico.

Las legaciones diplomáticas enviadas a Cartago, tanto por el

emperador de Oriente como el de Occidente para llegar a un entendimiento con el rey vándalo, no obtuvieron fruto alguno. La noticia de que Anicio Olibrio no había obtenido el trono imperial no fue recibida precisamente bien por Genserico, que una vez más veía frustradas sus pretensiones. Su respuesta no se hizo esperar y envió a su hijo Gento, al mando de la flota, a realizar expediciones a las costas de Iliria y Grecia, saqueando el litoral, de modo que el comercio, tan vital para Constantinopla, comenzó a quedar afectado. Las naves vándalas también piratearon en Acaya y en las islas griegas, con lo que consiguieron paralizar prácticamente el comercio en todo el Mediterráneo.

León I llegó a la conclusión de que para terminar de una vez con el problema vándalo no había otro camino que la guerra, por lo que decidió que era hora de comenzar a preparar una invasión del África misma y para hacerla posible, envió otra vez al *comes* Marcelino a conquistar Sicilia.

Con sus tropas, desembarcó en Panormus y sin demora ocupó la llanura costera entre Drepanum y Lylibaeum, rechazando a la caballería vándala y mauritana enviada para detenerle. Los jinetes hunos, mercenarios al servicio del ejército romano, más numerosos y mejor organizados, lanzaban sus flechas contra los jinetes vándalos en retirada, que poco podían hacer con sus jabalinas, dado que tenían un menor alcance y el terreno llano del noroeste de Sicilia no les ayudaba a esconderse. Consiguieron llegar a Lylibaeum, pero la ciudad se encontraba en ruinas y ni siquiera sus murallas ofrecían la protección necesaria para resistir un asedio, precisamente porque los mismos vándalos la habían destruido en la campaña anterior, por lo que decidieron reembarcar con destino a Cartago.

El reembarque se hizo con urgencia y en desorden. No hubo tiempo de avisar a las partidas que saqueaban el centro y el sur de la isla, por lo que Marcelino tuvo que acabar con esos grupos del interior. Agrigentum, que se encontraba devastada, también fue recuperada. La guerra había comenzado con un primer golpe favorable al bando romano.

Lana entró en la biblioteca de su palacio, donde solía estar su marido a esas horas. Tenían asignadas unas amplias dependencias dentro del complejo de edificios que formaban parte de los palacios imperiales en el Palatino. Marco Lupo Serrato era el hombre de confianza del nuevo emperador y su principal consejero.

—¿Has estado con la augusta? —le preguntó Marco.

—Sí. De estar con ella vengo.

Lana observó la letra en escritura griega de la carta que él estaba

leyendo.

—¿Noticias de Constantinopla? —preguntó.

—Me ha escrito Cayo Rupilio Segundo.

—¿Buenas noticias?

—Bueno, depende de para quién —dijo él—. Me cuenta que Aspar no parece estar muy contento con el emperador. Dice que sus gritos llamándole traidor podían oírse al otro lado del Bósforo, cuando le comunicaron la noticia de que León I había decidido casar a su hija Ariadna con Zenón.

—Parece que el emperador no sabe cómo mantener el equilibrio entre uno y otro —dijo Lana.

—No confía en Aspar. O más que no confiar, lo que no quiere es depender de él, por mucho que fuese quien le situara en el trono de Constantinopla. Esa rivalidad entre el *magister militum* que controla al ejército y Zenón como jefe de la guardia palatina, protegiendo al emperador con sus isaurios, no puede terminar bien —dijo Marco Lupo—. Por cierto, ¿para qué te quería Marcia Eufemia?

—Le gusta desahogarse conmigo. No se fía de la nueva corte que la rodea ahora en Roma —dijo Lana.

—Y ¿qué le preocupa?

—Le preocupa Ricimero. No acaba de confiar en él, por mucho que ahora sea su yerno. Piensa que va a lo suyo y que solo apoyará al nuevo emperador mientras le convenga.

—O sea, que nada nuevo en la corte. Nadie se fía de nadie —dijo Marco.

—Solo que Ricimero es muy peligroso. Está acostumbrado a poner y quitar emperadores a su antojo.

—Pues, con Antemio no lo va a tener tan fácil.

—Quizás ahí esté el peligro —terminó ella.

Los preparativos en la parte oriental del Imperio para la campaña contra Genserico comenzaron a adquirir unas dimensiones como nunca se habían visto para la preparación de una intervención militar. León I había reunido a cuantos tenían algún papel que jugar en la preparación de las fuerzas con las que se pensaba recuperar África. Le bastó pasear su mirada por la enorme sala y contemplar a los que estaban reunidos para apreciar con claridad los dos bandos en los que la corte de Constantinopla se encontraba dividida. A un lado, y sin mezclarse, se encontraba Zenón, *comes domesticorum*, acompañado por los eunucos al servicio del emperador y sus guardias isaurios, y, por otro, se encontraba Aspar, *magister militum utriusque militae* de Oriente, con sus generales y altos funcionarios de la administración. El más poderoso era sin duda Aspar, comandante supremo de las fuerzas

armadas y detentador del poder en el Imperio, desde hacía ya dos décadas, pero Zenón se encontraba más cerca del emperador, al que protegía con su guardia, y que además ahora formaba parte de la familia imperial por su matrimonio con Ariadna.

—Os he reunido para anunciaros algunas de las decisiones que he tomado en relación con la campaña para recuperar las provincias de África. Vamos a terminar, de una vez por todas, con el peligro que supone Genserico y los daños que estamos sufriendo con sus incursiones de piratería, que tanto están afectando a nuestro comercio.

Todos guardaban un respetuoso y expectante silencio, poniendo atención a las palabras del emperador.

—El mando supremo de las fuerzas sé que debería ser encomendado a nuestro *magister militum* Flavio Ardabur Aspar, pero he decidido que no puedo prescindir de él —dijo el emperador mientras veía cómo el aludido se revolvía y hacía esfuerzos para contenerse—. No quiero caer en el error en que se ha incurrido en situaciones anteriores, cuando por preparar una acción de características similares, otros enemigos del Imperio han aprovechado para cruzar las fronteras. En esta ocasión no quiero verme forzado a hacer volver a la fuerza expedicionaria y que la operación que preparamos fracase.

Aspar escuchaba esto pensando que solo se trataba de buenas palabras, que no tenían trasfondo de realidad alguno. Estaba convencido de que lo que no quería León era ponerle al frente de una fuerza tan descomunal como la que se estaba preparando, porque para defender las fronteras se disponía de suficientes generales cualificados para ello.

—Al frente de las tropas que preparamos estará el *dux* Basilisco, que será el responsable de liberar África de la dominación de los vándalos.

CAPÍTULO XXXVI

La última oportunidad

A. D. 468
1221 Ab urbe condita

—Unidades ilirias y fuerzas de élite palatinas reforzarán el ejército de Tracia, que será desembarcado en el África protoconsular —explicaba el *dux* Basilisco, reunido con los generales que iban a participar en la campaña contra Genserico.

El plan había sido elaborado por un consejo militar imperial presidido por él.

En realidad, Flavio Basilisco había desarrollado una carrera militar de la que solo podía alardear de haber tenido algunos éxitos menores. Su gran mérito no era otro que el ser hermano de la augusta Elia Verina y, por tanto, cuñado del emperador, lo que en la corte era razón más que suficiente para ocupar un cargo. El *dux* era de buena estatura, gozaba de un elegante porte y era atractivo, además de ambicioso y estar bien dotado en el uso de la palabra. Para León, que su cuñado no fuese un general de aquilatada experiencia no suponía problema alguno, pues era tan descomunal el ejército y la flota que estaba poniendo en juego para actuar, que bastaba con simplemente dejarla hacer para obtener una victoria decisiva.

—Nuestra flota compuesta por más de mil cien naves pondrá rumbo a Sicilia, transportando cien mil hombres, que allí se reunirán con los del *magister militum* Marcelino —continuó explicando Basilisco—. Una vez que los efectivos a emplear se encuentren reunidos en la isla, procederemos a desembarcarlos en el África protoconsular, donde tomaremos en primer lugar Cartago y luego el resto de las ciudades.

Basilisco hizo una pausa y miró a los reunidos para comprobar que todos le seguían con atención.

—Este ejército debería ser suficiente para conseguir el éxito en la misión encomendada, pero nuestro emperador no quiere que nada quede al azar y el *comes* Heraclio al frente de las tropas de Egipto, reforzadas por contingentes de Siria, se desplazará hacia el oeste a

través de las provincias orientales, atacando a Genserico desde el este.

—¿Sabemos con cuantas fuerzas cuenta el rey vándalo? —preguntó el *comes* Juan.

En realidad, la pregunta era retórica, porque, como segundo al mando, conocía perfectamente el dato, pero creyó que resultaría oportuno que el comandante en jefe lo destacara en ese momento.

—Según los informes de que disponemos, entre guerreros vándalos y moros, cuenta con unos treinta mil efectivos, por lo que los superaremos en una proporción mayor de tres a uno. No podemos fracasar —dijo Basilisco.

Un murmullo de admirada aprobación se produjo entre los presentes, entusiasmados con un plan tan ambicioso, en el que se iban a poner en juego tal cantidad de medios.

—Todos vosotros me ayudaréis a cumplir la palabra que le he dado a nuestro emperador de traer en un cesto la cabeza de Genserico.

El murmullo se convirtió en un grito colectivo de exaltada afirmación y todos aclamaron a León I y a Basilisco.

Verdaderamente el esfuerzo hecho por el Imperio era el máximo que podía hacer. El *comes sacri larguitionum*, como responsable máximo de las finanzas del emperador, había calculado que el coste de la campaña se elevaría a la inimaginable cifra de sesenta y cuatro mil libras de oro y setecientas mil de plata.

El año ya había comenzado con una actividad desbordada para los funcionarios imperiales. Había que recaudar una ingente cantidad de impuestos para financiar un proyecto de las dimensiones que se pretendían. Los agentes fiscales se habían entregado a la revisión de propiedades y censos; todo lo medían y pesaban para obtener la máxima recaudación en oro o especie. La diplomacia imperial desplegó legaciones y embajadas para que fuesen recibidas por reyes, jefes y líderes extranjeros al norte y al este de las fronteras, con instrucciones de lograr a cualquier precio treguas en los conflictos pendientes. Las unidades militares alistaban y adiestraban a cuantos pudieran servir en el ejército. Los reclutadores no perdieron un instante y recorrieron las fronteras, contratando a cuantos mercenarios quisieran ganar un buen dinero y a dejarse seducir por la promesa de botín. En Egipto se llegó a comprar esclavos en la frontera para liberarlos y alistarlos en el ejército. Las fábricas y talleres estaban a pleno rendimiento con todos sus artesanos fabricando cotas de malla, cascos, escudos, espadas, lanzas, armas arrojadizas y todo tipo de equipamiento para armar a los nuevos reclutas. Las atarazanas construían y reparaban a toda velocidad, tanto naves de guerra como barcos de transporte. No había un carpintero, un herrero, un curtidor,

un artesano de cualquier especialidad que no estuviera movilizado para contribuir a este esfuerzo colectivo. Las cecas no paraban de fundir metales y acuñar moneda, ni los silos de almacenar granos y toda clase de víveres, que entraban en los almacenes imperiales procedentes de todos los rincones del Imperio. A finales de la primavera todo estaba preparado para la guerra.

Antemio puso al frente de las tropas con las que el Imperio de Occidente iba a contribuir a la campaña al *comes* Marcelino, con el consiguiente disgusto de Ricimero, que lo consideraba su mortal enemigo. En cuanto el mar se abrió a la navegación, asegurada Sicilia, se encargó a Marcelino que desalojara a los vándalos de Sardinia y Corsica. Hacia allí se dirigió con una flota que desembarcó tropas en las playas de la ciudad de Nora, al suroeste de Caralis. Los vándalos situados en Sardinia contraatacaron por tierra y mar, pero fueron rechazados y vencidos, produciéndose entonces una rebelión de los sardos que estaban hartos de las rapiñas de los hombres de Genserico, lo que hizo que estos acabaran confinados dentro de las murallas de Caralis, que finalmente cayó, a finales de abril, ante el arrojo de los godos de Marcelino. Sin demora, el *comes* se dirigió a Corsica. Los vándalos allí situados, ante la derrota de los suyos en Sardinia y convencidos de que no iban a recibir refuerzos de Cartago, se embarcaron hacia África.

Con la primavera, el ejército de Egipto se puso en marcha, al mando del *comes* Heraclio, que partió de Alejandría y se desplazó a lo largo de la costa con dirección oeste, a través de la vía Claudia. No era una fuerza excesivamente numerosa, pero sí de importancia por la calidad de las tropas que se desplazaban, de la que formaba parte un gran contingente de caballería. Heraclio había movilizado para la ocasión más de diez *vexilationes* de entre las mejores del ejército oriental, arqueros a caballo, lanceros, catafractas, dos *scholae*, escuderos y además varios contingentes de armenios, árabes y arqueros partos. En Lybia se le unió con sus tropas el *dux* Marso, que había provisto la ruta de depósitos de víveres y suministros a lo largo del camino que seguiría el ejército hasta Tripolitania. Desde el punto de encuentro siguieron camino hacia Leptis Magna.

A Genserico, toda esta operación le cogió de sorpresa. La información de la derrota en Sardinia, la concentración de tropas imperiales en Sicilia y el avance de Heraclio por el este le llegó simultáneamente. La situación era muy preocupante por el volumen de fuerzas implicadas y por la dimensión de la flota, pero lejos de alterarse, Genserico actuó con la sangre fría que le caracterizaba en situaciones de crisis. Ordenó a cuantas tropas tenía disponibles en

Bizacena, Numidia y África protoconsular que se concentraran en las inmediaciones de Cartago.

A su hijo Teuderico le envió un mensajero con la orden de que se hiciera fuerte dentro de las murallas de Leptis Magna, donde se encontraba, y que impidiera a toda costa el avance de Heraclio. Como apoyo le envió a la caballería ligera de Mazinas y Naso, que se dedicaron a hostigar al ejército imperial, que avanzaba por la llanura costera, situada entre colinas rocosas y el mar. El hijo de Genserico, en lugar de obedecer la orden recibida de su padre, pensó que, siendo su fuerte las tropas de caballería que tenía a su mando, podía unirse a los refuerzos recibidos y plantear batalla a Heraclio.

Las catafractas del *comes* romano fueron decisivas en el choque, en el que los vándalos fueron derrotados y Teuderico logró salvar la vida por poco, ordenando el repliegue de sus tropas, que a duras penas lograron retirarse. El hijo de Genserico se dio cuenta de que no podría resistir en Leptis Magna y se retiró a Oea, desde donde una vez reagrupadas las fuerzas que le quedaban partió nuevamente en dirección a Sabratha, donde esperó a los suyos rezagados durante una semana, para continuar retirándose hasta la ciudad de Tacapae, cerca de la frontera de Bizacena, con lo que, a primeros de junio, la provincia de Tripolitania se encontraba en manos del *comes* Heraclio. A partir de ese punto, el avance se hizo mucho más penoso, pues comenzaron a encontrar los campos completamente arrasados y los pozos envenenados, de modo que resultaba imposible encontrar una gota de agua o el mínimo rastro de comida en aquella inmensa extensión, en la que tampoco se podía encontrar albergue, porque todo había sido incendiado. La tropa pasó a depender por completo de las provisiones con que les pudiera abastecer la flota.

En Sicilia, Basilisco se había situado en Panormus. Las naves imperiales se agolpaban en los puertos de las ciudades costeras de la isla. Constantinopla había desplazado más de ochocientas naves de transporte, protegidas en todo momento por casi doscientas liburnas y dromones, que ahora patrullaban continuamente la costa para evitar cualquier sorpresa por parte de la flota vándala. Rávena apenas había desplazado algo menos de diez liburnas, al mando del prefecto sajón Ulrico, y tan solo treinta barcos de transporte, en los que habían navegado los tres mil *foederati* godos y francos, aportados al esfuerzo bélico, puestos bajo las órdenes de Everdingo.

Este desembarco previo en Sicilia resultaba imprescindible para reagrupar a unas tropas transportadas en barcos de muy diversa capacidad y calado, impulsados a vela, que se dispersaban en la travesía al navegar a muy distintas velocidades, según la capacidad de

cada embarcación. Ahora bien, tal cantidad de soldados generaban un inmenso desorden en unas ciudades abarrotadas, que habían recibido tal cantidad de hombres de golpe. No había urbe costera que no padeciera el caos provocado por esa multitud con toda clase de necesidades para cuya satisfacción se amontonaban también comerciantes, oportunistas, estafadores, saltimbanquis, prostitutas, cómicos, curanderos, adivinos, cambistas y cualquier mercader capaz de obtener beneficio de una concentración así de personas.

Las tropas no podían permanecer en unos barcos abarrotados bajo un calor asfixiante, lo que producía que por las calles no se pudiera dar un paso y se multiplicaran las riñas, las peleas y las borracheras, creando situaciones difíciles de controlar, ni siquiera por las patrullas especiales que se habían creado para tratar de evitar que se cometieran excesos. Incluso se producían deserciones.

Basilisco fue informado del riesgo cierto que se corría de que se iniciara una epidemia, por lo que dio orden de embarcar a la tropa y zarpar sin más demora. El lugar designado para el desembarco fueron las playas de Útica, a unas treinta millas al norte de la que un día fue la capital cartaginesa, señalándose como punto previo de reunión de la flota las aguas del Peñón de Mercurio, un cabo situado frente a las costas de Sicilia, a unas cuarenta millas al noreste de la capital de la protoconsular, que cerraba por el oriente la gran bahía de Cartago.

Poco después del amanecer del día siguiente a que comenzaran a llegar los primeros barcos al punto de reunión, una liburna vándala fue interceptada, cuando se dirigía a la nave insignia en la que se encontraba Basilisco. Se trataba de una embajada enviada por Genserico, que fue recibida en el castillo de popa del barco que era el de mayor tamaño de la flota.

—Quiero transmitirte, noble Basilisco, la voluntad de mi rey de no presentar batalla, pues su intención no es otra que la de llegar a una paz permanente con el Imperio, que zanje definitivamente cualquier diferencia o conflicto entre nosotros —dijo el emisario.

Basilisco estudiaba al embajador mirándolo de arriba abajo, tratando de descubrir sus verdaderas intenciones.

—No creo que sea este el momento más oportuno para negociar. ¿No te parece?

—Permíteme que te contradiga, pero si se pueden evitar miles de muertes de nuestros mejores hombres, el momento oportuno para negociar es siempre —dijo el enviado, tratando de resultar convincente.

—Me resulta imposible creer la intención de tu rey, cuando se ha dedicado a asolar nuestras costas y a piratear nuestro comercio, de

forma sistemática y cruel, causándonos daños irreparables.

—No somos nosotros el verdadero enemigo de los romanos, ni siquiera somos el más peligroso. Genserico ofrece un tratado de *foedus* que nos permitirá aunar esfuerzos contra nuestro enemigo común, que no es otro que el rey Eurico.

—Un tratado de *foedus* solo sería aceptable si el pueblo vándalo evacuase la provincia del África protoconsular y se instalara de buen grado en la Mauritania. ¿Aceptaría esto tu rey? —dijo terminante Basilisco.

—Es mucho lo que pides. No obstante, la paz merece todos los esfuerzos que podamos realizar para conseguirla. Te prometo hacer cuanto pueda —el diplomático hizo entonces un gesto y dos de los servidores que le acompañaban pusieron a los pies de Basilisco un cofre—. Permíteme que en prueba de buena voluntad te entregue este obsequio que te envía mi rey.

El cofre estaba lleno de monedas de oro.

El sajón Ulrico contempló desde su liburna cómo el enviado de Genserico abandonaba el buque insignia para tomar una barca que le condujo a la nave que lo había traído.

—Es un error. Es un inmenso error —dijo cuando se enteró de que se había concedido una tregua de cinco días para que el rey vándalo diese una respuesta—. Con Genserico no se puede negociar. No se puede confiar en él. Nunca me olvidaré de lo que ocurrió con Mayoriano en Cartago Nova. Estos cinco días le conceden una ventaja que vamos a pagar caro.

Tenía razón. Esta embajada no era más que una argucia para ganar tiempo. Genserico ni siquiera esperó a que su embajador regresase. En cuanto fue informado de que el viento había cambiado y ahora resultaba favorable a sus planes, al soplar del noroeste, envió a su hijo Gento al frente de una flota de más de ochenta liburnas, que navegaron a toda boga hacia el Peñón de Mercurio. Navegaban con viento de barlovento, que por su dirección impediría que los barcos romanos de transporte, impulsados exclusivamente a vela, pudieran maniobrar.

Gran parte del ejército había desembarcado en una playa que parecía no tener límites y que se había llenado con miles de tiendas, establos improvisados y corrales para los animales destinados al consumo. La costa no tenía espacio suficiente para dar cobijo a esa enorme cantidad de naves, por lo que se construyeron plataformas, que se amarraron con maromas para comunicar un barco con otro, quedando las naves unidas entre sí.

Al final del quinto día de tregua, llegaron a las inmediaciones de la

flota imperial, tras doblar sigilosamente el cabo, los barcos de guerra de Genserico, aprovechando aquella noche sin luna en la que navegaban, corriendo el riesgo de dejar más de una nave encallada contra las rocas. Gento hizo que su flota se alineara convenientemente, dando órdenes de que las naves de transporte, que las mayores liburnas habían arrastrado hasta allí, fueran desamarradas y dispuestas para cumplir con su función como brulotes.

—Que nadie haga ningún ruido —ordenó Gento que esperó a que fuese de madrugada—. Situad los barcos que hemos preparado frente a la flota y desplegad bien todas las velas para que recojan el viento de popa y tomen velocidad. Que todos abandonen los barcos, salvo el timonel que debe aguantar el máximo tiempo posible, antes de fijar el timón, incendiar la nave y saltar al agua.

Ulrico había salido a cubierta a tomar un poco de aire fresco. El ambiente en su camarote situado en el castillo de popa era insoportable. Por un momento pensó en lo agobiados y sudorosos que tenían que estar los marineros alojados en el interior del buque, que aún no habían sido desembarcados. No era solo el bochorno producido por el calor y el ambiente cerrado del interior del barco, sino el hecho de estar preocupado, porque conociendo a Genserico, estaba convencido de que este intentaría lo que menos pudiera imaginar nadie.

Apoyado en la borda, llenó sus pulmones de aire fresco mientras contemplaba las estrellas que era lo único que iluminaba la noche, pues el mar era solo una mancha negra a su alrededor. De improviso, algo le llamó la atención. Fue como una chispa que brilló en la oscuridad, describiendo una parábola apenas perceptible. Le costó un poco, pero pudo comprender que se trataba de una flecha incendiaria. Luego hubo otra y otras, que enseguida se convirtieron en multitud, mientras sobre el mar en calma comenzaban a aparecer fuegos aquí y allá, pocos al principio, pero que se convirtieron en una infinidad casi de inmediato. No pasó un momento antes de que comenzaran a escucharse los gritos de alarma de los vigías.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Nos atacan! —gritó él mismo—. ¡Todos a sus puestos!

Sonaron cuernos y tubas de modo que la voz de alarma pudiera llegar al campamento.

Comenzó a amanecer y entonces Ulrico pudo ver que una multitud de naves incendiadas se precipitaban contra el centro de la extensa aglomeración de la flota imperial, mientras ochenta y tres liburnas embestían por los flancos desarrollando con sus remos boga de ataque.

—¡Romped las amarras! ¡Moved los barcos! ¡Salgamos de aquí! —

gritó Ulrico.

Los brulotes empezaron a impactar con las naves romanas que comenzaron a arder de inmediato, transmitiendo el fuego de una a otra con una pavorosa rapidez. Las liburnas vándalas, que se acercaban a toda velocidad, dotadas de piezas de artillería lanzaban piedras y bolas de fuego que impactaban todas contra barcos romanos que, al estar tan apiñados, constituían un blanco fácil, sobre el que era innecesario apuntar.

Cuando los espolones de bronce chocaron con los costados de los barcos atacados, a la inmensa confusión se sumaron los estruendos de las cuadernas partiéndose y la madera quebrandose, confundido todo ello con los gritos y lamentos de los marineros que caían por la borda, como consecuencia del choque. La mayor parte de ellos se hundían de inmediato por el peso de sus cotas de malla.

No todas las naves romanas estaban dotadas de la totalidad de su tripulación, ni de todos sus remeros, pues gran parte de ellos habían sido desembarcados para evitar que en esa aglomeración pudiera darse algún brote de peste. Los que consiguieron desamarrar sus barcos, liberándolos de las pasarelas, intentaron navegar y salir de allí, pero la mayoría solo logró chocar con otros o partir los remos, en el caso de las liburnas, cuando no embestir con los espolones a las naves propias, que también intentaban alejarse de aquel inmenso caos.

Grande era la flota romana y muchos los barcos presentes, por lo que también muchos comenzaron a salir de aquella maraña, pues en comparación las naves vándalas atacantes disponían de un considerable menor número y no tenían forma de evitarlo. Nadie a bordo de la flota imperial tenía una idea exacta de lo que realmente estaba ocurriendo y nadie era capaz de tener una visión de conjunto, ni rango, ni oportunidad, ni capacidad para ponerse al frente y organizar una respuesta contra los atacantes, por lo que las naves que conseguían salir, de lo que a todas luces se había convertido en una trampa, solo ponían voluntad en alejarse lo más posible para dirigirse a Sicilia, donde ponerse a salvo.

Basilisco se hizo llevar a su nave almirante, con idea en principio de dar respuesta al ataque, pero la verdad es que en cuanto tuvo ocasión también escapó haciendo que sus remeros pusieran la nave a la mayor velocidad posible. A él siguieron otros barcos que lograban huir y que, en lugar de dirigirse a Sicilia, pusieron rumbo directamente hacia Constantinopla.

En tierra, los comandantes mandaron formar a la tropa en orden de combate, en previsión de que la acción naval pudiera estar coordinada con otro ataque vándalo por tierra. El ejército solo pudo

contemplar el pavoroso espectáculo de una inmensa superficie del mar en llamas consumiendo la flota que les había traído hasta allí.

Todo el día duró la batalla. Solo cuando el sol comenzó a llegar a su crepúsculo, Gento dio orden de retirada a su flota, que se dedicó a atacar a las naves romanas en fuga.

Al día siguiente, el espectáculo era desolador. El aire se hacía prácticamente irrespirable por la enorme nube de humo negro provocada por los restos humeantes o los barcos que aún ardían y todavía no se habían ido a pique. Más de la mitad de la flota se había perdido.

En tierra quedó gran parte del ejército, es decir, los que no tuvieron oportunidad de embarcarse en los buques que consiguieron huir hacia Sicilia o hacia Constantinopla.

—Mi decisión es que debemos replegarnos hacia el este y unirnos a las fuerzas de Heraclio —dijo el *magister* de más alta graduación que se había hecho cargo del mando.

—Todavía somos suficientes para enfrentarnos a los vándalos de Genserico y vencerlos —dijo otro de los *magister* reunidos para acordar una estrategia a seguir.

—Somos más que ellos, pero no olvidéis que nuestros pertrechos, víveres y provisiones de todo tipo se encontraban en su mayor parte embarcados y ahora están en el fondo del mar o en las naves que han logrado escapar. No. No estamos en condiciones de atacar. En menos de una semana no tendremos nada que comer y no dispondremos de una gota de agua —explicaba el *magister* con total resignación—. Nuestro deber en este momento es salvar al ejército. Más adelante, ya decidirá nuestro emperador lo que se debe de hacer, pero mientras tanto, lo que no podemos es arriesgarnos a perderlo por completo. Así que esta es mi decisión: nos replegaremos hacia el este.

En Cartago Genserico decidía con su hijo cómo actuar.

—Podemos coparlos, padre, y destruir el ejército romano por completo. Podemos aniquilarlos a todos —decía Hunerico.

—No pienso obligarlos a luchar —respondió el rey vándalo que pensaba que su hijo mayor era incapaz de realizar un solo análisis medianamente inteligente—. Si no le damos salida, los obligaremos a luchar a vida o muerte y nuestras pérdidas podrían ser tan excesivas que acabaríamos por arrepentirnos. Lo que vamos a hacer es acosarlos, de manera que puedan escapar hacia el este, donde van a morir miles enfrentados al hambre y la sed, mientras nosotros hostigamos su retaguardia.

La retirada fue más dura de lo que podía esperarse. Los arqueros vándalos y el resto de su caballería no daban respiro a quienes iban

formando la retaguardia, cada vez más débiles por la falta de comida y agua. Tal y como había previsto Genserico, fueron miles las bajas que tuvieron que soportar.

Cuando estas tropas consiguieron tomar contacto con las de Heraclio, que se desplazaba hacia el oeste convencido de que llegaría a Cartago solo para celebrar la victoria, pudo ver la magnitud del desastre, al recibir a lo que, más que un ejército vencido, parecía una tropa de mendigos en fuga. Decidió entonces que lo más sensato era retirarse hasta Egipto.

Las consecuencias de aquella catástrofe no se hicieron esperar. Genserico quedaba como amo y señor, no solo del norte de África, sino de todo el Mediterráneo, tanto oriental como occidental. Inmediatamente volvió a recuperar Sicilia, en cuanto supo que Ricimero había hecho asesinar a Marcelino. Volvió a hacerse con Corsica, Sardinia, así como las Baleares y no tuvo ningún impedimento para piratear en todas las costas de Italia y los mares orientales, alcanzando Nicópolis en el Epiro y Zante.

En la Galia, si el rey visigodo Eurico ya estaba decidido a no ser un subordinado del emperador de Occidente, ahora vio la oportunidad de extender sus dominios y afianzar su poder en Hispania. A pesar de no haber cumplido siquiera veinte años, resultaba sorprendente la inteligencia, el carisma y la determinación del nuevo rey, que se había atrevido a asesinar a su hermano Teodorico II, tal y como este había hecho a su vez con el hermano de ambos, Turismundo, para sucederle en el trono. Tras enviar embajadores a León I reconociendo como nuevo emperador de Occidente a Antemio y pedir la renovación del tratado de *foedus*, se ocupó de Hispania. Contando con la aristocracia laica y eclesiástica del oeste de la península, recuperó de los suevos las ciudades de Santarém, Lisboa y Mérida, donde recibió ayuda de su obispo Zenón. Los suevos quedaron establecidos en la zona comprendida entre Braga y Oporto.

—Aún soy incapaz de asimilar la derrota que hemos sufrido en África —decía un abatido Procopio Antemio, mientras se movía de aquí para allá en la inmensa sala donde departía con su consejero Marco Lupo—. No me cabe en la cabeza. La fuerza desplegada resultaba tan inmensa, tan invencible, que no era posible el fracaso, ni siquiera puesta al mando de un inútil como Basilisco.

—Verdaderamente, lo ocurrido lo cambia todo… —dijo Marco.

—Lo cambia todo, más allá de lo que pueda pensarse —le interrumpió el emperador—. Vencer a Genserico habría significado recuperar el Imperio para siempre. Con los recursos de las provincias de África, un potentísimo ejército puesto en pie y una inmensa flota,

habríamos acabado definitivamente con los visigodos, francos y burgundios, y recuperado la Galia e Hispania, con lo que Roma volvería a contemplar restaurada su antigua gloria.

—Tienes toda la razón —dijo Marco—. De soñar con la realización de un gran proyecto, nos vemos abocados ahora a seguir lidiando en condiciones difíciles con los problemas que nos agobian desde hace años.

—Mi propia situación se debilita. De estar situado en el trono por el emperador de Oriente, con cuya ayuda el imperio de Occidente iba a recuperar su gloria y su grandeza, he pasado a ser el emperador puesto por un León I derrotado y humillado. El Griego me llaman, en tono despectivo. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no comprendo hasta qué punto mi posición se hace más vulnerable frente a Ricimero? Ni siquiera el que sea mi yerno puede ya resultar suficiente —afirmaba el emperador, que hacía esfuerzos por no mostrarse desesperado—. Aceptó mi nombramiento por el apoyo que Roma iba a obtener de Constantinopla, solo por eso. Pero él sigue pensando que es el amo. Ante la situación en que nos encontramos, estoy haciendo todos los esfuerzos posibles para llegar a un entendimiento con Eurico y afianzar nuestra posición en la Galia, pero yo sé que Ricimero es partidario de llegar a un entendimiento con Genserico, ahora que ha vencido y domina el mar y por tanto el comercio.

—En cualquier caso, tú eres el emperador —dijo Marco, que también comprendía lo delicado de la situación.

—Sí, lo soy, pero fíjate que ha tomado la precaución de eliminar a Marcelino. Sé que lo ha mandado asesinar. Era el único general capaz en el que podría haberme apoyado para hacerle frente.

—Tendremos que estar muy pendientes de lo que Ricimero pueda hacer —dijo Marco.

—Y no olvides una cosa, si llega a un entendimiento con Genserico, será sobre la base de aceptar a Anicio Olibrio como candidato al trono —dijo el emperador.

CAPÍTULO XXXVII

La muerte a todos iguala

A. D. 469-474
1222-1227 Ab urbe condita

El Imperio de Oriente tardaría muchos años en recuperarse de la costosísima e inútil expedición contra Genserico. El tesoro estaba completamente arruinado. En Occidente, el emperador tuvo que aprender a arreglárselas sin los recursos de las provincias africanas, cuya obtención ya se había dado por segura. La recaudación no dejó de disminuir y se carecía de los medios para atender a tantas necesidades como se planteaban, hasta el punto de que los terratenientes locales se vieron forzados a contratar por su cuenta bandas de matones para la autodefensa de lo suyo y de los suyos.

Reyes bárbaros, jefes e incluso terratenientes disfrutaban de un grado de independencia que variaba en función del reconocimiento que cada cual tuviera de la autoridad del emperador. No obstante, incluso los más formalmente leales, aquellos que reconocían el control imperial, en su día a día hacían caso omiso de ese poder con total impunidad. El mismo poder estaba fragmentado y era un hecho que tenía que ver con la capacidad para usar la fuerza, en el que los implicados no formaban parte de una clara jerarquía de la administración imperial. A medida que esta situación se fue dando, aumentó paulatinamente la autoridad de los obispos a nivel local.

Eurico, consciente de la debilidad del Imperio tras la seria derrota en África, decidió continuar con la construcción de un reino visigodo independiente en la Galia e Hispania, por lo que se dirigió con sus fuerzas al norte y atacó por sorpresa a los bretones que, dirigidos por Riotimo, eran aliados de Antemio. Consiguió derrotarlos y se hizo con el control de las ciudades de Tours, Bourges y Angers, con lo que su frontera norte avanzó hasta la línea del Loira. El *comes* Pablo, con lo que quedaba del ejército del Rin y la ayuda de los francos de Childerico, logró que los visigodos no cruzaran el Loira en su expansión. Por el sur de la Galia, Eurico recuperó para sí la ciudad de

Nimes.

—Que Ricimero se haya instalado en Milán no resulta nada tranquilizador —dijo Procopio Antemio, mientras paseaba acompañado de Marco Lupo Serrato por uno de los jardines del Palatino.

Rávena, cuyo gobierno había dejado el emperador en manos del *comes domesticorum* Flavio Glicerio, seguía siendo sede de emperadores, pero en los últimos veinte años Roma había recuperado parte de su antiguo prestigio, porque los soberanos solían residir en ella con frecuencia.

—Como enemigo es muy peligroso —respondió Marco.

La entrada en el jardín del jefe de la guardia, acercándose a grandes zancadas con una nota lacrada en la mano, llamó la atención de ambos.

—Correo urgente de la Galia —dijo cuadrándose marcialmente y extendiendo hacia el emperador la mano con el documento.

Un mensaje que no pudiera esperar no podía contener buenas noticias, pensó Antemio, que miró a Marco como buscando apoyo y a la cara del jefe de la guardia que se mantenía en la posición con la vista perdida al frente.

—Puedes retirarte —dijo Antemio, mientras cogía la nota y rompía el sello de cera.

Leyó con la máxima atención, quedó un momento con la mirada perdida y se le demudó el gesto.

—¿Malas noticias? —preguntó Marco.

—Mi hijo Antemiolo ha muerto. Nuestro ejército en la Galia ha sido derrotado por Eurico —dijo el emperador, conteniendo su emoción.

Antemio había enviado un ejército regular a la Galia para, con la ayuda de una coalición de germanos que se encontraban al norte del Loira, imponer su autoridad a Eurico. El mando debería haber correspondido a Ricimero o a su segundo y sobrino, el *comes* Gundebaldo, pero confiaba más en su hijo. La batalla había tenido lugar cerca de Arlés, en tierras situadas al este del Ródano, donde los romanos fueron derrotados y sus jefes ejecutados.

Tras la victoria y salvo Auvernia, Eurico se había hecho con el control del resto de la provincia de Aquitanica Prima.

El obispo de Clermont-Ferrand organizó la resistencia para que Auvernia siguiera estando ajena al control de los visigodos, para lo que contó con los servicios de Ecdicio, hijo del emperador Avito.

Para sostener aquella campaña, Antemio había exigido un gran esfuerzo económico a todos. Necesitaba oro, mucho oro. Había

ordenado a sus cuestores recaudar todos los tributos posibles. Una minoría hizo frente a los pagos sin muchas protestas, convencidos de lo grave de la situación y lo necesario que resultaba reforzar el ejército para protegerse, pero la mayoría se rebeló contra los decretos imperiales, llegándose en algunas ciudades incluso a agredir a los agentes imperiales.

El hambre se extendía sin piedad entre la gente más pobre y esa gente se unió a las revueltas alentadas por algunos de los más destacados senadores. Con todo ello, la impopularidad de Antemio, el Griego, no dejaba de crecer. Incluso los católicos aprovecharon el momento para reprocharle su política de tolerancia con el paganismo.

Antemio cayó enfermo y varios senadores comenzaron a preparar abiertamente su sucesión. El más prominente era el senador Romano que tuvo pocas dificultades para encontrar importantes apoyos y seguidores. Enterado el emperador, ordenó su inmediata ejecución. Esta muestra de firmeza terminó con cualquier disidencia, pero enfadó y mucho a Ricimero, pues Romano formaba parte de su clientela.

Una vez más, el emperador llamó a Marco Lupo a su presencia.

—Ricimero está reclutando en Milán un ejército —le dijo Antemio —. Necesito de tus buenos oficios. Debes desplazarte a Constantinopla y obtener ayuda de León I.

—Me tienes a tu servicio —respondió Marco.

—Lleva contigo a tu esposa. Su amistad con la augusta Elia Verina nos resultará muy útil.

Cuando Marco llegó a Constantinopla, supo que Ricimero había iniciado las hostilidades, poniendo cerco a Roma, tras pactar con Genserico.

Marco Lupo Serrato apenas llevaba instalado en la corte oriental unas semanas, con su esposa Lana, cuando una noche, en plena madrugada sonaron unos aldabonazos en la puerta principal, que pusieron en pie a toda la casa. Lupo saltó de su lecho y en el atrio se encontró con el mayordomo, varios sirvientes y los cuatro hombres de armas que tenía a su servicio para velar por su seguridad personal y la de su esposa.

—¿Qué hacemos, *domine*? —preguntó el mayordomo.

Marco se le quedó mirando y supo disculpar una pregunta tan tonta achacándola a la hora que era y a que quien la hacía no había acabado de despertarse.

—Mira y pregunta, naturalmente —le dijo.

El mayordomo se dirigió hacia la puerta algo avergonzado por su estupidez.

—¿Quién va? ¿Quién llama a estas horas de la madrugada? —gritó

antes de abrir un pequeño ventanuco en la puerta, a la altura de los ojos, para mirar a través de él.

—Soy Cayo Rupilio Segundo. Abre, por favor.

Al oír esto, Marco apartó al mayordomo para cerciorarse de que efectivamente quién estaba allí era quien decía ser.

—Abre la puerta —ordenó Marco.

Acto seguido, dándose cuenta de lo anómalo de la situación, decidió tomar la cautela de que estuviesen presentes los menos testigos posibles.

—¡Vamos, retiraos todos! ¡Todo el mundo a sus aposentos! —ordenó Marco, mientras vio que Lana se había puesto algo por encima y había bajado al atrio.

Todos obedecieron. El mayordomo abrió la puerta y accedieron a la casa Cayo Rupilio Segundo, con el semblante completamente demudado, y alguno de sus familiares más cercanos, acompañados de tres o cuatro sirvientes.

—¡Gracias a Dios! —dijo Rupilio extendiendo sus brazos hacia Marco—. Necesitamos ayuda. Necesitamos asilo.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? Amigo Cayo.

Los recién llegados entraron al atrio y la puerta de la calle fue cerrada de inmediato.

—No imaginas el horror que se ha desatado en Constantinopla. Un grupo de eunucos de la corte ha asesinado a Aspar, a su hijo Ardabur y a Ermanarico —dijo Cayo, afectado por la emoción.

—¿Y Julio Patricio? El prometido de Leoncia, la hija del emperador y Verina —preguntó sorprendido Marco.

—No sé nada de su paradero, pero han matado también a la mujer de Aspar y a toda la servidumbre. El caso es que se ha desatado por parte de Zenón y sus isaurios una persecución sin piedad de todos aquellos que hemos estado al lado de Aspar. Están matando a todo el que encuentran y saqueando sus casas. No teníamos a dónde ir. Siento ponerte en este aprieto.

—No debes preocuparte ahora por eso. Tranquilízate. Aquí estaréis todos a salvo.

Marco miró a Lana y vio en su gesto que consentía lo que estaba haciendo.

—Ocúpate de acomodarlos bien a todos —dijo al mayordomo—. Intentad descansar un poco. Mañana hablaremos con más tranquilidad.

Todo se había precipitado cuando Zenón informó a León I de que Ardabur había intentado sobornar a su guardia de isaurios. Resultaba evidente que Aspar había decidido hacerse con el trono, así que el

emperador no hizo otra cosa que adelantarse.

Lo que también decidió fue parar las represalias iniciadas por Zenón. No quería convertir aquello en una gran masacre de senadores y familias ilustres que le hiciera perder el apoyo que tenía. Los días siguientes la capital vivió sumida en la angustia y el desasosiego, temiendo la acción de los guerreros isaurios, pero nada ocurrió y poco a poco Constantinopla fue retornando a la normalidad.

Antemio, en la guerra que mantenía con Ricimero, que se había hecho con los servicios de Odoacro, hizo retroceder al *magister militum* hacia el norte.

Odoacro, que había sucedido en el mando de un ejército de hérulos, esciros y hunos a su padre, Edeco, el que fue hombre cercano y de confianza de Atila, estaba vinculado al emperador de Oriente por un tratado de *foedus*. Ricimero se había hecho con sus servicios a cambio de una buena compensación económica y la promesa de ser nombrado oficialmente *comes* del Imperio, en cuanto Antemio fuera depuesto y se proclamara un nuevo emperador.

El obispo Epifanio de Placentia había logrado una tregua, que fue aprovechada por ambos bandos para reforzar sus ejércitos.

—Te noto preocupado —dijo Lana al entrar en la biblioteca, donde Marco Lupo solía trabajar cuando se encontraba en casa.

Ella dio la vuelta a la mesa, se situó detrás del respaldo del sillón en donde se encontraba su marido y rodeó sus hombros con los brazos.

—¿Me lo puedes contar? —le dijo al oído apenas con un susurro.

—Tengo la sensación de haber fallado a nuestro emperador —dijo él.

—¿Y eso?

—Me envió para conseguir ayuda y lo único que he logrado es que envíe a Anicio Olibrio para mediar entre Antemio y Ricimero.

Lana se quedó pensativa al escuchar esto.

—Y, ¿puedo saber qué te parece mal? —dijo.

—¿No te das cuenta? Al enviar a Olibrio, León da la causa de Antemio por perdida. Estoy seguro de que Ricimero, en cuanto lo tenga a su disposición, lo proclamará emperador, porque lo que más desea es lograr la paz con Genserico y el instrumento es Anicio Olibrio, como candidato que es del rey vándalo.

—Pero Antemio fue nombrado por el propio León. ¿De verdad piensas que va a traicionarlo? —dijo Lana.

—No expresamente. No va a asumir el desprestigio que eso supondría, pero, al situar a Olibrio en Italia, favorece que los hechos ocurran y ocurrirán, porque después de la derrota sufrida en África,

Constantinopla no tiene capacidad para impedir el pirateo vándalo en sus costas, que tanto arruina el comercio. Así que a León le conviene que las circunstancias cambien, de modo que favorezcan a Genserico para que se avenga a negociar una paz estable.

Marco Lupo no se equivocaba. En cuanto Anicio Olibrio se reunió con el *magister militum* en Italia, este lo proclamó como nuevo emperador.

Ricimero se vio reforzado con tropas burgundias que su segundo y sobrino Gundebaldo, *magister militum* de la Galia, le aportó. Esto dio un vuelco a la situación y Antemio tuvo que retroceder hasta la misma Roma. Allí Gundebaldo fue rechazado en su intento de asalto, cerca del mausoleo de Adriano y Odoacro fue rechazado otras dos veces.

Antemio se hizo fuerte en el Palatino, cuya defensa mejoró con diversas fortificaciones construidas para la ocasión, pero al cabo de tres meses, los alimentos empezaron a escasear y las tropas no eran suficientes como para poder contraatacar.

—Seguir aquí no conduce más que a morir de hambre o a la rendición a unos enemigos que no tendrán piedad de nosotros —dijo Antemio a los suyos—. No tenemos otro camino que abrirnos paso hacia el sur y unirnos a las guarniciones que encontremos.

Antemio era militar y sabía perfectamente que no iban a tener ninguna oportunidad. La verdad era que había decidido morir luchando.

La salida sorprendió a los hérulos de Odoacro que no esperaban una muestra de arrojo semejante y cedieron ante la acometida. Sin embargo, las fuerzas de Gundebaldo acabaron por rodearlos.

—Ríndete —le gritó el burgundio—. El augusto Flavio Anicio Olibrio promete que respetará tu vida.

—Yo soy el único augusto y no pienso rendirme —dijo Antemio.

Gundebaldo hizo un gesto a los suyos que se abalanzaron contra los pocos partidarios que quedaban al lado del desgraciado emperador.

Los defensores combatieron heroicamente, pero los atacantes les superaban en número y no tardaron en caer uno tras otro. La lucha se mantuvo durante varios minutos. Finalmente, Antemio recibió un lanzazo en una pierna que le hizo arrodillarse y uno de los burgundios descargó un hachazo entre el hombro y el cuello, que casi le decapita, y le hizo caer para exhalar su último aliento.

Era julio y Roma apestaba a suciedad y muerte. La llegada del calor y la humedad del Tíber habían agravado las epidemias que, entre una población sometida a la miseria y al hambre, estaban causando estragos.

Ricimero estaba enfermo. Tenía fiebre cuando su sobrino Gundebaldo, acompañado por Odoacro, le entregó la cabeza cortada de Antemio.

—Seréis recompensados —acertó a decir con una mirada vidriosa y la voz tomada—. Yo me ocuparé ante el nuevo emperador de que así sea.

En agosto, las fiebres que asolaban Roma terminaron con la vida de Ricimero, el hombre más poderoso del Imperio en los últimos quince años, que había nombrado y depuesto emperadores a su antojo.

Dos meses después, la misma epidemia se llevó por delante a Anicio Olibrio.

Gundebaldo, que había sucedido en el mando a su tío, designó como augusto a Flavio Glicerio, el veterano *comes domesticorum* de Rávena.

—No pienso reconocer a un nuevo títere como emperador en Occidente. Si Gundebaldo cree que es un nuevo Ricimero y va a poner y quitar emperadores a su antojo, se equivoca —dijo León I—. Vas a desplazarte a Italia con tropas suficientes para acabar con ese par de impostores. Estando vacante el trono de Occidente, es a mí a quien corresponde decidir quién sea el nuevo soberano y he decidido que seas tú, Flavio Julio Nepote. Tú, Marco Lupo Serrato, le acompañarás.

Julio Nepote era hijo del *magister militum* Nepociano, que había comandado los ejércitos romanos en Hispania catorce años atrás, nombrado por Mayoriano. Era sobrino de Marcelino y había heredado su puesto al frente de Dalmacia. Además, estaba casado con una sobrina de la augusta Verina y del emperador.

Para León I era un candidato idóneo por su vinculación y pertenencia a la familia imperial y por el hecho de que disponía de un ejército propio en el Ilírico.

—Quiero acompañarte —dijo Lana.

—No. No vas a venir. Es muy peligroso. Lo que se va a producir en Italia es una guerra civil y no tiene sentido que te pongas en peligro —dijo Marco, rotundo—. Además, es necesario que te quedes en Constantinopla y cuides de nuestros asuntos.

Hacía meses que Marco había decidido liquidar todo su patrimonio en Occidente y trasladarlo a Constantinopla. Los tiempos no estaban siendo buenos para los negocios desde la muerte de Valentiniano III, cuando ya eran difíciles y en la mayoría de los casos ruinosos. A la muerte de su padre, liquidó el negocio de banca, logrando salvar solo una parte de lo invertido, porque fueron muchos los que habían recibido créditos que no podían devolver. Hizo lo mismo con las

navieras, que apenas obtenían beneficios ya que el comercio marítimo resultaba imposible, arruinado por los continuos actos de piratería de Genserico. No llegó a vender las tierras de Galduria, aunque con Hispania bajo el dominio de Eurico, las daba por perdidas. Así que, con el capital que pudo salvar, invirtió en tierras al otro lado del Bósforo y compró algún barrio casi entero de casas en la capital para alquilar. También invirtió en el negocio de cría de caballos de Cayo Rupilio Segundo, invitado por este en agradecimiento por la ayuda que le prestó al dar asilo a su familia en su casa, tras el asesinato de Aspar.

León I dio orden a la flota oriental de que se aprestara a trasladar a Italia las tropas del Ilírico. El emperador no llegó a ver a su protegido convertido en soberano, porque, antes de que terminaran los preparativos para embarcar, enfermó súbitamente y murió. Antes de que eso ocurriera, nombró a Zenón como coemperador.

Dos meses después, Julio Nepote desembarcaba en el puerto de Ostia sin encontrar oposición.

El poco afortunado emperador de Occidente Flavio Glicerio se encontró sin medios con qué oponerse al ejército de Nepote. En su más que breve reinado, había tenido que hacer frente a un intento de invasión de Italia por parte de Eurico, que, viendo la debilidad romana, se atrevió a intentarlo. Gundebaldo logró rechazarlo en los pasos alpinos, pero, acto seguido, no se pudo evitar una invasión de ostrogodos, llegados desde el norte y liderados por Vidimero, que pusieron sitio a lo que quedaba de la ciudad de Aquilea, y solo se consiguió que volvieran a su territorio entregándoles el poco oro que aún quedaba en las arcas imperiales.

Glicerio no solo carecía de medios, sino que se había quedado solo, porque Gundebaldo había llegado al convencimiento de que con los visigodos, burgundios y vándalos, crecidos ante la debilidad del Imperio, intentando todos acrecentar sus reinos, el gobierno imperial únicamente podía alcanzar a la península itálica y a un minúsculo territorio aislado integrado en el nordeste de la Galia, y ni para mantener esto se tenían medios. El trono imperial se había convertido solo en un concepto teórico, por el que no merecía la pena esta continua pugna homicida para obtener un poder insignificante, abocado a fracasar continuamente.

Así que Gundebaldo había aprovechado la oportunidad que se le presentaba de heredar el trono burgundio con la reciente muerte de su padre y abandonó a Glicerio a su suerte, dirigiéndose al norte con los suyos.

No hubo lucha. El hasta ese momento emperador cedió el trono sin

combatir, cosa que Julio Nepote agradeció perdonándole la vida y enviándolo a Dalmacia como obispo de Salona.

El 24 de junio de 474, el nuevo soberano fue revestido de la púrpura en Roma. Lo primero que intentó fue restaurar su poder en las Galias, restableciendo las alianzas con los jefes germanos y ganándose la confianza de las élites galorromanas, para lo que ratificó en el puesto de *magister militum* de Occidente a Gundebaldo, a pesar de que se encontraba en su tierra y con los suyos. Este recomendó que se recompensara a Ecdicio, hijo de Avito, que el año anterior había alimentado a sus expensas a más de cuatro mil galorromanos, que morían de hambre porque Eurico impedía desde Arlés y Marsella que le llegaran provisiones, a través del cauce del Ródano. Nepote le nombró patricio y *magister militum praesentialis*, obligándole a dirigirse a la corte para vivir. Como sustituto en la Galia, al frente de las operaciones militares, fue nombrado Orestes, general de origen panonio que había sido tiempo atrás y durante muchos años secretario de Atila.

La muerte de León I hacía más frágil su posición, al no contar ya con un apoyo incondicional por parte de la corte de Constantinopla, por lo que Julio Nepote consideró ineludible llegar a un acuerdo de *foedus*, tanto con Eurico, como con Genserico.

El primero acababa de adueñarse de Marsella y no estuvo de acuerdo en devolverla para llegar al pacto que el emperador proponía y Genserico apenas tomó en consideración su propuesta, porque estaba más interesado en firmar un acuerdo definitivo con Oriente.

La sucesión en Constantinopla del fallecido León I se resolvió mediante un pacto por el que se confirmaba a Zenón como coemperador, ahora junto a su hijo León II, nieto del anterior monarca, que había sido designado como sucesor con el título de césar.

Sin embargo, el emperador niño, de tan solo cinco años, murió a los diez meses de ascender al trono.

CAPÍTULO XXXVIII

El final de los días

A. D. 475-476
1228-1229 Ab urbe condita

—¡Maldito ingrato presuntuoso! ¡Maldito traidor! —gritaba Elia Verina fuera de sí—. Me lo debe todo. Es lo que es gracias a mi apoyo y ahora se vuelve contra mí.

—Serénate, por favor, augusta —dijo Lana, tratando de calmar a la emperatriz viuda.

Las relaciones entre Verina y Zenón, el nuevo emperador, no habían hecho otra cosa que empeorar desde la muerte de su nieto León II, hijo de Zenón y de Elia Ariadna, hija a su vez del fallecido León I y Verina.

—Se ha convertido en el amo y piensa que al haber muerto su hijo y quedar él como único emperador, ha dejado de estar obligado conmigo —decía indignada la augusta—. Pero ¿cómo se atreve a prohibirme que me case con Patricio?

Se refería a su amante, el prefecto del pretorio, del que estaba enamorada y con el que mantenía relaciones desde antes de la muerte de su marido.

En realidad, Verina quería mantener la misma posición de poder y la misma capacidad para decidir en todo. Era ella la que se sentía el ama y no dejaba de ver a Zenón más que como un empleado suyo, que debía seguir sometido a su voluntad.

Flavio Zenón era el nuevo y único emperador, sí, pero era muy consciente de que necesitaba un tiempo para afianzar su poder, porque sabía que no resultaba nada popular, dado su origen isaurio. Había proclamado como augusta a su esposa Elia Ariadna.

En realidad, se había negado a la boda de Verina con patricio, porque no quería ser él mismo el que diera alas a un posible rival. Conocía bien a la que había sido su emperatriz y sabía que de ella no podía fiarse.

En Roma, Julio Nepote fue informado de que los negociadores

habían llegado a un pacto con el rey de los visigodos.

—¿Debo felicitarte por el acuerdo alcanzado con Eurico? —preguntó Marco Lupo.

Julio Nepote le miró con cara de pocos amigos, porque no estaba dispuesto a tolerar ningún tipo de sarcasmo sobre el particular. Bastante presionado se encontraba ya. Necesitaba afianzar su posición, tan debilitada desde la muerte de León I, a quien debía el trono. Ahora no podía contar con el apoyo de Constantinopla, que pasaba por una situación bien confusa mientras no se aclarara y se consolidara allí la sucesión.

Así las cosas, era imprescindible estabilizar la Galia y esto pasaba por alcanzar un acuerdo con Eurico como asunto de la mayor prioridad y en normalizar las relaciones con francos, burgundios y la élite galorromana.

—¿Tú también tienes reparos que hacer? —preguntó Nepote con una mirada de hielo.

—En absoluto. No querría que me interpretases mal. Estoy convencido de que has obrado lo mejor que se podía, dadas las circunstancias —dijo Marco.

—Es imprescindible que la Galia deje de representar un peligro continuo y una fuente de problemas. Eso solo podemos conseguirlo estando en paz con Eurico. Sé que no es el mejor acuerdo. Se que entregarle Auvernia y reconocer su soberanía sobre ella no es del agrado de muchos. Algunos se escandalizan de que le haya reconocido un *regnum* propio —Nepote hizo una pausa como meditando sobre sus propias palabras—. Es ganas de escandalizarse por parte de algunos hipócritas recalcitrantes que no quieren reconocer que Eurico ya se comportaba como un rey independiente preparado para atacarnos en todo momento. A partir de ahora ejercerá su gobierno y la administración del territorio que controla en nombre del emperador.

Marco pensó que ese planteamiento en el fondo no era sino una forma de engañarse, porque el Imperio carecía de poder para imponer nada al visigodo.

—A cambio del acuerdo alcanzado, nos devuelve Masilia y Arelate, lo que supone que volvemos a disponer y a tener el control de los impuestos portuarios, que nos van a proporcionar unos ingresos que necesitamos con urgencia.

Marco seguía opinando que, mientras no se dispusiera de una fuerza militar capaz de imponerse a Eurico, esa entrega podía resultar muy efímera, porque estaba seguro de que el rey visigodo intentaría recuperar esas ciudades en cuanto tuviera ocasión. Sin embargo, se abstuvo de realizar ningún comentario.

Tras la política de pactos llevada a cabo por Nepote, el ejercicio legal del poder quedaba en manos de los jefes más destacados. El sudoeste y sur de la Galia, gran parte de Hispania, a excepción de la provincia de Gallaecia, en poder de los suevos, se consolidaban bajo la administración de Eurico. Al norte del río Loira estaba Siagrio, quien, desde la muerte de Egidio, su padre, había continuado con su *regnum* como *rex Romanorum*, desde la ciudad de Soissons, a modo de contrapunto local a los *regna* germanos. Sus vecinos por el norte eran los francos de Childerico I, mientras que, al este del Ródano, estaba el burgundio Gundebaldo, que seguía manteniendo el título de patricio. Ambos oficiaban en nombre del emperador.

Fuera de la Galia, Odoacro actuaba como *rex gentium*.

Era una situación frágil que no tenía viso alguno de mantenerse durante mucho tiempo. Todos veían el poder imperial como fuente de legitimidad, que reforzaba su propio poder frente a posibles aspirantes de entre los suyos, pero se trataba de un poder meramente nominal, pues el emperador era incapaz de imponer su voluntad en ningún caso.

En Constantinopla, Elia Verina no iba a consentir que Zenón se saliera con la suya. Así que preparó una conspiración con la ayuda de su hermano Basilisco y Patricio, su amante. Contó también con el *magister* Illos, que, aunque isaurio, le era leal, y pidió ayuda militar a Teodorico Estrabón, a quien hacía poco más de un año, León I había nombrado *magister militum utriusque militae* y reconocido como gobernante independiente de los godos de Tracia. El jefe godo tenía una cuenta pendiente con Zenón por el asesinato de Aspar, dado que este era su yerno, de modo que no dudó en sumarse al complot.

Instigado el pueblo de Constantinopla por Verina, sus partidarios y por una gran parte del Senado las revueltas se multiplicaron y el ambiente en la capital se volvió a cada momento más irrespirable y peligroso.

—Teodorico Estrabón se dirige hacia Constantinopla al frente de un ejército de godos —dijo el jefe de la guardia.

—Tenemos que hacerle frente —dijo Zenón.

—*Sacra maiestas*, no tenemos fuerzas suficientes y ellos son muchos. No tenemos tiempo de preparar una tropa con la que enfrentarnos.

—Las murallas de Constantinopla son inexpugnables. Resistiremos —dijo el emperador.

—Que pongan sitio a la ciudad no me preocupa, augusto. Lo que temo es lo que pueda ocurrir en el interior. Nuestros enemigos van a sublevarse dentro de nuestros muros. Ya lo hacen y, en cuanto vean

que a las puertas se sitúa el ejército de Estrabón, no podremos detenerlos.

Zenón se dio cuenta de que el jefe de la guardia llevaba razón. La propia Verina, que en realidad estaba detrás de toda la conspiración, terminó por convencerle de que lo más prudente era que saliese de Constantinopla.

Había que huir de la ciudad, poner tierra de por medio y ganar tiempo al otro lado del Bósforo, mientras se reclutaba un ejército lo suficientemente poderoso como para recuperar el trono.

Partió con los suyos, no sin antes tomar la precaución de llevarse consigo gran parte del tesoro.

En Occidente lejos de mejorar la situación para el emperador Julio Nepote, la oposición a la entrega de soberanía, que había realizado en favor de Eurico y los restantes reyes en la Galia, no hacía más que aumentar, en especial entre una parte de la oligarquía romana, que constituían la élite terrateniente y senatorial en aquellas tierras. Orestes vio clara la oportunidad que se le ofrecía capitalizando todo aquel descontento y se sublevó al mando de las tropas comitatenses galas, como comandante supremo de Occidente que era.

—Voy a refugiarme en Rávena —dijo Nepote—. Sus fortificaciones me mantendrán a salvo mientras logramos refuerzos.

—Me desplazaré a Constantinopla si lo deseas, pero no creo que podamos lograr nada en este momento en que están al borde de una guerra civil —dijo Marco Lupo Serrato.

—No, no quiero que vayas a Constantinopla. Estoy de acuerdo en que no es el momento. Quiero que te desplaces al Nórico y consigas que Odoacro acuda en mi ayuda con su ejército.

—Va a ser difícil. Se siente muy defraudado por tu negativa a entregarle tierras para sus guerreros —dijo Marco.

—Precisamente. Ve y prométele que si nos ayuda le daré cuanto pide —dijo el emperador.

No fue fácil convencer a Odoacro que se sentía muy agraviado porque a sus tropas ni se les pagaba lo que se les debía, ni se le entregaban las tierras solicitadas.

Finalmente, cuando accedió a ayudar a Nepote, Orestes había puesto sitio a Rávena y entrado en la ciudad, y Julio Nepote había embarcado y huido a Dalmacia, refugiándose en la ciudad de Salona.

Por su parte, en Oriente, Zenón se había hecho fuerte en Antioquía, en donde estaba reclutando un numeroso ejército, en gran medida compuesto por sus compatriotas isaurios, con el que volver.

En Constantinopla, Basilisco se había proclamado emperador.

—No lo puedo creer, querida Lana, ¡mi propio hermano! ¿Cómo ha

podido ordenar la ejecución de Patricio? Me ha engañado —decía Elia Verina, abrumada por el dolor y la decepción—. Me ha utilizado. La idea era casarme con Patricio y proclamarlo emperador y Basilisco ha manipulado a todo el mundo, aprovechando la ocasión, para que el Senado lo proclame a él. Aún no puedo creer que esto haya pasado.

Basilisco llevó a cabo una matanza contra los isaurios que habían quedado en Constantinopla.

A Verina le faltó tiempo para maniobrar y conspirar contra su hermano, al que jamás le perdonaría la muerte de su amado Patricio.

El nuevo emperador no tardó en ganarse la animadversión de la Iglesia al intentar imponer sus creencias monofisitas, contrarias a las proclamadas por el Concilio de Calcedonia. Además, su intento de afianzarse en el poder nombrando a hombres leales solo a él para cargos importantes le enemistó con figuras relevantes en la corte, que vieron defraudadas sus expectativas. Por otra parte, se encontró con que no quedaban recursos en el tesoro, porque Zenón se había llevado casi todo el oro. No solo tuvo que imponer fuertes tributos, sino que se vio obligado a vender mediante subasta los cargos públicos. Y por si esto fuese poco, un pavoroso incendio destruyó barrios enteros, casas e iglesias de Constantinopla, incluida la gran biblioteca levantada por el emperador Juliano, lo que fue interpretado por el pueblo como un mal augurio para su reinado.

Cuando Basilisco nombró a su sobrino Armato *magister militum praesentialis*, cargo con el mismo rango que Teodorico Estrabón ostentaba, este se apartó del nuevo emperador. Finalmente, también comenzó a flaquear la lealdad de Illos por la masacre de isaurios que el nuevo soberano había ordenado.

A Orestes, en Rávena, le faltó tiempo para proclamar a su hijo Rómulo como nuevo emperador de Occidente. Al niño, que tenía diez años, se le hizo adoptar el nombre de Flavio Rómulo Augusto Pio Félix, aunque pasaría a ser conocido por el apodo burlón de Augústulo, que significaba «pequeño augusto».

En Constantinopla, cuando Basilisco pudo contar con fuerzas suficientes, envió a Illos y a su hermano Trocundo contra Zenón.

Cerca ya de la ciudad de Antioquía, donde Zenón se había hecho fuerte, el ejército imperial acampó.

—¿Cómo es que has recibido correo directamente del Senado? —preguntó Trocundo a su hermano.

—No te lo vas a creer, pero un grupo, entre los que se encuentran los senadores más relevantes, me piden que llevemos a Zenón de vuelta para reponerlo en el trono —dijo Illos contemplando la cara de sorpresa de su hermano—. Me dicen que Constantinopla ha llegado al

extremo de preferir que vuelva, a pesar de ser un extranjero isaurio, antes que seguir soportando a un monofisita y a sus rapaces ministros.

Si el mantenerse al lado del asesino de sus hermanos isaurios pesaba sobre su conciencia como una losa, esta carta hizo que, en lugar de combatir a Zenón, se pasara a su bando y este no se demorara en marchar sobre Constantinopla.

Al tener noticias de ello, Basilisco envió a su sobrino Armato a Asia con todas las fuerzas que tenía para oponerse al avance de Zenón.

Armato era una especie de dandi al que solo interesaba su cabello, cómo peinarlo y su cuidado corporal para lo que entrenaba continuamente. Era un guapo narcisista del que se rumoreaba que se había convertido en amante de Zenonis, la mujer de su tío. Le gustaba vestirse de Aquiles y desfilar por su casa, cerca del hipódromo.

Cuando Armato tuvo contacto con Zenón a través de los mensajes que le envió, este logró sobornarle prometiendo que sería nombrado *magister militum praesentialis* a perpetuidad. También prometió concederle el rango de patricio y nombrar a su hijo, también llamado Basilisco, como césar. Así que no dudó en cambiar de bando y esta traición marcó el destino del emperador de Oriente.

En agosto de 476, Zenón puso cerco a Constantinopla y el Senado le abrió las puertas permitiéndole recuperar el trono.

Basilisco se refugió en una iglesia.

—Solo me entregaré si se me garantiza que no se verterá una sola gota de sangre mía o de mi familia —dijo el emperador caído al jefe de la fuerza que le instaba a que se entregase.

No tuvo que esperar mucho para que de palacio llegase un enviado con un documento sellado y firmado por el que Zenón se comprometía a que no se derramaría una sola gota de sangre ni de Basilisco, ni de ningún miembro de la familia.

—Confío en que sabrá cumplir con su palabra —dijo Basilisco al entregarse.

Él, su mujer, Elia Zenonis, y su hijo Marco fueron enviados a una fortaleza en Capadocia, donde se les depositó en el fondo de una cisterna vacía y se les dejó morir de hambre. Veinte meses había durado su gobierno.

El reinado de Rómulo Augústulo se había iniciado con unos recursos financieros reducidísimos, que no daban para pagar a las tropas.

—Pienso exigir a Orestes la entrega de tierras para mis guerreros —dijo Odoacro.

—¿Y si se niega? —preguntó Marco Lupo.

—No puede negarse.

Orestes se negó.

El emperador Zenón, una vez recuperado el trono de Constantinopla, deseando afianzar su poder con un periodo de paz y recuperación de la prosperidad, mediante el comercio marítimo, envió al patricio Aulo Severo como embajador ante Genserico para alcanzar un acuerdo con él que acabase con la piratería de los vándalos en el Mediterráneo. El experto diplomático consiguió que el rey vándalo diera la libertad a los prisioneros que aún conservaba de la desgraciada campaña contra Cartago, fracasada ocho años atrás. También logró que Genserico, a pesar de ser arriano, cediese en tolerar las prácticas religiosas de los católicos.

Visto el éxito de esta misión, Zenón propuso a Genserico alcanzar una paz perpetua, mediante el reconocimiento por parte del Imperio de los derechos del rey vándalo sobre todos los territorios conquistados, respetando su hegemonía en el Mediterráneo, a cambio de terminar con los saqueos. El tratado se firmó en otoño del 476. Este acuerdo venía a reconocer la soberanía del rey vándalo sobre los territorios conquistados. Se le reconocía como rey independiente de modo que ni siquiera nominalmente se establecía en parte alguna del acuerdo que ejerciera su poder en nombre del emperador.

En Milán, Odoacro se levantó al frente de sus hérulos, esciros y godos, a primeros de agosto, ante la negativa de Orestes de entregarles tierras en Italia. Este intentó hacerle frente en las inmediaciones de Ticinum (Pavía), pero se vio incapaz de enfrentarse en campo abierto y se refugió en la ciudad, que fue tomada por los hérulos al asalto. El padre del emperador logró escapar, pero hecho prisionero en Piacenza, fue decapitado.

El 23 de agosto Augústulo fue depuesto.

—No temas, joven Rómulo —dijo Odoacro a un caído y aterrado emperador niño—. En honor a la amistad de nuestros padres, nada te va a ocurrir. Residirás en la Campania, en el Castellum Lucullanum y se atenderá a tus necesidades.

A esos extremos se había llegado. El futuro de Roma se estaba dirimiendo entre el hijo de Edeco y el hijo de Orestes. El primero fue mano derecha y el segundo secretario, ambos de Atila. Y no solo eso, los bárbaros se habían hecho hasta tal punto con el Imperio que toda la legitimidad y la herencia de sangre, tanto de la dinastía teodosiana, como de la valentiniana, habían ido a parar a Hilderico, el nieto de Genserico, al ser hijo de Hunerico y Eudocia, que era a su vez hija de Valentiniano III, nieta por un lado de Elia Gala Placidia y por otro de Teodosio II, y biznieta de Teodosio el Grande y Arcadio.

Odoacro había llamado a Marco Lupo a su presencia.

—Quiero pedir tu consejo —dijo el jefe hérulo.

—Cuentas con él. Dime en qué puedo ayudarte.

—Tengo un dilema —dijo Odoacro pensativo—. Mis hombres van a proclamarme rey de Italia y yo voy a aceptar.

—Lo sé —dijo Marco.

—Sería necesario nombrar un nuevo emperador y no veo en ello más que una fuente de conflictos. El poder real del Imperio de Occidente se reduce a lo que abarca la península italiana. Si yo voy a ser rey de Italia, otro soberano no hará sino estorbarme. Si lo elijo yo, el nombramiento recaerá sobre alguien que me obedezca, que seguramente no será reconocido por el emperador de Constantinopla. Si pido a Zenón que nombre a uno, pondré en cuestión mi propio poder. Y si no hago ni una cosa ni otra, Constantinopla considerará ilegítima la situación y no me reconocerá como rey, ni estará dispuesta a llegar a un pacto de *foedus* conmigo, lo que animará a Eurico, que aprovechando la confusión, ya se ha vuelto a apoderar de Masilia y Arelate, a invadir Italia —terminó Odoacro.

En realidad, Marco Lupo ya había pensado en ello y se daba cuenta de cuál era la situación.

—Si no tomas la iniciativa, esto se te va de las manos —dijo Marco, tras meditar su respuesta.

—Lo sé. Por eso te pido consejo a ti, que eres la persona que mejor conoce el funcionamiento de ambas cortes y sus entresijos legales, pero ¿qué debo hacer?

—Creo que debes actuar sobre hechos consumados —dijo Marco.

—Te escucho.

—El trono de Occidente ha quedado vacante. Toma las insignias imperiales, mételas en un cofre y envíalas a la corte de Constantinopla. Yo mismo me ocuparé de hacérselas llegar a Zenón.

—Continúa. Dime qué consigo con eso —dijo Odoacro.

—Envíalas con una carta en la que le reconozcas a él como único emperador de todo el Imperio —Marco hizo una pausa—. Mejor si a tu carta la acompañas con otra del Senado en la que este pida que asuma el trono vacante. Pídele a cambio que te reconozca a ti como gobernante de Italia, que la administrarás en su nombre, y acepta que los tuyos te proclamen rey.

Marco, situado en la popa de una liburna ligera, contemplaba desde la aleta de babor cómo la silueta del puerto de Ostia, el que durante siglos había sido el puerto de Roma, iba alejándose hasta perderse en el horizonte. En su camarote llevaba el cofre que contenía el manto púrpura, la diadema, el gorro, el cetro y los zapatos rojos, insignias, símbolos y emblemas del poder imperial en los últimos

siglos.

Tuvo la sensación de que no era el barco el que se alejaba, sino Roma la que quedaba atrás hasta acabar por perderse en el horizonte. A su edad, sabía que era difícil que volviera a verla. En cualquier caso, era consciente de que ya nada volvería a ser igual.

Marco Lupo Serrato se giró para mirar la línea del horizonte, a través de la proa del barco, por donde en unos días vería aparecer la ciudad de Constantinopla. Se dio cuenta de que, si él tenía futuro, habiendo dejado atrás gran parte de su vida, era porque, en ese futuro se encontraba Lana. Pensó que al final, pase lo que pase, solo el amor nos salva.

Miró hacia el sol que sale una y otra vez, a pesar de que una y otra vez la noche llega. No sabía que, esta vez, el sol de Roma se había puesto y no volvería a amanecer sobre la urbe mítica, creadora del más glorioso imperio conocido, que había sido durante más de mil años luz del mundo. No era capaz de comprender que, con la deposición de su último emperador, la fatalidad de un trágico destino se cumplía y ahora la ciudad había alcanzado definitivamente el final de los días.

Epílogo

El tratado firmado con Genserico significaba una claudicación, una renuncia de soberanía que no era otra cosa que el reconocimiento de la derrota del Imperio, que se declaraba incapaz de recuperar lo que había sido suyo y la parte occidental lo necesitaba para seguir subsistiendo. Sin embargo, en el momento, el prestigio de Zenón se incrementó como soberano capaz de conseguir para su pueblo una paz perpetua y el restablecimiento del comercio en el Mediterráneo, que traería la prosperidad económica, tan necesaria, después de haber pasado por tantas penalidades y que empezó a notarse casi de inmediato.

Ante el cofre abierto a sus pies con las insignias imperiales de Occidente en su interior, Zenón no veía otra cosa que la oportunidad de aparecer como el soberano único de un único imperio, cosa no vista desde que Teodosio el Grande consiguió reunir por última vez ambas partes bajo su soberanía. Esto indudablemente agrandaría su figura y ayudaría a estabilizar su reinado.

No era verdad que no hubiese un emperador en Occidente, pues Julio Nepote estaba en Dalmacia, reivindicándose como soberano. Pero este no había sido puesto por Zenón, sino por el desaparecido León I, y aunque en el documento en el que se elevaba al rango de patricio y se nombraba como *comes* de Italia a Odoacro se le recomendaba que obedeciese a Nepote, esta recomendación no era más que un mero formulismo, pues no pensaba apoyarlo, al querer quedar como único soberano de un Imperio reunificado otra vez. Tampoco Odoacro tenía intención de reconocerlo, ni de sentirse mínimamente obligado con un emperador que consideraba depuesto y exiliado en Dalmacia.

Nadie entonces fue consciente de la trascendencia de lo ocurrido. La idea de Roma; el concepto de Imperio estaba tan arraigado en la mente y el alma de quienes vivían el momento, que todos y cada uno sabían qué territorios abarcaba y cuales no, o cuales eran sus fronteras ya estuviesen defendidas o no, ya fuesen más o menos violadas. Todos eran conscientes de que la fuente del poder, el origen de toda legitimidad, dentro de esas fronteras, residía en los emperadores de

Rávena y Constantinopla, o en el trono que en un momento dado no estuviese vacante. Daba igual que cada rey bárbaro pudiese hacer lo que le viniese en gana o que el emperador no pudiese obligarlo. Si un rey quería ejercer un gobierno legítimo, tenía que hacerlo en nombre del emperador.

Nadie asumió en aquel momento que el Imperio romano de Occidente había desaparecido y lo había hecho para siempre. El hecho de que no hubiese un emperador en Roma o Rávena se interpretó por todos como una situación transitoria, como las que ya se habían dado en otras ocasiones.

Nadie notó cambio alguno en su vida cotidiana. Los habitantes de las tierras bajo el poder de los reyes bárbaros siguieron como estaban, sometidos a unos monarcas que nominalmente ejercían el gobierno en nombre de un emperador que era incapaz de imponer su voluntad a nadie, así que daba igual que a efectos formales se reconociera como fuente de legitimación a un soberano en Roma o en Constantinopla.

Se había producido la caída de Roma y no pasó nada, porque todo lo que tenía que pasar había pasado ya.

BIBLIOGRAFÍA

Agustín, S. Confesiones. Editorial Porrúa, 1999.
Agustín, S. La Ciudad de Dios. Tecnos, 2007.
Angela, A. Un día en la antigua Roma, Vida cotidiana, secretos y curiosidades. La Esfera de los Libros, 2009.
Arce, J. Alarico (365/370-410 A. D.). La integración frustrada. Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2018.
Arce, J. La frontera (Anno Domini 363). Alianza Editorial, 1995.
Asimov, I. Cronología del mundo. Ariel, 1992.
Asimov, I. El Imperio Romano. Alianza Editorial, 2001.
Baker, S. Roma auge y caída de un imperio. Ariel, 2007.
Babut, E. La guardia imperial y el ejército de oficiales del ejército romano en los siglos IV y V d. C. Signifer Libros, 2014.
Barceló, P., y Ferrer J. J. Historia de la Hispania romana. Alianza Editorial, 2007.
Barrow, R. H. Los romanos. Fondo de Cultura Económica, 1998.
Beard, M. El triunfo romano, Una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias. Crítica, 2008.
Beltrán Lloris, F. «Los bárbaros del Imperio Romano». Cit. en Cuadernos. Historia 16. Vol. 198, 1985.
Bertolini, F. Historia de Roma, desde los orígenes hasta la caída del Imperio de Occidente. Edimat Libros, 1999.
Biesty, S. Roma vista por dentro. RBA, 2005.
Blázquez, J. M. Historia de España Antigua, Hispania romana. Crítica. Tomo II, 2007.
Blázquez, J. M. Nuevos estudios sobre romanización. Istmo, 1989.
Bradley, K., Esclavitud y sociedad en Roma. Península, 1998.
Brandt, H., Constantino. Herder, 2007.
Bravo, G. Hispania. La epopeya de los romanos en la Península. La Esfera de los Libros, 2007.
Bravo, G. Teodosio. El último emperador de Roma. Primer emperador católico. La Esfera de los Libros, 2010.
Bussagli, M. Atila. Alianza Editorial, 1988.
Cantarella, E. El peso de Roma en la cultura europea. Akal, 1996.
Castellanos, S. En el final de Roma. Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2013.

Caselli, G. El Imperio romano y la Europa medieval. Anaya, 1985.
Catalán Ramos, R. «Una imagen difuminada. Armas y equipamiento de las legiones del Siglo V». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Cebrián, J. A. La aventura de los godos. La Esfera de los Libros, 2002.
Cebrián, J. A. La aventura de los romanos en Hispania. La Esfera de los Libros, 2006.
Cobo Calderón, F. Viajes por la Historia. Planeta, 2005.
Collins, R. Los guardianes de las llaves del cielo. Ariel, 2009.
Conde Obregón, R. Las murallas de Roma. Plaza y Janés, 1980.
Connolly, P. La guerra en Gracia y Roma. Desperta Ferro Ediciones, 2016.
Connolly, P. Las legiones romanas. Espasa Calpe, 1981.
Connolly, P. Las legiones romanas. Anaya, 1989.
Dahlheim, W. En la cuna de Europa. Libertad urbana en la antigua Roma. Siglo XXI de España, 2008.
Dando-Collins, S. Legiones de Roma. La Esfera de los Libros, 2012.
Deschner, K. Historia criminal del cristianismo. La época patrística y la consolidación del primado de Roma. Ediciones Martínez Roca, 1991.
Deschner, K. Historia criminal del cristianismo. Desde la querella de Oriente hasta el final del periodo justinianeo. Ediciones Martínez Roca, 1992.
Díaz Martínez, P. C. y VV. AA. Hispania tardoantigua y visigoda. Historia Antigua. Itsmo, 2007.
Dinarés Cabrerizo, O. «El viaje de Prisco de Panio. Un ejemplo de experimentación con fuentes literarias». Cit. en Antigüedad in progress... Actas del I Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo (CIJIMA I). Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía, universidad de Murcia, 2014.
Elton, H. «Camino al desastre. El último siglo de Occidente». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Eslava G. La vida amorosa en Roma. Temas de Hoy, 1996.
Esparza, J. J. Visigodos. La verdadera historia de la primera España. La Esfera de los Libros, 2018.
Fernández Castro, M. C., y John S. R. Historia de España, I. Historia Antigua. Crítica, 2005.
Fernández Delgado, A. «La caída de Roma». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
Fernández Uriel, P., y Vázquez Hoys A. M. Diccionario del mundo antiguo. Próximo Oriente, Egipto, Grecia y Roma. Alianza Editorial, 1994.
Ferrill, A. La caída del Imperio Romano. Las causas militares. Edaf, 1989.
Frattini, E. Los papas y el sexo. Espasa, 2010.
Fuentes Hinojo, P. Gala Placidia. Nerea, 2004.
García Blanco, J. Historia Negra de los papas. Luciérnaga, 2017.
García Moreno, L. A. El bajo Imperio romano. Editorial Síntesis, 2005.

Gibbon, E. Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano. Invasiones de los bárbaros (años 312 – 398). Turner. Tomo III, 1984.
Gibbon, E. Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano, desde Juliano a la partición del Imperio (años 395 – 582). Turner. Tomo IV, 1984.
Gibbon, E. Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano. Debolsillo, 2003.
Gibbon, E. Los cristianos y la caída de Roma. Taurus, 2013.
Giménez, I. «Los hunos el azote del Imperio». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
Goldsworthy, A. El ocaso de Occidente, La caída del Imperio Romano. La Esfera de los Libros, 2009.
Goldsworthy, A. Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas. Ariel, 2005.
Golvin, J, C., y Salles, C. Ciudades del mundo antiguo. Desperta Ferro Ediciones, 2015.
Golvin, J, C., y Salles, C. Palacios imperiales de la Roma antigua. Desperta Ferro Ediciones, 2016.
González Román, C. Roma y la urbanización de Occidente. Arco Libros, 1997.
Goñi, C. Una de romanos, un paseo por la Historia de Roma. Ariel, 2007.
Grant, N. La antigua Roma al descubierto. SM, 2003.
Grimal, P. Historia de Roma. Paidós, 2005.
Grimal, P. La civilización romana, vida, costumbres, leyes, artes. Paidós, 2007.
Grimal, P. Las ciudades romanas. Oikos-tau, 1991.
Grimal, P. El amor en la Roma antigua. Paidos, 1999.
Guillén, J. URBS Roma, vida y costumbres de los romanos, III. Religión y ejército. Ediciones Sígueme, 1985.
Hacquard, G. Guía de la Roma antigua. Centro Lingüística Aplicada Atenea, 2000.
Halsall, G. «La barbarización del Ejército tardorromano». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Hanoune, R. Nuestros antepasados los romanos. Claves, 1999.
Harper, K. El fatal destino de Roma, crítica. Planeta, 2019.
Hazel, J. Quién es quién en la antigua Roma. Acento, 2002.
Haywood, J. Atlas histórico del mundo. Könneman, 2000.
Heater, P. Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la Historia de Europa. Crítica, 2010.
Heater, P. La caída del Imperio Romano. Círculo de Lectores, 2008.
Holland, T. Dominio. Ático de los Libros, 2020.
Jerphagnon, L. Historia de la Roma antigua, Edhasa, 2007.
Jiménez Alcaide, L. Los papas que cambiaron la historia. Almuzara, 2014.
Jiménez Garnica, A. M. Nuevas gentes, nuevo Imperio: los godos y Occidente en el siglo V. UNED 2010.

Jones, T., y Ereira, A. Roma y los bárbaros. Crítica, 2008.
Jordanes. Origen y gestas de los godos. Cátedra, 2009.
Kovaliov, S. I. Historia de Roma. Akal, 2007.
Kulikowski, M. «Las causas militares de la caída del Imperio romano de Occidente». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Laboa Gallego, J. M. Historia de los papas. La Esfera de los Libros, 2013.
Lago, J. I. Roma en guerra. Amena, 2007.
Laurence, R. Guía del viajero a la antigüedad, Roma en el año 300. Editorial Océano, 2009.
Le Gray, M. Grandeza y caída del Imperio romano. Cátedra, 2002.
Lee D. «Un Imperio y dos caminos». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Lendon, J. E. Soldados y fantasmas. Historia de las guerras en Grecia y Roma. Ariel, 2006.
López Barja de Quiroga, P., y VV. AA. Historia de Roma. Akal, 2004.
López Fernández, J. A. Las invasiones bárbaras de Hispania. El ocaso del Imperio Romano, guerreros y batallas. Almena, 2012.
López Piñero, J. M. «La medicina en la antigüedad». Cit. en Cuadernos. Historia 16, Vol. 256, 1985.
MacDowall, S. «El ejército romano en el siglo V». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
MacDowall, S. «La batalla de los Campos Cataláunicos». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
Maier, F. G. Las transformaciones del mundo mediterráneo, siglos III-VII. Historia Universal Siglo XXI. Siglo XXI España, 1972.
Marqués, F. N. Fake News de la antigua Roma. Engaños y propaganda y mentiras de hace 2000 años. Espasa, 2019.
Marqués, F. N. Un año en la antigua Roma. La vida cotidiana de los romanos a través del calendario. Espasa, 2018.
Martínez, J. P., y Pérez Tello, O. Historia de España, Edades Antigua y Media. En cuadros esquemáticos. Epesa. Vol. I, 1972.
Martínez-Pinna, J., Montero Herrero, S., y Gómez Pantoja, J. Diccionario de personajes históricos. Akal/Itsmo, 2008.
Matyszak, P. La antigua Roma por cinco denarios al día. Akal, 2012.
Matyszak, P. Legionario. El manual del soldado romano. Akal, 2010.
McKeown, J. C. Gabinete de curiosidades romanas. Relatos extraños y hechos sorprendentes. Crítica, 2011.
Menéndez Pidal, R. Historia de España. España romana. Espasa Calpe. Tomo II, 1991.
Menéndez Pidal, R. Historia de España. España visigoda. Espasa Calpe. Tomo III, 1963.
Mitre, E. Historia de la Edad Media en Occidente. Cátedra, 1999.

Moatti, C. La antigua Roma, historia de su descubrimiento. Aguilar, 1991.
Montanelli, I. Historia de Roma. Plaza y Janés, 2000.
Montenegro Duque, A., y VV. AA. Historia de España. España romana. Gredos, 1999.
Mossé, C. El trabajo en Grecia y Roma. Akal, 1980.
Neira Faleiro, C. «La Notitia dignitatum». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25 2020
.
Nieto, J. Historia de Roma, día a día en la Roma antigua. Libsa, 2006.
Nixey C. La edad de la penumbra. Taurus, 2018.
Ogilvie, R. M. Los romanos y sus dioses. Alianza Editorial, 1995.
Orosio, P. Historia contra los paganos. Larumbe, 2008.
Paoli, U. E.
URBS
La vida en la antigua Roma. Editorial Iberia, 1990.
Pastor, B. Breve Historia de la antigua Roma. El imperio. Nowtilus, 2008.
Pastrana, R. «La alimentación del legionario». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol.
1 1996
.
Pisa Sánchez, J. Breve Historia de Hispania. Nowtilus, 2009.
Plácido, D. Historia de España. Hispania Antigua. Crítica. Vol. I, 2009.
Proyecto Septimani Seniores del Grupo de reconstrucción histórica Legio I Germanica. «La plumbata un arma terrible». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
Reyes, A. Libros y libreros en la antigüedad. Fórcola Ediciones 2011.
Richardson, J. S. Hispania y los romanos. Historia de España II. Crítica, 1998.
Robert, J. N. Eros romano, sexo y moral en la antigua Roma. Editorial Complutense, 1999.
Robert, J. N. Los placeres en Roma. Crónicas de la Historia. Edaf, 1992.
Rodríguez González, J. Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a. C.-479 d. C.). Almena, 2017.
Rodríguez González, J. Historia de las legiones romanas. Almena, 2003.
Rodríguez González, J. La dinastía de los Severos. Comienzo del declive del Imperio romano. Almena, 2010.
Roig Obiol, J. Atlas Vicens Vives de Historia. Vicens Vives, 2008.
Romero Gabella, P. «La rebelión bagauda». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
Rostovtzeff, M. Historia social y económica del Imperio romano. Austral. Vol. II, 1998.
Sáez Abad, R. Los grandes asedios de las legiones romanas. Almena, 2009.
Sánchez Sanz, A. Imperium Maris. La Esfera de los Libros, 2020.
Sánchez Tarradellas, V. Las legiones en campaña.

HRM
Ediciones, 2020.
*Sánchez-Arcilla, B. «Hispania de provincia romana a reino germánico (418-531)
». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.*
Santolaria de Puey y Cruells, J. A. Historia de los papas. Plaza y Janés, 1999.
Sanz, L. Quién es quién en la España antigua. Acento, 2003.
Sanz Serrano, R. Historia de los godos. Una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo. La Esfera de los Libros, 2009.
Schneider, H. La técnica en el mundo antiguo. Una introducción. Alianza Editorial, 2009.
Soto Chica, J. Imperios y bárbaros. La guerra en la edad oscura. Desperta Ferro Ediciones, 2019.
Soto Chica, J. Los visigodos. Hijos de un dios furioso. Desperta Ferro Ediciones, 2020.
Soto Chica, J. «De Aecio a Siagrio. Las Galias y el último ejército romano de Occidente». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Stewart, M. E. «La gloria del servicio. Soldados y civiles en el Bajo Imperio». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Suárez Blázquez, G. Dirección y Administración de Empresas en Roma. Universidad de Vigo, 2001.
Syvanne, I. «El sistema militar godo». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 1, 1996.
Tovar, A., y Blázquez, J. M. Historia de la Hispania romana. Alianza Editorial, 1993.
Thompson, E. A. Los godos en España. Alianza Editorial, 1990.
Vegecio Renato, F. Compendio de técnica militar. Cátedra, 2006.
Veine, P. Sexo y poder en Roma. Paidós, 2010.
Vidal G. Retratos de la Antigüedad Romana y primera cristiandad. Ediciones Rialp, 2007.
VV. AA. Atlas histórico integral. Spes, 1977.
Ward-Perkins, B. La caída de Roma y el fin de la civilización. Espasa, 2007.
Weber, M. Historia agraria romana. Akal, 2004.
Wijnendaele, J. W. P. «Los señores de la guerra y la desintegración de Occidente». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Whately, C. «El rostro de la batalla en la era de Atila». Cit. en Revista Desperta Ferro. Vol. 25, 2020.
Ygua, R. Gala Placidia, Madre, esclava y emperatriz. Edición del autor, 2019.
Zósimo. Nueva Historia. Gredos, 2008.

MARCOS LÓPEZ HERRADOR (Úbeda, Jaén 1955 - España). Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada, donde cursó estudios de Ciencias Sociales y del Trabajo.

Tiene una multitud de libros publicados en poesía, ripios, ensayos, aforismos, relatos, novela… y hasta curiosidades históricas con títulos como: *El test más divertido de la Historia*.